



CASSANDRA CLARE

# CAZADORES DE SOMBRAS

## LOS ORÍGENES

1. ÁNGEL MECÁNICO



Tessa Gray se dirige a Londres dispuesta a encontrar a su hermano, pero pronto es raptada por las Hermanas Oscuras y rescatada por los Cazadores de Sombras. Tessa se sentirá atraída por Jem y Will, y deberá elegir quién de ellos ganará su corazón mientras los tres siguen en busca de su hermano y descubren que alguien trama acabar con ellos.



Cassandra Clare

# **Ángel mecánico**

**Cazadores de sombras. Los orígenes - 1**

ePub r1.2

Edusav 27.12.13

Título original: *Clockwork Angel*  
Cassandra Clare, 2010  
Traducción: Patricia Nunes  
Retoque de portada: Edusav

Editor digital: Edusav  
Corrección de erratas: Rubirpg  
ePub base r1.0



### Canción del río Támesis

Una pizca de sal  
se cuele y el río crece,  
adoptando el color del té,  
hinchado para unirse a la hierba.  
En sus riberas, las ruedas y los engranajes  
de máquinas monstruosas  
chirrían y giran, su fantasma interior  
se desvanece entre los recodos,  
susurrando misterios.  
Todo minúsculo engranaje dorado tiene dientes,  
toda gran rueda mueve  
un par de manos que sacan  
el agua del río,  
la devoran, la convierten en vaho,  
compelen la gran máquina a acelerar  
bajo la fuerza de su disolución.  
Despacio, la marea sube,  
y corrompe el mecanismo.  
Sal, óxido y limo  
ralentizan las piezas.  
Por las orillas  
los tanques de hierro  
se mecen hasta sus amarres  
con el hueco tañido  
de una gigantesca campana  
del bombo y cañón  
que grita como una lengua de trueno  
bajo la que fluye el río.

ELKA CLOKE

# Prólogo

LONDRES, ABRIL DE 1878

El demonio explotó salpicando icor y entrañas.

William Herondale retiró la daga que sujetaba, pero era demasiado tarde. El viscoso ácido de la sangre del demonio ya había comenzado a corroer la brillante hoja. William soltó una maldición y lanzó el arma lejos; ésta cayó sobre un sucio charco y comenzó a humear como una cerilla recién apagada. El demonio, claro, había desaparecido; de regreso al infernal mundo, fuera cual fuera, del que había venido, aunque no sin dejar asquerosos restos tras él.

—¡Jem! —llamó Will mientras se volvía—. ¿Dónde estás? ¿Has visto eso? ¡Lo he matado de un golpe! No está nada mal, ¿verdad?

Pero no hubo respuesta a su llamada; sólo unos instantes antes, su compañero de cacería se encontraba tras él en aquella calle húmeda y retorcida, guardándole las espaldas, de eso Will estaba seguro; pero en ese momento estaba solo entre las sombras. Frunció el ceño, molesto; era mucho menos divertido alardear sin que Jeff estuviera delante para oírle. Miró hacia atrás, hacia donde la calle se estrechaba y formaba un pasaje que acababa a lo lejos, en las aguas negras y jadeantes del Támesis. Al fondo, Will llegaba a ver las oscuras siluetas de los barcos amarrados, un bosque de mástiles como un manzanar deshojado. Ni rastro de Jem por allí; quizá hubiera vuelto a Narrow Street en busca de una mejor iluminación. Will se encogió de hombros y volvió por donde había llegado.

Narrow Street atravesaba Limehouse, entre los muelles del río y las superpobladas barriadas que se extendían por el oeste hacia Whitechapel. Era una calle estrecha, flanqueada por almacenes e inclinados edificios de madera. En aquel momento, se hallaba desierta; incluso los borrachos que solían tambalearse de regreso a casa desde The Grapes, un poco más arriba, habían encontrado ya algún sitio donde desplomarse para pasar la noche. A Will le gustaba Limehouse, le gustaba la sensación de estar en el extremo del mundo, donde los barcos partían todos los días hacia puertos inimaginablemente lejanos. Que fuera el área por donde acostumbraban a rondar los marineros, y por tanto estuviera llena de garitos de juego, fumaderos de opio y burdeles, tampoco le iba mal. Era fácil perderse en un sitio así. Ni siquiera le importaba el hedor: humo y suciedad, sogas y alquitrán, especias exóticas mezcladas con el olor del agua de río del Támesis.

Mientras miraba a un lado y al otro de la vacía calle, se pasó la manga del abrigo por la cara, tratando de limpiarse el icor, que le picaba y le quemaba la piel. La tela quedó manchada de verde y negro. También tenía un corte en el dorso de la mano, un corte feo. Le iría bien una runa curativa. Una de las de Charlotte, a poder ser. Ella era especialmente buena con los iratzes.

Una silueta se despegó de las sombras y fue hacia Will. El dio un paso adelante y se detuvo. No era Jem, sino un policía bastante corriente que hacía su ronda, con un casco en forma de campana, un pesado abrigo y una expresión de extrañeza. Miró a Will, o mejor, a través de Will. Por muy acostumbrado que estés al glamour, siempre resulta extraño que miren a través de ti como si no estuvieras allí. Will sintió el repentino impulso de hacerse con la porra del guardia y observarle mientras el hombre daba vueltas en redondo, tratando de averiguar adonde habría ido a parar, pero Jem lo había regañado las pocas veces que había hecho eso antes, y aunque Will nunca había llegado a entender las

objeciones de Jem a ese asunto, no valía la pena hacerlo enfadar.

El policía se encogió de hombros y parpadeó al pasar frente a Will, meneando la cabeza y mascullando algo sobre dejar la ginebra antes de que realmente empezara a ver visiones. Will se apartó para dejarle pasar, luego lanzó un grito.

—¡James Carstairs! ¿Dónde estás, bastardo desleal?

Esta vez obtuvo una débil respuesta.

—Por aquí. Sigue la luz mágica.

Will se dirigió hacia el lugar de donde provenía la voz de Jem. Parecía surgir de una oscura abertura entre dos almacenes; se vislumbraba un tenue brillo entre las sombras, como la fugaz luz de un fuego fátuo.

—¿Me has oído antes? Ese demonio shax pensó que me podía atrapar con sus malditas pinzas, pero lo arrinconé en un callejón...

—Sí, te he oído. —El joven que apareció en la boca del callejón parecía muy pálido bajo la luz de la farola, incluso más pálido de lo que estaba normalmente, que ya era mucho. Llevaba la cabeza descubierta, lo que de inmediato atraía la mirada sobre su cabello, que era de un extraño color plateado brillante, como un chelín nuevo. Sus ojos eran del mismo color plata, y su rostro era angular y de huesos finos, con la ligera curva de los ojos como única indicación de su ascendencia.

Tenía manchas negras sobre la pechera de la camisa, y las manos cubiertas de rojo.

Will se tensó.

—Estás sangrando. ¿Qué ha pasado?

Jem rechazó con un gesto la preocupación de su amigo.

—La sangre no es mía. —Volvió la cabeza hacia el callejón situado a su espalda—. Es de ella.

Will dirigió su mirada hacia las sombras más espesas del callejón. En el rincón del fondo había una forma hecha un ovillo; sólo una sombra en la oscuridad, pero cuando Will miró más fijamente, pudo distinguir la silueta de una pálida mano, y un mechón de cabello rubio.

—¿Una mujer muerta? —preguntó Will—. ¿Una mundana?

—Una niña, en realidad. De no más de catorce años.

Al oír aquello, Will maldijo a todo volumen y sin miramientos. Jem esperó pacientemente a que acabara.

—Si hubiéramos pasado por aquí un poco antes —soltó Will finalmente—. Ese maldito demonio...

—Eso es lo curioso. No creo que esto sea obra del demonio. —Jem frunció las cejas—. Los demonios shax son parásitos, parásitos de nidada. Habría tratado de arrastrar a su víctima a su cubil para ponerle huevos en la piel mientras aún seguía viva. Pero a esta niña... la han apuñalado repetidas veces. Y tampoco creo que sucediera aquí. La sangre que hay en el callejón no es suficiente. Creo que la atacaron en otra parte, y luego se arrastró hasta aquí para acabar muriendo a causa de las heridas.

Will tensó la boca.

—Pero el demonio shax...

—Te lo estoy diciendo, Will, no creo que haya sido el shax. Creo que el shax la estaba persiguiendo... cazándola por algo, o para alguien.

—Los shax tienen un sentido del olfato muy agudo —aceptó Will—. He oído que algunos brujos los usan para seguir el rastro de los desaparecidos. Tienes razón: parecía estar moviéndose con alguna extraña intención. —Miró más allá de Jem, a la triste pequeñez de la forma acurrucada en el callejón—. Has encontrado el arma, ¿verdad?

—Aquí la tengo. —Jem se sacó algo de la chaqueta: un cuchillo, envuelto en un trapo blanco—. Es una especie de misericordia, o una daga de caza. Mira lo fina que es la hoja.

Will la cogió. La hoja era realmente fina, y acababa en un mango de hueso pulido. Tanto la hoja como el mango estaban manchados de sangre seca. Frunciendo el ceño, pasó la parte plana de la hoja sobre la áspera tela de su manga y la limpió, frotándola, hasta que un símbolo, grabado a fuego en la hoja, se hizo visible. Dos serpientes que se mordían mutuamente la cola, formando un círculo perfecto.

—¡Uróboros! —exclamó Jem, acercándose más para ver bien el cuchillo—. Uno doble. ¿Qué crees que significa?

—El fin del mundo —contestó Will sin dejar de mirar la daga, mientras una leve sonrisa jugueteaba en sus labios—, y el principio.

Jem frunció el ceño.

—Entiendo la simbología, William. Me refiero a qué crees que significa su presencia en esta daga.

El viento del río alborotaba el cabello de Will, quien se lo apartó de los ojos con un gesto de impaciencia y continuó observando el cuchillo.

—Es un símbolo alquímico, no de un brujo o un subterráneo. Eso suele significar humanos; la clase de estúpido mundano que cree que tontear con la magia es su pasaporte a la fama y la fortuna.

—De aquellos que suelen acabar como un montón de harapos ensangrentados en medio de algún pentáculo. —Jem parecía muy lúgubre.

—De esos a los que les gusta rondar por las partes subterráneas de nuestra hermosa ciudad. —Después de envolver de nuevo la daga en el pañuelo, Will se la metió en uno de los bolsillos de la chaqueta—. ¿Crees que Charlotte dejará que me encargue de la investigación?

—¿Crees que se puede confiar en ti en el submundo? Los garitos de juego, los antros de vicio mágico, las mujeres de moral ligera...

Will sonrió como podría haber sonreído Lucifer momentos antes de ser arrojado de los Cielos.

—¿Crees que mañana será demasiado pronto para empezar a investigar?

Jem suspiró resignado.

—Haz lo que quieras, Will. Siempre lo haces.

*Southampton, mayo.*

Tessa no podía recordar no haber amado el ángel mecánico. Hubo un tiempo en que pertenecía a su madre, que lo llevaba puesto al morir. Después lo habían guardado en el joyero de su madre, y un día su hermano Nathaniel lo había sacado para ver si aún funcionaba.

El ángel no era mayor que el muñeco de Tessa, una figura minúscula hecha de latón, con unas alas plegadas de bronce del tamaño de las de una cigarra. Tenía un delicado rostro de metal con los párpados cerrados en forma de media luna y las manos cruzadas al frente sobre una espada. Una fina cadena pasada por detrás de las alas permitía llevar el ángel colgado al cuello como una medalla.

Tessa sabía que el ángel era un trabajo de relojería porque si lo acercaba a la oreja podía oír el ruido de la maquinaria, como el de un reloj. Nate había lanzado una exclamación de sorpresa al ver que aún funcionaba después de tantos años, y había buscado en vano un cierre o un tornillo, o algún otro método por el que se le pudiera dar cuerda al ángel. Pero no había nada que encontrar. Así que se encogió de hombros y le pasó el ángel a Tessa. Desde ese momento, Tessa nunca se lo había quitado;



incluso por la noche, el ángel reposaba sobre su pecho mientras ella dormía, con su constante tictac, tictac, como los latidos de un segundo corazón.

En ese momento lo tenía sujeto entre los dedos, mientras el Main iba metiendo la proa entre otros enormes vapores para encontrar un amarre en el muelle de Southampton. Nate había insistido en que Tessa fuera a Southampton en vez de a Liverpool, donde atracaban la mayoría de los vapores transatlánticos. Había insistido en que Southampton era un lugar más agradable donde arribar; por eso Tessa no había podido evitar sentirse un poco decepcionada de su primera visión de Inglaterra. Era gris y deprimente. La lluvia tamborileaba al caer sobre las torres de una distante iglesia, mientras un humo negro se alzaba de las chimeneas de los barcos y manchaba un cielo ya suficientemente gris. Una multitud vestida con ropas oscuras esperaba en el muelle al abrigo de sus paraguas. Tessa trató de ver si su hermano se hallaba entre la gente, pero la neblina y la fina llovizna que salpicaba el barco eran demasiado espesas para distinguir los rasgos individuales de nadie.

Tessa se estremeció. El viento del mar era frío. En todas sus cartas, Nate había comentado que Londres era bonita, que el sol brillaba todos los días. Bueno, pensó Tessa, con suerte el tiempo sería mejor que el de allí, porque no se había llevado ropa de abrigo, salvo un chal de lana que había pertenecido a la tía Harriet y un par de guantes finos. Había vendido la mayoría de su ropa para pagar el funeral de su tía, convencida de que su hermano le compraría ropa nueva cuando fuera a Londres a vivir con él.

Se oyó un grito. El Main, con su casco negro resplandeciente por la lluvia, había echado el ancla, y ya había remolcadores cruzando las aguas grises, dispuestos a transportar el equipaje y a los pasajeros a la orilla. Estos salían en un flujo continuo, ansiosos por sentir tierra firme bajo los pies. Tan diferente de su salida de Nueva York, pensó Tessa. Aquel día, el cielo había sido azul y tocaba una banda de viento. Aunque, sin nadie que la despidiera, tampoco había sido un momento muy alegre.

Tessa agachó los hombros y se unió a la fila de pasajeros para desembarcar. Gotas de lluvia le pincharon en la cabeza y en el cuello como heladas agujas, y notó las manos, dentro de los finos guantes, frías y mojadas por la lluvia. Al llegar al muelle miró alrededor, buscando a Nate. Habían pasado casi dos semanas desde la última vez que habló con alguien, porque a bordo del Main no se había relacionado casi con nadie. Sería un placer volver a tener con quien hablar.

No estaba allí. Los muelles estaban llenos de equipajes y todo tipo de cajas y cargamento, incluso pilas de fruta y verdura, que se marchitaba y disolvía bajo la lluvia. Cerca de allí, un vapor se disponía a partir hacia Le Havre, y unos marineros mojados se arremolinaron junto a ella, gritando en francés. Trató de apartarse, pero estuvo a punto de ser pisoteada por una avalancha de pasajeros que desembarcaban apresuradamente en busca del refugio de la estación de tren.

Pero a Nate no se le veía por ninguna parte.

—¿Es usted la señorita Gray? —La voz era gutural y con un marcado acento.

Un hombre se había colocado ante Tessa. Era alto y llevaba un largo abrigo negro y un sombrero de copa, que recogía el agua de lluvia en el ala como una cisterna. Sus ojos eran curiosamente saltones, casi protuberantes, como los de una rana, y su piel parecía tan áspera como la de una cicatriz. Tessa se esforzó para controlar el impulso de apartarse temerosa de él. Pero aquel hombre conocía su nombre. ¿Quién podía saberlo sino alguien que también conociera a Nate?

Tessa asintió con la cabeza.

—Sí.

—Me envía su hermano. Venga conmigo.

—¿Dónde está Nate? —quiso saber Tessa, pero el hombre ya se había puesto a caminar. Su paso era irregular, como si cojeara por alguna antigua lesión. Un instante después, Tessa se cogió las faldas y corrió tras él.

El hombre avanzaba entre la multitud con velocidad y determinación. La gente se apartaba de su camino y murmuraba sobre su grosería mientras él se abría paso a empujones, con Tessa casi corriendo detrás para no perderlo. De improviso, el hombre torció junto a una pila de cajas y se detuvo ante un gran carruaje negro brillante, con letras doradas en los costados. La lluvia y la espesa niebla impidieron a Tessa leerlas con claridad.

Se abrió la puerta del carruaje, y una mujer se inclinó hacia fuera. Llevaba un enorme sombrero de plumas que le ocultaba el rostro.

—¿La señorita Theresa Gray?

Tessa asintió con la cabeza. El hombre ayudó a la mujer a bajar del carruaje, y luego a otra mujer. Ambas abrieron sendos paraguas y se protegieron de la lluvia. Luego fijaron sus miradas en Tessa.

Era un extraño par de mujeres. Una era muy alta y delgada, con un rostro huesudo y angustiado. Un cabello incoloro estaba recogido en la nuca en un moño bajo. Llevaba un vestido de seda violeta brillante, salpicado aquí y allí por gruesas gotas de lluvia, y guantes violeta a juego. La otra mujer era baja y gruesa, con unos ojillos muy hundidos en la cara; los guantes de color rosa brillante que cubrían sus grandes manos las hacían parecer coloridas pezuñas.

—Theresa Gray —dijo la más baja—. Qué placer conocerla por fin. Soy la señora Negro, y ésta es mi hermana, la señora Oscuro. Su hermano nos envía para acompañarla a Londres.

Tessa, empapada, helada y anonadada, se apretó el mojado chai sobre los hombros.

—No lo entiendo. ¿Dónde está Nate? ¿Por qué no ha venido él mismo?

—Unos asuntos ineludibles le han retenido en Londres. Mortmain no ha podido dejarle marchar. Pero ha enviado una nota para usted. —La señora Negro le tendió un papelito enrollado, ya húmedo por la lluvia.

Tessa lo cogió y se volvió para leerlo. Era una corta nota de su hermano disculpándose por no haber podido ir al muelle a recibirla, y explicándole que confiaba en las señoras Negro y Oscuro («Las llamo las Hermanas Oscuras, por razones evidentes, ¡y parecen encontrarme muy agradable!») para que la condujeran hasta la seguridad de su casa en Londres. Eran, decía la nota, sus caseras, y las recomendaba con vehemencia.

Eso la hizo decidirse. La carta era sin duda de Nate. Estaba escrita con su letra, y nadie más la llamaba Tessie. Tragó con fuerza y se metió la nota dentro de la manga antes de volverse hacia las dos hermanas.

—Muy bien —dijo mientras trataba de controlar la sensación de decepción que la rondaba; ¡había esperado con tanto anhelo ver a su hermano!—. ¿Llamamos a un mozo de cuerda para que recoja mi baúl?

—No es necesario, no es necesario. —El alegre tono de la señora Oscuro no casaba con sus angustiadas facciones—. Ya lo hemos arreglado para que lo envíen por delante. No cabría en el carruaje. —Chasqueó los dedos hacia el hombre de ojos saltones, que se subió al asiento del cochero en la parte delantera del carruaje. Luego le puso a Tessa la mano en el hombro—. Vamos, niña; salgamos de la lluvia.

Mientras Tessa se acercaba al carruaje, impulsada por la huesuda sujeción de la señora Oscuro, la niebla se aclaró y dejó ver la brillante imagen dorada pintada en la puerta. Las palabras «Club

Pandemónium» se retorcían intrincadamente entre dos serpientes que se mordían mutuamente la cola, formando un círculo. Tessa frunció el ceño.

—¿Qué significa eso?

—Nada de lo que tengas que preocuparte —contestó la señora Negro, que ya había subido al carruaje y tenía las faldas extendidas sobre uno de los asientos, que parecían cómodos. El interior del carruaje estaba elegantemente decorado con lujosos bancos de terciopelo morado situados frente a frente, y con cortinas de doradas borlas cubriendo las ventanas.

La señora Oscuro ayudó a Tessa a subir al carruaje, y subió tras ella. Mientras Tessa se acomodaba en uno de los bancos, la señora Negro se inclinó para cerrar el carruaje en cuanto entró su hermana, dejando fuera el cielo gris. Cuando sonrió, los dientes le destellaron en la penumbra como si estuvieran hechos de metal.

—Acomódate, Theresa. Nos queda un largo camino.

Tessa se llevó la mano al ángel mecánico, que le colgaba del cuello, y se reconfortó con su constante tictac, mientras el carruaje comenzaba a avanzar bajo la lluvia.

# 1

## LA CASA OSCURA

Más allá de este lugar de lágrimas e ira  
yacen los horrores de la sombra.

WILLIAM ERNEST HENLEY, *Invictus*

*Seis semanas después*

—Las hermanas desearían verla en sus aposentos, señorita Gray.

Tessa dejó el libro que había estado leyendo sobre la mesilla de noche, y se volvió para observar a Miranda, que se hallaba en la puerta de su pequeña habitación, igual que hacía todos los días a esa misma hora, portando el mismo mensaje que portaba todos los días. En un momento, Tessa le pediría que la esperara en el pasillo, y Miranda saldría de la habitación. Diez minutos después, volvería y repetiría las mismas palabras. Si Tessa no acudía obedientemente después de esos dos intentos, Miranda la agarraría y la arrastraría por la escalera, con Tessa pataleando y gritando, hasta la sala caliente y apesosa donde las Hermanas Oscuras esperaban.

Había sucedido así todos los días desde que estaba en la Casa Oscura, como había decidido llamarla, hasta que finalmente se había dado cuenta de que gritar y patalear no servía de mucho, y sólo conseguía malgastar su energía. Energía que seguramente era mejor reservar para otras cosas.

—Un momento, Miranda —repuso Tessa. La criada hizo una torpe reverencia, salió del cuarto y cerró la puerta.

Tessa se puso en pie y recorrió con la mirada la habitación que había sido su prisión durante seis semanas. Era pequeña, con un papel de pared floreado y pocos muebles: una sencilla mesa cubierta con un mantel de encaje donde comía, la estrecha cama de latón donde dormía, la resquebrajada palangana y la jarra de porcelana donde se lavaba, la repisa de la ventana donde apilaba los libros y donde todas las mañanas hacía una raya en la madera para marcar el paso de los días.

Cruzó la habitación hasta el espejo que colgaba en la pared del fondo y se pasó la mano por el cabello. Las Hermanas Oscuras, como al parecer deseaban ser llamadas, preferían que no se la viera desarreglada, aunque aparte de eso, no parecía importarles en absoluto su apariencia, lo que era una suerte, porque su reflejo en el espejo la hizo estremecer. El pálido óvalo de su rostro estaba dominado por unos hundidos ojos grises; un rostro ensombrecido y angustiado sin color en las mejillas o esperanza en la expresión. Llevaba un feo vestido negro, como de vieja maestra, que las hermanas le habían dado en cuanto llegó; su baúl nunca la había seguido, a pesar de las promesas de las hermanas, y ésa era la única prenda de ropa que tenía. Apartó rápidamente la mirada.

No siempre se había asustado ante su reflejo. Nate, rubio y guapo, era el miembro de la familia que según todos había heredado la célebre belleza de su madre, pero Tessa siempre se había mostrado más que satisfecha con su suave cabello castaño y sus penetrantes ojos grises. Jane Eyre había tenido el cabello castaño, y muchas otras heroínas también. Tampoco era tan malo ser alta, más alta que la mayoría de los chicos de su edad, cierto, pero la tía Harriet siempre le había dicho que mientras una

mujer alta tuviera buen porte, siempre tendría un aspecto de realeza.

En esos momentos no parecía en absoluto de la realeza. Parecía angustiada y desarreglada, un espantapájaros asustado. Se preguntó si Nate la reconocería si la pudiera ver en ese estado.

Y al pensar eso, el corazón pareció encogerse en el pecho. Nate. Todo eso lo estaba haciendo por él, pero algunas veces lo echaba tanto de menos que se sentía como si se hubiera tragado trozos de cristal. Sin él, estaba completamente sola en el mundo. No tenía a nadie. Nadie en el mundo entero a quien le importara si vivía o moría. A veces, el horror de esa idea amenazaba con superarla y hundirla en una oscuridad sin fondo de la que no regresaría. Si no le importas a nadie en el mundo, ¿existes realmente?

El sonido del cerrojo interrumpió de golpe sus pensamientos. La puerta se abrió; Miranda se detuvo en el hueco de la puerta.

—Es hora de que venga conmigo —dijo—. La señora Negro y la señora Oscuro la están esperando.

Tessa la miró con desagrado. No sabía decir la edad de Miranda. ¿Diecinueve? ¿Veinticinco? Había algo atemporal en su fino rostro redondo. Su cabello era del color del agua estancada, y se lo tensaba tras las orejas. Al igual que el cochero de las Hermanas Oscuras, tenía los ojos saltones de una rana, lo que la hacía parecer permanentemente sorprendida. Tessa suponía que debían de ser parientes.

Mientras bajaban juntas, Miranda avanzaba con su paso seco y desgarrado, y Tessa alzó la mano para tocarse la cadena de la que le colgaba el ángel alrededor del cuello. Era una costumbre, algo que hacía siempre que la obligaban a ver a las Hermanas Oscuras. De algún modo, sentía que el colgante la reconfortaba. Lo sujetaba mientras iban pasando rellano tras rellano. Había varios niveles de pasillos en la Casa Oscura, aunque Tessa no había visto nada más que los aposentos de las Hermanas Oscuras, los corredores y las escaleras, además de su propia habitación. Finalmente, llegaron al nivel del oscuro sótano. El lugar era húmedo y frío, y las paredes estaban cargadas de una desagradable acuosidad, aunque a las hermanas no parecía importarles. Su despacho estaba más adelante, pasadas una serie de puertas dobles. Un estrecho corredor se alejaba en el otro sentido y desaparecía en la oscuridad; Tessa no tenía ni idea de qué había por ahí, pero algo en el espesor de las sombras le hacía alegrarse de no haberlo descubierto.

Cuando llegó ante las puertas del despacho de las hermanas, Miranda no vaciló, sino que entró con determinación; Tessa la siguió con gran renuencia. Odiaba esa sala más que ningún otro lugar de la Tierra.

Para empezar, siempre hacía calor y había humedad dentro, como en un pantano, incluso cuando el cielo en el exterior era gris y lluvioso. Las paredes parecían exudar, y el tapizado de los sillones y sofás estaba constantemente enmohecido. También olía raro, como las orillas del río Hudson un día de calor: agua, basura y limo.

Las hermanas ya estaban allí, como siempre, sentadas detrás de sus enormes escritorios elevados. Iban tan coloreadas como de costumbre: la señora Negro con un vestido rosa salmón brillante, y la señora Oscuro con un traje de color azul pavo real. Sobre los satines de brillantes colores, sus rostros eran como globos grises desinflados. Ambas llevaban guantes, como siempre, por mucho calor que hiciera en la habitación.

—Déjanos, Miranda —ordenó la señora Negro, que, con un grueso dedo enguantado en blanco, estaba dando vueltas a una pesada bola del mundo de latón que tenía sobre el escritorio. Tessa había tratado muchas veces de ver mejor ese globo terráqueo, porque había algo en la manera en que

estaban dibujados los continentes que siempre le había parecido raro, sobre todo el espacio en el centro de Europa, pero ellas siempre lo habían mantenido alejado de ella—. Y cierra la puerta al salir.

Sin la más mínima expresión, Miranda hizo lo que le ordenaban. Tessa trató de no mostrar un gesto de dolor cuando la puerta se cerró y cortó cualquier mínima brisa que pudiera entrar en aquel agobiante lugar.

La señora Oscuro inclinó la cabeza hacia un lado.

—Ven aquí, Theresa. —De las dos mujeres, ella era la más amable, más propensa a sonsacar y a persuadir que su hermana, a la que le gustaba convencer por medio de bofetadas y amenazas pronunciadas con siseos—. Y coge esto.

Le tendió algo. Tessa vio que era un lazo. Un trozo maltrecho de tela rosa, como una cinta para el cabello de una niña.

Tessa ya se había acostumbrado a que las Hermanas Oscuras le dieran cosas. Cosas que una vez pertenecieron a gente: pasadores de corbata, relojes, joyas de lujo y juguetes. Una vez, los cordones de una bota; en otra ocasión, un solo pendiente, manchado de sangre.

—Cógelo —repitió la señora Oscuro, con un toque de impaciencia en la voz—. Y Cambia.

Tessa cogió el lazo. Se lo puso en la palma, tan ligero como el ala de una mosca, y las Hermanas Oscuras la miraron impasibles. Tessa recordó los libros que había leído, novelas en las que los personajes eran juzgados y temblaban en el muelle junto al Old Bailey mientras rogaban por un veredicto de no culpable. En aquella sala, a menudo se sentía como si a ella también la estuvieran juzgando, aunque no sabía de qué crimen se la acusaba.

Le dio la vuelta al lazo sobre la mano, y recordó la primera vez que las Hermanas Oscuras le habían entregado un objeto: un guante de mujer con botones de perla en la muñeca. Le habían gritado que Cambiara, la habían abofeteado y la habían sacudido mientras ella les repetía una y otra vez, con creciente histeria, que no tenía ni idea de qué le estaban hablando, ni de lo que le estaban pidiendo que hiciera.

Aquel día no lloró, por más ganas que tuvo. Tessa no soportaba llorar, sobre todo delante de gente en la que no confiaba. Y de las personas en las que confiaba, una estaba muerta y la otra, en prisión. Las Hermanas Oscuras le habían dicho eso, le habían explicado que tenían a Nate, y que si no hacía lo que le pedían, su hermano moriría. Le habían mostrado su anillo, el que había pertenecido a su padre, manchado de sangre, como prueba de ello. No le habían dejado sujetarlo o tocarlo; se lo habían apartado cuando ella lo iba a coger, pero lo había reconocido. Era el de Nate.

Después de eso, había hecho todo lo que le habían dicho. Había ingerido pociones que le habían dado a beber, había practicado dolorosos ejercicios durante horas, se había obligado a pensar como ellas querían que pensara. Le habían dicho que se imaginara que era arcilla, amorfa y cambiante, moldeada y formada en el torno del alfarero. Le habían dicho que se concentrara en los objetos que le habían entregado, que los imaginara como algo vivo y que extrajera el espíritu que los animaba.

Habían tardado semanas, y la primera vez que había Cambiado, había sido tan cegadoramente doloroso que había vomitado y se había desmayado. Se había despertado en uno de los sofás mohosos de la sala de las Hermanas Oscuras, con una toalla húmeda sobre el rostro. La señora Negro había estado inclinada sobre ella, con su aliento agrio como el vinagre, y los ojos encendidos.

—Hoy lo has hecho muy bien, Theresa —le había dicho—. Muy bien.

Aquella noche, cuando Tessa había vuelto a su cuarto, se había encontrado regalos: dos libros nuevos en la mesilla de noche. Una copia de *Grandes esperanzas*, y otra de *Mujercitas*. Tessa había

apretado los libros contra sí, y en su habitación, sola y sin vigilancia, se había permitido llorar.

Desde entonces el Cambio se había ido haciendo más fácil. Tessa seguía sin entender qué pasaba en su interior que lo hacía posible, pero había memorizado la serie de pasos que las Hermanas Oscuras le habían enseñado, de la misma forma que un ciego podría memorizar el número de pasos que hay desde su cama a la puerta del dormitorio. No sabía qué la rodeaba en el extraño lugar oscuro al que la hacían ir, pero conocía el camino hasta allí.

En ese momento, empleó esos recuerdos, y cerró la mano con fuerza sobre el trozo de tela rosa que sostenía. Abrió la mente y dejó que bajara la oscuridad, permitió que la conexión que la ligaba a la cinta de pelo y al espíritu de su anterior dueña, el eco fantasmal de la persona que había poseído el lazo, se desenrollara como un hilo dorado que la conducía entre las sombras. La sala en la que se hallaba, el calor opresivo, la ruidosa respiración de las Hermanas Oscuras, todo desapareció mientras seguía el hilo, mientras la luz aumentaba de intensidad a su alrededor, y Tessa se envolvía en ella como si fuera una manta.

La piel comenzó a cosquillearle y a picarle como miles de pequeñas descargas. Ésa había sido, al principio, la peor parte, la parte que la había convencido de que estaba muriendo. Pero ya se había acostumbrado, y la soportó estoicamente mientras se estremecía de los pies a la cabeza. Como si siguiera el ritmo del desbocado corazón de Tessa, el ángel mecánico alrededor de su cuello pareció acelerar su tictac. La presión aumentó en el interior de su cráneo —Tessa ahogó un grito—, y los ojos, que había mantenido cerrados, se le abrieron con la sensación de ir hacia un crescendo, y entonces la sensación desapareció.

Ya estaba.

Tessa parpadeó mareada. El primer momento después del Cambio siempre era como parpadear para sacar agua de los ojos tras haberse sumergido en el baño. Se miró a sí misma. Su nuevo cuerpo era pequeño, casi frágil, y la tela del vestido le colgaba suelta y se le arrugaba contra el suelo. Las manos, cerradas ante sí, eran pálidas y delgadas, con las yemas de los dedos agrietadas y las uñas mordidas. Manos desconocidas, ajenas.

—¿Cómo te llamas? —exigió saber la señora Negro. Se había puesto en pie y miraba a Tessa desde lo alto con sus pálidos ojos ardiendo. Casi parecía voraz.

Tessa no tenía la respuesta. La niña cuya piel llevaba contestó en su lugar, hablando a través de ella como se decía que los espíritus hablan a través de los médiums, aunque a Tessa no le gustaba verlo así; el Cambio era algo mucho más íntimo, más espantoso que eso.

—Emma —contestó la voz que salía de Tessa—. Señorita Emma Bayliss, señora.

—¿Y quién eres, Emma Bayliss?

La voz contestó, y las palabras que salían de la boca de Tessa trajeron con ellas potentes imágenes. Nacida en Cheapside, Emma había sido una de seis hermanos. Su padre había muerto, y su madre vendía agua de menta desde un carrito en el East End. Emma había aprendido a coser para aportar algo de dinero a la familia cuando aún no era más que una niña pequeña. Pasaba las noches sentada a una mesita en la cocina, cosiendo bajo la luz de un vela de sebo. A veces, cuando la vela se acababa y no había dinero para comprar otra, salía a la calle, se sentaba bajo una de las farolas de gas municipales y cosía bajo su luz...

—¿Era eso lo que estabas haciendo en la calle la noche que moriste, Emma Bayliss? —preguntó la señora Oscura. Tenía una fina sonrisa, y se pasaba la lengua por los labios, como si pudiera notar cuál iba a ser la respuesta.

Tessa vio calles estrechas y oscuras, envueltas en una espesa niebla, una aguja plateada trabajando bajo la tenue luz amarillenta de la farola de gas. Un paso, amortiguado por la niebla. Unas manos que salían de las sombras y la agarraban por los hombros, manos que la arrastraban, gritando, hacia la oscuridad. La aguja y el hilo le cayeron de las manos, los lazos se desprendieron de su pelo mientras luchaba. Una voz áspera chillaba algo, iracunda. Y luego la hoja plateada de un cuchillo destellaba en la oscuridad, cortándole la piel, derramando su sangre. Un dolor que era como el fuego, y un terror que no se parecía a nada que hubiera conocido. Dio patadas al hombre que la sujetaba y consiguió hacerle caer la daga de la mano; ella agarró el cuchillo y corrió, tambaleándose mientras perdía fuerzas y la sangre se le iba acabando rápidamente, tan rápidamente. Se hizo un ovillo en un callejón, y oyó el grito con siseos de algo a su espalda. Sabía que aquello la estaba siguiendo, y esperaba morir antes de que la alcanzara...

El Cambio se hizo añicos como un cristal. Con un grito, Tessa cayó de rodillas y el lacito roto se le fue de las manos. Era ella otra vez; Emma se había ido, como una piel desechada. Tessa volvía a estar dentro de su propia cabeza.

La voz de la señora Negro le llegó desde muy lejos.

—¿Theresa? ¿Dónde está Emma?

—Está muerta —susurró Tessa—. Murió en el callejón, se desangró hasta morir.

—Muy bien. —La señora Oscuro soltó aire, un sonido de satisfacción—. Lo has hecho muy bien, Theresa. Ha estado muy bien.

Tessa no dijo nada. La parte delantera de su vestido estaba salpicada de sangre, pero no sentía dolor. Sabía que no era su sangre; no era la primera vez que le pasaba. Cerró los ojos, rodando en la oscuridad, y tratando de no desmayarse.

—Tendríamos que habérselo hecho hacer antes —dijo la señora Negro—. El asunto de la niña Bayliss me tenía preocupada.

La réplica de la señora Oscuro fue cortante.

—No estaba segura de que fuera capaz. Ya recuerdas lo que le pasó con aquella mujer, Adams.

Al instante, Tessa supo de qué estaban hablando. Semanas antes, había tenido que Cambiarse en una mujer que había muerto de una herida de bala en el corazón; la sangre le había comenzado a caer por todo el vestido y había vuelto a Cambiar inmediatamente, gritando presa de un terror histérico hasta que las hermanas le habían hecho ver que no tenía ninguna herida.

—Ha hecho un maravilloso avance desde entonces, ¿no crees, hermana? —preguntó la señora Negro—. Sobre todo, teniendo en cuenta que tuvimos que empezar de cero; porque ni siquiera sabía lo que era.

—Cierto, era arcilla totalmente informe —asintió la señora Oscuro—. Hemos logrado un verdadero milagro. No puedo imaginar que no complaciera al Magíster.

La señora Negro lanzó un gritito ahogado.

—¿Quieres decir...? ¿Crees que ha llegado la hora?

—Oh, sin duda, mi querida hermana. Está completamente lista. Ya es hora de que nuestra Theresa conozca a su señor. —Había un tono de jactancia en la voz de la señora Oscuro, un desagradable sonido que traspasó el cegador vértigo de Tessa. ¿De qué estaban hablando? ¿Quién era el Magíster? Observó bajo las pestañas entrecerradas cómo la señora Oscuro tiraba de la banda de seda de la campanilla que llamaba a Miranda para que se llevara a Tessa a su cuarto. Al parecer, la lección había acabado por ese día.



—Quizá mañana —comentó la señora Negro—, o incluso esta noche. Si informamos al Magíster de que está preparada, se dará prisa para llegar aquí sin tardanza.

La señora Oscuro soltó una risita mientras salía de detrás del escritorio.

—Entiendo que estés ansiosa de que se nos pague por todo este trabajo, Amelia. Pero Theresa no sólo debe estar lista. También debe estar... presentable. ¿No crees?

La señora Negro, siguiendo a su hermana, masculló una respuesta que interrumpió cuando la puerta se abrió y entró Miranda. Su aspecto era tan soso como siempre. Ver a Tessa en el suelo, hecha un ovillo y cubierta de sangre, no pareció producirle la más mínima sorpresa. Aunque, claro, pensó Tessa, probablemente habría visto cosas peores en aquella sala.

—Lleva a la chica de vuelta a su habitación, Miranda. —La impaciencia había desaparecido del tono de la señora Negro y volvía a ser toda brusquedad—. Coge las cosas... ya sabes, las que te enseñamos... y haz que se vista y se prepare.

—¿Las cosas... que me enseñaron? —Miranda parecía no entender a qué se referían.

Las señoras Oscuro y Negro intercambiaron una mirada de desagrado, y se acercaron a Miranda, ocultándola de la vista de Tessa. Tessa las oyó susurrarle algo y captó unas cuantas palabras sueltas: «vestido» y «cuarto del armario» y «haz lo que puedas para que esté guapa»; y luego, finalmente, Tessa oyó una frase bastante cruel: «No estoy segura de que Miranda sea lo suficiente inteligente para obedecer una orden tan vaga como ésa, hermana».

«Haz que esté guapa». Pero ¿qué les importaba que estuviera guapa o no, si la podían obligar a adoptar el aspecto que quisieran? ¿Qué importancia tenía su verdadera apariencia? ¿Y por qué eso tenía que importar al Magíster? Aunque, por la forma en que se comportaban las hermanas, era evidente que ellas creían que sí le importaría.

La señora Negro salió de la sala, seguida de su hermana, igual que siempre. En la puerta, la señora Oscuro se detuvo y se volvió para mirar a Tessa.

—Recuerda, Theresa —le dijo—, que todo lo que hemos hecho hasta hoy ha sido para prepararte para esta noche. —Se sujetó las faldas con ambas manos huesudas—. No nos falles.

Dejó que la puerta se cerrara tras ella. Tessa se estremeció ante el ruido, pero a Miranda, como siempre, parecía no haberle afectado en absoluto. En todo el tiempo que había pasado en la Casa Oscura, Tessa no había sido capaz de sobresaltar a la otra chica, ni de sorprenderla con una expresión desprevenida.

—Vamos —dijo Miranda—. Ahora debemos ir arriba.

Tessa se puso en pie, lentamente. La cabeza le daba vueltas. Su vida en la Casa Oscura estaba siendo horrible, pero era consciente de que casi se había acostumbrado a ella. Con el tiempo, había llegado a saber lo que podía esperar. Había sabido que las Hermanas Oscuras la estaban preparando para algo, aunque no había podido averiguar de qué se trataba. Había creído, quizá por ingenuidad, que no la matarían. ¿Para qué todo aquel entrenamiento si al final tenía que morir?

Pero algo en el tono gozoso de la señora Oscura le había dado que pensar. Algo había cambiado. Ya habían logrado lo que pretendían de ella. Les iban a «pagar». Pero ¿quién iba a hacer el pago?

—Vamos —repitió Miranda—. Debemos prepararla para el Magíster.

—Miranda —comenzó Tessa. Le habló con voz suave, como le hubiera hablado a un gato nervioso. Miranda nunca antes había respondido a ninguna pregunta de Tessa, pero eso no significaba que no valiera la pena intentarlo—. ¿Quién es el Magíster?

Hubo un largo silencio. Miranda miraba al frente con su inexpresivo rostro impasible. Luego,

sorprendió a Tessa y habló:

—El Magíster es un gran hombre —dijo Miranda—. Será un honor para usted casarse con él.

—¿Casarme? —repitió Tessa. La sorpresa le resultó tan intensa que de repente pudo ver la sala con mucha más claridad: Miranda; la alfombra del suelo manchada de sangre; la pesada bola del mundo de latón sobre la mesa, aún inclinada en la posición en que la había dejado la señora Negro—. ¿Yo? Pero... ¿quién es?

—Es un gran hombre —repitió Miranda—. Será un honor. —Avanzó hacia Tessa—. Ahora debe venir conmigo.

—No. —Tessa se apartó de ella y retrocedió hasta golpearse dolorosamente en la espalda con el borde del escritorio. Miró alrededor desesperada. Podría echar a correr, pero nunca superaría a Miranda para llegar hasta la puerta; no había ventanas, ni puertas hacia otras habitaciones. Si se escondía detrás del escritorio, Miranda la sacaría a rastras y la cargaría hasta su habitación—. Miranda, por favor.

—Ahora debe venir conmigo —repitió Miranda; casi había llegado hasta Tessa. Ésta podía verse reflejada en las negras pupilas de la otra joven, podía captar el ligero olor amargo, casi a chamuscado, que emanaba de la piel y la ropa de Miranda—. Debe venir...

Con una fuerza que ignoraba poseer, Tessa agarró la base de la bola de latón del escritorio, la levantó y golpeó a Miranda en la cabeza con toda su alma.

El golpe produjo un sonido desagradable, como el del vidrio pisoteado. Miranda se tambaleó hacia atrás, pero luego volvió a erguirse. Tessa lanzó un grito y dejó caer el globo. Todo el lado izquierdo del rostro de Miranda se había hundido, como si a una máscara de papel se le hubiera chafado un lado. Su mejilla estaba aplastada, y el labio destrozado contra los dientes. Pero no había sangre, ni una gota de sangre.

—Ahora debe venir conmigo —repitió Miranda en el mismo tono inexpresivo que siempre empleaba.

Tessa se quedó boquiabierta.

—Debe venir... debe ve... venir... debe... debe... dedededeeeee... —La voz de Miranda tembló, se quebró y degeneró en un torrente de sonidos incoherentes. Fue hacia Tessa, y luego se movió espasmódicamente hacia un lado, entre pequeñas sacudidas y tambaleos. Tessa se apartó del escritorio y comenzó a alejarse mientras la otra joven comenzaba a dar vueltas sobre sí misma, cada vez más de prisa. Fue girando por toda la sala como un borracho tambaleante, aún soltando un sonido agudo, y se estrelló contra la pared del fondo; eso pareció aturdira completamente. Se desplomó sobre el suelo y se quedó quieta.

Tessa corrió hacia la puerta y luego avanzó por el pasillo al que conducía; sólo se detuvo una vez, cuando ya estuvo fuera de la sala, para mirar atrás. En ese breve instante, le pareció como si un hilo de humo negro se estuviera alzando del cuerpo caído de Miranda, pero no tenía tiempo de quedarse a mirar. Tessa se lanzó por el pasillo, dejando la puerta abierta tras de sí.

Fue hacia la escalera y la subió de dos en dos; varias veces estuvo a punto de tropezarse con las faldas y se golpeó dolorosamente la rodilla con un escalón. Lanzó un grito y siguió subiendo como pudo hasta el primer descansillo, y de allí continuó corriendo por otro pasillo. Éste se abría ante ella, largo y curvado, y desaparecía entre las sombras. Mientras corría por él, vio que había puertas a ambos lados. Se detuvo y probó a abrir una, pero estaba cerrada con llave, igual que la siguiente y la de después. Pero en alguna parte tenía que haber una puerta principal, ¿no?

Otro tramo de escalera bajaba al final del pasillo. Tessa corrió por ella y se encontró en una entrada. Parecía como si, en otro tiempo, hubiera sido muy suntuosa; el suelo era de mármol quebrado y manchado, y unos altos ventanales a ambos lados estaban cubiertos por unas cortinas. Un poco de luz se colaba por el encaje e iluminaba una enorme puerta de dos hojas. Tessa notó que el corazón le daba un vuelco. Se lanzó hacia el picaporte, lo agarró y abrió la puerta.

Más allá había una estrecha calle adoquinada, flanqueada por casas idénticas y adosadas. El olor de la ciudad golpeó a Tessa en el rostro; había pasado tanto tiempo desde la última vez que había respirado al aire libre. Era casi de noche, y el cielo era del apagado azul del ocaso, cubierto por manchas de niebla. Oyó voces en la distancia, los gritos de niños que jugaban, el repiqueteo de los cascos de los caballos. Pero allí, la calle estaba casi desierta, excepto por un hombre apoyado en una farola de gas cercana, que leía un periódico bajo su luz.

Aun así, era alguien. Tessa bajó los escalones a todo correr, fue hasta el desconocido y le tiró de la manga.

—Por favor, señor... Si pudiera ayudarme...

Él volvió el rostro y la miró.

Tessa ahogó un grito. El rostro del hombre era tan blanco y ceroso como la primera vez que lo había visto, en el muelle de Southampton; los ojos saltones aún le recordaban a los de Miranda y los dientes le destellaron como el metal cuando sonrió.

Era el cochero de las Hermanas Oscuras.

Tessa trató de salir corriendo, pero ya era demasiado tarde.

## 2

### EL INFIERNO ES FRÍO

Entre dos mundos, la vida cuelga como una estrella,  
ni noche ni día, sobre el filo del horizonte.  
¡Qué poco sabemos cuál somos!  
¡Y cuán menos aún lo que seremos!

LORD BYRON, *Don Juan*

—Niña estúpida —le espetó la señora Negro mientras apretaba los nudos que sujetaban a Tessa al armazón de la cama—. ¿Qué creías que ibas a conseguir, escapándote así? ¿Adonde creías que podrías haber ido?

Tessa no contestó, sólo apretó los dientes y miró hacia la pared. Se negaba a que la señora Negro, o su horrible hermana, vieran lo a punto que estaba de echarse a llorar, o el daño que le hacían las cuerdas que le ataban las muñecas y los tobillos a la cama.

—Es totalmente insensible al honor que se le concede —dijo la señora Oscuro, que estaba junto a la puerta para asegurarse de que Tessa no rompiera sus ataduras y saliera corriendo por ella—. Es desagradable comprobarlo.

—Hemos hecho cuanto hemos podido para prepararla para el Magíster —repuso la señora Negro, y suspiró—. Una pena que tuviéramos una arcilla tan sosa con la que trabajar, a pesar de su talento. Es una estúpida falsa y engañosa.

—Sin duda —asintió su hermana—. No se da cuenta, ¿verdad?, de lo que le pasará a su hermano si vuelve a tratar de desobedecernos. Quizá estemos dispuestas a ser clementes esta vez, pero la próxima... —Siseó con los dientes cerrados, un sonido que hizo que a Tessa se le pusieran de punta los pelos de la nuca—. Nathaniel no tendrá tanta suerte.

Tessa no lo aguantaba más; aun sabiendo que no debía hablar, que no debía darles esa satisfacción, no se pudo tragar las palabras.

—Si me dijeran quién es el Magíster, o qué quiere de mí...

—Quiere casarse contigo, estúpida —contestó la señora Negro. Acabó con los nudos y retrocedió para contemplar su obra—. Quiere dártelo todo.

—Pero ¿por qué? —susurró Tessa—. ¿Por qué a mí?

—Por tu talento —respondió la señora Oscuro—. Por lo que eres y lo que puedes hacer. Lo que te hemos enseñado a hacer. Deberías estarnos agradecida.

—Pero mi hermano... —Las lágrimas contenidas le ardían en los ojos. «No voy a llorar. No voy a llorar. No voy a llorar», se dijo—. Me dijeron que si hacía todo lo que me ordenaran, lo dejarían libre...

—Cuando te hayas casado con el Magíster, él te concederá todo lo que quieras. Si quieres a tu hermano, él te lo dará. —No había remordimientos ni emoción en la voz de la señora Negro.

La señora Oscuro soltó una risita.

—Sé lo que está pensando. Está pensando que si pudiera tener todo lo que quisiera, nos haría

matar.

—Ni siquiera gastes energía imaginando esa posibilidad. —La señora Negro le tiró a Tessa suavemente de la barbilla—. Tenemos un contrato blindado con el Magíster. No puede hacernos ningún daño, y tampoco querría. Nos lo deberá todo, una vez te hayamos entregado a él. —Se acercó más, y su voz se transformó en un susurro—. Te quiere sana e intacta. De no ser así, te habría dado una buena paliza. Si te atreves a desobedecernos de nuevo, desafiaré sus deseos y te haré azotar hasta que se te salte la piel a tiras. ¿Me has entendido?

Tessa volvió el rostro hacia la pared.

Mientras navegaba en el Main, una noche en la que pasaban ante Newfoundland, Tessa no había sido capaz de dormir. Había salido a cubierta para respirar un poco de aire fresco, y había visto que la noche se iluminaba con el resplandor de brillantes montañas; icebergs, le había explicado que eran uno de los marineros al pasar, trozos de hielo desprendidos de las grandes capas del norte por el clima más cálido. Habían pasado flotando lentamente entre las oscuras aguas, como torres de una ciudad blanca hundida. Tessa había pensado entonces que nunca había visto nada más solitario que aquello.

Pero acababa de descubrir que en aquel momento sólo había comenzado a imaginar la soledad. Cuando las hermanas se fueron, Tessa se dio cuenta de que ya no quería llorar. La presión había desaparecido de sus ojos, y había sido reemplazada por una mortecina sensación de inútil desesperación. La señora Oscuro había acertado: si Tessa pudiera hacerlas matar a las dos, lo haría.

Probó a tirar de las cuerdas que le ataban los brazos y las piernas a las barras de la cama. Ni se movieron. Los nudos estaban muy apretados; lo suficiente como para clavársele en la piel y hacer que sintiera un cosquilleo en las manos, que se estaban durmiendo. Calculó que sólo tenía unos minutos antes de que las extremidades se le entumecieran totalmente.

Una parte de sí, y no una pequeña, quería dejar de luchar, quedarse tumbada sin hacer ningún esfuerzo hasta que llegara el Magíster para llevársela. Por la ventanita, vio que el cielo se oscurecía; ya no podría tardar mucho. Quizá él realmente quería casarse con ella. Quizá fuera cierto que le quería dar todo.

De repente, oyó la voz de la tía Harriet en la cabeza: «Cuando encuentres a un hombre con el que quieras casarte, Tessa, recuerda esto: sabrás qué tipo de hombre es no por las cosas que dice, sino por las que hace».

Y la tía Harriet tenía razón, claro. Ningún hombre con el que ella quisiera casarse hubiera dispuesto que la trataran como a una prisionera y una esclava, hubiera encerrado a su hermano y hubiera permitido que la torturaran en virtud de su «talento». Era como una broma pesada. Sólo el Cielo sabía lo que el Magíster querría hacer con ella cuando la tuviera en sus manos. Si se trataba de algo a lo que pudiera sobrevivir, se imaginó que pronto llegaría a desear no haberlo hecho.

¡Dios, qué talento más inútil tenía! ¿El poder de cambiar de aspecto? Si en vez de eso pudiera hacer que ardieran las cosas, o romper el metal, o hacer que le crecieran cuchillos en los dedos... O si pudiera hacerse invisible, o encogerse hasta alcanzar el tamaño de un ratón...

De repente se quedó inmóvil, tan inmóvil que llegó a oír el tictac del ángel mecánico sobre su pecho. No hacía falta que se encogiera hasta el tamaño de un ratón, ¿verdad? Lo único que tenía que hacer era encogerse lo suficiente para que las cuerdas que rodeaban sus muñecas le quedaran sueltas.

Era capaz de Cambiar en alguien por segunda vez sin tocar nada que hubiera pertenecido a esa persona; sólo necesitaba haberlo hecho antes. Las hermanas le habían hecho memorizar la manera de hacerlo. Por primera vez, se alegraba de que le hubieran obligado a aprender algo.

Se apretó contra el duro colchón y se forzó a recordar. La calle, la cocina, el movimiento de la aguja, el resplandor de la farola de gas. Lo deseó, deseó que ocurriera el Cambio.

«¿Cómo te llamas? Emma. Emma Bayliss...»

El Cambio se lanzó sobre ella como un tren, casi dejándola sin aliento; alteró la forma de su piel, rehízo sus huesos. Ahogó el grito y arqueó la espalda...

Y ya estuvo. Parpadeando, Tessa miró al techo, luego hacia los lados, y después se centró en las muñecas y en las cuerdas que las rodeaban. Eran sus manos, las manos de Emma, delgadas y frágiles, y la cuerda colgaba flácida, suelta en un aro alrededor de las finas muñecas. Triunfante, Tessa liberó sus manos, se sentó y se frotó las marcas rojas que rodeaban sus muñecas como brazaletes.

Aún tenía los tobillos atados. Se inclinó hacia adelante y con dedos presurosos empezó a deshacer los nudos. Resultó que la señora Negro tenía tanta habilidad con los nudos como un marinero. Cuando las cuerdas cayeron al fin, Tessa tenía los dedos ensangrentados y doloridos; se puso en pie de un salto.

El cabello de Emma era tan fino que se había soltado de los pasadores que sujetaban el de Tessa. Se lo tiró impaciente hacia atrás sobre los hombros y se sacudió para deshacerse de Emma, permitiendo que el Cambio la alejara de ella hasta que notó su propio pelo entre los dedos, espeso y familiar. Se miró en el espejo del otro lado de la habitación y vio que la pequeña Emma Bayliss se había ido y que volvía a ser ella misma.

Un sonido a su espalda la hizo darse la vuelta. El picaporte de su puerta estaba girando de un lado al otro, como si alguien al otro lado tuviera problemas para abrir la puerta.

«La señora Oscuro», pensó.

Habría vuelto, para azotarla hasta sangrar. O para llevarla con el Magíster. Tessa corrió al otro lado del cuarto, agarró la jarra de porcelana del palanganero y se apresuró a volver de nuevo junto a la puerta, apretando la jarra en el puño.

El picaporte giró; la puerta se abrió. En la tenue luz, lo único que Tessa pudo ver fue la sombra de alguien que entraba en la habitación. Se lanzó hacia adelante, blandiendo la jarra con toda su fuerza...

La sombra se movió, rápida como un látigo, pero no lo suficientemente; la jarra golpeó el brazo extendido de la sombra antes de salir volando de la mano de Tessa y estrellarse contra la pared del fondo. Los fragmentos de porcelana cayeron al suelo mientras la persona gritaba de dolor.

El grito era inequívocamente masculino. Igual que la retahíla de maldiciones que siguieron.

Tessa retrocedió y luego corrió hacia la puerta, pero ésta se cerró con un portazo, y por mucho que probó a girar el picaporte, éste se negó a moverse. Una luz brillante inundó la habitación, como si el sol se hubiera alzado. Tessa se volvió en redondo, parpadeando para contener las lágrimas que le anegaban los ojos... y se quedó mirando boquiabierta.

Ante ella había un muchacho. No podía ser mucho más mayor que ella, unos diecisiete, quizá dieciocho. Iba vestido con lo que parecían ropas de obrero: una chaqueta negra raída, pantalones y botas gruesas. No llevaba chaleco, y unas anchas correas de cuero le cruzaban la cintura y el pecho. De ellas colgaban varias armas: dagas, navajas y algo que parecían hojas de hielo. En la mano derecha sostenía lo que parecía una piedra; ésta brillaba y producía la luz que casi había cegado a Tessa. Su otra mano, delgada y de dedos largos, sangraba por donde ella le había cortado en el dorso con la jarra.

Pero no era eso lo que captaba la atención de Tessa. El chico tenía el rostro más hermoso que ella hubiera visto jamás. Cabello negro enredado y ojos como cristal azul. Pómulos elegantes, una boca carnosa y pestañas largas y espesas. Incluso la curva del cuello era perfecta. Era como todos los héroes de ficción que Tessa había llegado a conjurar en su mente. Aunque nunca había llegado a imaginar que

uno de ellos la estaría insultando mientras agitaba la mano ensangrentada a modo de acusación contra ella.

Él pareció darse cuenta de que ella lo miraba embobada, porque dejó de maldecir.

—Me ha cortado —dijo él, con una voz agradable. Británica. Muy corriente. Se miró la mano con interés—. Podría ser mortal.

Tessa lo miró con los ojos como platos.

—¿Es usted el Magíster?

Él inclinó la mano. La sangre corrió por ella y salpicó el suelo.

—Mire, gran pérdida de sangre. La muerte podría ser inminente.

—¿Es usted el Magíster?!

—¿Magíster? —El chico pareció ligeramente sorprendido ante la vehemencia de Tessa—. Eso quiere decir «maestro» en latín, ¿verdad?

—Su... —Tessa se iba sintiendo cada vez más como si estuviera atrapada en un sueño muy raro—. Supongo que sí.

—He conseguido maestría en muchas cosas en mi vida. Orientarme por las calles de Londres, hablar francés sin acento, bailar la cuadrilla, el arte japonés del arreglo floral, mentir en las charadas, disimular un estado de profunda ebriedad, deleitar a las jóvenes con mis encantos...

Tessa lo seguía mirando boquiabierta.

—Pero —continuó él— nunca nadie se ha referido a mí como «el maestro» o «el magíster». Lo cual es una pena...

—¿Está en un estado de profunda ebriedad en este momento? —Tessa pretendía preguntarlo con toda seriedad, pero en cuanto las palabras salieron de su boca se dio cuenta de que debían de haber sonado de lo más grosero, o peor, como si flirteara. Además, el chico parecía demasiado firme sobre sus dos pies para estar borracho. Había visto a Nate borracho suficientes veces como para notarlo. Quizá el chico sólo estuviera loco.

—Qué directa, pero supongo que todos los americanos lo son, ¿no? —El chico parecía divertido—. Sí, su acento la delata. ¿Y cómo se llama?

Tessa lo miró sin poder creérselo.

—¿Que cómo me llamo yo?

—¿No lo sabe?

—Usted... usted se ha colado de golpe en mi habitación, me ha dado un susto de muerte y ¿ahora quiere saber cómo me llamo? ¿Cómo se llama usted? ¿Y quién es, para empezar?

—Me llamo Herondale —contestó el chico alegremente—. William Herondale, pero todo el mundo me llama Will. ¿De verdad que ésta es su habitación? No es muy bonita, ¿no cree? —Fue hacia la ventana, y se detuvo para examinar la pila de libros que había sobre la mesilla y después la propia cama. Hizo un gesto indicando las cuerdas—. ¿Suele dormir atada a la cama?

Tessa sintió que le ardían las mejillas y se sorprendió, dadas las circunstancias, de mantener la capacidad de sentirse avergonzada. ¿Debería decirle la verdad? ¿Había alguna posibilidad de que fuera el Magíster? Aunque cualquiera que tuviera su aspecto no necesitaría atar a las chicas y mantenerlas prisioneras para conseguir que se casaran con él.

—Venga. Coja esto. —Le pasó la piedra brillante. Tessa la cogió medio esperando quemarse los dedos, pero era fría al tacto. En cuanto le tocó la palma, la luz disminuyó hasta convertirse en un rescoldo. Tessa miró al chico desconsolada, pero él había ido hasta la ventana y estaba mirando afuera,

sin mostrar preocupación—. Es una pena que estemos en el tercer piso. Yo podría saltar, pero usted seguramente se mataría. No, debemos salir por la puerta y probar suerte por la casa.

—Salir por la... ¿Qué? —Tessa, atrapada en una semipermanente confusión, meneó la cabeza—. No lo entiendo.

—¿Cómo que no puede entenderlo? —Señaló los libros—. Lee novelas. Es evidente que he venido a rescatarla. ¿No me parezco a sir Galahad? —Alzó los brazos teatralmente—. Mi fuerza iguala a la de diez hombres. Porque mi corazón es puro...

Algo resonó, a lo lejos, dentro de la casa: un portazo.

Will soltó una palabra que sir Galahad nunca hubiera dicho y se apartó de un salto de la ventana. Aterrizó con una mueca de dolor, y se miró molesto la mano herida.

—Tendré que encargarme de esto más tarde. Vamos... —La miró fijamente, con un interrogante en la mirada.

—Señorita Gray —contestó ella a media voz—. Señorita Theresa Gray.

—Señorita Gray —repitió él—. Vayamos, entonces, señorita Gray. —Pasó ante ella hacia la puerta, encontró el picaporte, lo giró y estiró...

No pasó nada.

—No servirá —explicó ella—. La puerta no se puede abrir desde dentro.

Will esbozó una sonrisa feroz.

—¿Quién dice que no se puede?

Cogió uno de los objetos que colgaba de su cinturón. Escogió lo que parecía una rama larga y fina, limpia de otras ramitas, elaborada de un material blanco plateado. Colocó la punta contra la puerta y dibujó; eso fue exactamente lo que hizo. Gruesas líneas negras fueron saliendo en espiral desde la punta del flexible cilindro con un siseo audible, y se esparcieron sobre la hoja de madera como una mancha de tinta controlada.

—¿Está dibujando algo? —quiso saber Tessa—. No veo cómo eso puede...

Se oyó un ruido como de cristal quebrado. El picaporte, sin que lo tocaran, comenzó a dar vueltas, más y más rápido, y la puerta se abrió mientras unas ligeras volutas de humo se elevaban desde las bisagras.

—Ahora lo ve —replicó Will y, después de meterse el extraño objeto en el bolsillo, hizo un gesto a Tessa para que le siguiera—. Vayámonos.

Inexplicablemente, Tessa vaciló, y miró hacia atrás a la habitación que había sido su prisión durante un mes y medio.

—Mis libros...

—Ya le conseguiré más libros. —La hizo apresurarse a salir al pasillo por delante de él, y cerró la puerta tras ellos. Después de cogerla por la muñeca, la condujo por el pasillo y torcieron por una esquina. Allí estaba la escalera por la que ella había descendido tantas veces con Miranda. Will comenzó a bajarla de dos en dos tirando de ella. La brillante piedra que Tessa aún llevaba en la mano lanzaba suaves ondas de luz y sombra que se deslizaban por las paredes mientras la joven corría.

Por encima de ellos, Tessa oyó un grito. Procedía indudablemente de la señora Oscuro.

—Han descubierto que no está —corroboró Will. Habían llegado al primer replano, y Tessa redujo el paso, sólo hasta que Will tiró de ella, porque no parecía dispuesto a detenerse.

—¿No vamos a salir por la puerta principal? —preguntó ella.

—No podemos. El edificio está rodeado. Hay toda una fila de carruajes parados delante. Parece



que he llegado en un momento más excitante de lo esperado. —Siguí bajando por la escalera, y Tessa le siguió—. ¿Sabe lo que las Hermanas Oscuras tenían planeado para esta noche?

Ella negó con la cabeza.

—Pero ¿estaba esperando a alguien llamado el Magíster? —Ya habían llegado al sótano, donde las paredes enyesadas dejaban paso a la húmeda piedra. Sin el farol de Miranda, resultaba bastante oscuro. Una oleada de calor los alcanzó—. Por el Ángel, aquí abajo es como el noveno círculo del infierno.

—El noveno círculo del infierno es frío —replicó Tessa automáticamente.

Will se la quedó mirando.

—¿Qué?

—En el *Inferno* —le explicó—. El infierno es frío. Está cubierto de hielo.

Él la siguió mirando durante un largo instante, mientras la comisura de sus labios se tensaba; luego le tendió la mano.

—Deme la luz mágica. —Ante la expresión de incompreensión de Tessa, hizo un ruido de impaciencia—. La piedra. Deme la piedra.

En cuanto Will cerró la mano sobre la piedra, la luz revivió en ella y brotaron rayos entre sus dedos. Por primera vez, Tessa vio que él tenía un dibujo en el dorso de la mano, hecho con tinta negra. Parecía un ojo abierto.

—En cuanto a la temperatura del infierno, señorita Gray —comentó él—, déjeme que le dé un consejo. El atractivo joven que está tratando de rescatarla de un terrible destino nunca se equivoca. Ni siquiera si dice que el cielo es lila y está plagado de erizos.

«Está completamente loco», pensó Tessa, pero no lo dijo; estaba demasiado asustada porque Will se dirigía hacia las grandes puertas dobles de los aposentos de las Hermanas Oscuras.

—¡No! —Le cogió por el brazo tirando de él hacia atrás—. Por aquí no. No hay salida. No lleva a ninguna parte.

—De nuevo corrigiéndome, por lo que veo. —Will se volvió y comenzó a correr hacia el otro lado, hacia el oscuro pasillo que Tessa siempre había temido. Ella tragó saliva con fuerza y lo siguió.

El pasillo se fue estrechando mientras avanzaban; las paredes se les echaban encima desde ambos lados. Allí, el calor era incluso más intenso, lo que hizo que el cabello de Tessa se encrespase y se le pegara a las sienes y al cuello. El aire era espeso y difícil de respirar. Durante un rato caminaron en silencio, hasta que Tessa no pudo resistirlo más. Tenía que preguntarlo, aun sabiendo cuál sería la respuesta.

—Señor Herondale —dijo—, ¿le ha enviado mi hermano a buscarme?

Se temió que él le lanzara algún comentario absurdo como respuesta, pero tan sólo la miró con curiosidad.

—Nunca he oído hablar de su hermano —contestó, y Tessa notó el sordo dolor de la decepción royéndole el corazón. Ya había sabido que Nate no podía haberlo enviado; de ser así, hubiera sabido su nombre, ¿no?; pero aun así dolía—. Y quitando los últimos diez minutos, tampoco sabía nada de su existencia, señorita Gray. He estado siguiendo el rastro de una chica muerta desde hace dos meses. Fue asesinada, la dejaron en un callejón para que se desangrara hasta morir. Había estado huyendo de... algo. —El pasillo había llegado a una bifurcación, y después de una pausa, Will se dirigió hacia la izquierda—. Había una daga a su lado, cubierta de sangre. Tenía un símbolo grabado. Dos serpientes que se mordían mutuamente la cola.

Tessa se sobresaltó. «La dejaron en un callejón para que se desangrara hasta morir. Había una daga a su lado». Sin duda, era el cadáver de Emma.

—Es el mismo símbolo que está en la puerta del carruaje de las Hermanas Oscuras. Así es como yo las llamo, a la señora Negro y a la señora Oscuro, me refiero...

—No es la única que las llama así; los otros subterráneos también lo hacen —explicó Will—. Lo descubrí mientras investigaba sobre el símbolo. Debo de haber paseado esa daga por cien garitos de subterráneos, buscando a alguien que lo reconociera. Incluso ofrecí una recompensa por la información. Finalmente, el nombre de las Hermanas Oscuras me llegó a los oídos.

—¿Subterráneos? —repitió Tessa, confusa—. ¿Es un lugar de Londres?

—Eso no importa —contestó Will—. Estoy alardeando de mis dotes de investigador, y preferiría hacerlo sin interrupciones. ¿Por dónde iba?

—La daga... —Tessa se interrumpió cuando una voz resonó por el pasillo, aguda, dulce e inconfundible.

—Theresa. —La voz de la señora Oscuro. Parecía colarse entre las paredes como volutas de humo—. Oh, Theresaaaa. ¿Dónde estáas?

Tessa se quedó paralizada.

—Oh, Dios, nos están alcanzando...

Will la volvió a coger por la muñeca y salieron corriendo; desde su otra mano, la luz mágica lanzaba extraños dibujos de sombras y luces contra las paredes mientras avanzaban a toda prisa por el intrincado pasillo, que descendía cada vez a mayor profundidad; las piedras del suelo se fueron haciendo más húmedas y resbaladizas al mismo tiempo que el aire se volvía cada vez más caliente. Parecía como si corrieran hacia el mismísimo infierno, pensó Tessa, mientras las voces de las Hermanas Oscuras resonaban en las paredes.

—¡Theresaaaaaa! No te dejaremos escapar, ya lo sabes. ¡No podrás esconderte! ¡Te encontraremos, cariño! ¡Lo sabes!

Will y Tessa torcieron un recodo a toda velocidad y tuvieron que detenerse en seco; el pasillo acababa en un par de altas puertas metálicas. Will soltó a Tessa y se abalanzó contra ellas. Se abrieron de golpe, y Will continuó hacia dentro, seguido de Tessa, que se volvió con la intención de cerrarlas de un portazo. El peso de las puertas casi fue demasiado para ella, y tuvo que empujarlas con todo su cuerpo para poder cerrarlas.

La única iluminación del lugar era la piedra de Will; su luz se redujo entre los dedos hasta quedar como la de una ascua. Iluminó a Will en medio de la oscuridad, como un foco en un escenario, mientras éste pasaba junto a Tessa y echaba el cerrojo a la puerta. El cerrojo era pesado y estaba cubierto de óxido, y Tessa, tan cerca como estaba de Will, notó la tensión del cuerpo de éste mientras corría el cerrojo hasta el final.

—¿Señorita Gray? —Will se inclinaba hacia Tessa con la espalda apoyada contra las puertas cerradas. Ella notó el ritmo acelerado del corazón de Will... ¿o quizá era el de ella misma? La extraña iluminación blanca que producía la piedra refulgió en el agudo ángulo de los pómulos del chico, y sobre el ligero sudor que le cubría la clavícula. Tessa también le vio marcas allí, medio cubiertas por el cuello de la camisa, iguales que la marca de la mano, gruesas y negras, como si alguien le hubiera hecho dibujos con tinta sobre la piel.

—¿Dónde estamos? —preguntó Tessa—. ¿Nos hallamos a salvo?

Sin contestar, él se apartó y alzó la mano derecha. Al elevarla, la luz brilló con más fuerza e iluminó

la estancia.

Se encontraban en una especie de celda, aunque muy grande. Las paredes, el techo y el suelo eran de piedra, y éste se inclinaba hacia un gran desagüe que había en el centro. Sólo había una ventana, enrejada, en lo más alto de la pared. No había más puerta que la que habían cruzado al entrar. Pero no fue nada de todo eso lo que hizo que Tessa tragara aire asombrada.

Aquel lugar era un matadero. Grandes mesas de madera iban de un lado al otro de la estancia. Varios cuerpos yacían sobre una de ellas: cuerpos humanos, desnudos y pálidos. Todos tenían una incisión negra en forma de Y en el pecho, y todas las cabezas estaban apoyadas sobre el borde de la mesa; el cabello de las mujeres barría el suelo como si se tratara de escobas. En la mesa central había pilas de cuchillos ensangrentados y maquinaria: ruedas dentadas de cobre, engranajes de latón y sierras de arco con afilados dientes plateados.

Tessa se cubrió la boca con la mano para acallar un grito. Notó sabor a sangre al morderse sus propios dedos. Will no pareció darse cuenta; miraba muy pálido alrededor mientras mascullaba algo que Tessa no llegaba a descifrar.

Se oyeron golpes y las puertas de metal se sacudieron, como si hubieran lanzado contra ellas algo pesado. Tessa bajó la mano sangrante.

—¡Señor Herondale! —gritó.

Él se volvió justo cuando las puertas volvieron a sacudirse.

—¡Theresa! ¡Sal de ahí ahora mismo y no te haremos nada! —resonó una voz desde el otro lado.

—Están mintiendo —replicó Tessa inmediatamente.

—¡Oh! ¿De verdad? —Will guardó la brillante luz mágica en el bolsillo y saltó sobre el centro de la mesa que estaba cubierta de maquinaria ensangrentada. Se inclinó, agarró una pesada rueda de latón y la sopesó en la mano. Con un gruñido de esfuerzo, la lanzó hacia la ventana; el vidrio se rompió en mil pedazos, y entonces Will alzó la voz.

—¡Henry! ¡Un poco de ayuda, por favor! ¡Henry!

—¿Quién es Henry? —quiso saber Tessa, pero en ese momento las puertas se sacudieron por tercera vez y comenzaron a aparecer finas grietas en el metal. Era evidente que no iban a resistir mucho más. Tessa corrió hacia la mesa y agarró una arma al azar: una sierra de arco de dientes desgastados, del tipo que los carniceros usan para cortar hueso. La blandió hacia adelante, agarrándola con fuerza, justo cuando las puertas cedieron.

Las Hermanas Oscuras se hallaban en el umbral; la señora Oscuro tan alta y huesuda como un espantapájaros con su brillante vestido verde lima, y la señora Negro, con el rostro enrojecido y los ojos entrecerrados de rabia. Una refulgente corona de chispas azules las rodeaba, como fuegos artificiales. La mirada de ambas cayó sobre Will, quien, aún sobre la mesa, se había sacado uno de sus cuchillos de hielo del cinturón; luego las hermanas volvieron a mirar a Tessa. La boca de la señora Negro, una línea roja en el pálido rostro, se estiró en una sonrisa.

—Nuestra pequeña Theresa —dijo—. Tendrías que saber que no sirve de nada escaparse. Ya te dijimos lo que te pasaría si volvías a hacerlo...

—Entonces, ¡hágalo! Azóteme hasta sangrar. Máteme. ¡No me importa! —gritó Tessa, y se sintió satisfecha al ver que las Hermanas Oscuras parecían, al menos, un poco sorprendidas por su arrebató; antes siempre había tenido terror a alzarles la voz—. ¡No les permitiré que me entreguen al Magíster! ¡Prefiero morir!

—¡Mira con qué lengua tan afilada nos sorprendes, Theresa, querida! —repuso la señora Negro.

Con exagerada deliberación se fue sacando el guante de la mano derecha, y por primera vez, Tessa le vio la mano desnuda. La piel era gris y gruesa, como la de un elefante, y las uñas, largas garras oscuras. Parecían afiladas como cuchillos. La señora Negro miró a Tessa con una sonrisa forzada—. Quizá si te cortáramos la lengua, aprenderías modales.

Fue hacia Tessa, pero Will le cerró el camino, saltando entre las dos desde la mesa.

—Malik —dijo, y su cuchillo blanco hielo brilló como una estrella fugaz.

—Apártate de mi camino, guerrerito nefilim —ordenó la señora Negro—. Y llévate tus cuchillos serafín. Esto no va contigo.

—Se equivoca. —Will entrecerró los ojos—. He oído unas cuantas cosas sobre usted, mi señora. Murmullos sobre sus paseos por el mundo subterráneo como un río de veneno negro. Se me ha dicho que usted y su hermana pagan generosamente por los cuerpos de humanos muertos, y que no les importa demasiado cómo se los consiguen.

—Tanto alboroto por unos cuantos mundanos. —La señora Oscuro soltó una risita y se puso al lado de su hermana, de forma que Will, con su refulgente cuchillo, quedó entre Tessa y ambas mujeres—. No tenemos nada contra ti, cazador de sombras, a no ser que desees que así sea. Has invadido nuestro territorio y has infringido la ley de la Alianza al hacerlo. Podríamos informar a la Clave...

—Aunque la Clave desaprueba a los intrusos, curiosamente aún ve peor que se corte la cabeza y se despelleje a la gente. Tienen esa manía —observó Will.

—¿Gente? —soltó la señora Oscuro con desprecio—. Mundanos. Os importan tan poco como a nosotras. —Entonces, miró a Tessa—. ¿Te ha dicho lo que es en realidad? No es humana...

—¡Mira quién fue a hablar! —replicó Tessa con voz temblorosa.

—¿Y te ha dicho ella a ti lo que es? —preguntó la señora Negro a Will—. ¿Te ha hablado sobre su talento? ¿Lo que puede hacer?

—Si aventurara una suposición —contestó Will—, diría que tiene algo que ver con el Magíster.

La señora Oscuro lo miró de forma suspicaz.

—¿Has oído hablar del Magíster? —Miró a Tessa—. Ah, ya veo. Tan sólo conoces lo que ella te ha dicho. El Magíster, muchachito ángel, es más peligroso de lo que podrías llegar a imaginar. Y lleva mucho tiempo esperando a alguien con la habilidad de Theresa. Hasta podrías decir que fue él quien provocó que naciera...

Un estruendo colosal cubrió sus palabras cuando toda la pared de la derecha se hundió de repente. Fue como la escena de las murallas de Jericó viniéndose abajo en la vieja biblia ilustrada de Tessa. La pared estaba ahí hacía un momento, y al siguiente, ya no estaba; sólo quedaba un enorme agujero rectangular, humeando asfixiantes remolinos de polvo de argamasa.

La señora Oscuro soltó un grito y se agarró las faldas con las huesudas manos. Era evidente que no se esperaba que la pared se derrumbara, no más de lo que se lo esperaba Tessa.

Will agarró a Tessa de la mano, la atrajo hacia él y la cubrió con su cuerpo para protegerla de los trozos de piedra y argamasa que llovían sobre ellos. Mientras él la envolvía con los brazos, Tessa oyó gritar a la señora Negro.

Tessa se revolvió en los brazos de Will para tratar de ver qué estaba pasando. Con un tembloroso dedo enguantado, la señora Negro apuntaba hacia el oscuro agujero del muro. El polvo estaba comenzando a posarse, lo suficiente para que empezaran a tomar forma unas sombras que se acercaban a través de los escombros. Las oscuras siluetas de dos cuerpos humanos se fueron haciendo visibles; ambas sujetaban un cuchillo, y ambos cuchillos brillaban con la misma luz blanco azulada que el

de Will.

«Ángeles», pensó Tessa, asombrada, pero no lo dijo en voz alta.

Esa luz, tan brillante, ¿de qué otra cosa podía tratarse?

Con un agudo chillido, la señora Negro avanzó a toda prisa. Estiró las manos hacia adelante y de ellas surgieron chispas como fuegos artificiales al estallar. Tessa oyó a alguien lanzar un grito de dolor, un grito muy humano, y Will, después de soltar a Tessa, se volvió de golpe y lanzó su acero al rojo vivo contra la señora Negro. El cuchillo cortó el aire y se le hundió a ésta en el pecho. La mujer se tambaleó hacia atrás, aullando y sacudiéndose, y cayó sobre una de las horribles mesas, que se desplomó entre un amasijo de sangre y astillas.

Will sonrió, pero no fue una sonrisa agradable. Luego se volvió para mirar a Tessa. Durante un instante, se quedaron observándose, en silencio, a través del espacio que los separaba; entonces los compañeros de Will llegaron hasta él: dos hombres con abrigos oscuros ajustados, que blandían armas relucientes y se movían tan de prisa que Tessa sólo alcanzaba a ver manchas desenfocadas.

Tessa retrocedió hasta la pared del fondo, en un intento de apartarse del caos de la habitación, donde la señora Oscuro, aullando imprecaciones, mantenía a raya a sus atacantes con las ardientes chispas de energía que fluían de sus manos como una lluvia feroz. La señora Negro se retorció en el suelo, y de su cuerpo se alzaban columnas de humo negro, como si estuviera ardiendo desde el interior.

Tessa fue hacia la puerta abierta que daba al corredor, y unas fuertes manos la agarraron y tiraron de ella hacia atrás. Tessa chilló y se revolvió, pero las manos que la cogían por los antebrazos eran como de hierro. Volvió la cabeza hacia el lado y clavó los dientes en la mano que le agarraba el brazo izquierdo. Alguien aulló de dolor y la soltó; Tessa se dio la vuelta y vio a un hombre alto con una mata de cabello despeinado de color del jengibre, que la miraba con una expresión de reproche, mientras se apretaba la mano sangrante contra el pecho.

—¡Will! —gritó el hombre—. ¡Will, me ha mordido!

—¿De verdad, Henry? —Will, con su habitual expresión divertida, apareció como un espíritu invocado entre el caos de humo y llamas. A su espalda, Tessa vio a su otro compañero, un musculoso joven de cabello castaño, que sujetaba a una señora Oscuro poco cooperadora. La señora Negro era una oscura forma abultada sobre el suelo. Will alzó una ceja mirando a Tessa—. Morder no es nada educado —le informó—. Muy grosero. ¿Es que nadie se lo ha dicho nunca?

—También es grosero ir agarrando a damas a las que no se ha sido presentado —replicó Tessa con sequedad—. ¿Nadie le ha dicho eso a usted?

El hombre de cabello jengibre, al que Will había llamado Henry, sacudió la mano sangrante mientras sonreía compungido. Tenía un rostro bastante agraciado, pensó Tessa; casi se sintió culpable por haberle mordido.

—¡Will! ¡Cuidado! —gritó el hombre castaño.

Will se volvió en redondo mientras algo atravesaba el aire, no le daba a Henry por muy poco y se estrellaba contra la pared detrás de Tessa. Era un pesado engranaje de latón, y golpeó la pared con tal fuerza que se quedó clavado allí como un trozo de mármol en un pastel. Tessa se volvió, y vio a la señora Negro avanzando hacia ellos; sus ojos ardían como ascuas en el arrugado rostro. Lenguas de fuego negro saltaban alrededor del mango del puñal que le sobresalía del pecho.

—Maldición... —Will buscó el mango de otra hoja en el cinturón—. Pensaba que había acabado con esa cosa...

La señora Negro se lanzó sobre él, mostrando los dientes. Will saltó para esquivarla, pero Henry no

fue tan rápido; ella le golpeó y salió despedido hacia atrás. Agarrada a él como una garrapata, lo tiró al suelo y le clavó las garras en el hombro sin dejar de chillar. Will se volvió con el cuchillo ya en la mano; lo alzó, gritó: «Uriel» y el cuchillo se encendió en su mano como una antorcha llameante. Tessa se apartó hacia la pared mientras él lanzaba el cuchillo hacia abajo. La señora Negro se echó hacia atrás, con las garras extendidas, buscándolo a él...

Y la hoja le cortó limpiamente el cuello. Su cabeza, totalmente seccionada, cayó al suelo, rodando y saltando, mientras Henry, aullando de asco y empapado de una sangre negruzca, apartó de sí el resto del cuerpo y se puso en pie.

Un terrible alarido llenó la habitación.

—¡Nooooooooo!

Era la señora Oscuro. El joven de cabello castaño la tuvo que soltar cuando un fuego azul comenzó a salirle de las manos y los ojos. Gritando de dolor, el joven se cayó hacia un lado mientras la señora Oscuro se apartaba de él e iba hacia Will y Tessa. Los ojos le ardían como antorchas llameantes y siseaba palabras en un idioma que Tessa jamás había oído. Parecía el chirrido de las llamas. La mujer alzó la mano y lanzó lo que parecía un rayo azul contra Tessa. Dando un grito, Will saltó ante ésta, con su refulgente cuchillo extendido. El rayo rebotó en el cuchillo y dio contra una de las paredes, que relució de repente con una extraña luz.

—¡Henry! —gritó Will sin mirarlo—, si pudieras acompañar a la señorita Gray a un lugar seguro... lo antes posible...

Henry posó su mano mordida sobre el hombro de Tessa justo cuando la señora Oscuro lanzaba otro rayo azul verdoso hacia ella.

«¿Por qué está tratando de matarme? —pensó Tessa aturdida—. ¿Por qué no a Will?».

Y entonces, Henry la apretó contra sí, y una nueva luz rebotó en la hoja de Will, refractada en una docena de refulgentes fragmentos de brillo. Por un instante, Tessa se quedó mirando, atrapada por la belleza de todo aquello, y entonces oyó a Henry gritarle que se tirara al suelo, pero fue demasiado tarde. Uno de los fragmentos la alcanzó en el hombro con una fuerza increíble. Fue como ser arrollada por un tren a toda velocidad. La arrancó de la mano de Henry, la alzó y la lanzó volando hacia atrás; Tessa se golpeó la cabeza contra la pared con una fuerza cegadora. Sólo durante un instante fue consciente del agudo alarido de risa de la señora Oscuro, y luego el mundo se volvió negro.

### 3

## EL INSTITUTO

Amor, esperanza, miedo, fe; eso conforma la humanidad;  
Ésas son sus señales, su tono y su carácter.

ROBERT BROWNING, *Paracelsus*

En el sueño, Tessa volvía a yacer atada en la estrecha cama de latón de la Casa Oscura. Las hermanas se inclinaban sobre ella, chasqueando dos pares de largas agujas de tejer y riendo en un hiriente tono agudo. Mientras Tessa miraba, el rostro les cambiaba, los ojos se les hundían en la cabeza, el cabello se les caía y les aparecían puntadas que les cosían los labios. Tessa chilló sin voz, pero ellas no parecieron oírla.

Entonces, las hermanas se desvanecieron del todo, y apareció la tía Harriet, sobre Tessa, con el rostro enrojecido de fiebre, como lo había tenido durante la terrible enfermedad que había acabado con ella. Miraba a Tessa con una gran tristeza.

—Lo intenté —decía—. Intenté quererte. Pero no es fácil querer a una niña que no es humana en absoluto...

—¿No es humana? —preguntaba una voz femenina desconocida—. Bueno, si no es humana, Enoch, entonces, ¿qué es? —La voz era seca de impaciencia—. ¿Qué quieres decir con que no lo sabes? Todo el mundo es algo. No puede ser que esta chica no sea nada...

Tessa se despertó con un grito, abrió los ojos de golpe y se encontró mirando las sombras. Una espesa oscuridad la rodeaba. En medio de su pánico, captó un casi inaudible murmullo de voces, y se sentó en la cama, peleándose y apartando las mantas y la almohada a patadas. De una forma vaga, notó que la manta era gruesa y pesada, no el delgado cobertor trenzado de la Casa Oscura.

Estaba en la cama, como en el sueño, en una gran sala de piedra, y casi no había luz. Oyó el jadeo de su propia respiración cuando se volvió, y un grito se le abrió camino por la garganta. El rostro de su pesadilla flotaba en la oscuridad ante ella: un rostro como una gran luna blanca, con el cráneo afeitado, suave como el mármol. Donde deberían estar los ojos, sólo había unas hendiduras en la piel; no como si se los hubieran arrancado, sino como si nunca hubieran llegado a crecer. Los labios estaban cruzados por una gruesa costura; la cara marcada con dibujos negros como los de la piel de Will, aunque éstos parecían haber sido grabados con cuchillos.

Tessa gritó de nuevo y se arrastró hacia atrás, hasta caer de la cama. Se golpeó con el frío suelo de piedra, y la tela del camisón que llevaba (blanco y desconocido; alguien debía de habérselo puesto mientras ella se hallaba inconsciente) se rasgó por el dobladillo cuando ella consiguió ponerse de rodillas.

—Señorita Gray. —Alguien la estaba llamando por su nombre, pero en medio del pánico, Tessa sólo se fijó en que era una voz desconocida. El que hablaba no era el monstruo que la miraba de pie junto a la cama; éste no se había movido, y aunque no mostraba ninguna indicación de tener intención de perseguirla, Tessa comenzó a retroceder, con cautela, palpando a su espalda en busca de una puerta. La luz en la sala era tan tenue que Tessa sólo pudo ver que era un óvalo irregular de paredes y suelo de piedra. El techo estaba tan alto como para quedar entre las sombras, y había unas altas

ventanas en la pared opuesta, el tipo de ventanas de arco propias de una iglesia. Por ellas se filtraba muy poca luz; parecía que el cielo estaba oscuro.

—Theresa Gray...

Tessa encontró la puerta, la manilla de metal; se volvió, la agarró agradecida y tiró. No pasó nada. Un gemido le subió por la garganta.

—¡Señorita Gray! —repitió la voz, y de repente la luz inundó la habitación; una luz dura, de color blanco plateado, que Tessa reconoció—. Señorita Gray, lo lamento. No era nuestra intención asustarla. —Era la voz de una mujer; aún desconocida, pero joven y preocupada—. Por favor, señorita Gray.

Tessa se volvió lentamente y apoyó la espalda contra la puerta. Gracias a la luz, pudo ver con claridad. Estaba en una sala de piedra, cuyo punto central era una gran cama con dosel; en ese momento, el cobertor de terciopelo estaba arrugado y colgaba de medio lado, donde ella lo había tirado. Las tapizadas cortinas estaban descorridas, y había una elegante alfombrilla de tapiz sobre el suelo desnudo. Toda la habitación estaba bastante vacía. No había cuadros o fotografías colgando de las paredes, y ningún ornamento cubría la superficie de los muebles de madera negra. Había dos sillas cerca de la cama, cara a cara, con una mesita de té en medio. Una pantalla china en un rincón del cuarto ocultaba lo que debía de ser una bañera y un palanganero.

Junto a la cama se hallaba un hombre alto con un hábito similar al de un monje, de una tela basta del color del pergamino. Runas de color marrón rojizo rodeaban los puños y el bajo. Llevaba un largo bastón de plata, con el extremo superior tallado en forma de ángel y runas por toda su longitud. La capucha del hábito estaba bajada, lo que dejaba al descubierto su rostro pálido, ciego y marcado de cicatrices.

A su lado se encontraba una mujer muy pequeña, casi del tamaño de un niño, con un espeso cabello castaño recogido con un nudo en la nuca y una carita inteligente de brillantes ojos oscuros, como los de un pájaro. No era exactamente guapa, pero su rostro poseía una paz y una expresión tan amable que hizo que el dolor del pánico que Tessa notaba en el estómago se calmara ligeramente, aunque no hubiera podido decir exactamente por qué. En la mano, la mujer sujetaba una piedra refulgente como la que Will había empleado en la Casa Oscura. La luz le brotaba entre los dedos e iluminaba la sala.

—Theresa Gray —dijo la mujer—. Soy Charlotte Branwell, jefa del Instituto de Londres, y este que está junto a mí es el hermano Enoch...

—¿Qué clase de monstruo es? —susurró Tessa.

El hermano Enoch no dijo nada; era totalmente inexpresivo.

—Sé que hay monstruos en la Tierra —replicó Tessa—. No puede negarlo. Los he visto.

—Me gustaría decirle que no —repuso la señora Branwell—. Si el mundo no estuviera lleno de monstruos, los cazadores de sombras no serían necesarios.

Cazadores de sombras. Eso era lo que las Hermanas Oscuras habían llamado a Will Herondale.

Will.

—Estaba... Will estaba conmigo —dijo Tessa con voz temblorosa—. En el sótano. Will dijo... — Se interrumpió, y una curiosa sensación le retorció el estómago. No debería haber llamado a Will por su nombre de pila; implicaba una intimidad entre ellos que no existía—. ¿Dónde se halla el señor Herondale?

—Está aquí —contestó tranquilamente la señora Branwell—. En el Instituto.

—¿Me trajo aquí con él? —susurró Tessa.

La señora Branwell asintió con la cabeza.



—Sí, pero no hace falta que parezca contrariada, señorita Gray. Se dio un fuerte golpe en la cabeza, y Will estaba preocupado por usted. El hermano Enoch, aunque su aspecto pueda asustarla, es un hábil practicante de la medicina. Nos ha informado de que su herida en la cabeza no es grave, y que, principalmente, usted sufre las consecuencias de la impresión y de un ataque de ansiedad. Lo cierto es que lo mejor para usted sería que ahora se sentara. Rondar descalza junto a la puerta sólo hará que se resfríe, y eso no la ayudará en nada.

—Se refiere a que no puedo correr —replicó Tessa, y se lamió los resecos labios—. No puedo salir de aquí.

—Si desea salir de aquí, como ha dicho, la dejaré ir después de que hayamos hablado —dijo la señora Branwell—. Los nefilim no encierran a los subterráneos a la fuerza. Los Acuerdos lo prohíben.

—No sé de qué me habla.

La señora Branwell vaciló un instante, luego se volvió hacia el hermano Enoch y le dijo algo en voz baja. Tessa sintió un gran alivio cuando éste alzó la capucha de su hábito color pergamino, y el rostro le quedó oculto. Un momento después, iba hacia Tessa; ésta se apartó rápidamente de la puerta, y él la abrió, y sólo se detuvo un segundo en el umbral.

En ese instante, le habló a Tessa. Aunque quizá «habló» no sería la palabra adecuada: ella oyó su voz dentro de la cabeza, en vez de a través de los oídos; sonaba suave como el pelo de un gato.

*Eres Eidolon, Theresa Gray. Una cambiante. Pero no del tipo que conozco. No hay sobre ti la marca de ningún demonio.*

Cambiante. Él sabía lo que ella era. Tessa lo miró fijamente, con el corazón golpeándole el pecho, mientras él acababa de salir por la puerta y la cerraba. De alguna manera, Tessa supo que si corriera hasta la puerta y tratara de abrirla de nuevo, no podría, pero la necesidad de escaparse la había abandonado. Le pareció que las rodillas se le habían vuelto de mantequilla. Se dejó caer en una de las grandes sillas que estaban junto a la cama.

—¿Qué sucede? —preguntó la señora Branwell, y se sentó en la silla enfrente de Tessa. Su vestido era tan amplio que resultaba imposible saber si bajo él llevaba un corsé; los huesos de sus muñecas eran como los de un niño—. ¿Qué le ha dicho?

Tessa meneó la cabeza y se cogió las manos con fuerza sobre el regazo para que la señora Branwell no viera que le temblaban los dedos.

La señora Branwell la miró fijamente.

—En primer lugar —comenzó—, llámeme Charlotte, por favor, señorita Gray. Todos en el Instituto lo hacen. —Se apoyó ligeramente en el respaldo de la silla, y Tessa vio, con cierta sorpresa, que tenía unos oscuros tatuajes; ¡una mujer con tatuajes! Las marcas eran similares a las de Will: se le veían en las muñecas bajo los apretados puños del vestido, y tenía uno que parecía un ojo en el dorso de la mano izquierda—. En segundo lugar, permítame que le diga que ya sé de usted, Theresa Gray. —Hablaban en el mismo tono tranquilo de antes, pero sus ojos, aunque seguían siendo amables, se clavaban en ella como agujas—. Es americana. Llegó aquí desde la ciudad de Nueva York siguiendo a su hermano, que le había enviado el pasaje del vapor. Se llama Nathaniel.

Tessa se quedó parada.

—¿Cómo sabe todo eso?

—Sé que Will la encontró en la casa de las Hermanas Oscuras —contestó Charlotte—. Sé que usted le dijo que alguien llamado el Magíster iba a ir a buscarla. Sé que no tiene ni idea de quién es el Magíster. Y sé que en la batalla con las Hermanas Oscuras, acabó inconsciente y la trajeron aquí.

Las palabras de Charlotte fueron como una llave que abriera una puerta. De repente, Tessa recordó. Recordó haber corrido con Will por los pasillos; recordó las puertas de metal y la sala llena de sangre del otro lado; recordó a la señora Negro, con la cabeza cortada; recordó a Will lanzando el cuchillo...

—La señora Negro —susurró Tessa.

—Muerta —respondió Charlotte—. Completamente muerta. —Apoyó los hombros en el respaldo de la silla; era tan pequeña que la silla se alzaba muy por encima de ella, como un niño sentado en el sillón de su padre.

—¿Y la señora Oscuro?

—Se fue. Buscamos por toda la casa y en el área circundante, pero no encontramos ni rastro de ella.

—¿Toda la casa? —A Tessa le tembló la voz, ligeramente—. ¿Y no había nadie allí? ¿Nadie más vivo o... muerto?

—No encontramos a su hermano, señorita Gray —afirmó Charlotte, en un tono amable—. Ni en la casa ni en ninguno de los edificios adyacentes.

—¿Estaban... buscándolo? —Tessa estaba anonadada.

—No lo encontramos —repitió Charlotte—. Pero sí encontramos sus cartas.

—¿Mis cartas?

—Las que le escribí a su hermano y nunca envió —aclaró Charlotte—. Dobladas bajo el colchón.

—¿Las han leído?

—Tuvimos que leerlas —contestó Charlotte en el mismo tono amable—. Y le pido disculpas por ello. No es corriente que traigamos a un subterráneo al Instituto, o a nadie que no sea un cazador de sombras. Corremos un gran riesgo. Teníamos que asegurarnos de que usted no representara un peligro.

Tessa volvió la cabeza hacia un lado. Había algo de violación en el hecho de que aquella desconocida hubiera leído sus pensamientos más íntimos; todos los sueños, esperanzas y miedos que había expresado, pensando que nunca nadie los leería. Le picaban los ojos; las lágrimas la estaban amenazando, y ellas las contuvo a fuerza de voluntad, furiosa consigo misma.

—Se está esforzando por no llorar —dijo Charlotte—. Sé que cuando me pasa a mí, a veces me ayuda mirar directamente una luz brillante. Pruebe con la luz mágica.

Tessa volvió los ojos hacia la piedra que Charlotte sostenía en la mano y la miró fijamente. El suave resplandor fue aumentando ante sus ojos como un sol en expansión.

—Entonces —dijo Tessa tratando de que sus palabras atravesaran la tensión que sentía en la garganta—, han decidido que no soy una amenaza, ¿no?

—Quizá sólo para usted misma —respondió Charlotte—. Un poder como el suyo, el poder de cambiar de forma... no me sorprende que las Hermanas Oscuras quisieran ponerle las manos encima. Otros también querrán.

—¿Como usted? —replicó Tessa en un tono frío—. ¿O va a tratar de fingir que me ha permitido entrar en su precioso Instituto sólo por caridad?

Una expresión herida cruzó el rostro de Charlotte. Fue breve, pero era auténtica, y sirvió más para convencer a Tessa de que podía haberse equivocado con Charlotte que cualquier cosa que ésta pudiera haber dicho.

—No se trata de caridad —contestó Charlotte—. Es mi vocación. Nuestra vocación.

Tessa la miró sin entender.

—Quizá sea mejor que le explique lo que somos —añadió Charlotte—, y a qué nos dedicamos.

—Nefilim —repuso Tessa—. Así fue como las Hermanas Oscuras llamaron al señor Herondale. — Señaló las marcas en la mano de Charlotte—. Usted también lo es, ¿verdad? ¿Es por eso que tiene esas... esas marcas?

Charlotte asintió.

—Soy una de los nefilim, los cazadores de sombras. Somos una... una raza, si lo prefiere, de gente, gente con capacidades especiales. Somos más fuertes y más rápidos que la mayoría de los humanos. Nos podemos ocultar con magia llamada glamour. Y tenemos una habilidad especial para matar demonios.

—¿Demonios? ¿Quiere decir del infierno?

—Hay diferentes creencias sobre el origen de los demonios. Lo que sí sabemos es que son criaturas malignas. Viajan grandes distancias para venir a este mundo y alimentarse de nosotros. Lo arrasarían hasta dejarlo convertido en cenizas y matarían a todos sus habitantes si no lo evitáramos. — Su voz era firme—. Igual que la policía humana tiene el trabajo de proteger a los habitantes de esta ciudad de otros ciudadanos, nuestro trabajo es protegerlos de los demonios y otros peligros sobrenaturales. Cuando hay crímenes que afectan al Mundo de las Sombras, cuando se rompe la ley de nuestro mundo, debemos investigarlo. Estamos obligados por la Ley, de hecho, a investigar incluso cualquier rumor de que la Ley de la Alianza se haya transgredido. Will le habló de la chica muerta que encontramos en el callejón; sólo era un cuerpo, pero ha habido otras desapariciones, oscuros rumores sobre niños y niñas mundanos que desaparecen en las calles más pobres de la ciudad. Usar la magia para asesinar a los humanos va contra la Ley y, por tanto, entra en nuestra jurisdicción.

—El señor Herondale parece demasiado joven para ser una especie de policía.

—Los cazadores de sombras crecemos rápido, y Will no investigaba solo. —No parecía que Charlotte quisiera aportar más detalles—. Eso no es lo único que hacemos. Salvaguardamos la Alianza, y hacemos cumplir los Acuerdos, las leyes que gobiernan la paz entre los subterráneos.

Will también había usado esa palabra.

—¿Los subterráneos? ¿Son un lugar?

—Un subterráneo es un ser, una persona, en cierto sentido, cuyo origen es en parte sobrenatural. Vampiros, hombres lobo, hadas, hechiceros, todos ellos son subterráneos.

Tessa la miró asombrada. Las hadas eran cuentos de niños, y los vampiros, el tema de esas malísimas novelas baratas.

—¿Esas criaturas existen?

—Usted es una subterránea —contestó Charlotte—. El hermano Enoch así lo ha confirmado. Sólo que no sabemos de qué tipo. Verá, la clase de magia que hace, su habilidad, no es algo que un ser humano corriente pueda hacer. Tampoco es algo que uno de nosotros, los cazadores de sombras, podamos realizar. Will pensó que seguramente era una bruja, que es lo mismo que yo habría pensado, pero todos los brujos tienen alguna característica que los marca como brujos. Alas, o cascos, o pies palmeados, o como vio en el caso de la señora Negro, garras en vez de manos. Pero usted, usted es completamente humana. Y es evidente por las cartas que sabe, o cree, que sus padres son humanos.

—¿Humanos? —Tessa se la quedó mirando—. ¿Por qué no iban a ser humanos?

Antes de que Charlotte pudiera responder, se abrió la puerta y una chica delgada de cabello oscuro, con un delantal y una cofia blancos, entró con una bandeja en la mano y la dejó en la mesa que había entre Charlotte y Tessa.

—Sophie —dijo Charlotte, que parecía aliviada al ver a la joven—. Muchas gracias. Esta es la señorita Gray. Esta noche será nuestra invitada.

Sophie se incorporó, miró a Tessa y a continuación le hizo una pequeña reverencia.

—Señorita —dijo, pero el placer por la novedad de que la llamaran «señorita» se esfumó cuando Sophie alzó la cabeza y su rostro se le hizo visible: debía de haber sido muy guapa, con unos luminosos ojos de color avellana oscuro, una piel suave y unos labios de delicadas formas, pero una cicatriz gruesa, plateada e irregular le recorría desde la comisura izquierda de la boca hasta la sien, y torcía y distorsionaba sus rasgos hasta hacerla parecer una máscara retorcida. Tessa trató de ocultar la impresión que le había producido, pero supo que no lo había logrado cuando los ojos de Sophie se oscurecieron.

—Sophie —dijo Charlotte—, ¿trajiste antes el vestido rojo oscuro que te pedí? ¿Puedes cepillarlo y limpiarlo para la señorita Gray? —Se volvió hacia Tessa mientras la criada asentía y se dirigía hacia el armario—. Me he tomado la libertad de que le arreglaran uno de los antiguos vestidos de nuestra Jessamine. La ropa que llevaba estaba hecha un asco.

—Muchas gracias —repuso Tessa secamente. No le gustó tener que mostrarse agradecida. Las hermanas habían fingido hacerle un favor, y ¿en qué acabó convirtiéndose?

—Theresa. —Charlotte la miró fijamente—. Los cazadores de sombras y los subterráneos no son enemigos. Nuestro pacto puede ser un poco débil, pero creo que hay que confiar en los subterráneos, que tienen la llave de nuestro éxito final contra los reinos de los demonios. Si hay algo que puedo hacer para demostrar que no pretendemos aprovecharnos de usted...

—Yo... —Tessa respiró hondo—. Cuando las Hermanas Oscuras me hablaron de mi poder, pensé que estaban locas —continuó—. Les dije que esas cosas no existían. Entonces, me sentí atrapada como en una especie de pesadilla donde sí existen. Pero luego apareció el señor Herondale, y él sabía de magia y tenía esa piedra que brilla, y pensé: «Aquí hay alguien que puede ayudarme». —Miró a Charlotte—. Pero no parecen saber por qué soy como soy, o incluso qué soy. Y si no lo saben ustedes...

—Puede ser... difícil aprender cómo es el mundo en realidad, verlo en su verdadera forma —contestó Charlotte—. La mayoría de los humanos nunca lo logra. Muchos no podrían soportarlo. Pero he leído sus cartas. Y sé que usted es fuerte. Ha soportado lo que podría haber matado a cualquier otra joven.

—No tenía elección. Lo he hecho por mi hermano. Le habrían matado.

—Hay gente —repuso Charlotte— que permitiría que eso pasara. Pero al leer sus palabras supe que usted ni siquiera se había planteado tal posibilidad. —Se inclinó hacia adelante—. Y también he visto por sus cartas que no conoce a nadie en Londres; que aparte de su hermano, no tiene más familia. —Al ver que Tessa no decía nada, Charlotte continuó—: ¿Tiene idea de dónde está su hermano? ¿Cree que es probable que esté muerto?

Tessa tragó aire.

—¡Señora Branwell! —Sophie, que había estado cepillando el bajo del vestido rojo vino, alzó la mirada y le habló con un tono de reproche que sorprendió a Tessa. Los criados no corregían a sus señores; los libros que había leído Tessa lo dejaban muy claro.

Pero Charlotte sólo la miró compungida.

—Sophie es mi ángel de la guarda —explicó Charlotte—. Tiendo a ser un poco demasiado directa. Pensé que usted podría saber algo, algo que no estuviera en las cartas, que nos pudiera decir cualquier

cosa sobre su paradero.

Tessa negó con la cabeza.

—Las Hermanas Oscuras me dijeron que estaba preso en un lugar seguro. Supongo que sigue allí. Pero no tengo ni idea de cómo encontrarlo.

—Quizá nosotros podamos ayudarla.

—No deseo su caridad. No necesito continuar aquí —replicó Tessa, consciente de que era una clara mentira—. Puedo hallar otro lugar donde alojarme.

—No sería caridad. Estamos obligados por nuestras leyes a ayudar y asistir a los subterráneos. Ponerla en la calle sin que tenga un lugar adonde ir va contra los Acuerdos, que son reglas importantes que debemos seguir. —La mirada de Charlotte era serena.

—¿Y no me pedirán nada a cambio? —Había amargura en la voz de Tessa—. ¿No me pedirán que emplee mi... mi habilidad? ¿No me pedirán que Cambie?

—Si no desea emplear su poder —contestó Charlotte—, entonces no, nadie la obligará a hacerlo. Aunque creo que podría beneficiarse si aprendiera a controlarlo y a usarlo...

—¡No! —Tessa gritó tan fuerte que Sophie pegó un salto y se le cayó el cepillo de la mano.

Charlotte la miró y luego volvió a mirar a Tessa.

—Como desee, señorita Gray. Hay otras formas en las que puede ayudarnos. Estoy segura de que sabe mucho más de lo que hay en sus cartas. Y a cambio, la ayudaremos a buscar a su hermano.

Tessa alzó la cabeza.

—¿Lo harían?

—Tiene mi palabra. —Charlotte se puso en pie. Ninguna de las dos había tocado el té que había en la bandeja—. Sophie, ¿podrías ayudar a la señorita Gray a vestirse y luego acompañarla al comedor?

—¿Al comedor? —Después de haber oído tantas cosas sobre nefilim, subterráneos, hadas y vampiros, la idea de comer casi le resultaba sorprendente por su vulgaridad.

—Claro. Son casi las siete. Ya ha conocido a Will; ahora podrá conocer al resto. Quizá así vea que puede confiar en nosotros.

Y con una rápida inclinación de cabeza, Charlotte salió del dormitorio. Mientras la puerta se cerraba tras ella, Tessa meneó la cabeza en silencio. La tía Harriet había sido mandona, pero se quedaba corta al lado de Charlotte Branwell.

—Es estricta en sus formas, pero es muy amable —dijo Sophie mientras tendía sobre la cama el vestido que Tessa debía ponerse—. Nunca he conocido a nadie con mejor corazón.

Tessa tocó la manga del vestido con la punta del dedo. Era de satén rojo oscuro, como había dicho Charlotte, con un ribete negro de moer en la cintura y el bajo. Nunca había llevado algo tan bonito.

—¿Quiere que la ayude a vestirse para cenar, señorita? —preguntó Sophie. Tessa recordó algo que tía Harriet siempre decía: que se podía conocer a una persona no por lo que sus amigos decían de ella, sino por la forma en la que trataba a sus criados.

Alzó la cabeza.

—Muchas gracias, Sophie. Creo que sí.

Tessa nunca había tenido a nadie que la ayudara a vestirse, excepto su tía. Aunque era delgada, el vestido había sido hecho para una joven aún más menuda, y Sophie tuvo que apretarle las tiras del corsé para que cupiera. Mientras lo hacía, iba parlotando entre dientes.

—La señora Branwell no cree que sea bueno apretar el corsé —explicaba—. Dice que causa dolores de cabeza nerviosos y debilidad, y un cazador de sombras no puede permitirse ser débil. Pero a la señorita Jessamine le gusta que la cintura de sus vestidos sea muy estrecha, e insiste en ello.

—Bueno —repuso Tessa falta de aliento—. De todas formas, yo no soy una cazadora de sombras.

—Eso es cierto —coincidió Sophie, mientras le abrochaba el vestido a la espalda con un ingenioso gancho para los botones—. Ya está. ¿Qué le parece?

Tessa se miró en el espejo y se quedó boquiabierta. El vestido le iba demasiado estrecho, y sin duda lo habían diseñado para que quedara más holgado. Se le ajustaba de una forma sorprendente a su figura hasta las caderas, donde se ampliaba y se fruncía sobre un pequeño polisón. Las mangas estaban vueltas en el puño, rodeado de encaje. Tessa parecía... mayor, pensó, no el trágico espantapájaros que había sido en la Casa Oscura, pero tampoco alguien a quien reconociera totalmente.

«¿Y si alguna de las veces que Cambié, al volver a ser yo, no lo hice del todo bien? ¿Y si ése no es ni siquiera mi verdadero rostro?».

—Está un poco pálida —dijo Sophie, mientras examinaba el reflejo de Tessa con ojo crítico. Al menos, no parecía especialmente escandalizada por que el vestido le quedara tan apretado—. Podría pellizcarse las mejillas para coger un poco de color. Eso es lo que hace la señorita Jessamine.

Después de hacerlo y de darle las gracias a Sophie, Tessa salió del dormitorio a un largo pasillo de piedra. Charlotte estaba allí, esperándola. Ambas se pusieron en marcha inmediatamente; Tessa un poco detrás, cojeando ligeramente; los zapatos negros de seda, a pesar de que el tacón era bajo, le hacían daño en los magullados pies.

Estar en el Instituto era un poco como estar dentro de un castillo; el techo se perdía entre las sombras de la parte superior, y los tapices colgaban de las paredes. O al menos, era como Tessa se imaginaba que serían los castillos por dentro. Los tapices repetían los motivos de estrellas, espadas y el mismo tipo de dibujos que había visto grabados a tinta en Will y en Charlotte. También había una imagen que se repetía, la de un ángel saliendo de un lago, con una espada en una mano y una copa en la otra.

—Esto antiguamente fue una iglesia —dijo Charlotte en respuesta a la pregunta que Tessa no había llegado a formularle—. La iglesia de Todos los Santos de Less. Ardió durante el gran incendio de Londres. Después de eso nos quedamos con el terreno y construimos el Instituto sobre las ruinas de la vieja iglesia. Nos sirve para nuestro propósito de estar sobre suelo consagrado.

—¿Y la gente no encontró raro que lo construyeran en el lugar de una iglesia? —preguntó Tessa mientras se apresuraba a seguirla.

—No lo saben. Los mundanos, que así es como llamamos a la gente corriente, no saben lo que hacemos —explicó Charlotte—. A ellos, desde fuera, este lugar les parece un solar vacío. Aparte de eso, los mundanos no están muy interesados en lo que no les afecta directamente. —Abrió una puerta y se apartó para que Tessa entrara en el gran comedor iluminado—. Ya estamos.

Tessa tuvo que parpadear ante la repentina iluminación. La sala era enorme, lo suficientemente grande para contener una mesa en la que se podrían haber sentado veinte personas. Una inmensa araña de gas colgaba del techo y llenaba la sala de un resplandor amarillento. Sobre un aparador cubierto de lo que parecía porcelana cara, un espejo con marco dorado iba de punta a punta de la sala. Un cuenco de vidrio con flores blancas decoraba el centro de la mesa. Todo era de buen gusto y muy corriente. No había nada extraño en la sala, nada que pudiera indicar la naturaleza de los habitantes de la casa.

Aunque toda la mesa estaba cubierta con un mantel blanco de lino, sólo uno de los extremos estaba

preparado, con cinco servicios. Únicamente había dos personas sentadas: Will y una chica rubia de la edad de Tessa, vestida con un deslumbrante vestido escotado. Claramente, hacían como si el otro no estuviera; Will alzó la mirada con claro alivio cuando Charlotte y Tessa entraron.

—Will —dijo Charlotte—. ¿Te acuerdas de la señorita Gray?

—El recuerdo que tengo de ella —contestó Will— es sin duda de lo más vivo.

Ya no llevaba la extraña ropa negra que lucía el día anterior, sino unos pantalones corrientes y una chaqueta gris con cuello de terciopelo. El gris hacía que sus ojos se vieran aún más azules. Sonrió de medio lado a Tessa, que notó cómo se sonrojaba y miró rápidamente hacia otro lado.

—Y Jessamine... Jessie, mírame. Jessie, ésta es la señorita Theresa Gray; señorita Gray, ésta es la señorita Jessamine Lovelace.

—Encantada de conocerla —murmuró Jessamine.

Tessa no pudo evitar quedarse mirándola. Era casi ridículamente bonita, lo que en una de las novelas de Tessa hubieran llamado una «rosa inglesa»; cabello rubio brillante, suaves ojos castaños y tez blanca. Llevaba un vestido azul muy brillante, y anillos en casi todos los dedos. Si tenía las mismas marcas negras en la piel que Will y Charlotte, no resultaban visibles.

Will le lanzó a Jessamine una mirada de total desprecio, y se volvió hacia Charlotte.

—¿Dónde está el ignorante de tu esposo?

Charlotte tomó asiento e hizo una indicación a Tessa para que se sentara junto a Will.

—Henry está en su taller. He enviado a Thomas a buscarlo. Llegará en cualquier momento.

—¿Y Jem?

La mirada de Charlotte fue una advertencia.

—Jem no se encuentra bien —fue todo lo que dijo—. Tiene uno de sus días.

—Siempre está teniendo uno de sus días. —Jessamine parecía disgustada.

Tessa estaba a punto de preguntar quién era Jem cuando entró Sophie, seguida de una gruesa mujer de mediana edad cuyo cabello cano se le escapaba de un moño en la nuca. Las dos comenzaron a servir la comida del aparador. Había cerdo asado, patatas, sopa y unos rollitos blandos con mantequilla cremosa. De repente, Tessa notó que se le iba la cabeza; había olvidado el hambre que tenía. Mordió un rollito, pero se detuvo cuando notó que Jessamine la miraba fijamente.

—¿Sabe? —dijo Jessamine alegremente—, creo que nunca he visto comer a un brujo. Supongo que no necesita vigilar su dieta, ¿verdad? Puede usar la magia para mantenerse delgada.

—No estamos seguros de que sea una bruja, Jessie —replicó Will.

Jessamine no le hizo ningún caso.

—¿Es terrible ser tan malo? ¿No le preocupa ir al infierno? —Se acercó más a Tessa—. ¿Cómo cree que es el demonio?

Tessa dejó el tenedor.

—¿Le gustaría conocerlo? Podría invocarlo en un momento si quiere. Siendo bruja y todo eso.

Will lanzó una carcajada. Jessamine entrecerró los ojos.

—No es necesaria la grosería —comenzó, y se interrumpió cuando Charlotte se irguió de repente en la silla con un sorprendente alarido.

—¡Henry!

Un hombre se hallaba bajo el arco de la puerta del comedor; un hombre alto que le resultaba conocido a Tessa, con una mata de cabello rubio rojizo y ojos color avellana. Llevaba el delantal de cuero de un artesano sobre una camisa y un sorprendente chaleco a rayas brillantes; tenía los

pantalones cubiertos de lo que se parecía mucho al polvo del carbón. Pero nada de eso era lo que había hecho gritar a Charlotte: tenía el brazo izquierdo aparentemente ardiendo. Pequeñas llamas le saltaban del brazo desde un punto sobre el codo y dejaban escapar zarcillos de humo negro.

—Charlotte, querida —dijo Henry a su esposa, que lo miraba boquiabierta de horror. A Jessamine, a su lado, casi se le salían los ojos de las órbitas—. Siento llegar tarde. Ya sabes, creo que casi he conseguido hacer funcionar el Sensor...

Will le interrumpió.

—Henry, estás ardiendo. Lo sabes, ¿verdad?

—Oh, sí —contestó Henry rápidamente. Las llamas casi le llegaban al hombro—. He estado todo el día trabajando como un poseso. Charlotte, ¿has oído lo que he dicho sobre el Sensor?

Charlotte dejó caer la mano que se había llevado a la boca.

—¡Henry! —gritó—. ¡El brazo!

Henry se miró el brazo y se quedó boquiabierto.

—¡Maldita sea! —fue todo lo que tuvo tiempo de decir antes de que Will, mostrando una sorprendente presencia de ánimo, se levantara, cogiera el jarrón del centro de la mesa y vaciara su contenido encima de Henry.

Las llamas se apagaron, con un ligero siseo de protesta, y Henry se quedó empapado en la entrada, con una manga de la chaqueta ennegrecida y una docena de flores húmedas a sus pies.

Henry sonrió y dio palmadas en la manga quemada de la chaqueta con una expresión de satisfacción.

—¿Sabéis lo que esto significa?

Will dejó el jarrón vacío en la mesa.

—¿Que te has prendido fuego y ni siquiera lo has notado?

—¡Que la mezcla retardante para fuego que desarrollé la semana pasada funciona! —informó Henry orgulloso—. Este material debe de llevar unos diez minutos ardiendo, ¡y el fuego ni siquiera le ha hecho un agujero! —Se miró el brazo guiñando los ojos—. Quizá debería prender fuego a la otra manga y ver cuánto tiempo...

—Henry —le cortó Charlotte, que parecía haberse recuperado del susto—, si te prendes fuego deliberadamente, comenzaré los trámites de divorcio. Ahora siéntate y come. Y saluda a nuestra invitada.

Henry se sentó y miró a Tessa desde el otro lado de la mesa... y parpadeó sorprendido.

—Te conozco —exclamó—. ¡Me mordiste! —Parecía complacido, como si reviviera un recuerdo agradable que ambos compartían.

Charlotte lanzó una mirada de resignación a su marido.

—¿Ya le has preguntado a la señorita Gray por el Club Pandemónium?

El Club Pandemónium.

—Conozco esas palabras. Estaban escritas en la puerta del carruaje de la señora Oscuro —afirmó Tessa.

—Es una organización —afirmó Charlotte—. Una organización bastante antigua de mundanos interesados en las artes mágicas. En sus reuniones hacen hechizos y tratan de invocar a demonios y espíritus. —Suspiró.

Jessamine soltó un bufido.

—No puedo imaginarme por qué se molestan —dijo—. Tontear con hechizos vestidos con hábitos



con capucha y hacer pequeños incendios. Es ridículo.

—Oh, hacen mucho más que eso —replicó Will—. Son más poderosos en el mundo de los subterráneos de lo que crees. Muchos personajes importantes y ricos de la sociedad mundana son miembros...

—Eso sólo hace que sea más ridículo. —Jessamine se echó el cabello hacia atrás—. Tienen dinero y poder. ¿Por qué hacen el tonto con la magia?

—Buena pregunta —repuso Charlotte—. Los mundanos que se meten en cosas de las que no entienden nada suelen tener un final desagradable.

Will se encogió de hombros.

—Mientras investigaba sobre la fuente del símbolo del cuchillo que Jem y yo encontramos en el callejón, la búsqueda me llevó al Club Pandemónium. Sus miembros me enviaron directos a las Hermanas Oscuras. Es su símbolo: las dos serpientes. Supervisaban un grupo de garitos de juego secretos frecuentados por los subterráneos. Su misión era atraer a los mundanos y engañarlos para que perdieran todo el dinero en juegos mágicos; luego, cuando los mundanos contraían deudas, las Hermanas Oscuras les cobraban intereses altísimos sobre ese dinero. —Will miró a Charlotte—. También tenían otros negocios, de lo más desagradables. Me dijeron que la casa en la que retenían a Theresa era un burdel de los subterráneos, donde se satisfacían los más extraños gustos de algunos mundanos.

—Will, no estoy seguro... —comenzó Charlotte, vacilante.

—Hummm —masculló Jessamine—. No me extraña que tuvieras tanto interés en ir allí, William.

Si había esperado molestar a Will, no funcionó; quedarse callada hubiera conseguido el mismo efecto, porque él no le prestaba ninguna atención. Estaba mirando a Tessa, con las cejas ligeramente arqueadas.

—¿La he ofendido, señorita Gray? Supongo que después de todo lo que ha visto, no se sorprenderá fácilmente.

—No estoy ofendida, señor Herondale. —A pesar de sus palabras, Tessa sintió que le ardían las mejillas. Una joven decente no sabía lo que era un burdel, y sobre todo nunca usaría esa palabra en compañía de chicos. El asesinato era una cosa, pero eso...—. Oh... no... veo cómo podía ser un... sitio así —dijo con tanta firmeza como pudo—. Nunca había nadie, y aparte de la criada y del cochero, nunca he visto que nadie más viviera allí.

—No; para cuando llegué allí, estaba bastante desierto —coincidió Will—. Sin duda habían decidido cerrar el negocio, quizá para poder mantenerla aislada a usted. —Miró a Charlotte—. ¿Crees que el hermano de la señorita Gray tiene el mismo poder que ella? ¿Sería quizá por eso por lo que las Hermanas Oscuras lo capturaron?

Tessa intervino, contenta con el cambio de tema.

—Mi hermano nunca mostró indicios de tal cosa, pero yo tampoco hasta que las Hermanas Oscuras me encontraron.

—¿Cuál es su poder? —preguntó Jessamine—. Charlotte no lo quiere decir.

—¿Jessamine! —la riñó Charlotte.

—No creo que tenga ninguno —continuó Jessamine—. Creo que sólo es una pequeña tramposa que sabe que si creemos que es una subterránea, tendremos que tratarla bien debido a los Acuerdos.

Tessa apretó los dientes. Pensó en la tía Harriet diciéndole: «No pierdas los estribos, Tessa» y «No te pelees con tu hermano sólo porque te gasta bromas». Pero no le importó. Todos la estaban mirando;

Henry, con unos ojos avellana cargados de curiosidad; Charlotte, con una mirada dura como el acero; Jessamine, con un desdén más disimulado, y Will, con una despreocupada ironía. ¿Y si todos pensaban lo que decía Jessamine, incluso Charlotte? ¿Y si creían que sólo estaba buscando caridad? La tía Harriet hubiera odiado tener que aceptar caridad incluso más de lo que desaprobaba el genio de Tessa.

Fue Will quien rompió el silencio; se inclinó hacia ella y la miró fijamente al rostro.

—Puede mantenerlo en secreto —susurró—. Pero los secretos tienen peso, y puede ser muy duro cargar con ellos.

Tessa alzó la cabeza.

—No hace falta que sea un secreto. Pero me resultaría más fácil mostrarlo que explicarlo.

—Excelente —exclamó Henry—. Me gusta que me enseñen cosas. ¿Necesita algo, una lámpara de alcohol, o...?

—No es una sesión de espiritismo, Henry —replicó Charlotte con tono aburrido. Miró a Tessa—. No hace falta que haga esto si no lo desea, señorita Gray.

Tessa no le prestó atención.

—Lo cierto es que sí que necesito algo. —Se volvió hacia Jessamine—. Algo de usted, por favor. Un anillo o un pañuelo...

Jessamine arrugó la nariz.

—¡Oh, vaya, mucho me temo que su poder especial se limita a robar cosas!

Will la miró exasperado.

—Dale un anillo, Jessie. Llevas más que suficientes.

—Dale algo tú, entonces. —Jessamine apretó los dientes.

—No —la cortó Tessa con firmeza—. Debe ser algo de usted.

«Porque entre todos los de aquí, eres la que más se parece a mí de tamaño y forma. Si me transformo en Charlotte, me reventará la ropa».

—Oh, vale entonces. —Con petulancia, Jessamine se sacó el anillo más pequeño, uno con una piedra roja, y se lo pasó a Tessa por encima de la mesa—. Será mejor que valga la pena.

«Oh, la valdrá».

Sin sonreír, Tessa se puso el anillo en la palma de la mano izquierda y cerró el puño alrededor de él. Luego cerró los ojos.

Era siempre igual: nada al principio, luego el parpadeo de algo en el fondo de su mente, como si alguien encendiera una vela en una sala oscura. Avanzó a tientas hacia esa luz, como las Hermanas Oscuras le habían enseñado. Era difícil deshacerse de los temores y la vergüenza, pero lo había hecho suficientes veces como para saber qué vendría entonces: el avance para tocar la luz en el centro de la oscuridad; la sensación de la luz y la calidez que la rodeaba, como si se estuviera envolviendo en una manta, en algo grueso y pesado, que cubría todas las capas de su propia piel, y luego la luz ardía y la envolvía, y ella estaba en su interior. Dentro de la piel de otra persona. Dentro de su mente.

La mente de Jessamine.

Se hallaba sólo en el límite: sus propios pensamientos sólo rozaban la superficie de los de Jessamine como dedos que acariciaran la superficie del agua. Aun así, aquello la dejó sin aliento. Tessa tuvo una imagen repentina y breve de un brillante trozo de caramelo con algo oscuro en el centro, como un gusano en el corazón de una manzana. Sintió resentimiento, un odio amargo, rabia... un terrible anhelo de algo...

Abrió los ojos. Seguía sentada a la mesa, con el anillo de Jessamine apretado en el puño. La piel le

picaba con los agudos calambres que siempre acompañaban las transformaciones. Sentía la extrañeza del diferente peso de otro cuerpo que no era el suyo; notaba el roce del suave cabello de Jessamine sobre los hombros. Era demasiado espeso para que lo sujetaran las horquillas que habían retenido el de Tessa, y se le caía alrededor del cuello como una rubia cascada.

—Por el Ángel —exclamó Charlotte en un susurro. Tessa miró alrededor de la mesa. Todos tenían los ojos clavados en ella; Charlotte y Henry con la boca abierta; Will sin saber qué decir por una vez, con un vaso inmóvil junto a los labios. Y Jessamine... Jessamine la miraba con un horror abyecto, como alguien que ha visto su propio fantasma. Durante un instante, Tessa sintió una punzada de culpa.

Pero sólo duró un momento. Lentamente, Jessamine se apartó la mano de la boca; su rostro seguía aún muy pálido.

—Dios, tengo una nariz enorme —exclamó—. ¿Por qué nadie me lo ha dicho?

## 4

# SOMOS SOMBRA

Pluvis et umbra sumus

HORACIO, *Odas*

En cuanto Tessa recuperó su forma normal, tuvo que soportar una andanada de preguntas. Para ser gente que vivía en un oscuro mundo de magia, aquellos nefilim parecían sorprendentemente pasmados ante su capacidad, lo que sólo sirvió para remarcar lo que Tessa ya comenzaba a sospechar: que su talento para cambiar de forma era algo extraordinariamente raro. Incluso Charlotte, que lo sabía antes de la demostración de Tessa, parecía fascinada.

—¿Debe estar sujetando algo de la persona en la que se quiere transformar? —preguntó Charlotte por segunda vez. Sophie y la otra mujer, que Tessa sospechaba que sería la cocinera, ya se habían llevado los platos de la comida y habían servido té y elaborados pastelillos, pero nadie los había tocado—. ¿No le basta con mirar a alguien y...?

—Ya lo he explicado. —A Tessa le estaba empezando a doler la cabeza—. Debo sujetar algo que le pertenece, o un poco de cabello, aunque sólo sea una pestaña. Algo que sea suyo. Si no, no ocurre nada.

—¿Cree que un vial de sangre serviría? —preguntó Will con tono de interés académico.

—Seguramente; no lo sé. Nunca lo he probado. —Tessa tomó un sorbo de su té, que se había enfriado.

—¿Está diciendo que las Hermanas Oscuras sabían que usted podía hacer eso? ¿Sabían que tenía esa capacidad antes de que usted misma lo supiera? —preguntó Charlotte.

Tessa se tragó el té, que le dejó un regusto amargo en la boca.

—Sí. Por eso me querían atrapar.

Henry meneó la cabeza, pensativo.

—Pero ¿cómo podían saberlo? No acabo de entender esa parte.

—No lo sé —contestó Tessa, no por primera vez—. Nunca me lo explicaron. Lo único que sé es lo que les he dicho: que parecían saber exactamente lo que yo podía hacer y me entrenaron para hacerlo. Se pasaban horas conmigo, todos los días... —Tessa tragó saliva para quitarse el regusto amargo. Los recuerdos de aquellos momentos se agolparon en su mente: las horas y horas en la habitación del sótano de la Casa Oscura, la forma en que le gritaban que Nate moriría si ella no era capaz de Cambiar como ellas querían, la agonía cuando finalmente aprendió a hacerlo—. Al principio, me hacía daño —susurró—. Como si se me quebraran los huesos, como si se me derritieran dentro del cuerpo. Me obligaban a Cambiar dos, tres, luego una docena de veces al día, hasta que finalmente me desmayaba. Y luego, al día siguiente, comenzaban de nuevo. Estaba encerrada en aquella habitación, y no podía tratar de escapar... —Respiró entrecortadamente—. El último día, me volvieron a poner a prueba pidiéndome que Cambiara en una niña que había muerto. Tenía recuerdos de ser atacada con una daga, de ser apuñalada. De alguna cosa que la perseguía por un callejón...

—Quizá fuera la niña que encontramos Jem y yo. —Will se irguió en la silla con los ojos brillantes

—. Supusimos que había escapado de algún ataque y había corrido en la oscuridad. Creo que enviaron en su persecución un demonio shax para que la llevara de vuelta, pero yo lo maté. Debieron de preguntarse qué había pasado.

—La chica en la que Cambié se llamaba Emma Bayliss —explicó Tessa en un medio susurro—. Tenía el cabello muy rubio, recogido con lacitos rosa, y era muy menuda.

Will asintió como si la descripción le cuadrara.

—Sí, se preguntaban qué podía haberle pasado. Por eso me hicieron Cambiarme en ella. Cuando les dije que estaba muerta, parecieron aliviadas.

—Pobrecilla —murmuró Charlotte—. ¿Así que también puedes Cambiar en los muertos? ¿No sólo en vivos? Tessa asintió.

—Cuando Cambio sus voces también me hablan por dentro. La diferencia es que muchos de ellos pueden recordar el momento de su muerte.

—Ugg. —Jessamine se estremeció—. ¡Qué tétrico!

Tessa miró a Will. «Al señor Herondale», se reprendió en silencio, pero le resultaba difícil pensar en él así. De alguna forma, se sentía como si lo conociera más de lo que lo conocía en realidad. Pero eso era una tontería.

—Usted me encontró porque estaba buscando al asesino de Emma —dijo—. Pero sólo era una niña humana muerta. Una... ¿cómo lo llaman?... mundana muerta. ¿Por qué dedicar tanto tiempo y esfuerzo a averiguar qué le pasó?

Por un instante, los ojos de Will, de un azul muy oscuro, se encontraron con los de Tessa. Luego su expresión cambió; fue sólo un ligero cambio, pero Tessa lo vio, aunque no habría sabido explicar qué había cambiado si alguien se lo hubiera preguntado.

—Oh, yo no me hubiera molestado, pero Charlotte insistió. Tenía la sensación de que formaba parte de algo más grande. Y una vez Jem y yo nos infiltramos en el Club Pandemónium y oímos rumores de otros asesinatos, nos dimos cuenta de que, en efecto, no era tan sólo una niña muerta. Nos gusten los mundanos o no, no podemos permitir que los masacren sistemáticamente. Esa es la razón de nuestra existencia.

Charlotte se inclinó sobre la mesa.

—¿Las Hermanas Oscuras le mencionaron alguna vez qué uso pensaban darle a sus capacidades?

—Ya sabe lo del Magíster —contestó Tessa—. Me estaban preparando para él.

—¿Para que él hiciera qué? —inquirió Will—. ¿Comérsela para cenar?

Tessa negó con la cabeza.

—Para casarse conmigo; eso me dijeron.

—¿Casarse con usted? —Jessamine se mostraba abiertamente despectiva—. Eso es ridículo. Probablemente la iban a sacrificar y no querían que se asustara.

—Eso no lo sabes —replicó Will—. Busqué en varias habitaciones antes de encontrar a Tessa. Una de ellas estaba preparada como una alcoba de boda. Un dosel con cortinas blancas en una cama enorme. Un vestido blanco en el armario. Parecía de su talla... —Miró a Tessa, pensativo.

—El matrimonio ceremonial puede ser muy poderoso —afirmó Charlotte—. Si se realiza de forma adecuada, podría permitir que alguien accediera a su capacidad, Tessa, o incluso darle el poder de controlarla. —Tamborileó los dedos sobre la mesa, en actitud reflexiva—. En cuanto al «Magíster», he investigado ese término en los archivos. Se usa a menudo para designar al líder de un grupo de magos. El tipo de grupo que el Club Pandemónium pretende ser. No puedo evitar pensar que el Magíster y el

Club Pandemónium están relacionados.

—Ya los hemos investigado antes y nunca hemos conseguido pillarlos haciendo nada turbio —indicó Henry—. Ser idiota no va contra la Ley.

—Ésa es la suerte que tienes —murmuró Jessamine.

Henry pareció herido, pero no dijo nada, Charlotte le lanzó una mirada helada a Jessamine.

—Henry tiene razón —aseguró Will—. No es que Jem y yo no los pilláramos haciendo alguna cosa ilegal que otra, como beber absenta mezclada con polvos demoníacos y cosas así. Pero mientras sólo se hicieran daño a sí mismos, no parecía valer la pena involucrarse. Pero si han pasado a hacer daño a los demás...

—¿Conocéis la identidad de alguno de ellos? —preguntó Henry con curiosidad.

—De los mundanos, no —contestó Will, quitándole importancia—. Nunca pareció haber razón para averiguarla, y muchos de ellos acuden enmascarados o disfrazados a las reuniones del grupo. Pero reconocí a unos cuantos de los subterráneos. Magnus Bane, lady Belcourt, Ragnor Fell, De Quincey...

—¿De Quincey? Espero que no estuviera violando ninguna ley. Ya sabéis lo que nos costó encontrar a un jefe vampiro con el que nos pudiéramos entender —dijo Charlotte, inquieta.

Will sonrió sin levantar la vista de su té.

—Siempre que lo he visto, se estaba comportando como un angelito.

Después de mirar a Will con dureza, Charlotte se volvió hacia Tessa.

—La sirvienta a la que mencionó usted, Miranda, ¿tenía también su capacidad? ¿Y Emma?

—No lo creo. Si Miranda la hubiera tenido, también la habrían entrenado, ¿no? Y Emma no recordaba nada parecido.

—¿Y mencionaron alguna vez el Club Pandemónium? ¿Alguna finalidad en lo que estaban haciendo?

Tessa le dio vueltas a la cabeza. ¿De qué habían hablado las Hermanas Oscuras cuando pensaban que ella no las oía?

—Creo que nunca nombraron el club, pero a veces hablaban de reuniones a las que planeaban asistir, y de que los otros miembros estarían muy complacidos por sus avances conmigo. Una vez dijeron un nombre... —Theresa hizo una mueca, tratando de recordar—. Alguien más que estaba en el club. No lo recuerdo, tan sólo sé que el nombre me pareció extranjero...

Charlotte se inclinó de nuevo sobre la mesa.

—¿Puede intentarlo, Tessa? Trate de recordar...

Charlotte no quería hacerle ningún daño, y Tessa lo sabía, pero su voz le recordó otras voces, voces que le insistían en que lo intentara, que buscara dentro de sí, que sacara el poder. Voces que se volvían ásperas y frías a la menor provocación. Voces que sonsacaban, amenazaban y mentían.

Tessa se irguió.

—Primero, ¿qué pasa con mi hermano?

Charlotte parpadeó sorprendida.

—¿Su hermano?

—Ha dicho que si le daba información sobre las Hermanas Oscuras, me ayudarían a encontrar a mi hermano. Bueno, les he contado lo que sé. Y sigo sin tener ni idea de dónde está Nate.

—Oh. —Charlotte se echó hacia atrás en su asiento, con una expresión casi sobresaltada—. Claro. Mañana empezaremos a investigar para localizar su paradero —le aseguró a Tessa—. Comenzaremos en su trabajo; hablaremos con su jefe y descubriremos si sabe algo. Tenemos contactos en todo tipo de

lugares, señorita Gray. Por el mundo subterráneo los rumores vuelan igual que en el mundano. Finalmente encontraremos a alguien que sepa algo sobre su hermano.

La comida acabó poco después. Tessa se disculpó, se levantó de la mesa, aliviada, y declinó la oferta de Charlotte de guiarla de vuelta a su dormitorio. Lo único que quería era estar sola con sus pensamientos.

Recorrió el pasillo iluminado por antorchas, recordando el día que había desembarcado en Southampton. Había ido a Inglaterra sin conocer a nadie más que a su hermano, y había permitido que las Hermanas Oscuras la obligaran a servirles. Finalmente se hallaba con los cazadores de sombras, y ¿quién podía asegurarle que éstos fueran a tratarla mejor? Al igual que las Hermanas Oscuras, querían utilizarla, usar la información que tenía, y una vez conocedores de su poder, ¿cuánto tiempo pasaría antes de que también quisieran utilizarlo?

Aún perdida en sus pensamientos, Tessa casi se chocó contra una pared. Se detuvo a dos dedos y miró alrededor con el ceño fruncido. Llevaba caminando mucho más rato del que habían tardado Charlotte y ella en llegar al comedor, y aún no había hallado la habitación en la que había despertado. Lo cierto era que ni siquiera estaba segura de que ése fuera el pasillo que recordaba. Se hallaba en un vestíbulo, con antorchas y tapices en las paredes, pero ¿era el mismo de antes? Algunos de los pasillos tenían mucha luz; en otros la iluminación era muy tenue, con las antorchas brillando con diferentes grados de intensidad. A veces, brillaban con más fuerza a su paso y luego se atenuaban, como si respondieran a algún estímulo especial que ella no podía ver. Ese pasillo en concreto estaba bastante oscuro. Caminó hasta el final con cuidado, y allí vio que se bifurcaba en otros dos, idénticos al anterior.

—¿Perdida? —preguntó una voz a su espalda. Una voz lenta y arrogante, que reconoció al instante.

Will.

Tessa se volvió y vio que él estaba a su espalda, apoyado descuidadamente contra la pared, como si estuviera pasando el rato en el arco de la puerta, con los pies en sus botas gastadas cruzados ante él. Tenía algo en la mano: la piedra que brillaba. Se la metió en el bolsillo cuando ella lo miró, apagando la luz.

—Debería dejarme que le enseñara un poco el Instituto, señorita Gray —sugirió él—. Ya sabe, para no perderse.

Tessa lo miró con los ojos entrecerrados.

—Claro que también puede seguir vagando por ahí sola, si realmente es lo que desea —añadió él—. Aunque debo advertirle que, como mínimo, hay tres o cuatro puertas en el Instituto que no debería abrir. Hay una, por ejemplo, en la que guardamos almas apresadas de demonios. Pueden ponerse un poco molestos. Luego está la sala de armas. Algunas armas tienen voluntad propia, y están muy afiladas. También están las puertas que dan al vacío. Son para confundir a los intrusos, pero cuando estás en lo alto de una iglesia, no quieres resbalar accidentalmente y...

—No le creo —replicó Tessa—. Es usted un mal mentiroso, señor Herondale. —Se mordisqueó el labio—. Aun así, no me gusta estar dando vueltas. Puede mostrarme el camino si me promete que no hará ningún truco.

Will lo prometió. Y para sorpresa de Tessa, cumplió su palabra. La guió por una serie de corredores de idéntico aspecto, charlando mientras caminaba. Le contó cuántas habitaciones tenía el

Instituto (más de las que se podían contar), le dijo cuántos cazadores de sombras podían vivir allí al mismo tiempo (cientos) y le mostró la enorme sala de baile donde celebraban anualmente la fiesta de Navidad del Enclave, que, según explicó Will, era su nombre para el grupo de cazadores de sombras que residían en Londres. (En Nueva York, le explicó, el nombre era «Cónclave». Al parecer, los cazadores de sombras de Estados Unidos tenían su propio léxico).

Después del salón de baile le mostró la cocina, donde le presentó a Agatha, la cocinera, la mujer de mediana edad que Tessa había visto en el comedor. Estaba cosiendo delante de una enorme cocina económica y, para total desconcierto de Tessa, fumaba una enorme pipa también. Sonrió indulgente cuando Will cogió varios pastelillos de chocolate de una bandeja en la que se estaban enfriando sobre la mesa. Will le ofreció uno a Tessa.

Ésta se estremeció.

—No me gusta nada el chocolate.

Will la miró horrorizado.

—¿A qué tipo de monstruo puede no gustarle nada el chocolate?

—Él se lo come todo —le explicó Agatha a Tessa con una sonrisa plácida—. Desde que tenía doce años, ha sido así. Supongo que es todo ese entrenamiento lo que hace que no engorde.

Tessa, divertida ante la idea de un Will gordo, halagó a la humeante Agatha por su maestría con la enorme cocina. Parecía un lugar donde se podía cocinar para cientos de personas, con filas y filas de tarros de conserva y sopa, latas de especias y un gran cuarto de ternera asándose sobre la chimenea colgado de un gancho.

—Lo ha hecho muy bien —comentó Will cuando salieron de la cocina—. Halagar a Agatha así. Ahora le cogerá aprecio. No es bueno que Agatha no aprecie a alguien. Podría ponerle piedras en las gachas del desayuno.

—¡Oh, vaya! —exclamó Tessa, sin poder ocultar que se estaba divirtiendo.

De la cocina pasaron a la sala de música, donde había arpas y un gran piano de cola antiguo, lleno de polvo. Bajando una escalera, llegaron al salón, un lugar agradable donde las paredes, en vez de ser de piedra desnuda, estaban cubiertas de un brillante papel de hojas y lilas. Un fuego ardía en una gran chimenea, y varios confortables sillones reposaban cerca de él. En la sala también había un gran escritorio de madera que, según le explicó Will, era desde donde Charlotte realizaba gran parte del trabajo necesario para hacer funcionar el Instituto. Tessa no pudo evitar preguntarse qué haría Henry Branwell, y dónde lo haría.

Después fue el turno de la sala de armas, donde Tessa tuvo la impresión de hallarse en un verdadero museo. Cientos de mazas, hachas, dagas, espadas y cuchillos, e incluso unas cuantas pistolas, colgaban de las paredes, sobre una colección de diferentes tipos de protección, desde rodela para proteger las espinillas, hasta cotas de malla completas. Un joven de aspecto sólido con el cabello castaño oscuro se hallaba sentado ante una mesa alta, abrigando una serie de dagas. Sonrió de medio lado cuando ellos entraron.

—Buenas tardes, señor Will.

—Buenas tardes, Thomas. Ya conoces a la señorita Gray. —Señaló a Tessa.

—¡Usted estaba en la Casa Oscura! —exclamó Tessa después de mirar mejor a Thomas—. Entró con el señor Branwell. Pensé...

—¿Que era un cazador de sombras? —Thomas sonrió de nuevo. Tenía un rostro amplio, dulce y agradable, con un montón de rizos. Llevaba el primer botón de la camisa abierto, mostrando un fuerte



cuello. A pesar de su evidente juventud, era muy alto y musculoso; el contorno del brazo le tensaba la camisa—. No lo soy, señorita... tan sólo me he entrenado como si fuera uno de ellos.

Will se apoyó en la pared.

—¿Ha llegado el pedido de dagas misericordia, Thomas? Últimamente me he tropezado con bastantes demonios shax, y necesito algo fino que pueda perforar una armadura.

Thomas comenzó a explicarle algo a Will sobre un barco que se había retrasado debido al mal tiempo en Idris, pero Tessa tenía puesta la atención en otra cosa. Era una caja alta de madera dorada, pulida hasta brillar, con un dibujo grabado a fuego en la parte frontal: una serpiente, comiéndose su propia cola.

—¿No es ése el símbolo de las Hermanas Oscuras? —inquirió—. ¿Qué está haciendo aquí?

—No exactamente —respondió Will—. La caja es una Pyxis. Los demonios no tienen alma; su conciencia les nace de una especie de energía, que a veces se puede atrapar y almacenar. La Pyxis la contiene con seguridad... Ah, y el dibujo es un uróboros, un «devorador de cola». Es un antiguo símbolo alquímico que representa las diferentes dimensiones: nuestro mundo, dentro de la serpiente, y el resto de la existencia, fuera. —Se encogió de hombros—. El símbolo de las hermanas... Es la primera vez que he visto a un uróboros con dos serpientes... Oh, no, no lo haga —añadió cuando Tessa fue a tocar la caja. Se colocó ante ella hábilmente—. La Pyxis no la puede tocar nadie que no sea cazador de sombras. Pueden pasar cosas malas. Vámonos. Ya le hemos robado demasiado tiempo a Thomas.

—No me importa —protestó Thomas, pero Will ya estaba saliendo. Tessa echó una mirada hacia atrás a Thomas desde la puerta.

Éste había vuelto a su labor abrigando las armas, pero había algo en su caída de hombros que hizo pensar a Tessa que se sentía un poco solo.

—No sabía que dejaban a los mundanos pelear con ustedes —le dijo a Will cuando hubieron dejado atrás la sala de armas—. ¿Thomas es un sirviente o...?

—Thomas lleva en el Instituto casi toda su vida —contestó Will, mientras guiaba a Tessa por un brusco recodo del pasillo—. Hay familias que tienen la Visión en las venas, familias que siempre han servido a los cazadores de sombras. Los padres de Thomas sirvieron a los padres de Charlotte en el Instituto, y ahora Thomas sirve a Charlotte y a Henry. Y sus hijos servirán a los de ellos. Thomas lo hace todo: conduce; cuida de *Balios* y *Xanthos*, nuestros caballos, y ayuda con las armas. Sophie y Agatha se ocupan del resto, aunque a veces Thomas las ayuda. Sospecho que le ha echado el ojo a Sophie y no le gusta que trabaje muy duro.

Tessa se alegró de oírlo. Se sentía fatal por su reacción al ver la cicatriz de Sophie, y pensar que Sophie tuviera un admirador masculino, y además muy apuesto, le alivió un poco la conciencia.

—Quizá esté enamorado de Agatha —aventuró.

—Espero que no, porque yo pienso casarme con Agatha. Puede que tenga mil años, pero hace una tarta de mermelada inigualable. La belleza es pasajera, la cocina es eterna. —Se detuvo ante una puerta, grande, de roble, con enormes bisagras de latón—. Bueno, ya estamos aquí —dijo, y la puerta se abrió al tocarla.

La sala en la que entraron era incluso mayor que el salón de baile que habían visitado antes. Era más larga que ancha, con mesas de roble rectangulares colocadas en el medio, que se perdían en la pared del fondo, donde estaba pintada la imagen de un ángel. Cada mesa estaba iluminada por una lámpara de gas que parpadeaba blanquecina. A media altura de las paredes se abría una galería interior bordeada por una barandilla de madera a la que se podía llegar por unas escaleras de caracol que había

a ambos extremos de la sala. A intervalos regulares se hallaban filas y filas de estantes de libros, como centinelas formando nichos a ambos lados de la sala. Arriba había más estantes; los libros de dentro estaban ocultos detrás de pantallas de barrotes de metal, cada una estampada con un dibujo de cuatro ees. Enormes vidrieras combadas hacia afuera, alineadas con los gastados bancos de piedra, se hallaban espaciadas sobre los estantes.

Un gran tomo reposaba sobre un atril, con las páginas abiertas y tentadoras; Tessa fue hacia él, pensando que sería un diccionario, pero descubrió que sus páginas estaban llenas de una especie de garabatos ilegibles y coloreados, combinados con mapas que no le sonaban de nada.

—Ésta es la Gran Biblioteca —la informó Will—. Todos los Institutos tienen una biblioteca, pero ninguna es tan grande como ésta; al menos es la mayor en Occidente. —Se apoyó en la puerta y se cruzó de brazos—. Le dije que le conseguiría más libros, ¿verdad?

Tessa se sorprendió tanto de que él recordara lo que le había prometido que tardó varios segundos en responder.

—¡Pero todos los libros están detrás de barrotes! —exclamó Tessa—. ¡Como si fuera una especie de prisión literaria!

Will sonrió.

—Algunos de esos libros muerden —contestó—. Es mejor tener cuidado.

—Siempre hay que tener cuidado con los libros —replicó Tessa—, y con lo que contienen, porque las palabras tienen el poder de cambiarnos.

—No estoy seguro de que ningún libro me haya cambiado —comentó Will—. Bueno, está este que promete enseñarte a convertirte en todo un rebaño de ovejas...

—Sólo los débiles de espíritu se niegan a dejarse influir por la literatura y la poesía —dijo Tessa, decidida a no permitirle salirse de la conversación.

—Claro, que para qué va a querer alguien convertirse en todo un rebaño de ovejas —concluyó Will—. ¿Hay algo que quiera leer aquí, señorita Gray, o no? Dígalo, y trataré de sacarlo de su prisión para usted.

—¿Cree que la biblioteca tiene *El mundo ancho, ancho*? ¿O *Mujercitas*?

—Nunca he oído hablar de ninguno de los dos —contestó Will—. No tenemos muchas novelas.

—Bueno, pues quiero novelas —repuso Tessa—. O poesía. Los libros son para leer, no para transformarte en ganado.

Los ojos de Will destellaron.

—Creo que tenemos una copia de *Alicia en el país de las maravillas* por alguna parte.

Tessa arrugó la nariz.

—Oh, eso es para niños pequeños, ¿no? Nunca me ha gustado mucho; parecía un montón de tonterías.

Los ojos de Will eran muy azules.

—A veces las tonterías tienen mucho sentido, si deseas buscarlo.

Pero Tessa ya había descubierto un volumen conocido en un estante, y fue a saludarlo como si se tratara de un viejo amigo.

—¡*Oliver Twist*! —gritó—. ¿Tienen alguna otra novela de Dickens? —Juntó las manos—. ¡Oh! ¿Tienen *Historia de dos ciudades*?

—¿Esa tontería? ¿Hombres yendo por ahí para que les corten la cabeza por amor? Ridículo. —Will se separó de la puerta y fue hacia donde estaba Tessa junto a las estanterías. Hizo grandes gestos

indicando el gran número de volúmenes que les rodeaban—. No, aquí encontrará todo tipo de consejos sobre cómo cortar la cabeza a otra gente si hace falta; cosas mucho más útiles.

—¡Yo no! —protestó Tessa—. No necesito cortarle la cabeza a nadie, quiero decir. ¿Y de qué sirve tener un montón de libros que nadie quiere leer? ¿De verdad que no tiene ninguna novela?

—No, a no ser que *El secreto de lady Audley* sea que mata demonios en su tiempo libre. —Will saltó a una de las escaleras y sacó un libro de un estante—. Le encontraré otra cosa para leer. Cójalo. —Dejó caer el libro sin mirar, y Tessa tuvo que correr hacia adelante para atraparlo antes de que se golpeará contra el suelo.

Era un volumen grande y cuadrado encuadernado en terciopelo azul oscuro. Había un dibujo grabado en el terciopelo, un símbolo arremolinado que le recordaba las marcas que decoraban la piel de Will. El título estaba estampado en letras plateadas sobre la portada: *El Códice del Cazador de Sombras*. Tessa miró a Will.

—¿Qué es?

—Creo que el título lo dice todo, ¿no? —contestó Will—. He supuesto que tiene preguntas sobre los cazadores de sombras, dado que en el presente está habitando en su sanctasanctórum, por decirlo así. En ese libro encontrará todo lo que quiera saber sobre nosotros, sobre nuestra historia e incluso sobre los subterráneos como usted. —Will se puso serio—. Pero tenga cuidado con él. Tiene seiscientos años y es la única copia que existe. Perderlo o dañarlo se castiga con la muerte bajo la Ley.

Tessa alejó el libro de sí como si estuviera ardiendo.

—No puede decirlo en serio.

—Tiene razón, no lo digo en serio. —Will saltó de la escalera y aterrizó suavemente frente a ella—. Pero usted se cree todo lo que digo, ¿verdad? ¿Es porque tengo cara de honesto?

En vez de contestar, Tessa lo miró con el ceño fruncido y cruzó la gran sala hacia uno de los bancos de piedra que se hallaba dentro de uno de los nichos con ventana. Se dejó caer en el asiento, abrió el Códice y comenzó a leer, deliberadamente sin prestar atención a Will, incluso cuando éste se sentó a su lado. Tessa notaba el peso de su mirada mientras leía.

La primera página del libro de los nefilim mostraba la misma imagen que se había acostumbrado a ver en los tapices de los pasillos: el ángel alzándose del lago, con una espada en una mano y una copa en la otra. Bajo la ilustración había una nota: «El ángel Raziel y los Instrumentos Mortales».

—Así fue como comenzó todo —comentó Will alegremente, sin hacer caso de que Tessa no le hablara—. Un pequeño conjuro por aquí, unas gotas de sangre de ángel por allá, y tendrá la receta de guerreros humanos indestructibles. Nunca nos entenderá leyendo un libro, ya verá, pero al menos es un comienzo.

—No muy humanos... más bien como ángeles vengadores —dijo Tessa a media voz mientras pasaba las páginas. Había docenas de dibujos de ángeles; caían del cielo e iban soltando plumas como una estrella podría soltar chispas. Había más imágenes del ángel Raziel: sujetaba un libro abierto en cuyas páginas ardían runas como el fuego, y había hombres arrodillados a su alrededor, hombres sobre cuya piel se podían ver Marcas. Dibujos de hombres como el que había visto en su pesadilla, sin ojos y con los labios cosidos; dibujos de cazadores de sombras blandiendo espadas de fuego, como ángeles guerreros salidos de los Cielos. Miró a Will—. Entonces, usted lo es, ¿no? ¿Es en parte ángel?

Will no respondió. Estaba mirando por la ventana, a través del claro panel inferior. Tessa le siguió la mirada; la ventana daba a lo que debía de ser la fachada del Instituto, porque había un patio redondo frente a ellos, rodeado de muros. A través de los barrotes de una alta verja de hierro rematada por un

arco curvado, pudo vislumbrar un poco de la calle, iluminada por la tenue luz del gas. Había letras de hierro forjadas en el arco sobre la verja; desde donde ellos estaban, se veían del revés, y Tessa trató de descifrarlas.

—«*Pulvis et umbra sumus*». Es de Horacio. «Somos polvo y sombras». Apropiado, ¿no le parece? —explicó Will—. No nos espera una vida larga a quienes nos dedicamos a matar demonios; se tiende a morir joven, y luego queman tu cuerpo; polvo al polvo, en sentido literal. Y finalmente nos desvanecemos en las sombras de la historia, tan sólo una marca en la página de un libro mundano para recordar al mundo que una vez existimos.

Tessa lo miró. Él tenía esa expresión que a ella le resultaba tan extraña e irresistible; esa diversión que no parecía ir más allá de la superficie de sus rasgos, como si todo en el mundo le resultara al mismo tiempo infinitamente divertido e infinitamente trágico. Se preguntó qué le habría hecho ser así, cómo habría llegado a encontrar divertida la oscuridad, porque era una característica que Will no parecía compartir con ninguno de los otros cazadores de sombras que Tessa había conocido, aunque fuera brevemente. Quizá era algo que había aprendido de sus padres, pero ¿qué padres?

—¿Nunca se preocupa? —preguntó Tessa a media voz—. ¿De que lo que está ahí afuera... pueda entrar aquí dentro?

—¿Se refiere a demonios y otras cosas desagradables? —inquirió Will.

Pero Tessa no estaba segura de si era eso lo que había querido decir, o si se estaba refiriendo a los males del mundo en general. Will apoyó una mano en la pared.

—El mortero que formó estas piedras se mezcló con la sangre de los cazadores de sombras. Todas las vigas están talladas en madera de serbal de cazadores. Todos los clavos empleados para juntar las vigas están hechos de plata, hierro o electrum. Todo el lugar está rodeado de protecciones. La puerta principal sólo la puede abrir alguien que tenga sangre de cazador de sombras; en caso contrario, permanece cerrada sin remedio. Este lugar es una fortaleza. Así que no, eso no me preocupa.

—Pero ¿por qué vivir en una fortaleza? —Al ver la expresión de sorpresa de Will, Tessa se explicó—: Es evidente que usted no es familia de Charlotte y Henry, y no son tan mayores como para haberle adoptado, y no todos los hijos de cazadores de sombras deben vivir aquí o habría más aparte de usted y de Jessamine...

—Y Jem —le recordó Will.

—Sí, pero... ya sabe qué quiero decir. ¿Por qué no vive con su familia?

—Ninguno de nosotros tiene padres. Los de Jessamine murieron en un incendio, los de Jem... Bueno, Jem vino desde bastante lejos para vivir aquí después de que a sus padres los asesinaran los demonios. Bajo la Ley de la Alianza, la Clave es responsable de los cazadores de sombras huérfanos hasta que tengan dieciocho años.

—Por tanto todos forman como una familia.

—Si lo quiere decir de una forma romántica, supongo que sí; todos somos hermanos y hermanas bajo el techo del Instituto. Usted también, señorita Gray, aunque sólo sea temporalmente.

—En ese caso —repuso Tessa, notando que se le subía la sangre al rostro—, creo que preferiría que me tutelara, como hace con la señorita Lovelace.

Will la miró, lenta y fijamente, y luego sonrió. Sus azules ojos se iluminaban cuando sonreía.

—Entonces tú deberías hacer lo mismo, Tessa.

Ella nunca había pensado demasiado en su nombre, pero cuando él lo dijo, fue como si lo oyera por primera vez; la dura T, la caricia de la S doble, la forma que parecía acabarse en un suspiro. Su

propia voz fue como un suspiro cuando habló.

—Will.

—¿Sí? —La diversión le brillaba en los ojos.

En un instante de terror, Tessa se dio cuenta de que sólo había dicho el nombre de él por el placer de decirlo; no tenía ninguna pregunta.

—¿Cómo aprendéis —dijo apresuradamente— a luchar como lucháis? ¿A dibujar esos símbolos mágicos y todo lo demás?

Will sonrió.

—Teníamos un tutor que se encargaba de nuestra educación y entrenamiento, pero se marchó a Idris, y Charlotte está buscando a alguien que lo sustituya. Ella misma, por otra parte, nos enseña historia y lenguas antiguas.

—Entonces, ¿la señora Branwell es vuestra institutriz?

Una expresión de oscuro júbilo cruzó el rostro de Will.

—Se podría decir así. Pero yo que tú no llamaría a Charlotte institutriz, no si quieres conservar los miembros intactos. No lo parece al verla, pero nuestra Charlotte es muy hábil con bastantes armas.

Tessa lo miró sorprendida.

—Quieres decir... Charlotte no lucha, ¿no? No de la forma que lo hacéis Henry y tú.

—Claro que sí. ¿Por qué no iba a hacerlo?

—Porque es una mujer —respondió Tessa.

—También lo era Boadicea.

—¿Quién?

—«Y la reina Boadicea, altiva en su carro / blandía en la mano un dardo y furiosas miradas de leona...». —Will se detuvo al ver la mirada de incompreensión de Tessa, y sonrió—. ¿Nada? Si fueras inglesa, lo conocerías. Recuérdame que te busque un libro sobre ella. Sea como fuere, era una poderosa reina guerrera. Cuando finalmente la derrotaron, prefirió envenenarse a caer en manos de los romanos. Era más valiente que cualquier hombre. Me gusta pensar que Charlotte se parece a ella, aunque algo más baja.

—Pero no puede ser muy buena, ¿no? Quiero decir, las mujeres no tienen esa clase de sentimientos.

—¿Qué clase de sentimientos son éstos?

—El gusto por la sangre, supongo —contestó Tessa pasado un instante—. Fiereza. Sentimientos de guerrero.

—Te vi blandiendo aquella sierra hacia las Hermanas Oscuras —le recordó Will—. Y si no recuerdo mal, el secreto de lady Audley era que en realidad era una asesina.

—¡Lo has leído! —Tessa no pudo esconder su entusiasmo.

Él la miró divertido.

—Prefiero *La senda de la serpiente*. Más aventura, menos drama doméstico. Pero ninguno es tan bueno como *La piedra lunar*. ¿Has leído a Collins?

—Adoro a Wilkie Collins —exclamó Tessa—. ¡Oh... *Armada!* Y *La mujer de blanco*... ¿Te estás riendo de mí?

—Claro que no —respondió Will sonriendo—, más bien me río gracias a ti. Nunca he visto a nadie tan entusiasmado con los libros. Debes de creer que son diamantes.

—Bueno, y lo son, ¿no? ¿No hay nada que te entusiasme así? Y no me digas «las peleas» o «el

tenis» o alguna otra tontería.

—Dios santo —exclamó él fingiendo horror—. ¡Es como si ya me conocieras!

—Todo el mundo tiene algo sin lo que no puede vivir. Descubriré lo tuyo, no te preocupes.

Lo decía medio en broma, pero al ver la expresión en el rostro de él, se calló, insegura. Él la miraba con una extraña fijeza; sus ojos eran del mismo azul oscuro que el terciopelo que forraba el libro que Tessa tenía en las manos. La mirada de Will le recorrió el rostro, le bajó por el cuello, hasta la cintura, y luego volvió al rostro, donde se quedó clavada en la boca. A Tessa le latía el corazón como si hubiera estado corriendo escalera arriba. Algo le dolió dentro del pecho, como si se sintiera hambrienta o sedienta. Había algo que ella quería, pero no sabía qué...

—Es tarde —dijo Will de repente, apartando la mirada—. Debería mostrarte el camino a tu habitación.

—Yo... —Tessa quería protestar, pero no había ningún motivo para hacerlo. Él tenía razón. Era tarde, los puntos de luz de las estrellas se veían por los vidrios claros de la ventana. Se puso en pie, con el libro contra el pecho, y salió con Will al pasillo.

—Hay unos cuantos trucos para aprender a orientarse por el Instituto, debería enseñártelos —dijo él, aún sin mirarla. Había algo curiosamente diferente en su actitud que no había estado ahí hacía unos momentos, como si Tessa hubiera hecho algo que lo hubiera ofendido. Pero ¿qué podía haber hecho? —. Formas de identificar las diferentes puertas y giros...

Se calló, y Tessa vio que alguien iba por el pasillo hacia ellos. Era Sophie, con una cesta de ropa bajo el brazo. Al ver a Will y a Tessa, se detuvo y su expresión se volvió más cuidadosa.

—¡Sophie! —La distancia de Will se transformó en broma—. ¿Ya has acabado de poner orden en mi dormitorio?

—Está hecho. —Sophie no le devolvió la sonrisa—. Estaba muy sucio. Espero que en el futuro se abstenga de ir dejando trozos de demonio muerto por la casa.

Tessa se quedó boquiabierta. ¿Cómo podía Sophie hablarle así a Will? Era una criada, y él... incluso aunque fuera más joven que ella, era un caballero.

Pero Will pareció no darle importancia.

—Es todo parte del trabajo, mi joven Sophie.

—El señor Branwell y el señor Carstairs no parecen tener ningún problema para limpiarse las botas —replicó Sophie, mirando seria de Will a Tessa—. Quizá podría aprender de ellos.

—Quizá —respondió Will—. Pero lo dudo.

Sophie le lanzó una mirada enfadada, y siguió andando por el pasillo, con los hombros rígidos de indignación.

Tessa miró a Will asombrada.

—¿Qué ha sido eso?

Will se encogió de hombros perezosamente.

—Sophie disfruta fingiendo que no me soporta.

—¿Que no te soporta? ¡Te odia! —En otras circunstancias, podría haber preguntado si Will y Sophie habían reñido, pero uno no riñe con los criados. Si hay algún problema, se les despide—. ¿Ha... ha pasado algo entre vosotros?

—Tessa —comenzó Will con exagerada paciencia—. Ya basta. Hay cosas que no puedes esperar entender.

Si había algo que Tessa odiaba, era que le dijeran que había cosas que no podía entender. Porque

era joven, porque era una chica, por cualquiera de las mil razones que nunca parecían tener sentido. Alzó la barbilla, obstinada.

—Bueno, no lo entenderé si no me lo cuentas. Pero yo diría que parece que te odia porque le has hecho algo horrible.

La expresión de Will se oscureció.

—Piensa lo que quieras. No me conoces lo más mínimo.

—Sé que no te gusta dar respuestas claras a las preguntas. Sé que debes de tener unos diecisiete años. Sé que te gusta Tennyson... lo citaste en la Casa Oscura. Sé que eres huérfano, como yo...

—No he dicho que fuera huérfano. —Will habló con una furia inesperada—. Y detesto la poesía. Así que resulta que no sabes nada sobre mí, ¿verdad?

Dio media vuelta y se alejó caminando.

## EL CÓDICE DEL CAZADOR DE SOMBRAS

Los sueños son ciertos mientras duran, y ¿acaso no vivimos en sueños?

LORD ALFRED, *The Higher Pantheism*

Tessa pasó una eternidad vagando de un oscuro pasillo a otro antes de que, por pura suerte, reconociera un roto en uno de los infinitos tapices y se diera cuenta de que la puerta de su dormitorio debía de ser una de las que estaban en ese corredor en concreto. Unos cuantos minutos más de pruebas y errores, y por fin pudo cerrar la puerta correcta a su espalda y correr el pestillo que la mantendría a salvo.

En cuanto volvió a estar en camión y metida bajo las mantas, abrió el Código del Cazador de Sombras y comenzó a leer. «Nunca nos entenderá leyendo un libro», le había dicho Will, pero eso no era realmente lo importante. Él no sabía lo que los libros significaban para ella, que los libros eran símbolos de sentido y verdad, que ése en concreto reconocía que ella existía y que había otros como ella en el mundo. Tenerlo entre las manos la hizo sentir que todo lo que le había pasado durante las últimas seis semanas era real, más real incluso de lo que había sido vivirlo.

Tessa supo por el Código que todos los cazadores de sombras descendían de un arcángel llamado Raziel, que había entregado al primero de ellos un volumen llamado El libro Gris, que contenía el «lenguaje del Cielo»: las Marcas rúnicas negras que cubrían la piel de los cazadores de sombras entrenados, como Charlotte y Will. Las Marcas se les grababan en la piel con una herramienta semejante a un estilete llamado «estela»; el extraño objeto parecido a una pluma que había visto usar a Will para dibujar una puerta en la Casa Oscura. Las Marcas proporcionaban a los neofilim todo tipo de protección: curación, fuerza y velocidad sobrehumanas, visión nocturna; incluso les permitía ocultarse de los ojos de los mundanos con una runas llamadas «glamours». Pero no eran un don que cualquiera pudiese usar. Grabar las Marcas en la piel de un subterráneo o de un humano supondría una dolorosa tortura para el sujeto, y acabaría provocándole la locura o la muerte.

Raziel le había dado también otros dones al primer cazador de sombras: unos poderosos objetos mágicos llamados Instrumentos Mortales, y un país de origen, un pequeño trozo de tierra de lo que entonces era el Sacro Imperio romano, rodeado por una protección para que los mundanos no pudieran entrar en él. Su nombre era Idris.

La lámpara se fue apagando mientras Tessa leía, y los párpados se le iban cerrando y cerrando. Los subterráneos, leyó, eran criaturas sobrenaturales como las hadas, los licántropos, los vampiros y los brujos. En el caso de los vampiros y de los hombres lobo, eran humanos infectados por una enfermedad demoníaca. Las hadas, por su parte, eran mitad demonio mitad ángel, y por tanto poseían tanto una gran belleza como un carácter malvado. Pero los brujos... los brujos eran descendientes directos de la unión de los humanos y de los demonios. No era de sorprender que Charlotte le hubiera preguntado si tanto su madre como su padre eran humanos. Pero lo eran, o eso creía, por lo que ella no podía ser una bruja, gracias a Dios. Miró un dibujo que mostraba a un hombre alto con el cabello enmarañado, en el centro de un pentáculo marcado con tiza en el suelo. Parecía totalmente normal,



excepto porque tenía los ojos con las pupilas de gato. Ardía una vela en cada una de las cinco puntas de la estrella. Las llamas parecían mezclarse y desdibujarse como se desdibujaba la visión de Tessa a causa del agotamiento. Cerró los ojos... y al instante comenzó a soñar.

En el sueño, Tessa danzaba entre remolinos de humos por un pasillo flanqueado de espejos, y al pasar ante ellos, cada uno le mostraba un rostro diferente. Oía una música encantadora e inquietante. Parecía llegarle desde lejos, pero la rodeaba por todas partes. Había un hombre caminando frente a ella, un muchacho en realidad, delgado y sin barba, pero aunque Tessa sentía que le era familiar, ni podía verle el rostro ni lo reconocía. Podría haber sido su hermano, o Will, o alguien totalmente diferente. Le siguió, llamándole, pero él se perdió por el pasillo como si el humo se lo hubiera llevado. La música fue subiendo y subiendo en un crescendo...

Y Tessa se despertó, jadeando; el libro se le resbaló del regazo al incorporarse. Ya no estaba soñando, pero la música continuaba, alta, inquietante y dulce. Fue hasta la puerta y se asomó al pasillo.

La música se oía allí más fuerte, y llegaba de la habitación que había al otro lado. La puerta estaba un poco entreabierta, y las notas parecían manar por la abertura como agua por el estrecho cuello de un jarro.

Como en un sueño, Tessa cruzó el pasillo y colocó la mano suavemente sobre la puerta; se abrió al tocarla. La habitación estaba oscura. Vio que era similar a su propio dormitorio, la misma cama con dosel, los mismos pesados muebles. Las cortinas estaban descorridas en una alta ventana, y una pálida luz plateada entraba en la habitación como una lluvia de agujas. En el cuadrado de luz ante la ventana, había alguien de pie. Un muchacho, porque parecía demasiado delgado para ser un adulto, con un violín sobre el hombro. Apoyaba la mejilla sobre el instrumento, y el arco iba de un lado al otro sobre las cuerdas, extrayendo notas, notas más elegantes y perfectas que nada que Tessa hubiera oído.

Tenía los ojos cerrados.

—¿Will? —dijo el muchacho sin abrir los ojos y sin dejar de tocar—. Will, ¿eres tú?

Tessa no dijo nada. No quería hablar, interrumpir la música, pero al cabo de un momento el propio chico se detuvo, bajó el arco y abrió los ojos frunciendo el ceño.

—Will... —comenzó, y entonces, al ver a Tessa, abrió la boca sorprendido—. Tú no eres Will.

Parecía curioso, pero no enfadado, a pesar de que Tessa había entrado en su dormitorio en plena noche y lo había sorprendido tocando el violín en pijama, o en lo que parecía su ropa de dormir. Llevaba unos pantalones anchos y una camisa sin cuello, con un batín de seda negra atado flojo encima. Tessa no se había equivocado. Era joven, seguramente de la misma edad que Will, y la impresión de juventud se reforzaba por su complexión. Era alto pero muy delgado, y bajo el cuello de la camisa, Tessa vio los bordes curvos de los dibujos negros que antes había visto sobre la piel de Charlotte y de Will.

Ya sabía cómo se llamaban. Marcas. Y sabía en qué lo convertían. En nefilim. El descendiente de hombres y de ángeles. No era raro que bajo la luz de la luna su pálida piel resplandeciera como la piedra mágica de Will. Su cabello también era de un plateado pálido, igual que sus ojos angulosos.

—Lo siento —se disculpó Tessa, y se aclaró la garganta. El sonido le resultó terriblemente áspero y fuerte en medio del silencio del cuarto; quiso encogerse—. No... no tenía intención de entrar así. Mi... mi dormitorio está enfrente y...

—No pasa nada. —El chico separó el violín del hombro—. Usted es la señorita Gray, ¿me equivoco? La chica que cambia de forma. Will me ha contado un poco sobre usted.

—Oh —soltó Tessa.

—¿Oh? —El chico alzó las cejas—. No parece muy complacida de que sepa quién es usted.

—Es que creo que Will está enfadado conmigo —explicó Tessa—. Así que lo que le haya dicho...

El chico se echó a reír.

—Will está enfadado con todo el mundo —afirmó—. No permito que eso interfiera en mis juicios de valor.

La luz de la luna se derramó sobre la pulida superficie del violín cuando el joven se volvió para dejarlo en lo alto del armario, con el arco al lado. Cuando de nuevo se volvió hacia ella, sonreía.

—Debería haberme presentado antes —dijo—. Soy James Carstairs. Por favor, tutéame y llámame Jem... Todo el mundo lo hace.

—Oh, tú eres Jem. No estuviste en la cena —recordó Tessa—. Charlotte dijo que estabas enfermo. ¿Te encuentras mejor?

—Tienes muchas preguntas, ¿no?

—Mi hermano siempre dice que la curiosidad es mi pecado más acuciante.

—Tal y como van los pecados, no es de los peores. —Se sentó sobre un baúl de viaje al pie de la cama y la miró con una seria curiosidad—. Adelante, pregúntame lo que quieras. De todas formas, no puedo dormir, así que me viene bien una distracción.

Al instante, Tessa oyó la voz de Will en su cabeza. Los padres de Jem habían sido asesinados por demonios.

«Pero no le puedo preguntar sobre eso», pensó Tessa, así que pasó a otro tema.

—Will me ha dicho que viniste desde muy lejos. ¿Dónde vivías antes?

—En Shanghai —contestó Jem—. ¿Sabes dónde está?

—En China —respondió Tessa con una ligera irritación—. ¿No lo sabe todo el mundo?

Jem sonrió de medio lado.

—Te sorprenderías.

—¿Y qué hacías en China? —preguntó Tessa con auténtico interés. No podía acabar de imaginarse el lugar del que procedía Jem. Cuando pensaba en China, todo lo que se le ocurría era Marco Polo y el té. Tenía la sensación de que estaba muy, muy lejos, como si Jem hubiera arribado desde los confines del mundo; «al este del sol y al oeste de la luna», hubiera dicho la tía Harriet—. Pensaba que allí sólo iban los misioneros y los marinos.

—Los cazadores de sombras viven por todo el mundo. Mi madre era china; mi padre, británico. Se conocieron en Londres y se trasladaron a Shanghai cuando a él le ofrecieron la dirección del Instituto de allí.

Tessa estaba sorprendida. Si la madre de Jem era china, entonces él también lo era, ¿no? Sabía que había inmigrantes chinos en Nueva York; trabajaban sobre todo en lavanderías o vendían cigarrillos liados a mano en tenderetes callejeros. Nunca había visto a ninguno que se pareciera a Jem, con su extraño cabello y sus ojos plateados. Quizá tuviera que ver con ser un cazador de sombras. Pero no se le ocurría una manera de preguntárselo que no fuera a parecer terriblemente grosera.

Por suerte, Jem no parecía estar esperando a que fuera ella quien siguiera con la conversación.

—Perdón por preguntarlo —dijo él—, pero... tus padres están muertos, ¿verdad?

—¿Te lo ha dicho Will?

—No ha hecho falta que me lo dijera. Los huérfanos aprendemos a reconocernos. Si no te importa que te pregunte... ¿eras muy pequeña cuando ocurrió?

—Tenía tres años cuando murieron en un accidente de carruaje. Casi no los recuerdo. —«Sólo en breves destellos, el olor a humo de tabaco, o el lila pálido del vestido de mi madre»—. Me crió mi tía. Y mi hermano, Nathaniel. Pero mi tía... —Se sorprendió al notar que se le tensaba la garganta. Una vivida imagen de la tía Harriet se le dibujó en la mente, tumbada en el estrecho lecho de latón de su dormitorio, con los ojos ardiendo de fiebre. Hacia el final, no reconocía a Tessa y llamaba a su madre, Elizabeth. La tía Harriet había sido la única madre que Tessa había conocido. Tessa le había sujetado la delgada mano mientras la tía Harriet moría, en el dormitorio, con el cura. Recordaba haber pensado que se había quedado realmente sola—. Ha muerto hace poco. Unas fiebres inesperadas. Nunca había sido muy fuerte.

—Lamento oírlo —repuso Jem, y parecía sentirlo de verdad.

—Fue terrible porque mi hermano ya se había marchado. Había partido para Inglaterra un mes antes. Hasta nos había enviado regalos: té de Fortnum & Masom, y chocolates. Y entonces mi tía se puso enferma y murió, y escribí a mi hermano una y otra vez, pero me devolvían las cartas. Estaba desesperada. Y entonces llegó el billete. Un billete de la compañía de vapores North Germán Lloyd para Southampton, y una nota de Nate diciendo que me esperaría en el muelle. Sólo que ahora no creo que fuera él quien escribió esa nota... —Tessa se detuvo; le picaban los ojos por las lágrimas contenidas—. Perdona. Hablo sin parar. No querrás oír todo esto.

—¿Qué clase de hombre es tu hermano? ¿Cómo es?

Tessa miró a Jem algo sorprendida. Los otros le habían preguntado qué creía que podía haber hecho su hermano para encontrarse en la situación en que se encontraba, si sabía dónde podían tenerlo las Hermanas Oscuras, si tenía el mismo poder que ella. Pero ninguno le había preguntado cómo era.

—Mi tía solía decir que era un soñador —contestó Tessa—. Siempre estaba en las nubes. Nunca le importaba cómo eran las cosas, sólo cómo serían, algún día, cuando tuviera todo lo que quería. Cuando todos tuviéramos lo que queríamos —se corrigió Tessa—. Solía jugar, creo que porque no podía imaginarse perder; eso no entraba en sus sueños.

—Los sueños pueden ser peligrosos.

—No... no. —Tessa negó con la cabeza—. No me estoy explicando bien. Era un hermano maravilloso. Él... —Charlotte tenía razón; era más fácil contener las lágrimas si clavaba la mirada en un objeto concreto. Miró las manos de Jem. Eran largas y delgadas, y tenía el mismo dibujo que Will en el dorso de la mano, el ojo abierto. Tessa lo señaló—. ¿Qué significa?

Jem no pareció notar que Tessa había cambiado de tema.

—Es una Marca. ¿Sabes lo que son? —Extendió la mano con la palma hacia abajo—. Ésta es la Videncia. Nos aclara la Visión. Nos ayuda a ver a los subterráneos. —Volvió la mano, y se levantó la manga de la camisa. Sobre la pálida piel de la muñeca y el interior del brazo había más Marcas, muy negras contra su blanca piel. Parecían mezclarse con el contorno de las venas, como si la sangre le fluyera también por las Marcas—. Para la velocidad, la visión nocturna; el poder angélico, para sanar con rapidez —fue indicando en voz alta—. Aunque sus nombres son más complicados que eso y no son en inglés.

—¿Hacen daño?

—Me dolieron cuando las recibí. Ahora ya no me duelen nada. —Se bajó la manga y le sonrió—. Bueno, no me digas que éstas son todas las preguntas que tienes.

«Oh, tengo muchas más de las que te imaginas».

—¿Por qué no puedes dormir?

Tessa vio que lo había pillado desprevenido; una expresión de vacilación cruzó el rostro de Jem antes de decir nada.

«¿Por qué vacila?», pensó Tessa.

Jem siempre podía mentirle, o esquivar la pregunta, como hacía Will. Pero instintivamente supo que Jem no mentía.

—Tengo malos sueños.

—Yo también estaba soñando —dijo ella—. Soñaba con tu música.

El sonrió.

—Entonces, ¿era una pesadilla?

—No. Era bella. La cosa más bella que he oído desde que llegué a esta horrible ciudad.

—Londres no es horrible —repuso Jem, imparcial—. Sólo tienes que conocerla. Algún día tendrías que venir conmigo por Londres. Puedo enseñarte las partes bonitas, las que me encantan.

—¿Cantando las alabanzas de nuestra preciosa ciudad? —inquirió una voz en tono ligero. Tessa se dio la vuelta, y vio a Will apoyado contra el marco de la puerta. La luz del pasillo, a su espalda, le enmarcaba en dorado el cabello de aspecto mojado. El bajo de su abrigo oscuro y las botas negras estaban manchados de barro, como si acabara de llegar del exterior, y tenía las mejillas arrojadas. Iba con la cabeza descubierta, como siempre—. Te tratamos bien aquí, ¿verdad, James? Dudo que yo tuviera esa suerte en Shanghai. Repítame cómo llaman a los británicos allí.

—*Yang guizi* —dijo Jem, que no parecía sorprendido por la súbita aparición de Will—. Diablos extranjeros.

—¿Lo oyes, Tessa? Soy un diablo. Y tú también. —Will se despegó del marco de la puerta y entró en la habitación con aires de suficiencia. Se sentó en el borde de la cama y se desabrochó el abrigo. Llevaba una corta capa sobre los hombros, muy elegante, bordeada de seda azul.

—Tienes el pelo mojado —indicó Jem—. ¿Dónde has estado?

—Aquí, allí y en todas partes. —Will esbozó su sonrisa de medio lado. A pesar de su agilidad habitual, había algo en la forma que se movía, en el rubor de las mejillas, el brillo de los ojos.

—Borracho como una cuba, ¿no? —preguntó Jem, no sin cariño.

Will agitó vagamente una mano.

—En absoluto, en absoluto.

«¡Ah! —pensó Tessa—. Está borracho».

Había visto a su propio hermano bajo la influencia del alcohol las veces suficientes como para reconocer los síntomas. De algún modo, sintió una extraña decepción.

Jem sonrió.

—¿Adónde has ido? ¿El Dragón Azul? ¿La Sirena?

—La Taberna del Demonio, si quieres saberlo. —Will suspiró y se apoyó en una de las columnas de la cama—. Tenía unos planes tan buenos para esta noche... Mi objetivo era la búsqueda de la ceguera ética y las mujeres de vida fácil. Pero no, no iba a ser así. Aún no había acabado ni siquiera mi tercera copa en el Demonio cuando se me acercó una deliciosa niña florista que me pidió dos peniques por una margarita. El precio parecía excesivo, así que me negué. Cuando se lo dije a la niña, procedió a robarme.

—¿Una niña te ha robado? —preguntó Tessa.

—Lo cierto es que en realidad no era una niña, sino un enano metido en un vestido y con gusto por la violencia, que usa el nombre de Nigel Seisdedos.

—Un error fácil de cometer —convino Jem.

—Lo pillé cuando me metía la mano en el bolsillo —explicó Will, haciendo gestos animados con sus delgadas manos con cicatrices—. Tenía las de ganar hasta que Nigel saltó sobre la barra y me golpeó por detrás con una jarra de ginebra.

—Ah —repuso Jem—. Eso explica lo del pelo mojado.

—Ha sido una pelea limpia —continuó Will—. Pero el propietario del Demonio no lo ha visto así. Me ha echado. No puedo volver allí hasta dentro de quince días.

—Es lo mejor que te podía haber pasado —replicó Jem sin compadecerlo en absoluto—. Me alegro de oír que estamos como siempre. Por un momento me he preocupado pensando que habías vuelto pronto para ver si me encontraba mejor.

—Parece que estás perfectamente sin mí. Y ya veo que has conocido a nuestra residente misteriosa y cambiante —dijo Will, mirando a Tessa. Fue la primera vez que reconocía que ella se hallaba allí desde que había aparecido en la puerta—. ¿Sueles meterte en las alcobas de los caballeros en mitad de la noche? Si lo hubiera sabido, me habría esforzado más para que Charlotte dejara que te quedaras.

—No veo por qué lo que yo haga puede ser de tu incumbencia —replicó Tessa—. Sobre todo desde que me abandonaste en medio del pasillo y me dejaste sola para que encontrara el camino de regreso a mi dormitorio.

—¿Y en vez de eso encontraste el camino al dormitorio de Jem?

—Ha sido el violín —replicó éste—. Me ha oído cuando estaba practicando.

—Un gemido espantoso, ¿no es cierto? —preguntó Will a Tessa—. No sé cómo no vienen corriendo todos los gatos del vecindario cada vez que toca.

—A mí me ha parecido hermoso.

—Porque lo era —repuso Jem.

Will le apuntó con un dedo acusador.

—Os estáis aliando contra mí. ¿Así es como va a ser a partir de ahora? ¿Seré yo el que sobre? Dios, tendré que hacerme amigo de Jessamine.

—Jessamine no te soporta —indicó Jem.

—Entonces de Henry.

—Henry te prenderá fuego.

—Thomas —sugirió Will.

—Thomas —comenzó Jem... y de repente se dobló por la mitad con un repentino y explosivo ataque de tos, tan violento que resbaló del baúl en el que estaba sentado y se quedó de rodillas en el suelo. Demasiado sorprendida para moverse, Tessa se quedó mirando cuando Will, a quien la borrachera pareció pasársele en un segundo, saltaba de la cama, se arrodillaba junto a Jem y le ponía la mano en el hombro.

—James —le preguntó en voz baja—. ¿Dónde está?

Jem alzó una mano para apartarlo. Le sacudían jadeos espasmódicos.

—No lo necesito... Estoy bien...

Volvió a toser, y una fina llovizna roja salpicó el suelo a sus pies. Sangre.

Will apretó la mano sobre el hombro de su amigo; Tessa vio que los nudillos se le ponían blancos.

—¿Dónde está? ¿Dónde lo has puesto?

Jem agitó la mano débilmente hacia la cama.

—Sobre... —jadeó—. Sobre la repisa... una caja... la de plata...

—Ahora lo cojo. —Era la voz más amable que Tessa le había oído nunca a Will—. Quédate aquí.

—Como si fuera a ir a alguna parte. —Jem se pasó el dorso de la mano por la boca; le quedó una mancha roja sobre la Marca del ojo abierto.

Will se puso en pie, se volvió... y vio a Tessa. Por un instante, pareció totalmente sorprendido, como si hubiera olvidado que ella se hallaba allí.

—Will... —susurró Tessa—. ¿Hay algo que pueda...?

—Ven conmigo. —La cogió del brazo y la hizo ir, suavemente, hasta la puerta abierta. La empujó al pasillo y se colocó de forma que le tapaba la vista de la habitación—. Buenas noches, Tessa.

—Pero está tosiendo sangre —protestó Tessa en voz baja—. Quizá debería ir a buscar a Charlotte...

—No. —Will miró hacia atrás, luego de nuevo a Tessa. Se inclinó hacia ella, y le puso la mano sobre el hombro. Ella notó todos los dedos presionándole la carne. Estaban tan cerca que podía oler el aire de la noche en la piel de él, el aroma del metal, del humo y de la niebla. Algo en la manera que Will olía resultaba raro, pero Tessa no pudo decir qué era exactamente.

Will le habló en voz baja.

—Tiene una medicina. Se la llevaré. No hace falta que Charlotte sepa nada de esto.

—Pero si está enfermo...

—Por favor, Tessa. —Había una súplica urgente en los azules ojos de Will—. Sería mucho mejor que no dijeras nada.

De alguna manera, Tessa se sintió incapaz de negarse.

—De... de acuerdo.

—Gracias. —Will le soltó el hombro y alzó la mano para tocarle la mejilla, tan suavemente que ella casi creyó haberlo imaginado. Demasiado sorprendida para hablar, Tessa se quedó en silencio mientras él cerraba la puerta entre ambos. Cuando le oyó echar el cerrojo, se dio cuenta de por qué cuando Will se había inclinado hacia ella, había intuido algo raro.

Aunque Will había dicho que había estado bebiendo toda la noche, aunque aseguraba que le habían roto una jarra de ginebra en la cabeza, no olía a alcohol en absoluto.

Pasó un buen rato antes de que Tessa pudiera dormirse esa noche. Estuvo despierta, con el Códice abierto a su lado y el ángel mecánico haciendo tictac sobre su pecho, mientras observaba cómo la luz de la lámpara trazaba dibujos sobre el techo.

Theresa se estaba mirando al espejo del tocador mientras Sophie, a su espalda, le abrochaba los botones del vestido. Por la mañana, bajo la luz que entraba a raudales por los altos ventanales, se veía muy pálida y las bolsas grises bajo los ojos destacaban como manchas.

Nunca había sido de las que se miraban en el espejo. Solía dar una rápida ojeada para ver que llevaba el pelo bien y que no tenía manchas en la ropa. Pero en ese momento no podía dejar de mirar al rostro pálido y delgado del espejo. Parecía ondearse cuando lo observaba, como un reflejo visto en el agua, como la vibración que se apoderaba de ella antes del Cambio. Después de haber tenido otros rostros, visto por otros ojos, ¿cómo podría decir qué rostro era en realidad el suyo, o incluso si aquél era el que había tenido al nacer? Cuando Cambiaba para volver a sí misma, ¿cómo podía saber que no

había alguna ligera modificación en su propio ser, algo que la hiciera ser distinta a quien era? ¿O no importaba en absoluto qué aspecto tuviera? ¿Era su rostro tan sólo una máscara de carne, irrelevante para su verdadero ser?

También veía a Sophie reflejada en el espejo; tenía el rostro vuelto de forma que la mejilla de la cicatriz quedaba ante el espejo. Durante el día resultaba aún mucho peor. Era como ver un hermoso cuadro hecho jirones con un cuchillo. Tessa estaba deseosa de preguntarle qué le había pasado, pero sabía que no debía hacerlo.

—Te estoy muy agradecida por ayudarme con el vestido —fue lo que dijo en su lugar.

—Para servirla, señorita —le respondió Sophie en un tono neutro.

—Sólo quería preguntarte —empezó Tessa, y notó que Sophie se tensaba. «Cree que le voy a preguntar por su rostro», pensó Tessa. Y en voz alta añadió—: La forma en que le hablaste a Will en el pasillo anoche...

Sophie se echó a reír. Fue una carcajada corta, pero real.

—Se me permite hablarle al señor Herondale como me apetezca y cuando me apetezca. Es una de las condiciones de mi empleo.

—¿Charlotte te permite poner tus propias condiciones?

—No cualquiera puede trabajar en el Instituto —explicó Sophie—, tienes que tener un toque de la Visión. Agatha lo tiene, y también Thomas. La señora Branwell me quiso en seguida cuando se enteró de que yo lo tenía, dijo que llevaba siglos buscando una doncella para la señorita Jessamine. Pero me advirtió sobre el señor Herondale, dijo que seguramente sería grosero conmigo y demasiado familiar. Me dijo que le podía contestar con la misma grosería y que a nadie le importaría.

—Alguien tiene que ser grosero con él. Ya lo es él bastante con todos los demás.

—Yo diría que eso mismo fue lo que la señora Branwell pensaba. —Sophie compartió una sonrisa con Tessa en el espejo; era totalmente encantadora cuando sonreía, pensó Tessa, con cicatriz o sin ella.

—Aprecias a Charlotte, ¿verdad? —preguntó—. Parece muy amable.

Sophie se encogió de hombros.

—En la antigua casa, yo estaba al servicio de la señora Atkins, el ama de llaves; contaba hasta la última vela que usábamos, hasta el último trozo de jabón que nos daba. Teníamos que usar la pastilla de jabón hasta que estuviera transparente antes de que nos diera otra. Pero la señora Branwell me da una pastilla de jabón nueva siempre que quiero —explicó como si fuera la mejor prueba del carácter de Charlotte.

—Supongo que tienen mucho dinero, aquí en el Instituto. —Tessa estaba pensando en los impresionantes muebles y en el esplendor de toda la casa.

—Quizá. Pero le he arreglado suficientes vestidos a la señora Branwell como para saber que no se los compra nuevos.

Tessa recordó el vestido azul que Jessamine lucía durante la cena la noche anterior.

—¿Y la señorita Lovelace?

—Tiene su propio dinero —respondió Sophie seria. Se apartó de Tessa—. Bueno. Ahora ya está lista para que la vean.

Tessa sonrió.

—Gracias, Sophie.

Cuando Tessa llegó al comedor, los otros ya estaban a mitad del desayuno; Charlotte, con un sencillo vestido gris, estaba untando mermelada en una tostada; Henry medio escondido detrás de un periódico, y Jessamine picoteaba delicadamente de un cuenco de gachas. Will tenía un montón de huevos y beicon en el plato, y estaba acabando con ellos sin piedad, lo que, como Tessa no pudo evitar notar, no era muy corriente en alguien que decía haber estado fuera toda la noche bebiendo.

—Estábamos hablando de usted —le dijo Jessamine a Tessa mientras ésta se sentaba. La chica mayor le acercó una bandeja de plata a Tessa—. ¿Beicon?

Tessa cogió el tenedor y miró inquieta alrededor de la mesa.

—¿De qué, concretamente?

—De lo que haces, claro. Los subterráneos no pueden vivir para siempre en el Instituto —contestó Will—. Yo propongo que la vendamos a los gitanos de Hampstead Heath —añadió dirigiéndose a Charlotte—. He oído que compran mujeres además de caballos.

—Will, para ya. —Charlotte alzó la mirada de la tostada—. Eso es ridículo.

Will se echó hacia atrás en su asiento.

—Tienes razón. Nunca la comprarían. Demasiado delgaducha.

—Ya basta —le riñó Charlotte—. La señorita Gray se quedará. Aunque sólo sea porque nos hallamos en medio de una investigación que requiere su ayuda. Ya he enviado un mensaje a la Clave explicando que se quedará aquí hasta que el asunto del Club Pandemónium se aclare y encontremos a su hermano. ¿No es así, Henry?

—Sin duda —contestó Henry mientras dejaba el periódico—. Lo del Pandemónium es prioritario. Absolutamente.

—Será mejor que también se lo digas a Benedict Lightwood —recomendó Will—. Ya sabéis cómo se pone.

Charlotte palideció ligeramente, y Tessa se preguntó quién sería Benedict Lightwood.

—Will, hoy me gustaría que volvieras a la casa de las Hermanas Oscuras; ahora está abandonada, pero vale la pena darle un último repaso. Y quiero que lleves a Jem contigo...

Al oír eso, la expresión de diversión desapareció del rostro de Will.

—Estoy lo suficientemente bien. —La voz no era de Charlotte. Era de Jem. Había entrado en el comedor en silencio y se hallaba junto al aparador, con los brazos cruzados sobre el pecho. Estaba mucho menos pálido que la noche anterior, y el chaleco rojo que llevaba le prestaba un ligero toque de color a las mejillas—. De hecho, estaré listo cuando tú lo estés.

—Primero tendrías que desayunar algo. —Preocupada, Charlotte le acercó la bandeja de las tostadas. Jem se sentó y sonrió a Tessa desde el otro lado de la mesa—. Oh, Jem... Ésta es la señorita Gray. Esta...

—Nos conocemos —repuso Jem, y Tessa notó un súbito calor en el rostro.

No pudo evitar quedarse mirándolo mientras él cogía un trozo de pan y le untaba mantequilla. Resultaba difícil ver a alguien con un aspecto tan etéreo comerse una tostada.

Charlotte parecía confusa.

—¿Sí?

—Me encontré con Tessa en el pasillo anoche y me presenté. Creo que le di un pequeño susto. —Sus ojos plateados miraron a los de Tessa, resplandeciendo divertidos.



Charlotte se encogió de hombros.

—Muy bien, entonces. Quiero que vayas con Will. Mientras tanto, hoy, señorita Gray...

—Llárame Tessa y tutéeme, por favor —propuso la joven—. Lo cierto es que preferiría que todos lo hicieran.

—Muy bien, Tessa, lo mismo digo —contestó Charlotte con una pequeña sonrisa—. Henry y yo iremos a visitar al señor Axel Mortmain, el jefe de tu hermano, para ver si él o alguno de sus empleados tienen cualquier información sobre su paradero.

—Gracias. —Tessa estaba sorprendida. Le habían dicho que iban a buscar a su hermano y era cierto que lo estaban haciendo. No esperaba que lo hicieran.

—He oído hablar de Axel Mortmain —intervino Jem—. Es un hombre de negocios que comercia con China, uno de los grandes en Shanghai. Su empresa tiene allí oficinas en el muelle.

—Sí —repuso Charlotte—, los periódicos dicen que hizo fortuna importando seda y té.

—Bah. —Jem habló sin darle importancia, pero había un tono de burla en su voz—. Hizo su fortuna con el opio. Todos ellos la han hecho así. Compran opio en la India, lo llevan por barco hasta Cantón y lo cambian por mercancías.

—No iba contra la ley, James. —Charlotte le pasó los periódicos a Jessamine—. Mientras tanto, Jessie, quizá Tessa y tú podéis mirar el periódico y anotar cualquier cosa que pueda tener que ver con la investigación o a la que valga la pena echarle otra ojeada...

Jessamine se apartó del periódico como si éste fuera una serpiente.

—Una dama no lee el periódico. Las páginas de sociedad, tal vez, o las críticas de teatro. No esa porquería.

—Pero tú no eres una dama, Jessamine... —comenzó Charlotte.

—Vaya —exclamó Will—. Verdades tan crueles a esta hora de la mañana no pueden ser buenas para la digestión.

—Lo que digo —insistió Charlotte, corrigiéndose— es que primero eres una cazadora de sombras, y después una dama.

—Habla por ti —replicó Jessamine mientras tiraba la silla hacia atrás. Las mejillas se le habían puesto de un alarmante tono rojizo—. ¿Sabes? —continuó—, no es que me esperara que lo notases, pero parece evidente que lo único que tiene Tessa para ponerse es ese horrible vestido rojo mío, y no le queda bien. Ni siquiera me queda bien a mí ya, y ella es más alta que yo.

—¿No podría Sophie...? —comenzó Charlotte sin mucha decisión.

—Puedes meter el vestido. Pero otra cosas es hacerlo dos veces más grande de lo que era al principio. La verdad, Charlotte —Jessamine soltó un suspiro de exasperación—, creo que deberías dejarme que lleve a la pobre Tessa al centro a buscarle algo de ropa. Si no, en cuanto respire hondo, ese vestido le va a reventar.

Will miró con interés.

—Creo que debería intentarlo ahora y ver qué pasa.

—¡Oh! —exclamó Tessa, totalmente confusa. ¿Por qué, de repente, Jessamine estaba siendo tan amable después de lo desagradable que había sido el día anterior?—. No, de verdad, no hace falta...

—Sí que la hace —dijo Jessamine con firmeza.

Charlotte estaba meneando la cabeza.

—Jessamine, mientras vivas en el Instituto, eres una de nosotros, y tienes que contribuir...

—Eres tú la que insiste en que tenemos que aceptar a los subterráneos que están metidos en líos, y

alimentarlos y alojarlos —replicó Jessamine—. Estoy segura de que eso incluye también vestirlos. ¿Ves?, estaré contribuyendo... al mantenimiento de Tessa.

Henry se inclinó sobre la mesa hacia su esposa.

—Será mejor que la dejes hacerlo —aconsejó—. ¿Recuerdas la última vez que intentaste que organizara las dagas en la sala de armas, y las usó para cortar todas las sábanas?

—Necesitábamos sábanas nuevas —dijo Jessamine, sin arrepentirse.

—Oh, de acuerdo —contestó Charlotte bruscamente—. La verdad, a veces no sé qué hacer con todos vosotros.

—¿Y yo qué he hecho? —inquirió Jem—. Acabo de llegar.

Charlotte se cubrió el rostro con las manos. Mientras Henry empezaba a darle palmaditas en la espalda y murmuraba cosas para calmarla, Will se inclinó hacia Jem por encima de Tessa, sin hacer a ésta ningún caso.

—¿Nos vamos ya?

—Primero tengo que acabarme el té —contestó Jem—. Además, no veo por qué tienes tanta prisa. Dijiste que hacía años que ya no usaban la casa como burdel.

—Quiero volver aquí antes de que anochezca —dijo Will. Estaba inclinado casi en el regazo de Tessa, y a ésta le llegaba ese ligero olor del joven, de cuero y metal, que parecían desprender la piel y el pelo de Will—. Tengo una cita en el Soho esta noche con una cierta joven muy atractiva.

—Dios mío —exclamó Tessa a la nuca de Will—. Si sigues viendo así a Nigel Seisdedos, va a esperar que te le declares.

Jem se atragantó con el té.

Pasar el día con Jessamine comenzó tan mal como Tessa se había temido. Había un tráfico horrible. Por muy abarrotada que hubiera encontrado siempre Nueva York, Tessa nunca había visto nada parecido a la masa rugiente que cubría el Strand a mediodía. Los carruajes rodaban junto a los carros de los vendedores ambulantes cargados de frutas y verduras; mujeres envueltas en chales y cargadas de cestos planos llenos de flores se lanzaban a lo loco entre el tráfico para tratar de interesar a los ocupantes de los carruajes en sus mercancías, y los coches de alquiler se paraban de golpe en medio del tráfico para que los cocheros pudieran gritarse unos a otros desde las ventanillas. Ese ruido se añadía al ya espantoso barullo: vendedores de helados que gritaban: «Un cono por un penique»; vendedores de periódicos vociferando el titular del día y alguien tocando un organillo. Tessa se preguntó cómo no estaban sordos todos los que vivían y trabajaban en Londres.

Mientras miraba por la ventanilla, una anciana que cargaba con una gran jaula de metal llena de aleteantes pájaros de colores comenzó a caminar junto al carruaje. La anciana volvió la cabeza, y Tessa vio que tenía la piel tan verde como las plumas del loro. Tessa se la quedó mirando, y Jessamine, siguiendo su mirada, frunció el ceño.

—Cierra las cortinas —dijo—. Para que no entre el polvo.

Y pasando el brazo por delante de Tessa, ella misma lo hizo.

Tessa la miró. La boquita de Jessamine era sólo una fina línea.

—¿Has visto...? —empezó Tessa.

—No —soltó tajante Jessamine, y le lanzó a Tessa lo que en las novelas a menudo llamaban una mirada «asesina». Rápidamente, Tessa apartó la vista.

Las cosas no mejoraron cuando por fin llegaron al elegante West End. Dejaron a Thomas esperando pacientemente con los caballos, y Jessamine arrastró a Tessa a varios salones de modistos, mirando vestido tras vestido, esperando mientras escogían a la dependienta más bonita para que se probara un modelo. (Ninguna auténtica dama permitiría que le tocara la piel ningún vestido que hubiera llevado una desconocida). En todos los establecimientos dio un nombre falso diferente y explicó una historia distinta; en todos ellos, los dueños parecían estar encantados con su aspecto y evidente riqueza, y la atendían en seguida. Tessa, a la que se hacía poco caso, rondaba por ahí, medio muerta de aburrimiento.

En un salón, en el que se había presentado como una joven viuda, Jessamine incluso examinó los diferentes diseños para un vestido de luto de crepé y brocado. Tessa tuvo que admitir que le habría sentado muy bien a su rubia palidez.

—Estaría absolutamente fantástica en este vestido, y resultaría imposible no contraer unas segundas nupcias de lo más ventajosas. —El modisto le guiñó el ojo con pretendida complicidad—. De hecho, ¿sabe cómo llamamos a este modelo? La trampa con nuevo cebo.

Jessamine soltó unas risitas, el modisto sonrió estúpidamente y Tessa consideró la posibilidad de salir corriendo a la calle y acabar con todo aquello arrojándose bajo un coche de alquiler. Como si notara su irritación, Jessamine la miró con una sonrisa condescendiente.

—También busco unos vestidos para mi prima de América —informó—. La ropa allí es simplemente horrible. Y ella tampoco es muy agraciada, lo que no ayuda, pero estoy segura de que usted podrá hacer algo por ella.

El modisto parpadeó como si viera a Tessa por primera vez, y quizá fuera cierto.

—¿Le gustaría elegir algún modelo, señorita?

El torbellino de actividad que siguió fue una especie de revelación para Tessa. En Nueva York era su tía quien le compraba la ropa, prendas ya hechas que tenían que arreglarse para ajustarse a su talla, y siempre en materiales baratos de sosos tonos de azul o gris. Nunca antes había sabido, como aprendió en ese momento, que el azul era el color que le sentaba mejor y destacaba sus ojos de color azul grisáceo, o que debía vestir de rosa para que le diera color en las mejillas. Mientras le tomaban las medidas en medio de una inconexa conversación sobre fundas princesa, corsés acorazados y alguien llamado Charles Worth, Tessa se quedó mirando su rostro en el espejo, medio esperando que los rasgos le comenzaran a cambiar, a formarse de nuevo. Pero siguió siendo ella, y al final se encontró con que tenía cuatro vestidos encargados que le entregarían a final de semana: uno rosa, uno amarillo, uno a rayas blancas y azules con botones de hueso, y uno de seda dorada y negra; además de dos elegantes chaquetas, una de ellas con tul de pedrería adornando los puños.

—Diría que hasta es posible que estés guapa con ese último vestido —comentó Jessamine mientras volvían a meterse en el carruaje—. Es increíble lo que puede hacer la moda.

Tessa contó hasta diez en silencio antes de replicar.

—Te estoy terriblemente agradecida por todo esto, Jessamine. ¿Volvemos ya al Instituto?

Al oír eso, la animación desapareció del rostro de Jessamine.

«Realmente odia estar allí», pensó Tessa, más confusa que otra cosa. ¿Qué le podía resultar tan terrible en el Instituto? Era cierto que la propia razón de su existencia ya era bastante peculiar, pero Jessamine había tenido tiempo de acostumbrarse a todo eso. Era una cazadora de sombras, como el resto.

—Hace un día tan bonito —dijo Jessamine—, y no has visto casi nada de Londres. Creo que se

impone un paseo por Hyde Park. Y después podemos ir a Gunter's y ¡hacer que Thomas nos compre unos helados!

Tessa miró por la ventanilla. El cielo era espeso y gris, cortado por líneas de azul donde las nubes se habían separado unas de otras durante unos instantes. De ninguna manera un día así se consideraría «bonito» en Nueva York, pero Londres parecía tener una concepción diferente en cuanto al clima. Además, se sentía en deuda con Jessamine, y era evidente que lo último que ésta quería en esos momentos era volver a casa.

—Me encantan los parques —dijo Tessa.

Jessamine casi sonrió.

—No le has dicho nada a la señorita Gray sobre los engranajes —dijo Henry.

Charlotte alzó la mirada de sus notas y suspiró. Siempre le había molestado que, por mucho que pidiera un segundo carruaje, la Clave sólo permitía al Instituto tener uno. Era bueno, y Thomas, un cochero excelente, sin duda. Pero aquello suponía que cuando los cazadores de sombras del Instituto iban a diferentes lugares, como ocurría ese día, Charlotte se veía obligada a pedir prestado un carruaje a Benedict Lightwood, que distaba mucho de ser su persona favorita. Y el único carruaje que éste estaba dispuesto a prestarle era pequeño e incómodo. El pobre Henry, tan alto, se iba dando golpes en la cabeza contra el bajo techo a cada bache.

—No —contestó—. La pobre chica ya parecía bastante aturdida... No era momento de explicarle que los artilugios mecánicos que encontró en el sótano habían sido fabricados por la empresa en la que trabajaba su hermano. Está muy preocupada por él. Me pareció que era más de lo que podría soportar.

—Pero puede que eso no signifique nada, cariño —le recordó Henry—. Mortmain y Compañía fábrica la mayoría de las máquinas que se emplean en Inglaterra. Mortmain es una especie de genio. Su sistema patentado para producir cojinetes...

—Sí, sí. —Charlotte trató de disimular su impaciencia—. Y quizá deberíamos habérselo dicho. Pero pensé que era mejor que habláramos primero con el señor Mortmain y viéramos qué impresión sacamos. Tienes razón. Puede que no sepa nada, y es posible que casi no haya ninguna conexión. Pero sería toda una coincidencia, Henry. Y siempre recelo de las coincidencias.

Miró las notas que había tomado sobre Axel Mortmain. Era hijo único (y seguramente, aunque no se especificaba, ilegítimo) del doctor Hollingworth Mortmain, que en cuestión de años había pasado de la humilde posición de médico en un barco mercante que se dirigía a China a ser un rico comerciante privado que compraba y vendía especias y azúcar, seda y té, y... (eso no se decía, pero Charlotte estaba de acuerdo con Jem en ese particular) seguramente opio. Cuando el doctor Mortmain murió, justo después de que se firmase el Tratado de Nankin, su hijo, Axel, con sólo veinte años, había heredado su fortuna y la había invertido rápidamente en la construcción de una flota de barcos más rápidos y brillantes que cualquier otro que surcara los mares. En una década, el joven Mortmain había duplicado, y luego triplicado, la fortuna de su padre.

En los últimos años, se había retirado de Shanghai a Londres, había vendido sus barcos mercantes y había empleado el dinero en comprar una gran empresa que producía artefactos mecánicos necesarios para la fabricación de relojes, desde los de bolsillo hasta los grandes de pared. Era un hombre muy rico.

El carruaje se detuvo delante de una fila de casas blancas ajardinadas, todas con altos ventanales

que daban a la plaza. Henry saltó del carruaje y leyó el número en una placa de latón enganchada al pilón de la verja de entrada.

—Debe de ser ésta. —Se dispuso a abrir la puerta del carruaje.

—Henry —dijo Charlotte, apoyándose en su brazo para bajar—. Henry, recuerda lo que hemos hablado esta mañana, ¿de acuerdo?

Henry sonrió ligeramente avergonzado.

—Haré todo lo que pueda para no avergonzarte o fastidiar la investigación. La verdad, a veces me pregunto por qué haces que te acompañe para estas cosas. Sabes que soy muy torpe cuando se trata de la gente.

—No eres torpe, Henry —repuso Charlotte amablemente. Le hubiera gustado acariciarle el rostro, echarle el cabello para atrás y tranquilizarlo. Pero se contuvo. Sabía, y se lo habían advertido muchas veces, que era mejor no forzar a Henry con un cariño que seguramente no deseaba.

Dejaron el carruaje con el cochero de Lightwood, subieron la escalera y tocaron la campanilla; un lacayo en librea azul oscura y expresión agria les abrió la puerta.

—Buenos días —saludó con brusquedad—. ¿Puedo preguntar qué asunto los trae aquí?

Charlotte echó una mirada de reojo a Henry, que estaba mirando más allá del lacayo con una expresión de apariencia soñadora. Dios sabía en qué estaría pensando: engranajes, ruedas dentadas y artilugios, sin duda; fuera lo que fuera, no tenía nada que ver con la situación que estaban viviendo. Ahogó un suspiro y le contestó al criado:

—Soy la señora Gray y éste es mi marido, el señor Henry Gray. Estamos buscando a un primo nuestro, un joven llamado Nathaniel Gray. No sabemos nada de él desde hace seis semanas. Es, o era, uno de los empleados del señor Mortmain...

Por un instante (aunque quizá se lo imaginara), le pareció ver algo, un destello de inquietud, en los ojos del lacayo.

—El señor Mortmain es dueño de una gran compañía. No se puede esperar que sepa el paradero de todos los que trabajan para él. Eso sería imposible. Quizá deberían preguntar a la policía.

Charlotte entrecerró los ojos. Antes de salir del Instituto, se había dibujado runas de persuasión en el interior de los brazos. Eran pocos los mundanos que no eran susceptibles a su influencia.

—Lo hemos hecho, pero no parecen haber progresado en absoluto con el caso. Es terrible, y estamos muy preocupados por Nate, como puede imaginar. Si pudiéramos ver al señor Mortmain sólo un momento...

Charlotte se relajó al ver que el lacayo asentía lentamente. Parecía casi alarmado, como si le sorprendiera su propia conformidad.

—Avisaré al señor Mortmain de su visita —dijo el lacayo—. Por favor, esperen en el recibidor.

Abrió la puerta del todo, y Charlotte lo siguió, con Henry a su espalda. Aunque el lacayo no le ofreció asiento a Charlotte (un descuido en sus modales que ella atribuyó a la confusión provocada por las runas de persuasión), sí que cogió el abrigo y el sombrero de Henry, y el chai de Charlotte, antes de dejarlos a los dos mirando con curiosidad el recibidor.

La sala tenía un techo alto sin adornos. También estaban ausentes los típicos paisajes pastorales y los retratos de familia. En vez de eso, del techo colgaban largas banderas de seda pintadas con los caracteres chinos para la buena suerte; una bandeja india de plata trabajada a martillo se hallaba apoyada en una esquina, y bocetos en tinta de paisajes famosos cubrían las paredes. Charlotte reconoció el monte Kilimanjaro, las pirámides de Egipto, el Taj Mahal de Agrá y un trozo de la Gran

Muralla china. Sin duda, Mortmain era un hombre que viajaba mucho y se sentía orgulloso de ello.

Charlotte miró a Henry para ver si él estaba observando lo mismo que ella, pero lo vio mirando vagamente hacia la escalera, de nuevo perdido en sus pensamientos; antes de que pudiera decirle nada, el lacayo reapareció, con una agradable sonrisa.

—Por favor, acompáñenme.

Henry y Charlotte siguieron al lacayo hasta el final del pasillo, donde éste abrió una puerta de roble pulido y los hizo pasar.

Se encontraron en un amplio estudio, con grandes ventanales que daban a la plaza. Las cortinas verde oscuro estaban descorridas para permitir el paso de la luz, y a través de los cristales, Charlotte vio el carruaje prestado que los esperaba junto a la acera, el caballo con la cabeza inclinada en la bolsa de forraje, el cochero leyendo el periódico en su alto sillín. Las verdes ramas de los árboles se agitaban al otro lado de la calle, un dosel esmeralda, pero totalmente silencioso. Las ventanas bloqueaban cualquier sonido, y en la sala no se oía nada excepto el leve tictac de un reloj de pared en cuya esfera se leía MORTMAIN Y COMPAÑÍA grabado en oro.

Los muebles eran oscuros, de una madera pesada de grano negro, y en las paredes colgaban cabezas de animales: un tigre, un antílope y un leopardo. Un gran escritorio de caoba se hallaba en el centro de la sala, con pilas de papel pulcramente ordenadas y sujetas por pesadas ruedas dentadas de cobre. En una de las esquinas se hallaba un globo terrestre en una base de latón donde se leía: ¡GLOBO DEL MUNDO DE WYLD, CON LOS ÚLTIMOS DESCUBRIMIENTOS!, donde las tierras bajo el dominio del Imperio británico destacaban en un rojo rosado. A Charlotte siempre le resultaba extraño examinar los globos mundanos. Su mundo no tenía la misma forma que el que ella conocía.

Tras el escritorio se hallaba un hombre sentado, que se puso en pie al entrar ellos. Era pequeño y de aspecto enérgico, de mediana edad, con el cabello elegantemente encanecido en las largas patillas. Sus ojos eran de un gris muy, muy claro; su expresión, agradable. A pesar de su ropa elegante y cara, era fácil imaginárselo en la cubierta de un barco, mirando fijamente en la distancia.

—Buenas tardes —dijo—. Walker me ha dado a entender que están buscando al señor Nathaniel Gray.

—Sí —contestó Henry, sorprendiendo a Charlotte. Henry pocas veces, si lo había hecho alguna vez, tomaba la iniciativa en una conversación con desconocidos. Se preguntó si tendría algo que ver con el intrincado plano que había sobre el escritorio. Henry lo miraba con la misma ansia que si fuera comida—. Somos primos, ¿sabe?

—Le agradecemos que nos conceda este momento para hablar con usted, señor Mortmain —se apresuró a añadir Charlotte—. Sabemos que sólo era uno de sus empleados, entre docenas...

—Cientos —repuso Mortmain. Tenía una agradable voz de barítono, que en ese momento parecía divertida—. Es cierto que no puedo seguirles la pista a todos. Pero recuerdo al señor Gray. Aunque debo decir que si alguna vez mencionó tener primos que fueran cazadores de sombras, no puedo decir que lo recuerde.

## 6

### TIERRA EXTRAÑA

No debemos mirar a los hombres trasgo.  
No debemos comprar sus frutos:  
¿Quién sabe sobre qué suelo se nutren  
sus hambrientas y sedientas raíces?

CRISTINA ROSSETTI, *Mercado trasgo*

—¿Sabes? —dijo Jem—, esto no se parece en nada a la idea que tenía de cómo sería un burdel.

Los dos jóvenes se hallaban en la entrada de lo que Tessa llamaba la Casa Oscura, cerca de Whitechapel High Street. Parecía más cochambrosa y oscura de lo que Will recordaba, como si alguien le hubiera aplicado una capa de suciedad.

—¿Qué te imaginabas exactamente, James? ¿Mujeres de la noche saludándote desde los balcones? ¿Estatuas de cuerpos desnudos adornando el camino de entrada?

—Supongo —contestó Jem con timidez— que esperaba algo con un aspecto un poco menos soso.

Will había pensado algo similar la primera vez que estuvo allí. La apabullante sensación que se tenía dentro de la Casa Oscura era que nadie podía considerar aquello su hogar. Las ventanas se veían grasientas y las cortinas corridas estaban mugrientas y sin lavar.

Will se remangó.

—Probablemente tendremos que echar la puerta abajo...

—O —replicó Jem; cogió el pomo y lo giró— no.

La puerta se abrió hacia un rectángulo de oscuridad.

—Bah, eso es simple pereza —bromeó Will.

Se sacó una daga de caza del cinturón y dio un paso hacia dentro con mucho cuidado. Jem lo siguió, apretando con fuerza la cabeza de jade de su bastón. Solían hacer turnos para entrar el primero en situaciones peligrosas, aunque Jem por lo general prefería cubrir la retaguardia; Will siempre se olvidaba de mirar a su espalda.

La puerta se cerró tras ellos, atrapándolos en la penumbra. El recibidor tenía casi el mismo aspecto que la primera vez que Will había estado allí; la misma escalera curvada hacia arriba, el mismo elegante suelo de mármol agrietado, el mismo aire cargado de polvo.

Jem alzó la mano, y su piedra mágica resplandeció, asustando a un grupo de escarabajos negros. Huyeron correteando por el suelo, y Will no pudo evitar una mueca de asco.

—Bonito lugar para vivir, ¿no te parece? Esperemos que hayan dejado algo atrás aparte de porquería. Una dirección adonde reenviar el correo, un par de piernas cortadas, una prostituta o dos...

—Claro. Quizá, si tenemos suerte, aún podemos pillar la sífilis.

—O la viruela demoníaca —sugirió Will alegremente, mientras probaba a abrir la puerta bajo la escalera. Se abrió, al igual que lo había hecho la puerta de entrada—. Siempre nos queda la viruela demoníaca.

—La viruela demoníaca no existe.

—Oh, tú, hombre de poca fe —exclamó Will mientras desaparecía en la oscuridad bajo la escalera.

Juntos, registraron el sótano y la planta baja minuciosamente, pero poco encontraron aparte de polvo y basura. Habían sacado todo lo que había en la sala donde Tessa y Will habían luchado contra las Hermanas Oscuras; después de una larga búsqueda, Will descubrió en una pared lo que parecía una mancha de sangre, pero no parecía provenir de ningún lugar, y Jem indicó que también podía ser una mancha de pintura.

Dejaron los sótanos y subieron arriba; allí encontraron el pasillo flanqueado de puertas que Will conocía. Había corrido por él seguido de Tessa. Se metió en la primera habitación a la derecha, que había sido donde la había encontrado. No quedaba ninguna traza de la chica de ojos asustados que le había golpeado con un florero. La habitación estaba vacía; se habían llevado los muebles para que los investigaran en la Ciudad Silenciosa. Cuatro hendiduras oscuras en el suelo indicaban el lugar donde se había hallado la cama.

Las otras habitaciones eran muy similares. Will estaba tratando de abrir la ventana de una de ellas cuando oyó el grito de Jem llamándolo para que fuera en seguida; Jem estaba en la última habitación de la izquierda. Will se apresuró a ir y encontró a Jem en el centro de una gran sala cuadrada, con la piedra mágica bollándole en la mano. No estaba solo. Quedaba un mueble, un sillón tapizado, y sentada en él había una mujer.

Era joven, seguramente no mayor que Jessamine; llevaba un vestido barato estampado y el cabello recogido en la nuca. Era un cabello de un color castaño apagado. Sus manos estaban vacías y rojas. Tenía los ojos muy abiertos y la mirada fija.

—Argh —exclamó Will, demasiado sorprendido para decir nada más—. ¿Está...?

—Está muerta —afirmó Jem.

—¿Estás seguro? —Will no podía apartar la mirada del rostro de la muchacha.

Estaba pálida, pero no era la palidez de un cadáver, y tenía las manos medio cerradas sobre el regazo, con los dedos ligeramente curvados, no tiosos con el rigor de la muerte. Will se acercó a ella y le puso la mano en el brazo. Lo notó rígido y frío bajo sus dedos.

—Bueno, no responde a mis avances —observó con más ligereza de la que sentía—, así que tiene que estar muerta.

—O es una mujer sensata y de buen gusto. —Jem se arrodilló y miró el rostro de la mujer. Los ojos eran azul claro y protuberantes; miraban más allá de él, tan vacíos como si estuvieran pintados.

—Señora —dijo, y fue a cogerle la muñeca para tomarle el pulso.

Ella se movió para evitar su mano y lanzó un gemido inhumano.

Jem se puso en pie a toda prisa.

La mujer alzó la cabeza. Sus ojos seguían muertos, desenfocados, pero los labios se movieron y dejaron escapar una especie de chirrido.

—¡Cuidado! —gritó.

Su voz resonó en toda la habitación, y Will soltó un alarido mientras saltaba hacia atrás.

La voz de la mujer parecía el ruido de engranajes que rascaran uno con otro.

—Cuidado, nefilim. Al igual que matáis, seréis muertos. Vuestro ángel no puede protegeros de lo que ni Dios ni el diablo han creado, un ejército nacido ni en el Cielo ni en el Infierno. Cuidaos de la mano del hombre. Cuidaos del ángel mecánico. Cuidaos. —Su voz fue subiendo hasta convertirse en un grito agudo y chirriante, y se sacudió de adelante atrás en el sillón como una marioneta manejada por cuerdas invisibles—. CUIDADO CUIDADO CUIDADO CUIDADO CUIDADO...



—Dios santo —masculló Jem.

—¡CUIDADO! —chilló la mujer una última vez, y se fue hacia adelante hasta caer al suelo de cara, silenciada de golpe.

Will la miraba boquiabierto.

—¿Está...? —comenzó.

—Sí —contestó Jem—. Creo que esta vez está bien muerta.

Pero Will estaba negando con la cabeza.

—¿Muerta? ¿Sabes?, no lo creo.

—Entonces, ¿qué crees?

En vez de contestar, Will se arrodilló junto al cuerpo. Le cogió con dos dedos la mejilla y le volvió la cabeza hasta que el rostro de la mujer quedó ante él. La boca estaba muy abierta, el ojo derecho miraba al techo. El izquierdo le colgaba por la mejilla, sujeto a la órbita por un lazo de hilo de cobre.

—No está viva —dijo Will—, pero tampoco muerta. Podría ser... como uno de los artilejos de Henry. —Le tocó el rostro—. ¿Quién puede haber hecho esto?

—Ni idea. Pero nos ha llamado nefilim. Sabía lo que somos.

—O alguien lo sabía —repuso Will—. No creo que ella sepa nada. Creo que es una máquina, como un reloj. Y se le ha acabado la cuerda. —Se puso en pie—. Sea como sea, será mejor que la llevemos al Instituto. Henry querrá echarle un vistazo.

Jem no replicó; estaba mirando a la mujer que estaba en el suelo. Tenía los pies desnudos bajo el borde del vestido, y sucios. Su boca estaba abierta, y podía ver el brillo del metal por la garganta. El ojo le colgaba inquietante del trozo de alambre de cobre mientras, en algún lugar en el exterior, el Big Ben anunciaba el mediodía.

Una vez en el parque, Tessa notó que comenzaba a relajarse. No había estado en un lugar verde y tranquilo desde que había llegado a Londres, y le encantó ver la hierba y los árboles, aunque pensó que aquel parque no era en absoluto tan bonito como el Central Park de Nueva York. El aire no era tan espeso como en el resto de la ciudad, y el cielo había conseguido un color que era casi azul.

Thomas esperaba en el carruaje mientras las muchachas daban su paseo. Tessa caminaba junto a Jessamine, y ésta no paraba de charlar. Avanzaban por un ancho camino que, según le informó Jessamine, se llamaba, inexplicablemente, Rotten Row, la línea podrida. A pesar de un nombre tan desafortunado, al parecer era el lugar de moda, donde dejarse ver. Por el centro, desfilaban hombres y mujeres a caballo, con atuendos exquisitos; las mujeres con los velos al aire, y las risas resonando en el aire veraniego. Por los lados de la avenida caminaban los peatones. Bajo los árboles se habían colocado sillas y bancos, y las mujeres se sentaban haciendo girar coloridas sombrillas y sorbiendo agua de menta; junto a ellas, caballeros de largas patillas fumaban, llenando el aire del olor del tabaco mezclado con la hierba cortada y los caballos.

Aunque nadie se detuvo para hablar con ellas, Jessamine parecía saber quién era todo el mundo; quién se iba a casar, quién buscaba marido, quién tenía una aventura con la esposa de tal o de cual y todo el mundo lo sabía. Era un poco mareante, y Tessa se alegró cuando salieron del camino y entraron en un sendero más estrecho que se adentraba en el parque.

Jessamine se cogió del brazo de Tessa y le dio un amistoso apretón en la mano.

—No sabes el alivio que es tener por fin a otra chica por aquí —dijo alegremente—. Quiero decir,

Charlotte está bien, pero es aburrida y está casada.

—También está Sophie.

Jessamine soltó un bufido de desdén.

—Sophie es una criada.

—He conocido a chicas que tienen buena relación con su doncella —replicó Tessa.

Eso no era exactamente cierto. Había leído sobre esas chicas, aunque nunca había conocido a ninguna. Aun así, según las novelas, la principal función de las doncellas era escuchar a sus señoras mientras éstas les abrían su corazón habiéndoles de su trágica vida sentimental, y de vez en cuando, vestirse con su ropa y fingir que eran ellas para evitar que las capturara el villano. Aunque Tessa no veía a Sophie participando en nada de todo eso por el bien de Jessamine.

—Ya le has visto la cara. Ser horrorosa la ha amargado. Una doncella debe ser bonita, y hablar francés, y Sophie no cumple ni lo uno ni lo otro. Se lo dije a Charlotte cuando la trajo a casa. Pero no me escuchó. Nunca lo hace.

—No consigo imaginarme por qué —replicó Tessa.

Habían torcido hacia un estrecho sendero que serpenteaba entre los árboles. El reflejo del río se veía a través de ellos, y las ramas altas se entrelazaban formando una cúpula que protegía del brillo del sol.

—¡Ya! ¡Yo tampoco! —Jessamine alzó el rostro, y permitió que el sol que conseguía atravesar la cúpula de ramas le bañara la piel—. Charlotte nunca escucha a nadie. Siempre está dándole la lata al pobre Henry. No sé cómo pudo casarse con ella.

—Supongo que porque la quería.

Jessamine resopló de nuevo.

—Nadie lo cree. Henry quería acceder al Instituto para poder trabajar en sus experimentos en el sótano y no tener que luchar. Y creo que no le importó casarse con Charlotte, no creo que hubiera nadie más con quien quisiera casarse, pero si hubiera sido otra persona la que dirigiera el Instituto, se habría casado con ella. —Sorbí—. Y luego están los chicos, Will y Jem. Jem está bien, pero ya sabes cómo son los extranjeros. No se puede confiar en ellos y además son egoístas y perezosos. Siempre está en su dormitorio, fingiendo estar enfermo, negándose a hacer nada para ayudar. —Jessamine continuó alegremente, olvidando, al parecer, que Jem y Will se encontraban en ese momento registrando la Casa Oscura, mientras ella estaba paseando por el parque con Tessa—. Y Will. Demasiado pagado de sí mismo, aunque parece que se haya criado entre salvajes. No tiene ningún respeto por nada o por nadie, ni la más mínima idea de cómo debe comportarse un caballero. Supongo que eso se debe a que es galés.

Tessa se quedó anonadada.

—¿Galés? —preguntó, y estuvo a punto de añadir: «¿Y eso es malo?», pero Jessamine, pensando que Tessa dudaba sobre los orígenes de Will, continuó encantada.

—Oh, sí. Con ese pelo negro suyo, no puede negarlo. Su madre era galesa. Su padre se enamoró de ella, y ya está. Dejó los nefilim. Quizá ella lo hechizara. —Jessamine rió—. Hay todo tipo de magia y cosas raras en Gales, ¿sabes?

Tessa no tenía ni idea de ello.

—¿Sabes lo que les pasó a los padres de Will? ¿Están muertos?

—Supongo que deben de estarlo, ¿no? Si no, estarían buscándolo. —Jessamine frunció el ceño—. Uf. Da igual. No quiero hablar más del Instituto. —Dio media vuelta para mirar a Tessa—. Debes de

estarte preguntando por qué estoy siendo tan amable contigo.

—Es... —Sí, eso era justo lo que se estaba preguntando desde el principio. En las novelas, las chicas como ella, chicas cuyas familias habían tenido dinero, pero a las que les habían ido mal las cosas, a menudo eran recogidas por amables protectores ricos, que les proporcionaban ropa nueva y una buena educación. (No era, pensó Tessa, que su educación no hubiera sido buena. La tía Harriet tenía tantos conocimientos como una institutriz). Claro que Jessamine no se parecía en absoluto a las devotas damas ancianas de esos cuentos, cuyos actos de generosidad eran totalmente desinteresados—. Jessamine, ¿has leído alguna vez *El farolero*?

—Claro que no. La chicas no deben leer novelas —contestó Jessamine, en el tono de alguien que está recitando lo que ha oído en alguna parte—. Además, señorita Gray, tengo una proposición que hacerle.

—Tessa —la corrigió automáticamente.

—Claro, porque ya somos grandes amigas —dijo Jessamine—, y pronto lo seremos aún más.

Tessa miró desconcertada a la otra chica.

—¿Qué quieres decir?

—Como estoy segura de que el horrible Will te ha explicado, mis padres, mis queridos mamá y papá, están muertos. Pero me dejaron una suma de dinero considerable. Se colocó en un fondo para mí hasta mi dieciocho cumpleaños, para el que sólo faltan unos meses. Ves el problema, claro.

Tessa, que no veía el problema, contestó vacilante.

—¿Sí?

—No soy una cazadora de sombras, Tessa. Detesto todo lo que tiene que ver con los nefilim. Nunca he querido serlo, y mi mayor deseo es dejar el Instituto y no volver a hablar nunca más con nadie que resida allí.

—Pero yo pensaba que tus padres eran cazadores de sombras...

—No estás obligado a ser cazador de sombras si no quieres —replicó Jessamine—. Mis padres no querían serlo. Abandonaron la Clave cuando eran jóvenes. Mamá siempre fue de lo más clara. Nunca quería que los cazadores de sombras se me acercaran. Decía que nunca desearía esa vida para ninguna chica. Quería otras cosas para mí. Que tuviera mi puesta de largo, que me presentara ante la reina, que encontrara un buen marido y tuviera un montón de hermosos bebés. Una vida corriente —dijo esas palabras con una especie de hambre salvaje—. Hay otras chicas en esta ciudad en este momento, Tessa, otras chicas de mi edad, que no son tan guapas como yo, que están bailando y flirteando y riendo y cazando un marido. Ellas reciben clases de francés; yo recibo clases sobre horribles lenguajes demoníacos. No es justo.

—Pero te puedes casar igual. —Tessa estaba confusa—. Cualquier hombre...

—Podría casarme con un cazador de sombras. —Jessamine escupió esas palabras—. Y vivir como Charlotte, vistiendo y luchando como un hombre. Es asqueroso. Se supone que las mujeres no deben hacer eso. Se supone que debemos residir en hogares hermosos. Decorarlos de una manera que complazca a nuestros maridos. Animarlos y reconfortarlos con nuestra presencia agradable y angelical.

Jessamine no parecía agradable ni angelical, pero Tessa prefirió no mencionárselo.

—No veo cómo...

Jessamine la cogió del brazo con fuerza.

—¿No? Puedo dejar el Instituto, Tessa, pero no puedo vivir sola. No sería respetable. Quizá lo sería si fuera una viuda, pero sólo soy una chica. Eso no sería correcto. Pero si tuviera una

compañera... una hermana...

—¿Quieres que finja ser tu hermana? —chilló Tessa.

—¿Por qué no? —replicó Jessamine, como si fuera la sugerencia más razonable del mundo—. O podrías ser mi prima de América. Sí, eso estaría bien. ¿Lo ves? —añadió de una forma más práctica—, tampoco es que tengas a ningún otro sitio adonde ir, ¿verdad? Estoy segura de que en nada habríamos cazado un par de maridos.

Tessa, a la que le había empezado a doler la cabeza, deseaba que Jessamine dejara de hablar de «cazar» maridos como uno puede cazar moscas o a un gato que se escapa.

—Te presentaría a la mejor gente —continuó Jessamine—. Asistiremos a bailes y cenas... —Se calló, confusa de repente—. Pero... ¿dónde estamos?

Tessa miró alrededor. El sendero se había estrechado. En ese momento era un oscuro caminito que serpenteaba entre altos árboles retorcidos. Tessa no podía ver el cielo, ni conseguía oír a nadie. A su lado, Jessamine se había detenido. El rostro se le contrajo debido a un miedo repentino.

—Nos hemos salido del camino —susurró.

—Bueno, pues lo buscamos, ¿no? —Tessa se volvió en redondo y trató de hallar un claro entre los árboles, una mancha de sol—. Creo que hemos venido por ahí...

Súbitamente, Jessamine se agarró al brazo de Tessa, con dedos como garras. Algo, no, alguien había aparecido ante ellas en el caminito.

Era una persona pequeña, tan pequeña que por un momento Tessa pensó que se trataba de un niño. Pero cuando se puso bajo la luz, vio que era un hombre, un hombre encorvado y arrugado, que vestía como un buhonero, con ropas gastadas y un ajado sombrero echado hacia atrás en la cabeza. Su rostro era arrugado y pálido, como una mohosa manzana vieja, y sus ojos resplandecían entre dos gruesos pliegues de piel.

Sonrió mostrando unos dientes tan afilados como cuchillas.

—Chicas guapas.

Tessa miró a Jessamine; la otra chica estaba rígida y con la mirada clavada en el hombre; su boca era una fina línea blanca.

—Deberíamos irnos... —susurró Tessa, y tiró del brazo de Jessamine. Lentamente, como en un sueño, Jessamine permitió a Tessa hacerle dar la vuelta hasta que estuvieron de cara hacia la dirección por la que habían llegado allí...

Pero de nuevo el hombre estaba ante ellas, cerrándoles el camino hacia el parque. Lejos, lejos en la distancia, Tessa creyó ver el parque, una especie de claro, lleno de luz. Parecía hallarse a una distancia imposible.

—Os habéis salido del camino —dijo el desconocido. Su voz era un sonsonete, rítmica—. Chicas guapas, os habéis salido del camino. Ya sabéis qué les pasa a las chicas como vosotras.

Dio un paso hacia ellas.

Jessamine, aún rígida, se aferraba a su sombrilla como si fuera un salvavidas.

—Trasgo —dijo—, duende o lo que seas, no queremos complicaciones con la Gente de las Hadas. Pero si nos tocas...

—Os habéis salido del camino —canturreó el hombrecillo, acercándose, y al hacerlo, Tessa vio que sus brillantes zapatos no eran en realidad zapatos sino unas resplandecientes pezuñas—. Estúpidos nefilim, venir a un lugar sin Marcas. Aquí hay tierra más antigua que los Acuerdos. Aquí hay tierra extraña. Si la sangre de tu ángel cayera sobre ella, parras doradas crecerían al instante, con diamantes

en la punta. Y la reclamaría. Reclamaría tu sangre.

Tessa tiró del brazo de Jessamine.

—Jessamine, deberíamos...

—Tessa, cállate. —Jessamine sacudió su brazo libre y apuntó al trasgo con la sombrilla—. No quieres hacer eso. No quieres hacer...

La criatura saltó. Mientras se lanzaba sobre ellas, su boca pareció pelarse y su piel, abrirse, y Tessa vio el rostro que mostraba, con fauces y maligno. Gritó y trató de retroceder corriendo, pero se tropezó con una raíz. Cayó al suelo mientras Jessamine alzaba la sombrilla, y con un toque de la muñeca, la abría como una flor.

El trasgo gritó. Gritó y cayó hacia atrás y rodó por el suelo, sin dejar de gritar. Le salía sangre de una herida en la mejilla, y manchaba su gastada chaqueta gris.

—Te lo he dicho —le reprendió Jessamine. Jadeaba, el pecho le subía y le bajaba como si hubiera estado corriendo por el parque—. Te he dicho que nos dejes en paz, criatura asquerosa... —Atacó de nuevo al trasgo, y esa vez, Tessa vio que los bordes de la sombrilla de Jessamine resplandecían de un raro color blanco dorado y eran afilados como cuchillas. La sangre había salpicado la tela floreada.

El trasgo aulló y alzó las manos para protegerse. De nuevo parecía un hombrecillo encorvado, y aunque Tessa sabía que era una ilusión, no pudo evitar sentir una punzada de compasión.

—Piedad, señora, piedad...

—¿Piedad? —escupió Jessamine—. ¡Querías hacer crecer flores con mi sangre! ¡Trasgo asqueroso! ¡Criatura despreciable! —Le golpeó con la sombrilla, y de nuevo, el trasgo gritó y se tambaleó. Tessa se incorporó hasta sentarse, se sacudió la tierra del cabello y se puso en pie trastabillando. Jessamine seguía gritando, blandiendo su sombrilla, y la criatura continuaba en el suelo convulsionándose con cada golpe—. ¡Te odio! —chilló Jessamine, con una voz fina y temblorosa—. Te odio a ti y a todo lo que es como tú... subterráneos... asqueroso, asqueroso...

—¿Jessamine! —Tessa corrió hasta la otra chica y la rodeó con los brazos para sujetar los de ella contra el cuerpo. Por un momento, Jessamine se revolvió, y Tessa vio que no podría sujetarla. Era fuerte, los músculos bajo su suave piel femenina se tensaban como un látigo. Y entonces, Jessamine se quedó como sin fuerzas, se desmoronó contra Tessa y comenzó a gemir mientras dejaba caer la sombrilla.

—No —sollozó—. No. No quería hacerlo. No quería. No...

Tessa miró hacia abajo. El cuerpo del trasgo estaba retorcido e inmóvil a sus pies. La sangre se extendía a su alrededor, cubriendo la tierra como si se tratara de oscuras parras. Tessa sujetó a Jessamine mientras ésta sollozaba, y no pudo evitar pensar qué crecería allí con aquello.

No fue sorprendente que Charlotte fuera la primera en recuperarse de la sorpresa.

—Señor Mortmain, no estoy segura de lo que quiere decir...

—Claro que sí. —Sonreía de oreja a oreja con una mueca maliciosa—. Cazadores de sombras. Nefilim. Así es como se llaman a sí mismos, ¿no? Los bastardos de hombres y ángeles. Curioso, ya que los nefilim de la Biblia eran monstruos horribles, ¿no es cierto?

—¿Sabe?, eso no es necesariamente cierto —intervino Henry, incapaz de contener al pedante que llevaba dentro—. Existe una controversia sobre la traducción del arameo original...

—Henry —le advirtió Charlotte.

—¿Realmente atrapan las almas de los demonios que matan en un cristal gigante? —continuó Mortmain abriendo mucho los ojos—. ¡Qué espléndido!

—¿Se refiere a la Pyxis? —Henry parecía confuso—. No es un cristal, más bien una caja de madera. Y no existen tales almas... Los demonios no tienen alma. Tienen energía...

—Cállate, Henry —le cortó Charlotte.

—Señora Branwell —dijo Mortmain, que parecía realmente contento—. Por favor, no se preocupe. Lo sé todo sobre los de su clase, ¿sabe? Usted es Charlotte Branwell, ¿me equivoco? Y éste es su marido, Henry Branwell. Dirigen el Instituto de Londres desde el lugar que antes había ocupado la iglesia de Todos los Santos de Less. ¿De verdad pensaban que no iba a saber quiénes eran? Sobre todo después de que hayan intentado usar un glamour con mi lacayo. No soporta los glamours, le sale urticaria.

Charlotte entrecerró los ojos.

—¿Y cómo se ha hecho con toda esa información?

Mortmain se inclinó hacia adelante entusiasmado, juntando las yemas de los dedos.

—Soy un estudioso de lo oculto. Desde que viví en la India de joven, cuando me enteré de su existencia, siempre me han fascinado los reinos de las sombras. Para un hombre en mi posición, con fondos y tiempo suficientes, se abren muchas puertas. Hay libros que se pueden comprar, información por la que se puede pagar. Su conocimiento no es tan secreto como pueden creer.

—Quizá —repuso Henry, que parecía profundamente infeliz—, pero... es peligroso. Matar demonios... no es como cazar tigres. Pueden cazarte a ti igual que tú los puedes cazar a ellos.

Mortmain rió por lo bajo.

—Hijo mío, no tengo intención de salir corriendo a luchar contra demonios con mis propias manos. Naturalmente, este tipo de información es peligrosa en manos de los frívolos y los impulsivos, pero mi mente es cuidadosa y sensata. Sólo busco ampliar mi conocimiento del mundo, nada más. —Miró por la sala—. Debo decir que nunca antes había tenido el honor de conversar con un nefilim. Claro que en la literatura se los menciona con frecuencia, pero leer sobre algo y experimentarlo de verdad son dos cosas muy diferentes, como sin duda también opinarán. Hay tanto que me podrían enseñar...

—Eso —dijo Charlotte en un tono helado— ya será más que suficiente.

Mortmain la miró, confuso.

—¿Perdone?

—Como parece saber tanto sobre los nefilim, señor Mortmain, puedo preguntarle si sabe cuál es nuestra misión.

Mortmain parecía satisfecho.

—Destruir a los demonios. Proteger a los humanos... mundanos, como creo que nos llaman.

—En efecto —repuso Charlotte—, y gran parte del tiempo, de lo que protegemos a los humanos es de su propia estupidez. Veo que usted no es una excepción a esa regla.

Mortmain pareció realmente anonadado. Miró a Henry. Charlotte conocía esa mirada. Era la mirada que intercambiaban los hombres, una mirada que decía: «¿No puede controlar a su esposa, caballero?». Una mirada, como bien sabía, que se desperdiciaba con Henry, que parecía estar tratando de leer del revés los planos que había sobre el escritorio de Mortmain y estaba prestando muy poca atención a la conversación.

—Cree que el conocimiento oculto que ha adquirido le hace ser muy listo —continuó Charlotte—. Pero he visto una buena cantidad de mundanos muertos, señor Mortmain. No podría contar las veces

que me he ocupado de los restos de algún humano que se creía experto en artes mágicas. Recuerdo, cuando era casi una niña, que me llamaron a la casa de un abogado. Pertenecía a algún estúpido círculo de hombres que se creían magos. Se pasaban el rato entonando cánticos vestidos con túnicas y dibujando pentáculos en el suelo. Una noche decidió que tenía suficiente capacidad como para tratar de convocar a un demonio.

—¿Y la tenía?

—Sí —contestó Charlotte—. Invocó al demonio Marax. Que procedió a matarlo a él y a toda su familia. —Su tono era neutro—. Encontramos a la mayoría de ellos colgando hacia abajo en el carruaje de la familia, sin cabeza. Su hijo pequeño estaba asándose en un espetón sobre el fuego. Nunca encontramos a Marax.

Mortmain había palidecido, pero recuperó la compostura.

—Siempre hay quien sobrepasa sus capacidades —dijo—. Pero...

—Usted nunca sería tan estúpido —concluyó Charlotte—. Excepto que lo está siendo en este mismo momento. Nos mira a Henry y a mí y no nos tiene miedo. ¡Está disfrutando de lo lindo! ¡Un cuento de hadas hecho realidad! —Golpeó la mesa con la palma de la mano, con fuerza, y Mortmain dio un brinco—. El poder de la Clave nos respalda —dijo en el tono más frío que pudo—. Nuestra misión es proteger a los humanos. Como Nathaniel Gray. Ha desaparecido, y algo relacionado con lo oculto está detrás de su desaparición. Y aquí encontramos a su antiguo jefe, claramente metido en asuntos de lo oculto. Resulta difícil pensar que esos dos hechos no guardan relación.

—Yo... ¿El señor Gray ha desaparecido? —tartamudeó Mortmain.

—Así es. Su hermana vino a nosotros, buscándolo; un par de magos la habían informado de que corría un gran peligro. Mientras usted, señor mío, se entretiene, él podría estar agonizando. Y la Clave no ve con buenos ojos a aquellos que se interponen en su misión.

Mortmain se pasó la mano por el rostro, que se había vuelto grisáceo.

—Naturalmente —repuso—, les diré lo que quieran saber.

—Excelente. —A Charlotte se le estaba acelerando el corazón, pero su voz no demostró su ansiedad.

—Conocí a su padre. Al padre de Nathaniel, Richard. Fue mi empleado hace unos veinte años, cuando Mortmain era sobre todo una naviera. Tenía oficinas en Hong Kong, Shanghai, Tianjin... —Se calló cuando Charlotte tamborileó con los dedos sobre el escritorio, impaciente—. Richard Gray trabajó para mí aquí en Londres. Era mi jefe de oficina, un hombre bueno e inteligente. Lamenté perderlo cuando se trasladó con su familia a Nueva York. Cuando Nathaniel me escribió y me dijo quién era, le ofrecí un empleo inmediatamente.

—Señor Mortmain —intervino Charlotte con voz fría—. Esto no tiene que ver...

—Oh, sí que lo tiene —insistió el hombrecillo—. Verá, mi conocimiento de lo oculto siempre me ha servido en los negocios. Hace unos años, por ejemplo, un conocido banco de Lombard Street quebró; hundió a docenas de grandes empresas. Yo conocía a un mago que me ayudó a evitar el desastre. Pude retirar mi capital antes de la disolución del banco, y eso salvó mi empresa. Pero despertó las sospechas de Richard. Debí de investigar, porque finalmente se enfrentó a mí después de enterarse de lo del Club Pandemónium.

—Entonces, usted es miembro —murmuró Charlotte—, claro.

—Le ofrecí a Richard hacerlo miembro del club, incluso lo llevé a una reunión o dos, pero no le interesaba. Poco después emigró con su familia. —Mortmain abrió los brazos—. El Club

Pandemónium no está abierto a cualquiera. Con todo lo que he viajado, he oído hablar de organizaciones similares en muchas ciudades, grupos de hombres que conocen el mundo de las sombras y desean compartir su sabiduría y sus ventajas, pero se paga un alto precio de secretismo por ser miembro.

—Se paga un precio mucho más alto que ése.

—No es una organización malvada —continuó Mortmain. Casi parecía dolido—. Se han hecho muchos avances, grandes inventos. He visto a un mago crear un anillo de plata que podía transportar al que lo llevara a su casa con sólo girarlo en el dedo. O una puerta que podía llevarte a cualquier lugar del mundo adonde quisieras ir. He visto a muchos hombres recuperados a las puertas de la muerte...

—Sé lo que puede hacer la magia, señor Mortmain. —Charlotte echó una mirada a Henry que estaba examinando el modelo de una especie de artificio mecánico que colgaba en la pared—. Me preocupa una cuestión. Los magos que parecen haber raptado al señor Gray están de algún modo asociados con el club. Siempre he oído decir que era un club para mundanos. ¿Por qué habría subterráneos en él?

Mortmain arrugó la frente.

—¿Subterráneos? ¿Se refiere a la gente sobrenatural... brujos, licántropos y así? Hay distintas categorías de miembros, señora Branwell. Un mundano como yo puede ser miembro del club. Pero los presidentes, los que dirigen el asunto, son subterráneos. Brujos, licántropos, vampiros. Aunque la Gente de las Hadas nos evita. Demasiados magnates de la industria, los ferrocarriles, las fábricas y cosas así para su gusto. Odian esas cosas. —Meneó la cabeza—. Criaturas encantadoras, las hadas, pero me temo que el progreso acabará con ellas.

Charlotte no tenía ningún interés en las consideraciones de Mortmain sobre las hadas; le estaba dando vueltas a la cabeza.

—Déjeme adivinar —dijo—. Llevó a Nathaniel Gray al club, igual que había hecho con su padre.

Mortmain, que parecía estar recobrando algo de su antigua seguridad en sí mismo, volvió a apocarse.

—Nathaniel sólo llevaba unos días trabajando en mis oficinas de Londres cuando se me encaró. Supuse que se había enterado de la experiencia de su padre en el club, y que eso le había inculcado el deseo de saber más. No se lo pude negar. Lo llevé a una reunión y pensé que ahí acabaría todo. Pero no fue así. —Meneó la cabeza—. Nathaniel se sentía en el club como pez en el agua. Unas pocas semanas después de esa reunión, había abandonado su alojamiento. Me envió una carta, despidiéndose y diciéndome que iba a trabajar para otro miembro del Club Pandemónium, alguien que, al parecer, estaba dispuesto a pagarle lo suficiente para que pudiera mantener su hábito de jugar. —Suspiró—. No hace falta decir que no me dejó ninguna dirección.

—¿Y eso es todo? —Charlotte alzó la voz, incrédula—. ¿No trató de buscarlo? ¿Averiguar adonde había ido? ¿Para quién trabajaba?

—Un hombre puede trabajar donde desee —repuso el señor Mortmain, sonrojándose—. No había ninguna razón para pensar...

—¿Lo ha visto alguna vez desde entonces?

—No. Ya le he dicho...

Charlotte lo interrumpió.

—Dice que se sentía en el club como pez en el agua, pero ¿no lo ha visto en ninguna reunión desde que se despidió de su empleo?



Una mirada de pánico destelló en los ojos de Mortmain.

—No... no he vuelto a ninguna reunión desde entonces. El trabajo me ha tenido muy ocupado.

Charlotte miró fijamente a Axel Mortmain desde el otro lado del enorme escritorio. Siempre había pensado que era buena juzgando a las personas. Tampoco era que no se hubiera encontrado con muchos hombres como Mortmain antes. Hombres directos, cordiales, seguros de sí mismos, que creían que su éxito en los negocios o cualquier otra ocupación mundana significaba que tendrían el mismo éxito si elegían dedicarse a las artes mágicas. Volvió a pensar en aquel abogado, en las paredes de su casa de Knightsbridge pintadas del escarlata de la sangre de su familia. Pensó en el terror que habría padecido en esos últimos momentos de su vida. Veía el inicio de un terror similar en los ojos de Axel Mortmain.

—Señor Mortmain —replicó Charlotte—, no soy tonta. Sé que me está ocultando algo. —De su bolso de redecilla sacó una de las ruedas dentadas que Will había encontrado en la casa de las Hermanas Oscuras y la puso sobre la mesa—. Esto parece algo que sus fábricas podrían producir, señor Mortmain.

Con una mirada de inquietud, Mortmain miró la pequeña pieza de metal.

—Sí, sí, es una de mis ruedas. Pero eso ¿qué tiene que ver?

—Dos brujas que se hacían llamar las Hermanas Oscuras, miembros del Club Pandemónium, estaban asesinando a humanos. Chicas jóvenes. Poco más que niñas. Y encontramos esto en el sótano de su casa.

—¡No tengo nada que ver con los asesinatos! —exclamó Mortmain—. Nunca... pensé que... —Comenzó a sudar.

—¿Qué es lo que nunca pensó? —La voz de Charlotte era tranquila.

Mortmain cogió la rueda dentada con dedos temblorosos.

—No se lo puede imaginar... —La voz se le fue apagando—. Hace unos meses, uno de los miembros de la dirección del club... un subterráneo, y muy viejo y poderoso, me pidió que le vendiera barato cierto material mecánico. Engranajes, levas y cosas así. No pregunté para qué eran, ¿por qué iba a hacerlo? No parecía haber nada de raro en el pedido.

—Y por casualidad —continuó Charlotte—, ¿no sería el mismo hombre que empleó a Nathaniel cuando éste se despidió de su empresa?

A Mortmain se le cayó la rueda dentada de la mano. Cuando ésta empezó a rodar por la mesa, él la paró de un manotazo. Aunque Mortmain no contestó, Charlotte vio por el destello de miedo en sus ojos que lo había adivinado. Una pequeña tensión de éxito le recorrió los nervios.

—Su nombre —ordenó—. Dígame su nombre.

Mortmain tenía los ojos clavados en el escritorio.

—Me costará la vida si se lo digo.

—¿Y qué pasa con la vida de Nathaniel Gray? —preguntó Charlotte.

Sin mirarla a los ojos, Mortmain negó con la cabeza.

—No tienen ni idea de lo poderoso que es ese hombre. Y lo peligroso.

Charlotte se irguió.

—Henry —llamó—, Henry, tráeme el Convocador.

Henry se apartó de la pared y la miró confuso.

—Pero, querida...

—¡Pásame ese artefacto! —le replicó bruscamente Charlotte. No le gustaba hablar así a Henry; era como dar una patada a un cachorro. Pero a veces había que hacerlo.

La expresión de confusión no abandonó el rostro de Henry mientras se colocaba al lado de su esposa ante el escritorio de Mortmain y sacaba algo del bolsillo de la chaqueta. Era un rectángulo de metal oscuro con una serie de diales de aspecto bastante peculiar sobre una cara. Charlotte lo cogió y lo agitó ante Mortmain.

—Esto es el Convocador —le dijo—. Me permitirá llamar a la Clave. Antes de tres minutos rodearán su casa. Los nefilim lo sacarán arrastrando de esta sala, gritando y pateando. Lo someterán a las torturas más exquisitas. ¿Sabe lo que le pasa a un hombre cuando se le vierte sangre de demonio en los ojos?

Mortmain le lanzó una mirada de absoluto terror, pero no dijo nada.

—Por favor, señor Mortmain, no quiera saber hasta dónde puedo llegar. No me gustaría nada verle morir.

—¡Dios santo, hombre, dígaselo! —estalló Henry—. En realidad, nada de esto es necesario, señor Mortmain. Se lo está complicando usted mismo.

Mortmain se cubrió el rostro con las manos. Siempre había deseado conocer a cazadores de sombras auténticos, pensó Charlotte, mirándolo. Y lo había conseguido.

—De Quincey —dijo Mortmain—. No sé su nombre. Sólo De Quincey.

«¡Por el Ángel!», pensó Charlotte. Lentamente dejó escapar el aire de los pulmones y bajó el dispositivo. —¿De Quincey? No puede ser...

—¿Saben quién es? —preguntó Mortmain con voz apagada—. Bueno, supongo que sí lo sabrán.

—Es el jefe de un poderoso clan londinense de vampiros —repuso Charlotte casi a regañadientes—, un subterráneo muy influyente, y un aliado de la Clave. No puedo imaginarme que él...

—Es el presidente del club —añadió Mortmain. Parecía agotado, y un poco enfermo—. Todos los demás responden ante él.

—El presidente del club. ¿Tiene algún título?

Mortmain parecía ligeramente sorprendido de que se lo preguntaran.

—Magíster.

Con una mano que temblaba sólo ligeramente, Charlotte se metió el dispositivo en la manga.

—Gracias, señor Mortmain. Ha sido de gran ayuda.

Mortmain la miró con una especie de resentimiento vacío.

—De Quincey descubrirá que se lo he dicho. Hará que me asesinen.

—La Clave se encargará de que no lo haga. Y mantendremos su nombre al margen de todo esto. Nunca sabrá que ha hablado con nosotros.

—¿Harían eso? —preguntó Mortmain con un hilo de voz—. ¿Por... cómo era... un estúpido mundano?

—Tengo fe en usted, señor Mortmain. Parece haberse dado cuenta de su propia locura. La Clave lo estará observando, no sólo para protegerle, sino también para asegurarse de que permanece al margen del Club Pandemónium y organizaciones similares. Por su propio bien, espero que considere nuestro encuentro como una advertencia.

Mortmain asintió con la cabeza. Charlotte fue hacia la puerta, y Henry la siguió; ya la había abierto y estaba en el umbral cuando el señor Mortmain habló de nuevo.

—Sólo son ruedas de metal —dijo en voz baja—. Sólo engranajes. Inofensivas.

Charlotte se sorprendió al ver que Henry era quien le contestaba, sin volverse.

—Los objetos inanimados son inofensivos, cierto, señor Mortmain. Pero no siempre se puede decir

lo mismo de quienes los usan.

Mortmain se quedó en silencio mientras los dos cazadores de sombras salían del despacho. Unos minutos después se hallaban en la plaza, respirando aire fresco, tan fresco como lo podía ser el aire de Londres.

«Puede que esté cargado de humo de carbón y polvo —pensó Charlotte—, pero al menos está libre del miedo y la desesperación que inunda el despacho de Mortmain como si fuera niebla».

Charlotte se sacó el dispositivo de la manga y se lo tendió a su marido.

—Supongo que debería preguntarte —dijo ella mientras él recuperaba el objeto con una expresión seria— qué es este objeto, Henry.

—Algo en lo que he estado trabajando. —Henry lo observó con cariño—. Un dispositivo que puede captar las energías demoníacas. Lo iba a llamar Sensor. Aún no he conseguido que funcione, pero ¡cuando lo haga...!

—Estoy segura de que será estupendo.

Henry pasó su expresión de cariño del objeto a su esposa, algo que no pasaba a menudo.

—Eso ha sido pura genialidad, Charlotte, fingir que podías convocar a la Clave ahí mismo, ¡sólo para asustar a ese pobre hombre! Pero ¿cómo sabías que tendría algún artefacto que te pudiera ser de utilidad?

—Bueno, lo tenías, cariño —repuso Charlotte—, ¿verdad?

Henry parecía un poco avergonzado.

—Eres tan aterradora como maravillosa, querida.

—Gracias, Henry.

El viaje de vuelta al Instituto transcurrió en silencio; Jessamine miraba por la ventana del carruaje al ruidoso tráfico londinense y se negaba a hablar. Tenía la sombrilla cruzada sobre el regazo, y no parecía afectarle que la sangre manchara su chaqueta de tafetán. Cuando llegaron al patio de la iglesia, permitió a Thomas ayudarla a bajar del carruaje antes de tomar de la mano a Tessa.

Sorprendida por el contacto, Tessa se la quedó mirando. Los dedos de Jessamine estaban helados.

—Ven conmigo —soltó Jessamine, impaciente, y arrastró a su compañera hacia las puertas del Instituto, dejando a Thomas mirándolas sorprendido.

Tessa dejó que la otra chica la guiara por las escaleras, por el interior del Instituto a lo largo de un inacabable pasillo, casi idéntico al que transcurría junto al dormitorio de Tessa. Jessamine encontró una puerta, hizo que Tessa la atravesara, la siguió y cerró la puerta.

—Quiero enseñarte algo —le dijo.

Tessa miró alrededor. Era otro de los grandes dormitorios de los que el Instituto parecía tener un número infinito. Pero el de Jessamine estaba decorado a su gusto. Sobre los paneles de madera, la pared estaba cubierta con un papel de seda rosa, y la colcha de la cama era de flores. También había un tocador blanco, en cuya superficie descansaba un juego de tocador, sin duda caro: un soporte para anillos, una botella de agua de flores y un conjunto de cepillo y espejo de plata.

—Tienes una habitación muy bonita —comentó Tessa, más con la esperanza de calmar la evidente histeria de Jessamine que porque lo pensara.

—Es demasiado pequeña —replicó Jessamine—. Pero ven... aquí. —Tiró la ensangrentada sombrilla sobre la cama y cruzó la habitación hasta un rincón junto a la ventana. Tessa la siguió

desconcertada. No había nada en aquel rincón excepto una mesa alta, y sobre la mesa una casa de muñecas. No de las de cartón con dos habitaciones que Tessa había tenido de niña. Esta era una hermosa reproducción en miniatura de una auténtica casa señorial londinense, y cuando Jessamine la tocó, Tessa vio que la fachada se abría sobre unas minúsculas bisagras.

Tessa contuvo la respiración. Había hermosas habitaciones pequeñas, perfectamente decoradas con muebles minúsculos, todo construido a escala, desde las sillitas de madera con cojines bordados hasta la cocina económica de hierro forjado. También había muñecas, con cabeza de porcelana, y pequeños óleos reales en las paredes.

—Ésta era mi casa. —Jessamine se arrodilló para colocar sus ojos a la altura de la casita de muñecas, y le hizo un gesto a Tessa para que la imitara.

Con torpeza, Tessa lo hizo, tratando de no arrodillarse sobre las faldas de Jessamine.

—¿Quieres decir que ésta era la casa de muñecas que tenías cuando eras pequeña?

—No. —Jessamine parecía irritada—. Ésta era mi casa. Mi padre la hizo construir para mí cuando cumplí los seis años. Es el modelo exacto de la casa donde vivía, en Curzon Street. Ese era el papel que teníamos en la pared del comedor —señaló—, y ésas son exactamente las sillas del estudio de mi padre. ¿Lo ves?

Miró a Tessa fijamente, tanto que ésta pensó que debería estar viendo algo allí, algo más allá de un juguete extremadamente caro del que Jessamine debería haberse deshecho hacía tiempo. Pero no sabía qué podía ser.

—Es muy bonita —dijo finalmente.

—Mira, en la sala está mamá —indicó Jessamine, tocando una de la muñequitas con el dedo. La muñeca se bamboleó en el blando sillón—. Y aquí, en el estudio, leyendo un libro, está papá. —Llevó la mano a una pequeña figurita de porcelana—. Y arriba, en el cuarto de los niños, está la pequeña Jessie. —Dentro de la cunita sí que había otra muñeca, a la que sólo se le veía la cabeza asomando por encima de la colcha—. Más tarde cenan aquí, en el comedor. Y luego, mamá y papá se sientan en el salón delante del fuego. Algunas noches van al teatro, o a un baile, o a una cena. —La voz se le había ido ensombreciendo, como si estuviera recitando una letanía bien aprendida—. Y luego mamá le dará un beso de buenas noches a papá, y se irán a sus habitaciones, y dormirán durante toda la noche. No habrá llamadas de la Clave que los saquen a media noche para luchar contra demonios en la oscuridad. No habrá nadie que deje manchas de sangre por la casa. Nadie perderá un brazo o un ojo ante un licántropo, o tendrá que atragantarse con agua bendita porque un vampiro le ha atacado.

«Dios santo», pensó Tessa.

Como si Jessamine pudiera leerle los pensamientos, su rostro se convirtió en una mueca.

—Cuando nuestra casa ardió, no tenía adonde ir. No era que nuestros parientes pudieran acogerme; todos los parientes de mamá y papá eran cazadores de sombras y no hablaban con ellos desde que habían roto con la Clave. Henry fue quien me hizo esa sombrilla. ¿Lo sabías? Pensé que era bonita hasta que me dijo que la tela está bordeada de electrum, tan afilada como una cuchilla. Siempre se pretendió que fuera una arma.

—Nos has salvado —afirmó Tessa—. Hoy, en el parque. Yo no puedo luchar. Si no hubieras hecho lo que hiciste...

—No debería haberlo hecho. —Jessamine miró hacia la casa de muñecas con los ojos vacíos—. No viviré esta vida, Tessa. No la quiero. No me importa lo que tenga que hacer. No viviré así. Prefiero morir.

Asustada, Tessa iba a pedirle que no dijera esas cosas cuando la puerta se abrió. Era Sophie, con su cofia blanca y su pulcro vestido negro. Miró a Jessamine con una mirada de inquietud.

—Señorita Tessa —dijo—. El señor Branwell desea verla en su estudio. Dice que es importante.

Tessa se volvió hacia Jessamine para preguntarle si estaría bien, pero el rostro de la joven se había cerrado como una puerta. Ya no quedaba ni vulnerabilidad ni rabia; la máscara fría había vuelto.

—Ve, si Henry te llama —dijo—. Ya estoy cansada de ti, y creo que me está empezando a doler la cabeza. Sophie, cuando vuelvas, quiero que me masajees las sienes con agua de colonia.

Sophie miró a Tessa a los ojos desde la otra punta del dormitorio con algo parecido a la diversión.

—Como desee, señorita Jessamine.

## LA CHICA MECÁNICA

Pero indefensas piezas del Juego que Él Juega  
sobre su tablero de cuadros de Noches y Días  
aquí y allí mueve, acorrala y da muerte.

EDWARD FITZGERALD, *El Rubaiyat de Omar Khayyam*

Había oscurecido en el exterior del Instituto, y el farol de Sophie lanzaba extrañas sombras danzantes sobre las paredes mientras guiaba a Tessa un tramo de escalera tras otro. Las paredes eran ásperas, y los ventanucos situados en ellas a intervalos fueron dando paso finalmente a una negrura que parecía indicar que habían descendido por debajo de la superficie de tierra.

—Sophie —llamó Tessa finalmente, con los nervios a flor de piel por la oscuridad y el silencio—, ¿por casualidad estamos yendo a la cripta de la iglesia?

Sophie soltó una risita, y la luz del farol fue saltando por las paredes.

—Solía ser la cripta, antes de que el señor Branwell la arreglase para convertirla en su laboratorio. Siempre está aquí abajo, trasteando con sus juguetes y sus experimentos. Vuelve medio loca a la señora Branwell.

—¿En qué trabaja? —Tessa casi tropezó con un escalón irregular, y tuvo que apoyarse en la pared para estabilizarse. Sophie no pareció darse cuenta.

—En todo tipo de cosas —contestó Sophie, y su voz resonó extraña entre las paredes—. Inventa armas nuevas y protecciones para los cazadores de sombras. Le encantan los relojes y los mecanismos y todas esas cosas. La señora Branwell a veces dice que cree que la querría más si hiciera tictac como un reloj. —Se rió.

—Parece —comentó Tessa— que aprecias al señor y a la señora Branwell.

Sophie no contestó, pero la orgullosa pose de su espalda pareció tensarse un poco más.

—Al menos parece apreciarlos más que a Will —dijo Tessa, esperando relajar el ánimo de la otra chica con un poco de humor.

—Él. —El desprecio se percibía con claridad en la voz de Sophie—. El es... Bueno, es de los malos, ¿no? Me recuerda al hijo de mi último señor. Era tan orgulloso como el señor Herondale. Y lo que quería, lo tenía, desde el día en que nació. Y si no lo tenía, bueno, entonces... —Casi sin darse cuenta, se llevó la mano al lado de la cara donde la cicatriz le iba desde la boca hasta la sien.

—Entonces, ¿qué?

Pero Sophie ya había recuperado sus bruscas maneras.

—Entonces se cogía un berrinche, eso es todo. —Se pasó el resplandeciente farol de una mano a la otra y miró hacia la sombría oscuridad—. Tenga cuidado, señorita. Hacia el final, esta escalera es de lo más húmeda y resbaladiza.

Tessa se acercó más a la pared. Notó la piedra fría bajo la mano.

—¿Crees que es sólo porque Will es un cazador de sombras? —preguntó Tessa—. Y son... Bueno, se creen bastante superiores al resto, ¿no? Jessamine también...

—Pero el señor Carstairs no es así. No es como los demás. Y tampoco lo son el señor y la señora Branwell.

Antes de que pudiera decir nada más, se detuvieron bruscamente al pie de la escalera. Había una pesada puerta de roble con una rejilla; a través de ella, Tessa sólo pudo ver sombras. Sophie agarró una ancha barra de hierro que cruzaba la puerta y tiró de ella hacia abajo con fuerza.

La puerta se abrió de par en par hacia un espacio con una brillante iluminación. Tessa entró en la sala con los ojos muy abiertos; sin duda había sido la cripta de la iglesia que se alzaba originalmente en ese lugar. Anchos pilares sujetaban un techo que se perdía en la oscuridad. El suelo estaba formado por grandes losas de piedra oscurecidas por el tiempo; algunas tenían palabras grabadas, y Tessa supuso que se hallaba sobre las lápidas, y los huesos, de quienes habían sido enterrados en la cripta. No había ventanas, pero la brillante iluminación blanca que Tessa ya sabía que provenía de la piedra mágica se derramaba desde los soportes clavados a los pilares.

En el centro de la sala había muchas mesas de madera, cubiertas de todo tipo de objetos mecánicos: ruedas y engranajes de brillante latón y hierro; largas tiras de hilo de cobre; grandes recipientes de vidrio llenos de líquidos de colores diferentes, algunos de ellos lanzando al aire volutas de humo u olores amargos. El aire tenía un olor metálico y penetrante, como el que precede a una tormenta. Una de las mesas estaba totalmente cubierta con una mezcla de armas, y las hojas resplandecían bajo la luz de la piedra mágica. Había una especie de traje a medio terminar que parecía hecho de metal a finas escamas; colgaba de una estructura de alambre junto a la gran mesa de piedra cuya superficie abultada quedaba oculta por varias gruesas mantas de lana.

Detrás de aquella mesa estaba Henry, y a su lado, Charlotte. Henry le estaba mostrando a su esposa algo que tenía en la mano —una rueda de cobre, quizá un engranaje—, y le hablaba en voz baja. Henry llevaba una amplia camisa de lona sobre la ropa, como la bata de un pescador, manchada de tierra y de un fluido oscuro. De todas formas, lo que a Tessa más le sorprendió de él fue la seguridad con la que hablaba con Charlotte. No había nada en él de su habitual timidez. Se le oía confiado y directo, y cuando alzó los ojos castaños para mirar a Tessa, su mirada fue clara y directa.

—¡Señorita Gray! Así que Sophie la ha guiado hasta aquí, ¿eh? Bien por ella.

—Eh, sí... me... —comenzó Tessa, mirando a su espalda, pero Sophie ya no estaba allí. Al llegar a la puerta había dado media vuelta y se había ido en silencio escalera arriba. Tessa se sintió tonta por no haberlo notado—. Sí, me ha traído hasta aquí —dijo por fin—. Me ha dicho que usted quería verme.

—Sin duda —repuso Henry—. Necesitamos que nos ayude con algo. ¿Podría venir aquí un momento?

Le hizo un gesto para que se acercara a donde estaban ellos junto a la mesa. Mientras Tessa iba hacia allí, vio que Charlotte tenía el rostro tenso y pálido y los ojos ensombrecidos. Miró a Tessa, se mordió el labio y luego bajó la vista hacia la mesa, donde la manta con bultos... se movió.

Tessa parpadeó. ¿Habría sido imaginación suya? Pero no, había habido un ligero movimiento... y al estar más cerca, vio que lo que había sobre la mesa no eran mantas amontonadas, sino una manta que cubría algo, algo de aproximadamente el tamaño y la forma de un cuerpo humano. Se detuvo de golpe, mientras Henry cogía una esquina de la manta y la apartaba, dejando al descubierto lo que había debajo.

Tessa se sintió mareada de repente, y fue a sujetarse en el extremo de la mesa.

—¡Miranda!

La chica muerta yacía boca arriba sobre la mesa, con los brazos abiertos a los lados y el lacio cabello castaño alrededor de los hombros. Los ojos que tan nerviosa habían puesto a Tessa, aquellos ojos saltones de intenso azul, no estaban. Sólo quedaban unas oscuras órbitas vacías en el blanco rostro. Habían cortado el vestido barato por delante, dejándole el pecho al descubierto. Tessa hizo una mueca y apartó la mirada, y luego volvió a mirar en seguida, sin poder creérselo. Porque no había piel desnuda, ni sangre, a pesar de que el tórax de Miranda estaba abierto y la piel echada a los lados en ambas partes como la piel de una naranja. Bajo la grotesca mutilación relucía el brillo de... ¿metal?

Tessa se fue acercando hasta que quedó frente a Henry ante la mesa donde yacía Miranda. En lugar de sangre, carne cortada y mutilación, sólo había dos capas de piel doblada hacia atrás, y bajo ellas un caparazón de metal. Láminas de cobre, encajadas de formas intrincadas, formaban el pecho y bajaban suavemente hasta una especie de jaula articulada de cobre y latón flexible que era la cintura de Miranda. Un cuadrado de cobre, más o menos del tamaño de la palma de Tessa, faltaba en el centro del pecho de la chica muerta, y mostraba un espacio vacío.

—Tessa. —La voz de Charlotte era firme, aunque suave—. Will y Jem han encontrado esta... este cuerpo en la casa donde te retenían. La casa estaba totalmente vacía excepto por ella; la habían dejado en una habitación, sola.

Tessa, aún fascinada, asintió.

—Miranda, la criada de las hermanas.

—¿Sabes algo sobre ella? ¿Quién puede ser? ¿Su historia?

—No, no. Pensaba... Quiero decir, casi nunca hablaba, y sólo repetía cosas que las hermanas habían dicho.

Henry curvó el dedo sobre el labio inferior de Miranda y le abrió la boca.

—Tiene una lengua de metal rudimentaria, pero la boca no se construyó con intención de que pudiera hablar, o comer. No tiene garganta, y supongo que tampoco estómago. La boca acaba en una lámina de metal tras los dientes. —La volvió de lado a lado, entrecerrando los ojos con concentración.

—Pero ¿qué es? —preguntó Tessa—. ¿Una especie de subterránea, o un demonio?

—No. —Henry soltó la mandíbula de Miranda—. No es exactamente una criatura viviente. Es un autómata. Una criatura mecánica, hecha para moverse como se mueven los seres humanos y tener su mismo aspecto. Leonardo da Vinci diseñó uno. Lo puedes encontrar entre sus dibujos... Una criatura mecánica que pudiera sentarse, caminar y volver la cabeza. Fue el primero en sugerir que los seres humanos sólo son máquinas complejas, que nuestras entrañas son como engranajes y pistones y levas hechas de músculo y carne. Entonces, ¿por qué no reemplazarlas con cobre y hierro? ¿Por qué no se podría «fabricar» una persona? Pero esto, Jaquet Droz y Maillardet no lo habrían soñado siquiera. Un auténtico autómata biomecánico, con movimiento y dirección autónomos, envuelto en carne humana. — Los ojos le brillaron—. Es hermoso.

—Henry. —La voz de Charlotte era tensa—. Esa carne que estás admirando proviene de alguna parte.

Henry se pasó el dorso de la mano por la frente, y la luz murió en sus ojos.

—Sí... aquellos cadáveres en el sótano.

—Los hermanos silenciosos los han examinado. A la mayoría les faltan órganos: corazones, hígados. A algunos también les faltan huesos y cartílago, incluso pelo. Sólo nos cabe suponer que las Hermanas Oscuras estaban recolectando esas partes humanas para crear sus criaturas mecánicas. Criaturas como Miranda.



—Y el cochero —añadió Tessa—. Creo que también lo era. Pero ¿por qué haría alguien algo así?

—Y hay más —continuó Charlotte—. Las herramientas mecánicas del sótano de las Hermanas Oscuras estaban fabricadas por Mortmain y Compañía. La empresa para la que trabajaba tu hermano.

—¡Mortmain! —Tessa apartó la mirada de la chica de la mesa—. Habéis ido a verlo, ¿verdad? ¿Qué os ha dicho de Nate?

Charlotte vaciló un momento, mirando a Henry. Tessa conocía ya esa mirada. Era el tipo de mirada que la gente intercambiaba cuando estaban preparándose para unirse en una mentira. El tipo de mirada que Nathaniel y ella habían intercambiado, una vez, cuando le habían ocultado algo a la tía Harriet.

—Me estáis ocultando algo —dijo Tessa con seguridad—. ¿Dónde está mi hermano? ¿Qué sabe Mortmain?

Charlotte suspiró.

—Mortmain está muy involucrado en el submundo de lo oculto. Es miembro del Club Pandemónium, que al parecer está dirigido por subterráneos.

—Pero ¿qué tiene eso que ver con mi hermano?

—Tu hermano se enteró de la existencia del club y le fascinó. Fue a trabajar para un vampiro llamado De Quincey. Un subterráneo muy influyente. Al parecer, De Quincey es el presidente del Club Pandemónium. —Charlotte parecía amargamente disgustada—. Y por lo visto, ese cargo tiene un título especial.

De repente, Tessa sintió que todo le daba vueltas y se apoyó en el borde de la mesa.

—¿Él es el Magíster?

Charlotte miró a Henry, que tenía la mano dentro del panel del pecho de la criatura. Sacó algo: un corazón humano, rojo y carnoso, pero duro y brillante como si lo hubieran lacado. Lo habían sujetado con hilo de cobre y plata. A cortos intervalos regulares daba una débil sacudida. De alguna manera seguía latiendo.

—¿Te gustaría cogerlo? —preguntó Henry a Tessa—. Debes tener cuidado. Esos tubos de cobre recorren toda la criatura, llevando aceite y otros líquidos inflamables. Aún no los he identificado todos.

Tessa negó con la cabeza.

—Muy bien. —Henry pareció decepcionado—. Hay algo que deseo que veas. Si miras por aquí... —Con cuidado, dio la vuelta al corazón entre sus largos dedos, y mostró un plano panel de metal en el lado opuesto. El panel tenía un sello estampado: una Q grande con una D pequeña dentro.

—La marca de De Quincey —exclamó Charlotte. Se puso muy seria—. La he visto antes, en cartas de él. Siempre ha sido aliado de la Clave, o eso pensaba. Estuvo allí cuando se firmaron los Acuerdos. Es un hombre muy poderoso. Controla a todos los Hijos de la Noche de la parte oeste de la ciudad. Mortmain dice que De Quincey le compró piezas mecánicas, y todo esto cuadra. Al parecer, no eras lo único en la casa de las Hermanas Oscuras que estaban preparando para que usara el Magíster. Esas criaturas mecánicas también.

—Si ese vampiro es el Magíster —intervino Tessa hablando muy despacio—, entonces es él quien hizo que las Hermanas Oscuras me capturasen, y es quien obligó a Nate a escribirme aquella carta. Él debe de saber dónde está mi hermano.

Charlotte casi sonrió.

—Eres de ideas fijas, ¿verdad?

—No creáis que no me interesa saber lo que el Magíster quiere de mí —repuso Tessa en un tono seco—. Por qué hizo que me capturasen y me entrenaran. Y cómo sabía él que yo tenía mi... mi

habilidad. Y no penséis que no me gustaría vengarme si pudiera. —Inspiró con un escalofrío—. Pero mi hermano es todo lo que tengo. Debo encontrarlo.

—Nosotros lo encontraremos, Tessa —le aseguro Charlotte muy seria—. De alguna manera, todo esto: las Hermanas Oscuras, tu hermano, tu propia habilidad y la implicación con De Quincey, encaja como un rompecabezas. Sólo que aún no hemos encontrado todas las piezas.

—Y debo decir que espero que las encontremos pronto —intervino Henry, mirando tristemente el cuerpo que yacía sobre la mesa—. ¿Para qué querrá un vampiro un montón de criaturas mecánicas? Nada de esto tiene mucho sentido.

—Aún no —replicó Charlotte, y apretó el mentón, decidida—. Pero lo tendrá.

Henry se quedó en su laboratorio incluso después de que Charlotte anunciara que ya era hora más que suficiente de que subieran a cenar. Insistió en que iría en cinco minutos y las despidió ya pensando en otra cosa mientras su esposa meneaba la cabeza.

—El laboratorio de Henry... Nunca he visto nada igual —dijo Tessa a Charlotte cuando estaban a mitad de la escalera. Ella ya estaba jadeando, aunque Charlotte subía a un paso rítmico y resuelto, y parecía que no se cansara nunca.

—Sí —contestó la mujer con un deje de tristeza—. Henry se pasaría todo el día y toda la noche allí si se lo permitiera.

«Si se lo permitiera». Esas palabras sorprendieron a Tessa. Era el marido, ¿no?, el que decidía qué estaba permitido y qué no, y cómo debía ir su casa. La obligación de la esposa era obedecer sus deseos, y proveerlo de un refugio tranquilo y estable donde resguardarse del caos del mundo. Un lugar de retiro. Pero el Instituto no era eso, ni mucho menos. Era en parte un hogar, en parte un internado y en parte un puesto de batalla. Y fuera quien fuera quien estuviera a cargo de él, sin duda no era Henry.

Con una exclamación de sorpresa, Charlotte se detuvo de golpe en el escalón sobre el de Tessa.

—¡Jessamine! ¿Qué sucede?

Tessa miró hacia arriba. Jessamine estaba en lo alto de la escalera, enmarcada por el agujero de la puerta. Aún llevaba ropas de día, aunque el cabello, peinado en elaborados tirabuzones, ya lo tenía arreglado para la noche, sin duda por la siempre paciente Sophie. Su rostro mostraba una gran mueca de enfado.

—Es Will —contestó—. Está haciendo el ridículo en el comedor.

Charlotte parecía confusa.

—¿Y en qué se diferencia que sea ridículo en la biblioteca o en la sala de armas o en cualquiera de los otros lugares donde suele hacer el ridículo?

—Porque —contestó Jessamine, como si debiera resultar evidente— allí es donde tenemos que comer. —Se volvió y se alejó por el corredor, echando una mirada atrás para asegurarse de que Charlotte y Tessa la seguían.

Tessa no pudo evitar sonreír.

—Es un poco como si fueran tus hijos, ¿no es cierto?

Charlotte suspiró.

—Sí. Excepto por la parte que les exige que me quieran, supongo.

A Tessa no se le ocurrió nada que contestar a eso.

Como Charlotte insistió en que tenía que hacer algo en el salón antes de la cena, Tessa fue hasta el

comedor sola. Cuando llegó, muy orgullosa de no haberse perdido, se encontró a Will encima de uno de los aparadores, trasteando algo que estaba en el techo.

Jem estaba sentado y miraba a Will con una expresión dubitativa.

—Te servirá de escarmiento si lo rompes —dijo. Vio a Tessa e inclinó la cabeza—. Buenas noches, Tessa. —Sonrió, siguiéndole la mirada—. Algo no va bien con la lámpara de gas, y Will está tratando de repararlo.

Tessa no vio nada raro en la lámpara, pero antes de poder decir nada, Jessamine entró toda decidida en el comedor y le lanzó una mirada asesina a Will.

—¿Dime la verdad! ¿Es que no puedes dejar que Thomas se encargue de eso? Un caballero no tiene por qué...

—¿Es sangre eso que tienes en la manga, Jessie? —inquirió Will, mirando hacia abajo.

A Jessamine se le tensó el rostro. Sin decir nada más, se volvió y fue directa al fondo de la mesa, donde se dejó caer sobre una silla y miró fijamente al frente.

—¿Ha pasado algo cuando Jessamine y tú estabais fuera? —Éste era Jem, que parecía realmente preocupado. Mientras volvía la cabeza para mirar a Tessa, ésta le vio algo verde brillante en la base del cuello.

Jessamine miró a la muchacha, con una mirada casi de pánico.

—No —comenzó Tessa—. No ha sido nada...

—¿Lo logré! —Henry entró triunfalmente en la sala, blandiendo algo en la mano. Parecía un tubo de cobre con un botón negro a un lado—. Apuesto a que no creías que podría, ¿verdad?

Will dejó de esforzarse con la lámpara para mirar a Henry.

—Ninguno de nosotros tiene ni la menor idea de lo que estás diciendo. ¿Lo sabías?

—Finalmente he conseguido que mi Fosfor se encienda. —Henry agitó orgullosamente el objeto—. Funciona con el mismo principio que la luz mágica, pero es cinco veces más potente. Sólo presiona el botón, y tendrás una intensidad de luz como nunca hubieras imaginado.

Se hizo el silencio.

—Entonces —dijo Will finalmente—, ¿es una luz mágica muy, muy brillante?

—Exactamente —contestó Henry orgulloso.

—¿Y crees que resulta útil? —inquirió Jem—. Después de todo, la luz mágica sólo es para iluminarnos. No es que sea peligroso...

—¿Espera a verlo! —replicó Henry. Alzó el objeto—. ¡Mira!

Will iba a poner una objeción, pero era demasiado tarde; Henry ya había presionado el botón. Hubo un cegador estallido de luz y un sonido como de aire al salir, y la sala se sumió en la oscuridad. Tessa soltó un gritito sorprendido, y Jem rió por lo bajo.

—¿Estoy ciego? —La voz de Will flotó en la oscuridad, marcada por el enfado—. No me gustará nada si me has cegado, Henry.

—No. —Henry parecía preocupado—. No, el Fosfor parece que... Bueno, parece que tendremos que apagar todas las luces de la sala.

—¿No se supone que tiene que hacer esto? —Jem se mostraba tranquilo, como siempre.

—Eeh —contestó Henry—, no.

Will masculló algo para sí. Tessa no pudo oírle bien, pero estaba segura de haber entendido las palabras «Henry» y «estúpido». Un momento después se oyó un fuerte choque.

—¡Will! —gritó alguien alarmado. Una luz brillante llenó la sala, y Tessa tuvo que parpadear

muchas veces. Charlotte estaba en el umbral; sujetaba una lámpara de luz mágica en alto con una mano, y Will yacía en el suelo a sus pies en medio de montones de los añicos de la vajilla del aparador—. ¿Se puede saber qué...?

—Estaba tratando de enderezar la lámpara de gas —contestó Will, molesto mientras se sentaba y se sacudía trozos de vajilla de la camisa.

—Lo podría haber hecho Thomas. Y ahora has roto la mitad de los platos.

—Tengo que agradecerérselo al idiota de tu marido. —Will se miró los pantalones—. Creo que me he roto algo. Me duele muchísimo.

—A mí me pareces entero —replicó Charlotte sin la menor compasión—. Levántate. Supongo que esta noche tendremos que cenar con la luz mágica.

Jessamine, al final de la mesa, soltó un bufido. Era el primer sonido que hacía desde que Will le había preguntado sobre la sangre en la chaqueta.

—Odio la luz mágica. Hace que mi tez se vea totalmente verde.

A pesar del verdor de Jessamine, Tessa encontró que le gustaba la luz mágica. Cubría todo con un difuso resplandor blanco y hacía que hasta los guisantes y las cebollas parecieran románticos y misteriosos. Mientras untaba un panecillo con un pesado cuchillo de plata, le vino a la cabeza el pequeño piso en Manhattan donde su hermano, su tía y ella habían comido sus escasas cenas en una sencilla mesa de madera bajo la luz de las velas. La tía Harriet siempre había mantenido todo escrupulosamente limpio, desde las cortinas de puntilla blanca hasta la reluciente tetera de calentar agua sobre el fogón. Siempre había dicho que cuanto menos tuviera alguien, más cuidado debía tener con todo ello. Tessa se preguntó si los cazadores de sombras serían cuidadosos con todo lo que tenían.

Charlotte y Henry estaban explicando lo que habían averiguado por medio de Mortmain; Jem y Will escuchaban atentamente, mientras Jessamine miraba aburrida por la ventana. Jem parecía especialmente interesado en la descripción de la casa de Mortmain, con sus artefactos de todas partes del mundo.

—Ya os lo dije —repuso—. Taipan. Todos se creen muy importantes. Por encima de la ley.

—Sí —coincidió Charlotte—. Tenía ese aire, como si estuviera acostumbrado a que le escucharan. Los hombres así suelen ser un objetivo fácil de los que quieren arrastrarlos al mundo de las sombras. Están acostumbrados a tener poder y esperan ganar más poder fácilmente y a poco coste. No tienen ni idea de lo alto que es el precio del poder en el mundo de los subterráneos. —Con el ceño fruncido, se volvió hacia Will y Jessamine, que parecían estar discutiendo sobre algo en tono cortante—. ¿Qué os pasa a vosotros dos?

Tessa aprovechó la oportunidad para volverse hacia Jem, que estaba sentado a su derecha.

—Shanghái —dijo en voz baja—. Suena fascinante. Me gustaría poder viajar allí. Siempre he querido viajar.

Mientras Jem le sonreía, vio de nuevo ese brillo en el cuello. Era un medallón tallado de una piedra verde.

—Y ahora lo has hecho. Estás aquí, ¿no?

—Antes sólo había viajado en los libros. Sé que parece tonto, pero...

Jessamine los interrumpió dejando el tenedor con un golpe sobre la mesa.

—Charlotte —dijo con voz aguda—, haz que Will me deje en paz.

Will estaba apoyado en su silla, con los ojos azules reluciendo.

—Si explicara por qué tiene sangre en la blusa, la dejaría en paz. Déjame adivinar, Jessie. Te has encontrado a alguna pobre mujer en el parque que ha tenido la desgracia de llevar un vestido que no conjuntaba con el tuyo, así que le has rebanado el cuello con esa bonita sombrilla tuya. ¿He acertado?

Jessamine le enseñó los dientes.

—Estás diciendo tonterías.

—Es cierto, y lo sabes —intervino Charlotte.

—Quiero decir que iba de azul. El azul va con todo —continuó Jessamine—. Deberías saberlo. Eres lo suficientemente vanidoso con tu propia ropa.

—El azul no va con todo —le dijo Will—. No va con el rojo, por ejemplo.

—Yo tengo un chaleco a rayas rojas y azules —soltó Henry, mientras cogía los guisantes.

—Y si eso no es prueba suficiente de que esos dos colores nunca deberían verse juntos, no sé qué lo será.

—Will —exclamó Charlotte secamente—. No le hables a Henry así. Henry...

Henry alzó la cabeza.

—¿Sí?

Charlotte suspiró.

—Estás poniendo guisantes en el plato de Jessamine. Presta atención, cariño.

Cuando Henry miró hacia abajo, sorprendido, la puerta del comedor se abrió y Sophie entró. Tenía la cabeza gacha y el oscuro cabello brillante. Mientras se inclinaba para hablarle en voz baja a Charlotte, la luz mágica le produjo un duro brillo sobre el rostro, y la cicatriz le resaltó plateada sobre la piel.

Charlotte puso una expresión de alivio. Un momento después se había alzado y salía a toda prisa de la habitación, y sólo paró un instante para tocar a Henry suavemente en el hombro al pasar.

Jessamine abrió los ojos, sorprendida.

—¿Adónde va?

Will miró a Sophie, deslizando la mirada sobre ella de esa manera que Tessa sabía que era como si le acariciara la piel.

—Eso, Sophie, querida. ¿Adónde ha ido?

Sophie le lanzó una mirada envenenada.

—Si la señora Branwell quisiera que ustedes lo supieran, estoy segura de que se lo habría dicho —replicó ella, y corrió detrás de su señora.

Henry, que ya había dejado los guisantes, trató de sonreír con simpatía.

—Bueno —dijo—, ¿de qué estábamos hablando?

—Nada de eso —replicó Will—. Queremos saber adónde ha ido Charlotte. ¿Ha pasado algo?

—No —contestó Henry—. Es decir, creo que no... —Miró por la sala, vio cuatro pares de ojos fijos en él y suspiró—. Charlotte no siempre me dice lo que hace. Ya lo sabéis. —Esbozó una sonrisa casi de dolor—. No la puedo culpar, la verdad. No puede contar con que yo sea sensato.

Tessa deseó poder decir algo que reconfortara a Henry. Algo sobre que le recordaba a Nate cuando era más joven, despistado, torpe y vulnerable. Instintivamente, puso la mano sobre el ángel que llevaba al cuello en busca del confort que le daba su constante tictac.

Henry la miró.

—El objeto de relojería que llevas al cuello... ¿lo podría ver un momento?

Tessa vaciló, luego asintió. Después de todo, sólo era Henry. Abrió el cierre de la cadena, sacó el

colgante y se lo pasó.

—Este objeto es de lo más interesante —comentó, mientras lo volvía en la mano—. ¿De dónde lo has sacado?

—Era de mi madre.

—Como una especie de talismán. —Henry alzó la mirada—. ¿Te importaría que lo examinara en el laboratorio?

—Oh. —Tessa no pudo ocultar su inquietud—. Pero has de tener mucho cuidado con él. Es todo lo que conservo de mi madre. Si se rompiera...

—Henry no lo romperá ni lo estropeará —la tranquilizó Jessamine—. Es muy bueno con ese tipo de cosas.

—Es cierto —dijo Henry, tan modesto y tan natural al respecto que no resultó una afirmación vanidosa en absoluto—. Te lo devolveré en perfectas condiciones.

—Bueno... —Tessa vacilaba.

—No veo a qué viene tanto problema —soltó Jessamine, que parecía aburrida con la conversación—. No es como si tuviera diamantes.

—Hay gente que valora los sentimientos por encima de los diamantes, Jessamine. —Era Charlotte desde la puerta. Parecía preocupada—. Hay alguien que quiere hablar contigo, Tessa.

—¿Conmigo? —preguntó Tessa, olvidando por un momento el ángel mecánico.

Charlotte suspiró.

—Es lady Belcourt. Está abajo. En la habitación del Santuario.

—¿Ahora? —Will frunció el ceño—. ¿Ha pasado algo?

—La he llamado yo —explicó Charlotte—. Antes de la cena. Tiene que ver con De Quincey. Esperaba que ella tuviera alguna información, y así es, pero insiste en ver a Tessa primero. Al parecer, a pesar de todas nuestras precauciones, los rumores sobre Tessa se han filtrado en el mundo subterráneo, y lady Belcourt está... interesada.

Tessa dejó el tenedor haciendo ruido.

—¿Interesada en qué? —Miró alrededor de la mesa y se fijó en que cuatro pares de ojos estaban ahora fijos en ella—. ¿Quién es lady Belcourt? —Al ver que nadie contestaba, se volvió hacia Jem, como si fuera el que probablemente le contestara—. ¿Es una cazadora de sombras?

—Es una vampira —contestó Jem—. Una informadora vampiro, para ser exactos. Da información a Charlotte y nos mantiene al corriente de lo que pasa en la comunidad de la Noche.

—No tienes que hablar con ella si no quieres, Tessa —dijo Charlotte—. Puedo decirle que se marche.

—No. —Tessa apartó su plato—. Si está bien informada sobre De Quincey, quizá también sepa algo de Nate. No puedo arriesgarme a que se vaya si es posible que tenga información. Iré.

—¿Ni siquiera quieres saber qué quiere de ti? —preguntó Will.

Tessa lo miró lentamente. La luz mágica hacía que su piel pareciera más pálida, los ojos de un azul más intenso. Era del color del agua del Atlántico Norte, donde el hielo flotaba sobre la superficie azul oscura como nieve enganchada al negro vidrio de una ventana.

—Aparte de las Hermanas Oscuras, nunca he conocido a otro subterráneo —repuso—. Creo... que me gustaría hacerlo.

—Tessa... —comenzó Jem, pero ella ya estaba de pie.

Sin mirar a nadie de la mesa, salió rápidamente del comedor detrás de Charlotte.

## 8

### CAMILLE

Los frutos caen y el amor muere y el tiempo varía;  
un aliento perpetuo os alimenta,  
y viva después de infinitos cambios,  
y fresca por los besos de la muerte;  
de languideces reencendidas y recobradas,  
de delicias baldías e impuras,  
de lo monstruoso e infecundo, una pálida  
y venenosa reina.

ALGERNON CHARLES SWINBURNE, *Dolores*

Tessa estaba sólo a mitad del pasillo cuando la alcanzaron; Will y Jem se pusieron uno a cada lado de ella.

—No creerías que ibas a ir sola, ¿verdad? —preguntó Will, mientras alzaba la mano y dejaba que la luz mágica le brillara entre los dedos, iluminando el pasillo como si fuera de día.

Charlotte, que se apresuraba por delante de ellos, se volvió con el ceño fruncido, pero no dijo nada.

—Ya sé que tú te entrometes en todo —replicó Tessa sin apartar la mirada del frente—. Pero tenía mejor opinión de Jem.

—A donde va Will, ahí voy yo —repuso Jem afablemente—. Y además, siento tanta curiosidad como él.

—Eso no parece algo de lo que alardear. ¿Adónde vamos? —añadió Tessa, sorprendida, cuando alcanzaron el final del pasillo. El corredor se extendía tras ellos entre sombras desalentadoras—. ¿Nos hemos equivocado al torcer?

—La paciencia es una virtud, señorita Gray —contestó Will.

Habían llegado a un largo pasillo con una brusca pendiente hacia abajo. Las paredes carecían de tapices o antorchas, y en la penumbra, Tessa comprendió por qué Will había llevado consigo la luz mágica.

—Este pasillo lleva a nuestro Santuario —explicó Charlotte—. Es la sala más segura del Instituto; aunque todo el edificio se derrumbara o ardiera a nuestro alrededor, esa sala permanecería en pie. También es el lugar donde nos reunimos con aquellos que, por la razón que sea, no pueden pisar tierra consagrada. Los que están malditos. Y los vampiros.

—¿Es una maldición? Ser un vampiro, me refiero —preguntó Tessa.

Charlotte negó con la cabeza.

—No. Creemos que es una especie de enfermedad demoníaca. La mayoría de las enfermedades que afectan a los demonios no se transmiten a los seres humanos, pero en algunos casos, raramente, la enfermedad puede contagiarse a través de un mordisco o un arañazo. Vampirismo. Licantropía...

—Viruela demoníaca —añadió Will.

—Will, sabes que no existe la viruela demoníaca —replicó Charlotte—. Bien, ¿por dónde iba?

—Ser vampiro no es una maldición sino una enfermedad —resumió Tessa—. Pero aun así no pueden pisar suelo consagrado, ¿es eso? ¿Significa que están condenados?

—Eso depende de tus creencias —contestó Jem—. Y de si crees en la condenación o no.

—Pero tú cazas demonios. ¡Debes de creer en la condenación!

—Creo en el bien y en el mal —replicó Jem—. Y creo que el alma es eterna. Pero no creo en las llamas del infierno, los tridentes y el tormento eterno. No creo que se pueda conseguir que la gente sea buena a base de amenazas.

Tessa miró a Will.

—Y tú ¿qué? ¿En qué crees?

—*Pulvis et umbra sumus* —respondió Will sin mirarla siquiera—. Creo que somos polvo y sombras. ¿Acaso hay algo más?

—Creas en lo que creas, por favor, no le sugieras a lady Belcourt que piensas que está condenada —intervino Charlotte. Habían llegado al final del pasillo y se habían detenido ante una alta puerta doble de hierro, cuyas hojas estaban grabadas con unos curiosos símbolos que parecían dos pares de ces encaradas. Se volvió y miró a los tres compañeros—. Se ha ofrecido muy amablemente a ayudarnos, y no tendría sentido insultarla así. Eso va especialmente por ti, Will. Si no eres capaz de ser cortés, te echaré del Santuario. Jem, confío en que seas tan encantador como siempre. Tessa... —Charlotte volvió sus serios ojos amables hacia Tessa—. Intenta no asustarte.

Sacó una llave de hierro de un bolsillo del vestido y la introdujo en la cerradura de la puerta. El cuerpo de la llave tenía la forma de un ángel con las alas extendidas; las alas centellearon una vez, brevemente, mientras Charlotte giraba la llave y la puerta se abría.

La sala era como la cámara del tesoro. No había ventanas, y la única puerta era aquella por la que habían entrado. Enormes columnas de piedra sostenían un techo en sombras al que casi no alcanzaba la luz de una hilera de candelabros encendidos. Los pilares estaban tallados por todas partes con lazos, volutas y runas que formaban intrincados dibujos capaces de engañar al ojo. Gigantescos tapices colgaban de las paredes, todos cruzados por la forma de una única runa. También había un gran espejo con marco dorado, que brindaba a la sala una mayor sensación de amplitud. Una enorme fuente de base circular se erguía en medio de la estancia. En su centro se hallaba un ángel con las alas plegadas. Torrentes de lágrimas le manaban de los ojos y caían dentro de la fuente.

Justo al lado, entre dos grandes columnas, había un grupo de sillas tapizadas de terciopelo negro. La mujer que ocupaba la más grande era delgada y majestuosa. Su sombrero estaba inclinado hacia adelante y ostentaba en lo alto una enorme pluma en equilibrio. Su vestido era de un elegante terciopelo rojo y el estrecho corpiño henchía con gracia su blanquísima piel, pese a lo cual el pecho ni se alzaba ni bajaba por efecto de respiración alguna. Una sarta de rubís le rodeaba el cuello como una cicatriz. Su cabello era espeso, de un rubio pálido, recogido en delicados tirabuzones sobre la nuca; los ojos eran de un verde luminoso y brillaban como los de un gato.

Tessa se quedó sin aliento al descubrir que los subterráneos podían ser tan hermosos.

—Atenúa tu luz mágica, Will —ordenó Charlotte en voz baja antes de apresurarse a saludar a la invitada—. Qué amable por su parte esperarnos, baronesa. Confío en que haya encontrado el Santuario lo suficientemente confortable para su gusto.

—Como siempre, Charlotte. —Lady Belcourt no disimuló su aburrimiento.

—Lady Belcourt, permítame presentarle a la señorita Theresa Gray. —Charlotte le hizo un gesto a Tessa, que, sin saber qué otra cosa hacer, inclinó la cabeza con corrección mientras seguía tratando de



recordar el modo de dirigirse a una baronesa. Le parecía que tenía que ver con si estaban casadas con un barón o no, pero no lo recordaba exactamente—. A su lado está el señor James Carstairs, uno de nuestros jóvenes cazadores de sombras, y con él está...

Pero los ojos verdes de lady Belcourt ya estaban sobre Will.

—Will Herondale —se anticipó, y esgrimió una sonrisa. Tessa se tensó, sin embargo los dientes de la vampira parecían totalmente normales; nada de puntiagudos incisivos—. Qué curioso que vengas a saludarme.

—¿Se conocen? —Charlotte parecía anonadada.

—William me ganó veinte libras a las cartas —contestó lady Belcourt, y su verde mirada permaneció sobre Will de una manera que a Tessa le erizó el vello de la nuca—. Hace unas semanas, en una casa de juego de los subterráneos dirigida por el Club Pandemónium.

—¿En serio? —Charlotte miró a Will, que se limitó a encogerse de hombros.

—Era parte de la investigación. Fui disfrazado como si fuera un mundano estúpido que había ido allí a disfrutar del vicio —explicó Will—. Hubiera sido sospechoso que me hubiera negado a jugar.

Charlotte alzó la barbilla.

—De todas formas, Will, ese dinero que ganaste forma parte de las pruebas. Deberías habérselo entregado a la Clave.

—Me lo gasté en ginebra.

—¡Will!

—El vicio es una dura responsabilidad.

—Pues parece muy capaz de soportarla —observó Jem, con un destello de burla en sus ojos plateados. Charlotte levantó las manos.

—Ya me encargaré de ti después, Will. Lady Belcourt, ¿debo entender que también es usted miembro del Club Pandemónium?

Lady Belcourt puso cara de asco.

—Por supuesto que no. Estaba en el garito aquella noche porque un brujo amigo mío confiaba en ganar algo de dinero fácil con las cartas. Las actividades del club están abiertas a la mayoría de los subterráneos. A los miembros les gusta que aparezcamos por allí; impresiona a los mundanos y les relaja el bolsillo. Sé que los que dirigen el club son subterráneos, pero nunca seré uno de ellos. Todo ese asunto me parece tan falto de clase...

—De Quincey, en cambio, sí es miembro del club, parece ser —repuso Charlotte, y tras sus grandes ojos castaños, Tessa pudo ver la luz de una potente inteligencia—. Lo cierto es que me han informado de que es él quien preside la organización. ¿Lo sabía?

Lady Belcourt negó con la cabeza, y era evidente que esa información no le interesaba en absoluto.

—De Quincey y yo fuimos íntimos hace años, pero ya no, y le he expresado claramente mi falta de interés por el club. Supongo que sí, es posible que él sea el presidente del club; es una organización ridícula, pero sin duda muy lucrativa. —Se inclinó hacia adelante, mientras cerraba sus delgadas manos enguantadas sobre el regazo. Había algo extrañamente fascinante en cada uno de sus movimientos, incluso en los más insignificantes. Tenían una curiosa gracia animal. Era como observar a un gato deslizarse entre las sombras—. Lo primero que deben conocer sobre De Quincey —continuó— es que es el vampiro más peligroso de todo Londres. Se ha abierto camino hasta lo más alto del clan más poderoso de la ciudad, y cualquier vampiro que viva en Londres está sujeto a sus deseos. —Apretó los labios escarlata—. Además, deben comprender que De Quincey es viejo, incluso para ser como es un

Hijo de la Noche. Ha vivido la mayor parte de su vida antes de que se firmaran los Acuerdos, y los desprecia, y desprecia vivir bajo el yugo de la Ley. Y por encima de todo, odia a los nefilim.

Tessa vio que Jem se inclinaba hacia Will y le susurraba algo al oído. Éste esbozó una media sonrisa.

—Pero —soltó Will— ¿cómo puede alguien odiarnos cuando somos tan encantadores?

—Estoy segura de que ya sabes que la mayoría de los subterráneos no os tienen ningún aprecio.

—Pero De Quincey era nuestro aliado. —Charlotte calmó la inquietud de sus delgadas manos apoyándolas sobre el respaldo de una de las sillas de suave terciopelo—. Siempre ha cooperado con la Clave.

—Teatro. Le interesa cooperar con ustedes, así que lo hace. Pero le encantaría verlos a todos en lo más profundo del océano.

Charlotte había palidecido, pero se recuperó.

—¿Sabe algo sobre su relación con dos mujeres conocidas como las Hermanas Oscuras? ¿Sobre su interés por los autómatas... por ciertas criaturas mecánicas?

—Puag, las Hermanas Oscuras. —Lady Belcourt se estremeció—. Unas criaturas horribles y desagradables. Brujas, según creo. Trato de evitarlas. Se dice que proveían a los miembros del club que tenían gustos menos... refinados. Opio, prostitutas subterráneas, ese tipo de cosas.

—¿Y los autómatas?

Lady Belcourt agitó sus delicadas manos en un gesto de aburrimiento.

—Si De Quincey siente algún tipo de fascinación por las piezas de relojería, lo ignoro. De hecho, cuando se puso en contacto conmigo con relación a De Quincey, Charlotte, no tenía intención de ofrecerle ningún tipo de información. Una cosa es compartir unos cuantos secretos subterráneos con la Clave, y otra totalmente diferente es traicionar al vampiro más poderoso de todo Londres. Sólo cuando oí hablar de vuestra pequeña cambiante varié de opinión. —Sus verdes ojos se posaron en Tessa y sus rojos labios formaron una sonrisa—. Salta a la vista el parecido familiar.

Tessa se la quedó mirando.

—¿El parecido con quién?

—¿Con quién? Con Nathaniel, claro. Con su hermano.

Tessa se sintió como si le acabaran de tirar un cubo de agua helada por el cuello y hubiera despertado de golpe.

—¿Ha visto usted a mi hermano?

Lady Belcourt sonrió, la sonrisa de una mujer que sabe que tiene al público en la palma de la mano.

—Lo he visto en las fiestas de De Quincey —contestó—. Asistía a ellas regularmente. Parecía muy fascinado con De Quincey y su camarilla. Un joven encantador, su hermano. Bastante desventurado.

—Pero ¿está vivo? —preguntó Tessa—. ¿Lo ha visto vivo?

—Vivo, hará como unos quince días, sí. —Lady Belcourt hizo un gesto ondeante con la mano. Llevaba guantes escarlata, y parecía que hubiera sumergido sus manos en sangre—. Pero volvamos al tema —dijo—, estábamos hablando de De Quincey. Dígame, Charlotte, ¿sabía que celebra fiestas en su casa de Carleton Square?

Charlotte apartó las manos de la silla.

—Lo he oído mencionar.

—Por desgracia —intervino Will—, parece que no se le ha ocurrido invitarnos. O quizá es que nuestra invitación se ha perdido en el correo.

—En esas fiestas —continuó lady Belcourt—, se tortura y se mata a humanos. Tengo entendido que tiran los cadáveres al Támesis para que sean pasto de los carroñeros que habitan el río. ¿Sabían también ese dato?

Incluso Will pareció sorprendido.

—Pero la Ley prohíbe a los Hijos de la Noche asesinar a humanos...

—Y De Quincey desprecia la Ley. Lo hace tanto para burlarse de los nefilim como por disfrutar matando. Porque disfruta haciéndolo, no se engañen.

Charlotte apretaba los labios con rabia.

—¿Cuánto hace que dura eso, Camille?

Así que ése era su nombre, pensó Tessa: «Camille». Parecía un nombre de origen francés, quizá eso explicara su acento.

—Un año al menos. Quizá más. —El tono de la vampira era frío, indiferente.

—Y me lo dice ahora porque... —Charlotte parecía dolida.

—El precio por revelar los secretos del Señor de Londres es la muerte —contestó Camille, y la mirada se le oscureció—. Y no les habría servido de nada, por más que se lo hubiera dicho antes. De Quincey es uno de sus aliados. No tienen motivos ni excusa alguna para asaltar su casa como si fuera un vulgar criminal. No sin alguna prueba de que haya quebrantado la ley. Por lo que sé, esos nuevos Acuerdos establecen que los nefilim sólo pueden intervenir una vez hayan visto al vampiro dañar a un ser humano.

—Así es —confirmó Charlotte de mala gana—, pero si se nos hubiera permitido asistir a una de esas fiestas...

Camille soltó una breve carcajada.

—¿De Quincey nunca hubiera dejado que eso sucediera! En cuanto hubiera olido la presencia de un cazador de sombras, habría cerrado su casa a cal y canto. Nunca se les habría permitido entrar.

—Pero a usted sí —replicó Charlotte—, podría haber acudido con uno de nosotros...

La pluma del sombrero de Camille se agitó temblorosa mientras ella meneaba la cabeza.

—¿Y arriesgar mi propia vida?

—Bueno, tampoco es que estés precisamente viva, ¿no es cierto? —soltó Will.

—Valoro mi existencia tanto como tú la tuya, cazador de sombras —replicó lady Belcourt, entrecerrando los ojos—. Una lección que harás bien en aprender. No haría ningún daño a los nefilim dejar de pensar que todos los que no viven exactamente como ellos deben estar, por tanto, muertos.

Fue Jem quien habló entonces por primera vez desde que habían entrado en la sala.

—Lady Belcourt, si me permite que le pregunte... ¿Qué es exactamente lo que quiere de Tessa?

Entonces, Camille miró directamente a Tessa, y sus verdes ojos brillaron como esmeraldas.

—Puede disfrazarse de cualquiera, ¿es eso cierto? Un disfraz perfecto, dicen: aspecto, voz y gestos... Al menos, eso es lo que me han asegurado.

—Sí —contestó Tessa vacilante—. Así es. Me han dicho que el disfraz es idéntico. Yo no lo describiría como perfecto.

Camille la miró fijamente.

—Tendría que ser perfecto. Si fuera a disfrazarse de mí...

—¿De usted? —exclamó Charlotte—. Lady Belcourt, no veo...

—Yo sí lo veo —replicó Will inmediatamente—. Si Tessa se disfrazase de lady Belcourt, podría entrar en una de las fiestas de De Quincey. Lo vería quebrantando la Ley. Y entonces la Clave podría

actuar, sin violar los Acuerdos.

—Estás hecho todo un estratega, ¿eh? —Camille sonrió, mostrando sus blancos dientes una vez más.

—Eso nos proporcionaría también una oportunidad perfecta para registrar la residencia de De Quincey —añadió Jem—. Tal vez podamos averiguar algo sobre su nuevo interés por los autómatas. Si realmente ha estado asesinando a mundanos, no hay razón para no pensar que podría ser por algo más que por puro deporte. —Lanzó una significativa mirada a Charlotte, y Tessa supo que estaba pensando, al igual que ella, en los cadáveres del sótano de la Casa Oscura.

—Tendremos que buscar el modo de avisar a la Clave desde la residencia de De Quincey —pensó Will en voz alta, entusiasmado—. Quizá Henry pueda idear algo. Sería ideal contar con un plano de la distribución de la casa...

—Will —protestó Tessa—. Yo no...

—Y no irías sola, claro —continuó Will, impaciente—. Yo iré contigo. No dejaré que te pase nada.

—¡Will, no! —se opuso Charlotte—. ¿Tessa y tú solos en una casa llena de vampiros? Lo prohíbo.

—Entonces, ¿a quién enviarás con ella, sino a mí? —quiso saber Will—. Sabes que puedo protegerla, y sabes que soy el más idóneo...

—Podría ir yo, o Henry...

—Me temo que estoy de acuerdo con William —intervino Camille, que había asistido a la discusión con un aspecto entre aburrido y divertido—. En esas fiestas sólo se admite a los amigos íntimos de De Quincey, a los vampiros y a los siervos humanos de los vampiros. De Quincey ya ha visto a Will antes, haciéndose pasar por un mundano fascinado por lo oculto; no se sorprenderá de que se haya pasado a la servidumbre vampírica.

«Siervos humanos». Tessa había leído sobre ellos en el Códice: los siervos, o nocturnales, eran mundanos que habían jurado servir a un vampiro. Para el vampiro eran una fuente de compañía y alimento, y a cambio, ellos recibían pequeñas transfusiones de sangre vampírica de vez en cuando. Esa sangre los mantenía ligados a su amo y les aseguraba que, al morir, se transformarían en vampiros.

—Pero Will sólo tiene diecisiete años —protestó Charlotte.

—La mayoría de los siervos humanos son jóvenes —explicó Will—. A los vampiros les gusta adquirir a sus siervos cuando están en plena juventud: mayor belleza y menos posibilidades de enfermedades sanguíneas. Y viven un poco más, aunque no sea mucho. —Parecía satisfecho consigo mismo—. Ningún otro miembro del Enclave podría hacerse pasar convincentemente por un joven y atractivo siervo humano...

—Claro, porque los demás somos horribles, ¿no es eso? —preguntó Jem, burlándose—. ¿Es por eso que no puedo ser yo quien la acompañe?

—No —contestó Will—, tú ya sabes por qué no puedes hacerlo. —Lo dijo sin ninguna entonación, y Jem, después de observarlo durante un instante, se encogió de hombros y miró hacia otro lado.

—Todo esto no me convence nada —replicó Charlotte—. ¿Cuándo tendrá lugar la próxima fiesta, Camille?

—El sábado por la noche.

Charlotte respiró hondo.

—Deberé consultarlo con el Enclave antes de aceptar. Y tendremos que escuchar la opinión de Tessa; si ella no acepta voluntariamente...

Todos miraron a Tessa.

Ella se humedeció los labios, nerviosa.

—¿Cree —preguntó a lady Belcourt— que hay alguna posibilidad de que mi hermano se encuentre allí?

—No puedo asegurarlo. Pero es bastante probable. A Nathaniel Gray se le ha visto en muchas de las fiestas de De Quincey. Era muy popular.

Tessa sintió un escalofrío.

—¿Era uno... uno de esos siervos humanos?

—No —contestó Camille después de una pausa.

«Está mintiendo», pensó Tessa. Sintió náuseas.

—Lo haré —afirmó—. Pero quiero que se me prometa que si Nate está allí, lo sacaremos. Quiero asegurarme de que no se trata exclusivamente de capturar a De Quincey, sino que nuestro objetivo es también rescatar a Nate.

—¿Te has transformado alguna vez en un subterráneo? —inquirió Will—. ¿Sabes siquiera si eso es posible?

Tessa negó con la cabeza.

—Hasta ahora no. Pero... podría intentarlo. —Se dirigió a lady Belcourt—: ¿Puede dejarme algo suyo? Un anillo, o un pañuelo, quizá.

Camille se llevó las manos a la nuca, apartó los espesos rizos plateados que le reposaban sobre el cuello y se desabrochó el collar. Se lo tendió a Tessa, dejándolo colgar de los dedos.

—Tal vez te sirva esto.

Frunciendo el ceño, Jem se adelantó para coger el collar y se lo pasó a Tessa. Ella notó su peso mientras lo cogía. Era sólido, y el rubí central cuadrado, que colgaba con el tamaño de un huevo de pájaro, era frío al tacto, tan frío como si hubiera estado tendido sobre la nieve. Cerrar la mano alrededor de él fue como apretar un trozo de hielo. Tessa respiró hondo y cerró los ojos.

El cambio se produjo de un modo extraño, diferente a las otras ocasiones. La oscuridad se alzó rápidamente, rodeándola, y la luz que vio en la distancia era un frío resplandor plateado. El helor que manaba de esa luz era ardiente. Tessa atrajo la luz hacia sí, rodeándose de su fuego de hielo, penetrando hasta el núcleo. La luz se alzó en titilantes paredes blancas a su alrededor...

Entonces, sintió un dolor agudo, en el centro del pecho, y por un momento su visión se tornó roja, de un escarlata intenso: el color de la sangre. Todo cobró el color de la sangre, y comenzó a sentir pánico; luchó por liberarse y finalmente abrió los ojos.

Y de nuevo estaba en el Santuario, donde todos los demás la miraban. Camille sonreía ligeramente; los demás la contemplaban asombrados, aunque no tan patidifusos como habían quedado cuando había Cambiado en Jessamine.

Sin embargo, algo no marchaba bien. Había un gran vacío en su interior... No era dolor, sino la cavernosa sensación de que le faltaba algo. Tessa se atragantó, y un doloroso estremecimiento la recorrió. Tomó asiento en un sillón, con las manos contra el pecho. Temblaba de pies a cabeza.

—¿Tessa? —Jem se acucilló junto al sillón y le cogió la mano.

Ella se vio en el espejo que colgaba de la pared de enfrente, aunque, para ser exactos, vio la imagen de Camille, superpuesta a la suya, como siempre se mostraba el reflejo de su yo transformado. El vigoroso cabello claro de Camille, sin recoger, le caía sobre los hombros, y su pálida piel, aprisionada, se desbordaba por el corpiño del vestido de Tessa, que resultaba, con mucho, demasiado pequeño, hasta el punto de hacerla sonrojarse... si eso hubiera sido posible. Porque para sonrojarse

hacía falta tener sangre en las venas, y recordó, con un creciente terror, que los vampiros no respiraban, no sentían frío ni calor, y no poseían un corazón que les latiera en el pecho.

Así que ése era el vacío, la extrañeza que notaba. Su corazón estaba parado en el interior de su pecho, como algo muerto. Tragó aire en una especie de gemido, y se dio cuenta de que, aunque podía respirar, su nuevo cuerpo no lo quería ni lo necesitaba.

—Oh, Dios —susurró a Jem—. No... no me late el corazón. Me siento como si hubiera muerto. Jem...

El le acarició la mano, con suavidad, para tratar de relajarla, y la miró con sus ojos plateados. La expresión en ellos no había variado tras el Cambio de ella; la miraba igual que antes, como si todavía fuera Tessa Gray.

—Estás viva —la calmó, en una voz tan baja que sólo ella pudo oírlo—. Llevas una piel diferente, pero eres Tessa, y estás viva. ¿Sabes cómo lo sé?

Ella negó con la cabeza.

—Porque me has dicho la palabra «Dios». Ningún vampiro podría pronunciar esa palabra. —Apretó su mano—. Tu alma sigue siendo la misma.

Tessa cerró los ojos y permaneció quieta durante un momento, concentrándose en la presión de la mano de él sobre la suya, en la cálida piel de él contra la suya, que era fría como el hielo. Lentamente, el temblor que sacudía su cuerpo comenzó a apaciguarse; abrió los ojos y le dirigió a Jem una leve y vacilante sonrisa.

—Tessa —dijo Charlotte—. ¿Estás...? ¿Va todo bien?

Tessa apartó los ojos del rostro de Jem y miró a Charlotte, que la observaba con ansiedad. Will, que seguía junto a Charlotte, mostraba una expresión indescifrable.

—Tendrás que practicar un poco, la forma de moverte y el porte, si quieres convencer a De Quincey de que eres yo —dijo lady Belcourt—. Yo nunca me tiraría así en un sillón. —Inclinó la cabeza hacia un lado—. Aun así, una demostración impresionante. Alguien te ha entrenado bien.

Tessa pensó en las Hermanas Oscuras. ¿La habían entrenado bien? ¿Le habían hecho un favor, liberando ese poder latente en ella, a pesar de lo mucho que las odiara y lo odiara? ¿O habría sido mejor no haber sabido nunca que era diferente?

Lentamente, lo dejó ir, dejó que la piel de Camille se fuera de ella. Sintió como si estuviera emergiendo de una agua helada. Apretó la mano de Jem mientras el frío la recorría, de pies a cabeza, como una glacial cascada. Entonces, algo saltó dentro de su pecho. Como un pájaro que se hubiera quedado inmóvil y desmayado tras chocar contra una ventana, sólo para retomar fuerzas y alzarse del suelo para cortar el aire, súbitamente, su corazón comenzó a latir de nuevo. El aire llenó sus pulmones; Tessa soltó rápidamente a Jem y se llevó las manos al pecho, apretando los dedos contra la piel para sentir el suave ritmo que latía en su interior.

Miró al espejo. Volvía a ser ella: Tessa Gray, no una vampira milagrosamente bella. Sintió un gran alivio.

—Mi collar —dijo lady Belcourt, y extendió su delgada mano. Jem cogió el colgante de rubí para llevárselo a la vampira; al levantarlo, Tessa vio que tenía unas palabras grabadas en el aro de plata que sujetaba el rubí: *Amor verus moritur numquam*.

Miró a Will, sin saber muy bien por qué, y se encontró con que él también la estaba mirando. Rápidamente, ambos apartaron la mirada.

—Lady Belcourt —dijo Will—, ya que ninguno de nosotros ha estado nunca en casa de De

Quincey, ¿cree que sería posible conseguirnos un plano de la distribución, o al menos un dibujo de los jardines y salones?

—Te daré algo mejor. —Lady Belcourt alzó los brazos para ponerse el collar—. A Magnus Bane.

—¿El brujo? —Charlotte levantó las cejas.

—El mismo —repuso lady Belcourt—. Conoce la casa tan bien como yo, y a menudo lo invitan a las reuniones sociales de De Quincey. Aunque, como yo, ha evitado las fiestas en las que se cometen asesinatos.

—Muy noble por su parte —masculló Will.

—Se reunirá allí con vosotros y os guiará por la casa. Nadie se sorprenderá de veros juntos. Magnus Bane es mi amante.

A Tessa se le abrió la boca ligeramente. No era el tipo de cosas que las damas decían ante la gente educada, o más bien ante ningún tipo de gente. Pero ¿quizá todo aquello fuera diferente para los vampiros? Todos los demás parecían tan sorprendidos como ella, excepto Will, que, como de costumbre, parecía estar conteniendo para no echarse a reír.

—Qué bien —exclamó Charlotte finalmente, después de una pausa.

—Pues sí —repuso Camille, y se puso en pie—. Y ahora, si alguien es tan amable de acompañarme... Se está haciendo tarde, y no he comido aún.

—Will, Jem, ¿haréis el favor...? —dispuso Charlotte, que estaba mirando a Tessa con cara de preocupación.

Tessa miró a los dos chicos flanquear a Camille como los soldados que, comprendió, eran en realidad, y acompañarla al exterior. Antes de cruzar la puerta, la vampira volvió la cabeza hacia atrás. Sus dorados rizos le rozaron la mejilla mientras sonreía; era tan hermosa que Tessa notó una especie de punzada al mirarla, superando su instintiva aversión.

—Si haces esto —dijo Camille—, y tienes éxito, tanto si encuentras a tu hermano como si no, te puedo prometer, pequeña cambiante, que no te arrepentirás.

Tessa frunció el ceño, pero Camille ya había salido. Se había movido con tal rapidez que fue como si hubiera desaparecido entre dos latidos.

—¿Qué crees que ha querido decir con eso? —le preguntó a Charlotte—. ¿Con eso de que no me arrepentiré?

Charlotte negó con la cabeza.

—No lo sé. —Suspiró—. Me gustaría pensar que se refiere a que llevar a cabo una buena acción debería compensarte, pero se trata de Camille, así que...

—¿Todos los vampiros son como ella? —preguntó Tessa—. ¿Igual de fríos?

—Muchos llevan viviendo demasiado tiempo —contestó Charlotte tratando de ser diplomática—. No ven las cosas como nosotros.

Tessa se llevó los dedos a las doloridas sienes.

—No, es evidente que no.

De todo lo que le molestaba de los vampiros a Will (la forma en que se movían en silencio, el timbre bajo e inhumano de su voz...), lo peor era su olor. O mejor dicho, su falta de olor. Todos los seres humanos olían a algo: sudor, jabón, perfume, pero los vampiros carecían de aroma, como si fueran maniqués de cera.

Frente a él, Jem estaba sujetando la última de las puertas que llevaban del Santuario al vestíbulo del Instituto. Todos aquellos espacios habían sido desconsagrados para que los vampiros y otros de su misma calaña pudieran emplearlos, pero Camille nunca podría ir más allá en el Instituto. Acompañarla a la puerta no era una cuestión de mera cortesía. Era un modo de asegurarse de que no entrara accidentalmente en suelo consagrado, lo que sería peligroso para todos los presentes.

Camille pasó junto a Jem, casi sin mirarlo, y Will la siguió.

—No huele a nada —murmuró a Jem al pasar.

Jem lo miró alarmado.

—¿Has estado oliéndola?

Camille, que estaba esperándolos en la siguiente puerta, volvió la cabeza y sonrió.

—Puedo oír todo lo que dices, ¿sabes? —informó—. Es cierto, los vampiros no tenemos olor. Eso nos convierte en mejores depredadores.

—Y además tienen un oído excelente —añadió Jem, y dejó que la puerta se cerrara tras Will.

Se hallaban en el pequeño vestíbulo cuadrado con Camille, que tenía la mano sobre el picaporte de la puerta principal, como si fuera a apresurarse a salir, pero no había nada de prisa en su expresión mientras los miraba.

—Miraos —les dijo—, de negro y plata. Podrías ser un vampiro —se dirigía a Jem— con tu palidez y tu aspecto. Y tú —dijo a Will—, bueno, no creo que nadie en casa de De Quincey dude de que seas un siervo humano.

Jem observaba a Camille con esa mirada que Will siempre había pensado que podría cortar el vidrio.

—¿Por qué está haciendo esto, lady Belcourt? —preguntó—. Ese plan suyo, De Quincey, todo esto... ¿por qué?

Camille sonrió. Era hermosa, Will tenía que admitirlo, pero, claro, muchos vampiros eran hermosos. Su belleza siempre le había recordado la belleza de las flores secas; bonitas, pero muertas.

—Porque saber lo que está sucediendo me pesaba en la conciencia.

Jem negó con la cabeza.

—No lo creo. Quizá usted sea de las que se sacrificarían en el altar de los principios, pero lo dudo mucho. La mayoría actuamos por razones puramente personales. Por amor, o por odio.

—O por venganza —añadió Will—. Después de todo, hace un año que sabía todo esto, y sólo ahora ha venido a contárnoslo.

—Ya os lo he dicho, se debe a la señorita Gray.

—Sí, pero eso no es todo, ¿verdad? —insistió Jem—. Tessa es su oportunidad, pero su razón, su motivo, es otro bien distinto. —Inclinó la cabeza hacia un lado—. ¿Por qué odia tanto a De Quincey?

—No creo que eso sea asunto tuyo, pequeño cazador de sombras plateado —replicó Camille, que había entreabierto la boca y mostraba sus largos colmillos, como pedazos de marfil, contra el rojo de los labios. Will sabía que los vampiros podían mostrar sus colmillos a voluntad, pero aun así resultaba inquietante—. ¿Qué importa cuáles sean mis motivos?

Will contestó por Jem, sabiendo lo que estaba pensando su compañero.

—Es importante para que podamos confiar en usted. Quizá nos esté tendiendo una trampa. Charlotte no querría creérselo, pero eso no elimina esa posibilidad.

—¿Tenderos una trampa? —El tono de Camille era de burla—. ¿Y provocar la terrible ira de la Clave? ¡No me parece demasiado probable!



—Lady Belcourt —siguió Jem—, sea lo que sea lo que Charlotte le haya prometido, si quiere nuestra ayuda, responderá a esa pregunta.

—Muy bien —repuso ella—. Veo que no estarás satisfecho a menos que te dé una explicación. —Miró fijamente a Will—. Tienes razón. Para ser tan joven, parece saber mucho sobre el amor y la venganza; algún día podríamos tener una charla sobre el tema. —Volvió a sonreír, pero esta vez no fue una sonrisa sincera—. Veréis, hace tiempo tenía un amante. Era un cambiante, un licántropo. A los Hijos de la Noche se nos prohíbe amar o yacer con los Hijos de la Luna. Íbamos con cuidado, pero De Quincey nos descubrió. Nos descubrió y lo asesinó, de una forma muy similar a la que asesinará a algún pobre mundano que esté prisionero en su próxima fiesta. —Los ojos le brillaron como verdes lámparas al mirarlos a ambos—. Yo lo amaba, y De Quincey lo asesinó, y el resto de los míos lo ayudaron y lo animaron. Nunca se lo perdonaré. Los mataré a todos por ello.

Los Acuerdos, que ya tienen diez años, marcaron un momento histórico tanto para los nefilim como para los subterráneos. Su firma los comprometía a no tratar de destruirse mutuamente. Se unirían contra un enemigo común, los demonios. Hubo cincuenta asistentes en la firma de los Acuerdos en Idris: diez Hijos de la Noche; diez Hijos de Lilith, conocidos como brujos; diez de entre la Gente Fantástica; diez Hijos de la Luna, y diez de la sangre de Raziél...

Tessa se despertó de golpe al oír que llamaban a la puerta; se había quedado adormilada sobre la almohada; su dedo todavía marcaba un fragmento del Códice de los Cazadores de Sombras. Después de dejar el libro a un lado, casi no tuvo tiempo de sentarse y cubrirse con las sábanas antes de que se abriera la puerta.

Entró una lámpara, y Charlotte con ella. Tessa sintió una extraña punzada, casi de decepción... pero ¿a quién había estado esperando? A pesar de ser tarde, Charlotte estaba vestida como si pensara salir. Estaba muy seria, y se le veían ojeras de cansancio.

—¿Estás despierta?

Tessa asintió, y le mostró el libro que había estado leyendo.

—Estudiando.

Charlotte no contestó, pero cruzó el dormitorio y fue a sentarse a los pies de la cama. Tendió la mano, y algo le brilló en la palma; era el colgante del ángel de Tessa.

—Le dejaste esto a Henry.

Tessa dejó el libro y recuperó el colgante. Se pasó la cadena por la cabeza, y notó la reconfortante sensación de su peso en el hoyuelo del cuello.

—¿Ha sacado algo en claro de él?

—No estoy segura. Me ha dicho que estaba todo atascado con años de óxido, que era una maravilla que aún funcionara. Ha limpiado el mecanismo, pero no parece que eso haya hecho que cambiara nada. ¿Quizá ahora suena más regular?

—Quizá. —A Tessa no le importaba; estaba contenta de recuperar el ángel, el símbolo de su madre y de su vida en Nueva York.

Charlotte se cogió las manos sobre el regazo.

—Tessa, hay algo que aún no te he dicho.

A Tessa, el corazón empezó a latirle más de prisa.

—Mortmain... —Charlotte vaciló—. Cuando te expliqué que Mortmain llevó a tu hermano al Club

Pandemónium por primera vez, era verdad, pero no toda la verdad. Tu hermano ya sabía del Mundo de las Sombras antes de que Mortmain le dijera nada. Parece que lo supo por tu padre.

Atónita, Tessa guardó silencio.

—¿Qué edad tenías cuando murieron tus padres? —preguntó Charlotte.

—Fue en un accidente —contestó Tessa, un poco mareada—. Yo tenía tres años. Nate, seis.

Charlotte frunció el ceño.

—Parece demasiado pequeño para que tu padre se confiara a él, pero... supongo que es posible.

—No —dijo Tessa—. No lo entiendes. He crecido de la forma más común, más humana posible. La tía Harriet era la mujer más práctica del mundo. Ella lo hubiera sabido, ¿no crees? Era la hermana pequeña de mi madre; la llevaron con ellos cuando se mudaron de Londres a Nueva York.

—La gente guarda secretos, Tessa, a veces incluso a los que más aman. —Charlotte rozó con los dedos la tapa del Códice, su sello en relieve—. Y debes admitir que no tiene mucho sentido.

—¿Sentido? ¡No tiene ningún tipo de sentido!

—Tessa... —Charlotte suspiró—. No sabemos por qué tienes esa habilidad. Pero si uno de tus padres estaba de alguna forma conectado con el mundo mágico, ¿no tendría lógica que esa conexión tuviera algo que ver con ello? Y si tu padre era miembro del Club Pandemónium, ¿no sería así como De Quincey podría haberse enterado de tu existencia?

—Supongo que es posible. —Tessa hablaba con reticencia—. Sólo que... Creía tan firmemente cuando llegué a Londres que todo lo que me estaba pasando era sólo un sueño. Que mi vida anterior había sido real y que aquello era sólo una terrible pesadilla. Pensaba que si podía encontrar a Nate, podríamos volver a la vida de antes. —Alzó los ojos hacia Charlotte—. Pero ahora no puedo evitar preguntarme si quizá mi vida anterior era el sueño y esto es la realidad. Si mis padres conocían el Club Pandemónium... si eran parte del Mundo de las Sombras... entonces, no existe un mundo al que pueda volver y verme libre de todo esto.

Charlotte, aún con las manos sobre el regazo, miró fijamente a Tessa.

—¿Te has preguntado en algún momento por qué Sophie está desfigurada?

Cogida de improviso, Tessa tartamudeó.

—Me... me lo he preguntado, pero... no he querido decirle nada.

—Ni debes hacerlo —repuso Charlotte. Su voz era fría y firme—. La primera vez que vi a Sophie, estaba acurrucada en una puerta, sucia, con un trapo manchado de sangre apretado contra la mejilla. Ella me vio cuando pasé a pesar de que en ese momento usaba un glamour. Eso fue lo que me llamó la atención de Sophie. Tiene un toque de la Visión, igual que Thomas y Agatha. Le ofrecí dinero, pero no quería aceptarlo. La convencí para que me acompañara a una casa de té, y me contó lo que le había pasado. Había sido doncella de sala de una casa muy elegante en St. John's Wood. Las doncellas de sala, claro, se eligen por su aspecto, y Sophie era hermosa, lo que acabó siendo una ventaja y una gran desventaja para ella. Como puedes imaginarte, el hijo de la casa trató de seducirla. Ella lo rechazó repetidamente. Encolerizado, el chico cogió un cuchillo y le abrió la cara, diciendo que si él no podía tenerla, se aseguraría de que nadie la quisiera nunca más.

—Qué horror —susurró Tessa.

—Acudió a su señora, la madre del chico, en busca de auxilio, pero él esgrimió que había sido ella quien había tratado de seducirlo ¡a él!, y que había cogido un cuchillo para alejarla y proteger su virtud. Evidentemente, la echaron a la calle. Cuando la encontré, la herida de la mejilla se le había infectado. La traje aquí e hice que la vieran los Hermanos Silenciosos, pero aunque curaron la infección, no pudieron

evitar la cicatriz.

Tessa se llevó la mano al rostro, en un gesto inconsciente de compasión.

—Pobre Sophie.

Charlotte inclinó la cabeza a un lado y miró a Tessa con ojos brillantes. Tenía una presencia tan imponente, pensó Tessa, que era fácil olvidar lo pequeña que era físicamente, su aparente fragilidad.

—Sophie tiene un don —continuó Charlotte—. Tiene la Visión. Puede ver lo que otros no ven. En su antigua vida, a menudo se preguntaba si estaría loca. Ahora sabe que no lo está, sino que es especial. Allí sólo era una doncella, que seguramente hubiera perdido su puesto en cuanto su belleza se hubiera desvanecido. Ahora es un miembro muy valioso de nuestra casa, una chica con un don que tiene mucho que aportar. —Charlotte se inclinó hacia adelante—. Miras hacia la vida que has tenido, Tessa, y te parece segura comparada con ésta. Pero tú y tu tía erais muy pobres, si no me equivoco. Si no hubieras venido a Londres, ¿adonde habrías ido cuando ella hubiese muerto? ¿Qué habrías hecho? ¿Te habría encontrado llorando en un callejón como Sophie? —Charlotte meneó la cabeza—. Tienes un poder de incalculable valor. No tienes que pedir nada a nadie. No necesitas depender de nadie. Eres libre, y esa libertad es un don.

—No es fácil considerarlo un don cuando te han atormentado y encerrado por ello.

Charlotte negó con la cabeza.

—Sophie me dijo una vez que se alegraba de estar desfigurada. Dijo que quien la amara ahora, la amaría por ella misma, no por su bonito rostro. Ésta eres tú misma, Tessa. Este poder es parte de ti. Quien te ame ahora... y tú también debes amarte a ti misma... amará a tu verdadero ser.

Tessa cogió el *Códice* y lo estrechó contra el pecho.

—Estás diciendo que tengo razón, ¿verdad? Que esto es la realidad, y que la vida que tuve antes era tan sólo un sueño.

—Eso es. —Charlotte le dio unas suaves palmaditas en el hombro; Tessa casi pegó un respingo ante el contacto. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien la había tocado de un modo tan maternal; pensó en la tía Harriet y se le hizo un nudo en la garganta—. Y ahora ya es hora de que despiertes.

## 9

### EL ENCLAVE

Volver mi corazón de piedra; mi rostro de acero,  
engañar y ser engañada, y morir: ¿quién sabe?  
Somos cenizas y polvo

LORD ALFRED TENNYSON, *Maud*

—Prueba otra vez —la animó Will—. Sólo camina de un lado al otro de la habitación. Nosotros te diremos si resultas convincente.

Tessa suspiró. Le palpitaban las sienes y el fondo de los ojos. Era agotador aprender a fingir que era una vampira.

Habían transcurrido dos días desde la visita de lady Belcourt, y Tessa había pasado casi todo el tiempo desde entonces tratando de transformarse convincentemente en la vampira, sin demasiado éxito. Aún se sentía como si estuviera resbalando sobre la superficie de la mente de Camille, incapaz de llegar adentro y hacerse con sus pensamientos y su personalidad. De ahí que le resultara tan difícil saber cómo debía caminar, cómo hablar y qué tipo de expresiones debía adoptar cuando se encontrara con otros vampiros en la fiesta de De Quincey, a quien, sin duda, Camille conocía muy bien, y a quien se esperaba que Tessa conociera también.

En ese momento estaba en la biblioteca, y llevaba desde la hora de comer tratando de caminar con el curioso paso deslizante de Camille, y hablando con su acentuada voz. Cogido al hombro llevaba un broche enojado que uno de los siervos humanos de Camille, una pequeña criatura arrugada llamada Archer, le había llevado en un baúl. También contenía un vestido, que Tessa debía ponerse en la fiesta de De Quincey, pero era demasiado pesado y elaborado para lucirlo durante el día. Tessa utilizaba su propio vestido nuevo, azul y blanco, que le quedaba molestandamente apretado en el pecho y demasiado suelto en la cintura siempre que se cambiaba en Camille.

Jem y Will se habían instalado en una de las largas mesas del fondo de la biblioteca, teóricamente para ayudarla y aconsejarla, por más que parecía que estuvieran allí para burlarse de ella y divertirse a su costa.

—Pisas demasiado fuerte al andar —continuó Will. Estaba ocupado en limpiar una manzana en la pechera de su camisa, y parecía no notar las miradas asesinas que Tessa le enviaba—. Camille camina con delicadeza. Como un fauno en el bosque. No como un pato.

—Yo no camino como un pato.

—Me encantan los patos —comentó Jem, con diplomacia—. Sobre todo los de Hyde Park. —Miró de reojo a Will; ambos estaban sentados sobre el borde de la mesa, con las piernas colgando—. ¿Recuerdas aquella vez que trataste de convencerme de que les diera de comer croquetas de ave a los ánares reales para ver si conseguías crear una raza de patos caníbales?

—Pues vaya si se las comieron —recordó Will—. Bestezuelas sanguinarias. Nunca te fies de los patos.

—¿Os importaría? —interrumpió Tessa—. Si no vais a ayudarme, preferiría que os marcharais. No

os he dejado estar aquí para tener que oírlos parlotear sobre patos.

—Tu impaciencia —replicó Will— resulta muy poco femenina. —Le sonrió desde detrás de la manzana—. ¿Es que la naturaleza vampírica de Camille se está imponiendo?

Su tono era juguetón. Era extraño, pensó Tessa. Hacía sólo unos días, le había gruñido al mencionarle a sus padres, luego le había rogado que le ayudara a ocultar que Jem tosía sangre, con el rostro cargado de intensidad al hacerlo. Y en esos momentos bromeaba con ella como si fuera la hermana pequeña de un amigo, alguien a quien conocía, en quien quizá pensaba con afecto, pero hacia quien no albergaba ningún sentimiento complejo.

Tessa se mordió el labio... e hizo una mueca de dolor ante el inesperado pinchazo. Los colmillos vampíricos de Camille, ¡sus colmillos!, se controlaban por un instinto que ella no llegaba a entender. Parecían moverse hacia adelante sin aviso, y ella sólo se daba cuenta de su presencia a causa del inesperado dolor al pincharse en la frágil piel del labio. Notó el sabor de la sangre en la boca, su propia sangre, salada y caliente. Se apretó el labio con los dedos; cuando apartó la mano, estaban manchados de rojo.

—No te preocupes —la consoló Will, mientras soltaba la manzana y se ponía en pie—. En seguida estarás bien.

Tessa se tocó el canino izquierdo con la lengua. De nuevo era plano, un diente corriente.

—¡No entiendo qué los hace salir así!

—El hambre —dijo Jem—. ¿Estabas pensando en sangre?

—¡No!

—Nadie te culparía —repuso Jem—. Will es insoportable.

Tessa suspiró.

—Camille es tan difícil... No entiendo nada de ella, me cuesta comprender su manera de ser.

Jem la miró fijamente.

—¿Eres capaz de tocar sus pensamientos? ¿De la forma que dijiste que podías tocar los pensamientos de aquellos en quienes te transformabas?

—Aún no. Lo he estado intentando, pero sólo consigo destellos ocasionales, imágenes. Parece que sus pensamientos están muy bien protegidos.

—Bueno, con suerte podrás vencer esa protección antes de mañana —dijo Will—. O yo no confiaría mucho en nuestras posibilidades.

—¡Will! —lo regañó Jem—. No digas eso.

—Tienes razón —aceptó Will—. No debería infravalorar mi propia habilidad. Si Tessa fastidia la cosa, estoy seguro de que podré abrirme camino, luchando entre las babeantes masas de vampiros, hasta la libertad.

Jem, como Tessa comenzaba a notar que tenía por costumbre, simplemente hizo como si no le hubiera oído.

—Quizá sólo puedes acceder a los pensamientos de los muertos, Tessa —sugirió Jem—. Tal vez los objetos que te proporcionaban las Hermanas Oscuras pertenecían sólo a personas que habían sido asesinadas.

—No, no. Toqué los pensamientos de Jessamine cuando me Cambié en ella. Así que no puede ser eso, por suerte. Qué habilidad más macabra sería si fuera así.

Jem la miraba pensativo con sus ojos plateados; algo en la intensidad de su mirada la hizo sentirse incómoda.

—¿Con cuánta claridad puedes tocar los pensamientos de los muertos? Es decir, si te diera un objeto que perteneció a mi padre, ¿sabrías en qué estaba pensando en el momento de su muerte?

Esta vez fue Will quien se alarmó.

—Jem, no creo que... —comenzó, pero se interrumpió porque la puerta se abrió y Charlotte entró en la sala.

No iba sola. La seguían al menos una docena de hombres a los que Tessa no había visto antes.

—El Enclave —susurró Will, e hizo un gesto a Jem y a Tessa para que se ocultaran detrás de una de las estanterías de tres metros. Desde allí pudieron observar cómo la biblioteca se llenaba de cazadores de sombras. La mayoría de ellos eran hombres, pero Tessa vio, mientras entraban, que entre ellos había dos mujeres.

No pudo evitar mirarlas, recordando lo que Will le había dicho sobre Boadicea, que las mujeres también podían ser guerreras. La más alta de ellas debía de superar el metro ochenta y llevaba el cabello blanco como la nieve recogido en un moño en la nuca. Hubiera apostado a que superaba los sesenta años y su presencia era majestuosa. La otra mujer era más joven, tenía el cabello oscuro, ojos de gato y un ademán reservado.

Los hombres formaban un conjunto más heterogéneo. El mayor era un hombre alto que vestía completamente de gris, que era el color de su cabello y su piel. En su rostro, huesudo y aquilino, destacaban una nariz robusta y delgada y una barbilla prominente. Su rostro mostraba arrugas bajo los párpados y las mejillas hundidas. Sus ojos estaban bordeados de rojo. A su lado se hallaba el más joven del grupo, un chico no más de un año mayor que Jem o Will. Era apuesto de una forma un tanto angulosa, con facciones afiladas y regulares, cabello castaño revuelto y una expresión vigilante.

Jem profirió un ruido de sorpresa y desagrado.

—Gabriel Lightwood —murmuró a Will—. ¿Qué está haciendo él aquí? Creía que estaba en la escuela, en Idris.

Will no se había movido. Miraba al muchacho de cabello castaño con las cejas alzadas y una leve sonrisa entre los labios.

—No empieces a pelearte con él, Will —advirtió Jem rápidamente—. Aquí no. Sólo te pido eso.

—Pues pides demasiado, ¿no crees? —replicó Will sin mirar a Jem.

Will se había inclinado desde detrás de la estantería, y observaba a Charlotte mientras ésta guiaba al grupo hacia una de las largas mesas de la parte delantera de la sala. Parecía estar pidiendo que se apresuraran a sentarse.

—Frederick Ashdown y Michael Penhallow, aquí, por favor —decía Charlotte—. Lilian Highsmith, si no te importa sentarte allí junto al mapa...

—¿Y está Henry? —preguntó el hombre del cabello gris con una brusca corrección—. ¿Dónde está tu esposo? Como director también del Instituto, debería estar aquí.

Charlotte vaciló sólo un instante antes de forzar una sonrisa.

—Está de camino, señor Lightwood —contestó ella, y Tessa se dio cuenta de dos cosas: una, que el hombre de cabello gris era seguramente el padre de Gabriel Lightwood, y dos, que Charlotte mentía.

—Será mejor que así sea —masculó Lightwood—. Una reunión del Enclave sin el director del Instituto presente... sería de lo más irregular. —Entonces se volvió, y aunque Will se apresuró a esconderse, fue demasiado lento. El hombre entrecerró los ojos—. ¿Quién anda ahí al fondo? ¡Sal y muéstrate!

Will miró a Jem, que se encogió de hombros con elocuencia.

—No servirá de nada seguir escondidos y obligarlos a que nos saquen a rastras, ¿no crees?

—Habla por ti —siseó Tessa—. No me gustaría que Charlotte se enfade conmigo si se supone que no deberíamos estar aquí.

—No te pongas nerviosa. No tenías por qué saber que se iba a celebrar aquí una reunión del Enclave, y Charlotte es perfectamente consciente de ello —replicó Will—. No te preocupes, siempre sabe exactamente a quién echarle la culpa. —Sonrió de medio lado—. Pero yo que tú, me Cambiaría otra vez en ti, ya me entiendes. No hace falta darles una impresión tan fuerte a sus viejos cuerpos.

—¡Oh! —Por un momento, Tessa casi se había olvidado que estaba aún transformada en Camille. Rápidamente, se dedicó a deshacerse de la transformación, y cuando los tres salieron de detrás de la estantería, ya volvía a ser la de siempre.

—¡Will! —Charlotte suspiró al verlo, y meneó la cabeza mirando a Jem y a Tessa—. Te dije que el Enclave se reuniría aquí a las cuatro en punto.

—¿En serio? —replicó Will—. Debo de haberlo olvidado. Es terrible. —Desvió la mirada a un lado y sonrió desvergonzado—. Hola, Gabriel.

El chico del cabello castaño le devolvió una furiosa mirada. Tenía unos ojos verdes muy brillantes, y la boca, al mirar a Will, mostraba una dura mueca de desprecio.

—William —repuso finalmente, y con esfuerzo. Miró a Jem—. Y James. ¿No sois un poco jóvenes para andar rondando por las reuniones del Enclave?

—¿Y tú no? —replicó Jem.

—He cumplido los dieciocho este pasado junio —contestó Gabriel, echándose tan atrás en la silla que los pies no le tocaban el suelo—. Ahora tengo todo el derecho a participar en las actividades del Enclave.

—Qué fascinante debe de resultarte —dijo la mujer de pelo cano cuya apariencia había impresionado a Tessa por su majestuosidad—. ¿Así que es ésta, Lottie? ¿La chica bruja de la que nos hablabas? —La pregunta iba dirigida a Charlotte, pero la mujer no dejaba de mirar a Tessa—. Su aspecto no parece muy prometedor.

—Tampoco el de Magnus Bane la primera vez que lo vi —dijo el señor Lightwood, mientras le echaba una curiosa ojeada a Tessa—. Veámoslo ahora. Muéstranos qué puedes hacer.

—No soy bruja —protestó Tessa enfadada.

—Bueno, sin duda eres algo, mi niña —dijo la mujer mayor—. Si no eres una bruja, entonces ¿qué?

—Ya es suficiente. —Charlotte se incorporó—. La señorita Gray ya ha probado su buena fe ante mí y ante el señor Branwell. Eso tendrá que ser suficiente por ahora, a menos que el Enclave tome la decisión de emplear su habilidad.

—Por supuesto que quieren —replicó Will—. No tenemos ni la más mínima esperanza de llevar a cabo ese plan sin ella...

Gabriel movió la silla hacia adelante con tal ímpetu que las patas delanteras chocaron contra el suelo con un sonoro crujido.

—Señora Branwell —dijo furioso—, ¿es William, o no lo es, demasiado joven para participar en una reunión del Enclave?

La mirada de Charlotte pasó del enrojecido rostro de Gabriel al inexpresivo de Will. Suspiró de nuevo.

—Lo es. Will, Jem, por favor, esperad en el pasillo con Tessa.

La expresión de Will se tensó, pero Jem le lanzó una mirada de advertencia, que lo hizo callar. Gabriel Lightwood lo miró triunfante.

—Les mostraré la salida —anunció, mientras se ponía en pie en un salto. Los acompañó fuera de la biblioteca—. Tú —espetó a Will, con una voz tan baja que los de dentro no pudieron oírle—. Manchas el nombre de los cazadores de sombras por dondequiera que pisas.

Will se apoyó en la pared del pasillo y miró a Gabriel con evidente frialdad.

—No sabía que quedara demasiado nombre que manchar, después de que tu padre...

—Te agradeceré que no hables de mi familia —gruñó Gabriel, y cerró la puerta de la biblioteca a su espalda.

—Qué pena que tu gratitud no resulte demasiado tentadora —replicó Will.

Gabriel lo miró, con el cabello revuelto y los ojos chispeantes de furia. En ese momento le recordó a Tessa a alguien, aunque no supo descubrir a quién.

—¿Perdona? —gruñó Gabriel.

—Quiere decir —clarificó Jem— que tu gratitud no le importa lo más mínimo.

Las mejillas de Gabriel se volvieron de un escarlata apagado.

—Si no fueras menor de edad, Herondale, sería monomquía para nosotros. Sólo tú y yo, a muerte. Te convertiría en un puñado de harapos ensangrentados...

—Déjalo, Gabriel —lo interrumpió Jem, antes de que Will pudiera replicar—. Forzar a Will a un duelo... sería como castigar a un perro porque lo has atormentado hasta que te ha mordido. Ya sabes cómo es.

—Muchas gracias, Jem —repuso Will, sin apartar los ojos de Gabriel—. Te agradezco esta valoración de mi carácter.

Jem se encogió de hombros.

—Es la verdad.

Gabriel miró de un modo desafiante a Jem.

—No te metas en esto, Carstairs. No es de tu incumbencia.

Jem se acercó más a la puerta, y a Will, que estaba totalmente inmóvil, devolviéndole a Gabriel una mirada tan fría como la suya. A Tessa se le estaba erizando el vello de la nuca.

—Si incumbe a Will, me incumbe a mí —afirmó Jem.

Gabriel negó con la cabeza.

—Tú eres un cazador de sombras decente, Jem —dijo—, y un caballero. Tienes tu... discapacidad, pero nadie te culpa por ello. Pero esto... —Hizo una mueca mientras señalaba a Will con el dedo—. Esta mierda sólo te arrastrará al fango. Encuentra a otro para que sea tu parabatai. Nadie confía en que Will Herondale viva más allá de los diecinueve años, y te aseguro que nadie lamentará su marcha...

Eso ya fue demasiado para Tessa. Sin pensarlo, intervino indignada.

—¡Cómo se atreve a hablar así!

Gabriel se detuvo a media parrafada, tan sorprendido como si uno de los tapices hubiera hablado de repente.

—¿Perdón?

—Ya me ha oído. ¡Decirle a alguien que no lamentaría su muerte! ¡Eso es inexcusable! —Agarró a Will por la manga—. Vamonos, Will. Es evidente que no vale la pena perder el tiempo con este... individuo.



Will parecía absolutamente divertido.

—Totalmente cierto.

—Usted... usted... —Gabriel, tartamudeando ligeramente, miró a Tessa como si estuviera alarmado—. No tiene la menor idea de las cosas que ha hecho...

—Ni me importan. Ambos son nefilim, ¿no es cierto? Se supone que están del mismo lado. —Tessa miró a Gabriel con el ceño fruncido—. Y creo que le debe una disculpa a Will.

—Preferiría que me arrancaran las entrañas y las anudaran ante mis propios ojos —contestó Gabriel— antes que disculparme con ese gusano.

—¡Vaya! —exclamó Jem suavemente—. No puedes decirlo en serio. No me refiero a lo de que Will sea un gusano, claro. Sino eso de las entrañas. Suena horrible.

—Hablo en serio —afirmó Gabriel, envalentonándose—. Antes preferiría que me tiraran en una cuba llena de veneno de Malfas y que me dejaran disolverme lentamente hasta que sólo quedaran los huesos.

—¿De verdad? —soltó Will—. Pues da la casualidad de que conozco a un tipo que nos podría vender una cuba de...

La puerta de la biblioteca se abrió. El señor Lightwood apareció en el umbral.

—Gabriel —dijo en un tono gélido—. ¿Piensas asistir a la reunión, tu primera reunión del Enclave, si me permites recordártelo, o prefieres quedarte aquí en el pasillo jugando con los niños?

Nadie pareció muy complacido con el comentario, sobre todo Gabriel, que tragó saliva, asintió, lanzó una última mirada furiosa a Will y siguió a su padre al interior de la biblioteca, dando un portazo al cerrar la puerta tras ellos.

—Bueno —dijo Jem después de que la puerta se cerrara—. Ha sido casi tan horrible como me lo esperaba. ¿Es la primera vez que lo ves desde la fiesta de Navidad del año pasado? —preguntó a Will.

—Sí —contestó éste—. ¿Crees que debería haberle dicho que lo he echado de menos?

—No —dijo Jem.

—¿Siempre es así? —preguntó Tessa—. ¿Tan desagradable?

—Deberías ver a su hermano mayor —comentó Jem—. A su lado, Gabriel parece más dulce que el azúcar. Y odia a Will más incluso que Gabriel, si es que eso es posible.

Will sonrió al oírlo, luego se volvió y comenzó a caminar por el pasillo, silbando. Tras un momento de vacilación, Jem lo siguió, haciendo señas a Tessa para que fuera con ellos.

—¿Por qué te odia Gabriel Lightwood? —preguntó Tessa mientras caminaban—. ¿Qué le has hecho?

—No fue nada que yo le hiciera —contestó Will, acelerando el paso—. Fue algo que le hice a su hermana.

Tessa miró de reojo a Jem, que se encogió de hombros.

—Donde esté nuestro Will, siempre hay media docena de chicas que aseguran que ha comprometido su virtud.

—¿Lo hiciste? —preguntó Tessa. Casi tenía que correr para mantenerse al paso de los chicos. Aquella pesada falda le rozaba los tobillos y no le dejaba ir más aprisa. Los vestidos de Bond Street habían llegado el día anterior, y aún estaba comenzando a acostumbrarse a vestir algo tan caro. Recordó los ligeros vestidos que había llevado de niña, cuando podía correr junto a su hermano, darle patadas en el tobillo y escapar sin que él fuera capaz de atraparla. Por un momento pensó qué pasaría si le hiciera eso a Will. Dudaba que le saliera bien, pero la idea no carecía de atractivo—. Me refiero a

comprometer su virtud.

—Haces demasiadas preguntas —replicó Will, mientras giraba bruscamente hacia la izquierda y comenzaba a subir una estrecha escalera.

—Es cierto —aceptó Tessa; los tacones de sus botas repiqueteaban sonoramente sobre los escalones de piedra mientras seguía a Will hacia arriba—. ¿Qué es un «parabatai»? ¿Y qué querías decir con lo de que el padre de Gabriel ha manchado el buen nombre de los cazadores de sombras?

—«Parabatai» es una palabra griega que significa «soldado emparejado con el conductor de un carro de combate» —le explicó Jem—, pero los nefilim la usamos para referirnos a una pareja de guerreros, dos hombres que juran protegerse el uno al otro y guardarse las espaldas.

—¿Sólo hombres? —inquirió Tessa—. ¿No puede haber una pareja de mujeres, o de hombre y mujer?

—Creía que habías dicho que las mujeres no tenían sed de sangre —replicó Will sin volverse—. En cuanto al padre de Gabriel, digamos que tiene cierta reputación de que le gustan los demonios y los subterráneos más de lo que debería. Me sorprendería si alguna de las visitas nocturnas que lo llevan a ciertas casas de Shadwell no le hubieran producido un feo caso de viruela demoníaca.

—¿Viruela demoníaca? —Tessa estaba horrorizada y fascinada al mismo tiempo.

—Eso se lo ha inventado —la tranquilizó rápidamente Jem—. Vamos a ver, Will. ¿Cuántas veces tengo que decirte que la viruela demoníaca no existe?

Will se había detenido delante de una puertecilla en una curva de la escalera.

—Creo que es ésta —dijo medio para sí, y movió el picaporte. Al comprobar que no se abría, sacó la estela de la chaqueta y dibujó una Marca negra sobre la puerta. Ésta se abrió, liberando una nube de polvo—. Debía de ser un almacén.

Jem fue tras él, y un momento después, los siguió Tessa. Se encontró en una pequeña estancia cuya única iluminación provenía de una ventana de arco situada en lo alto de la pared. Una luz acuosa manaba a través de ella, y permitía contemplar un espacio cuadrado lleno de baúles y cajas. Podía haber sido un trastero cualquiera, de no haber sido por las montañas de armas antiguas apiladas en los rincones, objetos de hierro de aspecto pesado y oxidado con amplias hojas y cadenas unidas a bolas de metal con puntas.

Will cogió uno de los baúles y lo echó a un lado para dejar un espacio vacío en el suelo. Aquello levantó aún más polvo. Jem tosió y le lanzó una mirada de reproche.

—Se diría que nos has traído aquí para asesinarnos —bromeó—, si no fuera porque tus motivos para hacerlo parecen turbios como mínimo.

—Nada de asesinato —repuso Will—. Espera. Necesito mover uno más.

Mientras empujaba el pesado baúl contra la pared, Tessa miró a Jem de reojo.

—¿Qué quería decir Gabriel con lo de tu discapacidad? —le preguntó en una voz lo suficientemente baja como para que Will no los oyera.

Los ojos plateados de Jem se abrieron ligeramente antes de contestar.

—Mi mala salud. Eso es todo.

Estaba mintiendo. Tessa lo sabía. Tenía la misma mirada que Nate cuando mentía, demasiado clara como para ser sincera. Pero antes de que pudiera decir nada más, Will se incorporó.

—Ya estamos. Venid a sentaros.

Entonces, se instaló sobre el suelo sucio y polvoriento; Jem se sentó a su lado, pero Tessa se quedó parada durante un momento, vacilante. Will, que tenía la estela en la mano, la miró con una sonrisa

traviesa.

—¿No te unes a nosotros, Tessa? Supongo que no querrás estropear el bonito vestido que te ha comprado Jessamine.

Era exactamente eso. Tessa no tenía ningunas ganas de estropear la pieza de ropa más bonita que jamás había tenido. Pero el tono burlón de Will era más irritante que la idea de estropear el vestido. Apretó la mandíbula y se sentó frente a los chicos, de forma que entre los tres formaban un triángulo.

Will apoyó la punta de la estela sobre el sucio suelo y comenzó a moverla. Anchas líneas negras fluyeron de la punta, y Tessa miraba fascinada. Había algo particular y hermoso en la manera en que la estela dibujaba, no como la tinta saliendo de una pluma, sino más bien como si las líneas hubieran estado siempre allí y Will las estuviera destapando.

Will iba por la mitad cuando Jem lanzó una exclamación de reconocimiento; ya sabía qué Marca estaba dibujando su amigo.

—¿Qué estás...? —comenzó, pero Will alzó la mano libre y meneó la cabeza.

—Espera —dijo Will—. Si me equivocara, podríamos caer a través del suelo.

Jem puso los ojos en blanco, pero no pareció servir de nada: Will ya estaba acabando, y alzaba la estela del dibujo que había trazado. Tessa lanzó un grito cuando las combadas maderas del suelo parecieron brillar tenuemente, y luego se volvieron tan transparentes como el cristal de una ventana. Se arrastró hacia adelante, olvidándose completamente del vestido, y se halló mirando a través del suelo como si fuera un vidrio.

Se dio cuenta de que lo que veía era la biblioteca. La gran mesa alargada y el Enclave sentado alrededor de ella, Charlotte entre Benedict Lightwood y la elegante mujer canosa. Era fácil reconocer a Charlotte, incluso desde arriba, por el pulcro moño y los rápidos movimientos de las pequeñas manos mientras hablaba.

—¿Por qué aquí arriba? —preguntó Jem a Will en voz baja—. ¿Por qué no en la sala de armas? Está tocando a la biblioteca.

—El sonido se irradia —contestó Will—. Es igual de fácil oír desde aquí, y además, ¿quién te dice que alguno de ellos no decide hacer una visita a la sala de armas para comprobar qué tenemos allí? No sería la primera vez.

Tessa, que miraba hacia abajo fascinada, se dio cuenta de que sí podía oír un murmullo de voces.

—¿Pueden oírnos?

Will negó con la cabeza.

—Este encantamiento es de un solo sentido —contestó, y se inclinó hacia adelante—. ¿De qué están hablando?

Los tres guardaron silencio, y el suave ruido de la voz de Benedict Lightwood se alzó con claridad hasta ellos.

—No estoy seguro, Charlotte —decía—. Todo el plan parece muy arriesgado.

—Pero no podemos dejar que De Quincey continúe como hasta ahora —argumentó Charlotte—. Es el líder vampiro de los clanes de Londres. El resto de los Hijos de la Noche buscan su consejo. Si le permitimos que viole la Ley impunemente, ¿qué mensaje estamos transmitiendo a los subterráneos? ¿Que los nefilim han relajado su vigilancia?

—Para que yo lo entienda —repuso Lightwood—, ¿estás dispuesta a aceptar la palabra de lady Belcourt de que De Quincey, un aliado de la Clave durante largo tiempo, está matando a mundanos en su propia casa?

—No sé de qué te sorprendes, Benedict. —La voz de Charlotte era dura—. ¿Sugieres que pasemos por alto su informe, a pesar de que en el pasado siempre nos ha facilitado información fidedigna? ¿Y a pesar del hecho de que si de nuevo está diciéndonos la verdad, la sangre de todos los que De Quincey asesine a partir de ahora está en nuestras manos?

—Estamos obligados por la Ley a investigar cualquier informe de que la Alianza no se respeta —dijo un hombre delgado de cabello oscuro que estaba sentado en el extremo más alejado de la mesa—. Lo sabes tan bien como el resto de nosotros, Benedict; sólo estás siendo obstinado.

Charlotte respiró mientras el rostro de Lightwood se endurecía.

—Gracias, Michael. Te lo agradezco —dijo ella.

La alta mujer que antes había llamado Lottie a Charlotte lanzó una carcajada grave y prolongada.

—No seas tan exagerada, Charlotte —dijo la mujer—. Debes admitir que todo este asunto es muy extraño. Una chica cambiante que tal vez sea una bruja o tal vez no, burdeles llenos de cadáveres y un informador que jura que le vendió a De Quincey unas piezas mecánicas... un hecho que parece considerar como una prueba irrefutable, a pesar de negarte a darnos el nombre del informador.

—Le juré que no lo mezclaría en eso —protestó Charlotte—. Tiene miedo de De Quincey.

—¿Es un cazador de sombras? —quiso saber Lightwood—. Porque si no lo es, no nos podemos fiar de él.

—La verdad, Benedict, tus opiniones son de lo más anticuadas —dijo la mujer de los ojos de gato—. Hablando contigo, uno podría llegar a creer que los Acuerdos nunca han existido.

—Lilian tiene razón; estás siendo ridículo, Benedict —la apoyó Michael—. Buscar un informador en quien se pueda confiar totalmente es como buscar una cortesana casta. Si fueran totalmente virtuosos, de poco te servirían. Un informador sólo da información; es nuestro trabajo verificar esa información, que es lo que Charlotte sugiere que hagamos.

—Es tan sólo que no me gustaría nada ver los poderes del Enclave desperdiciados en este caso —repuso Lightwood en un tono melifluo. Era muy raro, pensó Tessa, oír a un grupo de adultos elegantes tuteándose y dirigiéndose unos a otros directamente por sus nombres de pila. Pero parecía ser una costumbre de los cazadores de sombras—. Imagina por un momento que se tratara de un vampiro que tuviera algo contra el líder del clan y quisiera verlo apartado del poder; ¿qué mejor manera de conseguirlo que instigar a la Clave para que le haga el trabajo sucio?

—Mierda —masculló Will, mientras intercambiaba una mirada con Jem—. ¿Cómo puede saberlo?

Jem negó con la cabeza como para decir «no lo sé».

—¿Saber qué? —murmuró Tessa, pero su voz quedó apagada por las de Charlotte y de la mujer canosa, que hablaban a la vez.

—¡Camille nunca haría eso! —protestó Charlotte—. No es estúpida, para empezar. ¡Sabe cuál sería el castigo por mentirnos!

—De todas maneras, Benedict tiene parte de razón —decía la anciana—. Lo mejor sería que un cazador de sombras hubiera visto a De Quincey violando la Ley...

—Ése es precisamente el objetivo de todo este plan —repuso Charlotte. Había un deje en su voz... de nervios, de un tenso deseo de probarse a sí misma. Tessa se compadeció de ella—. Comprobar por nosotros mismos si De Quincey viola la Ley, tía Callida.

Tessa emitió un ruido de sorpresa.

Jem alzó la vista.

—Sí, es la tía de Charlotte —explicó—; su hermano, el padre de Charlotte, dirigía antes el

Instituto. Le gusta decirle a la gente lo que debe hacer. Aunque, claro, ella siempre hace lo que le parece.

—Totalmente cierto —concordó Will—. ¿Sabías que una vez me hizo proposiciones?

Jem no parecía creérselo en absoluto.

—Anda ya.

—De verdad —insistió Will—. Fue todo muy escandaloso. Y yo quizá hubiera aceptado, si ella no me diera tanto pavor.

Jem se limitó a menear la cabeza y devolvió su atención a la escena que se desarrollaba en la biblioteca.

—Por otro lado, hemos de considerar el asunto del sello de De Quincey —estaba diciendo Charlotte—, el que se encontró dentro del cuerpo de la muchacha mecánica. Hay demasiadas pruebas que lo relacionan con esos hechos, demasiados indicios como para no investigar.

—Estoy de acuerdo —repuso Lilian—. Me preocupa ese asunto de las criaturas mecánicas. Fabricar chicas mecánicas pase, pero ¿y si está creando un ejército de autómatas?

—Eso es simple especulación, Lilian —dijo Michael.

Lilian pasó eso por alto agitando la mano.

—Un autómata ni es serafín ni demonio en esta alianza; no ha nacido ni de Dios ni del Diablo. ¿Sería vulnerable a nuestras armas?

—Creo que te estás imaginando un problema que no existe —contestó Lightwood—. Hace años que existen autómatas; a los mundanos les fascinan esas criaturas. Ninguna ha supuesto una amenaza para nosotros.

—Ninguna se había construido usando la magia —replicó ella.

—Que tú sepas. —Lightwood parecía impacientarse.

Charlotte irguió la espalda; sólo Tessa y los otros, al verla desde arriba, podían comprobar que tenía las manos fuertemente agarradas sobre el regazo.

—Tu inquietud, Benedict, parece ser que castigemos injustamente a De Quincey por un crimen que no ha cometido, y al hacerlo, pongamos en peligro la relación entre los Hijos de la Noche y los nefilim. ¿Me equivoco?

Benedict Lightwood hizo un gesto de acuerdo.

—Pero lo único que persigue el plan de Will es observar a De Quincey. Si no lo vemos violando la Ley, no actuaremos contra él, y la relación no correrá peligro. Pero si comprobamos que viola la Ley, entonces sabremos que esa relación es una mentira. No podemos permitir que se burle la Ley de la Alianza, por muy... conveniente que nos resultara pasarlo por alto.

—Estoy de acuerdo con Charlotte —dijo Gabriel Lightwood, hablando por primera vez, para sorpresa de Tessa—. Creo que su plan es bueno. Excepto por un detalle: enviar a la chica cambiante allí con Will Herondale. Ni siquiera alcanza la edad suficiente como para estar en esta reunión. ¿Cómo se le puede confiar una misión de esta importancia?

—Chulo de pacotilla —gruñó Will, y se inclinó más hacia adelante, como si quisiera atravesar el portal mágico y estrangular a Gabriel—. Cuando lo pille solo...

—Debería ser yo quien la acompañara en lugar de él —continuó Gabriel—. Podré protegerla mejor. En vez de sólo cuidarme de mí mismo.

—Hasta ahorcarlo sería demasiado poco para él —repuso Jem, de acuerdo con Will, al mismo tiempo que parecía estar intentando no echarse a reír.

—Tessa conoce a Will —protestó Charlotte—. Confía en él.

—Yo no diría tanto —murmuró Tessa.

—Además —añadió Charlotte—, el plan es de Will, es a Will a quien De Quincey reconocerá del Club Pandemónium. Es Will quien sabe dónde buscar una vez en el interior de la casa de De Quincey para ligarlo a las criaturas mecánicas y al asesinato de los mundanos. Will es un investigador excelente, Gabriel, y un buen cazador de sombras. Eso tendrás que concedérselo.

Gabriel se apoyó en el respaldo de la silla y cruzó los brazos sobre el pecho.

—No tengo nada que concederle.

—Así que Will y tu chica bruja entran en la casa, aguantan en la fiesta de De Quincey hasta que observen alguna violación de la Ley, y luego nos hacen una señal al resto de nosotros... ¿Cómo? —inquirió Lilian.

—Con el invento de Henry —contestó Charlotte; había un ligero, muy ligero, temblor en su voz al decir eso—. El Fosfor. Enviará un destello de luz mágica extremadamente brillante, que iluminará todas las ventanas de la casa de De Quincey por un instante. Esa será la señal.

—Oh, Dios, no. Otra vez uno de los inventos de Henry —soltó Michael.

—Hubo algunas complicaciones con el Fosfor al principio, pero Henry me hizo una demostración anoche —protestó Charlotte—. Funciona perfectamente.

Michael soltó un bufido.

—¿Recordáis la última vez que Henry nos ofreció usar uno de sus inventos? Nos pasamos días limpiando tripas de pescado de nuestro equipo.

—Pero, Michael, aquello no debía usarse cerca del agua... —comenzó Charlotte, aún con la misma voz ligeramente temblorosa. Pero los otros ya habían comenzado a hablar entre ellos, charlando animadamente de los inventos fallidos de Henry y sus horribles consecuencias. Charlotte permaneció callada. Pobre Charlotte, pensaba Tessa, para la que su propia autoridad era tan importante y tan cara le costaba.

—Malditos, hablando así delante de ella —masculló Will.

Tessa lo miró con sorpresa. El chico miraba fijamente la escena que tenía lugar abajo, con los puños apretados a los lados. Vio que Will apreciaba mucho a Charlotte, y se sorprendió de cuánto la complacía descubrirlo. Quizá eso significase que Will finalmente sí que tenía sentimientos.

Aunque tampoco era que eso le importara demasiado... Apartó rápidamente la vista de Will y miró a Jem, que también parecía muy molesto. Se estaba mordiendo el labio.

—¿Dónde está Henry? ¿No debería haber llegado ya?

Como respondiéndole, la puerta se abrió de golpe; los tres se volvieron y vieron a Henry en el umbral, con la mirada enloquecida y el cabello alborotado. Apretaba algo en la mano: el tubo de cobre con el botón negro al lado que casi había hecho que Will se rompiera el brazo al caer del aparador del comedor.

Will lo miró temeroso.

—Aparta ese maldito objeto de mí.

Henry, que tenía la cara enrojecida y estaba sudando, lo miró horrorizado.

—¡Vaya! —exclamó—. Estaba buscando la biblioteca. El Enclave...

—Está reunido —acabó Jem—. Sí, lo sabemos. Están en el piso de abajo, Henry. En la tercera puerta a la derecha. Y será mejor que vayas cuanto antes. Charlotte te está esperando.

—Lo sé —gimió Henry—. Mierda, mierda, mierda. Sólo estaba tratando de perfeccionar el

Fosfor.

—Henry, Charlotte te necesita —insistió Jem.

—De acuerdo. —Henry se volvió como si fuera a salir corriendo, pero de nuevo se dio la vuelta y se quedó mirándolos, y una expresión de confusión le pasó por la pecosa cara, como si sólo en ese momento se preguntara por qué Will, Tessa y Jem estaban agachados juntos en un almacén que nunca se usaba—. Por cierto, ¿qué estáis haciendo vosotros aquí?

Will inclinó la cabeza y sonrió a Henry.

—Charadas —contestó Will—. Un juego complicado.

—Ah, bien —dijo Henry, y se marchó corriendo, dejando que la puerta se cerrara sola a su espalda.

—Charadas. —Jem bufó disgustado, y volvió a inclinarse hacia adelante, con los codos sobre las rodillas.

La voz de Callida les llegaba desde abajo.

—La verdad, Charlotte —estaba diciendo—, ¿cuándo admitirás que Henry no se ocupa en absoluto de la dirección de este lugar, y que lo estás haciendo todo sola? Quizá con la ayuda de Jem Carstairs y de Will Herondale, pero ninguno de ellos tiene más de diecisiete años. ¿De qué ayuda te pueden servir?

Charlotte murmuró algo quitando valor a esa observación.

—Es demasiado para una sola persona, sobre todo para alguien de tu edad —decía Benedict—. Sólo tienes veintitrés años. Si quisieras retirarte del cargo...

¡Sólo veintitrés! Tessa estaba anonadada. Pensaba que Charlotte era mucho mayor, sobre todo por la competencia que mostraba.

—El cónsul Wayland nos asignó la dirección del Instituto a mí y a mi esposo hace cinco años —replicó Charlotte con sequedad, y al parecer había recuperado la voz—. Si tienes alguna objeción a esa decisión, deberías hablarlo con él. Mientras tanto, dirigiré el Instituto como lo considere adecuado.

—Espero que eso signifique que los planes como el que sugieres se decidan aún por votación —repuso Benedict Lightwood—. ¿O es que ahora gobiernas imponiendo tus órdenes?

—No seas ridículo, Lightwood, por supuesto que habrá votación —respondió Michael, molesto, sin dar a Charlotte la oportunidad de replicar—. Los que estén a favor de actuar en lo de De Quincey que digan sí.

Tessa se sorprendió, porque se oyó un coro general de síes y ningún no. La discusión había sido lo suficientemente intensa como para hacerle pensar que al menos uno de los cazadores de sombras votaría en contra. Jem vio su mirada de sorpresa y sonrió.

—Siempre pasa lo mismo —murmuró—. Les gusta competir por el poder, pero ninguno de ellos votaría en contra en un asunto como éste. El resto lo consideraría un cobarde.

—Muy bien —dijo Benedict—. Entonces, será mañana por la noche. ¿Está todo el mundo lo suficientemente preparado? ¿Hay...?

La puerta de la biblioteca se abrió de golpe, y Henry entró a toda prisa con un aspecto, si eso fuera posible, aún más enloquecido que antes.

—¡Aquí estoy! —anunció—. No llego demasiado tarde, ¿verdad?

Charlotte se cubrió el rostro con las manos.

—Henry —dijo Benedict Lightwood con sequedad—. ¡Qué alegría verte! Tu esposa nos estaba hablando de tu último invento. El Fosfor, ¿no es así?

—¡Sí! —Henry alzó el Fosfor con orgullo—. Es esto. Y puedo prometer que funciona como se espera. ¿Lo veis?

—No hace falta que hagas una demostración —se apresuró a decir Benedict, pero ya era demasiado tarde. Henry ya había apretado el botón. Hubo un destello brillante, y las luces de la biblioteca se apagaron de golpe.

Tessa se encontró mirando un cuadrado negro en el suelo. Desde abajo le llegaron gritos ahogados. Hubo un chillido, y algo se cayó al suelo y se rompió. En medio de todo, se oía a Benedict Lightwood maldiciendo sonoramente.

Will alzó la cabeza y sonrió.

—Un poco incómodo para Henry —comentó alegremente—, y de algún modo, muy satisfactorio, ¿no creéis?

Tessa no pudo por menos que estar de acuerdo, en ambas apreciaciones.



## PÁLIDOS REYES Y PRINCESAS

Vi pálidos reyes y también princesas,  
pálidos guerreros, pálidos todos como la muerte.

JOHN KEATS, *La Belle Dame Sans Merci*

Mientras el carruaje traqueteaba por el Strand, Will alzó una mano enguantada en negro y apartó una de las cortinillas de la ventana, lo que permitió que un charco de luz de gas amarillenta encontrara su camino hasta el interior del oscuro vehículo.

—Parece que esta noche nos lloverá —comentó.

Tessa siguió su mirada; por la ventana descubrió un cielo nuboso de color gris acero; lo normal en Londres, pensó. Hombres con sombreros y largos abrigos se apresuraban por las aceras de ambos lados de la calle, los hombros encorvados contra el viento cargado de polvo de carbón, estiércol de caballo y todo tipo de sustancias irritantes para los ojos. De nuevo, Tessa pensó que podía oler el río.

—¿Eso que hay justo en medio de la calle es una iglesia? —se preguntó en voz alta.

—Es St. Mary le Strand —contestó Will—, y posee una larga historia, que no te voy a contar ahora. ¿Has estado escuchando algo de lo que te he dicho?

—Sí —respondió Tessa—, hasta que has empezado con lo de la lluvia. ¿A quién le importa la lluvia? Vamos de camino hacia una especie de... reunión social vampírica, y no tengo ni idea de cómo debo comportarme, y hasta ahora tampoco es que me hayas ayudado mucho.

Will torció la boca en una especie de sonrisa.

—Sólo ve con cuidado. Cuando llegemos a la casa, no puedes esperar que te ayude o te indique nada. Recuerda: soy tu siervo humano. Me tienes a tu lado por la sangre, para tenerla siempre que quieras, y por nada más.

—Así que esta noche no vas a decir —replicó Tessa— ni una sola palabra.

—No a no ser que me lo ordenes —repuso Will.

—Parece que esta noche podría ser mejor de lo que me esperaba.

Will no pareció haberla oído. Con la mano derecha tensaba uno de los brazaletes con cuchillo que llevaba en la muñeca izquierda. Miraba por la ventana, como si estuviera contemplando algo invisible a los ojos de ella.

—Tal vez creas que los vampiros son una especie de monstruos salvajes, pero estos vampiros no son así. Son tan refinados como crueles. Afilados cuchillos en la hoja roma de la humanidad. —Bajo la tenue luz, se le veía una expresión dura y decidida—. Tendrás que estar a la altura. Y por el amor de Dios, si no te ves capaz, no digas nada en absoluto. Tienen un sentido de la etiqueta bastante opaco y tortuoso. Una metedura de pata en sociedad puede significar la muerte instantánea.

Tessa apretó las manos sobre el regazo. Las tenía frías. Podía notar la gélida piel de Camille, incluso a través de los guantes.

—¿Bromeas? ¿Te refieres a algo parecido a lo que hiciste en la biblioteca, dejando caer aquel libro?

—No. —La voz de Will sonaba muy lejana.

—Will, me estás asustando. —Las palabras le salieron de la boca antes de poder detenerlas; se tensó, esperando que él se burlara.

Will apartó la mirada de la ventana y la miró como si de repente se hubiera dado cuenta de algo.

—Tess —comenzó, y Tessa sintió un repentino sobresalto; nunca nadie la había llamado Tess. Algunas veces, su hermano la había llamado Tessie, pero eso era todo—. Sabes que no tienes que hacer esto si no quieres.

Tessa inspiró profundamente, algo que no necesitaba hacer.

—Y entonces, ¿qué? ¿Damos media vuelta y volvemos a casa?

Will le cogió las manos. Las manos de Camille eran tan pequeñas que las de Will, enguantadas y hábiles, parecieron engullirlas.

—«Uno para todos, y todos para uno» —dijo.

Ella sonrió ligeramente.

—*Los tres mosqueteros*.

Ella miró fijamente. Sus ojos azules se veían muy oscuros, de una forma singular. Tessa había conocido a gente con ojos azules, pero siempre se había tratado de un azul claro. Los de Will eran del color del cielo justo en la frontera de la noche. Las largas pestañas los velaron al hablar.

—A veces, cuando tengo que hacer algo que no quiero, finjo ser el personaje de un libro. Es más fácil actuar como lo harían ellos.

—¿De verdad? ¿Y quién finges ser? ¿D'Artagnan? —preguntó Tessa, nombrando al único personaje de *Los tres mosqueteros* que pudo recordar.

—«Es algo mucho, muchísimo mejor lo que hago que aquello que nunca he hecho —citó Will—. Es un descanso mucho, muchísimo mejor al que voy que aquel que nunca he conocido».

—¿Sydney Carton? ¡Pero si dijiste que odiabas *Historia de dos ciudades*!

—Lo cierto es que no. —Will no parecía avergonzarse de su mentira.

—Y Sydney Carton era un alcohólico disoluto.

—Justamente. Ahí tienes a un hombre sin valores, consciente de ello, y aun así, por mucho que tratara de hundir su alma, había algo en él capaz de una gran acción. —Will bajó la voz—. ¿Recuerdas qué le dice a Lucie Manette? Que aunque es débil, aún puede arder...

—«Y aun así he tenido la debilidad, y aún tengo la debilidad, de desear que sepáis que con súbita maestría habéis prendido en mí, montón de cenizas que soy, un fuego» —susurró Tessa, que había leído *Historia de dos ciudades* más veces de las que podía contar. Vaciló un instante—. Pero eso era porque la amaba.

—Sí —repuso Will—. La amaba lo suficiente para saber que ella estaría mejor sin él.

Aún le tenía cogidas las manos, y ella notaba su calor ardiente a través de los guantes. Afuera, el viento soplabla con fuerza, y le había alborotado el pelo al cruzar el patio del Instituto camino del carruaje. Le hacía parecer más joven, y más vulnerable... como lo eran sus ojos, tan vulnerables como una puerta abierta. La forma en que la estaba mirando... No había pensado que Will pudiera, o quisiera, mirar a alguien así. Tessa pensó que si pudiera sonrojarse, cuan roja estaría en ese momento.

Y entonces deseó no haber pensado en eso. Porque, de forma inevitable y desagradable, ese pensamiento le llevó a otro: ¿la estaba mirando a ella o a Camille, que era, sin duda, exquisitamente hermosa? ¿Era ésa la razón del cambio en su expresión? ¿Podía ver a Tessa a través del disfraz o sólo el caparazón que la cubría?

Se echó hacia atrás y quiso liberar sus manos de las de Will, pero él se las apretaba. Le costó un momento soltarse.

—Tessa... —comenzó él, pero antes de que pudiera continuar, el carruaje se paró tan bruscamente que las cortinas se bambolearon.

—¡Hemos llegado! —anunció Thomas desde el asiento del cochero.

Después de respirar hondo, Will abrió la puerta, saltó a la acera y tendió la mano para ayudar a bajar a la joven.

Tessa se agachó al salir del carruaje para evitar chafar las rosas del sombrero de Camille. Aunque Will llevaba guantes, igual que ella, casi pudo imaginar que sentía la sangre de él latiéndole bajo la piel. El tenía color en las mejillas, y Tessa se preguntó si sería a causa del frío que le había hecho subir la sangre al rostro o se trataba de otra cosa diferente.

Se hallaban ante una enorme casa blanca con una entrada de blancas columnas. Estaba flanqueada de casas parecidas por ambos lados, como una fila de pálidas fichas de dominó. En lo alto de unos blancos escalones había una puerta de dos hojas pintada de negro. Se encontraba entreabierta, y Tessa pudo ver el brillo de la luz de las velas en el interior, titilando como una cortina.

Tessa se volvió para mirar a Will. Tras Will, Thomas estaba sentado al frente del carruaje, con el sombrero echado hacia adelante para ocultar su rostro. La pistola de mango plateado que llevaba dentro del bolsillo del chaleco quedaba oculta a la vista.

En algún lugar recóndito de su mente, Tessa notó que Camille reía, y supo, sin saber cómo, que acababa de percibir que la vampira se burlaba de su admiración por Will.

«Ahí estás», pensó Tessa, aliviada a pesar de su enfado. Había comenzado a temer que la voz interior de Camille nunca llegara hasta ella.

Se apartó de Will y alzó la barbilla. Esa pose altiva no resultaba natural en ella, pero sí en Camille.

—Te dirigirás a mí no como Tessa sino como haría un criado —dijo torciendo el labio—. Ahora, vamos. —Indicó la escalera con un gesto imperioso de la cabeza, y comenzó a caminar sin mirar si él la seguía.

Un lacayo de elegante librea esperaba en lo alto de la escalera.

—Su excelencia —murmuró, y mientras le hacía una reverencia, Tessa distinguió dos pinchazos de dientes en el cuello, justo sobre el borde de la librea. Se volvió para ver a Will a su espalda, y estaba a punto de presentárselo al lacayo cuando oyó la voz de Camille susurrándole desde el interior de la cabeza.

*No presentamos a nuestras mascotas humanas. Son nuestras propiedades y carecen de nombre, a no ser que decidamos darles uno.*

«Argh», pensó Tessa. Sumida en un profundo desagrado, ni tan siquiera se fijó en que el lacayo la guiaba por un largo pasillo hasta un gran salón de suelo de mármol. El lacayo le dedicó otra reverencia y se marchó; Will no se movió de su lado, y durante un instante ambos se quedaron mirando, asombrados.

La única iluminación procedía de velas. Por la sala se repartían docenas de candelabros de plata en los cuales ardían gruesas velas blancas. De las paredes emergían manos talladas en mármol, cada una de las cuales sujetaba una vela escarlata; la cera roja derramada salpicaba el borde del mármol tallado otorgándoles la apariencia de rosas.

Y entre los candelabros circulaban los vampiros, con rostros tan blancos como las nubes y extraños movimientos líquidos y gráciles. Tessa notó su parecido con Camille, los rasgos que compartían: la piel

sin poros, los ojos color de joya, las mejillas pálidas cubiertas de colorete artificial. Algunos parecían más humanos que otros; muchos iban vestidos a la moda de épocas pasadas: calzas hasta la rodilla y gruesos pañuelos de cuello; faldas tan anchas como las de María Antonieta, o recogidas detrás en grandes polisones, puños de encaje y volantes de lino. La mirada de Tessa recorrió la sala con ansiedad, buscando a alguien rubio que le resultara conocido, pero Nathaniel no se hallaba a la vista. En vez de localizarlo, se encontró tratando de evitar quedarse mirando a una mujer alta y esquelética, vestida a la moda de cien años atrás, con una pesada peluca y el rostro enharinado. Su nombre era lady Delilah, le susurró la voz de Camille desde el interior de su cabeza. Lady Delilah cogía de la mano a alguien pequeño, lo que hizo que Tessa se quedara parada —¿un niño en aquel lugar?—; sin embargo, cuando la persona se volvió, vio que también era un vampiro, con oscuros ojos hundidos en dos pozos en su rostro redondo de niño. Sonrió a Tessa mostrándole los colmillos.

—Debemos buscar a Magnus Bane —le susurró Will—. Se supone que él debe guiarnos en este embrollo. Te indicaré si lo veo.

Tessa estaba a punto de decirle que Camille reconocería a Magnus, cuando vio a un hombre delgado con una gran mata de pelo rubio y vestido con un frac negro. A Tessa le dio un vuelco el corazón, y entonces, se sintió amargamente decepcionada cuando el hombre se volvió. No era Nathaniel. Se trataba de un vampiro de rostro pálido y anguloso. Su cabello era rubio como el de Nate, casi carente de color a la luz de las velas. Le dedicó un guiño a Tessa y avanzó hacia ella, abriéndose paso entre la multitud. Tessa vio que no sólo había vampiros, sino también siervos humanos. Portaban relucientes bandejas, sobre las cuales había copas vacías. Junto a las copas, había un conjunto de utensilios de plata, todos muy afilados. Cuchillos, claro, y finas herramientas parecidas a los punzones que empleaban los zapateros para agujerear el cuero.

Mientras Tessa miraba sin entender, la mujer de la gran peluca empolvada detuvo a uno de los siervos. Chasqueó los dedos imperiosamente, y el nocturnal, un muchacho pálido vestido de gris, inclinó la cabeza a un lado obedientemente. La vampira cogió un fino punzón de la bandeja con sus delgados dedos y le clavó al chico la afilada punta en la piel del cuello, justo bajo el mentón. Las copas tintinearón sobre la bandeja cuando la mano del chico tembló, pero no la dejó caer, ni siquiera cuando la mujer alzó una copa y se la presionó contra el cuello para que la sangre fluyera dentro en un fino reguero.

Tessa notó que se le tensaba el estómago con una súbita mezcla de repulsión... y de hambre; no podía negar el hambre, aunque perteneciera a Camille y no a ella. Pero más intenso que su sed era su horror. Observó a la vampira llevarse la copa a los labios y beber, mientras el chico humano permanecía junto a ella, con el rostro grisáceo y temblando. Tessa pensó que eso le serviría para recordar, y tal vez lo necesitara, que por mucho que esos vampiros parecieran personas, seguían siendo monstruos.

Deseó coger la mano de Will, pero una baronesa vampira nunca le cogería la mano a un siervo humano. Estiró la espalda, y llamó a Will a su lado chasqueando los dedos. Él alzó los ojos, sorprendido, y acudió a su lado, luchando para ocultar su enfado. Debía ocultarlo.

—No te vayas por ahí, William —le dijo con una mirada de advertencia—. No quiero perderte entre el gentío.

Will apretó los dientes.

—Tengo la extraña sensación de que estás disfrutando con esto —dijo en un susurro.

—No hay nada de extraño en ello. —Tessa se sentía tan atrevida que le dio unos golpecitos bajo la barbilla con la punta de su abanico de encaje—. Tú compórtate y ya está...

—Cuesta mucho entrenarlos, ¿verdad? —El hombre del cabello sin color surgió de entre la multitud y le hizo una pequeña reverencia a Tessa—. Me refiero a los siervos humanos —añadió, al confundir la expresión de sorpresa de Tessa con incompreensión—. Y luego, cuando ya los tienes bien entrenados, acaban muriendo de una cosa u otra. Los humanos son unas criaturas muy delicadas. La misma longevidad que las mariposas.

El hombre sonrió. La sonrisa mostró sus dientes. Tenía la piel del color azul pálido del hielo duro. Su cabello era casi blanco y caía como una tiesa cortina sobre los hombros, llegando justo al cuello de su elegante chaqueta negra. El chaleco era de seda gris, con un estampado de símbolos plateados entrelazados. Parecía un príncipe ruso salido de un libro.

—Me alegro de verla, lady Belcourt —dijo él, y su voz tenía algo de acento... no francés, sino más bien eslavo.

*Alexei de Quincey*, susurró la voz de Camille a Tessa. De repente, se le formaron imágenes en la cabeza, como si hubieran encendido una fuente de la que manaban recuerdos en vez de agua. Se vio a sí misma bailando con De Quincey, con las manos sobre los hombros de él; luego se hallaba junto a un torrente negro bajo el cielo de una noche nortea, observándolo a él alimentarse de algo pálido y tirado sobre la hierba; después se vio sentada inmóvil con otros vampiros a una larga mesa presidida por De Quincey, que gritaba a pleno pulmón a la par que estrellaba los puños contra la mesa con tanta fuerza que el mármol se esquilaba. Le estaba chillando a ella; algo sobre un licántropo y una relación que viviría para lamentar. Por último, se vio sentada sola en una habitación, a oscuras, llorando, y De Quincey entraba, se arrodillaba junto a ella y le cogía la mano, con intención de consolarla, aunque él había sido una de las causas de su dolor.

«¿Pueden llorar los vampiros?», pensó Tessa. Y luego: «Alexei de Quincey y Camille Belcourt se conocen desde hace mucho tiempo. Antes eran amigos, y él cree que aún lo son».

—Alexei —dijo—. Yo también me alegro de verte. —Le tendió la mano y se mantuvo inmóvil mientras él se la besaba con sus helados labios.

La mirada de De Quincey fue de Tessa a Will, y se lamió los labios.

—Veo que tu gusto en lo referente a nocturnales está mejorando. Este es bastante atractivo. —Extendió una delgada mano pálida y pasó el índice por la mejilla de Will hasta el mentón—. Un color tan peculiar —comentó—. Y esos ojos.

—Gracias —repuso Tessa, de la forma que alguien respondería al recibir un cumplido por una acertada elección de papel pintado. Inquieta, observó a De Quincey acercarse más a Will, a quien se veía pálido y tenso. Tessa se preguntó si a Will le estaría costando contenerse cuando sin duda todos los nervios de su cuerpo estarían gritando: «¡Enemigo! ¡Enemigo!».

De Quincey bajó el dedo desde el mentón de Will hasta el cuello, a un punto en la clavícula donde le latía el pulso.

—Aquí —dijo, y esta vez, al sonreír, mostró los blancos colmillos. Eran afilados y puntiagudos, como agujas. Los párpados se le bajaron, lánguidos y pesados, y habló con una voz grave y tensa—. No te importaría, ¿verdad, Camille?, si sólo tomara un poco...

A Tessa se le nubló la vista. De nuevo vio a De Quincey, con la pechera de la camisa manchada de sangre, y vio un cuerpo colgando boca abajo desde un árbol al borde del oscuro torrente, con los pálidos dedos rozando el agua negra.

Su mano salió disparada, más rápido de lo que nunca se hubiera imaginado que pudiera moverse, y agarró a De Quincey por la muñeca.

—No, querido, no —dijo con un tono acaramelado—. Me gustaría conservarlo un poco más. Ya sabes que, a veces, tu apetito puede contigo. —Bajó los párpados.

De Quincey soltó una risita.

—Por ti, Camille, ejercitaré la contención. —Apartó la muñeca, y durante un instante, bajo su actitud seductora, Tessa creyó entrever un destello de rabia en sus ojos, rápidamente velado—. En honor a nuestra larga amistad.

—Muchas gracias, Alexei.

—¿Has contemplado de nuevo, querida, mi oferta de pertenecer al Club Pandemónium? Sé que los mundanos te aburren, pero considéralos una mera fuente de fondos. Los que estamos en la junta directiva estamos al borde de unos... descubrimientos muy interesantes. Un poder más allá de nuestros sueños más locos, Camille.

Tessa esperó, pero la voz interior de Camille guardó silencio, ¿por qué? Trató de no caer en el pánico y consiguió sonreír a De Quincey.

—Mis sueños —repuso, y esperó que él pensara que el quiebro de su voz era de diversión y no de miedo— pueden ser mucho más locos de lo que te imaginas.

A su lado, notó que Will le lanzaba una mirada de sorpresa, pero rápidamente se controló y, de nuevo con un rostro inexpresivo, miraba hacia otro lado. De Quincey, con los ojos brillantes, se limitó a sonreír.

—Sólo te pido que consideres mi oferta, Camille. Debo atender a mis otros invitados. Confío en que te veré durante el espectáculo.

Anonadada, Tessa asintió con la cabeza.

—Sí, claro.

De Quincey se inclinó ante ella, se volvió y se perdió entre la gente. Tessa dejó escapar el aire. Sin ser consciente de ello, había estado conteniéndolo.

—No hagas eso —le advirtió Will en un susurro—. Los vampiros no necesitan respirar, recuerda.

—Dios, Will. —Tessa se dio cuenta de que estaba temblando—. Te iba a morder.

Will tenía los ojos oscurecidos por la furia.

—Antes lo habría matado.

Se oyó una voz a la espalda de Tessa.

—Y entonces, ambos estaríais muertos.

Tessa se volvió en redondo y vio a un hombre alto, que había aparecido a su espalda tan silenciosamente como el humo. Vestía con una elaborada casaca de brocado, sin duda más propia del siglo anterior, con una exuberancia de encaje alrededor del cuello y en los puños. Bajo la casaca, Tessa pudo ver unos pantalones bombachos, y zapatos de hebilla. Tenía el cabello como espesa seda negra, tan oscuro que resultaba azulado; era de piel morena, y tenía unos rasgos similares a los de Jem. Tessa se preguntó si quizá, al igual que Jem, sería de origen extranjero. En una de las orejas llevaba un aro de plata del que colgaba un pendiente del tamaño de un dedo, que destellaba bajo las luces, y también lucía diamantes encastados en el pomo de su grueso bastón de paseo. Aquel hombre parecía relucir, como una luz mágica. Tessa lo miró fijamente; nunca había visto a nadie vestido de una forma tan rara.

—Éste es Magnus —murmuró Will, que parecía aliviado—. Magnus Bane.

—Mi querida Camille —dijo Magnus mientras se inclinaba para besar su enguantada mano—. Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez.

En cuanto él la tocó, los recuerdos de Camille le inundaron la mente; el recuerdo de Magnus

abrazándola, besándola, tocándola de una manera claramente íntima y personal. Tessa sacudió la cabeza sin poder evitar un leve gemido.

«Y ahora te da por regresar», pensó resentida con Camille.

—Ya veo —murmuró Magnus mientras se incorporaba.

Cuando los ojos de Magnus miraron a Tessa, ésta casi perdió la compostura: eran de un verde dorado con las pupilas en vertical, los ojos de un gato en un rostro humano. Y cargados de brillante diversión. A diferencia de Will, cuyos ojos mantenían un rastro de tristeza incluso cuando estaba contento, los ojos de Magnus mostraban una alegría sorprendente. Los movió hacia un lado, y señaló con un gesto de la cabeza el fondo de la sala, para indicar a Tessa que lo siguiera.

—Acompáñame. Hay una salita privada donde podremos hablar.

Tessa lo siguió como en un sueño, con Will a su lado. ¿Se lo estaba imaginando o era cierto que los blancos rostros de los vampiros la miraban al pasar? Una vampira pelirroja con un elaborado vestido azul le clavó la mirada; la voz de Camille le susurró que la mujer tenía celos del aprecio que le mostraba De Quincey. Tessa se alegró cuando, finalmente, Magnus llegó a una puerta, tan bien disimulada entre los paneles de la pared que Tessa no vio que se trataba de una puerta hasta que el brujo sacó una llave. Abrió la puerta con un suave clic. Will y Tessa lo siguieron adentro.

La sala era una biblioteca que mostraba señales evidentes de poco uso; aunque los volúmenes se alineaban en las paredes, estaban llenos de polvo, igual que las cortinas de terciopelo que cubrían las ventanas. Al cerrarse la puerta tras ellos, la luz de la estancia se atenuó; antes de que Tessa pudiera decir nada, Magnus chasqueó los dedos y dos fuegos gemelos se alzaron en las chimeneas que había en cada uno de los extremos de la sala. Las llamas eran azules, y el primer fuego emanaba un fuerte aroma, como de varillas de incienso.

—¡Oh! —Tessa no pudo evitar una exclamación de sorpresa.

Sonriendo, Magnus se tumbó sobre la gran mesa de mármol que ocupaba el centro de la sala y se puso de lado, con la cabeza apoyada en la mano.

—¿Nunca habías visto a un mago en acción?

Will soltó un exagerado suspiro.

—Por favor, evita burlarte de Tessa, Magnus. Espero que Camille te haya dicho que conoce muy poco sobre el Mundo de las Sombras.

—Sin duda —repuso Magnus sin mostrar ningún arrepentimiento—, pero cuesta creerlo, viendo lo que puede hacer. —Tenía los ojos clavados en Tessa—. He visto tu rostro cuando te besaba la mano. Has sabido inmediatamente quién era yo, ¿verdad? Sabes lo que Camille sabe. Hay algunos brujos y demonios que pueden Cambiar, adoptar cualquier forma. Pero nunca he oído hablar de ninguno que pueda hacer lo que tú puedes hacer.

—No se puede afirmar con seguridad que yo sea una bruja —dijo Tessa—. Charlotte dice que no estoy marcada como lo estaría un brujo.

—Oh, eres una bruja. Puedes estar segura. Sólo porque no tengas las orejas de murciélago... — Magnus vio que Tessa fruncía el ceño, y alzó una ceja—. Oh, pero tú no quieres ser una bruja, ¿verdad? Desprecias esa idea.

—Es que nunca pensé... —susurró Tessa—. Que fuera otra cosa que una simple humana.

En el tono de Magnus había cierta compasión.

—Pobrecilla. Ahora que sabes la verdad, no puedes dar marcha atrás.

—Déjala en paz, Magnus. —El tono de Will era cortante—. Debo registrar la sala. Si no me vas a

ayudar, al menos trata de no atormentar a Tessa mientras lo hago. —Fue hacia el enorme escritorio de roble que se hallaba en el rincón de la biblioteca y comenzó a remover los papeles que había encima.

Magnus miró a Tessa y le guiñó un ojo.

—Creo que está celoso —dijo en un susurro de complicidad.

Tessa negó con la cabeza y fue hacia la estantería más cercana. Había un libro abierto sobre el estante, como para exponerlo. Las páginas estaban cubiertas de brillantes dibujos intrincados, y algunas partes de la ilustración relucían como si las hubieran pintado con oro. Tessa soltó una exclamación desconcertada.

—Es la Biblia.

—¿Te sorprende? —inquirió Magnus.

—Pensaba que los vampiros no podían tocar cosas sagradas.

—Depende del vampiro... de cuánto tiempo lleva vivo y del tipo de fe que tenga. De Quincey colecciona biblias. Asegura que ningún otro libro alberga tanta sangre en sus páginas.

Tessa miró hacia la puerta cerrada. Resultaba audible un tenue sonido de voces del otro lado.

—¿No desataremos algún tipo de comentario, escondiéndonos así? Los otros... vampiros... Estoy segura de que nos miraban cuando entramos.

—Estaban mirando a Will. —En cierto sentido, la sonrisa de Magnus era tan enervante como la de un vampiro, aunque no tuviera colmillos—. Will no acaba de dar el pego.

Tessa miró a Will, que estaba rebuscando por los cajones del escritorio con las manos enguantadas.

—Y supongo que tú eres un auténtico cuadro al óleo —replicó Will.

Magnus no le hizo caso.

—Will no se comporta como los otros siervos humanos. Por ejemplo, no contempla a su señora con una adoración ciega.

—Es ese horrible sombrero que lleva —soltó Will—. Me echa de espaldas.

—Los siervos humanos nunca se «echan de espaldas» —dijo Magnus—. Adoran a sus señores vampiros, lleven lo que lleven. Claro que los invitados también miraban porque están al corriente de mi relación con Camille, y se preguntan qué podremos estar haciendo en la biblioteca... solos. —Movió las cejas mirando a Tessa.

La muchacha pensó en las visiones que había contemplado en su mente.

—De Quincey... Le dijo algo a Camille sobre arrepentirse de su relación con un licántropo. Lo dijo como si ella hubiera cometido un crimen.

Magnus, que se había tumbado de espaldas y hacía rodar el bastón sobre su cabeza, se encogió de hombros.

—Para él lo sería. Los vampiros y los hombres lobo se odian. Dicen que tiene algo que ver con el hecho de que las dos razas de demonios que los engendraron mantenían una enemistad de sangre, pero si quieres saber mi opinión, te diré que sólo se debe a que ambos son depredadores, y los depredadores siempre se resienten de las incursiones en su territorio. Tampoco es que a los vampiros les gusten mucho las hadas, o los de mi clase, pero le caigo bien a De Quincey. Cree que somos amigos. Lo cierto es que sospecho que le gustaría que fuéramos más que amigos. —Magnus sonrió de oreja a oreja, ante la confusión de Tessa—. Pero lo desprecio, aunque él no lo sabe.

—Entonces, ¿por qué pasas tiempo con él? —preguntó Will, que había empezado a registrar un alto secreter entre dos de las ventanas—. ¿Por qué vienes a su casa?

—Política —repuso Magnus, y se volvió a encoger de hombros—. Es el jefe de su clan; si Camille



no asistiera a estas fiestas cuando la invitan, se consideraría un insulto. Y para mí, dejarla que venga sola sería... una imprudencia. De Quincey es peligroso, y no menos para aquellos de su especie. Sobre todo para los que no le han complacido en el pasado.

—Entonces deberías... —empezó Will, pero se detuvo y la voz le cambió—. He encontrado algo. —Hizo una pausa—. Quizá deberías echarle una ojeada a esto, Magnus. —Will fue hasta la mesa y dejó encima de ella lo que parecía una larga hoja de papel enrollada. Hizo un gesto a Tessa para que se uniera a ellos, y desenrolló el papel sobre la mesa—. No había nada interesante en el escritorio —explicó—, pero he encontrado esto, escondido en un cajón falso del secreter. Magnus, ¿qué te parece?

Tessa, que se había puesto al lado de Will junto a la mesa, miró el papel. Contenía un mapa esquemático de un esqueleto humano hecho de pistones, engranajes y planchas de metal trabajado. El cráneo tenía una mandíbula con una bisagra, agujeros para los ojos y una boca que acababa justo tras los dientes. También tenía un panel en el pecho, igual que Miranda. A lo largo del lado izquierdo de la hoja había escrito lo que parecían notas, en un idioma que Tessa no pudo descifrar. Las letras le resultaban totalmente desconocidas.

—El plano de un autómatas —contestó Magnus inclinando la cabeza hacia un lado—. Un ser humano artificial. A los humanos siempre les han fascinado esas criaturas, supongo que porque son humanoides pero no puede morir ni resultar heridas. ¿Has leído El libro del conocimiento de los ingenios mecánicos?

—Nunca he oído hablar de él —contestó Will—. Tampoco parece tu clase de libro, ¿verdad? —preguntó a Tessa.

Ésta negó con la cabeza.

—Lo escribió un estudioso árabe, dos siglos antes de Leonardo da Vinci, y explica cómo se pueden construir máquinas que imiten las acciones de los seres humanos. Por eso, en este dibujo en sí no hay nada alarmante. Lo que me preocupa es esto. —El largo dedo de Magnus rozó suavemente el escrito del lado izquierdo de la página.

Will se acercó más. Su manga rozó el brazo de Tessa.

—Sí, eso es lo que quería preguntarte. ¿Es un hechizo?

Magnus asintió.

—Un hechizo de sujeción. Tiene el propósito de insuflar energía demoníaca en un objeto inanimado, lo que da al objeto una especie de vida. Lo he visto en acción. Antes de los Acuerdos, a los vampiros les gustaba divertirse creando pequeños mecanismos demoníacos como cajas de música que sólo sonaban por la noche, caballos mecánicos que sólo podía correr después del ocaso y ese tipo de tonterías. —Tamborileó, pensativo, el pomo de su bastón—. Uno de los grandes problemas de crear autómatas convincentes siempre ha sido, claro, su aspecto. Ningún otro material posee el aspecto de la carne humana.

—Pero ¿y si se usara carne humana? —preguntó Tessa.

Magnus hizo una delicada pausa.

—En ese caso, el problema para diseñadores humanos es, eh, evidente. Conservar la carne destruye su aspecto. Se tendría que usar la magia. Y luego otra vez la magia, para sujetar la energía demoníaca al cuerpo mecánico.

—¿Y qué se conseguiría con eso? —preguntó Will, con cierta inquietud.

—Se han construido autómatas que pueden escribir poemas y dibujar paisajes, pero sólo son capaces de recrear aquellos para los que están programados. No tienen imaginación ni creatividad. Sin

embargo, al animarlos con energía demoníaca, un autómatas tendría una cierta dosis de pensamiento y voluntad. Sin embargo, cualquier espíritu sujeto está esclavizado. Inevitablemente obedecería por completo a aquel que hubiera realizado la sujeción.

—Un ejército mecánico —dijo Will, y había una especie de amarga burla en su voz—. Nacido ni del Cielo ni del Infierno.

—Yo no iría tan lejos —repuso Magnus—. Las energías demoníacas no son algo que se encuentre con facilidad. Se debe invocar a los demonios, luego sujetarlos, y ya sabes lo difícil que es ese proceso. Obtener suficientes energías demoníacas para crear un ejército sería casi imposible y extraordinariamente arriesgado. Incluso para un cabrón malvado como De Quincey.

—Ya veo. —Y sin más, Will enrolló el papel y se lo metió en la chaqueta—. Te agradezco mucho tu ayuda, Magnus.

Magnus pareció ligeramente confundido, pero contestó cortésmente.

—De nada.

—Intuyo que no lamentarías que De Quincey desapareciera y que otro vampiro ocupara su puesto —dijo Will—. ¿Lo has visto violar la Ley directamente?

—En una única ocasión. Se me invitó a presenciar un espectáculo teatral. En vez de eso... —Magnus parecía muy serio, algo que no solía ir con él—. En fin, déjame que te lo muestre.

Fue hacia la estantería que Tessa había estado mirando antes, y les hizo gestos para que lo siguieran. Ambos se acercaron a él. Magnus volvió a chasquear los dedos, y mientras saltaban chispas azules, la Biblia ilustrada se deslizó hacia un lado y dejó al descubierto un agujerito en la madera de la parte posterior de la estantería. Cuando Tessa se inclinó hacia él, sorprendida, vio que ofrecía una vista de una elegante sala de música. Al menos, eso fue lo que pensó al principio, al ver sillas colocadas en fila de cara al fondo de la sala; parecía una especie de teatro. Hileras de candelabros encendidos servían de iluminación. Cortinas de satén rojo cerraban la pared del fondo, y no había nada delante de ellas excepto una única silla con un alto respaldo de madera.

En los brazos de la silla había unos grilletes de acero, que brillaban como caparazones de insectos bajo la luz de las velas. La madera de la silla estaba salpicada, aquí y allí, de manchas rojas. Tessa vio que las patas estaban clavadas al suelo.

—Ahí es donde realizan sus... espectáculos —explicó Magnus, con un deje de asco en la voz—. Traen a un humano y lo atan a la silla. Se turnan para ir desangrando lentamente a la víctima, mientras el público mira y aplaude.

—¿Y disfrutan con eso? —preguntó Will, y en su voz había más que un deje de asco—. ¿El dolor de los humanos? ¿Su miedo?

—No todos los Hijos de la Noche son así —contestó Magnus en voz baja—. Estos son los peores.

—Y las víctimas —preguntó Will—, ¿de dónde las sacan?

—Criminales, sobre todo —contestó Magnus—. Borrachos, drogadictos, prostitutas. Los perdidos y olvidados. Aquellos a los que nadie echa de menos. —Miró directamente a Will—. ¿Te importaría explicarme tu plan?

—Lo llevaremos a cabo en cuanto veamos que violan la Ley —detalló Will—. En cuanto un vampiro comience a dañar a un humano, haré una señal al Enclave. Atacarán.

—Aja. ¿Y cómo piensan entrar?

—No te preocupes por eso. —Will ni si inmutó ante la pregunta—. Tu cometido es llevar a Tessa

hasta ese punto, y luego sacarla sana y salva de aquí. Thomas nos está esperando fuera con el carruaje. Entrad en él y os llevará al Instituto.

—Me parece un desperdicio de mis capacidades, que me asignen para cuidar a una muchacha de tamaño moderado —observó Magnus—. Sin duda podríais usarme...

—Éste es un asunto de los cazadores de sombras —le cortó Will—. Nosotros promulgamos la Ley, y nosotros la hacemos respetar. La asistencia que nos has prestado ha sido invaluable, pero no necesitamos nada más de ti.

Magnus miró a Tessa a los ojos por encima del hombro de Will; la mirada del brujo era irónica.

—El orgulloso aislamiento de los nefilim. Te usan cuando te necesitan, pero no soportan compartir una victoria con los subterráneos.

Tessa se dirigió a Will.

—¿Y también me echas a mí, antes de que empiece la pelea?

—Debo hacerlo —contestó Will—. Es mejor para Camille que no la vean cooperando con los cazadores de sombras.

—Eso es una tontería —replicó Tessa—. De Quincey sabrá que yo... que ella te trajo aquí. Sabrá que ha mentido sobre dónde te encontró. ¿Camille cree que, después de esto, el resto del clan no sabrá que es una traidora?

En alguna parte de su cabeza, oyó la risa de Camille. No parecía asustada.

Will y Magnus intercambiaron una mirada.

—Ella espera —explicó Magnus— que ni uno solo de los vampiros que están aquí esta noche sobreviva para acusarla.

—Los muertos no pueden hablar —dijo Will. El parpadeo de la luz le teñía el rostro con rayas negras y doradas; la línea del mentón era dura. Miró hacia el agujero y entrecerró los ojos—. Mirad.

Los tres se apiñaron para acercarse al agujero, por el que vieron que la puerta de uno de los extremos de la sala de música se abría. Al otro lado de ella había un salón grande, iluminado con velas; los vampiros comenzaron a cruzar la puerta e iban tomando asiento ante el «escenario».

—Es la hora —dijo Magnus en voz baja, y cerró el agujero.

La sala de música estaba casi llena. Tessa, cogida del brazo de Magnus, la observaba mientras Will se abría camino entre la gente buscando tres asientos libres que estuvieran juntos. Mantenía la cabeza gacha y los ojos fijos en el suelo, pero aun así...

—Aún siguen mirándolo —le dijo Tessa a Magnus en un susurro—. A Will, me refiero.

—Claro que sí —contestó Magnus. Sus ojos reflejaban la luz como los de un gato mientras recorrían la sala—. Míralo. El rostro de un ángel malicioso y los ojos como el cielo nocturno en el Infierno. Es muy hermoso, y a los vampiros les gusta eso. Y no puedo decir que a mí me moleste. —Magnus sonrió de medio lado—. Cabello negro y ojos azules son mi combinación favorita.

Tessa alzó la mano para tocarse el cabello de Camille.

Magnus se encogió de hombros.

—Nadie es perfecto.

Tessa no tuvo que contestar; Will les había encontrado asiento y los llamaba agitando una mano enguantada. Tessa trató de no prestar atención a la forma en que lo miraban los vampiros, mientras permitía que Magnus la guiara hacia las sillas. Era cierto que Will era guapo, pero ¿qué más les daba? Para ellos, Will sólo era comida, o eso creía.

Se sentó con Magnus a un lado y Will al otro, y sus faldas de tafetán de seda susurraron como

hojas bajo un fuerte viento. La sala estaba fría, al contrario a como hubiera estado si sus ocupantes hubiesen sido seres humanos, que hubieran aportado al ambiente su calor corporal. La manga de Will se alzó cuando se llevó la mano al bolsillo del chaleco para darle palmaditas, y Tessa vio que tenía la piel de gallina. Se preguntó si los compañeros humanos de los vampiros tendrían siempre frío.

Una oleada de murmullos se alzó entre el público, y Tessa apartó los ojos de Will para mirar hacia el escenario. La luz de los candelabros no llegaba hasta el fondo de la sala: partes del escenario quedaban entre las sombras, e incluso los ojos de vampiro de Tessa no podían distinguir qué se estaba moviendo allí hasta que De Quincey subió al estrado.

El público quedó en silencio. Entonces el anfitrión sonrió. Era una sonrisa de loco, que mostraba los colmillos y transfiguraba su rostro. Parecía salvaje y enardecido, como un lobo. Un murmullo de admiración recorrió la sala, de la misma forma que un público humano podría mostrar su admiración hacia un actor con una presencia especialmente buena en el escenario.

—Buenas noches —comenzó De Quincey—. Bienvenidos, amigos. Los que os habéis unido a mí aquí —y sonrió directamente a Tessa, que estaba demasiado nerviosa para hacer algo más que devolverle la mirada— sois los orgullosos Hijos de la Noche. No inclinamos la cabeza ante el yugo opresor de la Ley. No respondemos ante los nefilim. Ni abandonaremos nuestras antiguas costumbres para satisfacer su capricho.

Era imposible no notar el efecto que el discurso de De Quincey estaba teniendo en Will. Estaba tenso como un arco, con los puños apretados sobre el regazo y las venas del cuello a punto de estallar.

—Hoy tenemos un prisionero —continuó De Quincey—. Su crimen ha sido traicionar a los Hijos de la Noche. —Su mirada recorrió el público de vampiros expectantes—. ¿Y cuál es el castigo para tal traición?

—¡La muerte! —gritó una voz, la vampira llamada Delilah. Estaba sentada en el borde de la silla, con una terrible ansia en el rostro.

Los otros vampiros secundaron el grito.

—¡Muerte! ¡Muerte!

Más formas aparecieron de entre las sombras en el escenario. Dos vampiros sujetaban a un hombre que se debatía por escapar. Una capucha negra ocultaba los rasgos del hombre. Lo único que Tessa pudo ver fue que era delgado, seguramente joven, y que estaba muy sucio y su elegante ropa parecía rasgada y manchada. Los pies descalzos fueron dejando restos de sangre sobre las planchas del suelo mientras los dos hombres lo arrastraban y lo tiraban sobre la silla. Un ligero sonido de compasión se le escapó a Tessa; notó que Will se tensaba a su lado.

El hombre continuó sacudiéndose débilmente, como un insecto atravesado por una aguja, mientras los vampiros le ataban las manos y los pies a la silla, y luego se apartaban. De Quincey sonrió de nuevo; los colmillos eran visibles. Le brillaron como agujas de marfil mientras recorría a su público con la mirada. Tessa notó la impaciencia de los vampiros, y más que su impaciencia, su hambre. Ya no se parecían al público elegante de humanos en un teatro. Eran leones ávidos oliendo la presa, echados hacia adelante en sus asientos, con los ojos muy abiertos y brillantes, y la boca colgando.

—¿Cuándo? —preguntó Tessa a Will en un susurro desesperado—. ¿Cuándo llamaremos al Enclave?

La voz de Will era tensa.

—Cuando le saque sangre. Debemos verle hacerlo.

—Will...

—Tessa. —Will susurró su nombre auténtico, mientras le apretaba los dedos con los suyos—. Cállate.

Reacia, Tessa devolvió la atención al escenario, donde De Quincey estaba acercándose al prisionero atado. Se detuvo junto a la silla, extendió la mano, y con los delgados dedos rozó el hombro del prisionero, tan suavemente como el paso de una araña. El prisionero se convulsionó; se sacudió presa de un terror desesperado cuando la mano del vampiro fue subiéndole por el hombro hasta el cuello. De Quincey puso dos dedos blancos sobre el punto donde le latía el pulso al hombre, como si fuera un médico que comprobara los latidos de un paciente.

De Quincey llevaba un anillo de plata en un dedo; Tessa vio que un lado se afilaba como una aguja en punta cuando De Quincey apretó el puño. Hubo un destello plateado, y el prisionero gritó, el primer sonido que hacía. Hubo algo familiar en ese sonido.

Una fina línea roja fue apareciendo en el cuello del prisionero, como un hilillo de vino tinto. La sangre fue manando y caía por el hueco de la clavícula. El prisionero se debatía mientras De Quincey, con un rostro que era una máscara de ansia, tocaba con dos dedos el líquido rojo. Se llevó los manchados dedos a la boca. El público siseaba y gemía, casi incapaz de permanecer en sus asientos. Tessa miró hacia la mujer con el sombrero de plumas blancas. Tenía la boca abierta y la baba le mojaba la barbilla.

—Will —murmuró Tessa—. Will, por favor.

Will miró más allá de ella, a Magnus.

—Magnus, sácala de aquí.

Algo en Tessa se rebeló ante la idea de que la echaran de allí.

—Will, no, estoy bien aquí...

Will habló en voz baja, pero los ojos le ardían.

—Ya hemos hablado de esto. Vete, o no llamaré al Enclave. Vete, o ese hombre morirá.

—Vamos. —Era Magnus, que le cogía el codo con una mano para que se levantara. Lentamente, Tessa permitió que el brujo la pusiera en pie y luego la guiara hacia la puerta. Tessa miró alrededor con inquietud, para ver si alguien había notado su marcha, pero nadie los estaba mirando. Toda la atención estaba volcada en De Quincey y en el prisionero, y muchos vampiros estaban ya en pie, siseando, coreando y emitiendo inhumanos sonidos de hambre.

Entre la multitud, Will permanecía sentado, tirado hacia adelante como un perro de caza ansioso por que lo soltaran de la correa. Se llevó la mano izquierda al bolsillo del chaleco, y se incorporó con algo de cobre entre los dedos.

El Fosfor.

Magnus abrió la puerta.

—Date prisa.

Tessa vaciló, y miró de nuevo hacia el escenario. De Quincey estaba justo detrás del hombre atado. Tenía la sonriente boca manchada de sangre. Cogió la capucha del prisionero.

Will se puso en pie y alzó el Fosfor por encima de la cabeza. Magnus lanzó una maldición y tiró del brazo de Tessa. Ella ya estaba medio girada para seguirlo, pero se quedó helada cuando De Quincey sacó de golpe la negra capucha para mostrar el rostro del prisionero.

Tenía el rostro hinchado y amoratado a causa de los golpes. Un ojo estaba completamente morado y cerrado por la hinchazón. El cabello rubio se le pegaba a la cabeza con sangre y sudor. Pero nada de eso importaba; Tessa lo hubiera reconocido de cualquier forma, en cualquier lugar. En ese momento

supo por qué su grito de dolor le había resultado familiar.  
Era Nathaniel.

# 11

## POCOS SON ÁNGELES

Todos somos hombres,  
por naturaleza, frágiles y capaces  
de nuestra carne; pocos son ángeles.

SHAKESPEARE, *Enrique VIII*

Tessa gritó.

No fue el suyo un grito humano, sino un grito de vampiro. Casi ni reconoció el sonido que surgió de su propia garganta; le recordó el sonido del cristal al romperse. Sólo después se daría cuenta de que estaba gritando palabras. Habría pensado que gritaría el nombre de su hermano, pero no fue así.

—¡Will! —gritaba—. ¡Will, ahora! ¡Hazlo ya!

Un murmullo de asombro recorrió la sala. Docenas de pálidos rostros se volvieron hacia Tessa. Sus gritos habían roto el embrujo de la sangre. De Quincey permaneció inmóvil en el escenario; incluso Nathaniel la estaba mirando, aturcido y pasmado, como si se preguntara si los gritos de ella eran un sueño nacido de su propia agonía.

Will, con el dedo en el botón del Fosfor, vacilaba. Su mirada se encontró con la de Tessa. Fue sólo una fracción de segundo, pero De Quincey captó la mirada. Como si pudiera leerla, su expresión cambió y apuntó directamente a Will con la mano.

—¡El chico! —rugió—. ¡Detenedlo!

Will apartó los ojos de los de Tessa. Los vampiros ya estaban yendo hacia él, con los ojos incendiados de hambre y furia. Will miró más allá de ellos, a De Quincey, que había avanzado hasta el borde del escenario y lo miraba enfurecido. No había miedo en el rostro de Will cuando se encontró con la mirada del vampiro, ni vacilación, ni sorpresa.

—¡No soy un chico! —afirmó—. ¡Soy nefilim! Y apretó el botón.

Tessa se preparó para la llamada de blanca luz mágica. Pero en vez de eso se oyó el crepitar de las llamas de los candelabros al crecer hasta el techo. Saltaron chispas; el suelo se cubrió de ardientes ascuas, que prendieron fuego a las cortinas, a las faldas de las mujeres. En un instante, la sala estuvo llena de nubes de humo negro y de gritos, agudos y horribles.

Tessa ya no podía ver a Will. Trató de correr hacia él, pero Magnus, al que había olvidado, la cogió con fuerza por la muñeca.

—Tessa, no —le dijo, y cuando ella respondió tirando con más fuerza, añadió—: ¡Tessa! ¡Ahora eres un vampiro! Si te alcanza el fuego, arderás como las astillas de madera...

Como para demostrar su afirmación, una brasa perdida cayó en ese momento sobre la peluca blanca de lady Delilah. Al instante una llama prendió. Entre gritos, trató de librarse de ella, pero en cuanto sus manos entraron en contacto con el fuego, también comenzaron a arder, como si fueran de papel en vez de piel. En menos de un segundo, sus brazos ardían como antorchas. Aullando, corrió hacia la puerta, pero el fuego fue más rápido que ella. En un momento, una hoguera ardía donde ella había estado. Tessa vio la silueta de una criatura carbonizada que se agitaba gritando desde su interior.

—¿Ves lo que quiero decir? —le dijo Magnus a Tessa al oído, tratando de hacerse oír en medio de los alaridos de los vampiros, que iban de un lado a otro intentando evitar las llamas.

—¡Suéltame! —chilló Tessa. De Quincey había saltado al tumulto; Nathaniel estaba solo en el escenario, tirado sobre la silla, inconsciente al parecer, sujetado tan sólo por los grilletes—. Mi hermano está ahí arriba. ¡Mi hermano!

Magnus la miró. Aprovechando su confusión, Tessa se soltó del brazo y comenzó a correr hacia el escenario. La sala era un caos: los vampiros corrían de un lado a otro, muchos de ellos trataban de huir en estampía hacia la puerta. Los que la alcanzaban se empujaban unos a otros para salir de allí cuanto antes; otros habían dado media vuelta y se dirigían a los ventanales que daban al jardín.

Tessa viró para esquivar una silla caída, y casi chocó de frente con la vampira pelirroja del vestido azul que la había estado mirando antes. Parecía aterrorizada. Se lanzó contra Tessa, pero entonces pareció tropezar. Abrió la boca para tratar de gritar, y la sangre manó en ese momento de ella como si de una fuente se tratara. Su cara se arrugó, como plegándose sobre sí misma; su piel se convirtió en polvo que caía de los huesos del cráneo. Su cabello rojo se secó y se volvió gris; la piel de sus brazos se derritió, y con un último aullido desesperado, la vampira se deshizo en un montón de huesos y polvo sobre un vestido de satén vacío.

Tessa sintió náuseas y apartó la mirada de sus restos; entonces vio a Will. Estaba justo ante ella, con un largo cuchillo de plata en la mano; la hoja estaba manchada de sangre escarlata. Él también tenía el rostro salpicado de sangre y miraba como enloquecido.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —le gritó a Tessa—. Eres increíblemente estúpida y...

Tessa oyó el ruido antes que Will, un tenue chirrido, como de maquinaria rota. El chico rubio de la chaqueta gris, el siervo humano del que lady Delilah había bebido antes, corría hacia Will; un agudo gemido le brotaba de la garganta, y tenía el rostro manchado de lágrimas y sangre. Blandía un trozo de pata de silla rota; la punta era irregular y punzante.

—¡Will, cuidado! —gritó Tessa, y éste se volvió en redondo. Se movió realmente rápido, como una mancha oscura, y el cuchillo que llevaba en la mano fue un destello plateado en medio del humo. Cuando se detuvo, el muchacho yacía en el suelo, con el cuchillo clavado en el pecho. La sangre manaba de la herida, más espesa y oscura que la de los vampiros.

Will lo miraba palideciendo.

—Pensé que...

—Te habría matado si hubiera podido —soltó Tessa.

—¡Calla! —le gritó Will. Sacudió la cabeza, una vez, como si se estuviera sacando de encima la voz o la imagen del chico tendido en el suelo—. Te dije que te fueras...

—Es mi hermano —contestó Tessa, y señaló hacia el fondo de la sala. Nathaniel seguía inconsciente, sujetado por los grilletes. Si no fuera por la sangre que aún le manaba de la herida del cuello, cualquiera hubiera pensado que estaba muerto—. Nathaniel. En la silla.

Will miró asombrado.

—Pero ¿cómo...?

No tuvo oportunidad de acabar la pregunta. En ese momento, el estruendo del cristal al quebrarse llenó la sala. Los ventanales se reventaron hacia el interior, y la sala se llenó de cazadores de sombras vestidos con su oscuro atuendo de batalla. Empujaban ante ellos a los vampiros que habían tratado de escapar por el jardín. Mientras Tessa los miraba, más cazadores de sombras comenzaron a entrar por las otras puertas, empujando a más vampiros, como perros guiando a las ovejas al redil. De Quincey



avanzó ante los otros vampiros; su blanco rostro estaba manchado de ceniza negra, y mostraba los colmillos.

Tessa vio a Henry entre los nefilim; resultaba fácil reconocerlo por su llameante cabello rojo. Charlotte también se hallaba allí, vestida como un hombre, con ropa de combate negra, igual que las mujeres dibujadas en el libro sobre los cazadores de sombras de Tessa. Se la veía pequeña, decidida y sorprendentemente fiera. Y luego estaba Jem. Su traje de combate le hacía parecer aún más pálido, y las Marcas negras sobre su piel destacaban como tinta sobre papel. Entre los otros reconoció a Gabriel Lightwood; al padre de éste, Benedict; y a la delgada y morena señorita Highsmith. Detrás de todos ellos avanzaba Magnus, al que le salían chispas azuladas de las manos al moverlas.

Will respiró hondo, y recuperó parte de su color natural.

—No estaba seguro de que acudieran —murmuró—, no después del fallo del Fosfor. —Apartó la mirada de sus amigos y la clavó en Tessa—. Ve a atender a tu hermano. Eso te librará de contemplar lo peor. Espero.

Se marchó sin mirar atrás. Los nefilim habían acorralado a los vampiros que quedaban, aquellos que habían sobrevivido al fuego y a Will, en el centro de una especie de círculo de cazadores de sombras. De Quincey sobresalía del grupo, su pálido rostro estaba contorsionado en una mueca de ira; tenía la camisa manchada de sangre, pero Tessa no podía saber si era suya o de otro. El resto de los vampiros se apiñaban tras él como niños detrás de su padre, con un aspecto al mismo tiempo fiero y derrotado.

—La Ley —trató de defenderse De Quincey mientras Benedict avanzaba hacia él, con un reluciente cuchillo cubierto de runas negras en la mano—. La Ley nos protege. Nos rendimos a vosotros. La Ley...

—Has violado la Ley —rugió Benedict—. Por tanto, su protección ya no te alcanza. La sentencia es la muerte.

—Un mundano —repuso De Quincey, lanzando una mirada a Nathaniel—. Ese mundano también ha violado la Ley de la Alianza...

—La Ley no alcanza a los mundanos. No se puede esperar que cumplan las leyes de un mundo que desconocen.

—No vale nada —insistió De Quincey—. No sabéis cuan poco vale. ¿Realmente deseáis romper nuestra alianza por un despreciable mundano?

—¡No se trata tan sólo del mundano! —gritó Charlotte, y sacó de la chaqueta el papel que Will había encontrado en la biblioteca. Tessa no había visto que Will se lo pasara a Charlotte, pero debía de haberlo hecho—. ¿Qué hay de estos hechizos? ¿Creías que no los descubriríamos? ¡La magia negra está absolutamente prohibida por la Alianza!

El rostro de De Quincey lo traicionó y reflejó un leve indicio de su sorpresa.

—¿Dónde has encontrado eso?

Los labios de Charlotte eran una línea fina y apretada.

—Eso no importa.

—Creas lo que creas que sabes... —comenzó De Quincey.

—¡Sabemos lo suficiente! —La voz de Charlotte estaba cargada de pasión—. ¡Sabemos que nos odias y nos desprecias! ¡Sabemos que tu alianza con nosotros ha sido una farsa!

—¿Y cuándo habéis decidido que va contra la Ley que te desagraden los cazadores de sombras? —preguntó irónico De Quincey. El desdén, sin embargo, había desaparecido de su voz. Parecía

agobiado, derrotado.

—No trates de jugar con nosotros —soltó Benedict—. Después de todo lo que hemos hecho por ti, después de que convertimos la Alianza en Ley... y todo ¿para qué? Tratamos de haceros iguales a nosotros...

De Quincey hizo una desagradable mueca.

—¿Iguales? Ni siquiera sabes lo que significa esa palabra. No puedes librarte de tu convicción, no puedes apartar tu creencia en tu superioridad innata ni siquiera el tiempo suficiente para considerar qué significa esa palabra. ¿Dónde están nuestros asientos en el Consejo? ¿Dónde está nuestra embajada en Idris?

—Eso... es ridículo —replicó Charlotte, pero había palidecido.

Benedict lanzó a Charlotte una mirada impaciente.

—E irrelevante. Nada de eso excusa tu comportamiento, De Quincey. Mientras te sentabas con nosotros, fingiendo que te interesaba la paz, violabas la Ley a nuestra espalda y te burlabas de nuestro poder. Ríndete, dínos lo que queremos saber y quizá dejemos que tu clan viva. De otra manera, no habrá piedad.

Otro vampiro habló. Era uno de los que habían atado a Nathaniel a la silla, un hombre grande, de cabello alborotado, con un rostro enfadado.

—Si necesitábamos más pruebas de que los nefilim nunca han pretendido cumplir sus promesas de paz, aquí están. ¡Osad atacarnos, cazadores, y tendréis una guerra entre las manos!

Benedict sólo sonrió de medio lado.

—Pues dejemos que la guerra empiece aquí —dijo, y lanzó el cuchillo a De Quincey. La hoja cortó el aire y se hundió hasta el mango en el pecho del vampiro pelirrojo, que rápidamente se había colocado delante del jefe de su clan. Explotó en una lluvia de sangre mientras los otros vampiros chillaban. Con un aullido, De Quincey se abalanzó contra Benedict. Los otros vampiros parecieron recuperarse del pánico, y rápidamente lo siguieron. En segundos, la sala era una confusión de gritos y caos.

El repentino caos también hizo reaccionar a Tessa. Se cogió las faldas, corrió hacia el «escenario» y se dejó caer de rodillas junto a la silla que ocupaba Nathaniel. La cabeza de éste se fue hacia un lado, con los ojos cerrados. La sangre de la herida del cuello había pasado a ser un lento goteo. Tessa le tiró de la manga.

—Nate —susurró—. Nate, soy yo.

Él gimió, pero no respondió. Mordiéndose el labio, Tessa se puso a tratar de abrir los grilletes que ataban las muñecas de su hermano a la silla. Eran de hierro y estaban sujetos a la silla por filas de clavos... Estaban pensados sin duda para soportar incluso la fuerza de un vampiro. Tessa tiró de ellos hasta que le sangraron los dedos, pero no consiguió nada. Si tuviera uno de los cuchillos de Will...

Miró hacia la sala. Aún estaba oscurecida por el humo. Entre las nubes negruzcas veía los brillantes destellos de las armas que blandían los cazadores de sombras, las relucientes dagas blancas llamadas cuchillos serafines, cada uno capaz de cobrar una refulgente vida al mencionar el nombre de un ángel. La sangre de los vampiros saltaba desde los filos de los cuchillos, tan brillante como un chorro de rubíes. Tessa se sorprendió al darse cuenta, porque al principio los vampiros la habían aterrorizado, de que éstos estaban claramente en inferioridad de condiciones. Aunque los Hijos de la Noche eran rápidos y crueles, los cazadores de sombras eran casi tan rápidos, y además tenían armas y estaban entrenados. Vampiro tras vampiro fueron cayendo bajo el asalto de los cuchillos serafines. La sangre

corría a mares sobre el suelo y empapaba la superficie de las alfombras persas.

El humo se aclaró en una zona, y Tessa vio cómo Charlotte acababa con un corpulento vampiro vestido con una chaqueta gris. Lo degolló con la daga, y la sangre salpicó la pared que había tras ellos. El vampiro se derrumbó de rodillas, gruñendo, y Charlotte lo remató clavándole el cuchillo en el pecho.

Un rápido movimiento surgió detrás de Charlotte; era Will, al que perseguía un vampiro enloquecido armado con una pistola de plata. Apuntó a Will y disparó. Will se agachó para esquivar la bala y patinó por el suelo ensangrentado. Se puso en pie dando una voltereta y saltó sobre el asiento de una silla de terciopelo. Esquivó otra bala, saltó de nuevo, y Tessa se lo quedó mirando asombrada mientras él corría por encima de los respaldos de las sillas, y saltaba al suelo al llegar a la última. Se volvió para enfrentarse al vampiro, que había quedado a cierta distancia. De alguna forma, un cuchillo de hoja corta apareció en la mano de Will, aunque Tessa no le había visto desenfundarlo. Lo lanzó. El vampiro se echó a un lado para esquivarlo, pero no fue lo suficientemente rápido; el puñal se le clavó en el hombro y soltó un rugido de dolor. Se disponía a arrancarse el cuchillo cuando una sombra delgada apareció de la nada tras él. Hubo un destello plateado, y el vampiro saltó hecho pedazos en medio de una lluvia de sangre y polvo. Cuando la visión se aclaró, Tessa distinguió a Jem, con su bastón de puño de dragón aún en alto. Estaba sonriendo, pero no a ella: le dio una fuerte patada a la pistola de plata que había quedado sobre los restos del vampiro, y ésta resbaló por el suelo hasta llegar a los pies de Will. Éste le hizo una rápida inclinación de cabeza a Jem, recogió la pistola del suelo y se la metió bajo el cinturón.

—¡Will! —llamó Tessa, aunque no estaba segura de que él pudiera oírla en medio de todo el estruendo—. ¡Will...!

Algo la cogió por detrás y la tiró hacia arriba y hacia atrás. Era como si la hubieran atrapado las garras de un pájaro enorme. Tessa lanzó un único grito, y se encontró con que la habían lanzado hacia adelante y resbalaba por el suelo. Se estrelló contra una pila de sillas, que cayeron al suelo con un ruido ensordecedor. Tessa, desparramada entre ellas, miró hacia arriba con un grito de dolor.

De Quincey se hallaba frente a ella. Los oscuros ojos del vampiro fulguraban de ira, enrojecidos en los bordes; el blanco cabello le caía sobre el rostro en mechones enmarañados, y la camisa estaba rajada por delante, con los bordes empapados en sangre, pero las heridas habían desaparecido sin dejar marcas.

—¡Zorra! —rugió—. Zorra mentirosa y traidora. Tú has traído aquí al chico, Camille, a ese nefilim.

Tessa trató de retroceder; su espalda chocó con un muro de sillas caídas.

—Te permití volver al clan, incluso después de tu desagradable... interludio... con el licántropo. He tolerado a ese ridículo brujo tuyo. ¿Y es así como me lo pagas? ¿Como nos lo pagas a todos? —Tendió las manos hacia ella; estaban manchadas de ceniza negra—. ¿Ves esto? —dijo—. Es el polvo de nuestra gente muerta. Vampiros muertos. Y tú los has traicionado por los nefilim —escupió la palabra como si fuera veneno.

Algo borboteó en la garganta de Tessa. Risa. Pero no su risa, sino la risa de Camille.

—¿Desagradable interludio? —Las palabras salieron de la boca de Tessa antes de que pudiera impedirlo. Era como si no tuviera control sobre lo que estaba diciendo—. Lo amaba como tú nunca me amaste, como tú nunca has amado a nadie. Y lo mataste sólo para demostrar al clan que podías hacerlo. Quiero que sepas lo que se siente al perder todo lo que te importa. Quiero que sepas, mientras tu casa arde y tu clan es reducido a cenizas, mientras tu miserable vida acaba, que ¡soy yo la que te está haciendo esto!

Y la voz de Camille se esfumó tan rápido como había llegado, dejando a Tessa agotada y estupefacta. Eso no le impidió usar las manos a su espalda y buscar entre las sillas rotas. Debía haber algo, algún trozo roto, que pudiera usar como arma. De Quincey la estaba mirando atónito, con la boca abierta. Tessa supuso que nunca nadie le había hablado así. Al menos, ningún otro vampiro.

—Quizá —comenzó a decir él—. Quizá te haya infravalorado. Quizá llegues a destruirme. —Avanzó hacia ella con las manos extendidas—. Pero te llevaré conmigo...

La mano de Tessa se cerró sobre la pata de una silla; sin siquiera pensarlo, alzó la silla y golpeó con ella a De Quincey en la espalda. Se sintió eufórica al oírle gritar y verlo tambalearse hacia atrás. Rápidamente, Tessa se puso en pie mientras el vampiro se erguía, y entonces le golpeó de nuevo con la silla. Esta vez, un trozo roto de pata le causó un largo corte en la mejilla, que se cerró casi inmediatamente. El vampiro mostró los dientes en un gruñido silencioso, y saltó como disparado por un resorte. Fue como el silencioso salto de un gato. Tiró a Tessa al suelo, cayó sobre ella y la obligó a soltar la silla. Se le lanzó hacia el cuello, con los colmillos dispuestos, y ella le cruzó el rostro con sus afiladas uñas, mientras le golpeaba y pateaba. Tuvo la sensación de que la sangre de él, al gotear sobre su piel, la quemaba como si fuera ácido. Tessa gritó y le golpeó más fuerte, pero él sólo reía; las pupilas le habían desaparecido en el negro de los ojos, y parecía totalmente inhumano, como algún tipo de monstruosa serpiente depredadora.

El vampiro le agarró las muñecas y se las sujetó contra el suelo a ambos lados, con fuerza.

—Camille —le dijo con una voz espesa, mientras se inclinaba hacia ella—. Quédate quieta, Camille. Sólo será un momento...

Echó la cabeza hacia atrás como una cobra a punto de atacar. Aterrorizada, Tessa trató de liberar las piernas atrapadas con intención de darle una patada tan fuerte como pudiera...

Él lanzó un alarido. Gritó y se sacudió, y Tessa vio que una mano lo agarraba por el cabello, tirándole de la cabeza hacia arriba y hacia atrás, obligándolo a ponerse en pie. Una mano cubierta por Marcas negras arremolinadas.

La mano de Will.

Sin dejar de gritar ni un momento, De Quincey se vio obligado a ponerse en pie, con las manos en la cabeza. Tessa se incorporó hasta sentarse, mientras Will lanzaba al vampiro lejos de sí. Will ya no sonreía, pero sus ojos brillaban, y Tessa entendió por qué Magnus había descrito su color como el del cielo del Infierno.

—Nefilim. —De Quincey se tambaleó, se equilibró y escupió a los pies de Will—. Perro asesino.

—Me gustan los perros —repuso Will—. Eso es más de lo que puedo decir de los de tu especie. —Sacó la pistola del cinturón y apuntó a Alexei—. Una de las abominaciones del Diablo, ¿no es eso lo que sois? Ni siquiera merecéis vivir en el mismo mundo que el resto de nosotros, y aun así, cuando os dejamos vivir por misericordia, nos tiráis nuestra generosidad a la cara.

—Como si necesitáramos vuestra misericordia —gruñó De Quincey—. Como si fuéramos inferiores a vosotros. Los nefilim os creéis que sois... —Se calló de golpe. Estaba tan sucio que resultaba difícil asegurarlo, pero parecía que el corte en la cara ya le había sanado.

—¿Somos qué? —Will amartilló la pistola; el clic se pudo oír por encima del ruido de la batalla—. Dilo.

Los ojos del vampiro ardían.

—¿Decir qué?

—Dios —contestó Will—. Ibas a decirme que los nefilim jugamos a ser Dios, ¿no es cierto? Pero

no puedes pronunciar esa palabra. Búrlate de la Biblia todo cuanto quieras con tu colección, pero no puedes decirlo. —Tenía blanco el índice sobre el gatillo del arma—. ¡Dilo, dilo y te dejaré vivir!

El vampiro hizo una feroz mueca para enseñarle los dientes.

—No puedes matarme con eso... ese estúpido juguete humano...

—Si la bala te atraviesa el corazón, morirás —repuso Will sin inmutarse.

Tessa permanecía inmóvil, contemplando la escena que se desarrollaba ante ella. Quería retroceder, ir con Nathaniel, pero tenía miedo de moverse.

De Quincey levantó la cabeza. Abrió la boca. Un leve tintineo le salió por ella cuando intentó hablar, cuando trató de formar una palabra que su mente no le dejaba pronunciar. Tragó aire, se atragantó y se llevó la mano al cuello. Will se echó a reír...

Y entonces el vampiro saltó como impulsado por un resorte. Con el rostro distorsionado en una mueca de ira y dolor, se lanzó contra Will aullando. El movimiento fue demasiado rápido para seguirlo. La pistola se disparó y hubo una lluvia de sangre. Luego la pistola se deslizó por el suelo al resbalar de la mano de Will, que cayó al suelo con el vampiro encima. Tessa se arrastró para coger la pistola, y al volverse vio que De Quincey había cogido a Will desde atrás y con el antebrazo le oprimía el cuello, asfixiándolo.

Tessa alzó la pistola con mano temblorosa; nunca había usado una pistola, nunca había disparado contra nada... ¿Cómo podía saber cómo dispararle al vampiro sin herir a Will? El chico se estaba quedando sin aire; tenía el rostro inundado de sangre. De Quincey gruñó y apretó aún con más fuerza...

Y Will, inclinando la cabeza, le clavó los dientes al vampiro en el brazo. De Quincey lanzó un alarido y apartó el brazo de golpe; Will se echó a un lado, tosiendo; rodó hasta quedar de rodillas y escupió sangre. Cuando alzó la mirada, sangre roja brillante le manchaba la parte inferior del rostro. También sus dientes brillaban, teñidos de rojo, cuando (Tessa no podía creérselo) sonrió, realmente sonrió, y miró fijamente a De Quincey.

—¿Te gusta, vampiro? Antes ibas a morder a un mundano. Ahora sabes lo que se siente, ¿verdad?

De Quincey, de rodillas, contempló cómo el feo mordisco que había herido su brazo comenzaba a cerrarse, aunque aún manaba de él un fino hilillo de sangre oscura.

—Por esto, nefilim, vas a morir —espetó.

Will abrió los brazos. Arrodillado, sonriendo como un demonio, con sangre goteándole de la boca, tampoco parecía humano.

—Ven a por mí.

De Quincey se preparó para saltar de aquella extraña forma en que solía hacerlo... y en ese momento Tessa apretó el gatillo. La pistola le golpeó con fuerza en la mano, al retroceder, y el vampiro cayó hacia un lado; le manaba sangre del hombro. No le había dado en el corazón. ¡Maldición!

Aullando, De Quincey comenzó a ponerse en pie. Tessa alzó el arma y volvió a apretar el gatillo... Nada. El suave chasquido le hizo saber que la pistola estaba vacía.

De Quincey se echó a reír. Aún se sujetaba el hombro, pero la sangre ya casi había parado de manar.

—Camille —le escupió a Tessa—. Volveré a por ti. Haré que te arrepientas de haber renacido.

Tessa notó que se le helaba la sangre, y no sólo por su propio miedo. También sintió el de Camille. De Quincey le mostró los dientes una última vez y se volvió a una velocidad increíble. Corrió por la sala y se lanzó contra una alta cristalera, que estalló hacia afuera en medio de una lluvia de vidrios, llevándose al vampiro como si lo arrastrara una ola. De Quincey desapareció en la noche.

Will soltó una palabrota.

—No podemos perderlo... —comenzó a decir, y empezó a correr. Pero se volvió al oír gritar a Tessa. Un vampiro con la ropa desgarrada se había plantado detrás de ella como un fantasma aparecido de la nada y la había cogido por el hombro. Ella trataba de soltarse, pero él tenía demasiada fuerza. Tessa oyó que le murmuraba al oído palabras terribles: le decía que había traicionado a los Hijos de la Noche y que la iba a abrir en canal con sus propios dientes.

—¡Tessa! —gritó Will, y ella estuvo convencida de que parecía enfadado, o algo más. Cuando Will sacó del cinturón un cuchillo serafín, el vampiro estaba haciendo dar la vuelta a Tessa.

Ella vio su rostro pálido y malvado, los colmillos manchados de sangre, dispuestos a rasgar su piel. El vampiro fue a por ella...

Y estalló en un baño de sangre y polvo. Se disolvió, la carne se le deshizo del rostro y las manos, y por un momento, Tessa vio un esqueleto ennegrecido antes de que éste también se deshiciera, dejando a sus pies una pila de ropa vacía. Ropa, y una hoja plateada brillante.

Tessa alzó la mirada. Jem se hallaba a unos metros de distancia, muy pálido. Sostenía un cuchillo en la mano izquierda; la derecha estaba vacía. Tenía un largo corte en una de las mejillas, pero por lo demás parecía ileso. Los ojos y el pelo le brillaban de un plateado brutal bajo la luz de las llamas que morían.

—Creo que ése era el último —dijo.

Sorprendida, Tessa recorrió la sala con la mirada. El caos se había acabado. Los cazadores de sombras iban de un lado a otro entre los destrozos; algunos estaban sentados en las sillas y eran atendidos por sanadores, estela en mano. Tessa no vio ni un solo vampiro. El humo del incendio se había ido disipando, aunque aún caían cenizas blancas de las achicharradas cortinas, como nieve inesperada.

Will, que aún rezumaba sangre por la barbilla, miró a Jem alzando las cejas.

—Buen tiro —elogió.

Jem meneó la cabeza.

—Has mordido a De Quincey —dijo éste—. Eres un idiota. ¡Es un vampiro! Ya sabes lo que significa morder a un vampiro.

—No tenía elección —contestó Will—. Me estaba ahogando.

—Lo sé —repuso Jem—. Pero, de verdad, Will, ¿otra vez?

Al final fue Henry quien liberó a Nathaniel de la silla de tortura, simplemente destrozándola con la parte plana de una espada hasta que los grilletes se soltaron. Nathaniel resbaló hasta el suelo y se quedó allí, gimiendo. Tessa lo mecía entre sus brazos. Charlotte llevó trapos húmedos para limpiarle la cara a Nathaniel y un trozo roto de cortina para cubrirlo; luego corrió a enfrascarse en una enérgica discusión con Benedict Lightwood, durante la que alternaba entre señalar a Tessa y a Nathaniel, y agitar las manos de forma exagerada. Tessa, totalmente aturdida y exhausta, se preguntaba qué podría estar haciendo Charlotte.

Lo cierto era que poco importaba. Todo parecía estar pasando como en un sueño. Se quedó sentada en el suelo con Nathaniel mientras los cazadores de sombras se movían alrededor de ellos, dibujando uno sobre otro con las estelas. Era increíble ver cómo las heridas les desaparecían a medida que la Marcas curativas se les dibujaban en la piel. Todos parecían igualmente capaces de dibujar las

Marcas. Observó a Jem, que con una mueca de dolor se desabrochaba la camisa para dejar al descubierto un largo corte sobre el pálido hombro; miró hacia otro lado, apretando los labios, mientras Will dibujaba una cuidadosa Marca bajo la herida.

Hasta que Will, tras curar a Jem, se acercó a ella, Tessa no se dio cuenta de por qué estaba tan cansada.

—Veo que ya vuelves a ser tú —dijo él. Sujetaba una toalla mojada en una mano y estaba frotándose sin demasiado entusiasmo la sangre seca del cuello y la cara, como si no le importara demasiado si se la limpiaba o no.

Tessa se miró a sí misma. Era cierto. En algún momento había perdido a Camille y había vuelto a recuperar su propia apariencia. Ciertamente debía de haber estado muy aturdida para no darse cuenta de la recuperación de sus latidos. El corazón le palpitaba dentro del pecho como un tambor.

—No sabía que supieras usar una pistola —añadió Will.

—Y no sé —contestó Tessa—. Imagino que ha sido cosa de Camille. Fue como... instintivo. —Se mordió el labio—. Tampoco importa, porque no ha servido de nada.

—Nosotros pocas veces las usamos. Marcar runas en el metal de la pistola impide que la pólvora arda; nadie sabe por qué. Henry ha tratado de estudiar ese problema, claro, pero sin ningún éxito. Al parecer, los vampiros mueren si una bala les atraviesa el corazón, pero si fallas, sólo se vuelven contra ti más furiosos que nunca. Las armas con runas funcionan mucho mejor. Incluso si no les das en el corazón, aunque lo solamos hacer, una hoja con runas puede dejarlos fuera de combate el tiempo suficiente para que los puedas atravesar con una estaca o los quemes.

Tessa lo contempló con la mirada fija.

—¿No resulta muy duro?

Will tiró a un lado el trapo húmedo, que se había teñido de color escarlata a causa de la sangre.

—¿El qué?

—Matar vampiros —respondió Tessa—. Quizá no sean personas, pero lo parecen. Los percibes como personas. Gritan y sangran. ¿No resulta duro matarlos?

Will apretó los dientes.

—No —contestó—. Y si realmente supieras algo sobre ellos...

—Camille siente —insistió Tessa—. Ama y odia.

—Y ella aún sigue viva. Todo el mundo toma decisiones, Tessa. Esos vampiros no hubieran estado aquí esta noche si no hubieran tomado la suya. —Miró a Nathaniel, sin fuerzas sobre el regazo de Tessa—. Y supongo que tu hermano tampoco.

—No sé por qué De Quincey lo quería muerto —dijo Tessa en voz baja—. No sé qué puede haber hecho para provocar la ira de los vampiros.

—¿Tessa! —Charlotte iba directa hacia ellos como un colibrí. Aún parecía muy menuda, e inofensiva, pensó Tessa, a pesar del traje de combate que llevaba puesto y de las Marcas negras que le cubrían la piel como serpientes retorcidas—. Me han dado permiso para llevar a tu hermano al Instituto con nosotros —anunció, haciendo un gesto hacia Nathaniel con su mano—. Puede ser que los vampiros le hayan drogado. Y sin duda le han mordido, y quién sabe qué más. Se podría convertir en un nocturnal, o algo peor, si no lo evitamos. En cualquier caso, dudo que lo puedan ayudar en un hospital mundano. Con nosotros, al menos los Hermanos Silenciosos podrán cuidarlo, pobrecillo.

—¿Pobrecillo? —repitió Will con bastante rudeza—. Se ha metido en esto él solito, ¿no es cierto? Nadie le dijo que fuera y se liara con un grupo de subterráneos.

—Vamos, Will. —Charlotte lo miró fríamente—. ¿No puedes tener un poco de compasión?

—Dios santo —exclamó Will, mirando de Charlotte a Nate y de vuelta a ella—. ¿Hay algo en el mundo que vuelva más tontas a las mujeres que ver a un hombre herido?

Tessa lo miró con ojos entrecerrados.

—Quizá quieras limpiarte el resto de la sangre antes de seguir en esa dirección.

Will alzó los brazos hacia lo alto y se alejó. Charlotte miró a Tessa con una media sonrisa.

—Debo decir que me gusta cómo manejas a Will.

Tessa negó con la cabeza.

—Nadie maneja a Will.

Se había decidido rápidamente que Tessa y Nathaniel irían con Henry y Charlotte en el carruaje del Instituto; Will y Jem irían a casa en un carruaje más pequeño que les había prestado la tía de Charlotte, conducido por Thomas. Los Lightwood y el resto del Enclave se quedarían para registrar la casa de De Quincey y eliminar cualquier prueba de la batalla a fin de que los mundanos no pudieran hallar ningún rastro por la mañana. Will habría querido quedarse y tomar parte en el registro, pero Charlotte había sido inflexible. Había tragado sangre de vampiro y debía regresar al Instituto lo antes posible para empezar la cura.

Pero Thomas no permitió que Will subiera al carruaje tan manchado de sangre como estaba. Después de anunciar que volvería en «un suspiro», Thomas se había ido en busca de un trapo húmedo. Will se apoyó en el carruaje y observó cómo el Enclave salía y entraba en la casa de De Quincey igual que hormigas, rescatando papeles y muebles de los restos del fuego.

Thomas regresó con un trapo enjabonado y se lo pasó a Will; después apoyó toda su corpulencia en el carruaje, que se bamboleó por efecto de su peso. Charlotte siempre había animado a Thomas a que compartiera con Jem y Will la parte física de su entrenamiento, y con los años, Thomas había pasado de ser un chaval delgado a ser un hombre tan corpulento y musculoso que desesperaba a los sastres que le tomaban las medidas. Will podría ser mejor luchador, su sangre lo hacía así, pero la imponente presencia física de Thomas era difícil de pasar por alto.

A veces, Will no podía evitar recordar a Thomas cuando éste llegó al Instituto. Thomas pertenecía a una familia que llevaba años sirviendo a los nefilim, pero había nacido tan frágil que no creyeron que sobreviviera. Lo enviaron al Instituto cuando cumplió los doce años y aún era tan pequeño que no aparentaba más de nueve. Will se burló de Charlotte por querer emplearlo, pero albergó la secreta esperanza de que Thomas se pudiera quedar para que hubiera otro chico de su edad en la casa. Y habían acabado siendo más o menos amigos, el cazador de sombras y el chico sirviente, hasta que Jem había llegado y Will casi se había olvidado de Thomas por completo. Thomas nunca había parecido guardarle rencor por ello, y había seguido tratando a Will con la misma amabilidad con la que trataba a cualquier otro.

—Siempre es raro ver que se montan estos follones y que ni un solo vecino sale a echar una ojeada —decía Thomas en ese momento, mientras miraba a un lado y a otro de la calle. Charlotte siempre exigía que los criados del Instituto hablaran correctamente dentro de sus paredes, y el acento del East End de Thomas tendía a ir y venir según si él recordaba esa exigencia o no.

—Hay fuertes *glamoures* funcionando aquí. —Will se frotó el rostro y el cuello—. Y me imagino que bastantes de los habitantes de esta calle no son mundanos, y saben que más les vale ocuparse de



sus asuntos cuando aparecen los cazadores de sombras.

—Bueno, sois un puñado de gente con un aspecto bastante terrorífico —repuso Thomas, tan ecuánime que Will sospechó que se estaba burlando—. Mañana tendrás un cardenal como una casa si no te pones un iratze ahí. Si no te molesta que te lo diga.

—Quizá quiera tener el ojo morado —replicó Will de mal humor—. ¿Se te ha pasado eso por la cabeza?

Thomas sonrió y ocupó su lugar en el asiento del cochero en la parte delantera del carruaje. Will siguió limpiándose la sangre de vampiro de las manos y los brazos. La tarea resultaba lo suficientemente absorbente como para permitirle ignorar a Gabriel Lightwood cuando el otro chico apareció de las sombras y avanzó tranquilamente hacia él, con una sonrisa de superioridad en el rostro.

—Buen trabajo ahí dentro, Herondale; ha estado bien eso de provocar un incendio —observó Gabriel—. Qué bien que estuviéramos aquí para limpiar lo que ensuciabas, o todo el plan se habría quedado en humo, igual que los restos de tu reputación.

—¿Estás insinuando que los restos de mi reputación permanecen intactos? —preguntó Will fingiéndose horrorizado—. Es evidente que he hecho algo mal. O que no lo he hecho suficientemente mal. —Golpeó en el carruaje—. ¡Thomas! ¡Debemos ir cuanto antes al burdel más cercano! Necesito escándalos y malas compañías.

Thomas soltó un bufido y masculló algo que sonaba como «tonterías», a lo que Will no hizo caso.

El rostro de Gabriel se ensombreció.

—¿Hay algo que no sea una broma para ti?

—Nada que se me ocurra.

—¿Sabes? —dijo Gabriel—, hubo un tiempo en que pensé que podríamos ser amigos, Will.

—Hubo un tiempo en el que pensé que era un hurón —soltó Will—, pero resultó que sólo eran los vapores del opio. ¿Sabías que tiene ese efecto? Porque yo no.

—Creo que quizá deberías pensar si tus chistes sobre el opio son divertidos o de buen gusto —replicó Gabriel—, dada la... situación de tu amigo Carstairs.

Will se quedó inmóvil.

—¿Te refieres a su discapacidad? —preguntó sin cambiar el tono de voz.

Gabriel parpadeó confuso.

—¿Qué?

—Así es como lo llamaste. En el Instituto. Su «discapacidad». —Will tiró el trapo manchado de sangre—. Y aún te preguntas por qué no somos amigos.

—Sólo me preguntaba —dijo Gabriel en un tono más bajo— si quizá alguna vez te has hartado.

—¿Hartado de qué?

—De comportarte como lo haces.

Will se cruzó de brazos. Los ojos le brillaban peligrosos.

—Oh, nunca me harto —replicó—. Lo que, dicho sea de paso, es lo que tu hermana me dijo cuando...

La puerta del carruaje se abrió de golpe. Una mano salió disparada, agarró a Will por la camisa y lo metió adentro. La puerta se cerró ruidosamente tras él, y Thomas, sentado muy tieso, cogió las riendas de los caballos. En seguida, el carruaje avanzaba hacia la noche, mientras Gabriel se quedaba allí plantado, furioso, y lo observaba alejarse.

—¿En qué estabas pensando? —Jem, después de dejar a Will en el asiento opuesto del carruaje, meneó la cabeza; lo ojos plateados le brillaban en la oscuridad. Sujetaba el bastón entre las piernas, y apoyaba la mano suavemente sobre la tallada cabeza de dragón. El bastón había pertenecido al padre de Jem, Will lo sabía, y había sido diseñado para él por un armero cazador de sombras de Pekín—. Provocando así a Gabriel Lightwood..., ¿por qué lo haces? ¿De qué te sirve?

—Ya has oído lo que ha dicho de ti...

—No me importa lo que diga de mí. Es lo que piensan todos. Sólo que él tiene el valor de decirlo. —Jem se inclinó hacia adelante y apoyó la barbilla en la mano—. ¿Sabes?, no puedo ser eternamente tu desaparecido instinto de supervivencia. Algún día tendrás que aprender a arreglártelas sin mí.

Will, como siempre, hizo como si no le hubiera oído.

—Gabriel Lightwood no es una gran amenaza.

—Entonces, olvídate de él. ¿Hay alguna razón en particular por la que vayas mordiendo a los vampiros?

Will se tocó la sangre seca de la muñeca, y sonrió.

—No se lo esperan.

—Claro que no. Porque saben lo que pasa cuando uno de nosotros bebe de su sangre. Seguramente, ellos sí que creen que tienes más sentido común.

—No parece que esa creencia les sirva de nuevo, ¿no crees? No les hace ningún bien.

—Pues se diría que tampoco es que te haga mucho bien a ti. —Jem miró pensativo a Will. Era el único que nunca perdía los nervios con él. Hiciera lo que hiciera éste, la reacción más extrema que parecía capaz de provocar en Jem era una ligera exasperación—. ¿Qué ha pasado ahí dentro? Estábamos esperando la señal...

—El maldito Fosfor de Henry no ha funcionado. En vez de lanzar una ráfaga de luz, prendió fuego a las cortinas.

Jem hizo un ruido de risa contenida.

Will lo miró enfadado.

—No tiene gracia. No sabía si ibais a aparecer o no.

—¿De verdad crees que no íbamos a entrar a por ti cuando toda la casa se ha puesto a arder como una antorcha? —preguntó Jem razonable—. Podrían haber estado asándote en un espetón, por lo que sabíamos.

—Y Tessa, la muy tonta, debía salir por la puerta con Magnus, pero no se marchaba...

—Su hermano estaba encadenado a una silla en esa sala —indicó Jem—. No estoy seguro de que, en su lugar, yo me hubiera marchado.

—Veo que has decidido no darte cuenta de la cuestión.

—Si la cuestión es que había una chica guapa en la sala y te estaba distrayendo, entonces creo que entiendo perfectamente la cuestión.

—¿Crees que es guapa? —Will estaba sorprendido; Jem muy pocas veces opinaba sobre esas cosas.

—Pues claro, y tú también lo crees.

—La verdad es que no me he fijado.

—Venga ya, claro que te has fijado, y yo me he fijado en que tú te has fijado.

Jem sonreía. A pesar de la tensión de la batalla, esa noche se le veía saludable. Tenía color en las

mejillas, y sus ojos eran de un plateado oscuro y constante. Había veces, cuando la enfermedad empeoraba, que el color se le iba de los ojos y éstos se le quedaban horriblemente pálidos, casi blancos, con una mota oscura por pupila en el centro, una mota de ceniza en medio de la nieve. En momentos como éstos también deliraba, y Will lo había sujetado mientras se sacudía y gritaba en otro idioma, y los ojos se le ponían en blanco, y siempre que eso pasaba, Will pensaba que ya estaba, que Jem iba a morir esa vez. Incluso a veces pensaba en lo que haría después, pero no podía imaginárselo, no más de lo que podía recordar su vida antes de llegar al Instituto. No soportaba pensar demasiado en esas cosas.

Sin embargo, había otras veces, como ésta, cuando miraba a Jem y no le veía ninguna señal de la enfermedad, en las que se preguntaba cómo sería encontrarse en un mundo en el que Jem no se estuviera muriendo. Y también era mejor no pensar en eso. En su interior, había un terrible espacio oscuro del que surgía el miedo, una voz negra que sólo podía silenciar con ira, riesgo y dolor.

—Will. —La voz de Jem lo sacó de sus desagradables pensamientos—. ¿Has oído una sola palabra de lo que te he estado diciendo estos últimos cinco minutos?

—La verdad es que no.

—No tenemos que hablar de Tessa si no quieres, ya lo sabes.

—No es Tessa. —Eso era cierto. Will no había estado pensando en ella. Prefería evitarlo; lo único que necesitaba era voluntad y práctica—. Uno de los vampiros tenía un siervo humano que me atacó. Lo he matado —explicó Will—. Sin ni siquiera pensarlo. Sólo era un estúpido niño humano, y lo he matado.

—Era un nocturnal —repuso Jem—. Se estaba transformando. Era cuestión de tiempo.

—Sólo era un niño —repitió Will. Volvió el rostro hacia la ventana, aunque el brillo de la luz mágica dentro del carruaje significaba que lo único que podía ver era su propio rostro mirándolo en el reflejo—. En cuanto lleguemos a casa, me voy a emborrachar —añadió—. Creo que voy a tener que hacerlo.

—No, no vas a hacerlo —le contradijo Jem—. Sabes exactamente qué pasará cuando lleguemos a casa.

Y porque Jem tenía razón, Will se enfurruñó.

Por delante de ellos, en el primer carruaje, Tessa se hallaba sentada sobre el banco de terciopelo frente a Henry y Charlotte; ellos hablaban en susurros sobre la noche y cómo había ido. Tessa dejó que las palabras pasaran por ella, sin prestarles atención. Sólo habían muerto dos cazadores de sombras, pero la fuga de De Quincey era un desastre, y a Charlotte le preocupaba que el Enclave la culpara por ello. Henry hacía ruiditos tranquilizadores, pero Charlotte parecía inconsolable. Tessa se hubiera sentido mal por ella, si hubiera tenido la energía necesaria para sentir algo.

Nathaniel estaba medio tumbado sobre Tessa, con la cabeza en su regazo. Ella se inclinó y le acarició el sucio cabello con los dedos enguantados.

—Nate —le llamo, en una voz tan baja que esperó que Charlotte no pudiera oírla—. Ya está. Ya ha pasado todo.

Nathaniel sacudió las pestañas y abrió los ojos. Alzó la mano, con las uñas rotas y los nudillos hinchados y retorcidos, y entrelazó los dedos con los de ella.

—No te vayas —dijo con voz rota. Cerró los ojos de nuevo; era evidente que la conciencia le iba y venía, suponiendo que eso fuera estar consciente—. Tessie... quédate.

Nadie más la llamaba así; Tessa cerró los ojos, tratando de contener las lágrimas. No quería que Charlotte, ni ningún otro cazador de sombras, la viera llorar.

## 12

### SANGRE Y AGUA

No oso tocarla siempre, no sea que el beso  
me abra los labios. Sí señor, una breve dicha,  
breve y amarga, halla uno en un gran pecado;  
no obstante, Tú sabes qué cosa más dulce es.

ALGERNON CHARLES SWINBURNE, *Laus Veneris*

Cuando llegaron al Instituto, Sophie y Agatha los estaban esperando junto a las puertas abiertas con unos faroles. Tessa se tambaleaba de cansancio, y se sorprendió, y lo agradeció, cuando Sophie se acercó a ayudarla a subir los escalones. Charlotte y Henry llevaron a Nathaniel. Tras ellos, el carruaje de Will y de Jem traqueteaba cruzando la verja; la voz de Thomas cortó el frío aire con un saludo.

A Jessamine no se la veía por ninguna parte, lo que no sorprendió a Tessa.

Instalaron a Nathaniel en un dormitorio muy parecido al de Tessa, con los mismos muebles de pesada madera oscura, la misma cama y el mismo armario. Mientras Charlotte y Agatha metían a Nathaniel en la cama, Tessa se dejó caer en una silla junto a él, medio febril de preocupación y agotamiento. Voces, voces suaves como cuando se habla junto a los enfermos, se oían alrededor. Tessa oyó a Charlotte decir algo sobre los Hermanos Silenciosos, y Henry respondió algo sobre mensajeros ardientes, o mensajes, era difícil estar segura. En cierto momento, Sophie apareció junto a ella y le hizo beber algo caliente y agri dulce que consiguió que, lentamente, un poco de energía le recorriera las venas. Pronto fue capaz de incorporarse en el asiento y mirar alrededor un poco, y entonces se dio cuenta, sorprendida, de que excepto por su hermano y ella, el dormitorio estaba vacío. Todos se habían marchado.

Miró a Nathaniel. Yacía inmóvil como un cadáver, con el rostro pálido y amoratado y el sucio cabello enredado sobre la almohada. Tessa no pudo evitar recordar, con una punzada de dolor, al hermano siempre bien vestido de sus recuerdos; el rubio cabello cuidadosamente cepillado y arreglado, los zapatos y los puños imaculados. Este Nathaniel no se parecía al que había bailado con ella en el salón, tarareando para sí, por el simple placer de estar vivo.

Se inclinó hacia adelante, con la intención de contemplarlo más de cerca, y le pareció ver movimiento con el rabillo del ojo. Volvió la cabeza y vio que sólo era ella misma, reflejada en el espejo de la pared del fondo. Con el vestido de Camille, parecía a sus propios ojos una niña jugando a los disfraces. Era demasiado delgada para un estilo tan sofisticado. Parecía una niña, una niña tonta. No era de extrañar que Will...

—¿Tessie? —La voz de Nathaniel, débil y frágil, hizo que al instante dejase de pensar en Will—. Tessie, no me dejes. Creo que estoy enfermo.

—Nate. —Le buscó la mano y se la cogió entre las palmas enguantadas—. Te repondrás. Estarás bien. Han llamado a los médicos...

—¿Quiénes los han llamado? —Su voz era un frágil grito—. ¿Dónde estamos? No conozco este lugar.

—Esto es el Instituto. Ahora estarás a salvo.

Nathaniel parpadeó. Tenía ojeras oscuras, casi negras, bajo los ojos, y en los labios lo que parecía sangre seca. Su mirada iba de un lado a otro, sin pararse en nada.

—Cazadores de sombras. —Soltó las palabras en un suspiro—. No creía que existieran de verdad... El Magíster... —susurró de repente Nathaniel, y los nervios de Tessa se estremecieron— me dijo que ellos eran la Ley. Dijo que había que temerlos. Pero no hay ley en este mundo. No hay castigo, sólo matar o ser matado. —Alzó la voz—. Tessie, lo lamento tanto..., todo...

—El Magíster. ¿Te refieres a De Quincey? —quiso saber Tessa, pero Nate hizo entonces un sonido ahogado, y miró tras ella con una expresión de terrible pavor. Tessa le soltó la mano y se volvió para ver qué estaba mirando Nate.

Charlotte había entrado en el dormitorio sin hacer ruido. Aún llevaba la ropa de combate, aunque se había echado una anticuada capa larga por encima, con un doble cierre en el cuello. Se la veía muy pequeña, en parte porque el hermano Enoch estaba a su lado, proyectando una larga sombra sobre el suelo. Él vestía el mismo hábito color pergamino que la vez anterior, aunque en esta ocasión su bastón era negro, con el pomo tallado en forma de oscuras alas. Llevaba la capucha alzada, lo que le dejaba el rostro en sombras.

—Tessa, te acuerdas del hermano Enoch, ¿verdad? —dijo Charlotte—. Está aquí para ayudar a Nathaniel.

Con un aullido de terror animal, Nate agarró a Tessa por la muñeca. Ella lo miró desconcertada.

—¿Nathaniel? ¿Qué pasa?

—De Quincey me habló de ellos —exclamó Nathaniel con voz ahogada—. Los Gregori, los Hermanos Silenciosos. Pueden matar a un hombre con un pensamiento. —Se estremeció—. Tessa. —Su voz era un susurro—. Mira su rostro.

Tessa miró. Mientras habían estado hablando, el hermano Enoch se había sacado la capucha. Los planos huecos que tenía por ojos, iluminados por la luz mágica, y el cruel brillo de las puntadas rojas y rasgadas alrededor de la boca.

Charlotte avanzó un paso.

—Si el hermano Enoch pudiera examinar al señor Gray...

—¡No! —gritó Tessa. Se soltó de la mano de Nate y se colocó entre su hermano y los otros dos ocupantes del dormitorio—. No lo toque.

Charlotte parecía preocupada.

—Los Hermanos Silenciosos son nuestros mejores sanadores. Sin el hermano Enoch, Nathaniel... —Dejó la frase a medias—. Bueno, no hay mucho que podamos hacer por él.

*Señorita Gray.*

Tessa tardó un momento en darse cuenta de que esas palabras, su nombre, no se habían dicho en voz alta. En vez de eso, como un fragmento de una canción medio olvidada, habían sonado en el interior de su cabeza, pero no con la voz de sus propios pensamientos. Ese pensamiento era ajeno, distinto... exterior. Era la voz del hermano Enoch. Era la forma en que le había hablado cuando se había marchado de la habitación el primer día de Tessa en el Instituto.

*Es interesante, señorita Gray, continuó Enoch, que usted sea una subterránea, y que su hermano en cambio no lo sea. ¿Cómo ha ocurrido una cosa así?*

Tessa se quedó muy quieta.

—¿Puede... puede saberlo con sólo mirarlo?

—¡Tessie! —Nathaniel se incorporó de la almohada, con el rostro enrojecido—. ¿Qué haces hablando con el Gregori? ¡Es peligroso!

—No pasa nada, Nate —contestó Tessa, sin apartar los ojos del hermano Enoch. Sabía que tendría que estar asustada, pero lo que realmente sentía era una punzada de decepción—. ¿Quiere decir que no hay nada raro en Nathaniel? —preguntó en voz baja—. ¿Nada sobrenatural?

*Nada en absoluto, contestó el Hermano Silencioso.*

Hasta ese momento, Tessa no se había dado cuenta de que en cierto modo esperaba que su hermano fuera como ella. La decepción le acercó la voz.

—Y supongo que, ya que sabe usted tanto, sabrá indicarme qué soy yo. ¿Soy una bruja?

*No puedo decírselo. Hay eso en usted que la marca como una de los Hijos de Lilith. Sin embargo, no tiene ninguna señal de demonio.*

—Ya lo he notado —intervino Charlotte, y Tessa se dio cuenta de que ella también podía oír la voz del hermano Enoch—. Pensaba que quizá no fuera una bruja. Algunos humanos nacen con un pequeño poder, como la Visión. O podría tener sangre de hada...

*No es humana. Es otra cosa. Lo estudiaré. Quizá haya algo en los archivos que pueda guiarme. Noto que usted tiene un poder. Un poder que ningún otro brujo posee.*

—Se refiere al Cambio.

*No. No me refiero a eso.*

—Entonces, ¿qué? —Tessa estaba anonadada—. ¿Qué podría yo...? —Se calló al oír un ruido procedente de Nathaniel. Al volverse, vio que él había conseguido sacarse las mantas y estaba medio fuera de la cama, como si tratara de levantarse; tenía el rostro cubierto de sudor y pálido como la muerte. Tessa se sintió culpable. Había estado prestando tanta atención a lo que el hermano Enoch le estaba diciendo que se había olvidado de su hermano.

Fue rápidamente hacia la cama y, con la ayuda de Charlotte, obligaron a Nate a volver a apoyarse en la almohada y lo cubrieron con las mantas. Mientras Tessa lo arropaba, él la volvió a coger por la muñeca, con ojos enloquecidos.

—¿Lo sabe? —preguntó—. ¿Sabe dónde estoy?

—¿A quién te refieres? ¿A De Quincey?

—Tessie. —Le apretó la muñeca con fuerza y tiró de ella para poder susurrarle al oído—. Debes perdonarme. Me dijo que serías la reina de todos ellos. Me dijo que iban a matarme. No quiero morir, Tessie. No quiero morir.

—Claro que no —lo tranquilizó ella, pero él no parecía oírla. Sus ojos, fijos en el rostro de ella, se abrieron de repente, y Nate gritó.

—¡Apártalo de mí! ¡Apártalo de mí! —aulló. Tiró de ella, mientras sacudía con fuerza la cabeza de un lado al otro sobre la almohada—. ¡Dios santo, no dejes que me toque!

Asustada, Tessa volvió a soltar su mano, y se volvió hacia Charlotte, pero ésta se había apartado, y en su lugar estaba el hermano Enoch, con el rostro sin ojos, inmóvil.

*Debe ayudarme con su hermano. O seguramente morirá.*

—¿De qué habla? —preguntó Tessa con tristeza—. ¿Qué es lo que le pasa?

*Los vampiros le han dado una droga, para que se estuviera quieto mientras ellos se alimentaban de él. Si no se le cura, la droga lo volverá loco y luego lo matará. Ya ha comenzado a sufrir alucinaciones.*

—¡No es culpa mía! —chilló Nathaniel—. ¡No tenía elección! ¡No es culpa mía! —Volvió el rostro

hacia Tessa; ella vio horrorizada que los ojos de Nathaniel se habían vuelto totalmente negros, como los de un insecto. Ahogó un grito mientras retrocedía.

—Ayúdelo. Por favor, ayúdelo. —Cogió al hermano Enoch de la manga, y al instante se arrepintió; el brazo que había debajo era duro como el mármol, y helado al tacto. Soltó la mano, horrorizada, pero el Hermano Silencioso no parecía haber notado siquiera su presencia. Pasó ante ella, y puso sus marcados dedos sobre la frente de Nathaniel. Éste se hundió en la almohada, cerrando los ojos.

*Debe irse. El hermano Enoch le habló sin volverse. Su presencia sólo retrasará su curación.*

—Pero Nate me ha pedido que me quedara...

*Váyase. La voz dentro de Tessa era gélida.*

Tessa miró a su hermano; estaba inmóvil sobre la almohada, con el rostro relajado. Tessa se volvió hacia Charlotte con la intención de protestar, pero Charlotte respondió a su mirada con un leve movimiento de cabeza. Sus ojos eran compasivos, pero inflexibles.

—En cuanto el estado de tu hermano mejore, iré a buscarte. Te lo prometo.

Tessa miró al hermano Enoch. Éste había abierto la bolsa que llevaba a la cintura y estaba colocando objetos en la mesita de noche, lenta y metódicamente. Viales de cristal con polvos y líquidos, manojos de plantas secas, pequeñas barras de alguna sustancia negra como una especie de carbón blando.

—Si algo le pasa a Nate, nunca se lo perdonaré —dijo Tessa—. Nunca.

Era como hablarle a una estatua. El hermano Enoch no le respondió ni tan sólo le dirigió un simple gesto.

Tessa salió rápidamente de la habitación.

Sus ojos se habían acostumbrado a la tenue luz del dormitorio de Nate, y el brillo de los velones la deslumbró. Se apoyó contra la pared junto a la puerta, conteniendo las lágrimas. Era la segunda vez esa noche que estaba a punto de llorar, y eso la molestaba. Apretó el puño derecho y lo estrelló contra la pared que estaba a su espalda, con fuerza, y una oleada de dolor le subió por el brazo. Aquello le cortó las lágrimas y le aclaró la cabeza.

—Eso ha tenido pinta de doler.

Tessa se volvió. Jem había aparecido en el pasillo detrás de ella, sigiloso como un gato. Se había cambiado de ropa. Llevaba unos anchos pantalones oscuros atados a la cintura, y una camisa blanca sólo un poco más clara que su piel. Tenía el cabello húmedo y se le rizaba contra la sien y en la nuca.

—Se trataba de eso. —Tessa se llevó la mano al pecho. El guante había suavizado el golpe, pero aun así le dolían los nudillos.

—Tu hermano, ¿se va a poner bien? —preguntó Jem.

—No lo sé. Está ahí dentro con uno de esos... una de esas criaturas monjes.

—El hermano Enoch. —Jem la miró con ojos compasivos—. Sé qué aspecto tienen los Hermanos Silenciosos, no es muy tranquilizador, pero son realmente muy buenos médicos. Le conceden mucha importancia a la sanación y a las artes médicas. Viven mucho tiempo y su sabiduría es admirable.

—No parece que valga la pena vivir mucho si has de soportar ese aspecto.

Jem intentó reprimir una sonrisa.

—Supongo que depende de para qué vives. —La miró fijamente. Había algo en la manera en que Jem miraba, pensó Tessa. Como si viera dentro y más allá de los demás. Pero nada en el interior, nada que viera u oyera, podía molestarlo, inquietarlo o decepcionarlo.

—El hermano Enoch —dijo ella de repente—. ¿Sabes lo que ha dicho? Me ha dicho que Nate no



es como yo. Que es totalmente humano. Que no posee ningún poder especial.

—¿Y eso te molesta?

—No lo sé. Por una parte no le desearía esto... esta cosa que soy... ni a él ni a nadie. Pero si no es como yo, eso significa que no es totalmente mi hermano. Él es el hijo de mis padres. Pero ¿de quién soy hija yo?

—No tienes que preocuparte por eso. Sin duda, sería maravilloso si todos supiéramos exactamente quiénes somos. Pero ese conocimiento no nos viene de fuera, sino de dentro. «Conócete a ti mismo», dice el oráculo. —Jem sonrió—. Perdona si eso suena a puro sofisma. Pero lo he aprendido por propia experiencia.

—El problema es que yo no me conozco a mí misma. —Tessa negó con la cabeza—. Lo siento. Después de la forma en que has luchado contra De Quincey, debes de pensar que soy una terrible cobarde, llorando porque mi hermano no es un monstruo y no tengo suficiente valor para ser un monstruo yo sola.

—No eres un monstruo —repuso Jem—. Ni una cobarde. Al contrario, me ha impresionado mucho la forma en que disparaste a De Quincey. No tengo ninguna duda de que lo habrías matado si hubiera habido más balas en la pistola.

—Sí, creo que lo habría hecho. Hubiera querido matarlos a todos ellos.

—Eso es lo que Camille nos pidió que hiciéramos, ¿sabes? Matarlos a todos. Quizá lo que estabas sintiendo eran sus emociones.

—Tal vez, pero Camille no tiene ninguna razón para preocuparse por Nate, ni por lo que le suceda, y fue entonces cuando sentí unas ganas más intensas de matar. Cuando vi allí a mi hermano, cuando me di cuenta de lo que planeaban hacerle... —Respiró hondo—. No sé en qué medida era yo y en cuál Camille. Y ni siquiera sé si está bien tener esa clase de sentimientos...

—¿Te refieres —preguntó Jem— a que una chica tenga esos sentimientos?

—A que los tenga cualquiera, quizá... No lo sé. Sí, tal vez me refería a sentirlo siendo una chica.

Jem parecía estar mirando a través de ella, como si viera algo más allá, más allá del pasillo, incluso más allá del Instituto.

—Seas lo que seas físicamente —dijo finalmente—, hombre o mujer, fuerte o débil, enfermo o sano, todo eso no importa tanto como lo que tengas en el corazón. Si posees el alma de un guerrero, eres un guerrero. Todas esas otras cosas son tan sólo el cristal de la lámpara, pero tú eres la luz que brilla en su interior. —Entonces sonrió, un poco incómodo, como si hubiera vuelto a sí mismo—. Eso es lo que creo.

Antes de que Tessa pudiera contestarle, se abrió la puerta de la habitación de Nate y salió Charlotte. Respondió a la mirada de Tessa asintiendo con un cansado gesto de la cabeza.

—El hermano Enoch ha ayudado mucho a tu hermano —explicó—, pero aún queda mucho por hacer, hemos de esperar a mañana antes de que sepamos algo más. Sugiero que te vayas a dormir, Tessa. Necesitarás estar descansada para ayudar a Nathaniel.

Con un esfuerzo, Tessa se obligó a asentir y a no marear a Charlotte con un montón de preguntas para las que sabía que no obtendría respuesta.

—Y Jem —añadió Charlotte—. ¿Podemos hablar un momento? ¿Me acompañas a la biblioteca? Jem asintió.

—Naturalmente. —Sonrió a Tessa inclinando la cabeza—. Entonces, hasta mañana —dijo, y siguió a Charlotte por el pasillo.

En cuanto ambos se perdieron de vista, Tessa trató de abrir la puerta de Nate. Estaba cerrada con llave. Suspirando, se volvió y se dirigió hacia el otro lado del pasillo. Quizá Charlotte tuviera razón. Tal vez debería dormir un poco.

A la mitad del pasillo, oyó un alboroto. Sophie, con un cubo de metal en cada mano, apareció de repente en el corredor, dando un portazo. Parecía furiosa.

—Su alteza está de un gran humor esta noche —anunció mientras Tessa se acercaba—. Me acaba de tirar un cubo a la cabeza.

—¿Quién? —preguntó Tessa, y entonces cayó en la cuenta—. Oh, te refieres a Will. ¿Está bien?

—Lo suficiente como para andar tirando cubos —contestó Sophie enfadada—. Y para llamarme por un nombre desagradable. No sé lo que significa ni sé si quiero saberlo, pero era en francés, y eso tiene muchos números para que su significado no me guste lo más mínimo. —Apretó los labios—. Será mejor que vaya corriendo a buscar a la señora Branwell. Quizá ella puede hacer que se tome la cura, ya que yo no he sido capaz.

—¿La cura?

—Debe beberse esto. —Sophie alargó un cubo hacia Tessa; ésta no pudo ver bien lo que contenía, pero parecía agua corriente—. Tiene que hacerlo por su propio bien. O no querría decir lo que va a pasar.

Un impulso desenfrenado se apoderó de Tessa.

—Yo conseguiré que lo haga. ¿Dónde está?

—Arriba, en el desván. —Sophie abrió mucho los ojos—. Yo que usted no lo haría, señorita. Se pone de lo más desagradable cuando está así.

—No me importa —contestó Tessa, y cogió el cubo. Sophie se lo pasó con una mirada de alivio y aprensión. El cubo era sorprendentemente pesado, lleno hasta el borde de líquido, y salpicaba continuamente—. Will Herondale necesita aprender a tomarse la medicina como un hombre —añadió Tessa, y abrió la puerta que llevaba al desván. Sophie se la quedó mirando con una expresión que reflejaba claramente que pensaba que Tessa había perdido la cabeza.

Tras la puerta había una estrecha escalera que iba hacia arriba. Tessa sujetó el cubo ante ella mientras subía; se salpicó agua en el vestido, y se le puso la piel de gallina. Cuando llegó a lo alto de la escalera, estaba mojada y jadeante.

No había puerta al final de la escalera; acababa de golpe en el desván, una sala enorme con el techo tan inclinado que parecía que estuviera demasiado bajo. Por encima pasaban las vigas de lado a lado, y había unas ventanas cuadradas situadas a muy poca altura a intervalos regulares en las paredes; a través de ellas, Tessa pudo ver la luz gris del amanecer. El suelo era de planchas de madera casi sin pulir. No había muebles, ni otra luz más allá de la tenue iluminación que entraba por las ventanas. Un tramo de escalones aún más estrechos llevaba a una trampilla cerrada en el techo.

En el centro de la sala yacía Will, descalzo, tirado de espaldas sobre el suelo. Varios cubos lo rodeaban; al acercarse, Tessa vio que el suelo a su alrededor estaba empapado de agua, agua que corría en hilillos por las tablas y formaba pequeños charcos en las irregularidades de la madera. Parte del agua estaba teñida de un tono rojizo, como si se hubiera mezclado con sangre.

Will tenía un brazo sobre el rostro, tapándole los ojos. No estaba quieto, sino que se movía sin parar, como si sintiera dolor. Mientras Tessa se acercaba, Will dijo algo en voz baja, algo que parecía un nombre. «Cecily», pensó Tessa. Sí, sonaba mucho como si hubiera dicho el nombre Cecily.

—¿Will? —preguntó Tessa—. ¿Con quién estás hablando?

—Estás de vuelta, ¿eh, Sophie? —replicó Will sin alzar la cabeza—. Ya te he dicho que si me traías otros de esos cubos infernales, te...

—No soy Sophie, Will. Soy yo, Tessa.

Por un momento, Will se calló y se quedó inmóvil, excepto por la respiración agitada de su pecho. Sólo llevaba unos pantalones y una camisa blanca, e igual que el suelo, estaba empapado. La tela de la ropa se le pegaba al cuerpo, y su cabello negro parecía un trapo mojado. Debía de estar helado.

—¿Te han enviado a ti? —dijo finalmente. Parecía incrédulo, y algo más también.

—Sí —contestó Tessa, por más que aquello no era del todo cierto.

Will abrió los ojos y volvió la cabeza hacia ella. Incluso en la penumbra, Tessa pudo ver la intensidad del color de los ojos del chico.

—Muy bien. Entonces, deja el agua y vete.

Tessa miró dentro del cubo. Por alguna razón, sus manos no parecían querer soltar el asa.

—¿Y qué es? Quiero decir, ¿qué es exactamente lo que te he subido?

—¿No te lo han dicho? —La miró sorprendido—. Es agua bendita. Para quemar lo que está dentro de mí.

Le tocó el turno de sorprenderse a Tessa.

—¿Quieres decir...?

—Me olvido siempre de todo lo que no sabes —repuso Will—. ¿Recuerdas que hace un rato he mordido a De Quincey? Bueno, pues tragué un poco de su sangre. No mucha, pero no hace falta mucha para que suceda.

—¿Para que suceda el qué?

—Convertirte en un vampiro.

Tessa estuvo a punto de soltar el cubo.

—¿Te estás convirtiendo en un vampiro?

Will sonrió al oírla, y se incorporó sobre el codo.

—No te alarmes sin motivo. Hacen falta días para que la transformación se produzca, e incluso entonces, tendría que morir para que ocurriera. Lo que la sangre haría es hacerme sentir irresistiblemente atraído hacia los vampiros, atraído hacia ellos con la esperanza de que me convirtieran en uno de los suyos. Como sus siervos humanos.

—Y el agua bendita...

—Contrarresta los efectos de la sangre. Tengo que beberla todo el rato. Me hace vomitar, claro; me ayuda a eliminar toda la sangre y todo lo demás que tengo en mi interior.

—Dios santo. —Tessa le acercó el cubo haciendo una mueca—. Entonces, supongo que es mejor que te lo dé.

—Supongo que sí. —Will se sentó, y extendió las manos para cogerle el cubo. Miró el contenido con el ceño fruncido, y luego lo cogió y se lo inclinó para beber. Después de unos cuantos tragos, hizo una mueca de asco y se tiró el resto por encima de la cabeza. Una vez vacío, tiró el cubo a un lado.

—¿Eso también sirve? —preguntó Tessa con auténtica curiosidad—. ¿Tirarte el agua por encima de la cabeza?

Will hizo un ruido ahogado que era en parte una carcajada.

—Haces unas preguntas...

Meneó la cabeza, lanzando gotas de agua de su cabello a la ropa de Tessa. Tenía toda la parte delantera de la camisa empapada, y se le transparentaba. La forma en que se pegaba a su cuerpo...

mostrando todos sus contornos: las curvas de los duros músculos, la afilada línea de la clavícula, la Marcas que parecían atravesar la tela como un fuego negro. Todo eso hizo pensar a Tessa en cuando se colocaba un papel fino sobre un grabado en relieve y se pasaba el carboncillo por encima para que aparezca la forma. Tragó saliva.

—La sangre me da fiebre, hace que me arda la piel —explicó Will—. No consigo refrescarme. Pero sí, el agua ayuda.

Tessa se lo quedó mirando. Cuando él había entrado en su dormitorio de la Casa Oscura, Tessa había pensado que era el chico más hermoso que jamás había visto, pero en ese momento, mirándolo..., nunca había mirado así a un chico, de una manera que le hacía subir la sangre al rostro y le tensaba el pecho. Más que nada, deseaba tocarlo, acariciar su cabello mojado, comprobar si sus brazos, sus nudosos músculos, eran tan duros como parecían, y si la callosa palma de su mano era áspera; poner su mejilla contra la de él y notar sus pestañas rozándole la piel. Unas pestañas tan largas...

—Will —dijo Tessa, e incluso a ella misma su voz le sonó sin fuerza—. Will, quería preguntarte...

Él la miró. El agua le pegaba las pestañas, que parecían formar afiladas puntas estrelladas.

—¿Qué?

—Actúas como si no te importara nada —dijo rápidamente. Se sentía como si hubiera estado corriendo, hubiera llegado a la cima y siguiera corriendo colina abajo, y ya no pudiera parar. La gravedad la llevaba hacia donde tenía que ir—. Pero... a todo el mundo le importa algo. ¿Verdad?

—¿Tu crees? —dijo Will suavemente. Cuando ella no contestó, él se inclinó—. Tess —dijo—. Ven a sentarte a mi lado.

Tessa lo hizo. El suelo estaba frío y mojado, pero se sentó, envolviéndose con la falda, de forma que sólo se le veía la punta de las botas. Miró a Will, estaban muy juntos, mirándose. Sus rasgos bajo la luz grisácea eran fríos y claros; sólo la boca aparentaba cierta suavidad.

—Nunca te ríes —dijo Tessa—. Actúas como si todo fuera una broma, pero nunca ríes. A veces sonríes cuando crees que nadie se está fijando en ti.

Durante un instante, él permaneció en silencio.

—Tú —dijo finalmente con cierta renuencia—. Tú me haces reír. Desde el momento en que me golpeaste con aquella botella.

—Era una jarra —corrigió ella automáticamente.

Los labios de Will se alzaron en las comisuras.

—Por no hablar de la forma en la que siempre estás corriéndome. Y con esa expresión tan divertida en la cara cuando lo haces. Y la forma en que gritaste a Gabriel Lightwood. E incluso cómo le replicaste a De Quincey. Me haces... —Se calló de golpe, mirándola, y Tessa se preguntó si su aspecto reflejaría cómo se sentía: asombrada y ansiosa—. Déjame verte las manos —dijo él de repente—. ¿Tessa?

Ella se las mostró, palmas arriba, sin casi mirarlas. No podía apartar los ojos del rostro de Will.

—Aún hay sangre —le dijo él—. En tus guantes.

Tessa bajó la mirada y vio que era cierto. No se había sacado los guantes de piel de Camille, y estaban manchados de sangre y ceniza, rasgados en las puntas, de cuando había tratado de quitarle los grilletas a Nate.

—Oh —exclamó, y comenzó a retirar las manos, con la intención de sacarse los guantes, pero Will sólo le soltó la mano izquierda. Siguió sujetándole la derecha, sin fuerza, por la muñeca. El llevaba un

pesado anillo de plata en el dedo índice derecho, tallado con un delicado diseño de pájaros en vuelo. Tenía la cabeza gacha, y el húmedo cabello le caía hacia adelante; Tessa no le podía ver el rostro. El pasó suavemente los dedos por la superficie del guante. Cuatro botones de perlas lo cerraban en la muñeca, y Will pasó la punta de los dedos sobre ellos; luego los abrió, y su pulgar rozó directamente la piel de la muñeca de Tessa, donde latían las venas azuladas.

Tessa casi pegó un brinco.

—Will.

—Tessa —repuso él—, ¿qué quieres de mí?

Seguía acariciándole la muñeca; y su contacto estaba provocando extrañas sensaciones deliciosas en la piel y los nervios de Tessa. Le tembló la voz al contestar.

—Qui... quiero entenderte.

Él la miró entre las largas pestañas.

—¿Es realmente necesario?

—No lo sé —contestó Tessa—. No estoy segura de que nadie te entienda, excepto quizá Jem.

—Jem no me entiende —replicó Will—. Se preocupa por mí, como podría hacerlo un hermano. No es lo mismo.

—¿Y quieres que te entienda?

—Dios santo, no —contestó rotundo—. ¿Para qué necesita él saber las razones por las que llevo la vida que llevo?

—Tal vez tan sólo quiera saber que existe una razón —aventuró Tessa.

—¿Y eso importa? —preguntó Will en voz baja, y con un rápido movimiento, le sacó el guante de la mano. Tessa sintió el frío aire de la sala en la piel desnuda, y un escalofrío la recorrió de arriba abajo, como si de repente se encontrara desnuda en medio del frío—. ¿Importan las razones cuando no se puede hacer nada para cambiar las cosas?

Tessa buscó una respuesta, y no la encontró. Estaba temblando, casi con demasiada intensidad para poder hablar.

—¿Tienes frío? —Will entrelazó los dedos con los de ella y le apretó la mano contra su mejilla. Tessa se sorprendió del calor febril de su piel—. Tess —dijo él, con un murmullo grave de deseo, y ella se inclinó hacia él, moviéndose como un árbol con las ramas cargadas de nieve. A Tessa le dolía todo el cuerpo; le dolía, como si tuviera un terrible vacío en su interior. Notaba la cercanía de Will como nunca había notado nada o a nadie en toda su vida, el tenue brillo azul bajo los párpados entornados, la sombra de una incipiente barba en el mentón donde no se había afeitado, las difuminadas cicatrices blancas que le salpicaban la piel de los hombros y el cuello, y sobre todo, la boca, su forma de media luna, el ligero hoyuelo en el centro de su labio inferior. Cuando él se inclinó hacia ella y le rozó los labios con los suyos, ella se cogió a él como si estuviera a punto de ahogarse.

Durante unos instantes, sus bocas se juntaron totalmente; Will le enredó la mano libre en el cabello. Tessa ahogó un grito cuando él la rodeó con los brazos y la apretó con fuerza contra sí. Ella le rodeó el cuello con los brazos, suavemente; la piel de Will estaba ardiendo. A través de la fina tela mojada de la camisa, Tessa notó los músculos de los hombros, duros y suaves. Los dedos de él hallaron el pasador enjoyado en el cabello de Tessa y lo soltaron; el cabello le cayó sobre los hombros, el pasador rebotó en el suelo y Tessa no pudo evitar un gritito de sorpresa contra la boca de Will. Y luego, sin ningún aviso, él la soltó de su abrazo y la empujó por los hombros, apartándola de él con tanta fuerza que Tessa casi cayó de espaldas, y sólo se sujetó con dificultad, colocando las manos en el suelo tras de sí.

Se sentó con el cabello suelto como una cortina enmarañada, y lo miró incrédula. Will estaba de rodillas; el pecho le subía y bajaba como si hubiera estado corriendo a gran velocidad durante mucho rato. Estaba pálido, excepto por dos manchas de color en las mejillas.

—Dios del Cielo —murmuró—. ¿Qué ha sido eso?

Tessa sintió que se sonrojaba violentamente. ¿No era Will el que se suponía que sabía exactamente qué era eso, y no era ella la que se suponía que debía haberlo apartado?

—No puedo. —Will apretaba los puños en los costados; Tessa los vio temblar—. Tessa, creo que será mejor que te vayas.

—¿Irme? —La cabeza le dio vueltas; se sintió como si hubiera estado en un lugar cálido y seguro, y de repente la hubieran arrojado a la oscuridad fría y vacía—. No... no debería haber sido tan atrevida. Lo siento...

Una mirada de intenso dolor cruzó el rostro de Will.

—¡Dios, Tessa! —Parecía que le estuvieran arrancando las palabras—. Por favor. Vete. No puedo tenerte aquí. No... no es posible.

—Will, por favor...

—¡No! —Will apartó la mirada de ella, volvió la cara y clavó los ojos en el suelo—. Mañana te diré todo lo que quieras saber. Lo que sea. Pero ahora, déjame solo. —Se le quebró la voz—. Tessa. Te lo estoy rogando, ¿lo entiendes? Te lo estoy rogando. Por favor, por favor, vete.

—Muy bien —replicó Tessa, y vio, con una mezcla de sorpresa y dolor, que las señales de tensión desaparecían de los hombros de Will. ¿Era tan terrible tenerla ahí, y tanto alivio el que se marchara? Se puso en pie, con el vestido húmedo, frío y pesado, casi resbalando en el suelo mojado. Will no se movió ni alzó la mirada, sino que se quedó donde estaba, de rodillas, mirando al suelo, mientras Tessa cruzaba la sala hasta alcanzar la escalera y bajaba sin mirar atrás.

Un rato después, en su dormitorio iluminado por el pálido resplandor del amanecer londinense, Tessa se hallaba tendida en la cama, demasiado agotada para sacarse el vestido de Camille, demasiado agotada incluso para dormir. Había sido un día de primeras veces. La primera vez que había usado su poder por voluntad y decisión propia, y se había sentido bien por eso. La primera vez que había disparado una pistola. Y, la única primera vez con la que había soñado durante años, su primer beso.

Tessa se dio la vuelta y hundió el rostro en la almohada. Durante muchos años había imaginado cómo sería su primer beso; si él sería apuesto, si la amaría, si sería bueno. Nunca se hubiera imaginado que el beso sería tan breve, tan desesperado, tan extraño. O que sabría a agua bendita. A agua bendita y a sangre.

# 13

## ALGO OSCURO

A veces somos menos infelices cuando aquellos a los que amamos nos engañan, que cuando no nos engañan.

FRANÇOIS LA ROCHEFOUCAULD, *Máximus*

Tessa se despertó al día siguiente cuando Sophie encendió la lámpara de su mesilla. Con un gemido, Tessa se movió para cubrirse los doloridos ojos.

—En pie, señorita. —Sophie se dirigió a Tessa con su habitual eficiencia—. ¿Piensa dormir todo el día? Son más de las ocho de la tarde, y Charlotte me ha pedido que la despertara.

—¿Más de las ocho? ¿De la tarde? —Tessa echó a un lado las mantas, y se dio cuenta, sorprendida, de que aún llevaba puesto el vestido de Camille, completamente arrugado ya, por no hablar de las manchas. Debía de haberse quedado dormida nada más tumbarse, sin desvestirse siquiera. Los recuerdos de la noche anterior comenzaron a aflorar en su mente: los rostros blancos de los vampiros, el fuego devorando las cortinas, la risa de Magnus Bane, De Quincey, Nathaniel y Will.

«Oh, Dios —pensó—, ¡Will!».

Lo apartó de su pensamiento y se sentó en la cama, mirando ansiosa a Sophie.

—Mi hermano —dijo—, ¿está...?

La sonrisa de Sophie desapareció.

—No está peor, la verdad, pero tampoco mejor. —Al ver la expresión desolada de Tessa, añadió —: Un baño caliente y comida, señorita, eso es lo que usted necesita. Su hermano no mejorará por que usted pase hambre y vaya sucia.

Tessa se miró. El vestido de Camille estaba destrozado, eso era evidente: roto y manchado de sangre y ceniza por al menos una docena de sitios. Las medias de seda estaban rotas, tenía los pies sucios y los brazos y las manos manchadas. No quiso ni pensar en el estado de su cabello.

—Supongo que tienes razón.

La bañera era un artefacto con patas en forma de garras escondido detrás de la pantalla japonesa en un rincón del dormitorio. Sophie la había llenado con agua caliente que ya comenzaba a enfriarse. Tessa pasó detrás de la pantalla, se desvistió y se introdujo en la bañera. El agua caliente la cubrió hasta los hombros, de modo que el calor la hizo sentir reconfortada. Durante un momento se quedó así, inmóvil, para que sus helados huesos se calentaran. Lentamente comenzó a relajarse, y cerró los ojos...

El recuerdo de Will fue lo primero que acudió a su mente. Will, en el desván, la forma en que le había tocado la mano. La manera en que la había besado y luego le había ordenado que se marchara.

Se hundió bajo la superficie del agua como si así pudiera ocultarse del humillante recuerdo. No funcionó.

«Ahogarte no te servirá de nada —se dijo seriamente—. Aunque quizá ahogar a Will...»

Se sentó, cogió la pastilla de jabón de lavanda que había en el borde de la bañera y se frotó el cabello y la piel hasta que el agua se volvió negra de ceniza y polvo. Quizá no fuera posible frotarse hasta librarse de los recuerdos de alguien, pero podía intentarlo.

Sophie la estaba esperando cuando salió de detrás de la pantalla. Había una bandeja con

sandwiches y té preparado. Sophie ayudó a Tessa a vestirse con su traje amarillo con un ribete trenzado; era más sofisticado de lo que Tessa hubiera querido, pero a Jessamine le había gustado mucho el modelo en la tienda y había insistido en que Tessa se lo quedara. «Yo no puedo vestir de amarillo, pero les queda tan bien a las chicas con un cabello castaño soso como el tuyo», había dicho Jessamine.

La sensación del cepillo por el cabello resultaba muy agradable; le recordó a Tessa cuando era una niña y la tía Harriet la peinaba. Era tan relajante que cuando Sophie le habló, Tessa se sobresaltó un poco.

—¿Anoche consiguió que el señor Herondale se tomara su medicina, señorita?

—Oh, eh... —Tessa se apresuró a recuperar la compostura, pero fue demasiado tarde; las mejillas y el cuello se le habían cubierto de un color escarlata—. No quería —dijo tontamente—. Pero al final lo convencí.

—Ya veo. —La expresión de Sophie no cambió, pero los rítmicos pases del cepillo comenzaron a ser más rápidos—. Ya sé que no es de mi incumbencia, pero...

—Sophie, puedes decirme todo lo que quieras, de verdad.

—Es que... el señor Will —Sophie habló muy de prisa— no es alguien que a usted debería importarle, señorita Tessa. No de esa manera. No se puede confiar en él. Él no... no es lo que usted cree que es.

Tessa se apretó las manos sobre el regazo. Notó una vaga sensación de irrealidad. ¿Habían ido tan lejos las cosas que necesitaba que la advirtieran sobre Will? Y sin embargo, era agradable tener a alguien con quien hablar. Se sentía un poco como alguien desesperadamente hambriento a quien ofrecen comida.

—No sé lo que creo que es, Sophie. A veces parece una cosa, y entonces puede cambiar completamente, como el viento, y no sé por qué, o qué ha pasado...

—Nada, no ha pasado nada. Es que no le importa nadie más que él mismo.

—Le importa Jem.

El cepillo se detuvo; Sophie se había quedado inmóvil. Tessa pensó que debía de querer contarle algo, algo que se estaba conteniendo para no decir. Pero ¿qué sería?

El cepillo continuó moviéndose.

—Pero eso no es suficiente.

—Quieres decir que no debería dejar que se me rompa el corazón por un chico al que nunca le importaré...

—¡No! —replicó Sophie—. Hay cosas peores que eso. Está bien querer a alguien que no te corresponde, mientras sea una persona a la que valga la pena querer. Mientras se lo merezca.

La pasión en la voz de Sophie sorprendió a Tessa. Se volvió para ver a la otra chica.

—Sophie, ¿hay alguien a quien quieres? ¿Es Thomas?

Sophie parecía sorprendida.

—¿Thomas? No. ¿Qué le ha hecho pensar eso?

—Bueno, porque me parece que él sí te quiere —contestó Tessa—. Lo he sorprendido mirándote. Te observa cuando estás en la misma sala. Supongo que pensé...

Tessa dejó la frase a medias ante la mirada de estupefacción de Sophie.

—¿Thomas? —repitió Sophie—. No, no es posible. Estoy segura de que no siente eso por mí.

Tessa no se molestó en contradecirla; era evidente que, fueran los que fueran los sentimientos de



Thomas, Sophie no los compartía. Lo que dejaba a...

—¿Will? —preguntó Tessa—. ¿Quieres decir que hubo un tiempo en el que apreciabas a Will?

«Eso explicaría la amargura y el desprecio», pensó Tessa, considerando cómo trataba Will a las chicas a las que gustaba.

—¿Will? —Sophie parecía absolutamente horrorizada, tanto como para olvidar llamarle «señor Herondale»—. ¿Me está preguntando si alguna vez estuve enamorada de él?

—Bueno, pensaba... quiero decir, es muy guapo. —Tessa se dio cuenta de que sonaba bastante tonta.

—Hay cosas más importantes en la gente que les hace ser encantadores, aparte del aspecto que tienen. Mi último señor... —dijo Sophie, y su cuidado acento se había ido perdiendo a medida que aumentaba su excitación, de forma que casi no pronunció la última erre— siempre estaba de safari en África o la India, matando tigres y esas cosas. Él me explicó que la forma de saber si un bicho o una serpiente son venenosos es observar sus marcas. Cuanto más bonita y brillante es su piel, más mortal resulta. Así es Will. Una bonita cara y esas cosas, que ocultan lo retorcido y podrido que está por dentro.

—Sophie, no sé si...

—Hay algo oscuro en él —continuó Sophie—. Algo negro y oscuro que se esfuerza en ocultar. Tiene algún secreto, de los que te comen por dentro. —Sophie dejó el cepillo de plata sobre el tocador, y Tessa se sorprendió al ver que le temblaban las manos—. No olvide lo que le digo.

Cuando Sophie se hubo marchado, Tessa cogió el ángel mecánico de la mesilla y se lo colgó al cuello. En cuanto lo notó sobre el pecho, se sintió inmediatamente reconfortada. Lo había echado de menos mientras había estado disfrazada de Camille. Su presencia era un consuelo, y aunque sabía que era una tontería, pensó que quizá si visitaba a Nate con el ángel al cuello, él podría notar su presencia y reconfortarse también.

Mantuvo la mano sobre él mientras cerraba la puerta al salir, recorría el corredor y llamaba a su puerta con suavidad. No hubo respuesta, así que agarró el picaporte y abrió la puerta. Las cortinas estaban corridas; el dormitorio se hallaba a media luz, y pudo ver a Nate durmiendo boca arriba apoyado en un montón de almohadas. Tenía un brazo sobre la frente, y las mejillas le brillaban de fiebre.

No estaba solo. En el sillón junto a la cabecera de la cama se hallaba Jessamine, con un libro abierto en el regazo. Respondió a la sorprendida mirada de Tessa con otra fría e indiferente.

—Esto... —comenzó Tessa, y se calmó antes de proseguir—: ¿Qué estás haciendo aquí?

—Pensé que podría leer un rato para tu hermano —contestó Jessamine—. Todo el mundo se ha pasado durmiendo la mitad del día, y se estaban olvidando de él cruelmente. Sólo Sophie ha venido a comprobar su estado, y no puedes esperar que ella mantenga una conversación como es debido.

—Nate está inconsciente, Jessamine; no necesita conversación.

—No puedes estar segura de eso —replicó Jessamine—. He oído que la gente oye lo que le dices incluso si está inconsciente, e incluso muerta.

—Nate no está muerto.

—Claro que no. —Jessamine se lo quedó mirando—. Es demasiado apuesto para morir. ¿Está casado, Tessa? ¿O hay alguna chica en Nueva York que esté ligada a él?

—¿A Nate? —Tessa clavó los ojos en Jessamine. Siempre había habido chicas, todo tipo de

chicas, que se habían interesado por Nate, pero él tenía la capacidad de concentración de una mariposa —. Jessamine, si ni siquiera está consciente. Ahora no es el momento...

—Se pondrá mejor —anunció Jessamine—. Y cuando lo haga, sabrá que he sido yo quien lo ha cuidado para que sanase. Los hombres siempre se enamoran de las mujeres que los cuidan. «Cuando el dolor y la angustia tensan el arco... / ¡Un ángel cuidador!» —concluyó con un guiño de satisfacción. Al ver la mirada horrorizada de Tessa, frunció el ceño—. ¿Qué pasa? ¿No soy lo suficientemente buena para tu precioso hermano?

—No tiene dinero, Jessie...

—Yo tengo el suficiente para los dos. Sólo necesito que alguien me saque de este lugar. Ya te lo expliqué.

—Lo cierto es que me ofreciste que yo fuera ese alguien.

—¿Es eso lo que te está haciendo perder la compostura? —preguntó Jessamine—. La verdad, Tessa, aún podemos ser mejores amigas cuando seamos cuñadas, pero un hombre siempre es mejor que una mujer para este tipo de cosas, ¿no crees?

A Tessa no se le ocurrió qué contestar.

Jessamine se encogió de hombros.

—Charlotte quiere verte, por cierto. En el salón delantero. Me ha pedido que te lo dijera. No tienes que preocuparte por Nathaniel. Le tomaré la temperatura cada cuarto de hora y además le pondré paños fríos en la frente.

Tessa no estaba segura de creerla, pero como era evidente que Jessamine no tenía ninguna intención de ceder su lugar junto a Nathaniel, y no parecía valer la pena pelearse, se volvió con un suspiro de disgusto y salió del dormitorio.

La puerta del salón, cuando llegó a ella, estaba entreabierta; oyó voces discutiendo al otro lado. Vaciló, con la mano en alto para llamar; entonces oyó su nombre y se quedó parada.

—Esto no es un hospital. ¡El hermano de Tessa no debería estar aquí! —Era la voz de Will, gritando—. No es un subterráneo, sólo es un mundano estúpido y corrupto que se encontró involucrado en algo que no podía controlar...

—No lo pueden tratar los médicos mundanos —replicó Charlotte—. No con lo que le pasa. Sé razonable, Will.

—Ya conoce la existencia del mundo de los subterráneos. —Era la voz de Jem: calmada, lógica—. De hecho, podría tener información importante que no conocemos. Mortmain dijo que Nathaniel trabajaba para De Quincey; podría tener información sobre sus planes, los autómatas, el asunto ese del Magíster, todo eso. De Quincey quería matarlo, después de todo. Quizá fuera porque sabe algo que no debería saber.

Se produjo un largo silencio.

—Entonces, podríamos volver a llamar a los Hermanos Silenciosos —dijo Will—. Pueden penetrar en su mente, a ver qué encuentran. No hace falta que esperemos a que despierte.

—Ya sabes que ese tipo de proceso es muy delicado con un mundaño —protestó Charlotte—. El hermano Enoch nos ha explicado que la fiebre hace alucinar al señor Gray. No puede distinguir de entre las cosas que alberga ese joven en la cabeza, cuáles son verdad y cuáles son fruto de su delirio febril. Al menos, no sin dañarle la mente, quizá de forma permanente.

—Para empezar, dudo que fuera una gran mente.

Tessa oyó el tono de desprecio de Will incluso a través de la puerta y notó que se le formaba un

nudo de rabia en el estómago.

—No sabes nada de ese hombre. —Jem habló con más frialdad de la que Tessa le había oído nunca—. No logro imaginar qué te hace estar de ese humor, Will, pero no dice nada bueno de ti.

—Yo sé de qué se trata —dijo Charlotte.

—¿Ah, sí? —Will sonaba horrorizado.

—Estás tan preocupado como yo sobre lo que pasó anoche. Sólo tuvimos dos bajas, es cierto, pero la huida de De Quincey no nos deja en buen lugar. Fue mi plan. Presioné al Enclave para que lo aceptara, y ahora me culparán de todo lo que haya salido mal. Por no hablar de que Camille ha tenido que esconderse porque no tenemos ni idea del paradero de De Quincey, y seguro que ya le ha puesto precio a su cabeza. Y Magnus Bane, claro, está furioso con nosotros porque Camille haya desaparecido. Así que, por el momento, hemos perdido a nuestra mejor informante y a nuestro mejor brujo.

—Pero impedimos que De Quincey asesinara al hermano de Tessa y quién sabe a cuántos mundanos más —replicó Jem—. Eso debe contar para algo. Al principio, Benedict Lightwood no quería creer en la traición de De Quincey; ahora ya no tiene elección. Sabe que teníamos razón.

—Pero eso sólo hará que se enfade más —añadió Charlotte.

—Quizá —dijo Will—. Y quizá, si no hubieras insistido en ligar el éxito de mi plan con el funcionamiento de uno de los ridículos inventos de Henry, ahora no estaríamos teniendo esta conversación. Puedes marear la perdiz todo lo que quieras, pero la razón por la que todo salió mal anoche es porque el Fosfor no funcionó. Nada de lo que inventa Henry funciona. Si admitieras de una vez que tu marido es un loco inútil, nos iría mucho mejor a todos.

—Will. —La voz de Jem estaba cargada de fría ira.

—No, James, no. —A Charlotte le temblaba la voz; se oyó una especie de golpe, como si se hubiera sentado de repente en una silla—. Will —continuó—, Henry es un hombre bueno y amable que te quiere.

—No seas sensiblera, Charlotte. —En la voz de Will sólo había desprecio.

—Te conoce desde que eras un niño. Te apreciaba como si fueras su propio hermano. Como yo. Lo único que he hecho siempre ha sido quererte, Will...

—Sí —soltó Will—, y ojalá no lo hubieras hecho.

Charlotte hizo un ruido de dolor, como un perrillo pateado.

—Sé que no lo dices en serio.

—Yo siempre hablo en serio —replicó Will—. Sobre todo cuando advierto de que sería mejor explorar la mente de Nathaniel Gray ahora en vez de más tarde. Si eres demasiado sentimental para hacerlo...

Charlotte trató de interrumpirlo, pero no importaba. Eso ya era demasiado para Tessa. Abrió la puerta de golpe y entró. La sala estaba iluminada por un gran fuego, en contraste con los cuadrados de vidrio oscuro que dejaban entrar lo que quedaba del gris anochecer. Charlotte se hallaba sentada al otro lado de un escritorio. Jem, en una silla a su lado. Por su parte, Will se apoyaba en la repisa de la chimenea; estaba rojo de rabia, con los ojos brillantes y el cuello de la camisa torcido. Durante un instante de pura estupefacción, se encontró con la mirada de Tessa. Cualquier esperanza que ella hubiera podido albergar de que él hubiera olvidado mágicamente lo que había pasado la noche anterior en el desván se desvaneció. Will se sonrojó al verla, sus ojos de un azul infinito se oscurecieron, y los apartó, como si no soportara mantenerle la mirada.

—Debo suponer que has estado escuchando, ¿verdad? —preguntó Will—. Y ahora estás aquí para largarme un discurso sobre tu precioso hermano.

—Al menos yo puedo pensar, que es algo que Nathaniel no podrá hacer si te sales con la tuya. —Tessa se volvió hacia Charlotte—. No permitiré que el hermano Enoch toquetee la mente de Nate. Ya está muy enfermo; eso probablemente lo mataría.

Charlotte asintió con la cabeza. Parecía agotada; tenía el rostro grisáceo y los párpados parecían pesarle. Tessa se preguntó si habría dormido algo.

—Lo más probable es que esperemos a que se cure antes de hacerle preguntas.

—¿Y si sigue enfermo durante semanas? ¿O incluso meses? —preguntó Will—. Quizá no tengamos tanto tiempo.

—¿Por qué no? ¿Qué es tan urgente como para que quieras arriesgar la vida de mi hermano? —soltó Tessa.

Los ojos de Will eran rendijas de vidrio azul.

—Lo único que siempre te ha importado ha sido encontrar a tu hermano. Bravo, lo has conseguido. Bien por ti. Pero ése nunca fue nuestro objetivo. Te das cuenta, ¿no? No solemos ir tan lejos por un delincuente mundano.

—Lo que Will intenta decir —intervino Jem—, aunque sin ninguna cortesía, es... —Suspiró—. De Quincey dijo que tu hermano era alguien en quien había confiado. Y ahora, De Quincey se ha ido, y no tenemos ni idea de dónde se esconde. Las notas que encontramos en su despacho sugieren qué De Quincey creía que pronto habría una guerra entre los subterráneos y los cazadores de sombras, una guerra en la que esas criaturas mecánicas en las que estaba trabajando tendrían un papel prominente. Ya puedes imaginar por qué queremos saber dónde está, y cualquier otra cosa que tu hermano pueda conocer.

—Quizá vosotros queráis saber esas cosas —repuso Tessa—, pero ésa no es mi lucha. No soy una cazadora de sombras.

—Pues claro —soltó Will—. ¿Qué crees, que no lo sabemos?

—Cállate, Will. —El tono de Charlotte era más áspero de lo habitual. Se dirigió a Tessa, con ojos suplicantes—. Nosotros confiamos en ti, Tessa. Necesitas confiar en nosotros también.

—No —replicó Tessa—. No es cierto. —Notó que Will la miraba y de repente sintió una furia abrasadora. ¿Cómo se atrevía a ser frío con ella, a estar enfadado con ella? ¿Qué había hecho ella para merecérselo? Le había dejado que la besara. Eso era todo. De alguna manera, era como si eso tuviera el poder de borrar todo lo demás que había hecho durante esa noche, como si después de besar a Will ya no importara que también hubiera sido valiente—. Queráis utilizarme, igual que hicieron las Hermanas Oscuras, y en cuanto tuvisteis la oportunidad, en el momento en que lady Belcourt apareció y necesitasteis de mi habilidad, quisisteis que lo hiciera. ¡Sin que os importara lo más mínimo lo peligroso que era! Os comportáis como si yo tuviera alguna responsabilidad hacia vuestro mundo, vuestras leyes y vuestros Acuerdos, pero es vuestro mundo, y sois vosotros los que se supone que debéis gobernarlo. ¡No es culpa mía que estéis haciendo tan mal ese trabajo!

Tessa vio cómo Charlotte palidecía y se sentaba. Sintió una aguda punzada en el pecho. No era a Charlotte a quien quería herir. Aun así, continuó. No podía evitarlo, las palabras se le derramaban de la boca.

—Toda esa charla sobre los subterráneos, diciendo que no los odiáis. No es más que eso, palabras, ¿verdad? No lo sentís. Y en cuanto a los mundanos, ¿habéis pensado alguna vez que los

protegeríais mejor si no los despreciarais tanto? —Miró a Will. Estaba pálido y con los ojos en llamas. Se le veía..., Tessa no sabía cómo describir su expresión. Horrorizado, pensó, pero no por ella; el horror era más profundo que eso.

—Tessa —protestó Charlotte, pero Tessa ya se dirigía a la puerta. En el último momento se volvió y los vio a todos mirándola.

—Manteneos lejos de mi hermano —soltó—. Y que no se os ocurra seguirme.

La furia, pensó Tessa, aportaba una cierta satisfacción, mientras te dejabas llevar por ella. Había algo curiosamente gratificante en gritar ciego de ira hasta que te quedabas sin palabras.

Naturalmente, después no era tan agradable. Cuando habías dicho a todos que los odiabas y que no te siguieran, ¿adonde ibas exactamente? Si volvía a su dormitorio, era como decir que sólo había tenido una rabieta, que se le pasaría. No podía ir al dormitorio de Nate y llevarle su mal humor, y si iba a algún otro lado, corría el riesgo de que Sophie o Agatha la encontraran de morros.

Al final tomó la estrecha escalera de caracol que llevaba a la parte baja del Instituto. Atravesó la nave iluminada con luz mágica, y fue a parar a los amplios escalones delanteros de la iglesia, donde se sentó en lo alto; allí se acurrucó abrazándose y temblando bajo el inesperado frío de la brisa. Debía de haber llovido durante el día, porque los escalones estaban húmedos, y las piedras negras del patio brillaban como un espejo. La luna había salido y destellaba entre las nubes que pasaban con rapidez, y la enorme verja de hierro relucía oscura bajo la luz intermitente. «Somos polvo y sombras».

—Sé lo que estás pensando. —La voz que llegaba de la puerta a la espalda de Tessa era lo suficientemente suave para poder haber sido parte del viento que agitaba las ramas de los árboles.

Tessa se volvió. Jem se hallaba bajo el arco de la puerta; la blanca luz mágica que surgía a su espalda le iluminaba el cabello confiriéndole un cierto brillo metálico. Sin embargo, su rostro estaba oculto entre las sombras. Sujetaba el bastón con la mano derecha; los ojos del dragón brillaban como vigilando a Tessa.

—No lo creo.

—Estás pensando: «Si llaman verano a esta porquería húmeda, ¿cómo será el invierno?». Te sorprenderías. El invierno es bastante parecido. —Se apartó de la puerta y fue a sentarse en el escalón junto a Tessa, aunque a una cierta distancia—. La primavera sí que es realmente hermosa.

—¿Ah, sí? —preguntó Tessa sin demasiado interés.

—No. Lo cierto es que hay bastante niebla y es igual de húmeda. —La miró de reojo—. Sé que has dicho que no te siguiéramos. Pero esperaba que te refirieras sólo a Will.

—Así es. —Tessa se volvió de medio lado para mirarlo—. No debería haber gritado así.

—No, tenías razón al decir lo que has dicho —repuso Jem—. Los cazadores de sombras hemos sido lo que somos desde hace tanto tiempo, estamos tan encerrados en nosotros mismos, tan aislados, que a menudo olvidamos ver la situación desde el punto de vista de los demás. Sólo nos importa si algo es bueno para los nefilim o malo para los nefilim. A veces creo que nos olvidamos de preguntarnos si es bueno o malo para el mundo.

—No quería herir a Charlotte.

—Ella es muy sensible en lo que respecta a cómo se dirige el Instituto. Como mujer, debe luchar para que la escuchen, e incluso entonces sus decisiones se cuestionan. Ya oíste a Benedict Lightwood en la reunión del Enclave. Charlotte cree que no tiene margen para cometer errores.

—¿Lo tenemos alguno de nosotros? ¿Lo tenéis vosotros? Para los nefilim, todo es a vida o muerte. —Tessa respiró hondo en la neblina. Sabía a ciudad, a metal y a ceniza y a caballos y a agua de río—.

Es que... a veces me siento como si no pudiera soportarlo. Desearía no haberme enterado nunca de lo que soy. ¡Desearía que Nate se hubiera quedado en casa y que nada de esto hubiera pasado!

—A veces, nuestras vidas cambian tan rápido que ni el corazón ni la mente son capaces de seguir el cambio. Es en esas ocasiones, creo, cuando nuestras vidas han cambiado pero aún ansiamos regresar al momento anterior a que todo cambiara, y el dolor es entonces mayor. Pero te puedo decir por experiencia que te acabas acostumbrando a ello. Aprendes a vivir tu nueva vida, y no puedes imaginarte, o incluso recordar realmente, cómo era todo antes.

—¿Estás diciéndome que me acostumbraré a ser una bruja o lo que sea que soy?

—Siempre has sido lo que eres. Eso no es nuevo. A lo que te acostumbrarás es a saberlo.

Tessa inspiró hondo y soltó el aire lentamente.

—Lo que he dicho arriba no es lo que siento —reconoció Tessa—. No creo que los nefilim seáis tan terribles.

—Ya lo sé. Si no, no estarías aquí. Estarías junto a tu hermano, protegiéndolo de nuestras malas intenciones.

—Will tampoco hablaba en serio —dijo Tessa pasado un momento—. No le haría daño a Nate.

—Sí. —Jem miró hacia la verja con ojos pensativos—. Tienes razón. Pero me sorprende que lo sepas. Yo lo sé. Pero he necesitado años para entender a Will. Para saber cuándo dice algo que realmente cree y cuándo no.

—¿Así que nunca te enfadas con él?

Jem rió en voz alta.

—Yo no diría eso. A veces me gustaría estrangularlo.

—¿Y cómo puedes contenerte?

—Me voy a mi lugar favorito de Londres —contestó Jem—, y miro el agua, y pienso en la continuidad de la vida, y en cómo el río fluye, sin importarle las insignificantes preocupaciones de nuestras vidas.

Tessa estaba fascinada.

—¿Funciona?

—No, pero después de eso pienso en que podría matarlo mientras duerme si realmente quisiera hacerlo, y entonces me siento mucho mejor.

Tessa rió por lo bajo.

—¿Y dónde está? ¿Ese sitio favorito tuyo?

Durante un momento, Jem pareció pensativo.

—Ven conmigo, te lo enseñaré.

—¿Está lejos?

—No. A una media hora andando. —Sonrió. Tenía una sonrisa encantadora, pensó Tessa, y contagiosa. No pudo evitar sonreír también, y le pareció que era la primera vez desde hacía siglos.

Tessa permitió que la ayudara a ponerse en pie. La mano de Jem era cálida y fuerte, sorprendentemente reconfortante. Miró una vez hacia el Instituto, vaciló, y le dejó que la guiara, cruzando la verja de hierro, hacia las sombras de la ciudad.

## EL PUENTE DE BLACKFRIARS

Véinte puentes desde la Torre a los Kew  
querían saber lo que el Río sabía,  
porque eran jóvenes y el Támesis viejo,  
y éste es el cuento que él les contó.

RUDYARD KIPLING, *El cuento del Río*

Al atravesar la verja del Instituto, Tessa se sintió como la Bella Durmiente dejando el castillo tras la pared de espino. El Instituto formaba el centro de una plaza, y las calles salían de ésta cada una en una dirección cardinal y se hundían en estrechos laberintos entre las casas. Aún con la mano sujetándole cortésmente el codo, Jem guió a Tessa por un estrecho pasaje. El cielo sobre sus cabezas parecía de acero. El suelo seguía húmedo por la lluvia que había caído antes, y las paredes de los edificios, que parecían presionar por ambos lados, estaban manchadas de humedad y de oscuros residuos de polvo.

Jem hablaba mientras caminaban; no decía nada de gran importancia, pero mantenía una charla tranquilizadora: le contaba lo que había pensado de Londres al llegar allí, cómo todo le había parecido de un tono gris uniforme, ¡incluso la gente! No se podía creer que pudiera llover tanto en un lugar, de una forma tan incesante. Le había parecido que la humedad se alzaba del suelo y le calaba en los huesos, y había creído que acabaría saliéndole moho, como a un árbol.

—Al final te acostumbras —comentaba cuando salieron del estrecho pasaje a la amplia Fleet Street—. Hasta cuando te parece que te podrías escurrir como una sábana.

Recordando el caos de la calle durante el día, Tessa se sintió aliviada al ver llegar la noche: Londres era mucho más tranquilo, y las apelotonadas masas habían desaparecido y tan sólo se cruzaban con alguna persona de vez en cuando, con la cabeza gacha, caminando por la acera entre las sombras. Aún había carruajes y jinetes en la calle, aunque ninguno pareció fijarse en Tessa y Jem. ¿Un glamour? Tessa se preguntó si sería eso, pero no quiso indagar. Estaba disfrutando oyendo hablar a Jem. Ésa era la parte más antigua de la ciudad, le dijo, donde Londres había nacido. Las tiendas que flanqueaban las calles estaban cerradas, con las persianas bajadas, pero los anuncios aún los llamaban desde todos lados; anuncios de cualquier cosa, desde el jabón Pears a tónico para el cabello pasando por lámparas de parafina y anuncios que animaban a la gente a asistir a una conferencia sobre espiritualidad. Mientras caminaba, Tessa vislumbró varias veces las torres del Instituto entre los edificios, y no pudo evitar cuestionarse si alguien más las podría ver. Recordó a la mujer loro, con piel verde y plumas. ¿Estaba el Instituto realmente escondido a simple vista? La curiosidad pudo con ella y se lo preguntó a Jem.

—Déjame que te enseñe algo —contestó él—. Para aquí. —Tomó a Tessa por el hombro y la hizo volverse de cara al otro lado de la calle. Señaló—. ¿Qué ves ahí?

Tessa miró la calle entrecerrando los ojos; se hallaban cerca del cruce de Fleet Street con Chancey Lane. No parecía haber nada notable en ese lugar.

—La fachada de un banco. ¿Qué más debería ver?

—Ahora deja que tu mente vague un poco —dijo él, aún con la misma voz baja—. Mira hacia otra

cosa, como si evitaras mirar directamente a un gato para no asustarlo. Vuelve a mirar el banco, con el rabillo del ojo. Ahora ¡míralo directamente muy de prisa!

Tessa hizo lo que le decía, y se quedó boquiabierta. El banco ya no estaba; en su lugar había una taberna con el techo medio de madera y grandes ventanas con vidrios en forma de diamante. La luz del interior estaba teñida de un tono rojizo, y por la puerta abierta salía más luz roja hacia la calle. Entre el humo, a través de los vidrios, se movían oscuras siluetas; no las formas familiares de hombres y mujeres, sino siluetas demasiado altas y delgadas, extrañamente alargadas o con demasiados miembros para ser humanas. Las carcajadas interrumpían una música suave y cantarína, seductora y evocadora. Un cartel colgaba sobre la puerta, mostrando a un hombre que le retorció la nariz a un demonio cornudo. Debajo de la imagen se leía: Taberna del Demonio.

«Aquí es donde Will estuvo la otra noche».

Tessa miró a Jem. Éste miraba la taberna, con la mano sobre el brazo de ella, respirando lenta y suavemente. Tessa vio la luz roja del local reflejada en sus ojos plateados como un ocaso sobre el agua.

—¿Es éste tu lugar favorito? —preguntó.

La mirada de Jem perdió intensidad; la miró a ella y se echó a reír.

—Dios, no —contestó—. Sólo es algo que quería que vieras.

En ese momento, alguien salió de la taberna, un hombre enfundado en un largo abrigo negro y con un elegante sombrero de seda colocado firmemente en la cabeza. Cuando el hombre miró hacia la calle, Tessa vio que su piel era de un negro azulado, y el cabello y la barba, blancos como el hielo. El hombre se fue hacia el este por el Strand mientras Tessa lo observaba, preguntándose si atraería miradas curiosas; pero los transeúntes no notaron su paso más de lo que hubieran notado a un fantasma. Los mundanos que pasaban ante la Taberna del Demonio no parecían verla en absoluto, incluso cuando varias criaturas larguiruchas y parlanchinas salieron de golpe y casi tiraron al suelo a un hombre de aspecto cansado que tiraba de un carro vacío. El hombre miró alrededor un momento, confuso, luego se encogió de hombros y siguió adelante.

—Ahí solía haber una taberna muy corriente —explicó Jem—. Pero cuando los subterráneos comenzaron a infestarla cada vez más, a los nefilim les preocupó que se entrelazaran el Mundo de las Sombras y el mundano. Impidieron la entrada a los mundanos con el simple recurso de usar un glamour para convencerlos de que la taberna había sido derruida y en su lugar se alzaba un banco. El Demonio es casi exclusivamente un antro de subterráneos ahora. —Jem miró a lo alto, hacia la luna, y una sombra le cruzó el rostro—. Se está haciendo tarde. Será mejor que continuemos.

Después de echar una última ojeada al Demonio, Tessa siguió a Jem, que continuó charlando tranquilamente, señalándole lugares de interés, como la Temple Church, donde se hallaban los juzgados y donde antes los caballeros templarios habían alojado a los peregrinos de camino a Tierra Santa.

—Los caballeros eran amigos de los nefilim. Mundanos, pero no sin cierto conocimiento del Mundo de las Sombras. Y claro —añadió, cuando salieron de la red de callejuelas y llegaron al puente de Blackfriars—, muchos creen que los Hermanos Silenciosos son los originales Black Friars, los frailes negros, pero nadie puede probarlo.

Al mirar desde el puente, Tessa no pudo evitar pensar en qué le gustaría tanto a Jem de ese lugar. Era un puente bajo de granito con múltiples arcos, que iba de una orilla del Támesis a la otra, con los parapetos pintados de rojo oscuro, y adornados con oro y pintura escarlata que brillaba bajo la luz de la luna. Hubiera sido bonito si no fuera por el puente del tren que corría paralelo por el lado este, en silencio entre las sombras, pero que trazaba un feo enrejado de barras de hierro que llegaba hasta la



orilla opuesta del río.

—Sé lo que estás pensando —volvió a decir Jem, igual que había dicho junto al Instituto—. El puente del tren es horroroso. Pero eso significa que la gente pocas veces viene aquí a contemplar la vista. Me gusta la soledad, y mirar el río, plateado bajo la luna.

Fueron hasta la mitad del puente, donde Tessa se apoyó en el parapeto de granito y miró hacia abajo. El Támesis era negro bajo la luz de la luna. Londres se extendía por ambas orillas, con la gran cúpula de St. Paul dominando el panorama tras ellos como un fantasma blanco, todo envuelto en la niebla que cubría la ciudad con un velo que suavizaba sus duras líneas.

Tessa miró abajo hacia el río. El olor a sal, suciedad y podredumbre le llegó desde el agua, mezclados con la niebla. Aun así había algo portentoso en el río de Londres, como si cargara con el peso del pasado en su corriente.

—«Dulce Támesis, fluye suave hasta que acabe mi canción» —dijo Tessa a media voz. Por lo general no habría citado poesía delante de nadie, pero Jem tenía algo que la hacía sentir que, hiciera lo que hiciese, él no la juzgaría.

—He oído ese fragmento de poema antes —fue todo lo que él dijo—. Will me lo citó. ¿Qué es?

—«Prothalamion», Edmund Spencer. —Tessa frunció el ceño—. No pensaba que Will supiera nada de poesía.

—Will lee constantemente y tiene una memoria excelente —repuso Jem—. Hay muy poco que no recuerde. —Había algo en su voz que daba un peso a esa afirmación más allá de constatar un hecho.

—Te gusta Will, ¿verdad? —preguntó Tessa—. Quiero decir que lo aprecias.

—Lo quiero como si fuera mi hermano —contestó Jem con naturalidad.

—Ya puedes decir eso —dijo Tessa—. Por muy horrible que sea con los demás, a ti te quiere. Es amable contigo. ¿Qué has hecho para que te trate de una forma tan diferente del resto?

Jem se apoyó de lado en el parapeto, con la mirada sobre Tessa pero muy lejos al mismo tiempo. Tamborileó los dedos, pensativo, sobre el pomo del bastón. Aprovechando su evidente absorción, Tessa se permitió mirarlo, y se maravilló un poco ante su extraña belleza bajo la luna. Era todo sombras y plata, no como los fuertes colores azules, negro y dorado, de Will.

—No lo sé, la verdad —contestó él finalmente—. Pensaba que era porque ambos carecíamos de padres, y por tanto, él sentía que éramos iguales...

—Yo soy huérfana —señaló Tessa—. Y también Jessamine. Y no se siente identificado con nosotras.

—No, la verdad es que no. —Los ojos de Jem parecían estar escondiendo algo.

—No le entiendo —dijo Tessa—. Puede ser amable un momento y absolutamente horrible al siguiente. No logro decidir si es amable o cruel, cariñoso u odioso...

—¿Importa? —preguntó Jem—. ¿Es necesario que decidas algo?

—La otra noche —continuó Tessa—, en tu habitación, cuando Will entró, dijo que había estado bebiendo toda la noche, pero luego, cuando tú..., luego pareció recuperar la sobriedad al instante. He visto borracho a mi hermano. Sé que no se pasa en un momento; incluso aunque mi tía le tirase un cubo de agua fría a la cara, Nate no se despejaba, no si estaba realmente borracho. Pero ¿por qué iba a mentir Will diciendo que estaba borracho si no lo estaba?

Jem parecía resignado.

—Ahí tienes el misterio esencial de Will Herondale. Solía preguntarme eso mismo. ¿Cómo podía alguien beber tanto como dice que bebe y sobrevivir, y mucho menos luchar tan bien como lo hace? Así

que una noche lo seguí.

—¿Lo seguiste?

Jem sonrió de medio lado.

—Sí. Salí con la excusa de hacer un recado o algo así, y lo seguí. Si hubiera sabido lo que me esperaba, me hubiera puesto zapatos más fuertes. Toda la noche caminé por la ciudad, de St. Paul a Spitalfields Market y de allí a Whitechapel High Street. Bajó hasta el río y se metió por los muelles. No paró ni una sola vez para hablar con nadie. Era como seguir a un fantasma. A la mañana siguiente me soltó algún cuento descarado de sus aventuras, y nunca le exigí la verdad. Si quiere mentirme, alguna razón debe de tener.

—Te miente, ¿y sigues confiando en él?

—Sí —contestó Jem—. Confío en él.

—Pero...

—Miente con consistencia. Siempre inventa la historia que le hace quedar peor.

—Entonces, ¿te ha contado qué le pasó a sus padres, sea verdad o mentira?

—No del todo. Detalles sueltos —contestó Jem después de un momento—. Sé que su padre dejó a los nefilim, antes de que Will naciera. Se enamoró de una chica mundana, y cuando el Consejo se negó a hacerla cazadora de sombras, él dejó la Clave y se fue a algún lugar remoto en Gales, donde creyeron que nadie los molestaría. La Clave estaba furiosa.

—¿La madre de Will era mundana? ¿Quieres decir que sólo es cazador de sombras a medias?

—La sangre nefilim es dominante —explicó Jem—. Por eso existen tres reglas para los que abandonan la Clave. Primera, debes cortar todo contacto con los cazadores de sombras a los que hayas conocido, incluso tu propia familia. No pueden volver a hablarte, ni puedes hablar con ellos. Segunda, no puedes recurrir a la Clave en busca de ayuda, sea cual sea el peligro que corras. Y la tercera...

—¿Cuál es la tercera?

—Incluso aunque abandones la Clave, tus hijos aún le pertenecen.

Tessa sintió que la recorría un escalofrío. Jem seguía mirando el río, como si pudiera ver a Will en su superficie plateada.

—Cada seis años —continuó Jem—, hasta que cumple los dieciocho, un representante de la Clave va a su casa y pregunta al niño si quiere dejar la familia y unirse a los nefilim.

—No puedo imaginarme que alguien lo haga —repuso Tessa, horrorizada—. Quiero decir, nunca más podrías hablar con tu familia, ¿verdad?

Jem afirmó con la cabeza.

—¿Y Will aceptó eso? ¿Se unió a los cazadores de sombras a pesar de todo?

—Se negó. Por dos veces, se negó. Y luego, un día, cuando Will tenía doce años o así, llamaron a la puerta del Instituto y Charlotte la abrió. Entonces, ella debía de tener unos dieciocho. Will estaba en la escalera. Charlotte me contó que estaba cubierto del polvo y la suciedad del camino, como si hubiera estado durmiendo en setos. El dijo: «Soy un cazador de sombras. Uno de vosotros. Tienes que dejarme entrar. No tengo otro sitio adonde ir».

—¿Dijo eso? ¿«No tengo otro sitio adonde ir»?

Jem vaciló.

—Entiende algo: todo esto lo sé por Charlotte. Will nunca me ha dicho ni una palabra. Pero eso es lo que ella afirma que Will le dijo.

—No lo entiendo. Sus padres... están muertos, ¿no? O hubieran venido a buscarle.

—Lo hicieron —explicó Jem—. Charlotte me explicó que unas cuantas semanas después de que Will llegara, sus padres lo siguieron. Llegaron a la puerta del Instituto y la golpearon, gritando su nombre. Charlotte fue a la habitación de Will para preguntarle si quería verlos. El se había metido bajo la cama y se tapaba los oídos con las manos. No quería salir, por mucho que Charlotte le dijera, y se negaba a verlos. Creo que finalmente Charlotte bajó y los echó, o se fueron ellos solos, no estoy seguro...

—¿Los echó? Pero su hijo estaba en el interior del Instituto. Tenían derecho...

—No tenían ningún derecho. —Jem lo dijo con suavidad, pensó Tessa, pero había algo en su tono que la alejaba de ella tanto como la luna—. Will escogió unirse a los cazadores de sombras. Una vez tomó esa decisión, ellos no tenían ningún derecho sobre él. La Clave tenía el derecho y la responsabilidad de echarlos.

—¿Y nunca le has preguntado el porqué?

—Si quisiera que yo lo supiera, me lo habría dicho —contestó Jem—. Me has preguntado por qué creo que me trata mejor a mí que al resto. Pues supongo que es justamente porque nunca le he preguntado el porqué. —Le sonrió con ironía. El frío aire le había hecho subir el color en las mejillas, y le brillaban los ojos. Las manos de ambos estaban próximas sobre el parapeto. Por un breve y confuso instante, Tessa pensó que él estaba a punto de colocar las manos sobre las de ella, pero la mirada de él fue a otro lado y frunció el ceño—. Es un poco tarde para pasear, ¿no crees?

Tessa siguió su mirada y vio las oscuras formas de un hombre y de una mujer que iban hacia ellos por el puente. El hombre llevaba un sombrero de fieltro de obrero y un abrigo oscuro de lana; la mujer se cogía del brazo de él, y lo miraba inclinando el rostro.

—Seguramente, ellos pensarán lo mismo de nosotros —comentó Tessa. Miró a Jem a los ojos—. Y tú, ¿fuiste al Instituto porque no tenías ningún otro lugar adonde ir? ¿Por qué no te quedaste en Shanghai?

—Mis padres dirigían el Instituto de allí —explicó Jem—, pero los asesinó un demonio, Yanluo. —Su voz era muy tranquila—. Tras su muerte, todos pensaron que yo estaría más seguro si dejaba el país, por si el demonio o sus cohortes iban también a por mí.

—Pero ¿por qué aquí? ¿Por qué en Inglaterra?

—Mi padre era británico. Yo hablaba inglés. Parecía lo más lógico. —El tono de Jem era tan tranquilo como siempre, pero Tessa notó que le estaba ocultando algo—. Pensé que me sentiría más a gusto aquí que en Idris, donde mis padres no habían estado nunca.

Al otro lado del puente, la pareja que paseaba se había detenido junto al parapeto; el hombre parecía estarle indicando algunos de los rasgos del puente del tren; la mujer iba asintiendo mientras él hablaba.

—Y es cierto... te sientes más a gusto, ¿no? Como en casa...

—No exactamente —contestó Jem—. De lo primero que me di cuenta nada más llegar aquí fue de que mi padre nunca se había considerado británico, no de la forma que un inglés lo haría. Los auténticos ingleses son británicos primero y caballeros después. Que además sean médicos, magistrados o terratenientes ocupa un tercer lugar. Para los cazadores de sombras eso es diferente. Somos neofilim, primero y fundamentalmente, y sólo después pensamos en el país en el que hayamos podido nacer o crecer. Y no existe un tercer rasgo de identidad. Sólo somos siempre cazadores de sombras. Cuando otro neofilim me mira, sólo ve un cazador de sombras. No es como los mundanos, que me miran y ven a

un chico que no es totalmente extranjero pero que tampoco es uno de ellos.

—Mitad de una cosa y mitad de otra —concluyó Tessa—, como yo. Pero al menos tú sabes que eres humano.

La expresión de Jem se suavizó.

—Y tú también. En todo lo que verdaderamente cuenta.

Tessa notó un picor en los ojos. Alzó la mirada y vio que la luna se había ocultado tras una nube, a la que daba un lustre perlado.

—Supongo que deberíamos regresar. Los demás puede que estén preocupados.

Jem fue a ofrecerle el brazo, pero se detuvo. La pareja de paseantes en la que Jem se había fijado antes estaban de repente ante ellos, y les cerraban el paso. Debían de haberse movido muy de prisa para cruzar el puente tan rápido, y en ese momento se hallaban inquietantemente quietos, cogidos del brazo. El rostro de la mujer quedaba oculto bajo la sombra de su sencillo sombrero; el del hombre, bajo el ala de su sombrero de fieltro.

La mano de Jem se tensó sobre el brazo de Tessa, pero habló con una voz neutra.

—Buenas noches. ¿Podemos ayudarlos en algo?

Ninguno de ellos habló, pero se acercaron un paso más, y la falda de la mujer susurró con el viento. Tessa miró alrededor, pero no había nadie más en el puente, ni nadie visible en el embarcadero. Londres parecía absolutamente desierto bajo la luna oculta.

—Perdonen —continuó Jem—. Les agradecería que nos dejaran pasar a mi acompañante y a mí.

Dio un paso adelante y Tessa lo siguió. Se hallaban tan cerca de la silenciosa pareja que cuando la luna salió de detrás de la nube, inundando el puente de luz plateada e iluminando el rostro del hombre del sombrero de fieltro, Tessa lo reconoció al instante.

El cabello revuelto, la ancha nariz rota y la barbilla con cicatrices, pero sobre todo los ojos saltones, los mismos ojos de la mujer que tenía al lado, y que le clavaba una mirada vacía de una manera que le recordaba terriblemente a la de Miranda.

«No es posible, estás muerta. Will te mató. Yo vi tu cadáver», pensó Tessa, y luego susurró:

—Es él, el cochero. Pertenece a las Hermanas Oscuras.

El cochero soltó una risita.

—Pertenezco al Magíster —dijo—. Mientras las Hermanas Oscuras le servían, yo las servía. Ahora sólo le sirvo a él.

La voz del cochero sonaba diferente de como Tessa la recordaba, menos espesa, más articulada, con casi una siniestra facilidad. Junto a Tessa, Jem se había quedado inmóvil.

—¿Quién eres? —exigió saber—. ¿Por qué nos estás siguiendo?

—El Magíster nos ha ordenado que te siguiéramos —contestó el cochero—. Eres nefilim. Eres responsable de la destrucción de su hogar y de su gente, los Hijos de la Noche. Estamos aquí para hacerte entrega de una declaración de guerra. Y estamos aquí por la chica. —Volvió la mirada a Tessa—. Es propiedad del Magíster y la tendrá.

—El Magíster —repitió Jem, y sus ojos se veían muy plateados en la oscuridad—. ¿Te refieres a De Quincey?

—El nombre que tú le des no importa. Es el Magíster. Nos ha ordenado que entreguemos un mensaje. El mensaje es guerra.

Jem tensó la mano sobre el pomo del bastón.

—Servís a De Quincey, pero no sois vampiros. ¿Qué sois?

La mujer que estaba junto al cochero hizo un extraño ruido sibilante, como el pitido de un tren.

—Cuidado, nefilim. Al igual que matáis, seréis muertos. Vuestro ángel no puede protegeros de lo que ni Dios ni el Diablo han creado.

Tessa empezó a volverse hacia Jem, pero éste ya estaba en marcha. Alzó la mano con el bastón de pomo de jade en ella. Hubo un destello. Una hoja aguda y brillante salió de la punta del bastón. Con un rápido movimiento, Jem avanzó y dio un tajo al cochero en el pecho. El hombre se tambaleó hacia atrás, y un agudo chirrido de sorpresa le salió de la boca.

Tessa tragó aire. El largo tajo en la camisa del cochero se abrió, y bajo él no se vio ni sangre ni carne, sino metal brillante, arañado por la hoja de Jem.

Jem retiró el bastón y soltó aire, con una mezcla de satisfacción y alivio.

—Lo sabía...

El cochero rugió. Metió la mano en el abrigo y sacó un largo cuchillo serrado, del tipo que los carniceros usaban para cortar hueso; mientras tanto, la mujer se puso en acción y fue hacia Tessa con las manos desnudas estiradas hacia ella. Sus movimientos eran sincopados, irregulares, pero muy, muy rápidos, mucho más de lo que Tessa se hubiera imaginado. La compañera del cochero avanzó hacia Tessa, con rostro inexpresivo y la boca medio abierta. Algo metálico destelló en su interior, era metal o cobre.

Tessa retrocedió hasta chocar contra el parapeto. Buscó a Jem con la mirada, pero el cochero volvía a avanzar hacia él. Jem le asestó varios cortes con la hoja, pero eso sólo pareció ralentizarlo. El abrigo y la camisa del cochero le colgaban del cuerpo en jirones, y se veía con claridad el caparazón metálico de debajo.

La mujer trató de coger a Tessa, pero ésta se apartó a un lado y la mujer se estrelló contra el parapeto. No pareció sentir más dolor que el cochero; se enderezó rígida y volvió a ir hacia Tessa. Pero el golpe parecía haberle dañado el brazo izquierdo, porque lo tenía doblado en el costado. Lanzó el brazo derecho hacia Tessa, con los dedos abiertos, y la agarró por la muñeca, con tanta fuerza que Tessa gritó de dolor. Ésta arañó la mano que la sujetaba, y los dedos se le hundieron en la piel blanda y resbaladiza. Se levantó como la piel de una fruta, y Tessa arañó con las uñas el metal que había debajo, produciendo un sonido que la hizo estremecerse.

Trató de soltarse tirando de la mano, pero sólo logró acercar a la mujer, que emitía un sonido en la garganta, como un chasquido chirriante similar al sonido de un insecto; de cerca, sus ojos eran negros y carecían de pupila. Tessa echó el pie hacia atrás para darle una patada...

Y de repente hubo un choque de metal con metal; la hoja de Jem destelló hacia abajo con un corte limpio y seccionó el brazo de la mujer por el codo. Liberada, Tessa se echó hacia atrás, mientras el antebrazo metálico se desprendía de su muñeca y golpeaba el suelo a sus pies: la mujer avanzaba hacia Jem con movimientos espasmódicos, *riir-clic, riir-clic*. Jem se adelantó y golpeó con fuerza a la mujer con la parte plana del bastón, haciéndola retroceder un paso, y luego otro, hasta que chocó contra el parapeto con tal ímpetu que se desequilibró. Sin un grito, cayó al agua; Tessa se asomó a tiempo de verla hundirse bajo la superficie del río. Ni una sola burbuja emergió mientras la mujer desaparecía.

Tessa se volvió hacia Jem, que sujetaba el bastón al frente y respiraba jadeante. Le corría sangre por la mejilla a causa de un corte, pero por lo demás parecía ileso. Bajó el bastón, exhausto, mientras contemplaba la oscura forma encogida que había en el suelo a sus pies, una forma que se movía y se sacudía, mostrando destellos de metal entre los jirones de la ropa. Tessa tuvo que acercarse para ver que se trataba del cuerpo del cochero. Jem le había cortado limpiamente la cabeza, y una sustancia

oscura y oleosa manaba del muñón del cuello, impregnando el suelo.

Jem se apartó el sudado cabello de la cara, esparciéndose la sangre por la mejilla. Le temblaba la mano. Vacilante, Tessa le tocó el brazo.

—¿Estás bien?

La sonrisa de respuesta fue vaga.

—Debería ser yo quien te preguntara eso a ti. —Jem se estremeció ligeramente—. Esas cosas mecánicas me crisan los nervios. Son... —Se interrumpió; miraba más allá de Tessa.

En el extremo sur del puente, acercándose hacia ellos con movimientos secos y sincopados, había al menos media docena más de criaturas mecánicas. A pesar de lo entrecortado de sus movimientos, avanzaban con rapidez, casi volando hacia adelante. Ya se hallaban a un tercio del puente.

Con un seco chasquido, la espada desapareció dentro del bastón de Jem. Cogió a Tessa por la mano.

—Corre —la apremió con voz jadeante.

Echaron a correr, y Tessa, cogida de la mano de Jem, miró una vez hacia atrás, aterrada. Las criaturas habían llegado al centro del puente e iban hacia ellos, ganando velocidad. Eran hombres, vio Tessa, vestidos con el mismo tipo de abrigo de lana oscura y sombreros de fieltro que llevaba el cochero. Sus rostros brillaban bajo la luna.

Jem y Tessa alcanzaron los escalones del final del puente, y Jem apretó la mano de Tessa mientras saltaban la escalera. Las botas de Tessa resbalaron sobre la húmeda superficie, y él la sujetó, asiéndola por la espalda; Tessa notó el pecho de él subiendo y bajando contra el de ella, como si estuviera tratando de coger aire. Pero no podía estar sin resuello, ¿no? Era un cazador de sombras. El Códice decía que podían correr kilómetros. Jem se apartó, y ella descubrió la tensión en su rostro, como si sintiera dolor. Quiso preguntarle si estaba herido, pero no había tiempo. Oían el repiqueteo de los pasos en lo alto de la escalera. Sin decir una palabra, Jem volvió a cogerla por la muñeca y tiró de ella tras de sí.

Pasaron ante el Embankment, iluminado por el resplandor de sus faroles en forma de delfín, y luego Jem giró hacia un lado y se adentraron en un estrecho callejón que transcurría entre los edificios. El callejón hacía pendiente, e iba ganando altura desde el río. El aire allí era rancio y espeso; los adoquines resbalaban a causa de la suciedad. Ropa tendida se agitaba en las ventanas como fantasmas que los vigilaran desde lo alto. Los pies de Tessa gritaban dentro de sus elegantes botas, el corazón le golpeaba el pecho, pero no podían ir más despacio. Oía a las criaturas tras ellos, el *riir-clic* de sus movimientos, cada vez más cerca.

El callejón daba a una calle ancha, y allí, alzándose ante ellos, estaba el edificio del Instituto. Atravesaron la verja corriendo, y Jem la soltó mientras se volvía y la cerraba tras ellos. Las criaturas los alcanzaron justo cuando Jem acababa de echar el cerrojo; se estrellaron contra la verja como juguetes de cuerda incapaces de detenerse por sí solos, y sacudieron los hierros con un choque tremendo.

Tessa retrocedió mirándolos. Las criaturas de relojería se agolpaban contra la verja estirando los brazos entre los barrotes de hierro. Tessa miró alrededor desesperada. Jem estaba a su lado, blanco como el papel y presionándose el costado con una mano. Tessa fue a cogerle la otra mano, pero él se apartó fuera de su alcance.

—Tessa —dijo con voz insegura—. Entra en el Instituto. Tienes que entrar.

—¿Estás herido? Jem, ¿estás herido?

—No. —Su voz era apagada.

Un repiqueteo en la verja hizo que Tessa mirara. Uno de los hombres mecánicos había pasado la mano por los barrotes y estaba tirando de la cadena de hierro que la cerraba. Se lo quedó mirando con fascinado horror, y vio que estaba tirando del metal con tal fuerza que la piel de los dedos se le estaba pelando, dejando al descubierto las manos articuladas de metal. Era evidente que esas manos tenían una enorme fuerza. El metal de la cadenas se estaba doblando y retorciendo bajo esa fuerza; sólo era cuestión de minutos antes de que la cadena se rompiera.

Tessa agarró a Jem por el brazo. La piel le ardía; ella lo notó a través de la ropa.

—Vamos.

Con un gemido, Jem dejó que ella tirara de él hacia la puerta principal de la iglesia; trastabillaba y se apoyaba en ella con todo su peso; el pecho le vibraba al respirar. Corrieron por la escalera; Jem se fue cayendo, soltándose de ella en cuanto llegaron al último escalón. Se desplomó al suelo de rodillas; una tos ahogada le sacudía el cuerpo.

La verja se abrió de golpe. Las criaturas mecánicas se lanzaron hacia el jardín, guiadas por el que había roto la cadena, cuyas manos despellejadas brillaban bajo la luz de la luna.

Al recordar lo que Will le había dicho, que había que tener sangre de cazador de sombras para abrir la puerta, Tessa agarró el tirador que había a un lado y lo sacudió con fuerza, pero no oyó que aquello provocara ningún sonido. Desesperada, se volvió hacia Jem, que seguía encogido en el suelo.

—¡Jem! Jem, por favor, tienes que abrir la puerta...

Él alzó la cabeza. Tenía los ojos abiertos, pero no había color en ellos. Eran blancos como el mármol. Tessa vio la luna reflejada en ellos.

—¡Jem!

Él trató de ponerse en pie, pero las rodillas le fallaron; se derrumbó sobre el suelo, le caía sangre por las comisuras de la boca. El bastón se le escapó de la mano y rodó hasta los pies de Tessa.

Las criaturas llegaron al pie de la escalera y comenzaron a subir, tambaleándose un poco; el de las manos desolladas avanzaba a la cabeza. Tessa se tiró contra la puerta del Instituto y golpeó la madera con los puños. Oyó la hueca reverberación de sus golpes resonando en el otro lado, y perdió la esperanza. El Instituto era tan grande, y no había tiempo.

Finalmente se rindió y se apartó de la puerta. Descubrió entonces con horror que el líder de las criaturas había llegado hasta Jem; estaba inclinado sobre él, con sus desolladas manos metálicas sobre el pecho del chico.

Con un grito, Tessa cogió el bastón de Jem y lo blandió.

—¡Apártate de él! —gritó.

La criatura se incorporó, y bajo la luz de la luna, por primera vez, le vio el rostro con claridad. Era fino, casi sin rasgos y tan sólo mostraba hendiduras en los lugares que los ojos y la boca deberían haber ocupado; no tenía nariz. Alzó las manos; estaban manchadas con la sangre de Jem, que yacía muy quieto, con la camisa rota; la sangre se encharcaba a su alrededor. Mientras Tessa contemplaba la escena horrorizada, el autómata agitó los dedos hacia ella, en una especie de grotesca parodia de un saludo, luego se volvió y tras descender los escalones de un salto, correteó como una araña, cruzó la verja a toda prisa y se perdió de vista.

Tessa avanzó hacia Jem, pero los otros autómatas se movieron rápidamente para cerrarle el paso. Todos tenían un rostro tan vacío como su líder, un grupo de idénticos guerreros sin cara, como si no hubiera habido tiempo de acabarlos del todo.

Con un veloz gesto un par de manos metálicas trataron de agarrarla, y ella blandió el bastón, casi

sin mirar. Golpeó sin haberlo pretendido la cabeza de un hombre mecánico. Notó el impacto de la madera contra el metal subiéndole por el brazo, y vio cómo el hombre se tambaleaba hacia un lado, pero sólo por un instante. La cabeza regresó a su sitio con una velocidad increíble. Tessa le golpeó de nuevo; esta vez, el bastón cayó sobre el hombro de la criatura; éste cayó hacia un lado, pero otras manos aparecieron entonces para agarrar el bastón y arrancárselo de las manos con tanta fuerza que la piel de la mano le ardió. Recordó la dolorosa fuerza de Miranda cuando la agarraba, mientras el autómatas que le había arrebatado el bastón lo estrellaba contra su propia rodilla con una fuerza espeluznante.

El bastón se partió en dos con un horrible sonido. Tessa se volvió para echar a correr, pero unas manos de metal la agarraron por los hombros y tiraron de ella. Se debatió para soltarse...

Y en ese momento las puertas del Instituto se abrieron. La luz que manó de ellas la cegó por un momento, y sólo pudo ver unas siluetas oscuras, rodeadas de luz, que salían del interior de la iglesia. Algo silbó junto a su cabeza, rozándole la mejilla. Luego se oyó el chirrido del metal contra el metal, y acto seguido los brazos de la criatura mecánica que la sujetaban relajaron la tensión, y Tessa cayó hacia adelante sobre los escalones, tosiendo.

Tessa miró hacia arriba. Charlotte se hallaba sobre ella, con el rostro blanco y serio, y un disco de metal en una mano. Otro disco semejante estaba hundido en el pecho del autómatas que la había sujetado y que ahora se retorció compulsivamente en círculo, como un juguete estropeado. Chispas azules le saltaban de un tajo en la garganta.

A su alrededor, el resto de las criaturas se volvían para plantar batalla, pero los cazadores de sombras cayeron sobre ellas; Henry bajó el cuchillo serafín describiendo un arco y abrió el pecho de uno de los autómatas, lo que lo envió sacudiéndose hacia las sombras. Junto a él se hallaba Will, que blandía lo que parecía una especie de guadaña y cortaba el aire una y otra vez haciendo picadillo a otra de las criaturas, con tanta fuerza que el amasijo metálico parecía una fuente de chispas azules. Charlotte bajó la escalera corriendo y lanzó el segundo de los discos; le rebanó la cabeza a un monstruo de metal ocasionando un sonido repulsivo. La criatura cayó al suelo, entre chisporroteos y aceite negro.

Las dos criaturas que quedaban parecieron pensárselo mejor y corrieron hacia la verja. Henry se lanzó tras ellos y Charlotte lo siguió pisándole los talones, pero Will tiró el arma y corrió escalera arriba.

—¿Qué ha pasado? —gritó, con la voz cargada de un pánico furioso—. ¿Estás herida? ¿Dónde está Jem?

—Estoy bien, no me han herido —susurró Tessa—. Pero Jem se ha desplomado. Allí. —Señaló a donde Jem yacía junto a la puerta.

Will perdió toda expresión, como una pizarra limpia de tiza. Sin volver a mirarla, corrió por la escalera y se dejó caer junto a Jem, diciendo algo en voz baja. Al no obtener respuesta, Will alzó las manos y gritó a Thomas que éste lo ayudara a llevar a Jem adentro, y gritó algo más que Tessa no pudo entender a través de la espesura que nublaba su mente. Quizá le estuviera gritando a ella. Tal vez todo fuera culpa suya. Si no se hubiera enfadado tanto, si no hubiera salido corriendo y Jem no la hubiera seguido...

Una oscura sombra cubrió la entrada. Era Thomas, despeinado y muy serio; sin decir nada, se arrodilló junto a Will. Juntos pusieron en pie a Jem y lo llevaron en brazos. Se apresuraron a entrar sin mirar atrás.

Mareada, Tessa miró hacia el patio. Algo era extraño, diferente. El repentino silencio después de todo ese alboroto y de tanto ruido. Las criaturas destruidas yacían hechas pedazos por el patio, el suelo



estaba lleno de un fluido viscoso y resbaladizo, la verja estaba abierta y la luna brillaba pálida sobre la escena, igual que había brillado sobre Jem y sobre ella en el puente, donde él le había dicho que era humana.

## BARRO EXTRANJERO

Oh, Dios, que el amor fuera una flor o una llama,  
que la vida fuera como nombrar un nombre,  
que la muerte no fuera más lamentable que el deseo,  
¡Que todo ello no fuera más que una misma cosa!

ALGERNON CHARLES SWINBURNE, *Laus Veneris*

—Señorita Tessa. —Era la voz de Sophie. Tessa se volvió y la vio en la puerta; sostenía un farol en la mano—. ¿Se encuentra bien?

Tessa se sintió lastimosamente agradecida de ver a la otra joven. Se había encontrado muy sola.

—No estoy herida. Henry ha ido tras esas criaturas, y Charlotte...

—No les pasará nada. —Sophie cogió a Tessa por el codo—. Venga, entremos, señorita. Está sangrando.

—¿Sangrando? —Confusa, Tessa se llevó los dedos a la frente; los apartó manchados de sangre—. He debido de golpearme la cabeza contra los escalones al caer. Ni siquiera lo había notado.

—Es por la impresión —repuso Sophie con calma, y Tessa pensó en cuántas veces durante el tiempo que llevaba trabajando allí debía de haber visto Sophie cosas así: cortes profundos, sangre—. Venga, y le buscaré unos trapos fríos para la cabeza.

Tessa asintió. Echó una última ojeada a la destrucción que reinaba en el patio, y dejó que Sophie la guiara por el Instituto. Sintió como si el tiempo se espesara en una especie de neblina. Sophie la ayudó a subir y a sentarse en un sillón del salón, luego desapareció y volvió al cabo de un momento con Agatha, que le puso a Tessa una taza de algo caliente en la mano.

Tessa supo qué era en cuanto lo olió: coñac y agua. Pensó en Nate y vaciló, pero después de unos tragos, las cosas volvieron a su cauce. Charlotte y Henry regresaron, llevando con ellos el olor del metal y la pelea. Con los labios apretados, Charlotte dejó las armas sobre la mesa e hizo llamar a Will. Éste no respondió, pero sí lo hizo en su lugar Thomas, que llegó corriendo por el pasillo, con la chaqueta manchada de sangre, para informarle de que Will estaba con Jem y que este último se pondría bien.

—Las criaturas lo han herido y ha perdido bastante sangre —explicó Thomas mientras se pasaba la mano por el enmarañado cabello castaño. Miraba a Sophie mientras hablaba—. Pero Will le ha puesto un iratze...

—¿Y su medicina? —preguntó Sophie rápidamente—. ¿Ha tomado un poco?

Thomas asintió, y la tensión en los hombros de Sophie se relajó ligeramente. La mirada de Charlotte también se dulcificó.

—Gracias, Thomas —dijo—. Quizá puedas ver si necesita algo más.

Thomas asintió, y regresó al pasillo después de lanzarle una última mirada a Sophie, que no pareció darse cuenta. Charlotte se dejó caer sobre el sofá opuesto al de Tessa.

—Tessa, ¿puedes contarnos qué ha pasado?

Tessa, que agarraba la taza con dedos helados a pesar del calor de la bebida, se estremeció.

—¿Habéis cogido a los que han escapado? ¿A los... lo que sean? ¿Los monstruos de metal?  
Charlotte negó muy seria.

—Los hemos perseguido por varias calles, pero desaparecieron cuando llegamos a Hungerford Bridge. Henry piensa que la magia ha tenido algo que ver.

—O un túnel secreto —añadió Henry—. También sugerí lo del túnel, cariño. —Miró a Tessa. Su agradable rostro estaba manchado de sangre y aceite, y tenía roto y rasgado el brillante chaleco. Parecía un escolar después de una pelea en el patio—. ¿Quizá los vio saliendo de algún túnel, señorita Gray?

—No —contestó Tessa, y la voz le salió casi como un susurro. Para aclararse la garganta, tomó otro sorbo de la bebida que Agatha le había llevado, y dejó la taza en la mesa antes de contarle todo: el puente, el cochero, la persecución, las palabras que había dicho la criatura y la forma en que habían entrado por la verja del Instituto. Charlotte la escuchaba con el rostro pálido y tenso; incluso Henry estaba sombrío. Sophie, sentada cerca en silencio, prestaba atención a la historia con la seria intensidad de una escolar.

—Han dicho que era una declaración de guerra —concluyó Tessa—. Que iban a vengarse de nosotros... de vosotros, supongo, por lo que le pasó a De Quincey.

—¿Y la criatura se refirió a él como el Magíster? —preguntó Charlotte.

Tessa apretó los labios para evitar que le temblaran.

—Sí. Dijo que el Magíster me quería y que lo había enviado para recuperarme. Charlotte, todo es por mi culpa. De no haber sido por mí, De Quincey no habría enviado a esas criaturas esta noche, y Jem... —Se miró las manos—. Quizá deberías dejar que se me llevara.

Charlotte negaba con la cabeza.

—Tessa, ya oíste a De Quincey anoche. Odia a los cazadores de sombras. Atacaría a la Clave con o sin ti. Y si te entregáramos a él, lo único que estaríamos haciendo es ponerle una arma potencialmente muy valiosa en las manos. —Miró a Henry—. Me pregunto por qué habrá esperado tanto. ¿Por qué no fue a por Tessa cuando salió con Jessie? A diferencia de los demonios, esas criaturas mecánicas pueden salir durante el día.

—Sí que pueden —repuso Henry—, pero no sin alarmar a la población, aún no. No se parecen lo suficiente a un humano corriente para pasear sin despertar ningún comentario. —Sacó un brillante engranaje del bolsillo y lo mostró—. He examinado los restos de los autómatas que hay en el patio. Los que De Quincey ha enviado a por Tessa en el puente no eran como el que tenemos en la cripta. Son más sofisticados, hechos con metales más duros, y con unas juntas más avanzadas. Alguien ha estado trabajando en el diseño de esos planos que Will encontró y lo ha perfeccionado. Ahora, esas criaturas son más rápidas y más letales.

«Pero perfeccionarlos ¿cómo?», pensó Tessa, y en seguida dijo:

—Había un hechizo. En los planos. Magnus lo descifró...

—El hechizo de sujeción. Para ligar la energía de un demonio a un autómata. —Charlotte miró a Henry—. ¿De Quincey...?

—¿Ha conseguido realizarlo? —Henry negó con la cabeza—. No. Esas criaturas sólo están configuradas para seguir un modelo, como una caja de música. Pero no están animadas. No tienen inteligencia, voluntad o vida. Y no hay nada demoníaco en ellas.

Charlotte suspiró aliviada.

—Debemos hallar a De Quincey antes de que logre su objetivo. Esas criaturas ya son bastante

difíciles de matar. El Ángel sabe cuántas habrá fabricado, o lo difícil que sería matarlas si tuvieran la astucia de los demonios.

—Un ejército nacido ni en el Cielo ni en el Infierno —dijo Tessa en voz baja.

—Justamente —repuso Henry—. Debemos hallar a De Quincey y detenerlo. Y mientras tanto, Tessa, deberías quedarte en el Instituto. No es que te queramos tener prisionera aquí, pero estarías más a salvo si te quedaras dentro.

—Pero ¿durante cuánto...? —comenzó Tessa, pero se interrumpió al ver que la expresión de Sophie cambiaba. Estaba mirando algo por encima del hombro de Tessa, y sus ojos castaños se habían abierto mucho. Tessa siguió su mirada.

Era Will, en la puerta del salón. Tenía una mancha de sangre en la camisa blanca; parecía pintura. Su rostro estaba inmóvil, como una máscara, y tenía la mirada fija en Tessa. Cuando sus miradas se encontraron, ella notó que el pulso se le disparaba en el cuello.

—Quiere hablar contigo —le dijo Will.

Se hizo un momento de silencio mientras todos los del salón lo miraban. Había algo intimidante en la intensidad de la mirada de Will, en la tensión de su inmovilidad, como la de un muelle a punto de saltar. Como una bomba, pensó Tessa, a punto de estallar. Sophie se había llevado la mano al cuello y se toqueteaba nerviosamente el borde de la blusa.

—Will —dijo finalmente Charlotte—. ¿Te refieres a Jem? ¿Está bien?

—Está despierto y puede hablar —contestó Will. Su mirada pasó por un momento a Sophie, que había bajado los ojos, como para esconder su expresión—. Y ahora quiere hablar con Tessa.

—Pero... —Tessa miró a Charlotte, que parecía preocupada—. ¿Se encuentra bien? ¿Lo suficientemente bien?

La expresión de Will no varió.

—Quiere hablar contigo —repitió, pronunciando claramente todas las palabras—. Así que te vas a levantar, vas a venir conmigo y vas a hablar con él, ¿lo entiendes?

—Will —comenzó Charlotte secamente, pero Tessa ya se estaba levantando y se alisaba la arrugada falda con las manos. Charlotte la miró inquieta, pero no dijo nada más.

Will permaneció en total silencio mientras recorrían el pasillo y los candelabros de luz mágica lanzaban sus sombras contra las paredes en desmadrados dibujos. La camisa de Will estaba manchada de aceite negruzco y de sangre, y también se le veían restos en la mejilla; tenía el cabello revuelto y el mentón firme, pero todo en él, su postura, su silencio, la posición de los hombros, indicaba que no toleraría ninguna pregunta.

Abrió la puerta del dormitorio de Jem e hizo pasar a Tessa delante. La única iluminación del cuarto era la claridad que entraba por la ventana y una pequeña luz mágica que se hallaba en la mesilla. Jem yacía en la cama, cubierto a medias por las sábanas. Estaba tan blanco como su camisa de dormir, y los párpados cerrados se le veían azul oscuro. Apoyado contra la cama estaba el bastón del pomo de jade. De alguna manera, había sido reparado y volvía a estar entero y brillaba como nuevo.

Jem volvió el rostro hacia el ruido de la puerta, sin abrir los ojos.

—¿Will?

Will hizo algo que sorprendió totalmente a Tessa. Se obligó a sonreír, y le habló en un tono bastante alegre.

—Aquí la tienes, Jem, como me has pedido.

Jem abrió los ojos; Tessa se sintió aliviada al ver que habían recuperado su color de siempre. Aun

así, parecían agujeros oscuros en su pálido rostro.

—Tessa —empezó Jem—, lo lamento muchísimo.

Tessa miró a Will; no estaba segura de si buscaba su permiso o alguna indicación, pero él tenía la vista clavada al frente. Estaba claro que no iba a serle de ninguna ayuda. Sin mirarlo de nuevo, Tessa se apresuró a cruzar la sala y se sentó en la silla junto al lecho de Jem.

—Jem —dijo en un susurro—, no tienes nada que lamentar o de que disculparte conmigo. Debería ser yo quien te pidiera perdón. No ha sido culpa tuya. Yo era el objetivo de esas cosas mecánicas, no tú. —Dio unas suaves palmaditas sobre la colcha; quería cogerle la mano, pero no se atrevía—. De no ser por mí, nunca te habrían herido.

—Herido. —Jem dijo la palabra en un suspiro, casi con desagrado—. No me han herido, Tessa.

—¡James! —El tono de Will era de advertencia.

—Debe saberlo, William. Si no, creará que esto ha sido culpa suya.

—Estabas enfermo —repuso Will, sin mirar a Tessa mientras hablaba—. No es culpa de nadie. —Hizo una pausa—. Tan sólo creo que debes tener cuidado. Aún no estás bien. Hablar te cansa.

—Hay cosas más importantes que tener cuidado. —Jem se incorporó con dificultad; los tendones del cuello se le tensaron mientras se incorporaba y apoyaba la espalda en las almohadas. Cuando volvió a hablar, jadeaba ligeramente—. Si no te gusta, Will, no tienes por qué quedarte.

Tessa oyó que la puerta se abría y luego se cerraba con un ligero chasquido. Supo sin mirar siquiera que Will se había marchado. No pudo evitar sentir una punzada de angustia, como siempre le pasaba cuando él salía de la sala donde ella estaba.

Jem suspiró.

—Es tan obstinado...

—Tiene razón —dijo Tessa—. Al menos, en que no hace falta que me digas nada si no quieres. Sé que nada de esto ha sido culpa tuya.

—La culpa no tiene nada que ver aquí —repuso Jem—. Pero creo que es mejor que sepas la verdad. Ocultarla pocas veces ayuda a nada. —Miró hacia la puerta un instante, como si sus palabras fueran dirigidas en parte al ausente Will. Luego volvió a suspirar, y se pasó las manos por el cabello—. Ya sabes que durante la mayor parte de mi vida he vivido en Shanghai con mis padres. Y que luego me acogieron aquí en el Instituto.

—Sí —contestó Tessa, y se preguntó si Jem aún estaría un poco aturdido—. Me lo has contado en el puente. Y me has dicho que un demonio mató a tus padres.

—Yanluo —dijo Jem, y había odio en su voz—. El demonio le guardaba rencor a mi madre. Ella había sido la responsable de la muerte de bastantes de los integrantes de su progenie demoníaca. Tenían una madriguera en una pequeña ciudad llamada Ljian, donde se alimentaban de los niños del lugar. Mi madre quemó la guarida y escapó antes de que el demonio la encontrara. Yanluo se tomó su tiempo, pues los Grandes Demonios viven eternamente, pero nunca lo olvidó. Cuando yo tenía once años, Yanluo encontró un punto débil en la protección de Instituto y excavó un túnel hasta el interior. El demonio mató a los guardias y cogió prisionera a mi familia. Nos ató a sillas en el salón grande de la casa, y entonces se puso a trabajar.

»Yanluo me torturó delante de mis padres —continuó Jem con voz vacía—. Una y otra vez me inyectó un ardiente veneno demoníaco que me abrasó las venas y destrozó mi mente. Durante dos días, me debatí entre alucinaciones y pesadillas. Vi el mundo cubierto de ríos de sangre, y oí los gritos de todos los muertos y agonizantes de la historia. Vi arder Londres, y grandes criaturas de metal ir de un

lado a otro como arañas enormes... —Paró para respirar. Estaba muy pálido, y la camisa se le pegaba al cuerpo por el sudor, pero con un gesto trató de borrar la expresión preocupada de Tessa—. Cada pocas horas, volvía a la realidad durante el tiempo suficiente para oír a mis padres gritando por mí. Luego, el segundo día, sólo oí a mi madre. Mi padre había sido silenciado. La voz de mi madre era áspera y quebrada, pero aún gritaba mi nombre. No mi nombre en inglés, sino el nombre que ella me puso al nacer: Jian. A veces, aún la oigo llamándome.

Apretaba las manos sobre la almohada que tenía entre ellas, tanto que la tela había comenzado a rasgarse.

—Jem —dijo Tessa en un susurro—. Puedes parar. No tienes por qué contármelo todo ahora.

—¿Recuerdas cuando te dije que Mortmain seguramente había hecho su fortuna con el contrabando de opio? —preguntó—. Los británicos transportan opio a China a toneladas. Han hecho de nosotros una nación de adictos. En China lo llamamos «barro extranjero». En cierto modo Shanghai, mi ciudad, está construida sobre el opio. No sería como es sin él. La ciudad está infestada de fumadores donde hombres de ojos vacíos mueren de hambre porque lo único que ansían es la droga, y cada vez más. Darían cualquier cosa por ella. Solía despreciar a los hombres así. No podía entender por qué eran tan débiles.

Respiró hondo.

—Cuando por fin el Cónclave de Shanghai se preocupó por el silencio del Instituto y entró a salvarnos, mis padres estaban muertos. Yo no recuerdo nada. Yo gritaba y deliraba. Me llevaron con los Hermanos Silenciosos, que me curaron el cuerpo lo mejor que pudieron. Pero hubo algo que no pudieron arreglar. Me había vuelto adicto a la sustancia con la que el demonio me había envenenado. Mi cuerpo dependía de ella como el cuerpo de un adicto al opio depende de la droga. Incluso cuando fueron capaces de bloquear el dolor con hechizos de brujos, la falta de droga me llevaba a las puertas de la muerte. Después de semanas de experimentos, llegaron a la conclusión de que no se podía hacer nada: no había modo alguno de librarme de mi adicción a la droga. La propia droga significaba una muerte lenta, pero negármela significaba una muy rápida.

—¿Semanas de experimentos? —repitió Tessa—. Pero si sólo tenías once años... Eso parece muy cruel.

—No es lo mismo ser bueno que ser amable —repuso Jem, mirando más allá de ella—. Tenían que velar por mi bien. Ahí, en la mesilla que tienes al lado, hay una caja. ¿Te importa pasármela, por favor?

Tessa cogió la caja. Estaba hecha de plata, y en la tapa tenía incrustada una escena hecha con esmalte que mostraba a una mujer delgada, descalza, en una túnica blanca, que vertía agua de un jarro en un río.

—¿Quién es? —preguntó, mientras le pasaba la caja a Jem.

—Quan Yin, la diosa de la piedad y la compasión. Dicen que oye todas las plegarias y todos los gritos de sufrimiento, y que hace cuanto puede por ayudar. Pensé que quizá si guardaba la causa de mi sufrimiento en una caja con su imagen, ese sufrimiento sería un poco menor. —Abrió el cierre y levantó la tapa. Dentro había una gruesa capa de lo que, en un principio, Tessa pensó que sería ceniza, pero de un color demasiado intenso. Era una capa de espeso polvo gris de casi el mismo color plateado brillante que los ojos de Jem.

—Esto es la droga —dijo—. Me la proporciona un comerciante brujo que conocemos en Limehouse. Tomo un poco todos los días. Por eso tengo este aspecto tan... fantasmal; es lo que me quita el color de los ojos y del pelo, incluso de la piel. A veces me pregunto si mis padres podrían

reconocerme... —Su voz se fue apagando—. Si tengo que luchar, tomo más. Tomar menos me debilita. No había tomado nada cuando fuimos al puente. Por eso me desmayé. No fue por las criaturas mecánicas, sino por la droga. Sin tener nada en mi interior, la pelea, correr, fue demasiado para mí. Mi cuerpo comenzó a alimentarse de sí mismo y me desmayé. —Cerró la caja de golpe y se la devolvió a Tessa—. Toma. Déjala donde estaba.

—¿Necesitas tomar?

—No. Ya he tomado suficiente esta noche.

—Has dicho que la droga significaba una muerte lenta —dijo Tessa—. ¿Quieres decir que la droga te está matando?

Jem asintió, y mechones de brillante cabello le cayeron por la frente.

Tessa sintió que el corazón le daba un doloroso vuelco.

—Y cuando luchas, ¿tomas más? Pero entonces, ¿por qué no dejas de luchar? Will y los otros...

—Lo entenderían —concluyó Jem por ella—. Lo sé. Pero la vida es algo más aparte de esquivar la muerte. Soy un cazador de sombras. Eso es lo que soy, no es sólo aquello que puedo hacer. No puedo vivir sin eso.

—Querrás decir que no quieres.

Will, pensó Tessa, se habría enfadado si le hubiera dicho aquellas palabras, pero Jem se limitó a mirarla con intensidad.

—Sí, quería decir exactamente eso. Durante mucho tiempo estuve buscando una cura, pero al final lo dejé por imposible, y les pedí a Will y a los demás que también lo dejaran. No soy esa droga, o el poder que tiene sobre mí. Creo que soy mejor que eso. Que mi vida es algo más que eso, acabe cuando y como acabe.

—Bueno, pues yo no quiero que mueras —repuso Tessa—. No sé por qué lo siento de una forma tan intensa, porque acabo de conocerte, pero no quiero que mueras.

—Y yo confío en ti —dijo él—. No sé por qué, porque acabo de conocerte, pero confío en ti. —Ya no aferraba la almohada con las manos, sino que descansaban sobre la tela. Eran unas manos muy delgadas, con nudillos demasiado grandes, dedos puntiagudos y finos, y una gruesa cicatriz blanca sobre el pulgar derecho. Tessa sintió deseos de colocar su propia mano sobre la de él, hubiera querido cogerlo con fuerza para consolarlo...

—Bueno, todo esto resulta de lo más enternecedor. —Era Will, naturalmente, que había entrado sigilosamente en la habitación. Se había cambiado la camisa ensangrentada y parecía haberse lavado a toda prisa. Tenía el pelo húmedo y la cara limpia, pero seguía con las uñas negras de polvo y aceite. Miró a Jem y luego a Tessa, con un rostro cuidadosamente carente de expresión—. Veo que se lo has contado.

—Así es. —No había nada desafiante en el tono de Jem; siempre miraba a Will con afecto, pensó Tessa, por mucho que éste lo provocara—. Ya está hecho. No hay razón para que te pongas nervioso.

—Discúlpame que discrepe —replicó Will. Miró a Tessa con intención. Ella recordó lo que él había dicho sobre no cansar a Jem y se puso en pie, alisándose la falda.

Jem la miró resignado.

—¿Ya te vas? Esperaba que te quedaras y fueras mi ángel cuidador, pero si debes irte, qué remedio.

—Yo me quedaré —dijo Will un poco molesto, y se dejó caer en el sillón que Tessa acababa de dejar libre—. Puedo cuidarte angelicalmente.

—No parece muy convincente. Y no eres tan agradable de ver como Tessa —bromeó Jem; cerró los ojos y se recostó sobre la almohada.

—Qué grosero. Muchos de los que han puesto su mirada en mí han comparado la experiencia con la de contemplar un sol radiante.

Jem siguió con los ojos cerrados.

—Si querían decir que das dolor de cabeza, no se equivocaban.

—Además —continuó Will, mirando a Tessa—, no es justo mantener alejada a Tessa de su hermano. No ha tenido oportunidad de verlo desde esta mañana.

—Eso es cierto. —Jem abrió los ojos un momento; eran de un plateado oscuro, cargados de sueño—. Mis disculpas, Tessa. Casi lo había olvidado.

Tessa no dijo nada. Estaba demasiado ocupada horrorizándose al pensar que Jem no había sido el único que casi había olvidado a su hermano. «No pasa nada», quiso decir, pero Jem había vuelto a cerrar los ojos, y pensó que quizá se hubiera dormido. Mientras lo miraba, Will lo cubrió con las mantas.

Tessa se marchó tan silenciosamente como pudo.

La luz del pasillo era tenue, o quizá fuera simplemente que había sido más intensa en la habitación de Jem. Se detuvo un momento mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad. Se sobresaltó.

—¿Sophie?

La otra joven era como una serie de manchas pálidas en las tinieblas, con el blanco rostro y la blanca cofia que le colgaba de la mano por una de las cintas.

—¿Sophie? —repitió Tessa—. ¿Qué sucede?

—¿Está bien? —quiso saber Sophie, con la voz ligeramente tomada.

—¿Quién? —preguntó Tessa, demasiado sobresaltada para entender la pregunta.

Sophie la miró, con ojos calladamente trágicos.

—Jem.

No el señorito Jem o el señor Carstairs. Jem. Tessa la contempló totalmente anonadada, y de repente recordó. «Está bien querer a alguien que no te corresponde, mientras sea una persona a la que valga la pena querer. Mientras se lo merezca».

«Claro —pensó Tessa—. Qué estúpida soy. Está enamorada de Jem».

—Está bien —contestó con toda la amabilidad que pudo—. Ahora trata de descansar, pero ha estado sentado y hablando. No tardará en recuperarse. Quizá, si quisieras verlo...

—¡No! —exclamó Sophie inmediatamente—. No, eso no estaría bien ni sería correcto. —Le brillaban los ojos—. Le estoy muy agradecida, señorita. Mejor...

Se apresuró a alejarse por el corredor. Tessa se la quedó mirando, preocupada y perpleja. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? ¿Cómo podía haber estado tan ciega? Qué raro era tener el poder de transformarse en otra gente, y al mismo tiempo ser incapaz de ponerse en su lugar.

La puerta de la habitación de Nate estaba entornada; Tessa la abrió hasta el final haciendo el menor ruido posible, y miró en el interior.

Su hermano estaba bajo un montón de mantas apiladas. La luz de la goteante vela de la mesilla iluminaba su rubio cabello esparcido por la almohada. Tenía los ojos cerrados, y el pecho le subía y bajaba con regularidad.



En el sillón junto a la cama se hallaba sentada Jessamine. También ella dormía. El cabello se le estaba escapando del cuidadoso moño y los tirabuzones le caían sobre los hombros. Alguien la había cubierto con una manta de lana, y ella la agarraba, acercándosela al pecho. Parecía más joven de lo que Tessa nunca la había visto, y vulnerable. No había nada en ella de la joven que había matado al duende en el parque.

Tessa pensó que era muy raro lo que hacía surgir la ternura en la gente. Nunca era lo que te esperabas. Sin hacer ruido, cerró la puerta y se marchó.

Esa noche, Tessa no durmió bien; se despertó varias veces en medio de sueños sobre criaturas mecánicas que iban por ella, estirando sus largas manos de metal articulado para atraparla y rasgarle la piel. Luego, se transformó en un sueño con Jem, en el que éste yacía dormido en una cama mientras un polvo plateado caía sobre él, quemando la colcha bajo la que él se hallaba, hasta que finalmente toda la cama ardía y Jem seguía durmiendo tranquilamente, sin darse cuenta de los gritos de alarma de Tessa.

Finalmente soñó con Will, de pie sobre la cúpula de St. Paul, solo, bajo la luz de una luna completamente blanca. Llevaba un abrigo negro largo, y las Marcas de la piel se le veían claramente en el cuello y en las manos bajo el brillo del cielo. Miraba hacia Londres como un ángel descarado con la promesa de salvar a la ciudad de sus peores pesadillas, mientras a sus pies, Londres dormía, indiferente e ignorante.

Una voz al oído arrancó a Tessa de sus sueños, y una mano le sacudió vigorosamente el hombro.

—¡Señorita! —Era Sophie, con voz seca—. Señorita Gray, debe despertarse. Se trata de su hermano.

Tessa se incorporó de golpe, lanzando las almohadas por todas partes. La luz de principios de la tarde entraba por las ventanas del dormitorio e iluminaba la habitación, y el rostro ansioso de Sophie.

—¿Nate está despierto? ¿Está bien?

—Só... quiero decir no. No sé, señorita. —Sophie parecía a punto de echarse a llorar—. Verá, ha desaparecido.

## EL HECHIZO DE SUJECCIÓN

Yuna, dos veces, lanzar el dado  
es un juego de caballeros.  
Pero no gana jamás el que juega con Pecado  
en la secreta Casa de la Vergüenza.

OSCAR WILDE, *La balada de la cárcel de Reading*

—¡Jessamine! Jessamine, ¿qué está pasando? ¿Dónde está Nate?

Jessamine, que estaba frente a la habitación de Nate, se volvió hacia Tessa, que se acercaba corriendo por el pasillo. Tenía los ojos rojos y una expresión de enfado. Mechones de rizado cabello rubio le caían del moño, normalmente muy cuidado, que llevaba en la nuca.

—No lo sé —replicó—. Me he quedado dormida en la silla junto a la cama, y cuando he despertado, ya no estaba... ¡había desaparecido! —Entrecerró los ojos—. Dios, tienes un aspecto horrible.

Tessa se miró. No se había molestado en ponerse un corsé, ni siquiera zapatos. Sólo se había puesto un vestido y se había colocado las zapatillas. El cabello le caía revuelto sobre los hombros, y se imaginó que seguramente se parecía a la loca que el señor Rochester ocultaba en su desván en *Jane Eyre*.

—Bueno, pero no puede haber ido muy lejos, no con lo enfermo que está —repuso Tessa—. ¿Lo está buscando alguien?

Jessamine alzó las manos exasperada.

—Todos lo están buscando. Will, Charlotte, Henry, Thomas, incluso Agatha. Supongo que no querrás que saquemos al pobre Jem de la cama y lo pongamos a buscar también, ¿no?

Tessa negó con la cabeza.

—Desde luego, Jessamine... —Se interrumpió y se dio la vuelta—. Bueno, voy a ver si lo encuentro. Tú puedes quedarte aquí, si quieres.

—Claro que quiero. —Jessamine alzó la mirada mientras Tessa salía corriendo por el pasillo. La cabeza le daba vueltas. ¿Adonde podría haber ido Nate? Tenía fiebre, ¿delirante? ¿Se habría levantado de la cama sin saber dónde estaba y habría ido a buscarla? Esa idea hizo que le diera un vuelco el corazón. El Instituto era un laberinto insondable, pensó mientras torcía otra esquina que daba a otro pasillo flanqueado de tapices. Si a ella le costaba horrores encontrar su camino, ¿cómo iba a poder Nate...?

—¿Señorita Gray?

Tessa se volvió y vio a Thomas saliendo de una de las puertas. Iba en mangas de camisa, con el cabello revuelto como siempre, y un semblante muy serio en sus ojos castaños. Tessa se detuvo de golpe.

«Oh, Dios, malas noticias».

—¿Sí? —contestó.

—He encontrado a su hermano —anunció Thomas.

—¿Sí? ¿Dónde estaba?

—En el salón delantero. Encontró un escondite, detrás de las cortinas. —Thomas hablaba de prisa, con pose tímida—. En cuanto me vio, perdió la cabeza. Empezó a gritar y gritar. Intentó escapar pasando por mi lado a todo correr, y casi tuve que atizarle para que se estuviera quieto... —Al ver la mirada de incompreensión de Tessa, Thomas se aclaró la garganta y añadió—: Me temo que le he asustado, señorita.

Tessa se cubrió la boca con la mano.

—Oh, Dios. Pero ¿está bien?

Thomas no parecía saber adonde mirar. Se sentía mal por haber hallado a Nate acurrucado tras las cortinas de Charlotte, pensó Tessa, y sintió una ola de indignación en defensa de Nate. Su hermano no era un cazador de sombras; no había crecido matando cosas y arriesgando la vida. Claro que estaba aterrorizado. Y seguramente deliraba por la fiebre.

—Será mejor que entre y lo vea. Yo sola, ¿me entiendes? Creo que necesita ver una cara conocida.

Thomas pareció aliviado.

—Desde luego, señorita. Esperaré aquí fuera, por ahora. Ya me hará saber cuando quiera que avise a los demás.

Tessa asintió con la cabeza y pasó junto a Thomas para abrir la puerta. El salón estaba en penumbra; la única iluminación era la luz grisácea de la tarde que entraba por las altas ventanas. En las tinieblas, los sillones y los sofás repartidos por la sala parecían bestias agazapadas. En uno de los sillones más grandes, junto al fuego, se hallaba sentado Nate. Había encontrado la camisa y los pantalones manchados de sangre que llevaba en casa de De Quincey, y se los había puesto. Iba descalzo. Apoyaba los codos en las rodillas y ocultaba el rostro entre las manos. Parecía muy desgraciado.

—¿Nate? —le llamó Tessa en voz baja.

Él levantó la vista, y luego se puso en pie de un salto, con una expresión de incrédula felicidad en el rostro.

—¡Tessie!

Tessa soltó un grito, cruzó la sala corriendo y echó los brazos al cuello a su hermano, abrazándolo con fuerza. Oyó ligeros gemidos de dolor, pero él también la estrechó, y por un momento, al abrazarlo, Tessa volvió a estar en la pequeña cocina de su tía en Nueva York, con el olor de la comida cocinándose y la suave risa de su tía que los reprendía por hacer demasiado ruido.

Nate se apartó primero y la miró de arriba abajo.

—Dios, Tessie, estás tan cambiada...

Tessa se sintió estremecer.

—¿Qué quieres decir?

Él le acarició la mejilla, casi ausente.

—Más mayor —contestó Nate—. Más delgada. Eras una niña con carita redonda cuando te dejé en Nueva York, ¿te acuerdas? ¿O es sólo la forma en que te recordaba? Y ese colgante que siempre llevabas... el ángel de mamá. No me digas que lo has perdido. Siempre ha sido como una parte de ti, Tessie.

Tessa le aseguró a su hermano que no había perdido el colgante del ángel, pero sólo estaba

pensando a medias en esa pregunta. No podía evitar mirarlo con preocupación; ya no estaba tan gris como antes, pero aún seguía muy pálido, y los morados le resaltaban en manchas azules, negras y amarillas por el rostro y el cuello.

—Nate...

—No estoy tan mal como parece —repuso él al ver la ansiedad en el rostro de su hermana.

—Sigues débil, Nate. Deberías estar en la cama, descansando. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Estaba buscándote. Sabía que estabas aquí. Te vi, antes de que aquel desalmado calvo y sin ojos me pillara. Supuse que te tenían prisionera también. Iba a buscar la forma de sacarnos a los dos de aquí.

—¿Prisionera? No, Nate, nada de eso. —Negó firmemente con la cabeza—. Aquí estamos seguros.

Él la miró entrecerrando los ojos.

—Esto es el Instituto, ¿no? De Quincey dijo que lo dirigían locos, unos monstruos que se llamaban a sí mismos nefilim. Dijo que guardaban las almas condenadas de los hombres clavadas en una especie de caja, gritando...

—¿Qué, la Pyxis? Guardan trozos de energía demoníaca, Nate, ¿no son almas de hombres! Es totalmente inofensiva. Te la enseñaré luego, en la sala de armas, si no me crees.

Nate no parecía más calmado.

—Dijo que si los nefilim me ponían las manos encima, me harían pedazos por violar sus Leyes.

Un escalofrío le recorrió la espalda a Tessa; se apartó de su hermano y vio que una de las ventanas del salón estaba abierta, y que las cortinas se agitaban por la brisa. Así que su escalofrío no se había debido sólo a los nervios.

—¿Has abierto tú la ventana? Hace mucho frío aquí, Nate.

Meneando la cabeza, Tessa fue hasta la ventana y la cerró.

—Vas a pillar un resfriado de muerte...

—Olvidate de mi muerte —repuso Nate irritado—. ¿Qué pasa con los cazadores de sombras? ¿Me estás diciendo que no te han retenido aquí prisionera?

—No. —Tessa se apartó de la ventana—. En absoluto. Son gente extraña, pero los cazadores de sombras han sido muy amables conmigo. Quise quedarme aquí. Y ellos han sido tan generosos como para dejarme.

Nate negó con la cabeza.

—No lo entiendo.

Tessa sintió una punzada de rabia, lo que la sorprendió, pero la contuvo. No era culpa de Nate. Había muchas cosas que él no sabía.

—¿A qué otro sitio podía ir, Nate? —preguntó; fue hasta él y le cogió del brazo. Lo hizo volver al sillón—. Siéntate. Te estás agotando.

Nate se sentó obedientemente, y la miró. Tenía una mirada distante. Tessa conocía esa mirada. Significaba que estaba planeando algo, dándole vueltas a alguna idea absurda, soñando algo ridículo.

—Aún podemos marcharnos de aquí —dijo él—. Irnos a Liverpool, coger un barco. Volver a Nueva York.

—¿Y hacer qué? —replicó Tessa con tanta amabilidad como pudo—. Allí no hay nada para nosotros. No desde que tía Harriet murió. Tuve que vender todas nuestras cosas para pagar el funeral. Ya no tenemos el apartamento. No había dinero para el alquiler. No hay ningún lugar para nosotros en

Nueva York, Nate.

—Nos haremos un lugar. Una nueva vida.

Tessa miró con tristeza a su hermano. Le dolía verlo así, con el rostro cargado de una inútil súplica, aquellos morados que afeaban sus mejillas como horrendas flores, y el cabello aún apelmazado con restos de sangre. Nate no era como los demás, decía siempre la tía Harriet. Tenía un aire de hermosa inocencia que había que proteger a toda costa.

Y Tessa lo había intentado. Durante muchos años, bien sabía Dios que lo había intentado. Su tía y ella habían ocultado a Nate sus propias debilidades, las consecuencias de sus vicios y fracasos. Nunca le habían hablado del esfuerzo que le había costado a tía Harriet conseguir el dinero que él había perdido jugando, o las burlas que Tessa había tenido que aguantar de otros niños que llamaban a su hermano borracho y vago. Le habían ocultado esas cosas para que no sufriera. Pero de todas formas había sufrido, pensó Tessa. Quizá Jem tuviera razón. Tal vez la verdad siempre fuera lo mejor.

Se sentó en un sofá frente a su hermano y lo miró fijamente.

—No puede ser, Nate. Aún no. Este lío en el que estamos metidos nos perseguirá si tratamos de escapar. Y si lo conseguimos, estaremos solos cuando nos alcance. No habrá nadie para ayudarnos o protegernos. Necesitamos el Instituto, Nate. Necesitamos a los nefilim.

Los azules ojos de Nate estaban nublados.

—Eso diría yo —dijo, y su acento le pareció a Tessa, que llevaba dos meses oyendo sólo voces británicas, tan americano que sintió añoranza—. Estás aquí por mi culpa. De Quincey me torturó. Me hizo escribirte esas cartas, enviarte el pasaje. Me dijo que no te haría daño cuando te tuviera. Luego nunca me dejaron verte, y pensé... pensé... —Alzó la cabeza y la miró carente de interés—. Debes de odiarme.

Tessa le respondió con voz firme.

—Nunca podría odiarte. Eres mi hermano, mi sangre.

—¿Crees que cuando todo esto se acabe podremos volver a casa? —preguntó Nate—. ¿Olvidar todo esto como si no hubiera ocurrido? ¿Llevar una vida normal?

«Una vida normal». Esas palabras conjuraron una imagen de ella y de Nate en algún apartamento pequeño y soleado. Nate podría conseguir otro trabajo, y por la noche, ella podría cocinar y limpiar para él, y los fines de semana podrían pasear por el parque o coger el tren a Coney Island y subir a la noria, o ir a lo alto de la Iron Tower y ver los fuegos artificiales estallar por la noche sobre el Manhattan Beach Hotel. Habría un auténtico sol brillante, no esa versión húmeda y gris del verano, y Tessa podría ser una chica normal, con la cabeza inmersa en un libro y los pies firmemente apoyados en el familiar pavimento de Nueva York.

Pero cuando trató de mantener esa imagen en su mente, la visión pareció deshacerse y desaparecer, como una tela de araña al tratar de levantarla entera con las manos. Vio el rostro de Will, el de Jem, el de Charlotte, e incluso el de Magnus cuando le había dicho: «Pobrecilla. Ahora que sabes la verdad, no puedes dar marcha atrás».

—Pero no somos normales —replicó Tessa—. Yo no soy normal. Y tú lo sabes, Nate.

Él siguió mirando al suelo.

—Lo sé. —Hizo un pequeño gesto de impotencia con la mano—. Así que es cierto. Eres lo que De Quincey me dijo que eras. Mágica. Me dijo que tenías el poder de cambiar de forma, Tessie, de convertirte en lo que quisieras ser.

—¿Y le creíste? Es cierto, bueno, casi cierto, pero al principio ni yo me lo creía. Es tan raro...

—He visto cosas raras. —Su voz resonaba hueca—. Dios, tendría que haber sido yo.  
Tessa frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Pero antes de que pudiera responder, la puerta se abrió.

—Señorita Gray. —Era Thomas, con cara de disculpa—. Señorita Gray, el señorito Will está...

—El señorito Will está aquí mismo. —Era Will, que rodeó ágilmente a Thomas, a pesar de la corpulencia del otro chico. Aún llevaba la ropa que se había puesto la noche anterior, y estaba toda arrugada. Tessa se preguntó si habría dormido en la silla junto a la cama de Jem. Tenía unas ligeras orejas y parecía cansado, aunque los ojos le brillaron al mirar a Nate; ¿de alivio?, ¿diversión?, Tessa no supo interpretarlo.

—Nuestro desaparecido por fin ha sido encontrado —dijo Will—. Thomas me ha dicho que te escondías detrás de las cortinas.

Nate miró a Will.

—¿Quién eres?

Rápidamente, Tessa los presentó, aunque ninguno de los dos jóvenes pareció alegrarse de conocer al otro. Nate aún tenía aspecto de estar muñéndose, y Will lo miraba como a un descubrimiento científico, y no parecía que le resultara demasiado atrayente.

—Así que eres un cazador de sombras —dijo Nate—. De Quincey me dijo que erais unos monstruos.

—¿Eso fue antes o después de que tratara de comérsete? —inquirió Will.

Tessa se puso en pie al instante.

—Will, ¿puedo hablar contigo un momento en el pasillo, por favor?

Si se esperaba resistencia, se llevó una profunda decepción. Después de dedicarle una última mirada hostil a Nate, Will asintió, la siguió al pasillo y cerró la puerta.

En el pasillo no había ventana, y la luz mágica formaba pequeños charcos de luz brillante que no llegaban a tocarse unos con otros. Will y Tessa se quedaron en la sombra entre dos de esos charcos, mirándose... inquietos, pensó Tessa, como dos gatos dando vueltas uno frente a otro en un callejón.

Fue Will quien rompió el silencio.

—Muy bien. Ya me tienes solo en el pasillo...

—Sí, sí —repuso Tessa, impaciente—, y miles de mujeres en Inglaterra pagarían por tener tal privilegio. ¿Podemos dejar de lado tus demostraciones de ingenio durante un momento? Esto es importante.

—Quieres que me disculpe, ¿verdad? —dijo Will—. Por lo que pasó en el desván...

Tessa, pillada desprevenida, parpadeó sorprendida.

—¿El desván?

—Quieres que diga que lamento haberte besado.

Al oír eso, el recuerdo se le apareció a Tessa con una inesperada claridad: los dedos de Will en su cabello, el tacto de su mano en el guante, su boca sobre la de ella. Se permitió sonrojarse, y esperó con toda su alma que la penumbra la protegiera.

—¿Qué...? ¡No, claro que no!

—O sea que no quieres que lo lamente —repuso Will. Sonreía ligeramente, el tipo de sonrisa que un niño puede esbozar hacia el castillo que acaba de montar con su juego de construcción, antes de destruirlo de un manotazo.

—No me importa si lo lamentas o no —replicó Tessa—. No quería hablarte de eso. Quería pedirte que fueras amable con mi hermano. Ha pasado por algo terrible. No necesita que lo interroguen como si fuera una especie de criminal.

Will respondió con más calma de la que había esperado Tessa.

—Lo entiendo. Pero si está ocultando algo...

—¡Todo el mundo oculta cosas! —estalló Tessa, y se sorprendió a sí misma—. Hay cosas de las que sé que se avergüenza, pero eso no significa que puedan ser importantes para ti. Además, tampoco es que tú lo cuentes todo, ¿no?

Will parecía inquieto.

—¿De qué estás hablando?

«¿Qué me dices de tus padres, Will? ¿Por qué te negaste a verlos? ¿Por qué no tienes otro sitio adonde ir aparte de éste? ¿Y por qué, en el desván, me apartaste de tu lado y me echaste?».

Pero Tessa no dijo nada de todo eso.

—¿Y lo de Jem? —fue lo que dijo en su lugar—. ¿Por qué no me contaste la causa de su enfermedad?

—¿Jem? —La sorpresa de Will parecía auténtica—. El no quería. Considera que es asunto suyo. Y lo es. Como recordarás, yo ni siquiera estaba a favor de que él te lo contara. El pensaba que te debía una explicación, pero no es cierto. Jem no le debe nada a nadie. Lo que le pasó no fue culpa suya, pero aun así carga con ello y se siente avergonzado...

—No tiene nada de lo que avergonzarse.

—Tú quizá pienses eso. Pero otros no ven la diferencia entre la enfermedad y la adicción, y lo desprecian por ser débil. Como si pudiera dejar de tomar la droga si tuviese suficiente fuerza de voluntad. —Will parecía sorprendentemente resentido—. Yo he oído cómo incluso se lo decían a la cara. No quería que tuviera que oírte lo decir a ti también.

—Yo nunca hubiera dicho una cosa así.

—¿Y cómo iba yo a adivinar lo que dirías o no? —soltó Will—. En realidad, no te conozco, Tessa, ¿no es cierto? No más de lo que tú me conoces a mí.

—Tú no quieres que nadie te conozca —replicó ella—. Y muy bien, no voy a intentarlo. Pero no finjas que Jem es como tú. Quizá prefiera que la gente sepa la verdad de quién es.

—No —repuso Will—. No creas que conoces a Jem mejor que yo.

—Si te importa tanto, ¿por qué no has hecho algo para ayudarlo? ¿Por qué no buscas una cura?

—¿Crees que no lo hemos hecho? ¿Crees que Charlotte no ha buscado, que Henry no ha investigado, que no hemos contratado a brujos, pagado por información, pedido que nos devolvieran favores? ¿Crees que la muerte de Jem es algo que hemos aceptado sin luchar?

—Jem me dijo que os había pedido a todos que dejaseis de buscar —dijo Tessa, tranquila a pesar de su rabia—, y lo habéis hecho, ¿no es cierto?

—Te ha dicho eso, ¿no?

—¿Habéis dejado de buscar?

—No hay nada que encontrar. No hay cura.

—Eso no puedes saberlo. Podrías seguir buscando sin decírselo. Podría haber algo. Tal vez quede una remota posibilidad...

Will enarcó las cejas. La parpadeante luz del pasillo le oscurecía más las ojeras y los huesos angulares de las mejillas.

—¿Crees que iría en contra de sus deseos?

—Creo que deberías hacer todo lo que esté en tu mano, incluso si eso significa mentirle. Creo que no entiendo que hayas aceptado su muerte.

—Y yo creo que tú no entiendes que, a veces, la única elección es entre la aceptación o la locura.

A su espalda, en el pasillo, alguien se aclaró la garganta.

—Y bien, ¿qué está pasando aquí? —preguntó una voz conocida.

Tessa y Will habían estado tan absortos en su conversación que ninguno de los dos había oído acercarse a Jem. Will dio un pequeño brinco culpable antes de mirar a su amigo, que los observaba a ambos con un tranquilo interés. Jem estaba vestido, pero parecía como si acabara de despertarse de un sueño febril: llevaba el cabello revuelto y sus mejillas ardían llenas de color.

Will pareció sorprendido de verlo, y no del todo complacido.

—¿Qué estás haciendo levantado?

—Me he encontrado a Charlotte en el vestíbulo. Me ha dicho que nos reuniríamos todos en el salón delantero para hablar con el hermano de Tessa. —Jem hablaba en un tono tranquilo, y por su expresión era imposible descifrar qué habría oído de la conversación entre Tessa y Will—. Estoy lo suficientemente bien para oír eso.

—Oh, qué bien, estáis todos aquí. —Era Charlotte, que llegaba a toda prisa por el pasillo. Detrás de ella avanzaba Henry, y a su lado, Jessamine y Sophie. Jessie se había puesto uno de sus vestidos más bonitos, se fijó Tessa, uno de muselina azul, y llevaba una manta doblada. Sophie, a su lado, cargaba con una bandeja que contenía sandwiches y té.

—¿Son para Nate? —preguntó Tessa, sorprendida—. ¿El té y la manta?

Sophie asintió.

—La señora Branwell ha pensado que tendría hambre...

—Y yo he pensado que podría tener frío. Temblaba tanto esta noche pasada... —añadió Jessamine rápidamente—. ¿Le entramos ya estas cosas?

Charlotte miró a Tessa buscando su aprobación, lo que desarmó a la muchacha. Charlotte sería amable con Nate; no lo podría evitar.

—Sí. Os está esperando.

—Gracias, Tessa —dijo Charlotte, y luego abrió la puerta del salón y entró, seguida de los otros. Cuando Tessa fue a entrar, notó una mano en el brazo, un roce tan ligero que casi podría no haberlo notado.

Era Jem.

—Espera —le pidió—. Sólo un momento.

Tessa se volvió hacia él. A través de la puerta abierta oyó el murmullo de voces: el amistoso barítono de Henry, el ansioso falsete de Jessamine alzándose al pronunciar el nombre de Nate.

—¿Qué quieres?

Jem vaciló. Su mano estaba fría; Tessa notaba sus dedos como delgados hilillos de hielo sobre la piel. Se preguntó si la piel de sus pómulos, donde él estaba sonrojado y febril, estaría más caliente.

—Pero ¿y mi hermana...? —La voz de Nate flotó hasta el pasillo, ansiosa—. ¿Viene también ella? ¿Dónde está?

—No importa. No es nada. —Con una sonrisa, Jem dejó caer la mano. Tessa se preguntó qué habría querido decirle, pero entró en el salón, seguida de él.

Sophie estaba arrodillada junto a la chimenea, prendiendo el fuego. Nate seguía en el sillón, con la



manta de Jessamine sobre las rodillas. Jessamine, tiesa en un taburete cercano, sonreía orgullosa. Henry y Charlotte se habían sentado en el sofá frente a Nate; Charlotte estaba muerta de curiosidad. Y Will, como siempre, sujetaba la pared más cercana con la espalda y parecía irritado y divertido al mismo tiempo.

Cuando Jem fue a unirse con Will, Tessa centró la atención en su hermano. Nate se había relajado un poco cuando ella entró en el salón, pero todavía tenía mal aspecto. Estaba pellizcando la manta de Jessamine. Tessa fue a sentarse en el diván que había junto a él, y tuvo que contener el impulso de alborotarle el cabello o darle unas palmaditas en la espalda. Notaba todos los ojos de la sala sobre ella. Los miraban a ella y a su hermano, y se podría haber oído caer un alfiler.

—Nate —comenzó Tessa suavemente—. ¿Ya se han presentado todos?

Nate, que aún pellizcaba la manta, asintió.

—Señor Gray —dijo Charlotte—, ya hemos hablado con el señor Mortmain. Él nos ha contado muchas cosas sobre usted. Sobre su aprecio por el mundo subterráneo. Y por el juego.

—Charlotte —protestó Tessa.

Nate habló con voz pesada.

—Es cierto, Tessa.

—Nadie culpa a tu hermano por lo que ha pasado, Tessa. —Charlotte puso una voz muy amable al dirigirse a Nate—. Mortmain nos dijo que usted ya sabía que él estaba involucrado en lo oculto cuando llegó a Londres. ¿Cómo sabía usted que él era miembro del Club Pandemónium?

Nate vaciló.

—Señor Gray, debemos entender lo que le ha pasado. El interés de De Quincey en usted... Sé que no se encuentra bien, y no tenemos ningún deseo de interrogarlo con firmeza, pero si nos pudiera ofrecer alguna información, podría sernos de una ayuda invaluable...

—Fueron las cosas de costura de la tía Harriet —contestó Nate en voz baja.

Tessa parpadeó confusa.

—¿Qué?

Nate continuó, sin alzar la voz.

—Nuestra tía Harriet siempre guardó las antiguas joyas de nuestra madre en un viejo joyero en su mesilla de noche. Ella decía que guardaba sus cosas de costura ahí dentro, pero yo... —Nate respiró hondo y miró a Tessa al hablar—. Tenía deudas. Había hecho unas cuantas apuestas arriesgadas, y había perdido mucho dinero; estaba metido en graves problemas. No quería que tú o la tía lo supierais. Recordé que mamá solía llevar un brazalete de oro. Se me metió en la cabeza que tal vez estuviera aún en el joyero, y que la tía Harriet era demasiado obstinada para venderlo. Ya sabes cómo es... cómo era. Bueno, no me podía sacar esa idea de la cabeza. Sabía que si lograba empeñar el brazalete, tendría dinero para pagar las deudas. Así que un día que la tía y tú estabais fuera, cogí la caja y busqué en su interior.

»Naturalmente, el brazalete no estaba allí. Pero encontré un fondo falso en el joyero. No había en él nada de valor, tan sólo un fajo de papeles viejos. Los cogí cuando os oí llegar por la escalera, y me los llevé a mi cuarto.

Nate hizo una pausa. Todas las miradas estaban posadas en él. Al cabo de un instante, Tessa no aguantó más el suspense.

—¿Y?

—Eran hojas del diario de mamá —continuó Nate—. Arrancadas de la libreta original; faltaban

muchas, pero había las suficientes para descubrir una extraña historia.

»Todo empezó cuando nuestros padres vivían en Londres. Papá solía estar poco en casa, trabajaba mucho en las oficinas de Mortmain en los muelles, pero mamá tenía a la tía Harriet para hacerle compañía y yo, que acababa de nacer, la mantenía ocupada. Todo fue bien hasta que papá comenzó a volver de noche a casa cada vez más preocupado. Explicó que pasaban cosas raras en la fábrica, máquinas que fallaban de formas extrañas, ruidos que se oían a todas horas e incluso, una noche, la desaparición de un vigilante nocturno. Corrían rumores de que Mortmain se estaba dedicando a lo oculto. —Daba la impresión de que Nate estuviera recordando y recitando la historia al mismo tiempo—. Papá no hacía caso de los rumores, pero finalmente se los contó a Mortmain, quien lo admitió todo. Supongo que consiguió hacer que pareciera inofensivo, sólo un poco de distracción con hechizos, pentagramas y esas cosas. A la organización a la cual pertenecía la llamó el Club Pandemónium. Le propuso a papá ir a una de sus reuniones, y llevar a mamá.

—¿Llevar a mamá? Pero no podía querer hacer tal cosa...

—Probablemente no, pero con una esposa y un bebé recién nacido, papá debía de estar ansioso por complacer a su jefe. Aceptó ir y llevar a mamá.

—Papá debería haber ido a la policía...

—Un hombre rico como Mortmain tendría a la policía en el bolsillo —interrumpió Will—. Si tu padre hubiera ido a la policía, se habrían reído de él.

Nathaniel se apartó el cabello de la frente; estaba sudando y los mechones se le pegaban a la piel.

—Mortmain lo arregló todo para que un carruaje los fuera a buscar una noche a una hora en la que nadie estuviera mirando. El carruaje los llevó a la casa de Mortmain. Después de eso faltaban muchas páginas, y no había detalles de lo que pasó esa noche. Ésa fue la primera vez que asistieron, pero, por lo que leí, no fue la última. Se reunieron con el Club Pandemónium varias veces durante los siguientes meses. Mamá, al menos, odiaba ir allí, pero siguieron asistiendo hasta que algo cambió de golpe. No sé lo que fue; también faltaban esas páginas. Pero es de suponer que fue algo de suma gravedad, porque cuando dejaron Londres, lo hicieron bajo el amparo de la noche, y no habían dicho a nadie que se marchaban, ni dejaron ninguna dirección. Fue como si quisieran desaparecer. En el diario, sin embargo, no se decía por qué.

Nate interrumpió la historia a causa de un ataque de tos. Jessamine cogió rápidamente el té que Sophie había dejado en la mesa, y al cabo de un momento, le estaba poniendo a Nate una taza en la mano. Lanzó a Tessa una mirada de superioridad al hacerlo, como si le hiciese saber que era ella la que tendría que haber pensado en ello.

Nate, después de calmarse la tos con el té, continuó.

—Al encontrar esas páginas del diario, me sentí como si me hubiera topado con una mina de oro. Había oído hablar de Mortmain. Sabía que era rico como Creso, aunque era evidente que estaba un poco loco. Le escribí y le dije que era Nathaniel Gray, el hijo de Richard y de Elizabeth Gray, que mi padre había muerto y mi madre también, y que entre sus papeles había descubierto pruebas de sus relaciones con lo oculto. Le di a entender que estaría encantado de que nos viéramos y discutiéramos la posibilidad de un empleo, y que si él no estaba tan encantado de conocerme, había varios periódicos que estarían interesados sin duda en el diario de mi madre.

—Eso sí que es de emprendedor. —Will parecía casi impresionado.

Nate sonrió. Tessa le lanzó una mirada furiosa.

—No te vanaglories. Cuando Will dice «emprendedor» quiere decir «moralmente deficiente».

—No, quiero decir emprendedor —replicó Will—; cuando quiero decir que algo es moralmente deficiente, digo: «Vaya, eso es algo que yo hubiera hecho».

—Ya basta, Will —le interrumpió Charlotte—. Deja que el señor Gray termine su historia.

—Pensé que quizá me enviara un soborno, algo de dinero para mantenerme callado —prosiguió Nate—. En vez de eso, me envió un pasaje de primera clase para el vapor a Londres y una oferta de empleo en firme en cuanto llegara aquí. Supuse que eso sería algo bueno, y por primera vez en mi vida, no planeé echarlo a perder.

»Cuando llegué a Londres, fui directo a casa de Mortmain, donde me llevaron al estudio para que lo conociera. Me saludó con mucha cordialidad, diciéndome lo contento que estaba de verme y que era idéntico a mi querida madre. Luego se puso serio. Me hizo sentar y me dijo que siempre le habían gustado mis padres y que se había apenado mucho cuando se marcharon de Inglaterra. No había sabido de su muerte hasta recibir mi carta. Incluso si fuera a publicar lo que sabía de él, me aseguró que se alegraba de darme un empleo y de hacer lo que pudiera por mí, en memoria de mis padres.

»Le dije a Mortmain que guardaría su secreto si me llevaba con él a una reunión del Club Pandemónium, que me debía mostrar lo que les había enseñado a mis padres. La verdad era que la mención en el diario de mi madre de que había juego había despertado mi interés. Me imaginaba conociendo a un grupo de hombres lo suficientemente estúpidos como para creer en la magia y los diablos. Seguro que no sería difícil sacarles un poco de dinero a esos idiotas.

Nate cerró los ojos.

—Mortmain aceptó, a regañadientes, a llevarme. Supongo que no tenía elección. Aquella noche, la reunión era en la casa de Londres de De Quincey. En cuanto se abrió la puerta, supe que el idiota era yo. Aquél no era ningún grupo de aficionados que tontearan con el espiritismo. Aquello iba en serio, era real. El Mundo de las Sombras al que mi madre había hecho tan sólo una rápida referencia en su diario resultaba ser cierto. No sabría describir mi pasmo mientras miraba a mi alrededor; criaturas indescifrablemente grotescas llenaban la sala. La Hermanas Oscuras estaban allí, mirándome maliciosas desde detrás de la mano de cartas, con uñas como garras. Mujeres con el rostro y los hombros empolvados me sonreían con sangre en las comisuras de la boca. Pequeñas criaturas con ojos que cambiaban de color correteaban por el suelo. Nunca hubiera pensado que esas cosas fueran reales, y así se lo dije a Mortmain.

»"Hay más cosas en el Cielo y en la Tierra, Nathaniel, de las que tu filosofía sueña", me dijo. Bueno, conocía esa cita gracias a ti, Tessa. Siempre me estabas leyendo a Shakespeare, y algunas veces hasta te prestaba atención. Estaba a punto de decirle a Mortmain que no se burlara de mí, cuando un hombre se acercó a nosotros. Vi que Mortmain se tensaba como un palo, como si tuviera miedo de aquel hombre. Me presentó como Nathaniel, un nuevo empleado, y me dijo que el hombre se llamaba De Quincey.

»De Quincey sonrió. Inmediatamente supe que no era humano. Nunca antes había visto a un vampiro, con esa piel blanca de muerto que tienen, y claro, cuando sonrió, le vi los dientes. Creo que me quedé mirándolo. "Mortmain, otra vez ocultándome cosas —dijo el hombre—. Éste no es sólo un nuevo empleado. Es Nathaniel Gray. El hijo de Richard y de Elizabeth Gray."

»Mortmain tartamudeó algo confuso. De Quincey rió. "Oigo cosas, Axel", le dijo. Luego se volvió hacia mí. "Conocí a tu padre —me dijo—. Me gustaba bastante. ¿Quizá te gustaría unirme a mí para una partida de cartas?"

»Mortmain me miró negando con la cabeza, pero yo había visto la sala de cartas al entrar en la

casa, claro. Las mesas de juego me atraían como la luz a una polilla. Me pasé toda la noche jugando con un vampiro, dos hombres lobo y un brujo de cabello enmarañado. Esa noche tuve suerte; gané un montón de dinero, y bebí un montón de bebidas gaseosas de diferentes colores que ofrecían en bandejas de plata. En cierto momento, Mortmain se fue, pero no me importó. Salí al amanecer sintiéndome exultante, por encima del mundo, y con una invitación personal de De Quincey para que volviera al club siempre que quisiera.

»Fui un idiota, claro. Estaba disfrutando tanto porque las bebidas estaban mezcladas con pociones, que además resultaron ser adictivas. Esa noche se me había permitido ganar. Evidentemente, regresé, sin Mortmain, una noche tras otra. Al principio ganaba; ganaba continuamente, y de ahí que pudiera enviaros dinero a ti y a tía Harriet, Tessie. No era por mi trabajo para Mortmain, claro. Acudía a la oficina de forma irregular, y me costaba concentrarme incluso en las tareas más simples que me asignaban. En lo único que pensaba era en volver al club, en beber más, en ganar más.

»Pero entonces empecé a perder. Cuanto más perdía, más obsesionado estaba con volver a ganar. De Quincey me sugirió que jugara a crédito, así que empecé a pedir dinero prestado; dejé de ir a la oficina. Dormía todo el día y jugaba durante toda la noche. Lo perdí todo. —Su voz parecía lejana—. Cuando recibí tu carta diciéndome que la tía Harriet había muerto, Tessa, pensé que era mi castigo. Quería salir corriendo y comprar un pasaje para Nueva York ese mismo día, pero no tenía dinero. Desesperado, fui al club; iba sin afeitarse, descuidado, con los ojos rojos. Debía de parecer un hombre que hubiera tocado fondo, porque fue entonces cuando De Quincey me hizo una proposición. Me llevó a una sala trasera y me recordó que había perdido más de lo que cualquier hombre podría pagar. Parecía divertido por ello, el muy malvado, sacándose polvo invisible de los puños, sonriéndome con esos dientes como agujas. Me preguntó qué estaría dispuesto a darle para pagar mis deudas. Le dije: "Lo que sea", y él me respondió: "¿Qué hay de tu hermana?".

Tessa notó que se le erizaba el vello de los brazos, y se sintió incómoda sabiendo que todos los ojos la miraban.

—¿Qué... qué dijo de mí?

—Me cogió totalmente desprevenido —siguió Nate—. No recordaba haberle hablado de ti, nunca, pero había estado muchas veces borracho en el club, y siempre hablábamos de todo... —La taza de té tintineó sobre el plato; Nate los dejó sobre la mesa—. Le pregunté qué podría querer de mi hermana. Me dijo que tenía razones para saber que uno de los hijos de mi madre era... especial. En un principio había pensado que podría ser yo, pero después de haberme observado, dictaminó que lo único raro en mí era mi estupidez. —El tono de Nate era amargo—. «Pero tu hermana, tu hermana es completamente diferente a ti», me dijo. «Tiene todo el poder que tú no tienes. No tengo ninguna intención de hacerle daño. Es demasiado importante para mí».

»Le rogué, tartamudeando, que me diera más información, pero no lo pude convencer. O le conseguía a mi hermana, o me mataría. Incluso me dijo lo que debía hacer.

Tessa soltó aire lentamente.

—De Quincey te ordenó que me escribieras aquella carta —dijo Tessa—. Te hizo enviarme el pasaje para el Main. Te hizo traerme aquí.

La mirada de Nate le rogaba que le comprendiera.

—Me juró que no te haría daño. Me dijo que lo único que quería era enseñarte a usar tu poder. Me dijo que serías honrada y rica más allá de lo imaginable...

—Bueno, pues muy bien —interrumpió Will—. Tampoco es como si hubiera cosas más

importantes que el dinero. —Los ojos le brillaban de indignación; Jem no parecía menos irritado.

—¡No es culpa de Nate! —soltó Jessamine—. ¿No lo habéis oído? De Quincey lo hubiera matado. Y sabía quién era Nate, y de dónde había venido; hubiera encontrado a Tessa de todos modos, y Nate hubiera muerto sin motivo.

—Así que ésa es tu opinión ética objetiva, ¿verdad, Jess? —replicó Will—. Y supongo que no tiene nada que ver con que estés babeando por el hermano de Tessa desde el momento que llegó. Cualquier mundano te sirve, supongo, por muy inútil...

Jessamine lanzó un graznido indignado y se puso en pie. Charlotte, alzando la voz, trató de pararlos mientras se gritaban el uno al otro, pero Tessa ya había dejado de escucharlos; estaba mirando a Nate.

Ya hacía tiempo que Tessa sabía que su hermano era débil, que lo que su tía había llamado inocencia era en realidad un infantilismo de niño mimado; que al ser un chico, el primogénito y guapo, Nate siempre había sido el príncipe de su propio minúsculo reino. Había entendido que, mientras que su trabajo como hermano mayor era protegerla, en realidad siempre habían sido ella y su tía quienes lo habían estado protegiendo a él.

Pero era su hermano; lo quería, y su antiguo impulso de protegerlo se impuso de nuevo, como siempre pasaba cuando se trataba de Nate, y como seguramente pasaría siempre.

—Jessamine tiene razón —dijo, alzando la voz para silenciar la discusión que reinaba en la sala—. No le habría servido de nada negarse a la petición de De Quincey, y no vale la pena discutir eso ahora. Aún tenemos que averiguar cuáles son los planes de De Quincey. ¿Tú los conoces, Nate? ¿Te dijo qué quería de mí?

Nate negó con la cabeza.

—Una vez acepté hacer que vinieras, me mantuvo encerrado en su casa. Tuve que enviarle una carta a Mortmain, claro, dejando mi empleo; el pobre hombre debió de pensar que le escupía su generosidad a la cara. De Quincey planeaba no sacarme ojo de encima hasta que te tuviera en sus manos, Tessie; yo era su seguro. Les dio a las Hermanas Oscuras mi anillo para que pudieras comprobar que estaba en su poder. Me prometió una y otra vez que no te haría daño, que sólo estaba haciendo que las hermanas te enseñaran a usar tu poder. Las Hermanas Oscuras le informaban diariamente de tus progresos, así que yo sabía que seguías con vida.

»Como de todas formas tenía que estar en la casa, me encontré observando el funcionamiento del Club Pandemónium. Vi que había una organización jerárquica. Por una parte, estaban los que ocupaban el escalón más bajo, en la periferia, como Mortmain y los de su clase. De Quincey y los de arriba los mantenían por la casa porque tenían dinero, y los tentaban con destellos de magia y del Mundo de las Sombras para que siguieran volviendo a buscar más. Luego estaban aquellos otros como las Hermanas Oscuras y unos pocos más, que tenían cierto poder y responsabilidad en el club. Eran criaturas sobrenaturales, no humanos. Y en la cúspide de la organización, estaba De Quincey. Los otros lo llamaban el Magíster.

»A menudo llevaban a cabo reuniones a las que no se invitaba a los humanos ni a los de abajo. En uno de aquellos encuentros fue cuando oí por primera vez hablar de los cazadores de sombras. De Quincey desprecia a los cazadores de sombras —dijo Nate, volviéndose hacia Henry y Charlotte—. Está resentido con ellos, con vosotros. No paraba de hablar de que las cosas serían mucho mejores cuando los cazadores de sombras fueran destruidos y los subterráneos pudieran vivir y comerciar en paz...

—Qué estupidez. —Henry parecía realmente ofendido—. No sé qué tipo de paz cree que habrá,

sin los cazadores de sombras.

—Habla de que no habría forma de derrotar a los cazadores de sombras antes porque sus armas eran muy superiores. Decía que la leyenda era que Dios había tenido la intención de que los nefilim fueran los mejores guerreros, para que ninguna criatura viviente pudiera destruirlos. Así que, al parecer, pensó: «¿Y por qué no una criatura que no sea viviente en absoluto?».

—Los autómatas —exclamó Charlotte—. Su ejército mecánico.

Nate parecía confuso.

—¿Los han visto?

—Unos cuantos atacaron anoche a tu hermana —contestó Will—. Por suerte, nosotros, los monstruos cazadores de sombras, estábamos cerca para salvarla.

—Aunque ella sola tampoco lo estaba haciendo nada mal —murmuró Jem.

—¿Sabe algo sobre esas máquinas? —preguntó Charlotte, inclinándose hacia adelante ansiosa—. ¿Cualquier cosa? ¿Alguna vez De Quincey habló de ellas delante de usted?

Nate se inclinó hacia atrás en la silla.

—Sí, pero no entendí gran cosa. No tengo cabeza para la mecánica, la verdad...

—Es muy simple. —Era Henry, empleando el tono de alguien que trataba de calmar a un gato asustado—. Ahora esas máquinas de De Quincey sólo funcionan con mecanismos. Tienen que darles cuerda, como a los relojes. Pero encontramos una copia de un hechizo en su biblioteca que nos hace pensar que está tratando de encontrar una manera de hacerlos «vivos», una forma de unir la energía demoníaca al caparazón mecánico y darle vida.

—¡Oh, eso! Sí, sí que hablaba de eso —replicó Nathaniel, como un niño complacido de poder dar la respuesta correcta en clase. Tessa casi podía ver las orejas de los cazadores de sombras estirándose de interés. Eso era realmente lo que querían saber—. Para eso contrató a las Hermanas Oscuras, no sólo para entrenar a Tessa. Son brujas, ¿saben?, y se supone que tenían el encargo de averiguar cómo se podía llevar a cabo ese hechizo. Y lo lograron. No hace mucho, hace tan sólo unas semanas, pero lo lograron.

—¿Lo lograron? —Charlotte parecía sorprendida—. Pero entonces, ¿por qué De Quincey no lo ha utilizado todavía? ¿A qué está esperando?

Nate pasó la mirada del ansioso rostro de Charlotte al de Tessa, y luego por toda la sala.

—Cre... creía que lo sabían. Según sus palabras, el hechizo de sujeción sólo se puede realizar con la luna llena. Cuando eso ocurra, las Hermanas Oscuras se pondrán a trabajar, y entonces..., tiene docenas de esas cosas almacenadas en su escondite. Supongo que las animará, y...

—¿La luna llena? —Charlotte miró hacia la ventana y se mordió el labio—. Eso será muy pronto; mañana, si no me equivoco.

Jem se incorporó como un rayo.

—Puedo comprobar las tablas lunares en la biblioteca. Vuelvo en seguida. —Y desapareció por la puerta.

Charlotte se volvió hacia Nate.

—¿Está seguro de eso?

Nate asintió, tragando con dificultad.

—Cuando Tessa escapó de las Hermanas Oscuras, De Quincey me culpó a mí, aunque yo no sabía nada de ello. Me dijo que iba a dejar que los Hijos de la Noche me sacaran la sangre como castigo. Me mantuvo prisionero durante días hasta el momento de la fiesta. No se preocupaba de lo que decía

delante de mí. Sabía que yo iba a morir. Le oí hablar de cómo las hermanas habían logrado dominar el hechizo de sujeción. Que no pasaría mucho tiempo antes de que los nefilim fueran destruidos, y que todos los miembros del Club Pandemónium controlarían Londres en su lugar.

—¿Tienes alguna idea de dónde se puede esconder De Quincey —preguntó Will con voz áspera—, ahora que su casa ha ardido?

Nate parecía agotado.

—Tiene un escondite en Chelsea. Posiblemente se haya ocultado allí con los que le son leales; hay unos cien vampiros de su clan que no estaban en la casa aquella noche. Sé dónde está ese lugar. Se lo puedo indicar sobre un mapa... —Se interrumpió cuando Jem entró en la sala, con los ojos muy abiertos.

—No es mañana —dijo Jem—. La luna llena es hoy.

## QUE CAIGA LA OSCURIDAD

La torre de la vieja iglesia y la pared del jardín  
están negras por la lluvia de otoño,  
y desolados vientos premonitorios llaman  
de vuelta la oscuridad

EMILY BRONTË, *La torre de la vieja iglesia*

—Mientras Charlotte corría a la biblioteca para notificar al Enclave que sería necesario tomar medidas de emergencia esa misma noche, Henry se quedó en la sala con Nathaniel y los demás. Fue sorprendentemente paciente mientras Nate indicaba detalladamente en un mapa el lugar de Londres donde creía que se hallaba el escondite de De Quincey, una casa en el Embankment de Chelsea, cerca del Támesis.

—No sé exactamente cuál de ellas es —dijo Nate—, así que tendrán que ir con cuidado.

—Siempre vamos con cuidado —repuso Henry, sin hacer caso de la mirada irónica que Will le dirigía.

Sin embargo, poco después de eso, envió a Will y a Jem a la sala de armas con Thomas para que preparasen los cuchillos serafines y algún otro armamento. Tessa se quedó en el salón con Jessamine y con Nate mientras Henry corría a la cripta en busca de sus más recientes invenciones.

En cuanto los otros hubieron salido, Jessamine comenzó a revolotear alrededor de Nate, echando más leña al fuego para él, yendo a por otra manta y ofreciéndose a buscar un libro para leerse, algo que él declinó. Si Jessamine esperaba ganarse el corazón de Nate cuidándolo de esa forma, iba a sufrir una decepción, pensó Tessa. Nate daba por hecho que debía ser cuidado y casi ni notaría su atención especial.

—¿Y qué va a pasar ahora? —preguntó él finalmente, medio enterrado bajo una montaña de mantas—. El señor y la señora Branwell...

—Oh, llámalos Henry y Charlotte, todo el mundo lo hace —repuso Jessamine.

—Informarán al Enclave, es decir, al resto de los cazadores de sombras de Londres, de la localización del escondite de De Quincey, para que puedan planear un ataque —contestó Tessa—. Pero, la verdad, Nate, no deberías preocuparte por esas cosas. Tendrías que descansar.

—Entonces, sólo quedaremos nosotros. —Nate cerró los ojos—. En este lugar grande y viejo. Parece raro.

—Oh, Will y Jem no irán con ellos —dijo Jessamine—. Les he oído conversar sobre ello en la sala de armas cuando he ido a buscar la manta.

Nate abrió los ojos.

—¿No van a ir? —Parecía anonadado—. ¿Y por qué no?

—Son demasiado jóvenes —respondió Jessamine—. Los cazadores de sombras se consideran adultos a los dieciocho, y para este tipo de acciones peligrosas en las que participa todo el Enclave, suelen dejar a los jóvenes en casa.



Tessa notó una extraña sensación de alivio, que cubrió en seguida hablando.

—Pero eso es muy raro. Will y Jem vinieron a la casa de De Quincey...

—Y por eso no pueden participar en la acción de esta noche. Al parecer, Benedict Lightwood ha ido diciendo por ahí que el ataque a la casa de De Quincey acabó tan mal como acabó porque Will y Jem no tienen aún suficiente entrenamiento. Lo que no entiendo es cómo algo de eso pudo ser culpa de Jem, no estoy segura. Si me lo preguntas, creo que sólo quiere tener una excusa para dejar a Gabriel en casa, a pesar de que ya ha cumplido los dieciocho. Lo mina de una forma horrible. Charlotte nos explicó que el señor Lightwood le había dicho que ha habido Enclaves enteros borrados de la faz de la tierra en una sola noche, y que los nefilim tienen la obligación de dejar a la generación más joven a salvo, para que puedan continuar, diríamos.

A Tessa se le retorció el estómago. Antes de que pudiera decir nada, se abrió la puerta y entró Thomas. Llevaba un montón de ropa doblada.

—Son cosas viejas del señorito Jem —le dijo a Nate, con algo de vergüenza—. Parece que utilizan la misma talla, y bueno, usted debería tener algo que ponerse. Si me acompaña a su dormitorio, podremos comprobar si le van bien.

Jessamine puso los ojos en blanco. Tessa no estaba segura de por qué. Quizá pensara que la ropa usada no era lo suficientemente buena para Nate.

—Gracias, Thomas —dijo Nate mientras se ponía en pie—. Debo disculparme por mi comportamiento de antes, cuando, eh... me escondí de ti. Debía de tener fiebre. Es la única explicación.

Thomas se sonrojó.

—Sólo hago mi trabajo, señor.

—Y muy bien, estoy seguro. —Nate le sonrió.

—Quizá deberías dormir un poco —sugirió Tessa, fijándose en las ojeras de cansancio de su hermano—. No tendremos mucho que hacer ahora, hasta que regresen.

—La verdad —repuso Nate, mirando a Jessamine y a Tessa—, creo que ya he descansado lo suficiente. Un tipo tiene que volver a ponerse en pie finalmente, ¿no es cierto? No me importaría comer algo, y tampoco tener compañía. Si no os importa que vuelva aquí cuando me vista.

—¡Claro que no! —Jessamine parecía encantada—. Le pediré a Agatha que prepare algo ligero y que nos lo traiga aquí. Y quizá una partida de cartas nos mantenga ocupados después de comer. —Dio una palmada cuando Thomas y Nate salieron de la sala, y se volvió hacia Tessa con los ojos brillantes—. ¿No crees que será divertido?

—¿Cartas? —Tessa, que casi se había quedado sin palabras ante la sugerencia de Jessamine, recuperó la voz—. ¿Crees que estaría bien que jugáramos a las cartas? ¿Mientras Henry y Charlotte están ahí fuera luchando con De Quincey?

Jessamine echó la cabeza atrás.

—¡Como si quedarnos aquí llorando les fuera a servir de algo! Estoy segura de que prefieren que estemos alegres y activos en su ausencia en vez de sin hacer nada y tristes.

Tessa frunció el ceño.

—De todos modos, no creo que sugerirle a Nate jugar a las cartas haya sido una gran idea, Jessamine. Sabes perfectamente que tiene problemas... con el juego.

—Oh, pero si no vamos a apostar —replicó Jessamine animada—. Será sólo una amistosa partida de cartas. De verdad, Tessa, ¿por qué tienes que ser una aguafiestas?

—¿Una qué? Jessamine, sé que sólo estás tratando de alegrar a Nate. Pero ésta no es la forma...

—¿Y debo suponer que tú ya dominas el arte de ganarte el afecto de los hombres? —replicó Jessamine, y de sus ojos saltaron chispas de furia—. ¿Te crees que no he visto cómo miras a Will con ojos de cordero degollado? Como si él fuera... ¡Oh! —Alzó las manos—. No importa. Me pones enferma. Voy a hablar con Agatha sin ti. —Se levantó y corrió hacia la puerta, pero se detuvo para añadir—: Y ya sé que no te importa tu aspecto, pero al menos deberías arreglarte un poco el pelo, Tessa. ¡Cualquiera diría que no es más que un nido de pájaros! —Y cerró de un portazo.

Por estúpidas que fueran, las palabras de Jessamine le dolieron. Corrió a su habitación, se echó agua en la cara y se pasó un cepillo por el enredado cabello. Al ver su pálido rostro en el espejo, intentó no pensar si aún era igual a la hermana que Nate recordaba. Trató de no imaginar cómo podría haber cambiado.

En cuanto terminó, salió rápidamente al pasillo, y casi se chocó con Will, que estaba apoyado en la pared enfrente de la puerta de su habitación, mirándose las uñas. Con su normal desprecio a las buenas maneras, iba en mangas de camisa, sobre la cual llevaba una serie de correas de cuero que le cruzaban el pecho. En la espalda le colgaba una espada larga y delgada; Tessa veía la empuñadura por encima del hombro de él. En ambas manos sujetaba varios cuchillos serafines, blancos, largos y afilados.

—Eh... —La voz de Jessamine le resonó en la cabeza: «¿Crees que no he visto cómo miras a Will con ojos de cordero degollado?». La luz mágica brillaba tenue. Tessa confió en que el pasillo estuviera demasiado oscuro como para que Will la viera sonrojarse—. Pensaba que esta noche no ibas a ir con el Enclave —dijo finalmente, más que nada por decir algo.

—Y no iré. Llevaba esto al patio para Charlotte y Henry. Benedict Lightwood les envía su carruaje. Es más rápido. Debería llegar en cualquier momento. —Estaba tan oscuro en el pasillo que, aunque Tessa pensó que Will sonreía, no pudo estar segura—. Te preocupa mi seguridad, ¿eh? ¿O habías planeado regalarme alguna prenda para que la lleve a la batalla como Wilfred o Ivanhoe?

—Nunca me ha gustado ese libro —repuso Tessa—. Rowena es una panfila quejica. Ivanhoe debería haber elegido a Rebecca.

—¿La chica morena, y no la rubia? ¿En serio?

Tessa ya no tenía ninguna duda de que él estaba sonriendo.

—¿Will...?

—¿Sí?

—¿Crees que el Enclave conseguirá acabar con él? ¿Con De Quincey, me refiero?

—Sí —contestó sin vacilar—. El tiempo de las negociaciones ya ha pasado. Si has visto alguna vez terriers en un foso de ratas..., bueno, no creo que los hayas visto. Pero así será esta noche. La Clave acabará con los vampiros, uno a uno, hasta que no quede ninguno.

—¿Quieres decir que ya no quedarán vampiros en Londres?

Will se encogió de hombros.

—Siempre habrá vampiros. Pero el clan de De Quincey habrá desaparecido.

—Y una vez que esto acabe, una vez que haya desaparecido el Magíster, supongo que ya no habrá motivo para que Nate y yo sigamos en el Instituto, ¿no?

—Su... —Will parecía totalmente desconcertado—, supongo. Sí, bueno, claro. Imagino que preferirías estar en un lugar... menos violento. Quizá incluso podrías ver algunas de las partes más

bonitas de Londres. Westminster Abbey...

—Preferiría irme a casa —dijo Tessa—. A Nueva York.

Will no dijo nada. La luz mágica del pasillo se había apagado; en las sombras, Tessa no podía verle bien el rostro.

—A no ser que tuviera algún motivo para quedarme —continuó Tessa, y se preguntó qué querría decir exactamente con eso. Era más fácil hablar con Will así, cuando no le podía ver la expresión, y sólo sentía su presencia junto a ella en el corredor.

No lo vio moverse, pero notó que le rozaba con los dedos el dorso de la mano.

—Tessa... —dijo él—. Por favor, no te preocupes. Pronto estará todo arreglado.

El corazón de Tessa le martilleaba dolorosamente contra las costillas. ¿Qué era lo que pronto estaría arreglado? No podía referirse a lo que ella creía que se refería. Tenía que querer decir otras cosas.

—¿Tú no deseas ir a casa? —preguntó Tessa.

Él no se movió, sus dedos aún rozaban la piel de ella.

—No puedo volver a casa, nunca.

—Pero ¿por qué no? —susurró ella, pero ya era demasiado tarde. Sintió que él se apartaba de ella. Dejó de notar su mano—. Sé que tus padres vinieron al Instituto cuando tenías doce años, y que te negaste a ir con ellos. ¿Por qué? ¿Qué habían hecho que fuera tan terrible?

—No habían hecho nada. —Sacudió la cabeza—. Debo irme. Henry y Charlotte me están esperando.

—Will —insistió Tessa, pero él ya se alejaba, una sombra delgada camino de la escalera—. Will —lo llamó otra vez—. Will, ¿quién es Cecily?

Pero él ya se había ido.

Cuando Tessa volvió al salón, Nate y Jessamine ya estaban de vuelta, y el sol había comenzado a ponerse. Fue inmediatamente hasta la ventana y miró al exterior. Abajo, en el patio, Jem, Henry, Will y Charlotte estaban juntos; sus largas sombras caían sobre los escalones de la entrada. Henry se estaba dibujando un último iratze en el brazo mientras que Charlotte parecía estar dando instrucciones a Jem y a Will. Jem asentía, pero Tessa pudo ver, incluso a esa distancia, que Will, con los brazos cruzados sobre el pecho, se mostraba recalcitrante.

«Quiere ir con ellos —pensó—. No soporta tener que quedarse aquí».

Probablemente, Jem también querría ir, pero él no protestaría. Ésa era la diferencia entre los dos chicos. O al menos una de las diferencias.

—Tessie, ¿estás segura de que no quieres jugar? —Nate se volvió para mirar a su hermana. Volvía a estar en el sillón, con una manta sobre las rodillas, las cartas extendidas en una mesita colocada entre él y Jessamine, junto a un servicio de té y un platito con sandwiches. Aún tenía el cabello húmedo, como si se lo hubiera lavado y se hubiera pasado un peine mojado, y llevaba la ropa de Jem. Tessa se fijó en que Nathaniel había perdido peso, pero Jem era tan delgado que su camisa aún le quedaba un poco apretada a Nate en el cuello y los puños, aunque Jem tenía la espalda más ancha, y Nate parecía perderse un poco en la chaqueta de Jem.

Tessa seguía mirando por la ventana. Había llegado un gran carruaje negro, con un dibujo en la puerta de dos antorchas ardiendo, y Henry y Charlotte estaban subiendo a él. Will y Jem habían

desaparecido de la vista.

—Seguro que lo está —soltó Jessamine desdenosa ante la falta de respuesta por parte de Tessa—. Mírala. Toda desaprobación.

Tessa apartó la mirada de la ventana.

—No lo desapruebo. Pero no me parece normal jugar mientras Henry, Charlotte y los demás están arriesgando sus vidas.

—Sí, ya lo sé, lo has dicho antes. —Jessamine dejó las cartas sobre la mesa—. La verdad, Tessa. Esto es lo habitual: se van a luchar y luego vuelven. No vale la pena ponerse nerviosa.

Tessa se mordió el labio.

—Siento que debería haberme despedido de ellos o haberles deseado buena suerte, pero con todas estas prisas...

—No te preocupes —dijo Jem, que acababa de entrar en el salón precediendo a Will—. Los cazadores de sombras no se despiden nunca antes de una batalla. Ni se desean buena suerte. Debes comportarte como si su regreso fuera una certeza, no una cuestión de suerte.

—No necesitamos suerte —repuso Will, y se dejó caer en una silla junto a Jessamine, que le lanzó una mirada enfadada—. Al fin y al cabo, cumplimos un mandato divino. Con Dios de nuestro lado, ¿qué importa la suerte? —Sonaba sorprendentemente resentido.

—Oh, deja de ser tan deprimente, Will —soltó Jessamine—. Estamos jugando a las cartas. Tienes dos opciones: unirte al juego o callarte.

Will alzó una ceja.

—¿A qué estáis jugando?

—Papa Juan —contestó Jessamine fríamente mientras repartía las cartas—. Estaba explicándole las reglas al señor Gray.

—La señorita Lovelace me ha dicho que ganas si consigues sacarte de encima todas las cartas. Es un poco como si el mundo se girara del revés. —Nate sonrió a Jessamine, que le respondió mostrando unos irritantes hoyuelos.

Will señaló la taza humeante que Nate tenía junto al codo.

—¿Hay algo de té ahí —preguntó—, o es sólo coñac puro?

Nate se sonrojó.

—El coñac es un gran reconstituyente.

—Sin duda —intervino Jem, con un cierto retintín en la voz—. A menudo da fuerzas a los hombres para llegar al asilo de indigentes.

—¿Será posible? Ya está bien, ¿no os parece? Menudo par de hipócritas. Como si Will no bebiera, y Jem... —Jessamine se calló, mordiéndose el labio—. Estáis molestos porque Henry y Charlotte no os han dejado acompañarlos —dijo finalmente—. Pero es que tienen razón, ¿no os dais cuenta? Sois demasiado jóvenes. —Sonrió a Nate—. Yo prefiero la compañía de caballeros más maduros.

«Nate —pensó Tessa— es exactamente dos años mayor que Will. Cualquiera diría que se llevan un siglo. Y además tampoco es que sea ni de lejos, "maduro".»

Pero antes de que pudiera decir nada, una campanada resonó en todo el Instituto.

Nate enarcó las cejas.

—Pensaba que esto no era una iglesia auténtica. Creía que no había campanas.

—Y no las hay. Ese ruido no es el de una campana de iglesia. —Will se puso en pie—. Es la campana de llamada. Significa que hay alguien abajo que pide hablar con los cazadores de sombras. Y

como Jem y yo somos los únicos aquí...

Miró a Jessamine, y Tessa se dio cuenta de que estaba esperando a que ésta lo contradijera, que reclamara también ser una cazadora de sombras. Pero Jessamine estaba sonriéndole a Nate, y él se había inclinado para susurrarle algo al oído; ninguno de los dos estaba prestando atención a lo que sucedía en la sala.

Jem miró a Will y movió la cabeza. Ambos fueron hacia la puerta; mientras salían, Jem miró a Tessa y se encogió de hombros. «Ojalá tú también fueras una cazadora de sombras», creyó leer Tessa en sus ojos, pero quizá era tan sólo lo que hubiera deseado que le dijeran. Quizá Jem sólo le estaba sonriendo amablemente y no había ningún otro significado.

Nate se sirvió otra taza de agua caliente con coñac del servicio de plata que había sobre la mesa. Él y Jessamine habían dejado de fingir que jugaban a las cartas, se habían acercado el uno al otro y estaban murmurando entre ellos. Tessa notó una ligera decepción. De alguna manera había esperado que la terrible situación por la que su hermano había pasado le hubiera hecho más serio, más propenso a entender que había cosas más importantes en el mundo que su placer inmediato. No esperaba mucho más de Jessamine, pero lo que antes le había resultado encantador en Nate, ahora la irritaba hasta un punto que la sorprendía.

Volvió a mirar por la ventana. Había un carruaje en el patio. Will y Jem estaban en los escalones de entrada. Con ellos había un hombre en traje de etiqueta: un elegante frac, sombrero de copa de seda y un chaleco blanco que brillaba bajo las antorchas de luz mágica. A Tessa le pareció que se trataba de un mundano, aunque a esa distancia era difícil estar segura. Mientras los observaba, el hombre alzó los brazos e hizo un gesto amplio. Vio que Will miraba a Jem, y que éste asentía, y se preguntó de qué estarían hablando.

Miró más allá, hacia el carruaje, y se quedó helada. En vez de un escudo de armas, el nombre de una empresa estaba pintado en una de las puertas: Mortmain y Compañía.

Mortmain. El hombre para el que había trabajado su padre, al que Nathaniel había chantajeado, el que había introducido a su hermano en el Mundo de las Sombras. ¿Qué estaría haciendo allí?

Volvió a mirar a Nate, y su sensación de irritación desapareció empujada por la de protección. Si él supiera que Mortmain estaba allí, sin duda se alteraría. Sería mejor que ella se enterara de lo que estaba pasando antes que él. Se apartó de la ventana y fue tranquilamente hasta la puerta; absorto en su conversación con Jessamine, Nate no pareció notar que su hermana dejaba la sala.

A Tessa le resultó sorprendentemente fácil encontrar el camino hasta la enorme escalera de piedra que bajaba en espiral por el centro del Instituto. Finalmente debía de haber aprendido a orientarse, decidió mientras llegaba a la planta baja; encontró a Thomas junto a la puerta.

Sujetaba una enorme espada, con la punta hacia abajo, y estaba muy serio. Ante él, las enormes puertas del Instituto estaban abiertas y mostraban un rectángulo del ocaso azul y negro de Londres, iluminado por el resplandor de las antorchas del patio. Thomas pareció sorprenderse al ver a Tessa.

—¿Señorita Gray?

—¿Qué está pasando ahí fuera, Thomas? —preguntó en voz baja.

El se encogió de hombros.

—El señor Mortmain —contestó—. Quería hablar con el señor y la señora Branwell, pero como ellos no están...

Tessa fue hacia la puerta.

Thomas, sobresaltado, se movió para impedirle el paso.

—Señorita Gray, no creo que...

—Tendrás que usar esa espada para detenerme, Thomas —repuso Tessa con voz fría, y Thomas, después de un instante de vacilación, se apartó. Tessa esperó no haberle herido en sus sentimientos, pero él parecía más aturdido que otra cosa.

Pasó junto a él y salió a los escalones de entrada, donde se hallaban Will y Jem. Soplaban una fuerte brisa, que le revolvió el cabello y la hizo estremecerse. Al pie de la escalera se hallaba el hombre que había visto por la ventana. Era más bajo de lo que se había imaginado: menudo y nervudo, con un rostro bronceado y simpático bajo el ala del alto sombrero. A pesar de la elegancia de su ropa, tenía el porte campechano y natural de un marinero o un comerciante.

—Sí —estaba diciendo Mortmain—. El señor y la señora Branwell fueron tan amables de visitarme la semana pasada. Y fueron aún más amables, según creo, al hacer que nuestra reunión fuera una especie de secreto.

—No le contaron al Enclave sus experimentos con lo oculto, si a eso se refiere —repuso Will, algo cortante.

Mortmain se ruborizó.

—Sí. Fue un favor. Y había pensado devolvérselo de algún modo... —Se detuvo y miró a Tessa—. ¿Quién es ella? ¿Otra cazadora de sombras?

Will y Jem se volvieron al unísono y vieron a Tessa. Jem pareció complacido de verla; Will, naturalmente, se mostró exasperado y quizá algo divertido.

—Tessa —dijo—, te ha sido imposible no meter las narices, ¿verdad? —Se volvió hacia Mortmain—. Ésta es la señorita Gray, claro. La hermana de Nathaniel Gray.

Mortmain pareció consternado.

—Oh, Dios santo. Debería haberlo adivinado. Se parece a él. Señorita Gray...

—La verdad es que creo que no se parecen en nada —repuso Will, pero tan bajo que Tessa dudó que el señor Mortmain lo hubiera oído.

—No puede ver a Nate —dijo Tessa—. Desconozco si ha venido usted para eso, señor Mortmain, pero él no está bien. Necesita recuperarse de todo lo que ha pasado, que no se lo recuerden.

Mortmain respondió con una expresión más que preocupada.

—No estoy aquí para ver al chico —contestó—. Reconozco que le fallé, le fallé de una forma abominable. La señora Branwell me lo dejó muy claro...

—Debería haberlo buscado —le reprochó Tessa—. Mi hermano. Le dejó hundirse en el Mundo de las Sombras sin dejar rastro. —Parte de la mente de Tessa se asombraba de su propia osadía, pero a pesar de eso, siguió adelante—. Cuando le dijo que se había ido a trabajar para De Quincey, usted debería habérselo impedido. Usted sabía la clase de hombre que es De Quincey, si es que podemos llamarlo hombre.

—Lo sé. —Mortmain estaba gris bajo el sombrero—. Por eso estoy aquí. Para tratar de compensar mis errores.

—¿Y cómo se propone hacer eso? —preguntó Jem con voz clara y fuerte—. ¿Y por qué ahora?

Mortmain miró a Tessa.

—Sus padres eran gente buena y amable —afirmó—. Siempre he lamentado haberlos llevado al Mundo de las Sombras. En aquel tiempo, pensaba que todo era un agradable juego y un poco de

broma. He aprendido que no es así. Para mitigar esa culpa, les contaré lo que sé. Incluso aunque eso represente tener que huir de Inglaterra para escapar de la ira de De Quincey. —Suspiró—. Hace algún tiempo, De Quincey me encargó una gran cantidad de piezas mecánicas: engranajes, levas, ruedas y cosas así. No le pregunté para qué las quería. Uno no le hace esas preguntas al Magíster. Sólo cuando los neffilim vinieron a verme se me ocurrió conectar las piezas con un propósito nefando. Investigué, y mi contacto en el club me explicó que De Quincey pretendía construir un ejército de monstruos mecánicos para destruir a los cazadores de sombras. —Meneó la cabeza—. De Quincey y su gente odian a los cazadores de sombras, pero yo no. Sólo soy un ser humano. Sé que son lo único que nos separa de un mundo en el que yo y los de mi especie sólo seríamos juguetes de los demonios. No puedo quedarme de brazos cruzados ante lo que De Quincey está haciendo.

—Todo eso está muy bien —dijo Will, con impaciencia en la voz—, pero no nos está diciendo nada que no sepamos ya.

—¿Saben también —preguntó Mortmain— que ha pagado a un par de brujas, conocidas como las Hermanas Oscuras, para que creen un hechizo de sujeción que anime a esas criaturas no con mecanismos sino con energía demoníaca?

—Lo sabemos —contestó Jem—. Aunque creo que tan sólo queda una de ellas. Will acabó con la otra.

—Ya, pero su hermana la ha traído de vuelta por medio de un conjuro nigromántico —dijo Mortmain, con un pequeño deje triunfal en la voz, como si le aliviara tener finalmente una información nueva que brindarles—. En estos momentos, las dos hermanas están instaladas en Highgate, en una mansión que perteneció a un brujo hasta que De Quincey lo mató, y trabajan en el hechizo de sujeción. Si mis informes son correctos, las Hermanas Oscuras tratarán de poner en acción el conjuro esta noche.

Los azules ojos de Will estaban oscuros y pensativos.

—Gracias por la información —dijo—, pero De Quincey pronto dejará de ser una amenaza para nosotros, y sus muñecos mecánicos también.

Mortmain abrió mucho los ojos.

—¿La Clave va a atacar al Magíster? ¿Esta noche?

—Dios —exclamó Will—. Conoce todos los nombres, ¿no? Es muy desconcertante en un mundano. —Sonrió amable.

—No me lo va a decir —repuso Mortmain compungido—. Supongo que no. Pero le ruego que advierta al Enclave, antes de que vayan. De Quincey tiene a su disposición cientos de esas criaturas mecánicas. Todo un ejército. En cuanto las Hermanas Oscuras lleven a cabo el hechizo, el ejército se alzaría para ponerse a las órdenes de De Quincey. Si el Enclave quiere derrotarlo, sería mejor que se asegurara de que el ejército no se alza, o será casi imposible vencerlo.

Tessa miró a Will horrorizada; no lo pudo evitar. Ambos chicos mantenían el rostro inexpresivo.

—¿Conoce la localización exacta de las Hermanas Oscuras —preguntó Jem—, más allá de que sea en Highgate?

Mortmain asintió.

—Sin duda —afirmó, y mencionó el nombre de una calle y un número.

Will asintió.

—Está bien, tomaremos esto con la debida consideración. Muchas gracias.

—Ciertamente —dijo Jem—. Buenas noches, señor Mortmain.

—Pero... —Mortmain parecía decepcionado—. ¿Van a hacer algo con la información que les he proporcionado o no?

—Ya le he dicho que lo tomaremos en consideración —se reafirmó Will—. En cuanto a usted, señor Mortmain, parece un hombre con algún lugar adonde ir.

—¿Qué? —Mortmain miró su traje de etiqueta y soltó una risita—. Oh, supongo que sí. Es que... si el Magíster descubre que les he contado todo esto, mi vida correrá peligro.

—Entonces, quizá sea el momento de tomarse unas vacaciones —sugirió Jem—. He oído que Italia resulta muy agradable en esta época del año.

Mortmain pasó la mirada de Will a Jem y de nuevo a Will, y pareció resignarse. Se le hundieron los hombros. Miró a Tessa.

—Si fuera tan amable de transmitirle mis más sinceras disculpas a su hermano...

—No creo que eso sea posible —contestó Tessa—, pero gracias de todos modos, señor Mortmain.

Después de un silencio, Mortmain asintió con la cabeza y se marchó. Los tres lo observaron subir al carruaje. El sonido de los cascos de los caballos resonó en el patio mientras el carruaje se alejaba traqueteando y cruzaba la verja del Instituto.

—¿Qué vais a hacer —preguntó Tessa en cuanto el carruaje se perdió de vista— respecto a las Hermanas Oscuras?

—Ir a por ellas, claro. —A Will se le había subido el color, y sus ojos brillaban de pura excitación.

—Pero... quizá habría que advertir a Charlotte y a los otros...

—¿Cómo? —Will consiguió que una sola palabra sonara cortante—. Supongo que podemos enviar a Thomas a avisar al Enclave, pero no hay ninguna garantía de que llegue allí a tiempo, y si las Hermanas Oscuras consiguen alzar el ejército, podría encontrarse en medio de una masacre. No, debemos ocuparnos nosotros de ellas. Ya maté a una; Jem y yo deberíamos ser capaces de ocuparnos de la otra.

—Pero quizá Mortmain se equivoque —indicó Tessa—. Sólo tenéis su palabra; su información podría ser falsa.

—Podría ser —aceptó Jem—, pero ¿te puedes imaginar qué pasaría si no es así? ¿Y si no le hiciéramos caso? Las consecuencias para el Enclave podrían ser la destrucción total.

Tessa supo que él tenía razón, y se le cayó el corazón a los pies.

—Quizá podría ayudarlos. Ya he luchado contra las Hermanas Oscuras una vez. Si pudiera acompañarlos...

—No —dijo Will—. Ni hablar. Tenemos tan poco tiempo para prepararnos que debemos confiar en nuestra experiencia de luchadores. Y tú no has combatido nunca.

—Luché contra De Quincey en la fiesta...

—He dicho que no. —El tono de Will era definitivo. Tessa miró a Jem, pero él sólo se encogió de hombros dejando entrever que lo sentía pero que Will tenía razón.

Tessa miró a Will.

—¿Y qué hay de Boadicea?

Por un momento, Tessa pensó que él habría olvidado lo que le había contado en la biblioteca. Luego la sombra de una sonrisa le asomó en los labios, como si tratara de evitarla y no pudiera.

—Algún día serás Boadicea, Tessa —contestó—, pero no esta noche. —Se volvió hacia Jem—. Debemos decirle a Thomas que prepare el carruaje. Highgate no está cerca; será mejor que nos



pongamos en marcha en seguida.

Ya era noche cerrada en la ciudad cuando Will y Jem se hallaron listos junto al carruaje, a punto de partir. Thomas estaba revisando las correas de los caballos mientras Will dibujaba una Marca en la frente de Jem, con su estela igual a un blanco rayo en medio de las tinieblas. Tessa, después de dejar muy claro su desacuerdo, se hallaba en los escalones y los observaba, con una sensación desagradable en el estómago.

Después de asegurarse de que los arneses estuvieran bien sujetos, Thomas subió corriendo la escalera y se detuvo cuando Tessa alzó la mano para hablar con él.

—¿Se van ya? —preguntó—. ¿Esto es todo?

Él asintió.

—Todo listo para partir. —Thomas había tratado de convencer a Jem y a Will para que le permitieran ir con ellos, pero a Will, a pesar de lo que le había dicho a Tessa, le preocupaba que Charlotte se enfadara con Thomas por participar en su salida y se había negado a que los acompañara.

—Además —había afirmado Will—, debe haber un hombre en la casa, alguien que proteja el Instituto mientras estamos fuera. Nathaniel no cuenta —había añadido mirando de reojo a Tessa, que no le hizo caso.

Will tomó las riendas e hizo ademán de subirse al asiento del cochero. Jem lo miraba; sus rostros eran marcas pálidas bajo la luz de las antorchas. Tessa alzó la mano, pero luego la bajó lentamente. ¿Qué era lo que le había dicho? «Los cazadores de sombras no se despiden nunca antes de una batalla. Ni se desean buena suerte. Debes comportarte como si su regreso fuera una certeza, no una cuestión de suerte».

Los chicos, como alertados por su gesto, la miraron. Tessa creyó distinguir el azul en los ojos de Will, incluso desde donde se hallaba. Él tenía una extraña mirada cuando sus ojos se encontraron, la mirada de alguien que se acaba de despertar y se pregunta si lo que ve es real o un simple sueño.

Fue Jem quien se apartó y subió corriendo la escalera hasta ella. Cuando llegó a su lado, Tessa vio que tenía color en las mejillas, y los ojos brillantes y ardientes. Se preguntó cuánta droga le habría permitido tomar Will, a fin de que estuviera preparado para luchar.

—Tessa... —comenzó Jem.

—No iba a decirlos adiós —explicó rápidamente—, pero resulta raro dejarlos marchar sin decirlos nada.

Él le lanzó una curiosa mirada. E hizo algo que la sorprendió; le cogió la mano. Ella se la miró, las uñas mordidas, los arañazos a medio curar en los dedos.

Jem la besó en el dorso, sólo un roce de sus labios, y su cabello, tan suave y brillante como la seda, le rozó la muñeca cuando él inclinó la cabeza. Tessa notó que la recorría un espasmo, lo suficientemente fuerte para sobresaltarla, y se quedó muda mientras él se incorporaba sonriendo.

—Mizpah —dijo él.

Ella lo miró sin entender, algo aturdida.

—¿Qué?

—Es una especie de despedida sin decir adiós —explicó él—. Es una referencia a un pasaje de la Biblia: «Y Mizpah, porque él dijo: "El Señor vigila entre tú y yo cuando estamos ausentes el uno del otro"».

Tessa no tuvo oportunidad de responder nada, porque Jem corrió escalera abajo para reunirse con Will, que estaba inmóvil como una estatua, con el rostro alzado, al pie de la escalera. Apretaba los enguantados puños a los costados. Le pareció que iba a decirle algo. Pero quizá fuera un efecto de la luz, porque cuando Jem llegó hasta él y le tocó en el hombro, él soltó una carcajada, y sin mirar a Tessa, se subió al asiento del cochero, seguido de Jem. Sacudió el látigo, y el carruaje cruzó la verja, que se cerró como si hubiera sido empujada por una mano invisible. Tessa oyó cerrarse el candado, un seco chasquido en el silencio, y luego el sonido de campanas en algún punto de la ciudad.

Sophie y Agatha la esperaban en la puerta; Agatha le estaba diciendo algo a Sophie, pero ésta no parecía estar escuchándola. Miró a Tessa cuando entró, y algo en su mirada le recordó a Tessa la forma en que Will la había mirado en el patio. Pero eso era ridículo; no había dos personas en el mundo más diferentes que Sophie y Will.

Tessa se apartó para que Agatha cerrara las enormes puertas. Acababa de cerrarlas, jadeando ligeramente, cuando el picaporte de la hoja izquierda comenzó a girar sin tocarlo.

Sophie frunció el ceño.

—No pueden haber vuelto ya, ¿verdad?

Agatha miraba el picaporte, perpleja, con las manos todavía contra la puerta, y luego se tuvo que apartar cuando la hoja se abrió de golpe ante ella.

Había alguien en el umbral, recortado contra la luz del exterior. Por un instante, lo único que pudo ver Tessa fue una sombra oscura que llevaba una desgastada chaqueta. Agatha, con la cabeza echada hacia atrás para mirarlo, exclamó con voz ahogada:

—¡Oh, Dios mío...!

La silueta se movió. La luz destelló sobre el metal; Agatha gritó y trastabilló. Parecía estar tratando de apartarse del desconocido, pero algo se lo impedía.

—Dios del cielo —susurró Sophie—, ¿qué es eso?

Durante un momento, Tessa contempló la escena como si se hubiera congelado: la puerta abierta y el autómata mecánico, el de los dedos desollados, aún con la misma chaqueta gris. Y aún, Dios santo, con la sangre de Jem en las manos, manchas rojo oscuro secas sobre la piel gris muerta y sobre las tiras de cobre que se le veían bajo la piel donde ésta se había rasgado o arrancado. Una mano manchada de sangre agarraba a Agatha por la muñeca; en la otra, sostenía un cuchillo largo y fino. Tessa avanzó hacia él, pero ya era demasiado tarde. La criatura movió la hoja con cegadora velocidad, y se la hundió a Agatha en el pecho.

Agatha soltó un grito ahogado y se llevó las manos al cuchillo. El autómata permaneció impasible, andrajoso y terrorífico, mientras Agatha trataba de agarrar el mango del cuchillo; luego, con una rapidez impresionante, la criatura retiró la hoja, lo que permitió que Agatha se desplomara sobre el suelo. El autómata no se esperó a verla caer, sino que salió por la puerta por la que había entrado.

—¡Agatha! —gritó Sophie, reaccionando, y corrió a su lado. Tessa fue hasta la puerta; la criatura mecánica estaba bajando los escalones hacia el patio vacío. Se lo quedó mirando. ¿Por qué motivo habría ido, y por qué se marchaba ya? Pero no había tiempo para pensar en eso. Cogió la cuerda de la campana de llamada y tiró de ella con fuerza. Mientras el ruido resonaba en todo el edificio, cerró la puerta, corrió la barra y se volvió para ayudar a Sophie.

Juntas consiguieron levantar a Agatha y la llevaron, medio a rastras, hasta el otro lado del vestíbulo, donde se dejaron caer de rodillas junto a ella. Sophie comenzó a romper a tiras su delantal blanco y a presionar con ellas la herida de Agatha.

—No lo entiendo, señorita —dijo en un tono de pánico—. Nadie debería poder abrir esa puerta, nadie excepto alguien con sangre de cazador de sombras sería capaz de girar ese picaporte.

«Pero la criatura tenía sangre de cazador de sombras», pensó Tessa con un súbito horror. La sangre de Jem, manchándole el metal de las manos como si fuera pintura. Tal vez fuera ése el motivo por el que se había inclinado sobre Jem la noche de lo del puente. Tal vez fuera ése el motivo por el que había escapado, después de conseguir lo que quería: la sangre de Jem. ¿Y no significaba eso que podría volver cuando quisiera?

Tessa comenzó a ponerse en pie, pero ya era demasiado tarde. La barra que sujetaba la puerta se quebró con un sonido como un disparo, y cayó al suelo en dos mitades. Sophie alzó los ojos y gritó, aunque no se separó de Agatha mientras la puerta se abría, como una ventana a la noche.

Los escalones del Instituto ya no estaban vacíos; estaban abarrotados, pero no de gente. Monstruos mecánicos los inundaban, con sus rostros sin expresión, ojos vacíos y movimientos sincopados. No eran exactamente igual que los que Tessa había visto hasta entonces. Algunos de ellos parecían haber sido montados con tanta prisa que no tenían rostro, sólo planos óvalos de metal con algunos parches aquí y allá de piel humana. Pero había algo incluso más horrible: bastantes de aquellas criaturas tenían trozos de maquinaria en lugar de brazos o piernas. Uno de los autómatas tenía una guadaña en el lugar donde debía estar el brazo; otro mostraba una sierra que le colgaba por debajo de la manga de la camisa, como una parodia de brazo.

Tessa se levantó y se abalanzó contra la puerta abierta, tratando de cerrarla. Era pesada y parecía moverse con una lentitud agonizante. A su espalda, Sophie gritaba, impotente, una y otra vez; Agatha permanecía terriblemente silenciosa. Con un jadeo entrecortado, Tessa empujó la puerta una vez más...

Y tuvo que echar las manos atrás cuando arrancaron la puerta, descerrajada de las bisagras como un puñado de malas hierbas arrancadas del suelo. Cayó hacia atrás mientras el autómata que había destrozado la puerta la tiraba a un lado y se impulsaba hacia adelante, con los pies de metal resonando sobre la piedra mientras cruzaba el umbral, seguido de uno tras otro de sus hermanos metálicos, al menos una docena, que avanzaban hacia Tessa con los brazos estirados.

Cuando Will y Jem llegaron a la mansión de Highgate, la luna había comenzado a alzarse. Highgate se hallaba sobre una colina en la parte norte de Londres, y poseía una excelente vista de la ciudad a sus pies, blanquecina bajo la luz de la luna, que convertía la niebla y el humo del carbón en una nube plateada sobre la ciudad.

«Una ciudad de ensueño —pensó Will—, flotando en el aire».

Unos retazos de poesía se aferraban a las orillas de su mente, algo sobre la terrible maravilla de Londres, pero tenía los nervios en punta con la tensión de la inminente batalla, y no pudo recordar las palabras.

La casa era una gran mansión georgiana que se hallaba en medio de un gran jardín. Un alto muro de ladrillo la rodeaba, y desde la calle, sólo permitía ver el tejado inclinado en lo alto. Un escalofrío recorrió a Will mientras se acercaban, pero no se sorprendió de sentirlo en Highgate. Estaba cerca de lo que los londinenses llamaban el Bosque de la Cantera de Grava, en el borde de la ciudad, donde miles de cadáveres habían sido arrojados durante la Gran Plaga. A falta de un entierro digno, sus furiosas sombras aún rondaban el vecindario, y Will había sido enviado allí más de una vez, a causa de las actividades de esos espíritus.

Una verja de metal negro en el muro de la mansión mantenía alejados a los intrusos, pero la runa de Apertura de Jem pudo en seguida con el candado. Tras dejar el carruaje justo después de cruzar la verja, los dos cazadores de sombras se encontraron en un curvado camino de entrada que llevaba hasta la fachada de la casa. El camino estaba lleno de maleza, y los jardines se extendían a ambos lados, punteados por cobertizos derruidos y los tocones ennegrecidos de árboles talados.

Jem se volvió hacia Will con ojos febriles.

—¿Vamos allá?

Will sacó un cuchillo serafín del cinturón.

—Israfiel —susurró, y el arma comenzó a brillar como la horquilla de un rayo contenido. Los cuchillos serafín resplandecían tanto que Will siempre esperaba que desprendieran calor, pero las hojas eran frías al tacto como el hielo. Recordó a Tessa diciéndole que el Infierno podía ser frío, y tuvo que contener el extraño impulso de sonreír. Habían estado corriendo para salvarse, ella debería de haber estado aterrorizada, y sin embargo le habló del Infierno con un preciso acento americano.

—Sí —le contestó a Jem—. Es el momento.

Ascendieron los escalones delanteros y probaron a abrir la puerta. Aunque Will se había esperado encontrarla cerrada, estaba abierta, y ambas jambas cedieron bajo su mano con un crujido atronador. Jem y él se colaron en la casa, iluminados por la luz de los cuchillos serafín.

Se encontraban en un gran recibidor. Las ventanas de arco a su espalda debieron de haber sido magníficas en un pasado. En ese momento alternaban los vidrios enteros con los rotos. Entre la telaraña de grietas en el cristal, se vislumbraba el parque descuidado y cubierto de maleza. El suelo de mármol estaba rajado y roto, y las malas hierbas crecían en él igual que lo hacían entre las piedras del camino de entrada. Ante Will y Jem, una gran escalera curva ascendía hacia un oscuro piso.

—No puede estar bien —susurró Jem—. Es como si nadie hubiera estado aquí en los últimos cincuenta años.

Casi ni había acabado la frase cuando se oyó un ruido en el aire nocturno, un sonido que le puso los pelos de punta a Will e hizo que sus Marcas de los hombros ardieran. Era un cántico, pero no un cántico agradable. Era una voz capaz de proferir notas que ninguna voz humana podía alcanzar. En lo alto, la araña de lágrimas vibró como un vaso de vino preparado para vibrar al tocarlo con un dedo.

—Hay alguien aquí —murmuró Will. Sin mediar palabra, Jem y él se pusieron espalda contra espalda. Jem de cara a la puerta abierta; Will hacia la gran escalera.

Algo apareció en lo alto de la escalera. Al principio, Will sólo vio una alternancia de blanco y negro, una sombra que se movía. Mientras bajaba, el cántico fue cobrando volumen, y el vello de la nuca se le tensó aún más a Will. El sudor le humedeció el cabello en las sienes y le bajó por la espalda, a pesar del aire frío.

Se hallaba a mitad de la escalera cuando la reconoció: la señora Oscuro, con su largo y huesudo cuerpo enfundado en un hábito de monja, una túnica oscura y sin forma que le caía desde el cuello hasta los pies. Un farol sin luz le colgaba de una mano con garras. Estaba sola, pero no del todo, se dio cuenta Will cuando se paró en el rellano, porque lo que le colgaba de la mano no era un farol en absoluto. Era la cabeza cortada de su hermana.

—Por el Ángel —susurró Will—. Jem, mira.

Jem se fijó en ello y maldijo entre dientes. La cabeza de la señora Negro colgaba de una trenza de pelo gris que la señora Oscuro aferraba como si fuera un artefacto muy valioso. Los ojos de la cabeza estaban abiertos, y eran perfectamente blancos, como huevos duros. La boca también estaba abierta y

una línea de sangre seca negra le marcaba una de las comisuras de los labios.

La señora Oscuro dejó de canturrear y soltó una risita, como una escolar.

—Sois unos chicos malos —exclamó—, colándoos así en mi casa. Traviosos cazadores de sombras.

—Pensaba —susurró Jem— que la otra hermana estaba viva.

—Quizá ésta la volviera a traer a la vida y luego le volviera a cortar la cabeza —masculló Will—. No, no creo, parece mucho trabajo para nada, claro que...

—¡Nefilim asesino! —rugió la señora Oscuro mirando a Will—. No te contentas con haber matado una vez a mi hermana, ¿verdad? Tenías que volver y tratar de impedirme que le dé una segunda vida. ¿Sabes..., tienes la más mínima idea de lo que es estar totalmente sola?

—Más de lo que te puedas imaginar —contestó Will con tensión, y vio que Jem lo miraba de reojo, sorprendido.

«Soy un estúpido —pensó Will—. No debería decir cosas así».

La señora Oscuro se balanceó sin moverse del sitio.

—Eres mortal. Tú estás solo durante un momento, un solo suspiro del universo. Yo permaneceré sola eternamente. —Apretó la cabeza contra su pecho, con fuerza—. Pero ¿a ti qué te importa? Sin duda hay criaturas más oscuras en Londres que requieren con más urgencia la atención de los cazadores de sombras que mis tristes intentos de traer de vuelta a Amelia.

Will miró a Jem. Este se encogió de hombros. Era evidente que estaba tan confuso como él.

—Es cierto que la nigromancia es contraria a la Ley —dijo Jem—, pero también lo es unir energías demoníacas. Y eso sí que requiere nuestra atención, y con mucha urgencia.

La señora Oscuro se los quedó mirando.

—¿Unir energías demoníacas?

—No le servirá de nada fingir. Conocemos perfectamente sus planes —repuso Will—. Sabemos lo de los autómatas, el hechizo de sujeción, su servicio al Magíster, a quien el resto de nuestro Enclave está, en estos momentos, persiguiendo hasta su escondite. Al final de la noche, habrá sido borrado totalmente de la faz de la tierra. No hay nadie a quien se pueda recurrir, ningún lugar donde esconderse.

Al oír eso, la señora Oscuro palideció notablemente.

—¿El Magíster? —susurró—. ¿Habéis encontrado al Magíster? Pero ¿cómo...?

—Es cierto —dijo Will—. De Quincey se nos ha escapado una vez, pero no saldrá de ésta. Sabemos dónde está, y...

Sus palabras fueron silenciadas... por la risa. La señora Oscuro estaba doblada sobre la barandilla de la escalera, aullando de alborozo. Will y Jem la miraron confusos mientras se incorporaba. Negruzcas lágrimas de risa le marcaban el rostro.

—¡De Quincey, el Magíster! —gritó—. ¡Ese presumido vampiro de poca monta! ¡Oh, menuda broma! ¡Estúpidos, sois unos pequeños estúpidos!

## TREINTA MONEDAS DE PLATA

Borra su nombre, entonces; cuenta una alma perdida más,  
una tarea más negada, un camino más sin pisar,  
un triunfo más del diablo y una pena más para los ángeles,  
una injusticia más al hombre, y ¡un insulto más a Dios!

ROBERT BROWNING, *El líder perdido*

Tessa se apartó de la puerta trastabillando. A su espalda, Sophie seguía paralizada, arrodillada junto a Agatha, presionando con las manos el pecho de la anciana. La sangre empapaba el triste vendaje con el que le tapaba la herida; Agatha había palidecido de un modo horrible y emitía una especie de silbido grave. Cuando vio a los autómatas, abrió mucho los ojos y trató de apartar de su lado a Sophie con las manos ensangrentadas, pero Sophie, aun gritando, se aferró con tenacidad a la anciana y se negó a moverse.

—¡Sophie! —Se oyó un repiqueteo de pasos en la escalera, y Thomas apareció en el vestíbulo, con el rostro muy blanco. En la mano aferraba la enorme espada con que Tessa lo había visto antes. Con él iba Jessamine, sombrilla en mano. Detrás de ellos se hallaba Nathaniel, que parecía absolutamente aterrorizado—. ¿Qué demonios...?

Thomas se interrumpió y recorrió con la vista el vestíbulo. Los autómatas se habían detenido. Se hallaban en fila justo dentro del umbral, como marionetas inmóviles a las que ya no tiraran de las cuerdas. Sus rostros inexpresivos miraban directamente al frente.

—¡Agatha! —La voz de Sophie se alzó en un aullido. La anciana estaba quieta, con los ojos abiertos y desenfocados. Las manos le colgaban sin fuerza a los costados.

Aunque la piel le cosquilleó al dar la espalda a las máquinas, Tessa se agachó y le puso la mano en el hombro a Sophie. La otra joven se la sacudió de encima; soltaba pequeños gemidos, como un perro apaleado. Tessa volvió la cabeza para mirar a los autómatas. Seguían tan inmóviles como piezas de ajedrez, pero ¿cuánto duraría aquello?

—¡Sophie, por favor!

Nate jadeaba, con los ojos fijos en la puerta y el rostro más blanco que la tiza. Parecía que únicamente pensara en salir corriendo. Jessamine lo miró una vez, una mirada entre la sorpresa y el desdén, antes de hablarle a Thomas.

—Haz que se levante —le pidió—. A ti te hará caso.

Después de mirar con sorpresa a Jessamine, Thomas se agachó y, con suavidad y firmeza, apartó las manos de Sophie de Agatha y la puso en pie. Ella se aferró a él. Tenía las manos y los brazos tan cubiertos de sangre como si acabara de regresar del matadero, y su delantal estaba roto por la mitad y lleno de huellas de manos ensangrentadas.

—Señorita Lovelace —dijo Thomas en voz baja, mientras mantenía a Sophie contra él con la mano que no sujetaba la espada—, lleve a Sophie y a la señorita Gray al Santuario...

—No —dijo una voz lenta a la espalda de Tessa—. Creo que no. O mejor, sí, llévase a la chica y

vayase a donde quiera con ella. Pero la señorita Gray se quedará aquí. Igual que su hermano.

La voz le resultaba conocida, terriblemente conocida. Muy lentamente, Tessa se fue volviendo.

Entre las inmóviles máquinas, como si hubiera aparecido allí por acto de magia, se hallaba un hombre. Con el aspecto tan común y corriente como Tessa había pensado que tenía un rato antes, aunque ya no llevaba sombrero y su canosa cabeza estaba descubierta bajo la luz mágica.

Mortmain.

Sonreía, pero no como había sonreído antes, con una afable simpatía. En ese momento su sonrisa resultaba casi tan repugnante como su júbilo.

—Nathaniel Gray —dijo—. Excelente trabajo. Admito que mi fe en ti había flaqueado, sí, pero te has redimido de un modo admirable de tus errores. Estoy orgulloso de ti.

Tessa se volvió rápidamente para mirar a su hermano, pero Nate parecía haber olvidado que ella estaba en la habitación y actuaba como si no hubiera nadie más allí salvo Mortmain, a quien miraba con la más rara de las expresiones en el rostro, una mezcla de miedo y adoración. Avanzó hacia él, apartando a Tessa; ella trató de retenerlo, pero él le apartó la mano con un gesto de incordio. Finalmente se plantó delante de Mortmain.

Con un grito, cayó de rodillas y unió las manos ante él, como si estuviera rezando.

—Mi único deseo siempre ha sido servirlos, Magíster —dijo.

La señora Oscuro seguía riendo.

—Pero ¿qué es lo que pasa aquí? —exclamó Jem desconcertado, alzando la voz para hacerse oír entre las carcajadas de la mujer—. ¿Qué significa eso?

A pesar de su aspecto desastrado, la señora Oscuro consiguió ofrecer un aire triunfal.

—De Quincey no es el Magíster —dijo burlona—. Sólo es un estúpido chupasangre, no mucho mejor que los otros. Que os haya engañado con tanta facilidad prueba que no tenéis ni idea de quién es el Magíster, ni de a qué os enfrentáis. Estáis muertos, pequeños cazadores. Sois pequeños muertos andantes.

Eso fue demasiado para el genio de Will. Con un gruñido, se lanzó hacia la escalera con el cuchillo serafín en ristre. Jem le gritó que parara, pero era demasiado tarde. La señora Oscuro, mostrando los dientes como una siseante cobra, le lanzó la cabeza cortada de su hermana. Con un grito de asco, él la esquivó, y ella aprovechó eso para bajar los escalones a la carga, rebasar a Will y pasar por la puerta de arco del lado oeste del vestíbulo, hacia las sombras de más allá.

Mientras tanto, la cabeza de la señora Negro rebotó por los escalones y se detuvo suavemente junto a la bota de Will. Él miró hacia abajo e hizo un gesto de asco. Uno de sus párpados se había cerrado, y la lengua le colgaba, gris y correosa, de la boca, como si se estuviera burlando de todo el mundo.

—Voy a vomitar —anunció Will.

—No hay tiempo para eso —dijo Jem—. Vamos...

Y cruzó la puerta corriendo tras la señora Oscuro. Will apartó la cabeza cortada de la bruja con la bota, y siguió a su amigo.

—¿Magíster? —repitió Tessa anonadada. «Pero eso es imposible. De Quincey es el Magíster. Esas

criaturas del puente dijeron que lo servían a él. Nate dijo...». Miró a su hermano—. ¿Nate?

Alzar la voz fue un error. Mortmain la miró y sonrió de medio lado.

—Coged a la cambiante —les dijo a las criaturas mecánicas—. ¡Que no escape!

—¡Nate! —gritó Tessa, pero su hermano sólo volvió la cabeza para mirarla, mientras las criaturas, devueltas a la vida, avanzaban, chirriando y chasqueando, hacia ella. Uno de aquellos monstruos la atrapó, y sus brazos de metal fueron como una tenaza que le rodeó el pecho, dejándola casi sin aliento.

Mortmain sonrió satisfecho.

—No sea demasiado dura con su hermano, señorita Gray. Lo cierto es que es más listo de lo que yo me pensaba. Fue idea suya alejar de aquí a Carstairs y a Herondale con un cuento, para que yo pudiera entrar sin molestias.

—¿De qué va todo esto? —A Jessamine le tembló la voz mientras miraba a Nate, a Tessa, a Mortmain y otra vez a Nate—. No lo entiendo. ¿Quién es éste, Nate? ¿Por qué te arrodillas ante él?

—Es el Magíster —contestó Nate—. Y si fueras lista, tú también te arrodillarías a sus pies.

Jessamine parecía no creérselo.

—¿Éste es De Quincey?

Los ojos de Nate destellaron.

—De Quincey es un simple peón, un siervo. Él responde ante el Magíster. Pocos conocen la verdadera identidad del Magíster. Yo soy uno de los elegidos. El favorecido.

Jessamine hizo un ruido grosero.

—Elegido para arrodillarte en el suelo, ¿es eso?

Nate se levantó con los ojos brillantes. Le gritó algo a Jessamine, pero Tessa no pudo oírlo. El maniquí de metal la cogía con tal fuerza que casi no podía respirar, y comenzaba a ver puntos negros flotando ante sus ojos. Era vagamente consciente de que Mortmain estaba gritando a la criatura que no la cogiera tan fuerte, pero el autómatas no obedecía. Arañó los brazos de metal, pero sus dedos cada vez tenían menos fuerza. En ese momento notó ligeramente que algo se agitaba en su cuello, como si tuviera un pájaro o una mariposa bajo el vestido. La cadena de su colgante estaba vibrando y dando tirones. Tessa consiguió mirar hacia abajo y, pese a la visión borrosa, descubrió sorprendida que el pequeño ángel metálico había salido de debajo del vestido; voló hacia arriba, alzando la cadena por encima de la cabeza de Tessa. Los ojos del ángel parecían relucir mientras se elevaba. Por primera vez, sus alas metálicas estaban extendidas, y Tessa vio que ambas estaban bordeadas con algo que brillaba y era afilado como una cuchilla. Mientras lo contemplaba con asombro, el ángel se lanzó como una avispa e hizo un corte con el filo de sus alas en la cabeza de la criatura que la retenía, lanzando una lluvia de chispas rojas.

La chispas cayeron sobre el cuello de Tessa como un reguero de ascuas encendidas, pero ella casi ni lo notó; los brazos de la criatura se aflojaron, y Tessa pudo soltarse mientras el autómatas daba vueltas y se tambaleaba, sacudiendo los brazos ciegamente ante sí. Tessa no pudo evitar que le recordara el dibujo que había visto de un caballero espantando a las abejas en una fiesta en el jardín. Mortmain, que se dio cuenta un segundo demasiado tarde de lo que estaba pasando, gritó, y las demás criaturas comenzaron a moverse y se dirigieron a atrapar a Tessa. Ésta miró alrededor con desesperación, pero ya no alcanzaba a ver al minúsculo ángel. Parecía haber desaparecido.

—¡Tessa! ¡Apártate! —Una pequeña mano gélida la cogió por la muñeca. Era Jessamine, que la empujó hacia atrás, mientras Thomas, que había soltado a Sophie, se lanzaba hacia adelante. Jessamine puso a Tessa tras ella, encarada hacia la escalera en el fondo del vestíbulo, y avanzó haciendo girar la



sombrilla, con una expresión de determinación. Thomas dio el primer golpe. Con una fuerte estocada, con la espada atravesó el pecho de una de las criaturas, que avanzaba hacia él con los brazos extendidos. El hombre mecánico se tambaleó hacia atrás, chirriando mucho mientras le saltaban chispas rojas del pecho, como si fuera sangre. Jessamine rió al verlo y empezó a mover la sombrilla de un lado a otro entre los autómatas. El borde afilado cortó las piernas a dos de las criaturas, que cayeron hacia adelante y se agitaron sobre el suelo como peces fuera del agua.

Mortmain parecía molesto.

—Oh, ya está bien. Tú... —Chasqueó los dedos, señalando a un autómata, uno que tenía una especie de tubo de metal soldado a la muñeca derecha—. Acaba con ella. La cazadora de sombras.

La criatura alzó el brazo a sacudidas. Un rayo de fuego rojo salió disparado del tubo de metal. Dio a Jessamine en el centro del pecho, tirándola hacia atrás. La sombrilla se le escapó de las manos al golpearse contra el suelo. Su cuerpo empezó a convulsionarse, con los ojos abiertos y vidriosos.

Nathaniel, que se había situado junto a Mortmain un poco apartado del ataque, rió.

Un odio abrasador recorrió como un rayo a Tessa, que se asustó ante su intensidad. Quería tirarse sobre Nate y arañarle las mejillas, darle patadas hasta que gritara. No haría falta mucho, de eso no tenía ninguna duda. Siempre había sido un cobarde ante el dolor. Trató de avanzar, pero las criaturas, después de encargarse de Jessamine, se habían vuelto hacia ella. Thomas, con el pelo pegado a la cara por el sudor y con un largo rasguño sangriento sobre el pecho, se interpuso en su camino. Estaba repartiendo mandobles con la espada, con grandes movimientos circulares. Era difícil creer que no estuviera haciendo trizas a las criaturas, pero éstas habían demostrado ser sorprendentemente hábiles. Esquivando la espada, seguían avanzando, con los ojos fijos en Tessa. Thomas se volvió para mirarla.

—¡Señorita Gray! ¡Ahora! ¡Llévese a Sophie!

Tessa vaciló. No quería escapar. Quería resistir. Pero Sophie estaba acurrucada tras ella, paralizada, con una mirada de absoluto terror.

—¡Sophie! —gritó Thomas, y Tessa pudo oír lo que había en su voz, y supo que tenía razón en cuanto a sus sentimientos por Sophie—. ¡Al Santuario! ¡Marchaos!

—¡No! —gritó Mortmain y se volvió hacia el autómata que había atacado a Jessamine. Mientras éste alzaba el brazo, Tessa agarró a Sophie por la muñeca y comenzó a arrastrarla hacia la escalera. Un rayo de fuego rojo golpeó la pared junto a ellas, chamuscando la piedra. Tessa gritó, pero no se detuvo; empujó a Sophie por la escalera de caracol, con el olor del humo y la muerte siguiéndolas mientras corrían.

Will atravesó el arco que separaba el vestíbulo de la habitación contigua, y se detuvo de golpe. Jem ya estaba allí, mirando a su alrededor asombrado. Aunque no había más salidas que el arco por donde habían entrado, la señora Oscuro ya no se encontraba allí.

Pero la sala no estaba en absoluto vacía. Seguramente habría sido un comedor, y grandes retratos colgaban de las paredes, aunque habían sido rasgados y estropeados hasta resultar irreconocibles. Una gran araña de cristal colgaba del techo, llena de grandes telarañas que se agitaban en el aire estancado como viejas cortinas de encaje. Probablemente antes colgaba sobre una gran mesa. Pero ahora se hallaba sobre un suelo de mármol en el que se habían pintado toda una serie de signos nigrománticos: una estrella de cinco puntas dentro de un círculo trazado en el interior de un cuadrado. En el centro del pentagrama se hallaba una repulsiva estatua de piedra, la figura de algún demonio horripilante, con

miembros retorcidos, garras y unos cuernos en la cabeza.

Por toda la sala había restos esparcidos de elementos de magia negra: huesos, plumas y tiras de piel, y charcos de sangre que parecía burbujear como champán negro. Había jaulas vacías a los lados, y una mesa baja sobre la que se encontraba un conjunto de cuchillos ensangrentados y cuencos de piedra llenos de oscuros líquidos desagradables.

En todos los espacios entre las cinco puntas del pentagrama había runas y garabatos que hicieron que a Will le dolieran los ojos con sólo mirarlos. Era lo opuesto a las runas del Libro Gris, que parecía hablar de gloria y paz. Aquéllos eran símbolos nigrománticos que hablaban de destrucción y muerte.

—Jem —dijo Will—, éstas no son las preparaciones para un hechizo de sujeción. Esto es pura necromancia.

—Estaba tratando de devolverle la vida a su hermana, ¿no es eso lo que nos ha dicho?

—Sí, pero estaba haciendo algo más. —Una terrible sospecha comenzó a forjarse en la mente de Will—. Y no estaba teniendo éxito. No estoy seguro de si aquí hay algo que constituya una amenaza para nosotros.

Jem no contestó; parecía tener la atención fija en algo al otro lado de la sala.

—Allí hay un gato —dijo en un susurro, señalando—. En una de esas jaulas.

Will miró hacia donde señalaba su amigo. Lo vio; un gato con el pelo erizado se agazapaba en una de las jaulas que había junto a la pared.

—¿Y? —preguntó Will.

—Está vivo.

—Es un gato, James. Tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos...

Pero Jem ya iba hacia allí. Llegó a la jaula, la cogió y la alzó a la altura de sus ojos. El gato parecía ser un persa gris, con un rostro plano y ojos amarillos que miraban a Jem con malevolencia. De repente, se echó hacia atrás y bufó fuerte, con los ojos fijos en el pentagrama. Jem miró hacia allí y se quedó pasmado.

—Will —dijo en un tono de alerta—. Mira.

La estatua que había en el centro del pentagrama se había movido. En vez de seguir agazapada, se había incorporado hasta quedar recta. Los ojos le brillaban con un resplandor sulfúrico. Tan sólo cuando sus tres bocas sonrieron Will se dio cuenta de que no era de piedra, sino una criatura con una piel gris y dura como la piedra. Un demonio.

Will se echó hacia atrás y lanzó Israfel de forma instintiva, sin pensar que eso fuera a servir de mucho. Y así fue. Al acercarse al pentagrama, la hoja rebotó en un muro invisible y cayó ruidosamente sobre el suelo de mármol. El demonio del pentagrama rió burlándose.

—¿Me atacas aquí? —preguntó con una voz aguda y fina—. ¡Podrías lanzar a las huestes del Cielo contra mí y no te serviría de nada! ¡Ningún poder angélico puede atravesar este círculo!

—Señora Oscuro —dijo Will entre dientes.

—Ahora sí que me reconoces, ¿eh? Nadie dijo nunca que los cazadores de sombras fueran muy listos. —El demonio abrió las verdosas fauces—. Ésta es mi auténtica forma. Una fea sorpresa para ti, supongo.

—En mi humilde opinión, ha sido para mejor —replicó Will—. Antes no es que fueras gran cosa, y al menos los cuernos resultan espectaculares.

—Así pues, ¿qué eres? —preguntó Jem, mientras dejaba la jaula, con el gato aún dentro, en el suelo—. Pensaba que tu hermana y tú erais brujas.

—Mi hermana era una bruja —siseó la criatura—. Yo soy un demonio de pura sangre, Eidolon. Un cambiante. Como vuestra preciosa Tessa. Pero a diferencia de ella, no puedo convertirme en lo que me transformo. No puedo tocar la mente de los vivos o de los muertos. De ahí que el Magíster no me quisiera. —Su voz reflejó que eso la había herido—. Me reclutó para entrenarla. Su preciosa protegida. A mi hermana también. Conocemos las maneras del Cambio. Pudimos forzarlo en ella. Pero ella nunca nos lo agradeció.

—Sin duda eso te habrá dolido —repuso Jem con su voz más relajada. Will abrió la boca, pero al ver la mirada de advertencia de Jem, la volvió a cerrar—. Ver a Tessa conseguir lo que tú querías y que no lo valorara.

—Ella nunca lo ha entendido. El honor que se le hacía. La gloria que hubiera podido alcanzar. — Los ojos amarillos ardían de rabia—. Cuando huyó, la ira del Magíster cayó sobre nosotras. Le habíamos decepcionado. Puso precio a nuestras cabezas.

Eso sobresaltó a Jem, o pareció sobresaltarlo.

—¿Quieres decir que De Quincey os quería muertas?

—¿Cuántas veces tengo que decirte que De Quincey no es el Magíster? El Magíster es... —El demonio soltó un rugido—. Intentas engañarme, pequeño cazador, pero tus trucos no servirán de nada.

Jem se encogió de hombros.

—No puedes permanecer en el pentagrama para siempre, señora Oscuro. Finalmente, el resto del Enclave vendrá. Haremos que mueras de hambre. Y entonces serás nuestra, y ya sabes cómo trata la Clave a los que violan la Ley.

La señora Oscuro bufó.

—Quizá me haya abandonado —dijo—, pero aún temo al Magíster más de lo que te temo a ti, o a tu Enclave.

«Más de lo que temo al Enclave». Debería estar asustada, pensó Will. Lo que Jem le había dicho era cierto. Tendría que tener miedo, pero no lo tenía. Por su experiencia, Will sabía que cuando alguien que debía estar asustado no lo estaba, la razón pocas veces tenía que ver con el valor. Normalmente quería decir que sabían algo que él desconocía.

—Ya que no piensas decirnos quién es el Magíster —dijo Will con una voz de acero—, quizá puedas respondernos a una simple pregunta. ¿Es Axel Mortmain el Magíster?

El demonio lanzó un aullido de dolor, luego se llevó las huesudas manos a la boca y finalmente se dejó caer, con ojos ardientes, al suelo.

—El Magíster pensará que he sido yo quien os lo ha dicho. Ahora nunca conseguiré su perdón...

—¿Mortmain? —repitió Jem—. Pero él fue quien nos avisó... Ah. —Se detuvo—. Ya veo. —Se había puesto muy pálido; Will supo que sus pensamientos corrían por el mismo sinuoso camino que habían recorrido los de Will. Probablemente habría llegado allí antes que él, porque Will sospechaba que Jem era más listo que él, pero Jem carecía de la tendencia de Will a suponer siempre lo peor de la gente y partir de ahí—. Mortmain nos mintió sobre las Hermanas Oscuras y el hechizo de sujeción —añadió pensando en voz alta—. Lo cierto es que fue Mortmain quien le puso a Charlotte la idea en la cabeza de que De Quincey era el Magíster. De no haber sido por él, nunca habiéramos sospechado del vampiro. Pero ¿por qué?

—De Quincey es una bestia despreciable —aulló la señora Oscuro, aún agachada en el centro del pentagrama. Parecía haber decidido que ya no serviría de nada ocultar la verdad—. Desobedecía a Mortmain en todo momento, pues anhelaba ocupar su lugar. Tal insubordinación debe ser castigada.

Will y Jem intercambiaron una mirada. Ambos estaban pensando lo mismo.

—Mortmain vio una oportunidad de fomentar las sospechas sobre un rival —dijo Jem—. Por eso eligió a De Quincey.

—Él podría haber escondido esos planos de los autómatas en la biblioteca de De Quincey —continuó Will—. Tampoco es que De Quincey admitiera que eran suyos, y ni siquiera pareció reconocerlos cuando Charlotte se los enseñó. Además, Mortmain podría haber ordenado a esos autómatas del puente que os dijeran que estaban trabajando para el vampiro. Incluso podría haber estampado el sello de De Quincey en el pecho de la chica automática y dejarla en casa de las Hermanas Oscuras para que la encontráramos, y, de ese modo, apartar a su vez las sospechas de sí.

—Pero Mortmain no ha sido el único en señalar a De Quincey —indicó Jem—. Nathaniel Gray Will. El hermano de Tessa. Cuando dos personas dicen la misma mentira...

—Es que trabajan juntos —acabó Will. Por un momento sintió algo parecido a la satisfacción, pero la sensación desapareció en seguida. Nunca le había gustado Nate Gray; había odiado la forma en que Tessa lo trataba, como si su hermano fuera incapaz de hacer nada mal, y se había despreciado a sí mismo por sus celos. Saber que había acertado el carácter de Nate era una cosa, pero ¿a qué precio?

La señora Oscuro rió, con un sonido agudo y gimiente.

—Nate Gray —escupió—. El perrito faldero del Magíster. Vendió a su hermana a Mortmain, ¿sabéis? Y lo hizo sólo por un vulgar puñado de plata. Por unos cuantos halagos a su vanidad. Yo nunca hubiera tratado así a mi hermana. ¡Y luego decís que los demonios somos malvados, y que tenéis que proteger a los humanos de nosotros! —Alzó la voz en una cacareante carcajada.

Will no le prestó atención; su mente trabajaba a toda prisa. Dios santo, toda la historia de Nathaniel sobre De Quincey era sólo un truco, un mentira para enviar a la Clave tras una pista falsa. Entonces, ¿por qué había aparecido Mortmain en el Instituto en cuanto ellos se habían marchado?

«Para librarse de Jem y de mí —pensó Will—. Nate no podía haber sabido que nosotros no iríamos con Charlotte y con Henry. Tuvo que improvisar algo sobre la marcha cuando vio que nos quedábamos. Por eso Mortmain y su engaño».

Nate había estado con Mortmain desde el principio.

«Y ahora Tessa está en el Instituto con él».

Will notó que se le revolvía el estómago. Quería salir corriendo, no parar hasta el Instituto, y golpearle la cabeza a Nathaniel contra la pared. Sólo años de entrenamiento y la preocupación por Henry y por Charlotte lo hicieron seguir donde estaba.

Will se volvió hacia la señora Oscuro.

—¿Cuál es su plan? ¿Qué encontrará el Enclave cuando llegue a Carleton Square? ¿Una muerte segura? ¡Contéstame! —gritó. El miedo hizo que se le quebrara la voz—. O, por el Ángel, que me aseguraré de que la Clave te torture sin piedad antes de matarte. ¿Qué ha planeado para ellos?

Los ojos amarillos de la señora Oscuro destellaron.

—¿Y qué le importa al Magíster? —siseó—. ¿Qué le ha importado siempre? Desprecia a los nefilim, pero ¿es ése su objetivo, es eso?

—¡Tessa! —dijo Jem inmediatamente—. Pero está a salvo en el Instituto, y ni siquiera su maldito ejército mecánico puede entrar allí. Aunque nosotros no estemos...

—Una vez, cuando aún contaba con la confianza del Magíster —explicó la señora Oscuro con una voz adulatoria—, me habló de un plan para invadir el Instituto. Pensaba pintar las manos de sus autómatas con la sangre de un cazador de sombras, lo que le permitiría abrir las puertas.

—¿La sangre de un cazador de sombras? —repitió Will, atónito—. Pero...

—Will. —Jem se había llevado las manos al pecho, allí donde el hombre mecánico le había rasgado la piel la noche en que los atacaron en la escalera del Instituto—. Mi sangre.

Durante un instante, Will permaneció totalmente inmóvil, mirando a su amigo. Luego, sin decir palabra, se volvió y corrió hacia las puertas del comedor; Jem cogió la jaula del gato y lo siguió. Al llegar a la puerta, ésta se cerró de golpe como si la hubieran empujado, y Will tuvo que parar en seco. Se volvió para mirar a Jem, confuso.

Desde el pentagrama, la señora Oscuro se reía a carcajadas.

—Nefilim —soltó entre risas—. Estúpidos, estúpidos nefilim. ¿Dónde está vuestro ángel ahora?

Mientras miraban, enormes llamas aparecieron en las paredes, y comenzaron a lamer las cortinas que cubrían las ventanas y a crecer por los bordes del suelo. Las llamas tenían un extraño color verdiazul, y el olor era espeso y desagradable, olor a demonio. Dentro de la jaula, el gato se estaba volviendo loco; se tiraba contra los barrotes una y otra vez, aullando.

Will sacó un cuchillo serafín del cinturón.

—¡Anael! —dijo. La hoja se iluminó, pero la señora Oscuro siguió riendo.

—Cuando el Magíster vea vuestros cadáveres calcinados —gritó—, ¡me perdonará! Y entonces, ¡volverá a aceptarme de buen grado!

Su risa se elevó cada vez más aguda y horrible. La sala se había oscurecido por el humo. Jem se cubrió la boca con la manga de la camisa.

—Mátala. Mátala y el fuego cesará —le dijo a Will con voz ahogada.

Will, apretando con fuerza el mango de Anael, gruñó.

—¿No crees que lo haría si pudiera? Está en el pentagrama.

—Lo sé. —Jem lo miró con intención—. Will, córtalo.

Al tratarse de Jem, Will supo inmediatamente a qué se refería sin que se lo dijera de un modo explícito. Se volvió rápidamente hacia el pentagrama, alzó el brillante Anael, apuntó y lanzó el cuchillo, pero no hacia el demonio, sino hacia la gruesa cadena que sujetaba la enorme araña. La hoja sesgó la cadena como si fuera papel; se produjo un ruido de desgarró, y el demonio sólo tuvo tiempo de gritar una vez antes de que la enorme lámpara cayera sobre él, un cometa de metal retorcido y vidrio quebrado. Will se cubrió los ojos con el brazo mientras los restos volaban sobre ellos: fragmentos de piedra, añicos de cristal y trozos de metal oxidado. El suelo tembló bajo los pies de Will como si hubiera un terremoto.

Cuando todo se paró, Will abrió los ojos. La araña parecía un inmenso barco hundido, retorcido y destrozado en el fondo del mar. El polvo se alzaba como humo de los restos, y desde una esquina de la pila de vidrio y metal destrozado, un reguero de sangre verdinegra corría por el mármol.

Jem tenía razón. Las llamas habían desaparecido. Jem, que aún sujetaba el asa de la jaula del gato, estaba observando el destrozo. Su cabello, ya de por sí claro, se había blanqueado aún más con el polvo de yeso y tenía las mejillas manchadas de ceniza.

—Bien hecho, William —exclamó.

Will no contestó; no había tiempo para eso. Abrió las puertas, que no se resistieron, y salió corriendo de la habitación.

Tessa y Sophie corrieron por los escalones del Instituto hasta que Sophie jadeó: «Aquí. Ésta es la

puerta»; Tessa la abrió y entraron corriendo al pasillo siguiente. Sophie se soltó de Tessa y se volvió para empujar la puerta tras ellas y cerrar el pasador. Se apoyó en ella por un momento, jadeando, con el rostro empapado en lágrimas.

—La señorita Jessamine —susurró—. ¿Usted cree...?

—No lo sé —contestó Tessa—. Pero ya has oído a Thomas. Debemos llegar al Santuario, Sophie. Es el único lugar donde estaremos a salvo. —«Y Thomas quiere asegurarse de que tú estés a salvo», añadió mentalmente.

Sophie asintió lentamente y se irguió. En silencio guió a Tessa por el laberinto de corredores hasta que llegaron a uno que ésta recordaba de la noche en la que había conocido a Camille. Después de coger una lámpara de uno de los agarres de la pared, Sophie la encendió, y juntas se apresuraron hasta que llegaron a la gran puerta doble de hierro con las dos ees. Sophie se paró en seco delante de la puerta y se llevó la mano a la boca.

—¡La llave! —susurró—. ¡He olvidado la maldita (perdón, señorita) llave!

Tessa sintió que la invadía una rabia de frustración, pero la dejó a un lado. A Sophie acababa de morírsele una amiga en los brazos; no podía culparla por olvidar una llave.

—¿Sabes dónde encontrarla?

Sophie asintió con la cabeza.

—Iré corriendo a buscarla. Usted espéreme aquí, señorita.

Se fue corriendo por el pasillo. Tessa la vio marcharse hasta que la cofia blanca y las mangas se perdieron entre las sombras y la dejaron sola en la oscuridad. La única luz del pasillo era la que se colaba por debajo de las puertas del Santuario. Tessa se apretó contra la pared. Seguía viendo la sangre manando del pecho de Agatha, manchando las manos de Sophie; seguía oyendo el frágil sonido de la risa de Nate mientras Jessamine se derrumbaba...

Lo volvió a oír, tan frágil como el cristal, resonando en la oscuridad a su espalda.

Segura de que lo estaba imaginando, Tessa se volvió, dando la espalda a las puertas del Santuario. Ante ella, en el corredor, donde un momento antes sólo había aire vacío, se hallaba alguien. Alguien con el cabello rubio y una sonrisa dibujada en el rostro. Alguien con un largo y afilado cuchillo en la mano derecha.

Nate.

—Mi Tessie —dijo él—. Eso ha sido verdaderamente impresionante. Nunca habría pensado que tú o la criada pudierais correr tan rápido. —Hizo rodar el cuchillo entre los dedos—. Por desgracia para ti, mi señor me ha dotado de ciertos... poderes. Puedo moverme más de prisa de lo que seas capaz de imaginar. —Le dedicó una sonrisita de suficiencia—. Probablemente mucho más de prisa, a juzgar por lo que tardaste en entender lo que estaba pasando abajo.

—Nate. —A Tessa le temblaba la voz—. Aún no es demasiado tarde. Puedes ponerle fin a esto.

—¿A qué, mi querida Tessie? —Nate la miró a los ojos, por primera vez desde que se había arrodillado ante Mortmain—. Estoy a punto de conseguir un poder increíble y un conocimiento inmenso. Soy el acólito favorito del hombre más poderoso de todo Londres. Sería un estúpido si le pusiera fin a esto, hermanita.

¿Su acólito favorito? ¿Dónde estaba él cuando De Quincey estaba a punto de sacarte la sangre?

—Le había decepcionado —contestó Nate—. Tú le habías decepcionado. Te escapaste de las Hermanas Oscuras, sabiendo lo que me costaría. Tu amor fraternal deja bastante que desear, Tessie.

Dejé que las Hermanas Oscuras me torturaran por ti, Nate. Lo hice todo por ti. Y tú... tú me

dejaste creer que De Quincey era el Magíster. Todo lo que dices que ha hecho De Quincey en realidad ha sido cosa de Mortmain, ¿no es cierto? Él es quien quiso traerme aquí. Él es quien empleó a las Hermanas Oscuras. Toda esa basura sobre De Quincey sólo pretendía alejar al Enclave del Instituto.

Nate volvió a sonreír, satisfecho de sí mismo.

—¿Cómo era eso que la tía Harriet solía decir? Ah, sí, que cuando se es listo demasiado tarde eso no es ser listo.

—¿Y qué encontrará el Enclave en la dirección a la que los has enviado diciéndonos que era allí donde estaba el escondite de De Quincey? ¿Una casa vacía, ruinas? —Comenzó a retroceder hasta que tocó las paredes de hierro con la espalda.

Nate la siguió; sus ojos brillaban tanto como el cuchillo que llevaba en la mano.

—Oh, no, querida, no. Esa parte era verdad. No serviría de nada que el Enclave se diera cuenta demasiado pronto de que se han burlado de ellos, ¿no crees? Era preferible que estuvieran ocupados, y limpiar el escondite de De Quincey los tendrá muy entretenidos. —Se encogió de hombros—. Tú fuiste quien me dio la idea de cargar al vampiro con toda la culpa, ¿sabes? Después de lo que pasó la otra noche, ya era hombre muerto, de todas maneras. Los nefilim le habían echado el ojo, así que ya no le servía de nada al Magíster. Enviar al Enclave para librarse de él..., bueno, es como matar dos pájaros de un tiro, ¿verdad? Mi plan es bastante bueno, ¿no te lo parece?

Estaba vanagloriándose, pensó Tessa con desagrado. Orgulloso de sí mismo. Tenía ganas de escupirle a la cara, pero sabía que debía hacer que siguiera hablando, para tener la oportunidad de pensar la forma de salir de aquella situación.

—Has conseguido engañarnos, de eso no hay duda —dijo, odiándose—. ¿Qué parte de la historia que nos contaste era verdad? ¿Qué parte era mentira?

—Había bastante de verdad, si lo quieres saber. Las mejores mentiras son las que se basan en la verdad, al menos en parte —fanfarroneó—. Vine a Londres pensando que podría chantajear a Mortmain porque sabía de sus actividades con lo oculto. Lo cierto era que a él aquello no podía importarle menos. Él quería verme porque no estaba seguro, ¿sabes? No estaba seguro de si yo era el primer hijo de nuestros padres o el segundo. Pensó que yo podría ser tú. —Sonrió—. Estuvo más contento que unas pascuas cuando comprobó que yo no era el niño al que buscaba. Quería una niña.

—Pero ¿por qué? ¿Qué quiere de mí?

Nate se encogió de hombros.

—No lo sé. Y no me importa. Me dijo que si te hacía venir para él y resultabas ser todo lo que él esperaba que fueras, me convertiría en su discípulo. Cuando escapaste, me entregó a De Quincey como venganza. Pero cuando me trajiste aquí, al corazón de los nefilim, tuve una segunda oportunidad de ofrecerle al Magíster lo que antes había perdido para él.

—¿Tú te pusiste en contacto con él? —Tessa se sintió enferma—. ¿Tú le hiciste saber que estabas aquí? ¿Que estabas dispuesto a traicionarnos? Pero ¡te podrías haber quedado! ¡Hubieras estado a salvo!

—A salvo e impotente. Aquí soy un hombre corriente, débil y despreciable. Pero como discípulo de Mortmain, seré su mano derecha cuando gobierne el Imperio británico.

—Estás loco —replicó Tessa—. Todo esto es ridículo.

—Te aseguro que no lo es. Para el año que viene, Mortmain estará instalado en el palacio de Buckingham. El imperio se inclinará a sus pies.

—Pero tú no estarás a su lado. He visto cómo te mira. No eres su discípulo; eres una herramienta

que está usando. Cuando consiga lo que quiere, te tirará como si fueras basura.

Nate apretó el mango del cuchillo.

—Eso no es cierto.

—Pues claro que lo es —continuó Tessa—. La tía Harriet siempre decía que eras demasiado confiado. Por eso eres un jugador tan malo, Nate. Te mientes tanto a ti mismo que nunca te enteras de cuándo te mienten los demás. La tía Harriet decía...

—La tía Harriet. —Nate rió suavemente—. Qué desgracia que muriera así. —Sonrió malicioso—. ¿No te pareció un poco raro que te enviara una caja de bombones? ¿Algo que yo sabía que tú no ibas a comer, pero que a ella le iba a encantar?

Tessa notó una intensa náusea, como si Nate le estuviera retorciendo el cuchillo en el estómago.

—Nate..., espero que ésta sea una de las mentiras..., tía Harriet te quería.

—No tienes ni idea de lo que soy capaz, Tessie. ¡Ni la más mínima idea! —Hablabla rápidamente, casi con una intensidad febril—. Tú estás convencida de que soy un estúpido. Tu estúpido hermano que necesita que lo protejan del mundo. Al que es tan fácil engañar y tomarle el pelo. Os oía a tía Harriet y a ti hablando de mí. Sé que ninguna de las dos creyó nunca que llegara a hacer algo en la vida, nada por lo que pudierais sentir os orgullosas de mí. Pero ahora lo he hecho. ¡Ahora lo he hecho! —rugió, como si fuera totalmente ignorante de la ironía de sus palabras.

—Lo que has hecho ha sido convertirte en un asesino. ¿De verdad crees que debería sentirme orgullosa de eso? Me avergüenzo de ser de la misma familia que tú.

—¿De la misma familia? Tú no eres humana. Eres alguna cosa. No eres parte de mí. Desde el momento en que Mortmain me dijo lo que eras realmente, fue como si estuvieras muerta para mí. Yo no tengo hermana.

—Entonces, ¿por qué sigues llamándome Tessie? —preguntó Tessa con una voz que casi ni siquiera ella pudo oír.

Él la miró totalmente confuso durante un momento. Y mientras ella devolvía la mirada a su hermano, al hermano que había creído que era todo lo que tenía en el mundo, Tessa no pudo evitar pensar que ningún corazón humano podría resistir una traición así. Algo se movió detrás de Nate, y Tessa se preguntó si sería su imaginación, si quizá estaba a punto de desmayarse.

—No te estaba llamando Tessie —respondió Nate. Parecía perplejo, casi perdido.

Una tristeza insoportable se apoderó de Tessa.

—Eres mi hermano. Siempre serás mi hermano.

Nate entrecerró los ojos. Por un momento, Tessa pensó que quizá él la había oído. Quizá lo haría reflexionar.

—Cuando pertenezcas a Mortmain —dijo él—, estaré unido a él para siempre. Porque soy yo quien ha hecho posible que te tenga.

A Tessa se le cayó el corazón a los pies. Algo volvió a agitarse tras Nate, una alteración de las sombras. Era real, pensó Tessa, no un producto de su imaginación. Había algo detrás de Nate. Algo que se acercaba hacia ambos. Tessa abrió la boca y la volvió a cerrar. Sophie, pensó. Esperaba que la chica tuviera suficiente sentido común como para salir corriendo antes de que Nate se lanzase a por ella con el cuchillo.

—Vamos —le dijo Nate a Tessa—. No hay razón para montar tanto alboroto. El Magíster no te hará ningún daño...

—No puedes estar seguro de eso —repuso Tessa. La silueta tras Nate estaba casi encima de él.



Tenía algo blanquecino y brillante en la mano. Tessa se esforzó por mantener la mirada en el rostro de Nate.

—Estoy seguro. —Nate parecía impaciente—. No soy estúpido, Tessa...

La silueta se lanzó rápidamente. El objeto blanquecino y brillante se alzó por encima de la cabeza de Nate y descendió hasta golpearlo con fuerza. Nate se movió hacia adelante y se derrumbó en el suelo. El cuchillo se le cayó de la mano mientras su cuerpo caía con fuerza sobre la alfombra, se quedaba inmóvil, y la sangre manchaba su claro cabello rubio.

Tessa alzó la mirada. Entre las tinieblas pudo ver a Jessamine de pie junto a Nate, con una expresión de furia en el rostro. Aún tenía en la mano los restos de una lámpara rota.

—Quizá no seas estúpido. —Jessamine meneó el cuerpo de Nate con un desdeñoso pie—. Pero tampoco ha sido tu momento más brillante.

Tessa se la quedó mirando.

—¡Jessamine!

Jessamine alzó los ojos. El cuello de su vestido estaba roto, el cabello se le había soltado de los pasadores y le estaba saliendo un morado púrpura en la mejilla derecha. Se deshizo de la lámpara, que no le dio de nuevo en la cabeza a Nate por unos centímetros.

—No me encuentro mal del todo, si es por eso que se te salen los ojos de las órbitas. Al fin y al cabo, no era a mí a quien querían.

—¡Señorita Gray! ¡Señorita Lovelace! —Era Sophie, que jadeaba de correr arriba y abajo por la escalera. En una mano llevaba la llave de hierro del Santuario. Miró a Nate mientras llegaba al final del pasillo y abrió la boca, sorprendida—. ¿Está bien?

—¡Oh! ¿A quién le importa eso? —replicó Jessamine, y se agachó para recoger el cuchillo que Nate había dejado caer—. ¡Después de todas las mentiras que nos ha contado! ¡Incluso a mí! Y yo que pensé... —Sus mejillas se tiñeron de un rojo oscuro—. En fin, ya no importa. —Se irguió y miró a Sophie alzando la barbilla—. Bueno, no te quedes ahí mirando, Sophie, déjanos entrar en el Santuario antes de que Dios sabe qué venga en nuestra busca y trate de matarnos.

Will salió a toda velocidad de la mansión por la escalera de entrada mientras Jem le pisaba los talones. El jardín que se extendía ante ellos resultaba inhóspito a la luz de la luna; el carruaje seguía donde lo habían dejado, en el centro del camino. Jem se sintió aliviado al ver que los caballos no se habían asustado a pesar del ruido, aunque supuso que *Balios* y *Xanthos*, al pertenecer a los cazadores de sombras, habían visto cosas mucho peores.

—Will. —Jem se detuvo junto a su amigo, tratando de disimular que necesitaba recobrar el aliento—. Debemos regresar al Instituto lo antes posible.

—No vas a conseguir que te lleve la contraria en eso.

Will miró fijamente a Jem; Jem se preguntó si tenía el rostro tan arrebolado y parecía tan febril como se sentía. Los efectos de la droga, de la que había tomado una buena cantidad antes de salir del Instituto, se estaban desvaneciendo más rápido de lo que deberían; en otro momento, darse cuenta de eso lo hubiera inquietado; en aquel momento, no quiso pensar en ello.

—¿Crees que Mortmain esperaba que matásemos a la señora Oscuro? —preguntó, no tanto porque pensara que aquella pregunta fuera urgente como porque necesitaba unos instantes para recuperar el aliento antes de subir al carruaje.

Will tenía la chaqueta abierta y rebuscaba en un bolsillo.

—Supongo que sí —contestó, sin prestar demasiada atención—, o quizá esperara que todos acabáramos muertos, lo que habría sido ideal para él. Es evidente que quiere que De Quincey muera y ha decidido emplear a los nefilim como su propia banda de asesinos profesionales. —Will sacó una navaja del bolsillo interior y la miró con satisfacción—. Un caballo es mucho más rápido que un carruaje.

Jem agarró con más fuerza la jaula que sujetaba. El gato gris, detrás de los barrotes, estaba mirando alrededor con interesados ojos amarillos.

—Por favor, Will, dime que no vas a hacer lo que creo que vas a hacer.

Will abrió la navaja y corrió hacia el camino de entrada.

—No hay tiempo que perder, James. Y Xanthos puede llevar el carruaje perfectamente solo, si sólo viajas tú en su interior.

Jem fue tras él, pero la pesada jaula, y su propio agotamiento febril, le impidieron ir más de prisa.

—¿Qué vas a hacer con esa navaja? No irás a matar a los caballos, ¿verdad?

—Pues claro que no. —Will alzó la navaja y comenzó a cortar el arnés que sujetaba a *Balios*, su favorito, al carruaje.

—Ah —exclamó Jem—. Ya veo. Montarás en ese caballo como Dick Turpin y me dejarás aquí. ¿Te has vuelto loco?

—Alguien tiene que cuidar del gato. —La cincha y las riendas cayeron al suelo, y Will saltó sobre el lomo de *Balios*.

—Pero... —Realmente alarmado, Jem dejó la jaula en el suelo—. Will, no puedes...

Era demasiado tarde. Will clavó los talones en los costados del caballo. *Balios* se encabritó y relinchó; Will se agarró resuelto, y Jem hubiera jurado que estaba sonriendo. Entonces, el caballo dio la vuelta y salió a todo galope hacia la verja. En un instante, caballo y jinete se perdieron de vista.

## 19

### BOADICEA

Sellado está que sería mía desde su primer dulce aliento.

Mía, mía por derecho, desde nacer hasta morir.

Mía, mía; nuestros padres así lo habían jurado.

LORD ALFRED TENNYSON, *Maud*

Cuando las puertas del Santuario se cerraron tras ellas, Tessa miró alrededor por toda la estancia. La sala estaba más oscura que el día de la reunión con Camille. No ardían velas en los grandes candelabros, sólo una luz mágica parpadeaba desde los agarres de las paredes. La estatua del ángel seguía llorando lágrimas infinitas sobre la fuente. El aire helaba los huesos, y Tessa sintió un escalofrío.

Sophie, después de guardarse la llave en el bolsillo, parecía tan nerviosa como la propia Tessa.

—Bueno, aquí estamos —dijo—. Hace un frío espantoso.

—No creo que estemos aquí mucho rato —repuso Jessamine. Aún sujetaba el cuchillo de Nate, que le brillaba en la mano—. Alguien volverá a rescatarnos. Will o Charlotte...

—Y se encontrarán el Instituto lleno de monstruos mecánicos —le recordó Tessa—. ¡Ah!, y a Mortmain. —Se estremeció—. No estoy segura de que sea tan simple como lo dices.

Jessamine miró a Tessa con ojos fríos.

—Bueno, no hace falta que lo digas como si fuera culpa mía. De no ser por ti, no estaríamos metidos en este lío.

Sophie se había colocado entre las enormes columnas, y parecía muy pequeña. Su voz resonó en los muros de piedra.

—Eso no ha sido muy amable por su parte, señorita.

Jessamine se sentó en el borde de la fuente, luego volvió a ponerse en pie, con el ceño fruncido. Se frotó el vestido, que se le había humedecido, con un ademán de exasperación.

—Quizá no, pero es cierto. La única razón por la que el Magíster está aquí es por Tessa.

—Le dije a Charlotte que todo esto era culpa mía —dijo Tessa en voz baja—. Le dije que me echara, pero no quiso.

Jessamine sacudió la cabeza.

—Charlotte tiene el corazón muy tierno, y Henry también. Y Will... Will se cree que es Galahad. Se ha propuesto salvar a todo el mundo. Jem también. Ninguno de ellos es práctico...

—Supongo que si tú hubieras tenido que tomar la decisión... —comenzó Tessa.

—Habrías estado en la calle en un instante con lo puesto —terminó Jessamine, y luego sorbió. Al ver la forma en que Sophie la estaba mirando, añadió—: ¡Venga, por favor! No pongas esa cara, Sophie. Agatha y Thomas seguirían vivos si yo hubiera estado al mando, ¿verdad?

Sophie se quedó aún más pálida; la cicatriz de su mejilla destacaba como una línea de fuego rojo.

—¿Thomas ha muerto?

Jessamine pareció darse cuenta de que había metido la pata.

—No quería decir eso.

Tessa la miró con dureza.

—¿Qué ha pasado, Jessamine? Te hemos visto herida...

—Y bien poco que habéis hecho ninguno al verme así —replicó Jessamine, y se sentó indignada sobre el murete de la fuente, olvidando, al parecer, preocuparse por el estado de su vestido—. Estaba inconsciente... y cuando he despertado, he visto que os habíais ido todos menos Thomas. Mortmain tampoco estaba, pero esas criaturas seguían allí. Uno de ellos ha comenzado a venir hacia mí, así que he buscado mi sombrilla, pero la habían pisoteado hasta destruirla. Thomas estaba rodeado de esas criaturas. He ido hacia él, pero me dijo que saliera corriendo, así que... he corrido. —Alzó la barbilla, desafiante.

Los ojos de Sophie destellaron.

—¿Y lo ha dejado allí? ¿Solo?

Jessamine dejó el cuchillo sobre el murete con un furioso tintineo.

—Soy una dama, Sophie. Se espera que un hombre se sacrifique por la seguridad de una dama.

—¡Eso es pura basura! —Sophie apretaba los puños a los costados—. ¡Es una cazadora de sombras! ¡Y Thomas tan sólo un mundano! Podría haberlo ayudado. No lo ha hecho porque ¡es una... egoísta! ¡Y... y horrible!

Jessamine miró a Sophie boquiabierta.

—¿Cómo te atreves a hablarme...?

Se calló cuando la puerta del Santuario resonó con los fuertes golpes de la aldaba. Aún sonó una segunda vez y luego se oyó una voz conocida, que las llamaba.

—¡Tessa! ¡Sophie! Soy Will.

—¡Oh, gracias a Dios! —exclamó Jessamine, claramente tan aliviada de dejar la conversación con Sophie como de ser rescatada, y corrió hacia la puerta—. ¡Will! ¡Soy Jessamine! ¡También estoy aquí!

—¿Estáis las tres ahí? —Will parecía inquieto de una forma que hizo que Tessa sintiera tensión en el pecho—. ¿Qué ha pasado? He corrido aquí desde Highgate. He encontrado la puerta del Instituto abierta. ¿Cómo en nombre del Ángel ha podido entrar Mortmain?

—De alguna manera ha evitado las guardas —contestó Jessamine con amargura mientras cogía la manilla de la puerta—. No tengo ni idea de cómo.

—Ya no importa. Está muerto. Y las criaturas mecánicas, destruidas.

El tono de Will era reconfortante; entonces, ¿por qué Tessa no se sentía a salvo? Se volvió para mirar a Sophie, que tenía los ojos clavados en la puerta, y una arruga vertical entre los ojos, mientras movía ligeramente los labios como si estuviera susurrando algo para sí. Sophie tenía la Visión, recordó Tessa; Charlotte se lo había comentado en una ocasión. La inquietud de Tessa se incrementó y llegó al máximo.

—¡Jessamine! —gritó—. ¡Jessamine, no abras la puerta!

Pero era demasiado tarde. La puerta ya estaba abierta de par en par. Y allí enfrente se hallaba Mortmain, flanqueado por los monstruos mecánicos.

«Gracias al Ángel por los glamoures», pensó Will. La visión de un muchacho montando a pelo sobre un caballo a todo galope por Farrington Road hubiera sido suficiente para llamar la atención de cualquiera incluso en una metrópolis tan curtida como Londres. Pero mientras Will avanzaba, y el caballo alzaba grandes remolinos de polvo, resoplando y encabritándose por las calles, nadie movió un

pelo o batió un párpado. Pero aunque parecían no verlo, fueron encontrando motivos para apartarse de su camino —unas gafas que se caían, un paso al lado para evitar un charco—, y así no ser arrollados por el caballo.

Había casi ocho kilómetros desde Highgate hasta el Instituto; habían tardado tres cuartos de hora en cubrir esa distancia en el carruaje. Will y *Balios* hicieron el viaje de vuelta en sólo veinte minutos, aunque el caballo estaba jadeando y cubierto de sudor cuando atravesaron la verja del Instituto y llegaron a la escalera de entrada.

Al instante, el corazón se le cayó a Will a los pies. Las puertas estaban abiertas. Abiertas de par en par, como invitando a la noche a entrar. Iba totalmente contra la Ley de la Alianza dejar las puertas del Instituto incluso entreabiertas. No se había equivocado; algo iba muy mal.

Saltó del lomo del caballo, y sus botas resonaron con fuerza sobre los adoquines del patio. Buscó alguna forma de sujetar al animal, pero como le había cortado el arnés, no la encontró y, además, *Balios* parecía tener ganas de morderle. Will se encogió de hombros y se dirigió hacia la escalera.

Jessamine soltó un grito ahogado y saltó hacia atrás mientras Mortmain entraba en la estancia. Sophie gritó y se protegió detrás de una columna. Tessa estaba demasiado impresionada para moverse. Los cuatro autómatas, dos a cada lado de Mortmain, miraban fijo al frente con sus resplandecientes rostros como máscaras de metal.

Detrás de Mortmain se hallaba Nate. Un improvisado vendaje, manchado de sangre, le rodeaba la cabeza. Del borde de su camisa, de la camisa de Jem, habían arrancado una tira. Nate miró a Jessamine con unos ojos cargados de maldad.

—Zorra —rugió, e hizo ademán de lanzarse a por ella.

—Nathaniel. —La voz de Mortmain fue como un látigo—. Éste no es un teatro donde representar tus mezquinas venganzas. Hay algo más que necesito de ti; ya sabes lo que es. Ve a traérmelo.

Nate vaciló. Miraba a Jessamine como un gato con la mirada clavada en un ratón.

—Nathaniel. A la sala de armas. ¡Ya!

Nate se apartó de Jessamine a regañadientes. Por un instante miró a Tessa, y la rabia de su expresión se suavizó en una mueca despectiva. Luego salió de la estancia; dos criaturas mecánicas abandonaron su lugar junto a Mortmain y lo siguieron.

La puerta se cerró tras él, y Mortmain sonrió agradablemente.

—Vosotras dos —dijo mirando a Jessamine y a Sophie—. Salid de aquí.

—No. —La voz era de Sophie, débil pero decidida, aunque, para sorpresa de Tessa, Jessamine tampoco mostraba ninguna inclinación a marcharse—. No sin Tessa.

Mortmain se encogió de hombros.

—Muy bien. —Miró a los autómatas—. Las dos chicas —dijo—. La cazadora de sombras y la criada. Matadlas a las dos.

Chasquéo los dedos, y las criaturas mecánicas comenzaron a moverse. Tenían la grotesca velocidad de ratas correteando. Jessamine trató de correr, pero sólo consiguió dar un par de pasos antes de que uno de ellos la agarrara y la levantara del suelo. Sophie se metió entre las columnas como Blancanieves huyendo por el bosque, pero tampoco le sirvió de nada. La segunda criatura la atrapó en seguida y la tiró al suelo mientras ella gritaba. En contraste, Jessamine estaba totalmente en silencio; la criatura que la sujetaba le había puesto una mano sobre la boca y la otra en la cintura, clavándole los dedos. Ella

daba inútiles patadas al aire, como los pies de un criminal colgado al final de la soga del verdugo.

Tessa oyó que su propia voz le salía de la garganta como si fuera la de un extraño.

—¡Pare! ¡Por favor, pare!

Sophie se había escapado de la criatura que la sujetaba y se arrastraba por el suelo a cuatro patas. El autómata la agarró por el tobillo y la arrastró por el suelo; el delantal se le hizo trizas mientras ella sollozaba.

—¡Por favor! —repitió Tessa, mirando a Mortmain.

—Usted puede pararlo, señorita Gray —dijo él—. Prométame que no se escapará. —Los ojos le ardían al mirarla—. Sólo entonces las dejaré ir.

Los ojos de Jessamine, visibles sobre la mano de metal que le tapaba la boca, rogaron a Tessa. La otra criatura estaba en pie y sujetaba a Sophie, que se sacudía sin fuerza en su mano.

—Me quedaré —dijo Tessa—. Tiene mi palabra. Claro que me quedaré. Pero déjelas ir.

Hubo un largo silencio.

—Ya la habéis oído —dijo Mortmain finalmente a sus monstruos mecánicos—. Sacad a las chicas de esta sala. Llevadlas abajo. No les hagáis daño. —Entonces sonrió, con una sonrisa delgada y astuta—. Dejad a la señorita Gray a solas conmigo.

Will sentía un seco ardor en el fondo de la garganta. Tenía un regusto a metal y a ira en la boca. Pocas veces se lamentaba durante una batalla; guardaba las emociones para luego, al menos aquellas que no había aprendido a enterrar tan hondo que casi ni las sentía. Había estado enterrándolas desde los doce años. Pero en ese momento notaba una tensión dolorosa en el pecho, aunque su voz no tembló al hablar.

—Salud y bien hallado, Thomas —dijo al acercarse a los ojos del otro chico—. Ave...

Una mano lo cogió por la muñeca. Will miró hacia abajo, sin poder hablar, mientras los vidriosos ojos de Thomas lo miraban, de un castaño claro bajo el blancuzco velo de la muerte.

—No —dijo Thomas, haciendo un claro esfuerzo para pronunciar cada palabra— cazador de sombras.

—Has defendido el Instituto —repuso Will—. Lo has hecho tan bien como lo habría hecho cualquiera de nosotros.

—No. —Thomas cerró los ojos, como si estuviera agotado. Su pecho se hinchó, aunque muy levemente; la camisa estaba toda roja de sangre—. Usted los habría logrado echar, señor Will. Usted lo sabe tan bien como yo.

—Thomas —susurró Will. Querría haberle dicho: «Tranquilízate, en seguida te pondrás bien, en cuanto vuelvan los demás». Pero era evidente que Thomas no se pondría bien. Will deseó que fuera Jem quien estuviera allí, en vez de él. Era a Jem a quien alguien querría tener al lado si se estuviera muriendo. Jem podía hacer que cualquiera sintiera que las cosas se arreglarían, mientras que Will sospechaba que había pocas situaciones que no empeorasen con su presencia.

—Está viva —dijo Thomas sin abrir los ojos.

—¿Qué? —Había pillado desprevenido a Will.

—La chica por la que has regresado. Ella. Tessa. Está con Sophie. —Thomas hablaba como si fuera un hecho evidente para todos que Will regresaría por Tessa. Tosió; una gran cantidad de sangre le salió por la boca y le cayó por la barbilla. No pareció darse cuenta—. Cuida de Sophie, Will. Sophie

es...

Pero Will no supo lo que era Sophie, porque súbitamente la mano de Thomas que le sujetaba la muñeca perdió toda la fuerza y cayó al suelo con un feo golpe. Will se apartó de él. Había visto la muerte muchas veces, y sabía cuándo había llegado. No hacía falta cerrarle los ojos a Thomas; ya los tenía cerrados.

—Duerme bien —dijo, sin saber muy bien de dónde le venían las palabras—, buen y leal criado de los nefilim. Y muchas gracias.

No era suficiente, en absoluto suficiente, pero era todo lo que podía hacer. Will se puso en pie y corrió hacia la escalera.

Las puertas se habían cerrado detrás de los autómatas; el Santuario estaba en silencio. Tessa oía cómo el agua caía sobre la fuente que estaba a su espalda.

Mortmain la miraba con calma. Aún no asustaba mirarlo, pensó Tessa. Un hombre menudo y corriente, con el cabello clareando en las sienes y los ojos claros tan extraños.

—Señorita Grey —comenzó él—, había esperado que nuestro primer encuentro a solas sería una experiencia más agradable para ambos.

Tessa lo miró con ojos furiosos.

—¿Qué es usted? —preguntó—. ¿Un brujo?

Él sonrió con facilidad y sin sentimiento.

—Simplemente un ser humano, señorita Gray.

—Pero ha hecho magia —insistió ella—. Ha hablado con la voz de Will...

—Cualquiera puede aprender a imitar las voces, con un entrenamiento adecuado —repuso él—. Un sencillo truco, como los juegos de manos. Nadie se los espera. Y menos, sin duda, los cazadores de sombras. Ellos creen que los humanos no somos buenos en nada, además de no ser buenos para nada.

—No —susurró Tessa—. No piensan eso.

Mortmain torció la boca.

—Qué rápido ha empezado a apreciarlos, a sus enemigos naturales. Pronto cambiaremos eso. —Avanzó hacia ella, y Tessa retrocedió—. No voy a hacerle ningún daño —dijo—. Sólo quiero enseñarle algo. —Del bolsillo del abrigo sacó un reloj de plata, muy elegante, que colgaba de una gruesa cadena de oro.

¿Se estaba preguntando qué hora era? Tessa sintió un tonto impulso de echarse a reír. Lo controló.

Él le tendió el reloj.

—Señorita Gray —por favor—, tome esto.

Ella lo miró.

—No lo quiero.

El volvió a acercarse a ella. Tessa retrocedió hasta que con la falda rozó el murete de la fuente.

—Coja este reloj, señorita Gray.

Tessa negó con la cabeza.

—Cójalo —dijo él—. O llamaré a mis sirvientes mecánicos y haré que les rompan el cuello a sus dos amigas. Sólo tengo que ir hasta la puerta y llamarlos. Usted decide.

Tessa notó que le subía la bilis por la garganta. Observó el reloj que le tendía él, colgando de la cadena de oro. Se veía a simple vista que no tenía cuerda. Las manecillas se habían detenido hacía

mucho, como si el tiempo se hubiera quedado congelado a media noche. Tenía las iniciales J. T. S. grabadas en el reverso en una elegante letra.

—¿Por qué? —susurró ella—. ¿Por qué quiere que lo coja?

—Porque quiero que Cambie —contestó Mortmain.

Tessa alzó la cabeza de golpe. Lo miró incrédula.

—¿Qué?

—Este reloj pertenecía a alguien —explicó él—. Alguien a quien realmente quiero volver a ver. — Su voz era neutra, pero había un cierto tono escondido, una hambre ansiosa que aterrizó a Tessa más de lo que cualquier ira hubiera logrado—. Sé que las Hermanas Oscuras le enseñaron a hacerlo. Sé que usted conoce su poder. Es la única persona en el mundo que puede hacer lo que hace. Lo sé porque fui yo quien la creó.

—¿Que usted me creó? —Tessa se lo quedó mirando—. Está diciendo... usted no puede ser mi padre...

—¿Su padre? —Mortmain rió un instante—. Soy humano, no un subterráneo. No hay nada de demonio en mí, y tampoco me relaciono con demonios. No compartimos ninguna sangre, usted y yo. Pero aun así, de no ser por mí, usted no habría existido.

—No lo entiendo —susurró Tessa.

—No necesito que lo entienda. —Se veía que Mortmain estaba perdiendo los estribos—. Lo único que necesita es hacer lo que le digo. Y le digo que Cambie. Ahora.

Era como estar de nuevo ante las Hermanas Oscuras, asustada y alerta, con el corazón laténdole con fuerza, mientras se le decía que accediera a un parte de sí que la aterrizzaba. Mientras se le ordenaba que se perdiera en la oscuridad, en esa nada entre un ser y el otro. Quizá fuera más fácil hacer lo que le decía: coger el reloj como le ordenaba, abandonarse en la piel de otro, como ya había hecho antes, sin voluntad propia ni elección.

Miró hacia abajo, para apartarse de la ardiente mirada de Mortmain, y vio algo brillando en el muro de la fuente justo a su lado. Una salpicadura de agua, pensó por un instante. Pero no, era otra cosa. Y en ese momento habló, casi sin querer.

—No —dijo.

Mortmain entrecerró los ojos.

—¿Qué ha dicho?

—He dicho que no. —Tessa se notó como si, de alguna manera, estuviera fuera de sí misma, observándose mientras se enfrentaba a Mortmain como si mirara a una desconocida—. No lo haré. A no ser que me explique qué quiere decir con eso de que me ha creado. ¿Por qué soy así? ¿Por qué necesita tanto mi poder? ¿Qué planea obligarme a hacer para usted? Está haciendo algo más que crear un ejército de monstruos. Eso lo puedo ver. No soy una estúpida como mi hermano.

Mortmain volvió a meterse el reloj en el bolsillo. Su rostro era una grotesca máscara de ira.

—No —replicó él—. No es una estúpida como su hermano. Su hermano es un estúpido y un cobarde. Usted es una estúpida con algo de coraje. Aunque no le va a servir de mucho. Y serán sus amigas las que paguen por ello. Mientras usted mira. —Se dio la vuelta y fue hacia la puerta.

Tessa se inclinó y cogió el objeto que brillaba tras ella. Era el cuchillo que Jessamine había dejado ahí; la hoja relucía bajo la luz mágica del Santuario.

—Deténgase —gritó—. Señor Mortmain, deténgase.

Él se volvió hacia ella y la vio sujetando el cuchillo. Una expresión de hastiada diversión le cruzó el



rostro.

—En serio, señorita Gray —dijo él—. ¿Realmente cree que puede hacerme algún daño con eso? ¿Cree que he venido totalmente desarmado? —Se abrió un poco la chaqueta, y Tessa vio la culata de una pistola en el cinturón.

—No —contestó—. No creo que pueda hacerle daño. —Le dio la vuelta al cuchillo, de forma que la hoja apuntaba directamente a su propio pecho—. Pero si da un solo paso más hacia la puerta, le prometo que me atravesaré el corazón con este puñal.

Arreglar el estropicio que Will había causado en el arnés del carruaje le llevó a Jem más tiempo del que hubiera querido, y la luna estaba ya alta en el cielo cuando cruzó la verja del Instituto e hizo subir a Xanthos hasta la escalera de entrada.

*Balios*, sin atar, estaba junto al poste de la escalera, y parecía agotado. Will debía de haber cabalgado como un diablo, pensó Jem, pero al menos había llegado. Era un pequeño alivio, considerando que las puertas del Instituto estaban abiertas de par en par, lo que le produjo una sensación de horror. Era un panorama que parecía fallar en algo, igual que cuando se miraba a un rostro al que le faltaban los ojos o a un cielo sin estrellas. Había algo que sencillamente no cuadraba.

Jem alzó la voz.

—¿Will? —llamó—. Will, ¿puedes oírme?

Al no obtener respuesta, saltó del asiento de cochero y se volvió para coger el bastón de pomo de jade. Lo cogió sin fuerza, sopesándolo. Le habían comenzado a doler las muñecas, y eso le preocupaba bastante. Normalmente, el síndrome de abstinencia de la droga comenzaba con un dolor sordo en las articulaciones, un dolor que se extendía lentamente hasta que todo el cuerpo le ardía. Pero en esos momentos no podía permitirse el dolor. Tenía que pensar en Will, y en Tessa. No se podía librar de la imagen de ella en la escalera, mirándolo mientras él le decía las antiguas palabras. Había parecido tan preocupada, y la idea de que pudiera estar preocupada por él le había producido un placer inesperado.

Se volvió para ir a subir la escalera, pero se quedó paralizado. Había alguien bajándola. Más de una persona, un montón de gente. Sus siluetas se recortaban contra la iluminación del Instituto, y por un momento Jem parpadeó, sin poder distinguir sus rasgos. Algunas de ellas parecían extrañamente deformadas.

—¡Jem! —La voz era aguda, desesperada. Conocida.

Jessamine.

Electrizado, Jem corrió escalera arriba, y entonces se detuvo. Ante él estaba Nathaniel Gray, con la ropa rota y manchada de sangre. Un vendaje improvisado le rodeaba la cabeza, empapado de sangre de la sien derecha. Tenía una expresión adusta.

A ambos lados de él se movían los autómatas, como obedientes criados. Uno estaba a su derecha; el otro, a su izquierda. Detrás había dos más. Uno sujetaba a una Jessamine que no paraba de forcejear; el otro, a una Sophie inmóvil, medio desmayada.

—¡Jem! —gritó Jessamine—. Nate es un mentiroso. Ha estado ayudando a Mortmain todo el tiempo... y tiene la Pyxis...

Nathaniel se volvió.

—Hazla callar —ladró al autómata que tenía a su espalda. Los brazos de metal de la criatura se apretaron alrededor de Jessamine, que perdió el aliento y se calló, con el rostro blanco de dolor. Sus

ojos señalaron al autómatas que Nathaniel tenía a su derecha. Al seguir su mirada, Jem vio que la criatura tenía el familiar rectángulo dorado de la Pyxis en la mano.

Al ver su expresión, Nate sonrió.

—Sólo un cazador de sombras puede tocarla —dijo—. Es decir, ninguna criatura viviente. Pero un autómatas no está vivo.

—¿Así que al final se trataba de esto? —preguntó Jem sorprendido—. ¿La Pyxis? ¿Para qué te puede servir?

—Mi señor quiere energías demoníacas, y tendrá energías demoníacas —soltó Nate, con toda pomposidad—. Y tampoco olvidará que fui yo quien se las consiguió.

Jem meneó la cabeza.

—¿Y qué te dará, entonces? ¿Qué te ha dado para que traiciones a tu hermana? ¿Treinta monedas de plata?

Nate hizo una mueca, y por un momento Jem pudo atravesar la máscara de hombre atractivo y ver lo que realmente había debajo: algo maligno y repelente que hizo que Jem tuviera ganas de alejarse y vomitar.

—Esa cosa —repuso Nate— no es mi hermana.

—Es difícil de creer, ¿verdad? —dijo Jem, sin esforzarse en ocultar su profundo desprecio—, que tú y Tessa compartáis algo, incluso una sola gota de sangre. Ella es mucho mejor que tú.

Nathaniel entrecerró los ojos.

—Ella no es mi problema. Pertenece a Mortmain.

—No sé qué te habrá prometido Mortmain —continuó Jem—, pero yo te puedo prometer que si haces daño a Jessamine o a Sophie, o si sacas la Pyxis de este lugar, la Clave te perseguirá. Y te encontrará. Y por último te matará.

Nathaniel negó lentamente con la cabeza.

—Tú no lo entiendes —dijo—. Ninguno de los nefilim lo entiende. Lo más que podéis ofrecerme es dejarme vivir. Pero el Magíster puede prometerme que nunca moriré. —Se volvió hacia el autómatas que tenía a la izquierda, el que no sujetaba la Pyxis—. Mátaalo.

El autómatas saltó hacia Jem. Era mucho más rápido que las criaturas a las que Jem se había enfrentado en el puente de Blackfriars. Casi no tuvo tiempo de mover el cierre que armaba la espada al final del bastón y de alzarlo, antes de que aquella cosa estuviera sobre él. La criatura chilló como el frenazo de un tren cuando Jem le clavó la espada directamente en el pecho y la movió de lado a lado, rajando el metal. La criatura comenzó a dar vueltas, soltando una noria de chispas rojas.

Nate, que andaba cerca del reguero de chispas, gritó y saltó hacia atrás, mientras se daba palmadas para apagar las pequeñas brasas que quemaban su ropa. Jem aprovechó la oportunidad para saltar los escalones y golpear a Nate en la espalda con la hoja plana. Éste cayó de rodillas. Nate se volvió para mirar a su protector mecánico, pero la criatura iba de un lado a otro por los escalones, manando chispas a chorros del pecho; era evidente que Jem había seccionado uno de sus mecanismos centrales. El autómatas que sujetaba la Pyxis seguía inmóvil; Nate no era su prioridad.

—¡Soltadlas! —gritó Nate a las criaturas mecánicas que sujetaban a Sophie y a Jessamine—. ¡Matad al cazador de sombras! ¡Matadlo! ¿Me oís?

Jessamine y Sophie cayeron al suelo cuando las soltaron; ambas necesitaron recuperar el aliento, pero sin duda estaban vivas. El alivio de Jem duró poco, porque la pareja de autómatas se abalanzó contra él, moviéndose a una velocidad increíble. Lanzó un tajo a uno con el bastón. El autómatas saltó

hacia atrás, fuera de su alcance, y el otro alzó una mano; no era una mano en realidad, sino un bloque cuadrado de metal, con el borde con dientes metálicos, como una sierra.

Un grito resonó tras Jem, y Henry cargó a su lado, blandiendo una enorme espada de doble filo. Dio un fuerte tajo, y cortó el brazo del autómatas, que salió volando y resbaló por los adoquines, soltando chispas y siseando, antes de estallar envuelto en llamas.

—¡Jem! —Era la voz de Charlotte, advirtiéndole. Jem se volvió y vio al otro autómatas, que lo atacaba por detrás. Jem lanzó la hoja hacia el cuello de la criatura, y cortó los tubos de cobre del interior, mientras Charlotte le acuchillaba las rodillas con su látigo. Con un agudo gemido, el autómatas se desplomó contra el suelo, con las piernas cortadas. Charlotte, con el pálido rostro muy serio, volvió a golpearle con el látigo, mientras Jem veía a Henry, con el cabello pelirrojo pegado a la frente por el sudor, dar otro golpe con la gran espada. El autómatas que le había atacado había quedado reducido a un montón de chatarra en el suelo.

Lo cierto era que había trozos de mecanismos por todo el patio, y que algunos aún ardían, como un campo de estrellas caídas. Jessamine y Sophie estaban agarradas la una a la otra; Jessamine sujetaba a la otra chica, que tenía todo un collar de oscuros morados alrededor del cuello. Jessamine encontró la mirada de Jem, y éste tuvo la impresión de que probablemente era la primera vez que ella parecía realmente contenta de verlo.

—Se ha ido —dijo ella—. Nathaniel. Ha desaparecido con esa criatura, y con la Pyxis.

—No lo entiendo. —El rostro de Charlotte era una máscara de sorpresa—. El hermano de Tessa...

—Todo lo que nos dijo eran mentiras —explicó Jessamine—. Todo el asunto de enviarlos detrás de los vampiros era sólo un modo de distraeros.

—Dios santo —exclamó Charlotte—. Así que De Quincey no estaba mintiendo... —Meneó la cabeza, como si quisiera quitarse telarañas—. Cuando llegamos a su casa en Chelsea, tan sólo lo acompañaban unos cuantos vampiros, no más de seis o siete, muy lejos sin duda de los cien que Nathaniel nos había dicho, y no había autómatas por ninguna parte. Benedict mató a De Quincey, pero no antes de que éste se riera de nosotros por llamarlo Magister; nos dijo que habíamos permitido que Mortmain se burlara de nosotros. Mortmain. Y yo que pensaba que sólo era un... un mundano.

Henry se sentó en el primer escalón, y la espada resonó al dejarla.

—Esto es un desastre —exclamó.

—Will —dijo Charlotte aún aturdida, como en un sueño—. Y Tessa. ¿Dónde están?

—Tessa está en el Santuario. Con Mortmain. Will... —Tessamine meneó la cabeza—. No sabía que estuviera aquí.

—Está dentro —dijo Jem, y alzó la mirada hacia el Instituto. Recordó el sueño inducido por el veneno: el Instituto en llamas, una nube de humo sobre Londres y grandes criaturas mecánicas yendo de un lado a otro entre los edificios como arañas monstruosas—. Debe de haber ido en busca de Tessa.

El rostro de Mortmain se había quedado sin color.

—¿Qué está haciendo? —preguntó, mientras iba hacia ella.

Tessa se puso la punta del cuchillo en el pecho y apretó. El dolor fue agudo, repentino. La sangre manó sobre la superficie del vestido.

—No se acerque más.

Mortmain se detuvo, con una retorcida mueca de furia en el rostro.

—¿Y qué le hace pensar que me importa si vive o muere, señorita Gray?

—Como ha dicho, usted me creó —contestó Tessa—. Por la razón que sea, usted deseó que yo existiera. Me valoraba lo suficiente para impedir que la Hermandad Oscura me dañaran de alguna forma permanente. No sé por qué, pero para usted soy importante. Oh, no yo, claro. Mi poder. Eso es lo que a usted le importa. —Notaba la sangre, cálida y húmeda, corriéndole lentamente por la piel, pero el dolor no era nada comparado con la satisfacción de ver la mirada de miedo en el rostro de Mortmain.

—¿Qué quiere de mí? —dijo él con los dientes apretados.

—Se equivoca. La pregunta es qué quiere usted de mí. Dígamelo. Dígame por qué me creó. Dígame quiénes son mis verdaderos padres. ¿Era mi madre realmente mi madre? Mi padre, ¿era mi padre?

Mortmain esbozó una sonrisa torcida.

—Está haciendo la pregunta equivocada, señorita Gray.

—¿Por qué soy...? ¿Qué soy, y es Nate sólo humano? ¿Por qué no es como yo?

—Nathaniel sólo es su medio hermano. No es más que un ser humano, y no es un gran espécimen. No lamenta no parecerse más a él.

—Entonces... —Tessa se detuvo. El corazón le latía a toda prisa—. Mi madre no puede haber sido un demonio —dijo—. Ni nada sobrenatural, porque la tía Harriet era su hermana, y sólo era humana. Así que debe de haberlo sido mi padre. ¿Era mi padre un demonio?

Mortmain sonrió, con una fea sonrisa repentina.

—Deje el cuchillo y le daré las respuestas. Quizá podamos invocar incluso a la cosa que la engendró, si tan desesperada está por conocerlo.

—Entonces, soy una bruja —concluyó Tessa. Sentía un nudo en la garganta—. Eso es lo que está diciendo.

Los pálidos ojos de Mortmain estaban cargados de desprecio.

—Si insiste —contestó—. Supongo que es la mejor palabra para definirla.

Tessa oyó la voz de Magnus Bane claramente en la cabeza: «Oh, eres una bruja. Puedes estar segura». Y aun así...

—No me creo nada de todo esto —replicó Tessa—. Mi madre nunca hubiera... no con un demonio.

—No lo sabía. —Mortmain sonaba casi compasivo—. No tenía ni idea de que estaba siendo infiel a su padre.

A Tessa se le retorció el estómago. Eso no era nada que no hubiera considerado posible, nada que no se hubiera preguntado. Pero aun así, oírlo decir en voz alta a otra persona era muy duro.

—Si el hombre que pensaba que era mi padre no era mi padre, y mi verdadero padre era un demonio —argumentó—, ¿por qué no tengo ninguna marca como tienen los demás brujos?

Los ojos de Mortmain brillaron de maldad.

—Cierto, ¿por qué no? Quizá porque su madre no tenía más idea de lo que era que usted misma.

—¿Qué quiere decir? ¡Mi madre era humana! Mortmain negó con la cabeza.

—Señorita Gray, usted continúa sin hacer las preguntas correctas. Lo que debe entender es que se hicieron muchos planes para que algún día usted llegara a existir. El plan comenzó incluso antes de mí, y yo lo seguí, sabiendo que era el supervisor de la creación de algo único en el mundo. Algo único que me pertenecería. Sabía que un día me casaría con usted, y usted sería mía para siempre.

Tessa lo miró horrorizada.

—Pero ¿por qué? Usted no me ama. Usted no me conoce. ¡Ni siquiera sabía qué aspecto tenía! ¡Podría haber sido horrorosa!

—Eso no hubiera importado. Usted puede aparecer tan horrorosa o tan hermosa como desee. El rostro que muestra es sólo uno de los miles rostros posibles. ¿Cuándo aprenderá que no existe una Tessa Gray auténtica?

—Márchese —dijo Tessa.

Mortmain la miró con sus pálidos ojos.

—¿Qué me ha dicho?

—Márchese. Salga del Instituto. Llévese a sus monstruos con usted. O me atravesaré el corazón.

Por un instante, él vaciló, apretando y soltando los puños a los costados. Debía de ser igual cuando tenía que tomar como un rayo decisiones en los negocios, ¿comprar o vender? ¿Invertir o expandirse? Sin duda, era un hombre acostumbrado a valorar la situación en un instante, pensó Tessa. Y ella sólo era una chica. ¿Qué posibilidades tenía de ser más lista que él?

Lentamente él negó con la cabeza.

—No creo que lo haga. Puede que sea una bruja, pero sigue siendo un chica joven. Una delicada fémica. —Dio un paso hacia ella—. La violencia no forma parte de su naturaleza.

Tessa apretó el mango del cuchillo. Podía notarlo todo: la superficie fina bajo los dedos, el dolor donde pinchaba su piel, el latido de su corazón.

—No dé un paso más —dijo ella con voz temblorosa—, o lo haré. Me clavaré el cuchillo.

El temblor en la voz de Tessa pareció convencer a Mortmain; apretó el mentón y se acercó a ella con paso confiado.

—No, no lo haré.

Tessa oyó la voz de Will en su cabeza. «Tomó veneno antes de permitir que la capturaran los romanos. Era más valiente que cualquier hombre».

—No lo dude —afirmó ella—. Lo haré.

Algo en su rostro debió de cambiar, porque la confianza desapareció de la expresión de Mortmain y se lanzó hacia ella, sin su arrogancia, tratando desesperadamente de arrebatárle el cuchillo. Tessa le dio la espalda a Mortmain, y se volvió hacia la fuente. Lo último que vio fue el agua plateada que la salpicaba desde lo alto, mientras se hundía el cuchillo en el pecho.

Will se acercaba sin resuello a las puertas del Santuario. Había tenido que luchar contra dos autómatas en la escalera y había pensado que estaba acabado, hasta que el primero, al que la espada de Thomas había atravesado varias veces, comenzó a funcionar mal y empujó a la segunda criatura por la ventana antes de desmoronarse y caer escalera abajo en un torbellino de metal retorcido y chispas.

Will tenía cortes en las manos y los brazos de los afilados pellejos de las criaturas, pero no se había parado para emplear un íratze. No había tiempo. Sacó la estela mientras corría, y dio con la puerta del Santuario sin reducir la velocidad. Pasó la estela por la superficie de la puerta, creando la runa de apertura más rápida de su vida.

El pasador de la puerta se corrió. Will se tomó un segundo para cambiar la estela por uno de los cuchillos serafines que llevaba en el cinto.

—*Jerahmeel* —susurró, y mientras la llama comenzaba a resplandecer con un fuego blando, abrió

la puerta del Santuario de una patada.

Y en ese momento se quedó helado de horror. Tessa yacía hecha un ovillo junto a la fuente, cuya agua estaba teñida de rojo. La parte delantera de su vestido azul y blanco era una mancha escarlata, y la sangre formaba un charco cada vez mayor bajo ella. Había un cuchillo junto a su mano sin fuerza, con el mango manchado de sangre. Tenía los ojos cerrados.

Mortmain estaba arrodillado a su lado, con la mano sobre el hombro de ella. Alzó la mirada cuando las puertas se abrieron, y luego se puso en pie tambaleante, apartándose del cuerpo de Tessa. Tenía las manos rojas de sangre y manchas en la camisa y la chaqueta.

—Yo... —comenzó.

—La has matado —afirmó Will. Su voz le pareció sorprendida incluso a él, y muy lejana. De nuevo le vino a la mente la imagen de la biblioteca de la casa donde vivía con sus padres de pequeño. Su mano en la caja, los dedos curiosos abriendo el seguro que la mantenía cerrada. La biblioteca se llenó con el ruido de gritos. La carretera de Londres, plateada bajo la luz de la luna. Las palabras le habían dado vueltas en la cabeza una y otra vez, mientras se alejaba de todo lo que había conocido. «Lo he perdido todo, lo he perdido todo».

Todo.

—No. —Mortmain negó con la cabeza. Estaba jugueteando con algo, un anillo de su mano derecha, hecho de plata—. Ni siquiera la he tocado. Ha sido ella misma.

—Mientes. —Will fue hacia él, con el cuchillo serafín entre los dedos, reconfortante y familiar en un mundo que parecía moverse y cambiar a su alrededor como el paisaje de una pesadilla—. ¿Sabes lo que pasa cuando clavo uno de éstos en la carne humana? —dijo con voz ronca, alzando a Jerahmeel—. Te quemará mientras te corta. Morirás sufriendo una agonía, quemado de dentro afuera.

—¿Crees que lamentas su pérdida, Will Herondale? —La voz de Mortmain estaba cargada de tormento—. Tu pena no es nada comparada con la mía. Años de trabajo, sueños, más de lo que podrías imaginarte, perdidos.

—Entonces, animate, porque tu sufrimiento durará poco —dijo Will, y se lanzó hacia él, con la hoja por delante. Notó cómo rozaba la tela de la chaqueta de Mortmain, y no encontró más resistencia. Se cayó al suelo, se incorporó y miró. Algo tintineó en el suelo a sus pies, un botón de latón. Su cuchillo debía de haberlo cortado de la chaqueta de Mortmain. Pareció guiñarle el ojo desde el suelo, burlándose de él.

Sorprendido, Will dejó caer el cuchillo serafín. Jerahmeel aterrizó en el suelo, aún ardiendo. Mortmain había desaparecido, por completo. Se había desvanecido como sólo un brujo podría desvanecerse, un brujo que hubiera estado ensayando esa práctica durante años. Para un humano, incluso un humano con conocimiento de lo oculto, lograr tal cosa...

Pero no importaba; no en ese momento. Will sólo podía pensar en una cosa. En Tessa. Medio temiéndolo, medio esperándolo, cruzó la estancia hasta donde ella se hallaba. La fuente emitió sus tristes sonidos tranquilizadores cuando él se arrodilló y cogió a Tessa entre sus brazos.

Una vez antes ya la había cogido así, en el desván, la noche que habían quemado la casa de De Quincey. El recuerdo había acudido a él, involuntariamente, a menudo desde aquel entonces. En ese momento se convirtió en una tortura. Ella tenía el vestido empapado de sangre; también su cabello y su cara estaban manchados. Will había visto heridas suficientes como para saber que nadie podía perder tanta sangre y sobrevivir.

—Tessa —susurró. La estrechó contra él; en ese momento no importaba lo que hiciera. Hundió el

rostro en el cuello de ella, donde se unía con el hombro. El cabello de Tessa ya comenzaba a pegársele con la sangre, y le rozó la mejilla. Notó el latido del pulso de ella a través de la piel.

Se quedó parado. ¿El pulso de ella? El corazón le dio un salto; se apartó, con la intención de tumbarla en el suelo, y se la encontró mirándolo con grandes ojos grises.

—Will —dijo ella—. ¿Eres tú de verdad, Will?

El alivio lo recorrió de arriba abajo, seguido de un instante de apabullante terror. Thomas había muerto entre sus brazos, y ahora ella también. ¿O quizá se podría salvar? Pero no con Marcas. ¿Cómo se curaba a los subterráneos? Los Hermanos Silenciosos tenían esos conocimientos.

—Vendas —dijo Will para sí—. Necesito vendas.

Había decidido dejarla en el suelo, pero Tessa le agarró la muñeca con la mano.

—Will, debes tener cuidado. Mortmain... Él es el Magíster. Estaba aquí...

Will sintió que le faltaba el aire.

—Calla. Guarda las fuerzas. Mortmain se ha ido. Debo buscar ayuda...

—No. —Ella lo cogió con más fuerza—. No, no hace falta que lo hagas. Will. Esta sangre no es mía.

—¿Qué? —preguntó él, mirándola atónito. «Quizá Tessa delirara», pensó, pero la mano que lo agarraba y su voz tenían demasiada fuerza para alguien que debería estar muerto—. ¿Qué te ha hecho, Tessa...?

—Yo lo hice —afirmó ella con la misma vocecita firme—. Me lo hice a mí misma, Will. Era la única manera de hacerlo marchar. Nunca me hubiera dejado aquí. No si pensara que seguía con vida.

—Pero...

—He Cambiado cuando el cuchillo me tocó. Cambié sólo un momento. Era algo que Mortmain ha dicho lo que me ha dado la idea; que los juegos de manos son trucos simples que nadie espera.

—No lo entiendo. ¿Y la sangre?

Tessa asintió con la cabeza, y su rostro se iluminó de alivio y por el placer de contarle lo que había hecho.

—Hubo una mujer, una vez, en la que las Hermanas Oscuras me obligaron a Cambiarme; había muerto de un disparo, y cuando Cambié su sangre me manchó por completo. ¿Te lo había contado? Pensaba que igual sí, pero no importa. Lo recordé, y me Cambié en ella justo en ese momento, y la sangre vino, igual que la otra vez. Le di la espalda a Mortmain para que no me viera Cambiar, y me desplomé hacia adelante como si de verdad me hubiera clavado el cuchillo; además, la fuerza del Cambio, al hacerlo tan rápido, casi me ha hecho desmayarme. El mundo se ha teñido de negro, y he oído a Mortmain llamándome por mi nombre; he sabido que había recuperado la conciencia y que tenía que hacerme la muerta. Me temo que hubiera acabado descubriéndome si no hubieras llegado. —Se miró, y Will podría haber jurado que su voz tenía un cierto tono de satisfacción cuando dijo—: ¡He engañado al Magíster, Will! No lo hubiera creído posible; él estaba tan convencido de su superioridad sobre mí. Pero recordé lo que me habías contado de Boadicea. De no ser por tus palabras, Will...

Lo miró a los ojos y sonrió. Esa sonrisa acabó con lo que quedaba de la resistencia de Will, la rompió en mil pedazos. Había bajado las defensas cuando había pensado que ella estaba muerta, y no había tiempo para levantarlas de nuevo. Impotente, la acercó a él. Durante un instante, ella se cogió a él con fuerza, cálida y viva entre sus brazos. El cabello le rozó la mejilla. El color había regresado al mundo; Will podía respirar de nuevo, y en ese momento, al respirar la inhaló a ella: olía a sal, a sangre, a lágrimas y a Tessa.

Cuando ella se apartó de su abrazo, los ojos le brillaban.

—Al oír tu voz, he pensado que estaba en un sueño —explicó ella—. Pero eres real. —Le recorrió el rostro con la mirada, y como si le gustara lo que había visto, sonrió—. ¡Eres real!

Will abrió la boca. Las palabras estaban ahí. Estaba a punto de decirlas cuando un espasmo de terror lo recorrió, el terror de alguien que, perdido en la niebla, se detiene y se da cuenta de que se ha parado a centímetros del borde de un abismo. La forma en que ella lo estaba mirando..., Will se dio cuenta de que ella podía leer lo que decían sus ojos. Debía de estar escrito ahí con toda claridad, como palabras en las páginas de un libro. No había habido tiempo, ni oportunidad, para ocultarlo.

—Will —susurró ella—. Di algo, Will.

Pero no había nada que decir. Sólo el vacío, como había estado antes de ella. Como siempre estaría.

«Lo he perdido todo —pensó Will—. Todo».



## TERRIBLE MARAVILLA

Y sin embargo, cada hombre mata lo que ama.  
 Que todos oigan esto,  
 unos lo hacen con una mirada torva,  
 otros con la palabra halagadora;  
 el cobarde lo hace con un beso,  
 con la espada el valiente.

OSCAR WILDE, *La balada de la cárcel de Reading*

Las Marcas que indicaban el luto eran rojas para los cazadores de sombras. El color de la muerte era el blanco.

Tessa no lo sabía, no lo había leído en el Códice, así que le sorprendió ver a los cinco cazadores de sombras del Instituto salir en el carruaje vestidos de blanco como para una boda, mientras ella y Sophie miraban por las ventanas de la biblioteca. Varios de los miembros del Enclave habían muerto limpiando la guarida de vampiros de De Quincey. En principio, el funeral era por ellos, aunque también enterraban a Thomas y a Agatha. Charlotte le había explicado que, por lo general, a los funerales de los nefilim sólo asistían nefilim, pero que se podía hacer una excepción con aquellos que habían muerto sirviendo a la Clave.

Pero a Sophie y a Tessa les habían prohibido asistir. La ceremonia aún era exclusivamente para ellos. Sophie le había dicho a Tessa que era mejor así, que no quería ver cómo incineraban a Thomas y esparcían sus cenizas por la Ciudad Silenciosa.

—Prefiero recordarlo como era —había dicho—, y también a Agatha. —Y luego apretó los labios y no dijo nada más.

El Enclave había dejado una guardia detrás, varios cazadores de sombras que se habían ofrecido voluntarios para quedarse y proteger el Instituto. Tessa pensó que transcurriría mucho tiempo antes de que volvieran a dejarlo sin vigilancia.

Tessa había pasado el rato desde que habían salido leyendo en el receso de la ventana; nada de nefilim, demonios o subterráneos, sino una copia de Historia de dos ciudades que había encontrado en el estante donde Charlotte guardaba sus libros de Dickens. Había tratado resueltamente de no pensar en Mortmain, en Thomas y en Agatha, en las cosas que Mortmain le había dicho en el Santuario, y sobre todo, de no pensar en Nathaniel o en dónde podía hallarse. Pensar en su hermano hacía que se le tensara el estómago y le picaran los ojos.

Tampoco era que sólo tuviera eso en la cabeza. Dos días antes, la habían obligado a comparecer ante la Clave en la biblioteca del Instituto. Un hombre al que los otros llamaban el Inquisidor le había preguntado por el espacio de tiempo que había pasado con Mortmain, una y otra vez, buscando cualquier cambio en el relato, hasta que ella acabó agotada. Le habían preguntado sobre el reloj que él había querido darle, y si sabía a quién había pertenecido. Ella no lo sabía, y como él se lo había llevado consigo al desaparecer, indicó ella, eso sería difícil de cambiar. También le habían preguntado a Will

sobre lo que Mortmain le había dicho a él antes de desaparecer. Will había soportado el interrogatorio con hosca impaciencia; y lo que a nadie sorprendió, habían hecho que se retirara finalmente con una sanción, por grosería e insubordinación.

El Inquisidor había exigido incluso que Tessa se desnudara, para que le pudieran buscar marcas de bruja, pero Charlotte había descartado eso rápidamente. Cuando por fin habían permitido a Tessa que se marchara, ella había corrido por el pasillo tras Will, pero él ya se había ido. Habían transcurrido dos días desde entonces, y en ese tiempo, casi no lo había visto ni habían hablado más allá de formales intercambios de palabras frente a los demás. Siempre que ella lo había mirado, él había apartado la mirada. Siempre que ella había salido de una sala, esperando que él la siguiera, él no lo había hecho. Había sido enloquecedor.

No podía evitar pensar si era la única que creía que algo significativo había pasado entre ellos en el suelo del Santuario. Había despertado de una oscuridad más profunda que cualquiera de las que hubiera experimentado antes durante un Cambio, y se había encontrado entre los brazos de Will, que la miraba con la expresión más clara de angustia que le había visto nunca en la cara. Y estaba segura de no haberse imaginado la manera en que Will había dicho su nombre, o cómo la había mirado.

No. Eso no podía habérselo imaginado. Will la apreciaba, de eso estaba segura. Sí, había sido grosero con ella desde que se habían conocido, pero, claro, eso pasaba muchísimas veces en las novelas. Darcy había sido grosero con Elizabeth Bennet antes de declararse, y pensándolo bien, también lo había sido en el momento de hacerlo. Y Heathcliff nunca se había comportado con Cathy de otra manera. Aunque tenía que admitir que en Historia de dos ciudades, tanto Sydney Carton como Charles Darnay eran muy amables con Lucie Manette. «Y aun así he tenido la debilidad, y aún la tengo, de desear que sepáis que con súbita maestría habéis prendido en mí, montón de cenizas que soy, un fuego...».

Lo que la preocupaba era que desde aquella noche en el Santuario, Will no la había vuelto a mirar ni había pronunciado su nombre. Creía saber la razón; la había adivinado por la forma en que Charlotte la había mirado, la forma en que todo el mundo había estado tan reservado con ella. Los cazadores de sombras le iban a pedir que se marchara.

«¿Y por qué no iban a hacerlo?», pensó con fiereza.

El Instituto era para los nefilim, no para subterráneos. Había llevado la muerte y la destrucción a ese lugar en el poco tiempo que había estado allí; sólo Dios sabía lo que pasaría si se quedaba. Era verdad que no tenía adonde ir, o a nadie con quien ir, pero ¿por qué iba a importarles eso? La Ley de la Alianza era la Ley de la Alianza; no se podía cambiar ni transgredir. Quizá finalmente acabara viviendo con Jessamine, en alguna casa señorial de Belgravia. Había destinos peores.

El repiqueteo de las ruedas del carruaje sobre los adoquines del patio, que indicó el regreso de los otros de la Ciudad Silenciosa, la sacó de sus tristes pensamientos. Sophie corrió por la escalera para recibirlos, mientras que Tessa los observó desde la ventana bajando uno a uno del carruaje.

Henry rodeaba con el brazo a Charlotte, que se apoyaba contra él. Luego bajó Jessamine, con flores pálidas entrelazadas en el cabello. Tessa habría admirado su aspecto, si no fuera por la sospecha de que Jessamine seguramente disfrutaba de los funerales porque sabía que el blanco le sentaba muy bien. Después, Jem, y por último Will; como dos piezas raras de algún juego de ajedrez, tanto el cabello plateado de Jem como los revueltos rizos negros de Will destacaban contra la blancura de su ropa. El alfil negro y el alfil blanco, pensó Tessa mientras ellos subían la escalera y desaparecían en el interior del Instituto.

Acababa de dejar el libro en el asiento junto a ella cuando la puerta de la biblioteca se abrió y entró Charlotte, aún sacándose los guantes. Ya no llevaba el sombrero, y el cabello castaño le rodeaba el rostro con rizos de humedad.

—Sabía que te encontraría aquí —dijo ella, mientras cruzaba la estancia para sentarse en una silla frente a Tessa. Dejó los blancos guantes de cabritilla en una mesa cercana y suspiró.

—¿Ha sido...? —comenzó Tessa.

—¿Horroroso? Sí. Odio los funerales, aunque el Ángel sabe que he asistido a docenas. —Charlotte se detuvo y se mordió el labio—. Ya parezco Jessamine. Olvida lo que he dicho, Tessa. El sacrificio y la muerte son parte de la vida de los cazadores de sombras, y siempre lo he sabido.

—Ya.

Se hizo un gran silencio. Tessa pensó que podía notar el corazón latándole con fuerza, como el tictac de un reloj de pared en una sala vacía.

—Tessa... —comenzó Charlotte.

—Ya sé lo que me vas a decir, Charlotte, y no pasa nada.

Charlotte parpadeó sorprendida.

—¿Sí? ¿Es...?

—Quieres que me vaya —dijo Tessa—. Sé que te has reunido con la Clave antes del funeral. Jem me lo dijo. No me imagino que te hayan dicho que me permitas quedarme. Después de todos los problemas y el horror que os he traído. Nate. Thomas y Agatha...

—A la Clave no le importan Thomas y Agatha.

—Entonces, la Pyxis.

—Sí —repuso Charlotte con calma—. Tessa, creo que te has hecho una idea totalmente equivocada. No he venido a pedirte que te vayas, sino todo lo contrario; he venido a pedirte que te quedes.

—¿Que me quede? —Esas palabras parecían no tener ningún significado. Sin duda Charlotte no quería decir lo que había dicho—. Pero la Clave... Deben de estar enfadados...

—Por supuesto que están enfadados —dijo Charlotte—. Con Henry y conmigo. Mortmain nos engañó totalmente. Nos ha empleado como sus instrumentos, y nosotros se lo hemos permitido. Estaba tan orgullosa de la forma inteligente y fácil con la que me había impuesto a él que nunca se me ocurrió pensar que era él quien se estaba imponiendo. Nunca se me ocurrió pensar que ninguna otra criatura viviente, aparte de Mortmain y tu hermano, nos había confirmado que De Quincey era el Magíster. Todas las pruebas eran circunstanciales, pero yo me dejé convencer.

—Era muy convincente. —Tessa se apresuró a tranquilizar a Charlotte—. El sello que encontramos en el cuerpo de Miranda. Las criaturas del puente.

Charlotte hizo un ruido amargo.

—Todos eran personajes de una obra que Mortmain había preparado para nosotros. ¿Sabes que, por mucho que hayamos buscado, no hemos sido capaces de encontrar ni la más mínima prueba de que otros subterráneos controlaran el Club Pandemónium? Ninguno de los miembros mundanos tiene ni idea, y como hemos aniquilado al clan de De Quincey, los subterráneos se fían de nosotros aún menos de lo habitual.

—Pero sólo han pasado unos días. Will tardó seis semanas en encontrar a las Hermanas Oscuras. Si seguís buscando...

—No tenemos mucho tiempo. Si lo que Nathaniel le dijo a Jem es cierto, y Mortmain planea

emplear las energías demoníacas que hay en la Pyxis para animar a sus autómatas, sólo contamos con el tiempo que tarde en descubrir cómo abrir la caja. —Se encogió de hombros ligeramente—. Claro que la Clave cree que es imposible. La Pyxis sólo se abre con runas, y sólo un cazador de sombras puede dibujarlas. Pero también es cierto que sólo un cazador de sombras debería poder abrir la puerta del Instituto.

—Mortmain es muy listo.

—Sí. —Charlotte tenía las manos apretadas sobre el regazo—. ¿Sabías que fue Henry el que le habló a Mortmain de la Pyxis? ¿Cómo se llamaba y lo que hacía?

—No... —Tessa ya no tenía más palabras para tranquilizarla.

—No puedes saberlo. Nadie lo sabe. Sólo yo, y Henry. Quiere decírselo a la Clave, pero yo prefiero que no lo haga. Ya lo han tratado suficientemente mal, y yo... —A Charlotte le temblaba la voz, pero tenía el rostro firme—. La Clave está convocando un tribunal. Mi conducta, y la de Henry, se examinarán y habrá una votación. Es muy posible que perdamos el Instituto.

Tessa estaba horrorizada.

—Pero ¡tú eres maravillosa dirigiendo el Instituto! La forma en que lo mantienes todo organizado, la manera en que lo gestionas.

Charlotte tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Gracias, Tessa. Pero Benedict Lightwood siempre ha querido el puesto de director del Instituto, para él o para su hijo. Los Lightwood tienen mucho orgullo de familia y no les gusta aceptar órdenes. Si no fuera porque el cónsul Wayland en persona me nombró sucesora de mi padre, estoy segura de que Benedict tendría el cargo. Lo único que siempre he querido ha sido dirigir el Instituto, Tessa. Haré lo que esté en mi mano para seguir haciéndolo. Si quisieras ayudarme...

—¿Yo? Pero ¿qué puedo hacer yo? No sé nada de la política de los cazadores de sombras.

—Las alianzas que forjamos con los subterráneos son algo por lo que se nos valora mucho, Tessa. Parte de la razón por la que aún sigo aquí es por mi estrecha relación con brujos como Magnus Bane o vampiros como Camille Belcourt. Y tú, tú eres un artículo de primera clase. Lo que puedes hacer ya ha ayudado al Enclave una vez; el servicio que nos podrías ofrecer en el futuro es incalculable. Y si se sabe que eres mi aliada, eso sería de mucha ayuda.

Tessa contuvo el aliento. En su cabeza, vio a Will, Will como estaba en el Santuario, pero, casi sorprendida, descubrió que no era en lo único que pensaba. También estaba Jem, con su amabilidad y sus ágiles manos, y Henry, que la hacía reír con su extraña ropa y sus divertidas invenciones, e incluso Jessamine, con su peculiar fiereza y su sorprendente valentía cuando hacía falta.

—Pero la Ley... —dijo con una voz débil.

—No hay ninguna ley en contra de que te quedes aquí como nuestra invitada —contestó Charlotte—. He buscado en los archivos y no he encontrado nada que te impida quedarte, si tú lo consientes. Así que, ¿lo consientes, Tessa? ¿Te quedarás con nosotros?

Tessa subió corriendo la escalera del desván; por primera vez en lo que le parecía una eternidad, sentía que no le pesaba el corazón. El desván era tal como lo recordaba, con los ventanucos en la parte inferior, que dejaban pasar un poco de luz, porque ya casi había atardecido. Había un cubo volcado en el suelo; pasó por su lado para ir hacia los estrechos escalones que daban al tejado.

«A menudo sube allí cuando está preocupado —había dicho Charlotte—. Y pocas veces he visto a

Will tan preocupado. La pérdida de Thomas y de Agatha le está resultando más difícil de lo que me hubiera esperado».

Los escalones terminaban en una puerta cuadrada en el techo, con bisagras en un lado. Tessa empujó la trampilla y salió al tejado del Instituto.

Se irguió y miró alrededor. Se hallaba en el centro del tejado, una parte amplia y plana, rodeada de una barandilla de hierro forjado a la altura de su cintura. Las barras de la barandilla acababan en forma de afiladas flores de lis. En el extremo opuesto se hallaba Will, apoyado en la barandilla. No se volvió, ni siquiera cuando la trampilla se cerró tras ella, y Tessa dio un paso adelante, frotándose las arañadas palmas en el vestido.

—Will —lo llamó.

Él siguió inmóvil. El sol había comenzado a ponerse en medio de un torrente de fuego. Al otro lado del Támesis, las chimeneas de las fábricas soltaban un humo que cruzaba como dedos negros el cielo rojo. Will estaba apoyado como si se sintiera agotado, como si pretendiera tirarse encima de las afiladas barras y acabar con todo. No hizo ninguna señal de haber oído a Tessa, mientras ésta se acercaba a él. Desde allí, el techo se inclinaba y caía hacia una mareante vista de los adoquines de abajo.

—Will —insistió ella—, ¿qué estás haciendo?

Él no la miró. Estaba contemplando la ciudad, un perfil negro contra el cielo rojo. La cúpula de St. Paul brillaba a través del sucio aire, y el Támesis fluía como té negro fuerte bajo ella, cortado aquí y allá por las líneas negras de los puentes. Formas oscuras se movían por los márgenes del río: vagabundos que rebuscaban entre la basura que se tiraba al agua, con la esperanza de encontrar algo de valor.

—Ahora recuerdo —dijo Will sin mirarla— lo que estaba intentando recordar el otro día. Era Blake: «Y contemplad Londres, una horrible maravilla humana de Dios». —Miró el panorama—. Milton pensaba que el Infierno era la ciudad, ¿sabes? Creo que no le faltaba algo de razón. Quizá Londres sea la entrada al Infierno, y somos almas condenadas que se niegan a ir más allá, temiendo que lo que encontraremos en el otro lado sea peor que el horror que ya conocemos.

—Will. —Tessa estaba anonadada—. Will, ¿qué te pasa?

Él se agarró a la barandilla con ambas manos, y sus dedos palidecieron. Tenía las manos cubiertas de cortes y arañazos, los nudillos rascados, rojos y negros. También tenía morados en el rostro, que le oscurecían el mentón y estaban adquiriendo un color púrpura bajo un ojo. El labio inferior estaba partido e hinchado, y él no había hecho nada para curárselo. Tessa no podía imaginarse por qué.

—Debería haberlo sabido —dijo él—. Que era un truco. Que Mortmain estaba mintiendo cuando vino aquí. Charlotte a menudo se jacta de mi habilidad táctica, pero un buen estratega no confía ciegamente. Fui un estúpido.

—Charlotte cree que es culpa suya. Henry cree que es culpa suya. Yo creo que es culpa mía —replicó Tessa, impaciente—. No todos podemos tener el lujo de culparnos, ¿o sí?

—¿Culpa tuya? —Will parecía confuso y sorprendido—. ¿Porque Mortmain está obsesionado contigo? Eso no me parece...

—Por traer aquí a Nathaniel —indicó Tessa. Con sólo decirlo en voz alta, sintió una opresión en el pecho—. Por pedirnos que confiarais en él.

—Lo querías —repuso Will—. Era tu hermano.

—Y lo sigue siendo —corrigió Tessa—. Todavía le quiero. Pero sé cómo es. Siempre he sabido cómo era. Pero no quería creerlo. Supongo que todos nos mentimos a veces.

—Sí. —Will sonaba tenso y distante—. Supongo que sí.

—He venido aquí porque tengo buenas noticias, Will —dijo Tessa rápidamente—. ¿Puedo decirte de qué se trata?

—Dime. —Su voz era apagada.

—Charlotte me ha dicho que puedo quedarme aquí —explicó Tessa—. En el Instituto.

Will no dijo nada.

—Dice que no hay ninguna ley que lo impida —continuó Tessa, un poco desconcertada—. Así que no tendré que marcharme.

—Charlotte nunca hubiera hecho que te marcharas, Tessa. No puede soportar abandonar ni a una mosca en una telaraña. No te habría abandonado jamás. —No había vida en la voz de Will, no había sentimiento. Simplemente estaba constatando un hecho.

—Pensaba... —el entusiasmo de Tessa se estaba desvaneciendo rápidamente— que estarías al menos un poco complacido. Pensaba que nos estábamos haciendo amigos. —Tessa le vio tragar saliva con fuerza y que sus manos se tensaban en el hierro—. Como amiga —continuó, con una voz cada vez menos convencida— he llegado a admirarte, Will. A apreciarte. —Alargó la mano, con intención de tocar la de él, pero la retiró, sorprendida por la tensión de la postura de Will, por la blancura de los nudillos que apretaban la barandilla de metal. Las Marcas rojas de luto resaltaban escarlata contra la piel blanqueada, como si fueran cortes de cuchillo—. Pensaba que quizá...

Finalmente, Will la miró a la cara. Tessa se quedó parada ante su expresión. Las sombras que rodeaban sus ojos eran tan negras que parecían vacíos.

Tessa se lo quedó mirando, deseando que dijera lo que el héroe de un libro diría en esos momentos: «Tessa, mis sentimientos hacia ti han llegado más allá de la simple amistad. Son mucho más especiales y profundos que eso...».

—Ven aquí —fue lo que dijo Will en su lugar. No había nada en su voz o en la forma en que estaba de pie que le ofreciera una bienvenida. Tessa se resistió contra el instinto de echarse atrás, y se acercó a él, lo suficiente. Él le tocó el cabello suavemente con ambas manos, y le apartó los rizos sueltos de la cara.

»Tess.

Ella lo miró. Los ojos de él eran del mismo color que el cielo manchado de humo; incluso con los moratones, su rostro era hermoso. Tessa quería acariciarlo, lo quería hacer de una forma incipiente e instintiva que no podía explicar ni controlar. Cuando él se inclinó para besarla, le costó no moverse hasta que los labios de él hallaron los suyos. La boca de Will rozó la de ella, y Tessa notó el sabor de sal en él, la acidez de la piel amoratada y tierna donde el labio estaba herido. El la cogió de los hombros y la acercó más, clavando los dedos en la tela de su vestido. Incluso más que en el desván, Tessa se sintió atrapada por la cresta de una potente ola que amenazaba con arrastrarla y hundirla, con aplastarla y romperla, con desgastarla como el mar podía hacerlo con un trozo de cristal.

Ella le fue a poner las manos sobre los hombros, y él se apartó, para mirarla, respirando con fuerza. A Will le brillaban los ojos, y tenía los labios rojos e hinchados tanto a causa del beso como de las heridas.

—Quizá entonces, deberíamos hablar de nuestro arreglo —dijo el joven.

—¿Arreglo? —susurró Tessa, que aún se sentía como si estuviera ahogándose en el mar.

—Si te vas a quedar —dijo él—, será mejor que seamos discretos. Quizá lo mejor sea usar tu dormitorio. Jem suele entrar y salir del mío como si fuera suyo, y podría sorprenderle encontrar la

puerta cerrada. Tu dormitorio, por otro lado...

—¿Usar mi dormitorio? —repitió ella—. ¿Para qué?

La boca de Will se alzó por un lado; Tessa, que había estado pensando en la hermosa forma de sus ojos, tardó un momento en darse cuenta, con una sensación de vaga sorpresa, de que esa sonrisa era muy fría.

—Vamos, no puedes fingir que no lo sabes... No desconoces el mundo por completo, ¿no? Al menos, no con un hermano como él.

—Will. —La calidez estaba abandonando a Tessa como un mar que se aparta de la tierra; a pesar del aire veraniego, sintió frío—. Yo no soy como mi hermano.

—Me aprecias —dijo Will. Su voz era fría y segura—. Y sabes que yo te admiro, como lo sabe cualquier mujer cuando un hombre la admira. Ahora has venido a decirme que estarás por aquí, a mi disposición, mientras yo lo desee. Te estoy ofreciendo lo que creía que querías.

—No puedes decirlo en serio.

—Y tú no puedes haber pensado que decía cualquier otra cosa —replicó Will—. No hay futuro para un cazador de sombras que coquetea con brujos. Puede ser amigo, contratarlo, pero no...

—¿Casarse? —soltó Tessa. Tenía una clara imagen del mar en la cabeza. Se había apartado totalmente de la orilla, y podía ver a la pequeña criatura que había dejado atrás, tratando de coger aire, agitándose y muriendo sobre la arena.

—Qué osada. —Will esbozó una sonrisa sarcástica; Tessa deseó borrarle aquella expresión de una buena bofetada—. ¿Qué era lo que te esperabas, Tessa?

—No esperaba que me insultaras. —La voz de Tessa amenazaba con temblar, pero, de alguna manera, ella consiguió mantenerla firme.

—No pueden ser las indeseadas consecuencias de una aventura lo que te preocupe —caviló Will—. Como los brujos no pueden tener hijos...

—¿Qué? —Tessa retrocedió como si la hubieran empujado. Notó que el suelo se tambaleaba bajo sus pies.

Will la miró. El sol casi había desaparecido completamente del cielo. En la oscuridad, los huesos de su rostro parecían prominentes y la línea de su boca era dura, como si sintiera un dolor físico. Pero su voz era neutra.

—¿No lo sabías? Pensaba que alguien te lo habría dicho.

—No —repuso Tessa—. Nadie me lo había dicho hasta ahora.

Will la miraba fijamente.

—Si no te interesa mi oferta...

—¡Para! —lo interrumpió ella. Ese momento, pensó Tessa, era como el borde de un vidrio roto, claro, cortante y doloroso—. Jem dice que mientes para parecer malo —dijo—. Y quizá sea cierto o quizá es sólo que él desea creer eso de ti. Pero no hay razón ni excusa para una crueldad como ésta.

Por un momento, Will pareció realmente turbado, como si ella lo hubiera asustado de verdad. La expresión desapareció en un instante, como la cambiante forma de una nube.

—Entonces, no tengo nada más que decir, ¿no?

Sin decir más, Tessa se volvió en redondo y se alejó de él, hacia los escalones que bajaban al interior del Instituto. No se volvió para verlo mirándola, una silueta negra e inmóvil recortada contra las brasas del cielo ardiente.

«Los Hijos de Lilith, también conocidos por el nombre de brujos, son, de la misma forma que las muías y otros seres cruzados, estériles. No pueden tener descendencia. No se han encontrado excepciones a esta regla...»

Tessa apartó la vista del Códice y miró, sin ver, por la ventana de la sala de música, aunque afuera estaba demasiado oscuro como para ver algo. Se había refugiado ahí porque no deseaba volver a su dormitorio, donde en algún momento Sophie, o peor aún, Charlotte la encontrarían allí, deprimida. La fina capa de polvo que lo cubría todo en esa sala le confirmaba que sería mucho más difícil que la encontraran ahí.

Se preguntó cómo se le habría pasado por alto ese hecho sobre los brujos. También era cierto que no se hallaba en la sección del Códice sobre brujos, sino en una sección posterior sobre subterráneos cruzados, como las medio hadas o los medio licántropos. No había medio brujos, al parecer. Los brujos no podían tener hijos. Will no le había estado mintiendo, le había dicho la verdad. Lo que, en cierto sentido, parecía aún peor. Sabría que esas palabras no serían un golpe suave, fácilmente asimilable.

Quizá Will había estado en lo cierto. ¿Qué otra cosa había pensado ella que iba a ocurrir? Will era Will, y ella no debía haber esperado que fuera nada más. Sophie la había avisado, y ella no había querido escucharla. Sabía lo que la tía Harriet hubiera dicho sobre las chicas que no escuchan los buenos consejos.

El tenue ruido de un roce la sacó de sus tristes pensamientos. Se volvió, y al principio no vio nada. La única iluminación en la sala provenía de una sola luz mágica que colgaba de una agarradera. Su parpadeante brillo jugaba con la forma del piano y la curvada masa oscura del arpa cubierta con una pesada tela. Mientras miraba, se fueron formando dos puntos de luz, cerca del suelo, de un extraño color amarillo verdoso. Se movían hacia ella, ambos al mismo paso, como fuegos fatuos gemelos.

De repente, Tessa respiró aliviada. Claro. Se inclinó hacia adelante.

—Aquí, gatito. —Chasqueó con la boca para llamarlo—. ¡Aquí, gatito, gatito!

El maullido de respuesta del gato se perdió bajo el ruido de la puerta al abrirse. La luz se volcó en la sala, y durante un instante, la silueta en la puerta fue sólo una sombra.

—¿Tessa? Tessa, ¿eres tú?

Tessa reconoció la voz inmediatamente; se parecía tanto a lo primero que le había oído decir nunca, la noche que había entrado en su dormitorio: «¿Will? Will, ¿eres tú?».

—Jem —contestó ella, resignada—. Sí, soy yo. Parece que tu gato se ha perdido por aquí.

—No puedo decir que me sorprenda. —Jem parecía divertido. Tessa ya lo veía con claridad, mientras él entraba en la sala; la luz mágica del pasillo iluminaba la estancia, e incluso el gato era claramente visible, sentado en el suelo y limpiándose la cara con la pata. Parecía enfadado, como siempre lo parecían los gatos persas—. Creo que es bastante callejero. Es como si quisiera que le presentara a todos... —Jem se interrumpió de golpe, con los ojos clavados en Tessa—. ¿Qué te pasa?

Pilló tan de sorpresa a Tessa que ésta tartamudeó al responder.

—¿Po... por qué me lo preguntas?

—Te lo veo en la cara. Ha pasado algo. —Se sentó en el taburete del piano frente a ella—. Charlotte me ha contado la buena noticia —dijo, mientras el gato se levantaba y corría por la sala hacia él—. O al menos, me ha parecido que era una buena noticia. ¿No estás contenta?

—Claro que estoy contenta.



—Hummm. —Jem no parecía estar muy convencido. Se inclinó y tendió la mano hacia el gato, que se frotó la cabeza contra los dedos—. Buen gato, *Iglesia*.

—¿*Iglesia*? ¿Ése es el nombre del gato? —A Tessa le pareció divertido, a pesar de todo—. Pero ¿no solía ser uno de los gatos que ayudaban a la señora Oscuro o algo así? Quizá *Iglesia* no sea el mejor nombre para él.

—*Iglesia* —insistió Jem con fingida severidad— no era un ayudante, sino una pobre criatura a la que iban a sacrificar como parte de un conjuro nigromántico. Y Charlotte ha estado diciendo que debemos quedárnoslo porque da buena suerte tener un gato en una iglesia. Así que hemos empezado a llamarlo «el gato de la iglesia» y de eso... —Se encogió de hombros—. *Iglesia*. Y si el nombre evita que se meta en problemas, mucho mejor.

—Pues creo que me está mirando con aires de superioridad.

—Probablemente. Los gatos piensan que son superiores a todo el mundo. —Jem rascó las orejas a *Iglesia*—. ¿Qué estás leyendo?

Tessa le enseñó el *Códice*.

—Will me dio esto...

Jem le cogió el libro, con tal destreza que Tessa no tuvo tiempo de retirar la mano. Aún estaba abierto en la página que había estado consultando. Jem la miró, y luego volvió la vista hacia ella, con una expresión diferente.

—¿No lo sabías?

Ella negó con la cabeza.

—Tampoco es que soñara con tener hijos —repuso—. No había pensado en el futuro. Pero es como si otra cosa más me separara de la humanidad. Eso me convierte en un monstruo. Algo diferente.

Jem permaneció en silencio durante unos instantes, acariciando al gato.

—Quizá no sea una cosa tan mala ser distinta —dijo Jem, y se inclinó hacia ella—. Tessa, ya sabes que aunque parece que eres una bruja, tienes una habilidad nunca vista antes. No tienes ninguna marca de bruja. Con tantas cosas sobre ti que no se pueden dar por seguras, no puedes permitir que esta información haga que te desespere.

—No me desespero —repuso Tessa—. Es que... no he podido dormir estas últimas noches. Pensando en mis padres. Casi no los recuerdo, ¿sabes? Pero no puedo dejar de preguntarme qué pasó. Mortmain me dijo que mi madre no sabía que mi padre era un demonio, pero ¿estaría mintiendo? También dijo que mi madre no sabía lo que ella misma era, pero ¿qué significa eso? ¿Supo ella alguna vez lo que yo era, que no era humana? ¿Fue por eso que abandonaron Londres como lo hicieron, con tanto secretismo, al amparo de la oscuridad? Si soy el resultado de algo... algo terrible... que le hicieron a mi madre sin que ella lo supiera, entonces ¿cómo pudo haberme querido nunca?

—Te escondieron de Mortmain —dijo Jem—. Debían de saber que te buscaba. Todos aquellos años te estuvo buscando, y ellos te mantuvieron a salvo, primero tus padres y luego tu tía. Eso no es lo que haría una familia que no te quisiera. —La miraba fijamente—. Tessa, no quiero hacerte promesas que no puedo cumplir, pero si realmente deseas saber la verdad sobre tu pasado, podemos buscarla. Después de todo lo que has hecho por nosotros, te lo debemos. Y si hay secretos que podamos descubrir sobre cómo llegaste a ser lo que eres, podremos averiguarlos, si es eso lo que quieres.

—Sí. Eso es lo que quiero.

—Puede que no te guste lo que descubras —advirtió Jem.

—Es mejor que ignorar la verdad. —Tessa se sorprendió de la convicción de su propia voz—. Sé

la verdad sobre Nate, ahora, y aunque es muy dolorosa, es mejor que una mentira. Es mejor que seguir queriendo a alguien que no me puede devolver ese cariño. Mejor que desperdiciar todo ese amor.

—Creo que él te quería —repuso Jem—, y que te quiere, a su manera, pero eso no debe preocuparte. Tanto amar como ser amado es algo maravilloso. El amor no es algo que se pueda desperdiciar.

—Es duro. Eso es todo. —Tessa sabía que se estaba compadeciendo de sí misma, pero no parecía capaz de evitarlo—. Estar tan sola.

Jem se inclinó y la miró fijamente. Las Marcas rojas resaltaban como fuego sobre su pálida piel, y la hicieron pensar en las formas que cubrían los bordes de los hábitos de los Hermanos Silenciosos.

—Mis padres, igual que los tuyos, están muertos. También los de Will y los de Jessamine, e incluso los de Henry y de Charlotte. No estoy seguro de que haya alguien en el Instituto que no sea huérfano. De otra forma, no estaríamos aquí.

Tessa abrió la boca, pero la volvió a cerrar.

—Lo sé —dijo finalmente—. Lo siento. He sido de lo más egoísta al no pensar...

Él alzó una larga mano.

—No te estoy culpando de nada —dijo—. Quizá estés aquí para no quedarte sola, pero yo también. Y Will. Y Jessamine. E incluso, hasta cierto punto, Henry y Charlotte. ¿Dónde más podría tener Henry su laboratorio? ¿Dónde dejarían a Charlotte emplear su brillante cerebro para trabajar como puede hacerlo aquí? Y aunque Jessamine finge odiarlo todo, y Will nunca admitirá que necesite algo, ambos han hecho su hogar aquí. En cierto sentido, no estamos aquí porque no tengamos adonde ir; no necesitamos ningún sitio adonde ir porque tenemos el Instituto, y los que viven en él son nuestra familia.

—Pero no mi familia.

—Lo pueden ser —afirmó Jem—. Cuando llegué aquí, tenía doce años. Te aseguro que entonces no lo sentía en absoluto como mi casa. Sólo veía que Londres no era Shanghai, y sentía añoranza. Así que Will fue a una tienda en el East End y me compró esto. —Se sacó una cadena que le colgaba alrededor del cuello, y Tessa vio el destello verde en el que se había fijado alguna vez antes; era un colgante de piedra verde con la forma de una mano cerrada—. Creo que le gustó porque le recordó un puño. Pero era jade, y él sabía que el jade venía de la China, así que me lo trajo y yo lo colgué de una cadena para llevarlo. Aún lo llevo.

La mención de Will hizo que a Tessa se le encogiera el corazón.

—Supongo que está bien saber que a veces puede ser amable.

Jem la miró con sus agudos ojos plateados.

—Cuando he entrado... esa expresión en tu rostro... no era sólo por lo que has leído en el Códice, ¿verdad? Tiene que ver con Will. ¿Qué te ha dicho?

Tessa vaciló.

—Ha dejado muy claro que no me quiere aquí —dijo finalmente—. Que el que yo me quede en el Instituto no es algo tan bueno como yo pensaba. O eso le parece a él.

—Y eso después de que te acabo de decir por qué debes considerarlo como familia —repuso Jem un poco compungido—. No me extraña que pusieras una cara como si te acabara de decir que había sucedido algo terrible.

—Lo lamento —susurró ella.

—No lo lamentos. Es Will quien debería lamentarlo. —Los ojos de Jem se oscurecieron—. Lo

echaremos a la calle —proclamó—. Te prometo que se habrá ido por la mañana.

Tessa lo miró y se incorporó de golpe.

—Oh... no, no puedes querer decir...

Jem sonrió.

—Claro que no. Pero te has sentido mejor por un momento, ¿a que sí?

—Ha sido como un bonito sueño —respondió Tessa seriamente, pero sonrió después, lo que la sorprendió.

—Will es... difícil —afirmó Jem—. Pero la familia es difícil. Si no creyera que el Instituto es el mejor lugar para ti, Tessa, no diría que lo es. Y uno puede hacerse su propia familia. Sé que te sientes inhumana y como si fueras algo aparte, separada de la vida y el amor, pero... —La voz se le quebró un poco, y era la primera vez que a Tessa le había parecido inseguro. Se aclaró la garganta—. Te prometo que al hombre adecuado no le importará.

Antes de que Tessa pudiera decir algo, oyeron un seco golpeteo contra el cristal de la ventana. Tessa miró a Jem, que se encogió de hombros. Él también lo había oído. Tessa cruzó la sala y vio que había algo fuera, algo alado y oscuro, como un pajarito que quisiera entrar. Tessa trató de levantar la ventana, pero parecía encallada.

Se volvió. Pero Jem ya estaba a su lado, y empujó la ventana para abrirla. La silueta alada voló adentro, directa a Tessa. Ella alzó la mano, lo cazó al vuelo y notó las afiladas alas de metal aleteando contra su palma. Cuando lo sujetó, las alas se cerraron, y los ojos también. Una vez más sujetaba inmóvil su espada de metal, como si esperara para despertarse de nuevo. Tictac hacía su corazón de relojería contra los dedos de Tessa.

Jem se volvió con la ventana abierta, y el viento le alborotó el cabello. Bajo la luz amarilla, le relucía como oro blanco.

—¿Qué es?

Tessa sonrió.

—Mi ángel.

## EPÍLOGO

Se había hecho tarde, y a Magnus Bane se le caían los párpados de cansancio. Dejó las Odas de Horacio sobre la mesita y miró pensativo a las ventanas que daban a la plaza, mojadas por la lluvia.

Era la casa de Camille, pero esa noche ella no estaba; a Magnus le parecía poco probable que regresara a casa hasta dentro de bastantes noches, si no más. Había dejado la ciudad después de la desastrosa noche en casa de De Quincey, y aunque él le había enviado un mensaje diciéndole que ya no corría peligro si regresaba, dudaba de que lo hiciera. No podía evitar preguntarse si, una vez que había conseguido vengarse de su clan de vampiros, aún desearía su compañía. Quizá él sólo había sido algo que tirarle a la cara a De Quincey.

Siempre podía marcharse; hacer las maletas e irse, dejar a su espalda todo ese lujo prestado. Esa casa, los criados, los libros, incluso su propia ropa, eran de ella; él había llegado a Londres sin nada. Tampoco era que Magnus no pudiera ganarse su propio dinero. Había sido bastante rico en el pasado, a veces, aunque tener mucho dinero solía aburrirlo. Pero quedarse allí, por muy molesto que fuera, seguía siendo la forma más probable de volver a ver a Camille.

Llamaron a la puerta y lo sacaron de sus pensamientos. Allí estaba Archer, el lacayo, en el umbral. Archer había sido el siervo de Camille durante muchos años, y despreciaba a Magnus, seguramente porque el lacayo consideraba que un affaire con un brujo no era la relación adecuada para su querida señora.

—Hay alguien que desea verle, señor. —Archer alargó la palabra «señor» justo lo suficiente para que resultara insultante.

—¿A estas horas? ¿Quién es?

—Uno de los nefilim. —Un ligero desprecio coloreaba las palabras de Archer—. Dice que tiene un asunto urgente que tratar con usted.

Así que no era Charlotte, la única nefilim de Londres a la que Magnus podía haberse esperado ver. Desde hacía varios días, estaba ayudando al Enclave, observando mientras ellos interrogaban a mundanos aterrorizados que habían sido miembros del Club Pandemónium, y luego empleando la magia para borrar de la memoria de los humanos esa mala experiencia ahora que todo había acabado. Un trabajo desagradable, pero la Clave siempre pagaba bien, y era preferible no perder su favor.

—También está —añadió Archer, con un desprecio cada vez mayor— muy mojado.

—¿Mojado?

—Está lloviendo, señor, y el caballero no lleva sombrero. Me he ofrecido para secarle la ropa, pero ha declinado mi ofrecimiento.

—Muy bien. Hazlo pasar.

Archer apretó los labios.

—Le está esperando en el salón. He pensado que tal vez quisiera calentarse ante el fuego.

Magnus suspiró por dentro. Siempre podía ordenarle a Archer que hiciera pasar al visitante a la biblioteca, pero parecía demasiado esfuerzo para tan poca cosa, y además, si lo hacía, el lacayo estaría de morros durante tres días.

—Muy bien.

Satisfecho, Archer desapareció, y dejó que Magnus fuera solo al salón. La puerta estaba cerrada, pero por la luz que escapaba por debajo pudo ver que el fuego y la luz estaban encendidos. Abrió la

puerta.

El salón había sido la estancia favorita de Camille y mostraba sus toques de decoración. Las paredes estaban pintadas de un suntuoso color borgoña; los muebles de palisandro habían sido importados de China. Las ventanas, por las que se hubiera visto la plaza, estaban cubiertas por unas cortinas de terciopelo que colgaban desde el techo hasta el suelo, bloqueando toda la luz. Alguien se hallaba ante la chimenea, con las manos a la espalda; una delgada figura con cabello negro. Cuando éste se volvió, Magnus lo reconoció de inmediato.

Will Herondale.

Como bien había dicho Archer, estaba mojado, como cuando a alguien no le importa si le cae la lluvia encima o no. Tenía la ropa empapada y el cabello le colgaba sobre los ojos. El agua le corría por la cara como lágrimas.

—William —lo saludó Magnus, sinceramente sorprendido—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Ha pasado algo en el Instituto?

—No. —La voz de Will sonaba como si él se estuviera ahogando—. Estoy aquí por mi cuenta. Necesito tu ayuda. No hay... absolutamente nadie más a quien se la pueda pedir.

—De verdad. —Magnus contempló detenidamente al muchacho. Will era hermoso; Magnus había estado muchas veces enamorado a través de los años, y normalmente, la belleza de cualquier tipo le conmovía, pero la de Will nunca lo había hecho. Había algo oscuro en el chico, algo oculto y extraño que resultaba difícil de admirar. Parecía no mostrar al mundo nada real. Pero en ese momento, bajo el goteante cabello oscuro, estaba blanco como el papel y apretaba los puños con tanta fuerza que le temblaban. Era evidente que alguna terrible agitación lo estaba devorando desde dentro.

Magnus llevó la mano atrás y cerró la puerta del salón.

—Muy bien —dijo—. ¿Por qué no me explicas qué problema tienes?

## NOTA SOBRE EL LONDRES DE TESSA

El Londres de *El ángel mecánico* es, tanto como he podido lograrlo, una mezcla de lo real y lo irreal, de lo conocido y lo olvidado. He respetado la geografía del auténtico Londres Victoriano tanto como he podido, pero a veces no me ha sido posible; para los que se preguntan por el Instituto: sí que existió una iglesia llamada All-Hallows-the-Less (Todos los Santos de Less) que ardió en el Gran Incendio de Londres de 1666; sin embargo, estaba situada en Upper Thames Street, no donde la he situado yo, justo saliendo de Heet Street. Los que conozcan Londres reconocerán la localización del Instituto, y la forma de su capitel, como la de la famosa St. Bride's Church, querida por periodistas y reporteros, que no se menciona en *El ángel mecánico* ya que el Instituto ocupa su sitio. No existe Carleton Square, pero sí hay una Carlton Square; Blackfriars Bridge, Hyde Park, el Strand, todos existen y en su presentación he puesto lo mejor de mi habilidad investigadora. A veces pienso que todas las ciudades tienen una sombra gemela, donde el recuerdo de los grandes acontecimientos y los grandes lugares permanece incluso después de que esos lugares hayan desaparecido: por eso, había una Taberna del Demonio en Heet Street y Chancery, donde Samuel Pepys y el doctor Samuel Johnson iban a beber, pero aunque fue demolida en 1787, me gusta pensar que Will puede visitar su sombra gemela en 1878.

## NOTA SOBRE LA POESÍA

Las citas al inicio de los capítulos están tomadas, en general, de poemas que Tessa podía conocer, ya fueran de su época o muy conocidas de tiempos anteriores. Las excepciones son el poema de Kipling al inicio del capítulo catorce, que se publicó unos veinte años más tarde, y «La canción del río Támesis», de Elka Cloke, al principio del volumen, que ha sido escrito concretamente para este libro. Una versión más larga del poema se puede encontrar en el sitio web de la autora: [elkacloke.com](http://elkacloke.com).

## AGRADECIMIENTOS

Muchas gracias por el apoyo familiar de mi madre y de mi padre, además del de Jim Hill y Kate Connor; Nao, Tim, David y Ben; Melanie, Jonathan y Helen Lewis; Florence y Joyce. Para los que leyeron, criticaron e indicaron los anacronismos: Clary, Eve Sinaiko, Sarah Smith, Delia Sherman, Holly Black, Sarah Rees Brennan, Justine Larbalestier, montones de gracias. Y gracias a los que con su cara sonriente y sus comentarios acertados me hicieron seguir un día más: Elka Cloke, Holly Black, Robin Wasserman, Maureen Johnson, Libba Bray y Sarah Rees Brennan. Gracias a Margie Longoria por su apoyo en Project Book Babe. Gracias a Lisa Gold: Research Maven (<http://lisagoldresearch.wordpress.com>) por su ayuda en desenterrar fuentes primarias difíciles de encontrar. Mi gratitud eterna a mi agente, Barry Goldblatt; a mi editora, Karen Wojtyla, y a los equipos de Simon & Shuster y Walker Books por hacer que sucediera. Y finalmente, gracias a Josh, que hizo la colada mientras yo me dedicaba a revisar el libro, y sólo se quejó de vez en cuando.





CASSANDRA CLARE. Nació el 27 de julio de 1973 es una escritora iraní. Vivió en Suiza, Inglaterra y Francia. En sus años de instituto vivió en Los Ángeles y en Nueva York, donde trabajó en varias revistas de entretenimiento. Empezó a trabajar en su novela Ciudad de hueso en el año 2004, inspirada en un viaje urbano por Manhattan. La autora es mundialmente reconocida por ser la autora de la saga de libros *Cazadores de sombras*, de la cual también saldrá una película.

Antes de la publicación de Ciudad de huesos, Clare era conocida como escritora de *fanfiction* bajo el seudónimo de Cassandra Claire, muy parecido al que usa en la actualidad. Sus obras principales fueron *La trilogía de Draco*, que trata sobre una biografía del personaje ficticio de Draco Malfoy, perteneciente a la serie de libros *Harry Potter* y *El Diario muy secreto*, basada en la historia de *El señor de los anillos*. Claire fue considerada una gran fanática entre la comunidad de seguidores de *Harry Potter* y fue reconocida en varios periódicos, pero también ha sido acusada de plagio.